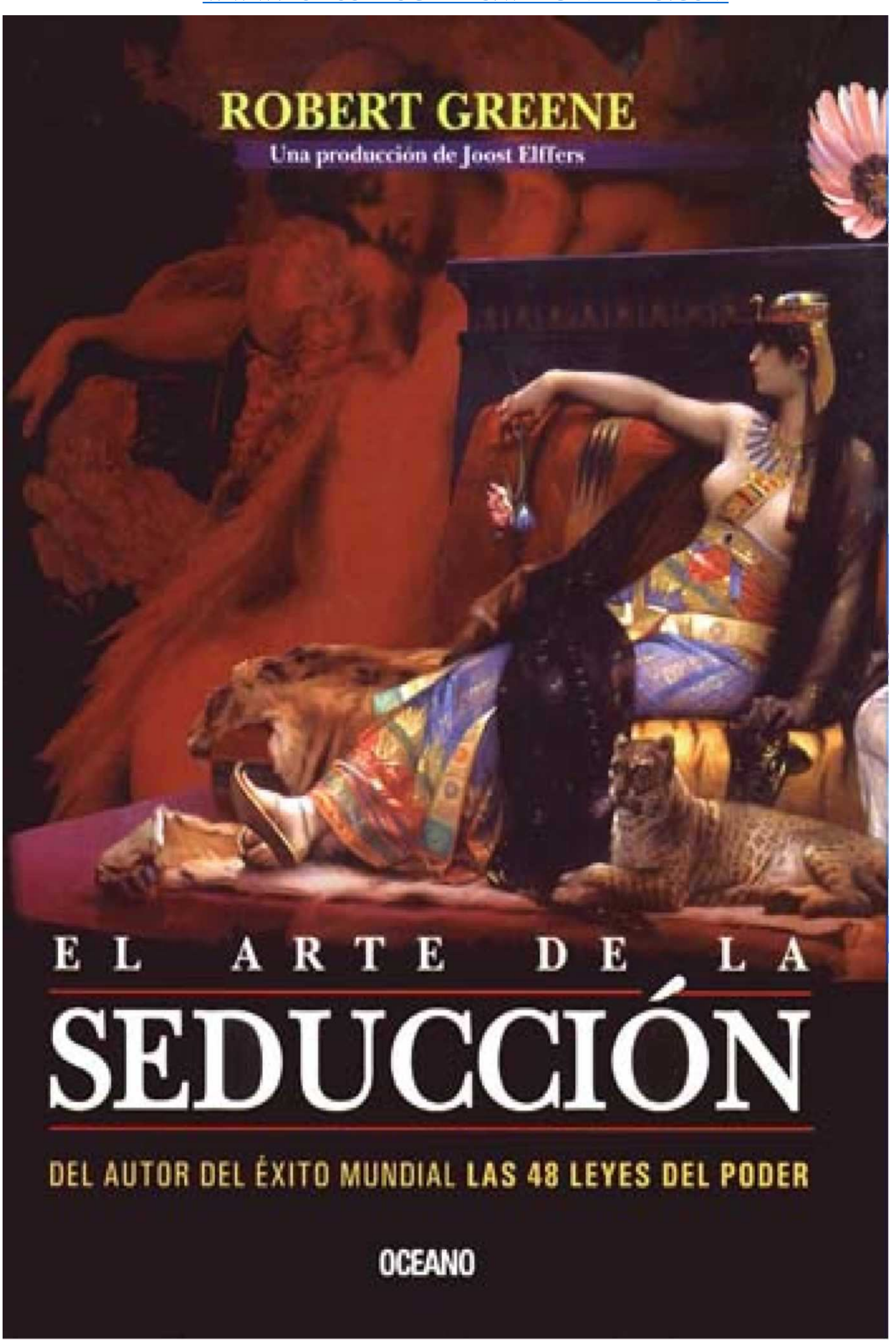
Traducido por Trusted Translations" ink. para

WWW.TODOSEDUGRATIS.WEBCINDARIO.COM



# Prefacio.

Hace miles de años, el poder se conquistaba principalmente mediante la violencia física, y se mantenía con la fuerza bruta. No había necesidad de sutileza; un rey o emperador debía ser inmisericorde. Sólo unos cuantos selectos tenían poder, pero en este esquema de cosas nadie sufría más que las mujeres. No tenían manera de competir, ningún arma a su disposición con que lograr que un hombre hiciera lo que ellas querían, política y socialmente, y aun en el hogar. Claro que los hombres tenían una debilidad: su insaciable deseo de sexo. Una mujer siempre podía jugar con este deseo; pero una vez que cedía al sexo, el hombre recuperaba el control. Y si ella negaba el sexo, él simplemente podía voltear a otro lado, o ejercer la fuerza. ¿Qué había de bueno en un poder tan frágil y pasajero? Aún así, las mujeres no tenían otra opción que someterse. Pero hubo algunas con tal ansia de poder que, a la vuelta de los años y gracias a su enorme inteligencia y creatividad, inventaron una manera de alterar completamente esa dinámica, con lo que produjeron una forma de poder más duradera y efectiva. Esas mujeres —como Betsabé, del Antiguo Testamento; Helena de Troya; la sirena china Hsi Shi, y la más grande de todas, Cleopatra— inventaron la seducción. Primero atraían a un hombre por medio de una apariencia tentadora, para lo que ideaban su maquillaje y ornamento, a fin de producir la imagen de una diosa hecha carne. Al exhibir únicamente indicios de su cuerpo, excitaban la imaginación de un hombre, estimulando así el deseo no sólo de sexo, sino también de algo mayor: la posibilidad de poseer a una figura de la fantasía. Una vez que obtenían el interés de sus víctimas, estas mujeres las inducían a abandonar el masculino mundo de la guerra y la política y a pasar tiempo en el mundo femenino, una esfera de lujo, espectáculo y placer. También podían literalmente descarriarla, llevándolas de viaje, como Cleopatra indujo a Julio César a viajar por el Nilo. Los hombres se aficionaban a esos placeres sensuales y refinados: se enamoraban. Pero después, invariablemente, las mujeres se volvían frías e indiferentes, y confundían a sus víctimas. Justo cuando los hombres querían más, les eran retirados sus placeres. Esto los obligaba a perseguirlos, y a probarlo todo para recuperar los favores que alguna vez habían saboreado, con lo que se volvían débiles y emotivos. Los hombres, dueños de la fuerza física y el poder social —como el rey David, el troyano París, Julio César, Marco Antonio y el rey Fu Chai—, se veían convertidos en esclavos de una mujer. En medio de la violencia y la brutalidad, esas mujeres hicieron de la seducción un arte sofisticado, la forma suprema del poder y la persuasión. Aprendieron a influir en primera instancia en la mente, estimulando fantasías, logrando que un hombre siempre quisiera más, creando pautas de esperanza y desasosiego: la esencia de la seducción. Su poder no era físico sino psicológico; no enérgico, sino indirecto y sagaz. Esas primeras grandes seductoras eran como generales que planeaban la destrucción de un enemigo; y, en efecto, en descripciones antiguas la seducción suele compararse con una batalla, la versión femenina de la guerra. Para Cleopatra, fue un medio para consolidar un imperio. En la seducción, la mujer no era ya un objeto sexual pasivo; se había vuelto un agente activo, una figura de poder. Con escasas excepciones —el poeta latino Ovidio, los trovadores medievales—, los hombres no se ocuparon mucho de un arte tan frivolo como la seducción. Más tarde, en el siglo XVII, ocurrió un gran cambio: se interesaron en la seducción como medio para vencer la resistencia de las jóvenes al sexo. Los primeros grandes seductores de la historia - el duque de Lauzun, los diferentes españoles que inspiraron la leyenda de Don Juan— comenzaron a adoptar los métodos tradicionalmente empleados por las mujeres. Aprendieron a deslumbrar con su apariencia (a menudo de naturaleza andrógina), a estimular la imaginación, a jugar a la coqueta. Añadieron también un elemento masculino al juego: el lenguaje seductor, pues habían descubierto la debilidad de las mujeres por las palabras dulces. Esas dos formas de seducción —el uso femenino de las apariencias y el uso masculino del lenguaje— cruzarían con frecuencia las fronteras de los géneros: Casa-nova deslumbraba a las mujeres con su vestimenta; Ninon de l'Enclos encantaba a los hombres con sus palabras. Al mismo tiempo que los hombres desarrollaban su versión de la seducción, otros empezaron a adaptar ese arte a propósitos sociales. Mientras en Europa el sistema feudal de gobierno se perdía en el pasado, los cortesanos tenían que abrirse paso en la corte sin el uso de la fuerza. Aprendieron que el poder debía obtenerse seduciendo a sus superiores y rivales con juegos psicológicos, palabras amables y un poco de coquetería. Cuando la cultura se democratizó, los actores, dandys y artistas dieron en usar las tácticas de la seducción como vía para cautivar y conquistar a su público y su medio social. En el siglo XDC sucedió otro gran cambio: políticos como Napoleón se concebían conscientemente como seductores, a gran escala. Estos hombres dependieron del arte de la oratoria seductora, pero también dominaron las estrategias alguna vez consideradas femeninas: montaje de grandes espectáculos, uso de recursos teatrales, creación de una intensa presencia física. Todo esto, aprendieron, era —y sigue siendo — la esencía del carisma. Seduciendo a las masas, pudieron acumular inmenso poder sin el uso de la fuerza. Ahora hemos llegado al punto máximo en la evolución de la seducción. Hoy más que nunca se desalienta la tuerza o brutalidad de cualquier clase. Todas las áreas de la vida social exigen la habilidad para convencer a la gente sin ofenderla ni presionarla. Formas de seducción pueden hallarse en todos lados, combinando estrategias masculinas y femeninas. La publicidad se infiltra, predomina la venta blanda. Si queremos cambiar las opiniones de la gente —y afectar la opinión es básico para la seducción—, debemos actuar de modo sutil y subliminal. Hoy ningura estrategia política da resultados sin seducción. Desde la época de John F. Kennedy, las figuras de la política deben poseer cierto grano de carisma, una presencia cautivadora para mantener la atención de su público, lo cual es la mitad de la batalla. El cine y los medios crean una galaxia de estrellas e imágenes seductoras. Estamos saturados de seducción. Pero aun si mucho ha cambiado en grado y alcance, la esencia de la seducción sigue siendo la misma:

jamás lo enérgico y directo, sino el uso del placer como anzuelo, a fin de explotar las emociones de la gente, provocar deseo y confusión e inducir la rendición psicológica. En la seducción, tal como hoy se le practica, siguen imperando los métodos de Cleopatra. La gente trata sin cesar de influir en nosotros, de decirnos qué hacer, y con idéntica frecuencia no le hacemos caso, oponemos resistencia a sus intentos de persuasión. Pero hay un momento en nuestra vida, en que todos actuamos de otro modo: cuando nos enamoramos. Caemos entonces bajo una suerte de hechizo. Nuestra mente suele estar abstraída en nuestras preocupaciones; en esa hora, se llena de pensamientos del ser amado. Nos ponemos emotivos, no podemos pensar con claridad, hacemos tonterías que nunca haríamos. Si esto dura demasiado, algo en nosotros se vence: nos rendimos a la voluntad del ser amado, y a nuestro deseo de poseerlo. Los seductores son personas que saben del tremendo poder contenido en esos momentos de rendición. Analizan lo que sucede cuando la gente se enamora, estudian los componentes psicológicos de ese proceso: qué espolea la imaginación, qué fascina. Por instinto y práctica dominan el arte de hacer que la gente se enamore. Como sabían las primeras seductoras, es mucho más efectivo despertar amor que pasión. Una persona enamorada es emotiva, manejable y fácil de engañar. (El origen de la palabra "seducción" es el término latino que significa "apartar".) Una persona apasionada es más difícil de controlar y, una vez satisfecha, bien puede marcharse. Los seductores se toman su tiempo, engendran encanto y lazos amorosos; para que cuando llegue, el sexo no haga otra cosa que esclavizar más a la víctima. Engendrar amor y encanto es el modelo de todas las seducciones: sexual, social y política. Una persona enamorada se rendirá. Es inútil tratar de argumentar contra ese poder, imaginar que no te interesa, o que es malo y repulsivo. Cuanto más quieras resistirte al señuelo de la seducción —como idea, como forma de poder—, más fascinado te descubrirás. La razón es simple: la mayoría conocemos el poder de hacer que alguien se enamore de nosotros. Nuestras acciones y gestos, lo que decimos, todo tiene efectos positivos en esa persona; tal vez no sepamos bien a bien cómo la tratamos, pero esa sensación de poder es embriagadora. Nos da seguridad, lo que nos vuelve más seductores. También podemos experimentar esto en una situación social o de trabajo: un día estamos de excelente humor y la gente parece más sensible, más complacida con nosotros. Esos momentos de poder son efímeros, pero resuenan en la memoria con gran intensidad. Los queremos de vuelta. A nadie le gusta sentirse torpe, tímido o incapaz de impresionar a la gente. El canto seductor de la sirena es irresistible porque el poder es irresistible, y en el mundo moderno nada te dará más poder que la habilidad de seducir. Reprimir el deseo de seducir es una suerte de reacción histérica, que revela tu honda fascinación por ese proceso; lo único que consigues con ello es agudizar tus deseos. Algún día saldrán a la superficie. Tener ese poder no te exige transformar por completo tu carácter ni hacer ningún tipo de mejora física en tu apariencia. La seducción es un juego de psicología, no de belleza, y dominar ese juego está al alcance de cualquiera. Lo único que necesitas es ver al mundo de otro modo, a través de los ojos del seductor. Un seductor no activa y desactiva ese poder: ve toda interacción social y personal como una seducción en potencia. No hay momento que perder. Esto es así por varias razones. El poder que los seductores ejercen sobre un hombre o una mujer surte efecto en condiciones sociales porque ellos han aprendido a moderar el elemento sexual sin prescindir de él. Aun si creemos adivinar sus intenciones, es tan agradable estar con ellos que eso no importa. Querer dividir tu vida en momentos en que seduces y otros en que te contienes sólo te confundirá y limitará. El deseo erótico y el amor acechan bajo la superficie de casi cualquier encuentro humano; es mejor que des rienda suelta a tus habilidades a que trates de usarlas exclusivamente en la recámara. (De hecho, el seductor ve el mundo como su recámara.) Esta actitud genera un magnífico ímpetu seductor, y con cada seducción obtienes práctica y experiencia. Una seducción social o sexual hace más fácil la que sigue, pues tu seguridad aumenta y te vuelves más tentador. Atraes a un creciente número de personas cuando el aura del seductor desciende sobre ti. Los seductores tienen una perspectiva bélica de la vida. Imaginan a cada persona como una especie de castillo amurallado que sitian. La seducción es un proceso de penetración: primero se penetra la mente del objetivo, su inicial estación de defensa. Una vez que los seductores han penetrado la mente, logrando con ello que su objetivo fantasee con ellos, es fácil reducir la resistencia y causar la rendición física. Los seductores no improvisan; no dejan al azar este proceso. Como todo buen general, hacen planes y estrategias, con la mira puesta en las particulares debilidades de su blanco. El principal obstáculo para ser seductor es nuestro absurdo prejuicio de considerar al amor y al romance como una especie de mágico reino sagrado en el que las cosas simplemente suceden, si deben hacerlo. Esto puede parecer romántico y pintoresco, pero en realidad no es sino una excusa de nuestra pereza. Lo que seducirá a una persona es el esfuerzo que invirtamos en ella, porque esto muestra cuánto nos importa, lo valiosa que es para nosotros. Dejar las cosas al azar es buscarse problemas, y revela que no tomamos al amor y al romance muy en serio. El esfuerzo que Casanova invertía, el artificio que aplicaba a cada aventura, era lo que lo hacía tan endiabladamente seductor. Enamorarse no es cuestión de magia, sino de psicología. Una vez que conozcas la psicología de tu objetivo, y que traces la estrategia consecuente, estarás en mejores condiciones para ejercer sobre él un hechizo "mágico". Un seductor no ve el amor como algo sagrado, sino como una guerra, en la cual todo se vale. Los seductores nunca se abstraen en sí mismos. Su mirada apunta afuera, no adentro. Cuando conocen a alguien, su primer paso es identificarse con esa persona, para ver el mundo a través de sus ojos. Son varias las razones de esto. Primero, el ensimismamiento es señal de inseguridad, es antiseductor. Todos tenemos inseguridades, pero los seductores consiguen ignorarlas, pues su terapia al dudar de sí mismos consiste en embelesarse con el mundo. Esto les concede un espíritu animado: queremos estar con ellos. Segundo, identificarse con otro, imaginar qué se siente ser él, ayuda al seductor a recabar valiosa información, a saber qué hace vibrar a esa persona, qué la hará no poder pensar claramente y caer en la trampa. Armado con esta

información, puede prestar una atención concentrada e individualizada, algo raro en un mundo en el que la mayoría de la gente sólo nos ve desde atrás de la pantalla de sus prejuicios. Identificarse con los objetivos es el primer paso táctico importante en la guerra de penetración. Los seductores se conciben como fuente de placer, como abejas que toman polen de unas flores para llevarlo a otras. De niños nos dedicamos principalmente al *juego* y al placer. Los adultos suelen sentir que se les ha echado de ese paraíso, que están sobrecargados de responsabilidades. El seductor sabe que la gente espera placer, pues nunca obtiene suficiente de sus amigos y amantes, y no puede obtenerlo de sí misma. No puede resistirse a una persona que entra en su vida ofreciendo aventura y romance. Placer es sentirse llevado más allá de los límites propios, ser arrollado: por otra persona, por una experiencia. La gente clama para que la arrollen, por liberarse de su obstinación usual. A veces, su resistencia contra nosotros es una manera de decir: "Sedúceme, por favor". Los seductores saben que la posibilidad del placer hará que una persona los siga, y que experimentarlo la hará abrirse, vulnerable al contacto. Asimismo, se preparan para ser sensibles al placer, pues saben que sentir placer les facilitará enormemente contagiar a quienes los rodean. Un seductor ve la vida como teatro, en el que cada quien es actor. La mayoría creemos tener papeles ceñidos en la vida, lo que nos vuelve infelices. Los seductores, en cambio, pueden ser cualquiera y asumir muchos papeles. (El arquetipo es en este caso el dios Zeus, insaciable seductor de doncellas cuya principal arma era la capacidad de adoptar la forma de la persona o animal más llamativo para su víctima.) Los seductores derivan placer de la actuación y no se sienten abrumado por su identidad, ni por la necesidad de ser ellos mismos o ser naturales. Esta libertad suya, esta soltura de cuerpo y espíritu, es lo que los vuelve atractivos. Lo que a la gente le hace falta en la vida no es más realidad, sino ilusión, fantasía, juego. La forma de vestir de los seductores, los lugares a los que te llevan, sus palabras y actos son ligeramente grandiosos; no demasiado teatrales, sino con un delicioso filo de irrealidad, como si ellos y tú vivieran una obra de ficción o fueran personajes de una película. La seducción es una especie de teatro en la vida real, el encuentro de la ilusión y la realidad. Por último, los seductores son completamente amorales en su forma de ver la vida. Esta es una diversión, un campo de juego. Sabiendo que los moralistas, esos amargados reprimidos que graznan contra las perversidades del seductor, envidian en secreto su poder, no les importan las opiniones de los demás. No comercian en juicios morales; nada podría ser menos seductor. Todo es adaptable, fluido, como la vida misma. La seducción es una forma de engaño, pero a la gente le gusta que la descarríen, anhela que la seduzcan. Si no fuera así, los seductores no hallarían tantas víctimas dispuestas. Deshazte de toda tendencia moralizante, adopta la festiva filosofía del seductor y el resto del proceso te resultará fácil y natural. *El* arte de *la* seducción se ideó para ofrecerte las armas de la persuasión y el encanto, a fin de que quienes te rodean pierdan poco a poco su capacidad de resistencia sin saber cómo ni por qué. Este es un arte bélico para tiempos delicados. Toda seducción tiene dos elementos que debes analizar y comprender: primero, tú mismo y lo que hay de seductor en ti, y segundo, tu objetivo y las acciones que penetrarán sus defensas y producirán su rendición. Ambos lados son igualmente importantes. Si planeas sin prestar atención a los rasgos de tu carácter que atraen a los demás, se te verá como un seductor mecánico, falso y manipulador. Si te fías de tu personalidad seductora sin prestar atención a la otra persona, cometerás errores terribles y limitarás tu potencial. Por consiguiente, *El arte de la seducción* se divide en dos partes. En la primera, "La personalidad seductora'*, se describen los nueve tipos de seductor, además del antiseductor. Estudiar estos tipos te permitirá darte cuenta de lo inherentemente seductor en tu personalidad, el factor básico de toda seducción. La segunda parte, "El proceso de la seducción", incluye las veinticuatro maniobras y estrategias que te enseñarán a crear tu hechizo, vencer la resistencia de la gente, dar agilidad y tuerza a tu seducción e inducir rendición en tu objetivo. Como una especie de puente entre las dos partes, hay un capítulo sobre los dieciocho tipos de víctimas de una seducción, cada una de las cuales carece de algo en la vida, acuna un vacío que tú puedes llenar. Saber con qué tipo tratas te ayudará a poner en práctica las ideas de ambas secciones. Si ignoras cualquiera de las partes de este libro, serás un seductor incompleto. Las ideas y estrategias de *El arte de la seducción* se basan en las obras y relaciones históricas de los seductores más exitosos de la historia. Entre esas fuentes se cuentan las memorias de seductores (Casanova, Errol Flynn, Natalie Bamey, Marilyn Monroe); biografías (de Cleopatra, Josefina Bonaparte, John F. Kennedy, Duke Ellington); manuales sobre el tema (en particular el Arte *de amar* de Ovidio); y relatos imaginarios de seducciones (Las *amistades peligrosas,* de Choder-los de Lacios; *Diario de un seductor,* de Soren Kierkegaard; *La historia de Genji,* de Murasaki Shikibu). Los héroes y heroínas de estas obras literarias tienen por lo general como modelo a seductores reales. Las estrategias que emplean revelan el enlace ultimo entre ficción y seducción, lo que genera ilusión y mueve a una persona a continuar. Al poner en práctica las lecciones de este libro, seguirás la senda de los grandes maestros de este arte. Finalmente, el espíritu que te convertirá en un seductor consumado es el mismo con el que deberías leer este libro. El filósofo francés Denis Diderot escribió: "Dejo a mi mente en libertad de seguir la primera idea, necia o sensata, que se presenta, tal como en la Avenue de Foy nuestros jóvenes disolutos pisan los talones a una ramera y luego la dejan para asediar a otra, asaltando a todas sin prenderse de ninguna. Mis ideas son mis rameras". Quiso decir que se dejaba seducir por sus ideas, yendo detrás de la que le agradara hasta que aparecía una mejor, infundiendo así a sus pensamientos una suerte de excitación sexual. Una vez que entres a estas páginas, haz lo que aconseja Diderot: déjate tentar por sus historias e ideas, con mente abierta y pensamientos fluidos. Pronto te verás absorbiendo el veneno por la piel y empezarás a ver todo como seducción, incluidas tu manera de pensar y tu forma de ver el mundo. *La virtud suele ser una súplica de más seducción.* —Natalie Bamey.

PARTE 1

# La personalidad seductora.

Todos poseemos fuerza de atracción, la capacidad para cautivar a la gente y tenerla a nuestra merced. Pero no todos estamos conscientes de este potencial interior, e imaginamos la atracción como un rasgo casi místico con el que nacen unos cuantos selectos y que el resto jamás poseeremos. Sin embargo, lo único que tenemos que hacer para explotar ese potencial es saber qué apasiona naturalmente, en el carácter de una persona, a la gente y desarrollar esas cualidades latentes en nosotros. Los casos de seducción satisfactoria rara vez empiezan con una maniobra o plan estratégico obvios. Esto despertaría sospechas, sin duda. La seducción satisfactoria comienza por tu carácter, tu habilidad para irradiar una cualidad que atraiga a la gente y le provoque emociones que no puede controlar. Hipnotizadas por tu seductora personalidad, tus víctimas no advertirán tus manipulaciones posteriores. Engañarlas y seducirlas será entonces un juego de niños. Existen nueve tipos de seductores en el mundo. Cada uno de ellos posee un rasgo de carácter particular venido de muy dentro y que ejerce una influencia seductora. Las *sirenas* tienen energía sexual en abundancia y saben usarla. Los Li*bertinos* adoran insaciablemente al sexo opuesto, y su deseo es contagioso. Los *amantes ideales* poseen una sensibilidad estética que aplican al romance. Los *dandys* gustan de jugar con su imagen, creando así una tentación avasalladora y andrógina. Los *cándidos* son espontáneos y abiertos. Las *coquetas* son autosuficientes, y poseen una frescura esencial fascinante. Los *encantadores* quieren y saben complacer: son criaturas sociales. Los *carismáticos* tienen una inusual seguridad en *sí* mismos. Las *estrellas* son etéreas y se envuelven en el misterio. Los capítulos de esta sección te conducirán a cada uno de esos nueve tipos. Al menos uno de estos capítulos debería tocar una cuerda en ti: hacerte reconocer una parte de tu personalidad. Ese capítulo será la clave para el desarrollo de tus poderes de atracción. Supongamos que tiendes a la coquetería. El capítulo sobre la coqueta te enseñará a confiar en tu autosuficiencia, y a alternar vehemencia y frialdad para atrapar a tus víctimas. También te enseñará a llevar más lejos tus cualidades naturales, para convertirte en una gran coqueta, el tipo de mujer por la que los hombres peleamos. Sería absurdo ser tímido teniendo una cualidad seductora. Un libertino desenvuelto fascina, y sus excesos se disculpan, pero uno desganado no merece respeto. Una vez que hayas cultivado tu rasgo de carácter sobresaliente, añadiendo un poco de arte a lo que la naturaleza te dio, podrás desarrollar un segundo o tercer rasgo, con lo que darás a tu imagen más hondura y misterio. Finalmente, el décimo capítulo de esta sección, sobre el antiseductor, te hará darte cuenta del potencial contrario en ti: la fuerza de repulsión. Erradica a toda costa las tendencias antiseductoras que puedas tener. Concibe estos nueve tipos como sombras, siluetas. Sólo si te empapas de uno de ellos y le permites crecer en tu interior, podrás empezar a desarrollar una personalidad seductora, lo que te concederá ilimitado poder.

# La sirena.

A un hombre suele agobiarle en secreto el papel que debe ejercer: ser siempre responsable, dominante y racional. La sirena es la máxima figura de la fantasía masculina porque brinda una liberación total de las limitaciones de la vida. En su presencia, siempre realzada y sexuálmente cargada, el hombre se siente transportado a un mundo de absoluto placer. Ella es peligrosa, y al perseguirla con tesón, el hombre puede perder el control de sí, algo que ansia hacer. La sirena es un espejismo: tienta a los hombres cultivando una apariencia y actitud particulares. En un mundo en que las mujeres son, con
frecuencia, demasiado tímidas para proyectar esa imagen, la sirena aprende a controlar la libido de los hombres encarnando su fantasía

## La sirena espectacular.

En el año 48 a.C, Tolomeo XIV de Egipto logró deponer y exiliar a su hermana y esposa, la reina Cleopatra. Resguardó las fronteras del país contra su regreso y empezó a gobernar solo. Ese mismo año, Julio César llegó a Alejandría, para cerciorarse de que, pese a las luchas de poder locales, Egipto siguiera siendo fiel a Roma. Una noche, César hablaba de estrategia con sus generales en el palacio egipcio cuando llegó un guardia, para informar que un mercader griego se hallaba en la puerta con un enorme y valioso obsequio para el jefe romano.

César, en ánimo de diversión, autorizó el ingreso del mercader. Este entró cargando sobre sus hombros un gran tapete enrollado. Desató la cuerda del envoltorio y lo tendió con agilidad, dejando al descubierto a la joven Cleopatra, oculta dentro y quien, semidesnuda, se irguió ante César y sus huéspedes como Venus que emergiera de las olas. La vista de la hermosa joven reina (entonces de apenas veintiún años de edad) deslumbró a todos, al aparecer repentinamente ante ellos como en un sueño. Su intrepidez y teatralidad les asombraron; metida al puerto a escondidas durante la noche con sólo un hombre para protegerla, lo arriesgaba todo en un acto audaz. Pero nadie quedó tan fascinado como César. Según el autor romano Dión Casio, "Cleopatra estaba en la plenitud de su esplendor. Tenía una voz deliciosa, que no podía menos que hechizar a quienes la oían. El encanto de su persona y sus palabras era tal que atrajo a sus redes al más frío y determinado de los misóginos. César quedó encantado tan pronto como la vio y ella abrió la boca para hablar". Cleopatra se convirtió en su amante esa misma noche. César ya había tenido para entonces muchas queridas, con las que se distraía de los rigores de sus campañas. Pero siempre se había librado rápido de ellas, para volver a lo que realmente lo hacía vibrar: la intriga política, los retos de la guerra, el teatro romano. Había visto a mujeres intentar todo para mantenerlo bajo su hechizo. Pero nada lo preparó para Cleopatra. Una noche ella le diría que juntos podían hacer resurgir la gloria de Alejandro Magno, y gobernar al mundo como dioses. A la noche siguiente lo recibiría ataviada como la diosa Isis, rodeada de la opulencia de su corte. Cleopatra inició a César en los más exquisitos placeres, presentándose como la encarnación del exotismo egipcio. La vida de César con ella era un reto perenne, tan desafiante como la guerra; porque en cuanto creía tenerla asegurada, ella se distanciaba o enojaba, y él debía buscar el modo de recuperar su favor. Transcurrieron semanas. César eliminó a todos los que le disputaban el amor de Cleopatra y halló excusas para permanecer en Egipto. Ella lo llevó a una suntuosa e histórica expedición por el Nüo. En un navío de inimaginable majestad —que se elevaba dieciséis metros y medio sobre el agua e incluía terrazas de varios niveles y un templo con columnas dedicado al dios Dionisio—, César fue uno de los pocos romanos en ver las pirámides. Y mientras prolongaba su estancia en Egipto, lejos de su trono en Roma, en el imperio estallaba toda clase de disturbios. Asesinado Julio César en 44 a.C, le sucedió un triunvirato, uno de cuyos miembros era Marco Antonio, valiente soldado amante del placer y el espectáculo, y quien se tenía por una suerte de Dionisio romano. Años después, mientras él estaba en Siria, Cleopatra lo invitó a reunirse con ella en la ciudad egipcia de Tarso. Ahí, tras hacerse esperar, su aparición fue tan sorprendente como ante César. Una magnífica barcaza dorada con velas de color púrpura asomó por el río Kydnos. Los remeros bogaban al compás de música etérea; por toda la nave había hermosas jóvenes vestidas de ninfas y figuras mitológicas. Cleopatra iba sentada en cubierta, rodeada y abanicada por cupidos y caracterizada como la diosa Afrodita, cuyo nombre la multitud coreaba con entusiasmo. Como las demás víctimas de Cleopatra, Marco Antonio tuvo sentimientos encontrados. Los placeres exóticos que ella ofrecía eran difíciles de resistir. Pero también deseó someterla: abatir a esa ilustre y orgullosa mujer probaría su grandeza. Así que se quedó y, como César, cayó lentamente bajo su hechizo. Ella consintió todas sus debilidades: el juego, fiestas estridentes, rituales complejos, lujosos espectáculos. Para conseguir que regresara a Roma, Octavio, otro miembro del triunvirato, le ofreció una esposa: su hermana, Octavia, una de las mujeres más bellas de Roma. Famosa por su virtud y bondad, sin duda ella mantendría a Marco Antonio lejos de la "prostituta egipcia". La maniobra surtió efecto por un tiempo, pero Marco Antonio no pudo olvidar a Cleopatra, y tres años después retornó a ella. Esta vez fue para siempre: se había vuelto, en esencia, esclavo de Cleopatra, lo que concedió a ésta enorme poder, pues él adoptó la vestimenta y costumbres egipcias y renunció a los usos de Roma. Una sola imagen sobrevive de Cleopatra —un perfil apenas visible en una moneda—, pero contamos con numerosas descripciones escritas de ella. Su rostro era fino y alargado, y su nariz un tanto puntiaguda; su rasgo dominante eran sus *ojos,* increíblemente grandes. Su poder seductor no residía en su aspecto; a muchas mujeres de Alejandría se les consideraba más hermosas que a ella. Lo que poseía sobre las demás mujeres era la habilidad para entretener a un hombre. En realidad Cleopatra era físicamente ordinaria y carecía de poder político, pero lo mismo Julio César que Marco Antonio, hombres valerosos e inteligentes, no percibieron nada de eso. Lo que vieron fue una mujer que no cesaba de transformarse ante sus ojos, una mujer espectáculo. Cada día ella se vestía y maquillaba de otra manera, pero siempre conseguía una apariencia realzada, como de diosa. Su voz, de la que hablan todos los autores, era cadenciosa y embriagadora. Sus palabras podían ser banales, pero las pronunciaba con tanta suavidad que los oyentes no recordaban lo que decía, sino cómo lo decía. Cleopatra ofrecía variedad constante: tributos, batallas simuladas, expediciones, orgiásticos bailes de máscaras. Todo tenía un toque dramático, y se llevaba a cabo con inmensa energía. Para el momento en que los amantes de Cleopatra posaban la cabeza en la almohada junto a ella, su mente era un torbellino de sueños e imágenes. Y justo cuando creían ser amos de esa mujer exuberante y versátil, ella se mostraba alejada o enfadada, dejando en claro que era ella la que ponía las condiciones. A Cleopatra era imposible poseerla: había que adorarla. Fue así como una exiliada destinada a una muerte prematura logró trastocarlo todo y gobernar Egipto durante cerca de veinte años. De Cleopatra aprendemos que lo que hace a una sirena no es la belleza, sino la vena teatral, lo que permite a una mujer encarnar las fantasías de un hombre. Por hermosa que sea, una mujer termina por aburrir a un hombre; él ansia otros placeres, y aventura. Pero todo lo que una mujer necesita para impedirlo es crear la ilusión de que ofrece justo esa variedad y aventura. Un hombre es fácil de engañar con apariencias; tiene debilidad por lo visual. Si tú creas la presencia física de una sirena (una intensa tentación sexual combinada con una actitud teatral y majestuosa), él quedará atrapado. No podrá aburrirse contigo, así que no podrá dejarte. Mantén la diversión, y nunca le permitas ver quién eres en realidad. Te seguirá hasta ahogarse.

# La sirena del sexo.

Norma Jean Mortensen, la futura Marilyn Monroe, pasó parte de su infancia en orfanatorios de Los Angeles. Dedicaba sus días a tareas domésticas, no a jugar. En la escuela se aislaba, rara vez sonreía y soñaba mucho. Un día, cuando tenía trece años, al vestirse para ir a la escuela se dio cuenta de que la blusa blanca que le habían dado en el orfanatorio estaba rota, así que tuvo que pedir prestado un suéter a una compañera más joven. El suéter era varias tallas menor que la suya. Ese día pareció de repente que los hombres la rodeaban dondequiera que iba (estaba muy desarrollada para su edad). Escribió en su diario: "Miraban mi suéter como si fuera una mina de oro". La revelación fue simple pero sorprendente. Antes ignorada y hasta ridiculizada por los demás alumnos, Norma Jean descubrió entonces una forma de obtener atención, y quizá también poder, porque era extremadamente ambiciosa. Empezó a sonreír más, a maquillarse, a vestirse de otra manera. Y pronto advirtió algo igualmente asombroso: sin que tuviera que decir ni hacer nada, los muchachos se enamoraban apasionadamente de ella. "Todos mis admiradores me decían lo mismo de diferente forma", escribió. "Era culpa mía que quisieran besarme y abrazarme. Algunos decían que era el modo en que los miraba, con ojos llenos de pasión. Otros, que lo que los tentaba era mi voz. Otros más, que emitía vibraciones que los agobiaban." Años después, Marilyn ya intentaba triunfar en la industria cinematográfica. Los productores le decían lo mismo: que era muy atractiva en persona, pero que su cara no era suficientemente bonita para el cine. Consiguió trabajo como extra, y cuando aparecía en la pantalla — así fuera apenas unos segundos—, los hombres en el público se volvían locos, y las salas estallaban en silbidos. Pero nadie creía que eso augurara una estrella. Un día de 1949, cuando tenía sólo veintitrés años y su carrera se estancaba, Marilyn conoció en una cena a alguien que le dijo que un productor que seleccionaba al elenco de una nueva película de Groucho Marx, *Love Happy* (Locos de atar), buscaba una actriz para el papel de una rubia explosiva capaz de pasar junto a Groucho de tal modo que, dijo, "excite mi vetusta libido y me saque humo por las orejas". Tras concertar una audición, ella improvisó esa manera de andar. "Es Mae West, Theda Bara y Bo Peep en una", afirmó Groucho luego de verla caminar. "Rodaremos la escena mañana en la mañana." Fue así como Marilyn creó su andar perturbador, apenas natural pero que ofrecía una extraña combinación de inocencia y sexo. En los años siguientes, Marilyn aprendió, mediante prueba y error, a agudizar su efecto sobre los hombres. Su voz siempre había sido atractiva: era la de una niña. Pero en el cine tuvo limitaciones hasta que alguien le enseñó a hacerla más grave, con lo que ella la dotó de los profundos y jadeantes tonos que se convertirían en la marca distintiva de su poder seductor, una mezcla de la niña pequeña y la pequeña arpía. Antes de aparecer en el foro, o incluso en una fiesta, Marilyn pasaba horas frente al espejo. La mayoría creía que era por vanidad, que estaba enamorada de su imagen. La verdad era que esa imagen tardaba horas en cuajar. Marilyn dedicó varios años a estudiar y practicar el arte del maquillaje. Voz, porte, rostro y mirada eran inventos, teatro puro. En el pináculo de su carrera, a Marilyn le emocionaría ir a bares en Nueva York sin maquillarse ni arreglarse, y pasar desapercibida. El éxito llegó por fin, pero con él también llegó algo terrible para ella: los estudios sólo le daban papeles de rubia explosiva. Marilyn quería papeles serios, pero nadie la tomaba en cuenta para eso, por más que ella restara importancia a las cualidades de sirena que había desarrollado. Un día, al ensayar una escena de El *jardín de los cerezos,* su maestro de actuación, Michael Chekhov, le preguntó: "¿ Pensabas en sexo mientras hicimos esta escena?". Ella contestó que no, y él continuó: "En toda la escena no dejé de recibir vibraciones sexuales de ti. Como si fueras una mujer en las garras de la pasión. [... ] Ahora entiendo tu problema con tu estudio, Marilyn. Eres una mujer que emite vibraciones sexuales, hagas o pienses lo que sea. El mundo entero ha respondido ya a esas vibraciones. Salen de la pantalla cuando apareces en ella". A Marilyn Monroe le encantaba el efecto que su cuerpo podía tener en la libido masculina. Afinaba su presencia física como un instrumento, con lo que terminaba por exudar sexo y conseguir una apariencia glamurosa y exuberante. Otras mujeres sabían tantos trucos como ella para incrementar su atractivo sexual, pero lo que distinguía a Marilyn era un elemento inconsciente. Su biografía la había privado de algo decisivo: afecto. Su mayor necesidad era sentirse amada y deseada, lo que la hacía parecer constantemente vulnerable, como una niña ansiosa de protección. Esa necesidad de amor emanaba de ella ante la cámara; era algo natural, que procedía de una fuente genuina y profunda en su interior. Una mirada o un gesto con el que no pretendía causar deseo hacía eso en forma doblemente poderosa, sólo por ser espontáneo; su inocencia era precisamente lo que excitaba a los hombres. La sirena del sexo tiene un efecto más urgente e inmediato que la sirena espectacular. Encarnación del sexo y el deseo, no se molesta en apelar a sentidos ajenos, o en crear una intensidad teatral. Parece jamás dedicar tiempo a trabajar o hacer tareas domésticas; da la impresión de vivir para el placer y estar siempre disponible. Lo que diferencia a la sirena del sexo de la cortesana o prostituta es su toque de inocencia y vulnerabilidad. Esta mezcla es perversamente satisfactoria: concede al hombre la crucial ilusión de ser protector, la figura paterna, pese a que, en realidad, sea la sirena del sexo quien controla la dinámica. Una mujer no necesariamente tiene que nacer con los atributos de una Marilyn Monroe para poder cumplir el papel de sirena del sexo. La mayoría de los elementos físicos de esta personalidad son inventados; la clave es el aire de colegiala inocente. Mientras que una parte de ti parece proclamar sexo, la otra es tímida e ingenua, como si fueras incapaz de comprender el efecto que ejerces. Tu porte, voz y actitud son deliciosamente ambiguos: eres al mismo tiempo una mujer experimentada y deseosa, y una chiquilla inocente. *Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. [... ] Porque les hechizan las sirenas con el sonoro canto,*

*sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo.* —Circe a Odiseo, *Odisea,* Canto XII.

# Claves de personalidad.

La sirena es la seductora más antigua de todas. Su prototipo es la diosa Afrodita —está en su naturaleza poseer una categoría mítica—, pero no creas que es cosa del pasado, o de leyenda e historia: representa la poderosa fantasía masculina de una mujer muy sexual y extraordinariamente segura y tentadora que ofrece interminable placer junto con una pizca de peligro. En la actualidad, esta fantasía atrae con mayor fuerza aún a la psique masculina, porque hoy más que nunca el hombre vive en un mundo que circunscribe sus instintos agresivos al volverlo todo inofensivo y seguro, un mundo que ofrece menos posibilidades de riesgo y aventura que antes. En el pasado, un hombre disponía de salidas para esos impulsos: la guerra, altamar, la intriga política. En el terreno del sexo, las cortesanas y amantes eran prácticamente una institución social, y brindaban al hombre la variedad y caza que ansiaba. Sin salidas, sus impulsos quedan encerrados en él y lo corroen, volviéndose aún más explosivos por ser reprimidos. A veces un hombre poderoso hará las cosas más irracionales, tendrá una aventura cuando eso es lo menos indicado, sólo por la emoción, por el peligro que implica. Lo irracional puede ser sumamente seductor, y más todavía para los hombres, que siempre deben parecer demasiado razonables. Si lo que tú buscas es fuerza de seducción, la sirena es la más poderosa de todas. Opera sobre las emociones básicas de un hombre; y si desempeña de modo apropiado su papel, puede transformar a un hombre normalmente fuerte y responsable en un niño y un esclavo. La sirena actúa con especial eficacia sobre el tipo masculino rígido —el soldado o héroe—, como Cleopatra trastornó a Marco Antonio y Marilyn Monroe a Joe DiMaggio. Pero no creas que ese tipo es el único que la sirena puede afectar. Julio César era escritor y pensador, y había transferido su capacidad intelectual al campo de batalla y la esfera política; el dramaturgo Arthur Miller cayó bajo el hechizo de Marilyn tanto como DiMaggio. El intelectual suele ser el tipo más susceptible al llamado de placer físico absoluto de la sirena, porque su vida carece de él. La sirena no tiene que preocuparse por buscar a la víctima correcta. Su magia actúa sobre todos. Antes que nada, una sirena debe distinguirse de las demás mujeres. Ella es rara y mítica por naturaleza, única en su grupo; es también una valiosa presea por arrebatar a otros hombres. Cleopatra se diferenció por su intenso sentido teatral; el recurso de la emperatriz Josefina Bonaparte fue la languidez extrema; el de Marilyn Monroe, la indefensión infantil. El físico brinda las mejores oportunidades en este caso, ya que la sirena es eminentemente un espectáculo por contemplar. Una presencia acentuadamente femenina y sexual, aun al extremo de la caricatura, te diferenciará de inmediato, pues la mayoría de las mujeres carecen de seguridad para proyectar esa imagen. Habiéndose distinguido de las demás mujeres, la sirena debe poseer otras dos cualidades críticas: la habilidad para lograr que el hombre la persiga con tal denuedo que pierda el control, y un toque de peligro. E1 peligro es increíblemente seductor. Lograr que los hombres te persigan es relativamente sencillo: te bastará con una presencia intensamente sexual. Pero no debes parecer cortesana o ramera, a quien los hombres persiguen solo para perder pronto todo interés. Sé en cambio algo esquiva y distante, una fantasía hecha realidad. Las grandes sirenas del Renacimiento, como Tullía d'Aragona, actuaban y lucían como diosas griegas, la fantasía de la época. Hoy tú podrías tomar como modelo a una diosa del cine, cualquiera con aspecto exuberante, e incluso imponente. Estas cualidades harán que un hombre te persiga con vehemencia; y entre más lo haga, más creerá actuar por iniciativa propia. Ésta es una excelente forma de disimular cuánto lo manipulas. La noción de peligro, de desafío, a veces de muerte, podría parecer anticuada, pero el peligro es esencial en la seducción. Añade interés emocional, y hoy es particularmente atractivo para los hombres, por lo común racionales y reprimidos. El peligro está presente en el mito original de la sirena. En la *Odisea* de Homero, el protagonista, Odiseo, debe atravesar las rocas en que las sirenas, extrañas criaturas femeninas, cantan e inducen a los marineros a su destrucción. Ellas cantan las glorias del pasado, de un mundo similar a la infancia, sin responsabilidades, un mundo de puro placer. Su voz es como el agua, líquida e incitante. Los marineros se arrojaban al agua en pos de ellas, y se ahogaban; o, distraídos y extasiados, estrellaban su nave contra las rocas. Para proteger a sus navegantes de las sirenas, Odiseo les tapa los oídos con cera; él, a su vez, es atado al mástil, para poder oírlas y vivir para contarlo —un deseo extravagante, pues lo que estremece de las sirenas es caer en la tentación de seguirlas. Así como los antiguos marineros tenían que remar y timonear, ignorando todas las distracciones, hoy un hombre debe trabajar y seguir una senda recta en la vida. El llamado de algo peligroso, emotivo y desconocido es aún más poderoso por estar prohibido. Piensa en la víctimas de las grandes sirenas de la historia: París provoca una guerra por Helena de Troya; Julio César arriesga un imperio y Marco Antonio pierde el poder y la vida por Cleopatra; Napoleón se convierte en el hazmerreír de Josefina; DiMaggio no se libra nunca de su pasión por Marilyn; y Arthur Miller no puede escribir durante años. Un hombre suele arruinarse a causa de una sirena, pero no puede desprenderse de ella. (Muchos hombres poderosos tienen una vena masoquista.) Un elemento de peligro es fácil de insinuar, y favorecerá tus demás características de sirena: el toque de locura de Marilyn, por ejemplo, que atrapaba a los hombres. Las sirenas son a menudo fantásticamente irracionales, lo cual es muy atractivo para los hombres, oprimidos por su racionalidad. Un elemento de temor también es decisivo: mantener a un hombre a prudente distancia engendra respeto, para que no se acerque tanto como para entrever

tus intenciones o conocer tus defectos. Produce ese miedo cambiando repentinamente de humor, manteniendo a un hombre fuera de balance y en ocasiones intimidándolo con una conducta caprichosa. El elemento más importante para una sirena en ciernes es siempre el físico, el principal instrumento de poder de la sirena. Las cualidades físicas —una fragancia, una intensa feminidad evocada por el maquillaje o por un atuendo esmerado o seductor— actúan aún más poderosamente sobre los hombres porque no tienen significado. En su inmediatez, eluden los *procesos* racionales, y ejercen así el mismo efecto que un señuelo para un animal, o que el movimiento de un capote en un toro. La apariencia apropiada de la sirena suele confundirse con la belleza física, en particular del rostro. Pero una cara bonita no hace a una sirena; por el contrario, produce excesiva distancia y frialdad. (Ni Cleopatra ni Marilyn Monroe, las dos mayores sirenas de la historia, fueron famosas por tener un rostro hermoso.) Aunque una sonrisa y una incitante mirada son infinitamente seductoras, nunca deben dominar tu apariencia. Son demasiado obvias y directas. La sirena debe estimular un deseo generalizado, y la mejor forma de hacerlo es dar una impresión tanto llamativa como tentadora. Esto no depende de un rasgo particular, sino de una combinación de cualidades. *La voz.* Evidentemente una cualidad decisiva, como lo indica la leyenda, la voz de la sirena tiene una inmediata presencia animal de increíble poder de provocación. Quizá este poder sea regresivo, y recuerde la capacidad de la voz de la madre para apaciguar o emocionar al hijo aun antes de que éste entendiera lo que ella decía. La sirena debe tener una voz insinuante que inspire erotismo, en forma subliminal antes que abierta. Casi todos los que conocieron a Cleopatra hicieron referencia a su dulce y deliciosa voz, de calidad hipnotizante. La emperatriz Josefina, una de las grandes seductoras de fines del siglo xviii, tenía una voz lánguida que los hombres consideraban exótica, e indicativa de su origen creóle. Marilyn Monroe nació con su jadeante voz infantil, pero aprendió a hacerla más grave para volverla auténticamente seductora. La voz de Lauren Bacall es naturalmente grave; su poder seductor se deriva de su lenta y sugestiva efusión. La sirena nunca habla rápida ni bruscamente, ni con tono agudo. Su voz es serena y pausada, como si nunca hubiera despertado del todo —o abandonado el lecho. El *cuerpo y el proceso para acicalar.* Si la voz tiene que adormecer, el cuerpo y su proceso para acicalar deben deslumbrar. La sirena pretende crear con su ropa el efecto de diosa que Baudelaire describió en su ensayo "En elogio del maquillaje": "La mujer está en todo su derecho, y en realidad cumple una suerte de deber, al procurar parecer mágica y sobrenatural. Ha de embrujar y sorprender; ídolo que debe engalanarse con oro para ser adorada. Ha de hacer uso de todas las artes para elevarse sobre la naturaleza, lo mejor para subyugar corazones y perturbar espíritus". Una sirena con talento para vestirse y acicalarse fue Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón. Paulina se empeñó deliberadamente en alcanzar el efecto de diosa, disponiendo su cabello, maquillaje y atuendo para evocar el aire y apariencia de Venus, la diosa del amor. Ninguna otra mujer en la historia ha podido jactarse de un guardarropa tan extenso y elaborado. Su entrada a un baile, en 1798, tuvo un efecto pasmoso. Ella había pedido a la anfitriona, Madame Permon, que le permitiese vestirse en su casa, para que nadie la viera llegar. Cuando bajó las escaleras, todos se congelaron en un silencio de asombro. Portaba el tocado de las bacantes: racimos de uvas doradas entretejidas en su cabellera, arreglada al estilo griego. Su túnica griega, con dobladillo bordado en oro, destacaba su figura de diosa. Bajo los pechos ostentaba un tahalí de oro bruñido, sujetado por una magnífica joya. "No hay palabras que puedan expresar la hermosura de su apariencia", escribió la duquesa D'Abrantés. "La sala brilló aún más cuando entró. El conjunto era tan armonioso que su aparición fue recibida con un susurro de admiración, el cual continuó con manifiesto desdén por las demás mujeres." La clave: todo tiene que deslumbrar, pero también debe ser armonioso, para que ningún accesorio llame la atención por sí solo. Tu presencia debe ser intensa, exuberante, una fantasía vuelta realidad. Los accesorios sirven para hechizar y entretener. La sirena puede valerse de la ropa también para insinuar sexualidad, a veces abiertamente, aunque primero sugiriéndola que proclamándola, lo cual te haría parecer manipuladora. Esto se asocia con la noción de la revelación selectiva, la puesta al descubierto de sólo una parte del cuerpo, que de cualquier manera excite y despierte la imaginación. A fines del siglo XVI, Marguerite de Valois, la intrigante hija de la reina de Francia, Catalina de Médicis, fue una de las primeras mujeres en incorporar a su vestuario el escote, sencillamente porque era dueña de los pechos más hermosos del reino. En Josefina Bonaparte lo notable eran los brazos, que siempre tenía cuidado en dejar desnudos. El *movimiento y el porte.* En el siglo V a.C, el rey Kou Chien eligió a la sirena china Hsi Shih entre todas las mujeres de su reino para seducir y destruir a su rival, Fu Chai, rey de Wu; con ese propósito, hizo instruir a la joven en las artes de la seducción. La más importante de éstas era la del movimiento: cómo desplazarse graciosa y sugestivamente. si Shih aprendió a dar la impresión de que flotaba en el aire enfundada en su indumentaria de la corte. Cuando finalmente se entregó a Fu Chai, él cayó pronto bajo su hechizo. Nunca había visto a nadie que caminara y se moviera como ella. Se obsesionó con su trémula presencia, sus modales y su aire indiferente. Fu Chai se enamoró tanto de ella que dejó que su reino se viniera abajo, lo que permitió a Kou Chien invadirlo y conquistarlo sin dar una sola batalla. La sirena se mueve graciosa y pausadamente. Los gestos, movimientos y porte apropiados de una sirena son como su voz: insinúan algo excitante, avivan el deseo sin ser obvios. Tú debes poseer un aire lánguido, como si tuvieras todo el tiempo del mundo para el amor y el placer. Dota a tus gestos de cierta ambigüedad, para que sugieran algo al mismo tiempo inocente y erótico. Todo lo que no se puede entender de inmediato es extremadamente seductor, más aún si impregna tu actitud. *Símbolo: Agua. El canto de la sirena es líquido e incitante, y ella misma móvil e inasible. Como el mar, la sirena te tienta con la promesa de aventura y placer infinitos. Olvidando pasado y futuro, los hombres la siguen mar adentro, donde se ahogan.*

## Peligros.

Por ilustrada que sea su época, ninguna mujer puede mantener con soltura la imagen de estar consagrada al placer. Y por más que intente distanciarse de ello, la mancha de ser una mujer fácil sigue siempre a la sirena. A Cleopatra se le odió en Roma, donde se le consideraba la prostituta egipcia. Ese odio la llevó finalmente a la ruina, cuando Octavio y el ejército buscaron extirpar el estigma para la virilidad ro-mana que ella había terminado por representar. Aun así, los hombres suelen perdonar la reputación de la sirena. Pero a menudo hay peligro en la envidia que causa en otras mujeres; gran parte del aborrecimiento de Roma por Cleopatra se originó en el enfado que provocaba a las severas matronas de esa ciudad. Exagerando su inocencia, haciéndose pasar por víctima del deseo masculino, la sirena puede mitigar un tanto los efectos de la envidia femenina. Pero, en general, es poco lo que puede hacen su poder proviene de su efecto en los hombres, y debe aprender a aceptar, o ignorar, la envidia de otras mujeres. Por último, la enorme atención que la sirena atrae puede resultar irritante, y algo peor aún. La sirena anhelará a veces que se le libre de ella; otras, querrá atraer una atención no sexual. Asimismo, y por desgracia, la belleza física se marchita; aunque el efecto de la sirena no depende de un rostro hermoso, sino de una impresión general, pasando cierta edad esa impresión es difícil de proyectar. Estos dos factores contribuyeron al suicidio de Marilyn Monroe. Hace falta cierta genialidad, como la de Madame de Pompadour, la sirena amante del rey Luis XV, para transitar al papel de animosa mujer madura que aún seduce con sus inmateriales encantos. Cleopatra poseía esa inteligencia; y si hubiera vivido más, habría seguido siendo una seductora irresistible durante mucho tiempo. La sirena debe prepararse para la vejez prestando temprana atención a las formas más psicológicas, menos físicas, de la coquetería, que sigan concediéndole poder una vez que su belleza empiece a declinar.

## 2. - El libertino.

*Una mujer nunca se siente suficientemente deseada y apreciada. Quiere atención, pero demasiado a menudo él hombre es distraído e insensible. El libertino es una de las grandes figuras de la fantasía femenina: cuando desea a una mujer, por breve que pueda ser ese momento, irá hasta el fin del mundo por ella. Puede ser infiel, deshonesto y amoral, pero eso no hace sino aumentar su atractivo. A diferencia del hombre decente normal, el libertino es deliciosamente desenfrenado, esclavo de su amor por las mujeres. Está además él señuelo de su reputación: tantas mujeres han sucumbido a él que debe haber un motivo. Las palabras son la debilidad de una mujer, y él es un maestro del lenguaje seductor. Despierta el ansia reprimida de una mujer adaptando a ti la combinación de peligro y placer del libertino.*

# El libertino apasionado.

Para la corte de Luis XIV, los últimos años del rey fueron sombríos: el monarca estaba viejo, y se había vuelto insufriblemente religioso y antipático. La corte se aburría y desesperaba por alguna novedad. En 1710, por lo tanto, el arribo de un joven de quince años en extremo apuesto y encantador tuvo un efecto particularmente intenso en las damas. Se apellidaba Fronsac, y sería el futuro duque de Richelieu (sobrino nieto del perverso cardenal Richelieu). Era insolente e ingenioso. Las damas jugueteaban con él, pero en correspondencia el duque besaba sus labios, mientras sus manos se aventuraban lejos para un muchacho inexperto. Cuando esas manos se extraviaron faldas arriba de una duquesa no tan indulgente, el rey enfureció, y envió al joven a la Bastilla para darle una lección. Sin embargo, las damas, para quienes había sido tan divertido, no soportaron su ausencia. En comparación con los estirados de la corte, tenía una osadía increíble, ojos penetrantes y manos más rápidas de lo conveniente. Nada podía detenerlo; su novedad fue irresistible. Las damas de la corte imploraron, y su estancia en la Bastilla se interrumpió. Años después, la joven Mademoiselíe de Vaíois paseaba en un parque de París con su dama de compañía, una anciana que jamás se apartaba de ella. Su padre, el duque de Orleans, había resuelto proteger a la menor de sus hijas contra los seductores de la corte hasta que ella pudiera casarse, así que le había asignado esa dama de compañía, mujer de impecable virtud y amargura. En aquel parque, sin embargo, Mademoiselíe de Valois vio que un joven la miraba, y prendía fuego a su corazón. El pasó de largo, pero su mirada fue clara e intensa. La dama de compañía le dijo quién era: el infame duque de Richelieu, blasfemo, enamoradizo y seductor. Alguien a quien evitar a toda costa. Días más tarde, la dama condujo a Mademoiselíe de Valois a otro parque, y he aquí que Richelieu volvió a cruzarse en su camino. Esta vez iba disfrazado de mendigo, pero su modo de mirar era inconfundible. Mademoiselíe de Valois le devolvió la mirada: al menos algo interesante en su vida monótona. Dada la severidad de su padre, ningún hombre se había atrevido a acercársele. Y ahora ese cortesano famoso la perseguía, ¡a ella en lugar de cualquier otra dama de la corte! ¡Qué emoción! Él le haría llegar pronto, a escondidas, hermosos mensajes en los que expresaba su incontrolable deseo por ella. Mademoiselle de Valois respondía tímidamente, pero en poco tiempo esos mensajes eran lo único por lo que vivía. En uno de ellos, el duque le prometió disponerlo todo si ella pasaba una noche con él; creyendo imposible esto, a ella no le importó seguirle el juego y aceptar su atrevida propuesta. Mademoiselíe de Valois tenía una doncella, llamada Angélique, que la desvestía antes de acostarse y que dormía en un cuarto contiguo. Una noche, mientras su dama de compañía tejía, Mademoiselíe de Valois distrajo su lectura y vio a Angélique llevando su ropa de cama a la habitación; pero, contra su costumbre, Angélique se volvió y le sonrió: ¡Era Richelieu, magistralmente disfrazado de la camarera! Mademoiselíe de Valois estuvo a punto de gritar de susto, pero se contuvo, percatándose del peligro en que se hallaba: si decía algo, su familia se enteraría de los mensajes, y de su participación en el asunto. ¿Qué podía hacer? Decidió ir a su habitación y disuadir al joven duque de su maniobra, ridículamente peligrosa. Así, deseó buenas noches a su dama de compañía; pero una vez en su recámara, sus planeadas palabras fueron inútiles. Cuando trató de razonar con Richelieu, él respondió con esa mirada suya, y la tomó entre sus brazos. Ella no podía gritar, pero no sabía qué hacer tampoco. Las impetuosas palabras de él, sus caricias, el peligro de todo: su cabeza le daba vueltas, estaba perdida. ¿Qué eran la virtud y su aburrimiento de antes comparados con una noche con el libertino más conocido de la corte? Así, mientras la dama de compañía tejía a lo lejos, el duque la inició en los rituales del libertinaje. Meses después, el padre de Mademoiselíe de Valois tuvo razones para sospechar que Richelieu había penetrado sus líneas defensivas. La dama de compañía fue despedida y las precauciones redobladas. Orleans no comprendió que para Richelieu esas medidas eran un desafío, y el duque vivía para los desafíos. Compró la casa de al lado, bajo nombre falso, y abrió una puerta secreta en la pared misma que daba a la alacena de Orleans. En esta alacena, y a lo largo de los meses siguientes —hasta que la novedad se agotó—, Mademoiselíe de Valois y Richelieu disfrutaron de citas interminables. Todos en París sabían de las proezas de Richelieu, pues él se encargaba de divulgarlas lo más

ruidosamente posible. Cada semana, una nueva anécdota circulaba en la corte. Un hombre había encerrado una noche a su esposa en una habitación del piso de arriba, preocupado de que el duque anduviera tras ella; para reunirse con la dama, el duque se había arrastrado a oscuras por una frágil tabla suspendida entre dos ventanas de pisos superiores. Dos mujeres que vivían en una misma casa, una viuda, la otra casada y muy religiosa, habían descubierto, para su mutuo horror, que el duque las enamoraba al mismo tiempo, dejando a una durante la noche para estar con la otra. Cuando se lo reclamaron, Richelieu, siempre al acecho de algo nuevo y dueño de una labia endemoniada, no se disculpó ni retractó, sino que procedió a convencerlas de un *ménage á trois*,aprovechándose de la vanidad herida de cada una de ellas, que no soportaban la idea de f *que* prefiriera a la otra. Año tras año aumentaban las notables historias de seducción del duque. Una mujer admiraba su audacia y valor, otra su gallardía para contrariar a un esposo. Las mujeres competían por su atención: si él no quería seducirlas, tenía que haber algo malo en ellas. Ser el blanco de sus atenciones se volvió una grandiosa fantasía. Una vez, dos damas sostuvieron un duelo de pistolas por él, y una de ellas resultó gravemente herida. La duquesa de Orleans, su más implacable enemiga, escribió: "Si creyera en la brujería, pensaría que el duque posee un secreto sobrenatural, pues nunca he conocido una mujer que le haya opuesto la menor resistencia". En la seducción suele presentarse un dilema: para seducir, es necesario planear y calcular; pero si la víctima sospecha de motivos ocultos en la otra parte, se pondrá a la defensiva. No obstante, si el seductor parece imponerse, inspirará miedo en lugar de deseo. El libertino apasionado resuelve este dilema de forma muy astuta. Por supuesto que debe calcular y planear; debe hallar la manera de eludir al marido celoso, o al obstáculo de que se trate. Esta es una labor agotadora. Pero, por naturaleza, el libertino apasionado también tiene la ventaja de una libido incontrolable. Cuando persigue a una mujer, realmente arde en deseos por ella; la víctima lo siente y hierve a su vez, aun a pesar de sí misma. ¿Cómo podría imaginar que él es un seductor desalmado que la abandonará, *6Íendo* que ha afrontado tan fervientemente todos los peligros y obstáculos para conseguirla? Y aun si ella está al tanto de su pasado deshonroso, de su amoralidad incorregible, eso no importa, porque también conoce su debilidad. El no puede controlarse; más aún, es esclavo de todas las mujeres. Por consiguiente, no inspira temor. El libertino apasionado nos da una lección simple: el deseo intenso ejerce un poder perturbador en una mujer, como el de la presencia física de la sirena en un hombre. Una mujer suele estar a la defensiva, y puede percibir falta de sinceridad o cálculo. Pero si se siente consumida por tus atenciones, y está segura de que harás cualquier cosa por ella, no verá en ti nada más, o encontrará la manera de perdonar tus indiscreciones. Esta es la excusa perfecta para un seductor. La clave es no exhibir el menor titubeo, dejar toda inhibición, soltarte, demostrar que no te es posible controlarte y que, en esencia, eres débil. No te preocupes de inspirar desconfianza; en tanto seas esclavo de sus encantos, ella no pensará en lo que viene después.

## El libetino demoniaco.

A principios de la década de 1880, algunos miembros de la alta sociedad romana comenzaron a hablar de un joven periodista de reciente aparición, un tal Gabriele D'Annunzio. Esto era de suyo extraño, porque la realeza italiana despreciaba enormemente a todo aquel que no pertenecía a su círculo, y un reportero de sociales era casi tan vulgar como indigno. Los hombres de alta cuna, en efecto, le prestaban poca atención. D'Annunzio no tenía dinero, y apenas unas cuantas relaciones, pues procedía de un ambiente de estricta clase media. Además, para ellos era soberanamente feo: bajo, fornido, de tez oscura y picada y ojos saltones. Los hombres lo juzgaban tan poco atractivo que le permitían de buena gana circular entre sus esposas e hijas, seguros de que sus mujeres estaban a salvo con ese adefesio y felices de poder librarse de tal cazador de chismes. No, no eran los hombres quienes hablaban de D'Annunzio; eran sus esposas. Presentadas a D'Annunzio por sus maridos, aquellas duquesas y marquesas terminaron invitando a ese hombre de apariencia extraña; y cuando estaba a solas con ellas, su actitud cambiaba repentinamente. En cuestión de minutos, las damas estaban embelesadas. Para comenzar, D'Annunzio tenía la voz más maravillosa que ellas hubieran oído jamás: baja y grave, con articulación silabeada, ritmo fluido y entonación casi musical. Una mujer la compararía con campanarios repicando a lo lejos. Otras decían que esa voz poseía un efecto "hipnótico". También las palabras que emitía eran interesantes: fiases aliteradas, locuciones preciosas, imágenes poéticas y un modo de elogiar capaz de derretir el corazón de una mujer. D'Annunzio había alcanzado el dominio del arte de adular. Parecía conocer la debilidad de cada mujer, a una la llamaba diosa de la naturaleza; a otra, incomparable artista en ciernes; a otra más, figura romántica salida de las páginas de un novela. El corazón de una mujer latía con fuerza mientras el periodista describía el efecto que ella ejercía en él. Todo era sugerente, y aludía a sexo o romance. En la noche, ella ponderaba sus palabras, y recordaba poco de lo que él había dicho, porque nunca decía nada concreto, pero mucho de lo que le había hecho sentir. Al día siguiente, esa mujer recibía de él un poema que parecía haber escrito especialmente para ella. (En

realidad D'Annunzio escribía docenas de poemas similares, cada uno de los cuales adaptaba a su víctima prevista.) Luego de varios años de haberse iniciado como reportero de sociales, D'Annunzio se casó con la hija del duque y la duquesa de Gállese. Poco después, con el firme apoyo de damas de sociedad, empezó a publicar novelas y libros de poesía. La cantidad de sus conquistas era notable, pero la calidad también: no sólo marquesas caían a sus pies, sino, asimismo, grandes artistas, como la actriz Eleonora Duse, quien lo ayudó a convertirse en respetado dramaturgo y celebridad literaria. La bailarina Isadora Duncan, otra mujer que acabó cayendo bajo su hechizo, explicaría su magia: "Gabriele D'Annunzio es quizá el mejor amante de nuestro tiempo. Y esto pese a que sea de baja estatura, calvo y feo (excepto cuando la cara se le ilumina de entusiasmo). Sin embargo, cuando se dirige a una mujer que es de su gusto, su rostro se transfigura, y él se convierte de súbito en Apolo. [... ] Su efecto en las mujeres es sorprendente. La dama que lo escucha siente de pronto que su espíritu mismo y su ser se elevan". Al estallar la primera guerra mundial, D'Annunzio, entonces de cincuenta y dos años, se alistó en el ejército. Aunque carecía de experiencia militar, tendía al dramatismo, y ardía en deseos de mostrar su valor. Aprendió a volar, y dirigió misiones peligrosas, aunque muy eficaces. Al fin de la guerra, era el héroe más condecorado de Italia. Sus hazañas lo volvieron gloria nacional y, tras la guerra, fuera de su hotel se congregaban multitudes, en cualquier ciudad italiana. El les hablaba de política desde un balcón, y clamaba contra el gobierno italiano en turno. A un testigo de uno de sus discursos, el escritor estadunidense Walter Starkie, le decepcionó en principio el aspecto del famoso D'Annunzio en un balcón en Venecia: era menudo, y parecía grotesco. "Sin embargo, poco a poco comencé a caer bajo la fascinación de su voz, que penetraba en mi conciencia [... ] Nunca un gesto apresurado, brusco [... ] Pulsó las emociones de la multitud como lo haría un consumado violinista con un Stradivarius. Los ojos de miles estaban fijos en él, como hipnotizados por su poder." El sonido de su voz y las poéticas connotaciones de sus palabras eran también lo que seducía a las masas. Con el argumento de que la Italia moderna debía reclamar la grandeza del imperio romano, D'Annunzio inventaba consignas que el público coreaba, o hacía preguntas de intensa carga emocional. Halagaba a la multitud, la hacía sentir parte de un drama. Todo era vago y sugestivo. El tema del momento era la posesión de la ciudad de Fiume, justo al otro lado de la frontera, en la vecina Yugoslavia. Muchos italianos creían que el premio a su país por haberse unido a los aliados en la guerra debía ser la anexión de Fiume. D'Annunzio defendía esta causa; y dada su condición de héroe de guerra, el ejército estaba listo para apoyarlo, aunque el gobierno se oponía a toda acción. En septiembre de 1919, rodeado de soldados, D'Annunzio dirigió su infausta marcha sobre Fiume. Cuando un general italiano lo detuvo en el camino y amenazó con dispararle, el poeta se abrió el abrigo para exhibir sus medallas y exclamó, con magnética voz: "Si ha de matarme, ¡apunte aquí!". Atónito, el general rompió a llorar. Se unió a D'Annunzio. Cuando el poeta entró a Fiume, se le recibió como libertador. Al día siguiente fue declarado jefe del Estado Libre de Fiume. Pronto pronunciaba discursos todos los días desde un balcón en la plaza principal de la ciudad, hechizando a decenas de miles sin el auxilio de altavoces. Iniciaba toda clase de celebraciones y rituales rememorando el imperio romano. Los ciudadanos de Fiume dieron en imitarlo, en particular *sus* proezas sexuales; la urbe se convirtió en un burdel gigantesco. El era tan popular que el gobierno italiano llegó a temer una marcha sobre Roma, la que, de haberse efectuado en ese momento, teniendo D'Annunzio el apoyo de gran parte del ejército, habría podido culminar exitosamente. El poeta habría aventajado así a Mussolini, y cambiado el curso de la historia. (No era fascista, sino una suerte de esteta socialista.) Pero decidió quedarse en Fiume, que gobernó durante dieciséis meses, hasta que el régimen italiano lo derribó al fin, a fuerza de bombas. La seducción es un proceso psicológico que trasciende el género, salvo en el par de áreas clave en que cada género tiene su propia debilidad. El hombre es tradicionalmente vulnerable a lo visual. La sirena capaz de inventarse la apariencia física indicada seducirá en grandes cantidades. La debilidad de las mujeres son el lenguaje y las palabras; como escribió la actriz francesa Simone, una de las víctimas de D'Annunzio: "¿Cómo podrían explicarse las conquistas [del poeta] sino por su extraordinario poder verbal y el timbre musical de su voz, puesta al servicio de una excepcional elocuencia? Porque mi sexo es susceptible a las palabras, lo embrujan, quiere ser dominado por ellas". El libertino es tan promiscuo con las palabras como con las mujeres. Elige términos por su aptitud para sugerir, insinuar, hipnotizar, elevar, contagiar. Las palabras del libertino equivalen al aderezo corporal de la sirena: son un poderoso entretenimiento sensual, un narcótico. El libertino usa demoniacamente el lenguaje porque no lo concibe para comunicar o transmitir información, sino para persuadir, halagar y causar confusión emocional, tal como la serpiente en el jardín del Edén se sirvió de palabras para hacer caer a Eva en tentación. El caso de D'Annunzio pone de manifiesto el vínculo entre el libertino erótico, que seduce a las mujeres, y el libertino político, que seduce a las masas. Ambos dependen de las palabras. Adapta a tu propia situación la personalidad del libertino y descubrirás que el uso de las palabras como sutil veneno tiene infinitas aplicaciones. Recuerda: lo que importa es la forma, no el contenido. Cuanto menos reparen tus víctimas en lo que dices y más en lo que les haces sentir, tanto más seductor será tu efecto. Da a tus palabras un elevado sabor espiritual y literario, el mejor para insinuar deseo en tus involuntarias presas. *Pero ¿cuál es entonces esta fuerza con que Don Juan seduce? Es el deseo, la energía del deseo sensual. El desea*

*en cada mujer la totalidad de la feminidad. La reacción a esta pasión gigantesca embellece y desarrolla a la persona deseada, la cual se enciende en acrecentada hermosura al reflejarlo. Así como el fuego del entusiasta ilumina con fascinante esplendor aun a quienes traban con él una relación casual, así Don Juan transfigura en un sentido mucho más profundo a cada mujer.* —Saren Kierkegaard, *O esto o aquello.*

# Claves de personalidad.

En principio podría parecer extraño que un hombre visiblemente deshonesto, infiel y sin interés en el matrimonio atraiga a una mujer. Pero a lo largo de la historia, y en todas las culturas, este tipo ha tenido un efecto implacable. El libertino ofrece lo que la sociedad no permite normalmente a las mujeres: una aventura de placer absoluto, un excitante roce con el peligro. Una mujer suele sentirse agobiada por el papel que se espera de ella. Se supone que debe ser una delicada fuerza civilizadora de la sociedad, y anhelar compromiso y lealtad de por vida. Pero, a menudo, su matrimonio y relaciones no le brindan romance ni devoción, sino rutina y una pareja invariablemente distraída. Es por eso que persiste la fantasía femenina de un hombre capaz de entregarse por entero; un hombre que viva para la mujer, así sea sólo un instante. Este reprimido lado oscuro del deseo femenino halló expresión en la leyenda de Don Juan. Al principio, esta leyenda fue una fantasía masculina: el caballero audaz que podía tener todas las mujeres que quisiera. Pero en los siglos XVII y XVIII, Don Juan transitó lentamente del aventurero masculino a una versión más feminizada: un hombre que sólo vivía para las mujeres. Esta evolución fue producto del interés de las mujeres en ese argumento, y resultado de sus deseos frustrados. El matrimonio era para ellas una forma de servidumbre por contrato; pero Don Juan ofrecía placer por el placer mismo, un deseo sin condiciones. Cuando una mujer se cruzaba en su camino, él no pensaba más que en ella. Su deseo era tan fuerte que ella no tenía tiempo de pensar ni preocuparse por las consecuencias. Él llegaba de noche, concedía un momento inolvidable y desaparecía. Quizá para entonces ya había conquistado a miles de mujeres, pero eso no hacía sino volverlo más interesante; el abandono era mejor que no ser deseada por un hombre así. Los grandes seductores no ofrecen los apacibles placeres que la sociedad aprueba. Tocan el inconsciente de una persona, los deseos reprimidos que claman por ser liberados. No creas que las mujeres son las criaturas frágiles que a algunos les gustaría que fueran. Como a los hombres, también a ellas les atrae enormemente lo prohibido, lo peligroso, incluso lo un tanto perverso. (Don Juan termina yéndose al infierno, y la palabra raice [libertino, en inglés] se deriva de *rakehell,* el hombre que rastrilla el carbón en el infierno; el componente diabólico es parte importante de esta fantasía.) Recuerda siempre: para actuar como libertino, debes transmitir una sensación de oscuridad y riesgo, con objeto de sugerir a tu víctima que participa de algo raro y estremecedor —una oportunidad para satisfacer sus propios deseos lascivos. Para actuar como libertino, el requisito más obvio es la capacidad de soltarte, de atraer a una mujer al periodo puramente sexual en que pasado y futuro pierden sentido. Debes poder abandonarte al momento. (Cuando el libertino Valmont —basado en el duque de Richelieu—, en la novela epistolar de Lacios del siglo XVIII, *Las amista des peligrosas,* escribe cartas evidentemente calculadas para tener cierto efecto en su víctima selecta, Madame de Tourvel, ella adivina a todas luces sus intenciones; pero cuando esas cantas la hacen arder de pasión, empieza a ceder.) Un beneficio adicional de esta cualidad es que te hace parecer incapaz de controlarte, muestra de debilidad que agrada a una mujer. Al abandonarte a la seducida, le haces creer que sólo existes para ella, sensación que refleja una verdad, por temporal que sea. La mayoría de las centenas de mujeres que Pablo Picasso, consumado libertino, sedujo al paso de los años tuvieron la sensación de ser las únicas que él en verdad amaba. Al libertino jamás le preocupa que una mujer se le resista, ni, en realidad, ningún otro obstáculo en su camino: un marido, una barrera física. La resistencia no hace otra cosa que espolear su deseo, incitarlo aún más. Cuando Picasso seducía a Francpise *Gilot,* le rogó que se resistiera; necesitaba resistencia para incrementar la emoción. En todo caso, un obstáculo en tu camino te brinda la oportunidad de demostrar tu valía, tanto como la creatividad que pones en las cosas del amor. En la novela japonesa del siglo XI, *La historia de Genji,* de la dama de la corte Murasaki Shikibu, al libertino príncipe Niou no le inquieta la repentina desaparición de Ukifune, la mujer que ama. Ella ha huido porque, aunque interesada en el príncipe, está enamorada de otro hombre; sin embargo, su ausencia permite a Niou hacer hasta lo indecible por encontrarla. Su súbita aparición para arrebatarla hacia una casa en lo hondo del bosque, y el valor que muestra al hacerlo, la apabullan. Recuerda: si no enfrentas resistencias y obstáculos, debes crearlos. La seducción no puede avanzar sin ellos. El libertino es una personalidad extrema. Descarado, sarcástico e ingenioso, lo que piensen los demás no le importa. Paradójicamente, esto no hace sino volverlo más seductor. En la cortesana atmósfera de Hollywood, en la época del imperio de los estudios, cuando la mayoría de los actores se portaban como borreguitos, el gran libertino Errol Flynn destacó por su insolencia. Desafiaba a los directores de los estudios, hacía bromas inmoderadas y se deleitaba en su reputación de supremo seductor de Hollywood, todo lo cual aumentó su popularidad. El libertino precisa de un telón de fondo convencional —una corte anquilosada, un matrimonio aburrido, una cultura conservadora— para brillar, para ser apreciado por la bocanada de aire fresco que aporta. Jamás te preocupes por excederte: la esencia del libertino es llegar más lejos que nadie. Cuando el conde de Rochester, el libertino, además de poeta, más famoso de Inglaterra en el siglo XVU, raptó a Elizabeth Malet, una de las damas jóvenes más asediadas de la corte, se le castigó debidamente. Pero he aquí que, años después, la joven Elizabeth, aunque cortejada por los mejores partidos del país, eligió a Rochester por esposo. Al exhibir su atrevido deseo, él se distinguió del montón. La radicalidad del

libertino va aparejada con la sensación de peligro y tabú, e incluso el dejo de crueldad que lo rodea. Éste fue el atractivo de otro libertino y poeta, uno de los mayores impudentes de la historia: Lord Byron. Byron aborrecía todas las convenciones, y lo demostraba sobrada y gustosamente. Cuando tuvo una aventura con su hermanastra, quien le dio un hijo, se aseguró de que toda Inglaterra lo supiera. Podía ser en extremo cruel, como lo fue con su esposa. Pero todo esto no hacía sino volverlo mucho más deseable. Peligro y tabú apelan a un lado reprimido en las mujeres, las que supuestamente deben representar una fuerza cultural civilizadora y moralizante. Así como un hombre puede caer víctima de la sirena por su deseo de liberarse de su masculino sentido de responsabilidad, una mujer puede sucumbir al libertino por su anhelo de liberarse de las restricciones de la virtud y la decencia. Es frecuente, en efecto, que la mujer más virtuosa sea la que se enamore en mayor grado del disoluto. Entre las cualidades más seductoras del libertino está su habilidad para lograr que las mujeres deseen reformarlo. ¡Cuántas no creyeron que domarían a Lord Byron! ¡Cuántas no pensaron ser aquella con la que Picasso pasaría finalmente el resto de su vida! Explota esta tendencia al máximo. Cuando te sorprendan en flagrante libertinaje, echa mano de tu debilidad: tu deseo de cambiar, y tu imposibilidad de conseguirlo. Con tantas mujeres a tus pies, ¿qué puedes hacer? La víctima eres tú. Necesitas ayuda. Ninguna mujer dejará pasar esta oportunidad; son singularmente indulgentes con el libertino, por su prestancia y simpatía. El deseo de reformarlo esconde la verdadera naturaleza de su deseo, la secreta emoción que obtienen de él. Cuando Bill Clinton fue pillado en pleno libertinaje, las mujeres salieron de inmediato en su defensa, y hallaron toda excusa posible en su favor. El hecho de que, a su extraña manera, el libertino esté consagrado a las mujeres lo vuelve adorable y seductor para ellas. Por último, uno de los bienes más preciados del libertino es su fama. Nunca restes importancia a tu mala reputación, ni parezcas disculparte por ella. Al contrario: acéptala, auméntala. Ella es la que te atrae mujeres. Son varias las cosas por las que debes ser conocido: tu irresistible encanto para las mujeres; tu incontrolable devoción al placer (lo que te hará parecer débil, pero también una compañía excitante); tu desdén por lo convencional; una vena rebelde que hace que parezcas peligroso. Este último elemento puede ocultarse un poco; en la superficie sé atento y cortés, pero no dejes de hacer saber que tras bastidores eres incorregible. El duque de Richelieu divulgaba sus conquistas tanto como podía, con lo que estimulaba el deseo competitivo de otras mujeres de sumarse al club de las seducidas. Lord Byron atraía a sus víctimas propicias gracias a su mala fama. Una mujer puede ser ambivalente ante la fama de Clinton, pero bajo esa ambivalencia hay un interés profundo. No dejes tu reputación al azar, o al rumor; es tu obra maestra, y debes producirla, pulirla y exhibirla con la atención de un artista. *Símbolo. Fuego. El libertino arde en deseos que encienden los de la mujer a la que seduce. Son extremos, incontrolables y peligrosos. Él puede terminar en el infierno, pero las llamas que lo rodean suelen hacerlo mucho más deseable para las mujeres.*

# Peligros.

Como el de la sirena, el mayor riesgo para el libertino procede de los miembros de su mismo sexo, mucho menos indulgentes que las mujeres con sus constantes líos de faldas. Antiguamente, el libertino era con frecuencia aristócrata; y por numerosas que fueran las personas que ofendía o hasta mataba, al final quedaba sin castigo. Hoy, sólo las estrellas y los muy ricos pueden hacer de libertinos con impunidad; los demás debemos ser prudentes. Elvis Presley era tímido de joven. Pero habiendo llegado pronto al estrellato, y viendo el poder que esto le daba sobre las mujeres, enloqueció, y se hizo libertino casi de la noche a la mañana. Como muchos otros de su especie, Elvis tenía predilección por mujeres ya comprometidas. En numerosas ocasiones se vio acorralado por maridos o novios furibundos, y se llevó moretones y cortadas. Esto parecería indicar que debes huir graciosamente de novios y esposos, en especial al inicio de tu carrera. Pero el encanto del libertino reside en que esos peligros no le importan. No puedes ser libertino si eres temeroso y prudente; la paliza ocasional forma parte del juego. Aun así, cuando tiempo después Elvis estaba en el pináculo de su carrera, ningún esposo se atrevía a tocarlo. El mayor peligro para el libertino no proviene del esposo ofendido en extremo, sino de los hombres inseguros que se sienten amenazados por la figura del Don Juan. Aunque no lo admitan, ellos envidian la vida de placer del libertino; y, como todo envidioso, atacarán en forma encubierta, a menudo disfrazando de moral sus asedios. El libertino puede ver en peligro su carrera por culpa de tales hombres (o de la ocasional mujer igualmente insegura, a quien le duele que aquél no la desee.) Es poco lo que él puede hacer para evitar la envidia; si todos fueran tan afortunados seductores, la sociedad no funcionaría. Así que acepta la envidia como prenda de honor. Pero no seas ingenuo; sé astuto. Cuando un moralista te ataque, no te dejes engañar por su cruzada; lo mueve la envidia pura y simple. Podrías neutralizarlo mostrándote menos libertino, pidiendo perdón, asegurando que ya te reformaste; pero esto dañará tu reputación, pues te hará parecer un disoluto menos adorable. A la larga,

lo mejor es sufrir los ataques con dignidad y seguir adelante. La seducción es la fuente de tu poder, y siempre podrás contar con la infinita indulgencia de las mujeres.

# 3. - El amante ideal.

La mayoría de la gente tiene sueños de juventud que se hacen trizas o desgastan con la edad. Se ve decepcionada por personas, sucesos y realidades que no están a la altura de sus aspiraciones juveniles. Los amantes ideales medran en esos sueños insatisfechos, convertidos en duraderas fantasías. ¿Anhelas romance? ¿Aventura? ¿Suprema comunión espiritual? El amante ideal refleja tu fantasía. Es experto en crear la ilusión que necesitas, idealizando tu imagen. En un mundo de bajeza y desencanto, hay un ilimitado poder seductor en seguir la senda del amante ideal.

## El romántico ideal.

Una noche de 1760, en la ópera de la ciudad de Colonia, una bella joven miraba al público sentada en su palco. Junto a ella se hallaba su esposo, el burgomaestre de la ciudad, hombre maduro y afable, pero aburrido. Con sus catalejos, la joven vio a un apuesto caballero vestido con un traje deslumbrante. Su mirada fue evidentemente advertida, porque terminada la ópera el hombre se presentó: se llamaba Giovanni Giacomo Casanova. El desconocido besó la mano de la mujer. Ella le dijo que iría a un baile la noche siguiente; ¿le gustaría a él asistir? "Únicamente si puedo osar esperar, Madame", contestó Casanova, "que usted baile sólo conmigo." La noche siguiente^ después del baile, la mujer no podía pensar más que en Casanova. El parecía haberse adelantado a sus pensamientos: ¡había sido tan agradable, pero también tan atrevido! Días más tarde él cenó en casa de la dama; y cuando el esposo de ésta se retiró a descansar, ella le mostró la residencia. Desde su tocador, la mujer señaló un ala de la casa, una capilla, justo frente a la ventana. Y en efecto, como si le hubiera leído la mente, Casanova asistió a misa en esa capilla al otro día; y al ver a la dama en el teatro esa noche, le confió haber visto allí una puerta que sin duda conducía a su recámara. Ella rio, y se fingió sorprendida. Con el más inocente de los tonos, él añadió que buscaría la manera de esconderse en la capilla al día siguiente, y casi sin pensarlo ella murmuró que lo visitaría ahí una vez que todos se hubieran ido a acostar. Casanova se ocultó entonces en el diminuto confesionario de la capilla, esperando día y noche. Había ratas, y él no tenía dónde tenderse; pero cuando la esposa del burgomaestre llegó por fin, a altas horas de la noche, él no se quejó, sino que la siguió a su habitación, sin hacer ruido. Sus citas continuaron varios días. De día, ella ansiaba que llegara la noche: al fin tenía algo por qué vivir, una aventura. Ella le dejaba comida, libros y velas para hacer llevaderas sus largas y tediosas estancias en la capilla; no parecía correcto usar un templo para ese propósito, pero esto no hacía sino volver más emocionante el asunto. Días después, sin embargo, ella tuvo que hacer un viaje con su esposo. Cuando regresó, Casanova había desaparecido, tan rápida y grácilmente como llegó. Años más tarde, en Londres, una joven llamada Miss Pauline vio un anuncio en un periódico local. Un caballero buscaba una inquilina para rentar una parte de su casa. Miss Pauline procedía de Portugal y era de la nobleza; se había fugado a Londres con su amante, pero él había tenido que volver a casa, y ella debió quedarse un tiempo antes de poder reunírsele. En ese momento se hallaba sola, tenía poco dinero y estaba deprimida por sus miserables circunstancias; después de todo, había sido educada como una dama. Contestó el anuncio. El caballero resultó ser Casanova, ¡y vaya que era un caballero! La habitación que ofrecía era bonita, y la renta baja; sólo pidió a cambio ocasional compañía. Miss Pauline se mudó. Jugaban ajedrez, paseaban a caballo, hablaban de literatura. ¡Él era tan fino, cortés y generoso! Aunque era una mujer seria y altiva, ella terminó por depender de su amistad; ahí estaba un hombre con el que podía hablar horas enteras. Luego, un día Casanova pareció distinto, molesto, agitado: confesó estar enamorado de ella. Miss Pauline regresaría pronto a Portugal, a reunirse con su amante, y eso no era precisamente lo que quería oír. Le dijo a Casanova que debía ir a montar para serenarse. Esa misma noche recibió la noticia: Casanova había caído de su caballo. Sintiéndose responsable del accidente, ella corrió a verlo, lo halló en cama y se arrojó a sus brazos, incapaz de controlarse. Esa noche se hicieron amantes, y lo siguieron siendo por el resto de la estancia de Miss Pauline en Londres. Cuando llegó el momento de que ella se marchara a Portugal, él no intentó detenerla; por el contrario, la consoló, razonando que cada uno le había ofrecido al otro el antídoto temporal perfecto contra su soledad, y que toda la vida serían amigos. Años después, en una pequeña ciudad española, una joven y hermosa mujer llamada Ignacia salía de la iglesia luego de confesarse. Casanova la abordó. Camino a casa de ella, él le explicó que le apasionaba bailar el fandango, y la invitó a un baile para la noche siguiente. ¡Él era tan distinto a todos en la ciudad, que *tanto* la aburrían! Desesperaba por ir. Sus padres se opusieron, pero ella convenció a su madre de que fungiera como dama de compañía. Tras una inolvidable noche de baile (él bailaba muy bien el fandango para ser extranjero), Casa-nova confesó estar locamente enamorado de ella. Ignacia replicó,

muy triste, que ya tenía prometido. Casanova no insistió, pero los días siguientes la llevó a más bailes, y a corridas de toros. En una ocasión, Casanova la presentó con una amiga suya, una duquesa, que coqueteó descaradamente con él; Ignacia ardió de celos. Para entonces estaba irremediablemente enamorada de Casanova, pero su sentido del deber y su religión le prohibían pensar siquiera en eso. Finalmente, luego de días de tormento, Ignacia buscó a Casanova y lo tomó de la mano: "Mi confesor quiso hacerme prometer que nunca volvería a estar a solas con usted", le dijo; "y como no pude hacerlo, se negó a darme la absolución. Es la primera vez en la vida que me ocurre algo así. Me he puesto en manos de Dios. He decidí-do que mientras usted esté aquí, haré cuanto desee. Cuando, para mi pesar, se marche de España, buscaré otro confesor. Mi capricho por usted, después de todo, es sólo una locura pasajera". Casanova es quizá el seductor más exitoso de la historia: pocas mujeres se le resistían. Su método era simple: al conocer a una mujer, la estudiaba, acompañaba sus estados de ánimo, indagaba qué le faltaba en la vida y se lo daba. Se volvía el amante ideal. La esposa del aburrido burgomaestre necesitaba aventura y romance; quería a alguien que sacrificara tiempo y comodidad para poseerla. A Miss Pauline le faltaba amistad, ideales elevados y conversación seria; quería un hombre de buena cuna y generoso que la tratara como una dama. A Ignacia le faltaba sufrimiento y tormento. Su vida era demasiado fácil; para sentirse verdaderamente viva, y tener algo real que confesar, necesitaba pecar.
En cada caso, Casanova se adaptó a los ideales de la mujer respectiva, dio vida a su fantasía. Una vez que ella caía bajo su hechizo, un pequeño truco o cálculo sellaba el romance (un día entre ratas, una artificiosa caída de un caballo, un encuentro con otra mujer para poner celosa a Ignacia). El amante ideal es raro en el mundo moderno, porque este papel implica esfuerzo. Te obliga a concentrarte intensamente en la otra persona, a sondear qué le falta, lo cual es la causa de su desilusión. La gente suele revelar esto en formas sutiles: mediante gestos, tono de voz, una mirada a los ojos. Aparentando ser lo que le hace falta, encajarás en su ideal. Crear este efecto demanda paciencia y atención a los detalles. La mayoría de las personas están tan absortas en sus deseos, tan impacientes, que son incapaces de adoptar el papel del amante ideal. Tú conviértelo en una fuente de infinitas oportunidades. Sé un oasis en el desierto del ensimismado; pocos pueden resistir la tentación de seguir a una persona que parece tan afín a sus deseos, tan dispuesta a dar vida a sus fantasías. Y al igual que en el caso de Casanova, tu fama como dador de ese placer te precederá, y te facilitará enormemente seducir. *El cultivo de los placeres de los sentidos fue siempre mi principal propósito en la vida. Sabiendo que estaba personalmente calculado para complacer al bello sexo, me empeñé siempre en agradarle.* —Casanova.

## La belleza ideal.

En 1730, cuando Jeanne Poisson tenía apenas nueve años de edad, una adivina predijo que un día ella sería la amante de Luis XV. Esta predicción era absolutamente ridícula, porque Jeanne pertenecía a la clase media, y por tradición centenaria a la amante del rey se le elegía de entre la nobleza. Peor aún, el padre de Jeanne era un conocido libertino, y su madre había sido cortesana. Por fortuna para ella, un rico que había sido amante de su madre se encariñó con la preciosa niña, y pagó su educación. Jeanne aprendió a cantar, tocar el clavicordio, montar a caballo con singular habilidad, y a actuar y bailar; se le instruyó en literatura e historia como si fuera hombre. El dramaturgo Crébillon le enseñó a dominar el arte de la conversación. Por si todo esto fuera poco, Jeanne era hermosa, y poseía una gracia y un encanto que muy pronto la distinguieron. En 1741 se casó con un miembro de la baja nobleza. Conocida entonces como Madame d'Etioles, pudo satisfacer una gran ambición: tener un salón literario. Todos los grandes escritores y filósofos de la época frecuentaron su salón, muchos de ellos por estar enamorados de la anfitriona. Uno de los asiduos era Voltaire, amigo suyo toda la vida. Mientras triunfaba, Jeanne no olvidó nunca la predicción de la adivina, y seguía creyendo que algún día conquistaría el corazón del rey. Y sucedió que una de las fincas rurales de su marido colindaba con el coto de caza favorito del monarca. Ella lo espiaba por la cerca, o buscaba la forma de cruzarse en su camino, portando siempre, casualmente, un elegante y atractivo vestido. Pronto el rey le enviaba como regalo algunos trofeos de caza. Cuando la amante oficial del soberano murió, en 1744, las beldades de la corte se disputaron su sitio; pero él dio en pasar cada vez más tiempo con Madame d'Etioles, deslumbrado por su belleza y encanto. Para sorpresa de la corte, ese mismo año el rey hizo de esa mujer de clase media su amante oficial, ennobleciéndola con el título de marquesa de Pompadour. La necesidad de novedad del rey era bien conocida: una amante lo cautivaba con su belleza, pero él se aburría pronto y buscaba otra. Pasado el susto de la elección de Jeanne Poisson, los cortesanos se convencieron de que aquello no podía durar; de que el monarca sólo la había escogido por la novedad de tener una amante de clase media. Jamás imaginaron que la primera seducción del rey por Jeanne no era la última que ella tenía en

mente. Con el paso del tiempo, el rey se percató de que cada vez visitaba más a su amante. Mientras subía la escalera secreta que conducía de sus habitaciones a las de ella en el palacio de Versalles, la expectación por las delicias que le aguardaban arriba empezaba a trastornarlo. Para comenzar, la habitación siempre estaba caliente, e impregnada de agradables fragancias. Después estaban los deleites visuales: Madame de Pompadour se ponía siempre un vestido distinto, todos ellos elegantes y sorprendentes a su manera. Adoraba las cosas bellas —la porcelana fina, los abanicos chinos, los tiestos dorados—; y cada vez que él la visitaba, había algo nuevo y fascinante que ver. Ella estaba siempre de magnífico humor, jamás a la defensiva ni resentida. Todo apuntaba al placer. Luego, estaba su conversación: en realidad él no había podido hablar, ni reír, nunca antes con una mujer, pero la marquesa disertaba hábilmente sobre cualquier tema, y era un deleite oír su voz. Si la conversación decaía, ella se sentaba al piano, tocaba una melodía y cantaba maravillosamente. Si alguna vez el rey parecía aburrido o triste, Madame de Pompadour le proponía algún proyecto, tal vez la construcción de un nueva casa de campo. El tendría que pedir consejo sobre el diseño, el trazo de los jardines, la decoración. En Versalles, Madame de Pompadour tomó a su cargo los pasatiempos de palacio, e hizo construir un teatro privado para ofrecer funciones semanales bajo su dirección. Los actores se elegían de entre los cortesanos, pero el principal papel femenino recaía siempre en Madame de Pompadour, quien era una de las mejores actrices aficionadas de Francia. El rey se obsesionó por este teatro; esperaba sus programas con impaciencia. Junto con este interés llegó un creciente gasto en las artes, y una vinculación con la filosofía y la literatura. Un hombre al que antes sólo le importaban la caza y el juego pasaba cada vez menos tiempo con sus allegados, y se volvió un gran mecenas. Tan es así que marcó una época con su estilo estético, que se conocería como "Luis XV" y rivalizaría con el asociado con su ilustre predecesor, Luis XIV. Así, pues, los años pasaron sin que Luis se cansara de su amante. De hecho, la hizo duquesa, y su poder y ascendiente se extendieron de la cultura a la política. A lo largo de veinte años, Madame de Pompadour imperó tanto en la corte como en el corazón del rey, hasta la prematura muerte de éste, en 1764, a los cuarenta y tres años de edad. Luis XV tenía un agudo complejo de inferioridad. Sucesor de Luis XIV, el rey más poderoso en la historia de Francia, había sido educado y condicionado para el trono, pero ¿ quién podía igualar a su predecesor? Con el tiempo dejó de intentarlo, y se entregó a los placeres mundanos, lo que a la postre definió su imagen pública; quienes lo rodeaban sabían que podían manipularlo apelando a las más innobles partes de su carácter. Madame de Pompadour, con un extraordinario don para la seducción, comprendió que dentro de Luis XV había un gran hombre deseoso de salir a la luz, y que su obsesión por jóvenes hermosas indicaba una avidez por un tipo más perdurable de belleza. Su primer paso fue remediar el tedio incesante del monarca. Los reyes se aburren fácilmente: reciben cuanto quieren, y es raro que aprendan a satisfacerse con lo que tienen. La marquesa de Pompadour resolvió esto dando vida a todo género de fantasías, y creando invariable suspenso. Poseía muchos talentos y habilidades, y tos utilizaba con tal ingenio que él nunca percibió sus límites. Una vez que ella lo acostumbró a placeres más refinados, apeló a los ideales frustrados en él; en el espejo que ella sostenía ante el monarca, él vio su aspiración a la grandeza, deseo que, en Francia, inevitablemente incluía la conducción de la cultura. Su serie previa de amantes había complacido sólo sus deseos sensuales. En Madame de Pompadour halló a una mujer que lo hacía sentir grande. Las demás amantes fueron fáciles de remplazar, pero jamás encontraría a otra Madame de Pompadour. La mayoría de la gente supone ser más grande de lo que parece ante el mundo. Tiene muchos ideales sin cumplir: podría ser artista, pensadora, líder, una figura espiritual, pero el mundo la ha oprimido, le ha negado la oportunidad de dejar florecer sus habilidades. Ésta es k clave para seducirla, y conservarla así al paso del tiempo. El amante ideal sabe invocar este tipo de magia. Si sólo apelas al lado físico de las personas, como lo hacen muchos seductores aficionados, te reprocharán que explotes sus bajos instintos. Pero apela a lo mejor de ellas, a un plano más alto de belleza, y apenas si notarán que las has seducido. Hazlas sentir elevadas, nobles, espirituales, y tu poder sobre ellas será ilimitado. *El amor saca a la luz las cualidades nobles y ocultas del amante, sus rasgos raros y excepcionales; así, tiende a mentir acerca de su carácter normal.* —Friedrich Nietzsche.

CLAVES DE PERSONALIDAD.

Cada uno de nosotros lleva dentro un ideal, de lo que querríamos ser o de cómo nos gustaría que otra persona fuera con nosotros. Este ideal data de nuestra más tierna infancia: de lo que alguna vez creímos que nos faltaba en la vida, de lo que los demás no nos daban, de lo que nosotros no podíamos darnos. Quizá nos vimos colmados de comodidades, y ahora ansiamos peligro y rebelión. Si queremos peligro pero nos asusta, es probable que busquemos a alguien que se siente a gusto con él. O quizá nuestro ideal sea más elevado: queremos ser más creativos, nobles y bondadosos de lo que alguna vez fuimos. Nuestro ideal es algo que creemos que falta en nuestro interior. Podría ser que ese ideal haya sido enterrado por la decepción, pero acecha debajo de ella, a la

espera de ser liberado. Si alguien parece poseer esa cualidad ideal, o ser capaz de hacerla surgir en nosotros, nos enamoramos. Esta es la reacción ante los amantes ideales. Sensibles a lo que nos falta, a la fantasía que nos reanimará, ellos reflejan nuestro ideal, y *nosotros* hacemos el resto, proyectando en ellos nuestros más profundos deseos y anhelos. Casanova y Madame de Pompadour no sólo tentaron a sus objetivos a tener una aventura sexual: hicieron que se enamoraran de ellos. La clave para seguir la senda del amante ideal es la capacidad de observación. Ignora las palabras y conducta consciente de tus blancos; concéntrate en su tono de voz, un sonrojo aquí, una mirada allá: las señales que delatan lo que sus palabras no dirán. El ideal suele expresarse en su contrario. Al rey Luis XV parecía interesarle nada más cazar venados y mujeres, pero eso sólo encubría lo decepcionado que estaba de sí mismo; ansiaba que alguien elogiara sus nobles cualidades. Nunca como hoy había sido tan oportuno actuar como el amante ideal. Esto es así porque vivimos en un mundo en el que todo debe parecer elevado y bien intencionado. El poder es el tema más tabú de todos: aunque es la realidad con que todos los días nos topamos en nuestro forcejeo con la gente, en él no hay nada noble, altruista ni espiritual. Los amantes ideales te hacen sentir más estimable, hacen que lo sensual y sexual parezca espiritual y estético. Como todo seductor, juegan con el poder, pero ocultan sus manipulaciones tras la fachada de un ideal. Pocas personas perciben sus intenciones, y su seducción es más duradera. Algunos ideales semejan arquetipos junguianos: tienen profundas raíces culturales, y su influjo es casi inconsciente. Uno de tales sueños es el del caballero andante. En la tradición del amor cortesano de la Edad Media, un trovador/caballero buscaba una dama, casi siempre casada, y le servía como vasallo. Se sometía en su favor a terribles pruebas, emprendía peligrosas peregrinaciones en su nombre, sufría torturas espantosas para probar su amor. (Esto podía incluir la mutilación física, como arrancar las uñas, cortar una oreja, etcétera.) También escribía poemas y entonaba bellas canciones por ella, porque ningún trovador podía triunfar sin una cualidad estética o espiritual para impresionar a su dama. La clave de este arquetipo es un sentido de devoción absoluta. Un hombre que no permite que los asuntos de -guerra, gloria o dinero se inmiscuyan en la fantasía del cortejo, tiene un poder ilimitado. El papel del trovador es un ideal, porque es muy raro que alguien no ponga primero sus intereses, y a sí mismo. Atraer la intensa atención de un hombre así halaga enormemente la vanidad de una mujer. En la Osaka del siglo xviii, un hombre llamado Nisan llevó a dar un paseo a la cortesana Dewa, aunque no sin antes haber tenido el cuidado de rociar las matas de tréboles del camino con agua, para que pareciera el rocío de la mañana. A Dewa le conmovió en extremo esa vista preciosa. "Me han dicho", señaló, "que las parejas de ciervos acostumbran echarse detrás de las matas de tréboles. ¡Cómo me gustaría ver algo así!" Esto bastó para Nisan. Ese mismo día, hizo demoler una sección de la casa de Dewa, y ordenó que se plantaran docenas de matas de tréboles en lo que antes había sido parte de su recámara. Aquella noche pidió a unos campesinos que reuniesen ciervos de las montañas y los llevaran a la casa. Al día siguiente al despertar, Dewa vio justó la escena que había descrito. Tan pronto como pareció abrumada y estremecida, él hizo retirar tréboles y ciervos para reconstruir la casa. Uno de los amantes más gallardos de la historia, Serguei Saltikov, tuvo la desgracia de enamorarse de una de las mujeres menos disponibles: la gran duquesa Catalina, futura emperatriz de Rusia. Cada movimiento de Catalina era vigilado por su *esposo,* Pedro, quien sospechaba que ella quería engañarlo y designó sirvientes para que no la perdieran de vista. La duquesa estaba aislada, no era amada y no podía hacer nada para remediarlo. Saltikov, joven y apuesto oficial del ejército, decidió ser su salvador. En 1752 se hizo amigo de Pedro, y de la pareja a cargo de Catalina. Así podía verla, e intercambiar ocasionalmente con ella una o dos palabras que revelaban sus intenciones. Realizaba las más insensatas y peligrosas maniobras para poder verla a solas, como desviar el caballo de la duquesa durante una caza imperial y cabalgar bosque adentro con ella. Entonces le decía cuánto comprendía su difícil situación, y que haría cualquier cosa por ayudarla. Ser sorprendido cortejando a Catalina habría significado la muerte, y con el tiempo Pedro llegó a sospechar que había algo entre su esposa y Saltikov, aunque jamás lo supo a ciencia cierta. Su animadversión no desanimó al garboso oficial, quien puso aún más ingenio y energía en buscar recursos para concertar citas secretas. Catalina y Saltikov fueron amantes dos años, y es indudable que él fue el padre de Pablo, el hijo de Catalina y posterior emperador de Rusia. Cuando Pedro se deshizo al fin de Saltikov despachándolo a Suecia, la noticia de su gallardía llegó allá antes que él, y las mujeres se derretían por ser su próxima conquista. Tal vez tú no tengas que exponerte a tantas dificultades o riesgos, pero siempre obtendrás recompensas por actos que revelen un sentido de sacrificio o devoción. La personificación del amante ideal en la década de 1920 fue Rodolfo Valentino, o al menos la imagen que de él se creó en el cine. Todo lo que hacía —obsequio de regalos o ramos de flores, el baile, la forma en que tomaba la mano de una mujer — revelaba una escrupulosa atención a los detalles, lo que indicaba cuánto pensaba en una mujer. La imagen era la de un hombre que prolongaba el cortejo, lo que hacía de éste una experiencia estética. Los hombres odiaban a Valentino, porque las mujeres empezaron a esperar que ellos se ajustaran al ideal de paciencia y atención que él representaba. Pues nada es más seductor que la paciente atención. Ella hace que la aventura parezca honrosa, estética, no meramente sexual. El poder de un Valentino, en particular en nuestros días, reside en que personas así son muy raras. El arte de encarnar el ideal de una mujer ha desaparecido casi del todo, lo que no hace sino volverlo mucho más tentador. Si el amante caballeroso sigue siendo el ideal de las mujeres, los hombres suelen

idealizar a la virgen/ramera, una mujer que combina la sensualidad con un aire de espiritualidad o inocencia. Piensa en las grandes cortesanas del Renacimiento italiano, como Tullía d'Aragona, en esencia una prostituta como todas las cortesanas, pero capaz de disimular su papel social creándose fama de poeta y filósofa. Tullía era lo que se decía entonces una "cortesana honorable". Las cortesanas honorables iban a la iglesia, pero tenían un motivo oculto al hacerlo: I para los hombres, su presencia en misa era excitante. Sus aposentos eran templos del placer, pero lo que los hacía visualmente agradables eran sus obras de arte y estanterías llenas de libros, volúmenes de Petrarca y Dante. Para el hombre, el escalofrío, la fantasía, era acostarse con una mujer sexualmente apasionada, pero que tuviera asimismo las cualidades ideales de una madre y el espíritu e intelecto de una artista. Mientras que la prostituta pura excitaba el deseo pero también la aversión, la cortesana honorable hacía que el sexo pareciera elevado e inocente, como si ocurriera en el Jardín del Edén. Estas mujeres ejercían inmenso poder en los hombres. Hasta la fecha siguen siendo un ideal, si no por otra cosa, por ofrecer tal gama de placeres. La clave es en este caso la ambigüedad: combinar la apariencia de delicadeza y los placeres de la carne con un aire de inocencia, espiritualidad y sensibilidad poética. Esta mezcla de lo supremo y lo abyecto es extremadamente seductora. La dinámica del amante ideal tiene posibilidades ilimitadas, no todas ellas eróticas. En política, Talleyrand cumplió en esencia el papel de amante ideal de Napoleón, cuyo ideal tanto de ministro como de amigo era un aristócrata desenvuelto con las damas, todo lo contrario a él mismo. En 1798, cuando Talleyrand era ministro del Exterior de Francia, ofreció una fiesta en honor de Napoleón luego de las deslumbrantes victorias militares del gran general en Italia. Hasta el día de su muerte, Napoleón recordó esa fiesta como la mejor a la que hubiera asistido en su vida. Fue espléndida, y el anfitrión entretejió en ella un mensaje sutil, disponiendo bustos romanos por toda la casa y diciendo a Napoleón que era su deber reanimar las glorias imperiales de la antigua Roma. Esto encendió una chispa en la visión del líder y, en efecto, años después, Napoleón se otorgó el título de emperador, lo que volvió aún más poderoso a Talleyrand. La clave de este poder fue la habilidad para comprender el ideal secreto de Napoleón: su deseo de ser emperador, dictador. Talleyrnd puso sencillamente un espejo ante el tirano, y le dejó avistar esa posibilidad. La gente siempre es vulnerable a insinuaciones así, que halagan su vanidad, punto débil de casi todos. Sugiérele algo a lo que deba aspirar, manifiesta tu fe en un desaprovechado potencial que veas en ella, y pronto la tendrás comiendo de tu mano. Si los amantes ideales son expertos en seducir a las personas apelando a su más alto concepto de sí, a algo perdido en su infancia, los políticos pueden beneficiarse de la aplicación de esta habilidad a gran escala, al electorado entero. Esto fue lo que hizo, muy deliberadamente, John F. Kennedy con el pueblo estadunidense, en particular al crear el aura de "Camelot" en torno suyo. El término "Camelot" no se asoció con su periodo presidencial hasta después de su muerte, pero el romanticismo que él proyectaba de modo consciente por su juventud y donaire operó por completo durante su vida. Más sutilmente, Kennedy también jugó con las imágenes de grandeza e ideales abandonados de Estados Unidos. Muchos estadunidenses creían que, junto con la riqueza y comodidad de fines de los años cincuenta, habían llegado grandes pérdidas; que el desahogo y la conformidad habían puesto fin al espíritu pionero de su nación. Kennedy apeló a esos abandonados ideales mediante las imágenes de la Nueva Frontera, ejemplificada por la carrera espacial. El instinto estadunidense de aventura halló salidas ahí, aun si la mayoría eran simbólicas. Y hubo también otros llamados al servicio público, como la creación del Cuerpo de Paz. Por medio de llamamientos como éstos, Kennedy reactivó una unificadora noción de misión, perdida en Estados Unidos desde la segunda guerra mundial. Produjo asimismo una respuesta más emotiva que la que acostumbraban recibir los presidentes. La gente literalmente se enamoró de él y de su imagen. Los políticos pueden obtener poder de seducción si echan mano del pasado de su país, para rescatar imágenes e ideales olvidados o reprimidos. Les bastará con el símbolo; no tendrán que preocuparse, en efecto, de recrear la realidad detrás de él. Los buenos sentimientos que susciten serán suficientes para asegurar una reacción positiva.
*Símbolo. El retratista. Bajo su mirada, todas tus imperfecciones físicas desaparecen. Él saca a relucir tus nobles cualidades, te encuadra en un mito, te diviniza, te inmortaliza. Por su capacidad para crear tales fantasías, es recompensado con inmenso poder.*

## Peligros.

Los principales peligros en el papel del amante ideal son las consecuencias que se desprenden de permitir que la realidad se cuele en él. Tú creas una fantasía que implica la idealización de tu carácter. Y ésta es una tarea incierta, porque eres humano, e imperfecto. Si tus faltas son graves, o inquietantes, reventarán la burbuja que has formado, y tu blanco te injuriará. Cada vez que Tullia d'Aragona era sorprendida actuando ..como una prostituta común (teniendo una aventura por dinero, por ejemplo), debía abandonar la ciudad y establecerse en otro lado. La fantasía alrededor de ella como figura espiritual se evaporaba. También Casanova enfrentó este peligro, pero por

lo general pudo vencerlo buscando una manera ingeniosa de terminar la relación antes de que la mujer se diera cuenta de que él no era lo que ella imaginaba: hallaba algún pretexto para marcharse de la ciudad o, mejor aún, elegía una víctima que partiría pronto, y cuya conciencia de que la aventura sería efímera hacía aún más intensa su idealización de él. La realidad y el contacto íntimo prolongado tienden a empañar la perfección de una persona. En el siglo XIX, el poeta Alfred de Musset fue seducido por la escritora George Sand, cuya desbordante personalidad atrajo a su naturaleza romántica. Pero cuando la pareja visitó Venecia, y Sand enfermó de disentería, de repente no fue ya una figura idealizada, sino una mujer con un repugnante problema físico. El propio Musset exhibió en ese viaje un lado plañidero e infantil, y los amantes se separaron. Una vez lejos, sin embargo, pudieron idealizarse de nuevo, y se reconciliaron meses después. Cuando la realidad se entromete, la distancia suele ser una solución. En política, los peligros son similares. Años después de la muerte de Kennedy, una serie de revelaciones (sus incesantes aventuras sexuales; su estilo diplomático suicida, excesivamente peligroso, etcétera.) desmintió el mito creado por él. Pero su imagen ha sobrevivido a esa mancha; una encuesta tras otra indican que sigue siendo objeto de veneración. Kennedy es quizá un caso especial, pues su asesinato lo volvió mártir, lo cual reforzó el proceso de idealización que él puso en marcha. Pero el suyo no es el único ejemplo de un amante ideal cuya atracción sobrevive a revelaciones desagradables; figuras como ésta desencadenan fantasías tan poderosas, y proporcionan mitos e ideales tan codiciados, que a menudo merecen un rápido perdón. Aun así, siempre es razonable ser cauto, y evitar que la gente vislumbre el lado menos ideal de tu carácter.

## 4. - El Dandy.

Casi todos nos sentimos atrapados en los limitados papeles que el mundo espera que actuemos. Al instante nos atraen quienes son más desenvueltas, más ambiguos, que nosotros: aquellos que crean su propio personaje. Los dandys nos excitan porque son inclasificables, y porque insinúan una libertad que deseamos, juegan con la masculinidad y la feminidad; inventan su imagen física, asombrosa siempre; son misteriosos y elusivos. Apelan también al narcisismo de cada sexo: para una mujer son psicológicamente femeninos, para un hombre son masculinos. Los dandys fascinan y seducen en grandes cantidades. Usa la eficacia del dandy para crear una presencia ambigua y tentadora que agite deseos reprimidos.

## El dandy femenino.

Cuando en 1913, a los dieciocho años de edad, Rodolfo Guglielmi emigró de Italia a Estados Unidos, no tenía ninguna habilidad particular más allá de su buena apariencia y su destreza para bailar. A fin de aprovechar estas cualidades, buscó trabajo en los *thés dansants,* salones de baile de Manhattan a los que iban jóvenes solas o con amigas y pagaban a un acompañante de baile para divertirse un rato. El bailarín las hacía girar hábilmente por la pista, galanteaba y charlaba con ellas, todo por una cuota reducida. En poco tiempo, Guglielmi se hizo fama de ser uno de los mejores: grácil, desenvuelto y guapo. Puesto que trabajaba como pareja de baile, Guglielmi pasaba mucho tiempo con mujeres. Pronto supo qué les agradaba: cómo ser su reflejo en formas sutiles, cómo relajarlas (aunque no demasiado). Así, empezó a prestar atención a su atuendo, y se creó una apariencia atildada: bailaba con un corsé bajo la camisa para procurarse una figura esbelta, lucía un reloj de pulsera (considerado afeminado en esos días) y decía ser marqués. En 1915 consiguió empleo bailando tango en restaurantes de lujo, y cambió su nombre por el más evocativo de Rodolfo di Valentina. Un año después se mudó a Los Angeles: quería triunfar en Hollywood. Conocido desde entonces como Rodolfo Valentino, Guglielmi apareció como extra en varias películas de bajo presupuesto. Obtuvo por fin un papel más importante en *Eyes ofYoutk* (Ojos de juventud, 1919), cinta en la que interpretaba a un seductor y en la que llamó la atención de las mujeres por ser un galán tan poco común: sus movimientos eran elegantes y delicados, su piel tan suave y tan bello su rostro que cuando se abalanzaba sobre su víctima y ahogaba sus protestas con un beso parecía más emotivo que siniestro. Luego vino *The Fowr Horsemen of the Apocdlypse* (Los cuatro jinetes del Apocalipsis), en la que hizo el papel protagónico masculino, Julio, el playboy, y que lo convirtió de la noche a la mañana en *sex symbol,* a causa de una secuencia de tango en la que seducía a una joven llevándola al bailar. Esta escena condensó la esencia de su atractivo: pies libres y desenvueltos, un porte casi femenino y, entrelazado con ello, un plante de control. Las mujeres del público literalmente se desvanecían cuando Valentino se llevaba a los labios las manos de una mujer casada, o cuando

compartía con su amante la fragancia de una rosa. Parecía mucho más atento con las mujeres que la generalidad de los hombres, pero esa delicadeza se combinaba con un dejo de crueldad y amenaza que enloquecía a las damas. En su película más famosa, *The Sheik* (El Sheik), Valentino interpretó a un príncipe árabe (del que después se sabe que es un caballero escocés abandonado en el Sahara desde bebé) que rescata a una altiva dama inglesa en el desierto, tras de lo cual la conquista en una forma que raya en violación. Cuando ella le pregunta: "¿Por qué me trajiste aquí?", él contesta: "¿No eres lo bastante mujer para saberlo?". Con todo, ella termina enamorándose de él, como las mujeres en los cines del mundo entero, estremecidas por su extraña mezcla de masculinidad y feminidad. En otra escena de The *Sheik,* la dama inglesa apunta un arma contra Valentino; la reacción de él es apuntarle con una delicada boquilla de cigarro. Ella usa pantalones, él túnicas largas y sueltas, y abundante maquillaje de ojos. Películas posteriores incluirían escenas de Valentino vistiéndose y desvistiéndose, una suerte de striptease que exhibía destellos de su cuerpo estilizado. En casi todos sus filmes él encarnó un exótico personaje de época —un torero español, un raja indio, un jeque árabe, un noble francés—, y parecía gozar con ponerse joyas y uniformes ajustados. En la década de 1920 las mujeres empezaron a experimentar con una nueva libertad sexual. En vez de esperar a que un hombre se interesara en ellas, querían tener la posibilidad de iniciar la relación, aunque seguían deseando enamorarse perdidamente de él. Valentino comprendió esto a la perfección. Su vida fuera de la pantalla coincidía con su imagen en el cine: se ponía pulseras, vestía impecablemente y, se decía, era cruel con su esposa, y la golpeaba. (Su amantísimo público ignoró prudentemente sus dos matrimonios fallidos y su, al parecer, inexistente vida sexual.) Su súbita muerte —en Nueva York en agosto de 1926, a los treinta y un años de edad, por complicaciones de una operación de úlcera— provocó una reacción inusitada: más de cien mil personas desfilaron ante su féretro, muchas dolientes sufrieron ataques de histeria y la nación entera se mostró consternada. Nunca antes había sucedido nada igual a propósito de un simple actor. Hay una película de Valentino, Monsieur *Beaucaire,* en la que él personifica a un frívolo absoluto, papel mucho más afeminado que los que acostumbraba interpretar, y sin su usual dejo de peligro. Fue un fiasco. Como loca, Valentino no emocionó a las mujeres. A ellas les estremecía la ambigüedad de un hombre que compartía muchos de sus rasgos, pero que no por ello dejaba de ser hombre. Valentino se vestía como mujer y jugaba con su físico como si fuera un cuerpo femenino, pero su imagen era masculina. Cortejaba como lo haría una mujer si fuera hombre: pausada y consideradamente, prestando atención a los detalles, fijando un ritmo en vez de apresurar la conclusión. Pero llegado el momento de la osadía y la conquista, su cadencia era impecable, y arrollaba a su víctima sin darle oportunidad para protestar. En sus películas, Valentino practicó el mismo arte de gigoló de llevar a una mujer, mismo que dominó desde adolescente en la pista de baile: conversar, galantear y complacer, pero siempre ejerciendo el control. Valentino sigue siendo un enigma. Su vida privada y su personalidad están envueltas en el misterio; su imagen continúa seduciendo /como lo hizo en vida. El fue el modelo de Elvis Presley, quien se obsesionó con esta estrella del cine mudo, y del dandy moderno, que juega 'Con el género pero preserva un filo de peligro y crueldad. La seducción fue y será siempre la forma femenina del poder y la guerra. Originalmente fue el antídoto contra la violación y la brutalidad. El hombre que usa esta forma de poder con una mujer invierte en esencia el juego, ya que emplea contra ella armas femeninas; sin perder su identidad masculina, cuanto más sutilmente femenino se vuelve, más eficaz es la seducción. No seas de quienes creen que lo más seductor consiste en ser devastadoramente masculino. El dandy femenino tiene un efecto mucho más turbador. Tienta a la mujer justo con lo que a ella le gusta: una presencia conocida, grata, elegante. Puesto que es reflejo de la psicología femenina, ostenta un cuidado en su apariencia, sensibilidad a los detalles y cierto grado de coquetería, pero también un toque de masculina crueldad. Las mujeres son narcisistas y se enamoran de los encantos de su sexo. Al presentarles un encanto femenino, un hombre puede hipnotizarlas y desarmarlas, y volverlas vulnerables a un embate masculino audaz. El dandy femenino puede seducir a gran escala. Ninguna mujer lo posee de verdad —es demasiado elusivo—, pero todas pueden fantasear con que lo hacen. La clave es la ambigüedad: la sexualidad del dandy es decididamente heterosexual, pero su cuerpo y psicología fluctúan deliciosamente entre uno y otro polo. *Soy mujer. Todo artista es mujer y debe sentir gusto por las demás mujeres. Los homosexuales no pueden ser verdaderos artistas porque les gustan los hombres, y como son mujeres vuelven a la normalidad.* —Pablo Picasso.

## La dandy masculina.

En la década de 1870, el pastor Henrik Gillot fue el niño mimado de la *inteüigentsiya* de San Petersburgo. Era joven, bien parecido e instruido en filosofía y literatura, y predicaba una especie de cristianismo ¡lustrado. Docenas de jóvenes estaban locas por él y acudían en masa a sus sermones sólo para verlo. Tiempo después en 1878, conoció a una mujer que cambió su vida. Se llamaba Lou von Salomé (conocida después como Lou

Andreas- Salomé) y tenía diecisiete años de edad; él, cuarenta y dos. Lou era bonita, con radiantes ojos azules. Había leído mucho, sobre todo para una muchacha de su edad, y se interesaba en los más graves asuntos filosóficos y religiosos. Su pasión, inteligencia y sensibilidad a las ideas fascinaron a Gillot. Cuando ella entraba a la oficina de él para sus cada vez más frecuentes conversaciones, el lugar parecía más brillante y más vivo. Quizá ella le coqueteara, a la inconsciente manera de una muchacha; pero cuando Gillot admitió para sí que se había enamorado de ella y le propuso matrimonio, Lou se horrorizó. El confundido pastor no olvidó nunca a Lou von Salomé, y fue el primero de una larga lista de hombres famosos en caer víctima de un frustrado y perenne amor obsesivo por ella. En 1882, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche vagaba solo por Italia. En Genova recibió una carta de su amigo Paul Rée, filósofo prusiano al que admiraba, en la que éste le contaba de sus diálogos en Roma con una notable joven rusa, Lou von Salomé. Ella estaba ahí de vacaciones con su madre; Rée había logrado hacer, sin compañía, largos paseos por la ciudad con ella, y habían tenido

numerosas conversaciones. Las ideas de Lou sobre Dios y el cristianismo eran muy similares a las de Nietzsche, y cuando Rée le dijo que el famoso filósofo era amigo suyo, ella insistió en que lo invitara a unírseles. En cartas posteriores, Rée describió lo misteriosamente cautivadora que era Lou, y lo ansiosa que estaba por conocer a Nietzsche. El filósofo partió pronto a Roma. Cuando Nietzsche conoció al fin a Lou, se quedó atónito. Ella tenía los ojos más hermosos que él hubiera visto jamás, y en la primera de sus largas conversaciones esos ojos brillaron con tal intensidad que él no pudo menos que sentir que había algo erótico en esa emoción. Pero también él se engañó: Lou guardó distancia y no respondió a sus cumplidos. ¡Vaya que era una joven demoniaca! Días después, ella le leyó un poema suyo, y él lloró; las ideas de Lou sobre la vida eran muy parecidas a las suyas. Tras decidir aprovechar la ocasión, Nietzsche le propuso matrimonio. (Ignoraba que Rée ya había hecho lo propio.) Lou declinó. Le interesaban la filosofía, la vida y la aventura, no el matrimonio. Imperténito, Nietzsche siguió cortejándola. En una excursión al lago Orta con Rée, Lou y su madre, él logró estar a solas con la muchacha, con quien subió el Monte Sacro mientras los demás aguardaban. Todo indica que el paisaje y las palabras de Nietzsche tuvieron el apasionado efecto esperado; en una carta subsecuente a ella, él describió ese paseo como "el sueño más hermoso de mi vida". Ya era un hombre poseído: no podía pensar sino en casarse con Lou y tenerla sólo para él. Meses después, Lou visitó a Nietzsche en Alemania. Dieron largos paseos juntos, y pasaron noches enteras hablando de filosofía. Ella era el reflejo de sus pensamientos más profundos, una anticipación de sus ideas sobre la religión. Pero cuando él le propuso matrimonio otra vez, ella lo tachó de convencional; Nietzsche había compuesto una defensa filosófica del superhombre, el individuo por encima de la moral ordinaria, pero Lou era por naturaleza mucho menos convencional que él. Su firme e intransigente actitud no hizo más que intensificar la fascinación de ella sobre él, tanto como su resabio de crueldad. Cuando Lou lo abandonó al fin, dejando en claro que no tenía la menor intención de casarse con él, Nietzsche quedó devastado. Como antídoto contra su dolor, escribió Así *hablaba Zaratustra,* libro lleno de sublimado erotismo y hondamente inspirado en sus conversaciones con ella. Desde entonces, Lou sería conocida en toda Europa como
la mujer que había roto el corazón de Nietzsche. Lou Andreas-Salomé se mudó a Berlín. Pronto, los principales intelectuales de esa ciudad caían bajo el hechizo de su independencia y espíritu libre. Los dramaturgos Gerhart Hauptmann y Franz Wedekind fueron víctimas de su embrujo; en 1897, el gran poeta austríaco Rainer Maria Rilke se enamoró de ella. Para entonces ya gozaba de amplio prestigio, y era novelista de renombre. Esto influyó sin duda en la seducción de Rilke, pero a él le atrajo, asimismo, la suerte de energía masculina que encontró en ella, y que nunca había visto en otra mujer. Rilke tenía entonces veintidós años, y Lou treinta y seis. El le escribía cartas y poemas de amor, la seguía a todas partes e inició con ella un idilio que duraría varios años. Ella corrigió su poesía; impuso disciplina en sus versos, demasiado románticos, y le inspiró ideas para nuevos poemas. Pero censuraba que dependiera tan infantilmente de ella, que fuese tan débil. Incapaz de soportar cualquier clase de debilidad, finalmente lo dejó. Consumido por su recuerdo, Rilke siguió asediándola durante mucho tiempo. En 1926 rogó a sus médicos en su lecho de muerte: "Pregunten a Lou qué me pasa. Sólo ella lo sabe". , Un hombre escribió de Lou Andreas-Salomé: "Había algo aterrador en su proximidad. Lo miraba a uno con sus radiantes ojos azules, y le decía: 'La recepción del semen es para mí el colmo del éxtasis'. Tenía un apetito insaciable de él. Era absolutamente amoral, [...]un vampiro". El psicoterapeuta sueco Poul Bjerre, una de sus conquistas posteriores, escribió a su vez: "Creo que Nietzsche estaba en lo cierto cuando dijo que Lou era una mala mujer. Mala, no obstante, en el sentido goethiano: mal que produce bien. [... ] Quizá haya destruido vidas y matrimonios, pero su presencia era excitante". Las dos emociones que casi todos los hombres sentían en presencia de Lou Andreas-Salomé eran confusión y excitación; las sensaciones esenciales para una seducción satisfactoria. A la gente le embriagaba su extraña mezcla de masculinidad y feminidad; era hermosa, con una sonrisa radiante y una actitud digna y sugestiva, pero su independencia y naturaleza analítica la hacían parecer singularmente masculina. Esta ambigüedad se expresaba en sus ojos, a un tiempo coquetos e inquisitivos. La confusión era lo que mantenía interesados e intrigados a los hombres: Lou no se parecía a ninguna otra mujer. Ellos querían saber más. La excitación emanaba de la capacidad de ella para remover deseos reprimidos. Era totalmente anticonformista, e intimar con ella suponía romper todo tipo de tabúes. Su masculinidad hacía que la relación

pareciera vagamente homosexual; su vena un tanto cruel y dominante podía incitar ansias masoquistas, como lo hizo en Nietzsche. Lou irradiaba una sexualidad prohibida. Su poderoso efecto en los hombres —las obsesiones perennes, los suicidios (hubo varios), los periodos de intensa creatividad, las descripciones de ella como vampiro o demonio— dan fe de las oscuras profundidades de la psique que ella era capaz de alcanzar y perturbar. La dandy masculina triunfa al trastocar la pauta normal de la superioridad masculina en cuestiones de amor y seducción. La aparente independencia del hombre, su capacidad para el desdén, a menudo parecen darle la ventaja en la dinámica entre hombres y mujeres. Una mujer puramente femenina despertará deseo, pero siempre será vulnerable a la caprichosa pérdida de interés del hombre; una mujer puramente masculina, por el contrario, no despertará en absoluto ese interés. Tú sigue, en cambio, la senda de la dandy masculina y neutralizarás todos los poderes de un hombre. Nunca te entregues por completo; aunque seas apasionadamente sexual, conserva siempre un aire de independencia y autocontrol. Podrías pasar entonces al hombre siguiente, o al menos eso pensará él. Tú tienes cosas más importantes que hacer, como trabajar. Los hombres no saben cómo hacer frente a las mujeres que usan contra ellos sus propias armas; esto los intriga, excita y desarma. Pocos hombres pueden resistir los placeres prohibidos que la dandy masculina les ofrece.

*La seducción que emana de una persona de sexo incierto o simulado es imponente.* —Colette.

## Claves de personalidad.

Muchos imaginamos hoy que la libertad sexual ha avanzado en los últimos años; que todo ha cambiado, para bien o para mal. Esto es en gran medida una ilusión; un repaso de la historia revela periodos de mucho mayor libertinaje (la Roma imperial, la Inglaterra de fines del siglo XVII, el "flotante mundo" del Japón del siglo XVIII) que el que experimentamos en la actualidad. Los roles de género ciertamente están cambiando, pero no es la primera vez que esto ocurre. La sociedad está sujeta a un estado de flujo permanente, pero hay algo que no cambia: el ajuste de la inmensa mayoría de la gente a lo que en su época se considera normal. Su desempeño del papel que se le asigna. La conformidad es una constante porque los seres humanos somos criaturas sociales en incesante imitación recíproca. Puede ser que en ciertos momentos de la historia esté de moda ser diferente y rebelde; pero si muchas personas asumen este papel, no hay nada diferente ni rebelde en él. Sin embargo, no deberíamos quejamos de la servil conformidad de la mayoría, porque ofrece incalculables posibilidades de poder y seducción a quienes están dispuestos a correr algunos riesgos. Dandys ha habido en todas las épocas y culturas (Alcibíades en la antigua Grecia, Korechika en el Japón de mies del siglo X), y en todas partes han prosperado gracias al papel conformista de los demás. El dandy hace gala de una diferencia real y radical, en apariencia y actitud. Puesto que a casi todos nos agobia en secreto la falta de libertad, nos atraen quienes son más desenvueltos que nosotros y hacen alarde de su diferencia. Los dandys seducen tanto social como sexualmente; se forman grupos a su alrededor, su estilo es muy imitado, una corte o multitud enteras se enamorarán de ellos. Al adaptar a tus propósitos la personalidad del dandy, recuerda que éllos es por naturaleza una rara y hermosa flor. Sé diferente tanto de modo impactante como estético, nunca vulgar; búrlate de las tendencias y estilos establecidos, sigue una dirección novedosa, y que no te importe en absoluto lo que hacen los demás. La mayoría es insegura; se maravillará de lo que tú eres capaz de hacer, y con el tiempo terminará por admirarte e imitarte, por expresarte con total seguridad. A los dandys se les ha definido tradicionalmente por su forma de vestir, y es indudable que la mayoría de ellos crean un estilo visual único. Beau Brummel, el más famoso de los dandys, pasaba horas arreglándose, en particular el nudo de inimitable diseño de su corbata, que lo volvió célebre en Inglaterra a principios del siglo XIX. Pero el estilo del dandy no puede ser obvio, porque los dandys son sutiles, y jamás se obstinan en llamar la atención: la atención les llega sola. Un atuendo flagrantemente diferente delata escaso gusto o imaginación. Los dandys exhiben su diferencia en los pequeños toques que Señalan su desprecio por las convenciones: el chaleco rojo de Théo-phile Gautier, el traje verde de terciopelo de Osear Wilde, las pelucas plateadas de Andy Warhol. El gran primer ministro inglés Benjamín Disraeli tenía dos espléndidos bastones, uno para la mañana y otro para la tarde; los cambiaba a mediodía, dondequiera que estuviese. La dandy opera en forma similar. Puede adoptar ropa masculina, por decir algo; pero si lo hace, un toque aquí o allá la vuelve distinta: ningún hombre se vestiría nunca como George Sand. El sombrero de copa y las botas de montar que ella lucía en las calles de París la hacían un espectáculo digno de verse. Recuerda: debe haber un punto de referencia. Si tu estilo visual es totalmente desconocido, la gente creerá en el mejor de los casos que te gusta llamar la atención, y en el peor que estás loco. Inventa en cambio tu propia moda adaptando y alterando los estilos imperantes, para convertirte en un objeto de fascinación. Haz bien esto y serás muy imitado. El conde de Orsay, un fabuloso dandy

londinense de las décadas de 1830 y 1840, era observado muy de cerca por la gente de buen tono; un día, sorprendido en Londres por un aguacero, compró un *pahrok,* una especie de pesado abrigo de lana con capucha, que llevaba puesto un marinero holandés. El *paltrok* se convirtió de inmediato en *el* abrigo de rigor. Que haya gente que te imite es señal, por supuesto, de tus poderes de seducción. El inconformismo de los dandys, sin embargo, va mucho más allá de las apariencias. Es una actitud de vida, que los distingue; adopta esta actitud y un círculo de seguidores
aparecerá a tu alrededor. Los dandys son muy insolentes. Los demás les importan un bledo, y nunca les interesa complacer. En la corte de Luis XIV, el escritor La Bruyére reparó en que los cortesanos que se esmeraban en complacer caían invariablemente en el descrédito; nada podía ser más antiseductor que eso. Como escribió Barbey d'Aurevilly: "Los dandys complacen a las mujeres disgustándolas". La insolencia fue fundamental en el atractivo de Osear Wilde. Una noche, tras el estreno de una obra suya en un teatro de Londres, el extasiado público pidió a gritos la presencia del autor en el escenario. Wilde se hizo esperar largamente, y por fin salió, fumando un cigarro y gastando una expresión de absoluto desdén. "Quizá sea grosero aparecer fumando ante ustedes, pero lo es mucho más que me incomoden cuando fumo", recriminó a sus fans. El conde de Orsay era igualmente insolente. Una noche en un club de Londres, un Ro-thschild notoriamente vulgar dejó caer por accidente una moneda de oro, y se agachó a recogerla. Orsay sacó en el acto un billete de mil francos (mucho más valioso que la moneda), lo enrolló, lo encendió como vela y se echó a gatas, para ayudar en la búsqueda. Sólo un dandy habría podido permitirse semejante audacia. El descaro del libertino está atado a su deseo de conquistar a una mujer; no le interesa nada más. El del dandy, en cambio, apunta a la sociedad y sus convenciones. No quiere conquistar a una mujer, sino a un grupo, un mundo social. Y como a la gente suele oprimirle la obligación de ser siempre benévola y cortés, le deleita la compañía de una persona que desdeña tales insignificancias. Los dandys son maestros en el arte de vivir. Viven para el placer, no para el trabajo; se rodean de bellos objetos y comen y beben con el mismo deleite que muestran en el vestir. Así fue como el gran escritor romano Petronio, autor del *Satiricón,* sedujo al emperador Nerón. A diferencia del insulso Séneca, el gran pensador estoico y tutor de Nerón, Petronio sabía hacer de cada detalle de la vida una gran aventura estética, desde un festín hasta una simple conversación. Esta no es una actitud que debas imponer a quienes te rodean —te será imposible ponerte pesado—; bastará con que parezcas socialmente confiado y seguro de tu gusto para que la gente se sienta atraída a ti. La clave es convertir todo en una elección estética. Tu habilidad para matar el aburrimiento haciendo de la vida un arte volverá muy apreciada tu compañía. El sexo opuesto es un territorio extraño que nunca conoceremos del todo, y esto nos excita, produce la tensión sexual adecuada. Pero también es una fuente de molestia y frustración. Los hombres no comprenden a las mujeres, y viceversa; cada grupo intenta hacer que el otro actúe como si perteneciera a su sexo. Puede ser que a los dandys no les interese agradar, pero en esta área tienen un grato efecto: al adoptar rasgos psicológicos del sexo opuesto, apelan a nuestro inherente narcisismo. Las mujeres se identificaban con la delicadeza de Rodolfo Valentino, y su atención al detalle en el cortejo; los hombres, con el desinterés de Lou Andreas-Salomé a comprometerse. En la corte Heian del Japón del siglo XI, Sei Shónagon, la autora de *El libro de la almohada,* fue muy seductora para los hombres, en especial los del tipo literario. Era sumamente independiente, escribía poesía de lo mejor y guardaba cierta distancia emocional. Los hombres querían más de ella que
sólo ser sus amigos o camaradas, como si fuera otro hombre; fascinados por su empatía con la psicología masculina, se enamoraban de ella. Esta suerte de travestismo mental —la capacidad de acceder al espíritu del sexo opuesto, adaptarse a su manera de pensar, ser reflejo de sus gustos y actitudes— puede ser un elemento clave en la seducción. Es una manera de hipnotizar a tu víctima. De acuerdo con Freud, la libido humana es, en esencia, bisexual; a la mayoría de las personas les atraen de un modo u otro los individuos de su mismo sexo, pero las restricciones sociales (que varían según la cultura y periodo histórico) reprimen esos impulsos. El dandy representa una liberación de tales restricciones. En varias obras de Shakespeare, una joven (los papeles femeninos eran interpretados entonces por hombres) ha de disfrazarse, y se viste para ello de hombre, incitando diversos grados de interés sexual en los hombres, a quienes después deleita descubrir que el joven es en realidad una muchacha. (Piensa, por ejemplo, en la Rosalinda de A *vuestro gusto.)* Artistas como Josephine Baker (conocida como La Dandy de Chocolate) y Marlene Dietrich se vestían de hombre en sus presentaciones, lo que las volvió muy populares... entre los hombres. Por su parte, el hombre ligeramente feminizado, el niño bonito, siempre ha sido seductor para las mujeres. Valentino encamó esta cualidad. Elvis Presley tenía rasgos femeninos (el rostro, las caderas), usaba camisas rosas escaroladas y maquillaje de ojos, y muy pronto atrajo la atención femenina. El cineasta Kenneth Anger dijo de Mick Jagger que su encanto bisexual constituye una parte importante del atractivo que ejerce sobre las jóvenes, [... ] el cual actúa sobre su inconsciente". En la cultura occidental, durante siglos la belleza femenina ha sido un fetiche en grado mucho mayor que la masculina, así que es comprensible que un rostro de aspecto femenino como el de Montgomery Clift haya tenido más poder de seducción que el de John Wayne. La figura del dandy también ocupa un lugar en la política. John F. Kennedy era una extraña mezcla de masculinidad y feminidad: viril en su dureza con los rusos y sus juegos de fútbol americano

en los jardines de la Casa Blanca, pero femenino en su apariencia elegante y atildada. Esta ambigüedad componía gran parte de su atractivo. Disraeli era un dandy inconegible en su forma de vestir y comportarse; en consecuencia algunos sospecharon de él, pero su valor para no preocuparse de lo que la gente pensara le ganó respeto. Las mujeres lo adoraban, por supuesto, porque las mujeres siempre adoran a un dandy. Apreciaban sus modales delicados, su sentido estético, su pasión por la ropa; en otras palabras, sus cualidades femeninas. El sostén del poder de Disraeli era de hecho una fan: la reina Victoria. No te dejes engañar por la reprobación superficial que tu actitud de dandy puede provocar. Aun si la sociedad propala su desconfianza de la androginia (en la teología cristiana Satanás suele representarse como andrógino), con eso no hace otra cosa que esconder su fascinación por ella; lo más seductor es con frecuencia lo más reprimido. Adopta un dandismo festivo y serás el imán de los recónditos anhelos insatisfechos de la gente. La clave de este poder es la ambigüedad. En una sociedad en que los papeles que todos desempeñamos son obvios, la negativa a ajustarse a cualquier norma despertará interés. Sé masculino y femenino. insolente y encantador, sutil y extravagante. Que los demás se preocupen de ser socialmente aceptables; esa gente abunda, y tú persigues un poder más grande que el que ella puede imaginar. *Símbolo: La orquídea. Su* i *forma y color sugieren extrañamente los dos sexos, y su perfume*

*es dulce y voluptuoso: es una flor tropical del mal. Fina y muy cultivada, se le valora por su rareza; es diferente a cualquier otra flor.*

## Peligros.

La fortaleza, aunque también el problema, del dandy es que suele operar mediante sensaciones transgresoras de los roles sexuales. Aunque sumamente intensa y seductora, esta actividad también es peligrosa, porque toca una fuente de gran ansiedad e inseguridad. Los mayores riesgos proceden a menudo de tu propio sexo. Valentino tenía enorme atractivo para las mujeres, pero los hombres lo detestaban. Constantemente se le hostigaba con acusaciones de antimasculinidad perversa, lo que le causaba gran aflicción. Lou Andreas-Salomé era igualmente reprobada por las mujeres; la hermana de Nietzsche, quizá la mejor amiga de éste, la consideraba una bruja malévola, y emprendió una virulenta campaña de prensa en su contra tiempo después de la muerte del filósofo. Poco puede hacerse ante un resentimiento tal. Algunos dandys pretenden luchar contra la imagen que ellos mismos han creado, pero esto es insensato: para probar su masculinidad, Valentino intervino en un encuentro de box. No obstante, lo único que consiguió con ello fue parecer desesperado. Es mejor, entonces, aceptar con elegancia e insolencia las ocasionales pullas de la sociedad. Después de todo, el encanto de los dandys radica justamente en que no les importa lo que la gente piense de ellos. Así era Andy Warhol: cuando la gente se cansaba de sus bufonadas o surgía un escándalo, en vez de tratar de defenderse adoptaba simplemente una nueva imagen —bohemio decadente, retratista de la alta sociedad, etcétera—, como para decir, con un dejo de desdén, que el problema no era él, sino la capacidad de concentración de los demás. Otro peligro para el dandy es que la insolencia tiene sus límites. Beau Brummel se enorgullecía de dos cosas: la esbeltez de su figura y su ingenio mordaz. Su principal patrocinador social era el príncipe de Gales, quien años después engordó. Una noche en una cena, el príncipe hizo sonar la campanilla para llamar al mayordomo, y Brummel comentó con sarcasmo: "Repica, Bíg Ben". Al príncipe no le hizo gracia la broma, hizo acompañar a Brummel a la puerta y jamás le volvió a hablar. Sin el patrocinio real, Brummel cayó en la pobreza y la locura. Incluso un dandy, así, debe medir su descaro. Un verdadero dandy conoce la diferencia entre una dramatizada burla del poderoso y un comentario hiriente, ofensivo o insultante. Es particularmente indicado no insultar a quienes pueden perjudicarte. De hecho, esta personalidad rinde mejor a quienes pueden darse el lujo de ofenden artistas, bohemios, etcétera. En el trabajo, es probable que debas modificar y moderar tu imagen de dandy. Sé gratamente distinto, una distracción, no una persona que cuestiona las convenciones grupales y hace sentir inseguros a los demás.

## 5. El cándido.

La niñez es el paraíso dorado que, consciente o inconscientemente, en todo momento intentamos recrear. El cándido personifica las añoradas cualidades de la infancia: espontaneidad, sinceridad, sencillez. En presencia de los cándidos nos sentimos a gusto, arrebatados por su espíritu juguetón, transportadas a esa edad de oro. Ellos hacen de la debilidad virtud, pues la compasión que despiertan con sus tanteos nos impulsa a protegeríais y

ayudarlos. Como en los niños, gran parte de esto es natural, pero otra es exagerada, una maniobra intencional de seducción. Adopta la actitud del cándido para neutralizar la reserva natural de la gente y contagiarla de tu desvalido encanto.

## Rasgos psicológicos del Cándido.

Los niños no son tan inocentes como nos gusta imaginarlos. Sufren desamparo, y advierten pronto el poder de su encanto natural para compensar su debilidad en el mundo de los adultos. Aprenden un juego: si su inocencia natural puede convencer a sus padres de ceder a sus deseos, entonces es algo que pueden usar estratégicamente en otros casos, exagerándolo en el momento indicado para salirse con la suya. Si su vulnerabilidad y debilidad son tan atractivas, pueden utilizarlas "¡ para llamar la atención. ¿Por qué nos seduce la naturalidad de los niños? Primero, porque todo lo natural ejerce un raro efecto en nosotros. Desde el inicio de los tiempos, los fenómenos naturales —como rayos y eclipses — han infundido en los seres humanos una reverencia teñida de temor. Entre más civilizados somos, mayor es el efecto que los hechos naturales ejercen en nosotros; el mundo moderno nos rodea de tantas cosas manufacturadas y artificiales que algo repentino e inexplicable nos fascina. Los niños también

poseen este poder natural; pero como son inofensivos y humanos, resultan menos temibles que encantadores. Casi todos nos empeñamos en complacer, pero la gracia de los niños ocurre sin esfuerzo, lo que desafía toda explicación lógica —y lo irracional suele ser peligrosamente seductor. Más aún, un niño representa un mundo del que se nos ha desterrado para siempre. Como la vida adulta es aburrida y acomodaticia, nos creamos la ilusión de que la infancia es una especie de edad de oro, pese a que a menudo pueda ser un periodo de gran confusión y dolor. Aun así, es innegable que la niñez tuvo sus privilegios, y que de niños teníamos una actitud placentera ante la vida. Frente a un niño particularmente encantador, solemos ponernos nostálgicas: recordamos nuestro maravilloso pasado, las cualidades que perdimos y que quisiéramos volver a tener. Y en presencia del niño, recuperamos un poco de esa maravilla. Los seductores naturales son personas que de algún modo evitaron que la experiencia adulta las privara de ciertos rasgos infantiles. Estas personas pueden ser tan eficazmente seductoras como un niño, porque nos parece extraño y asombroso que hayan preservado esas cualidades. No son literalmente semejantes a niños, por supuesto; eso las volvería detestables o dignas de lástima. Más bien, es el espíritu infantil lo que conservan. No creas que esta puerilidad es algo que escapa a su control. Los seductores naturales advierten pronto el valor de preservar una cualidad particular, y el poder de seducción que ésta contiene; adaptan y refuerzan los rasgos infantiles que lograron mantener, justo como el niño aprende a jugar con su natural encanto. Esta es la clave. Tú puedes hacer lo mismo, porque dentro de todos nosotros acecha un niño travieso que pugna por liberarse. Para hacer esto en forma satisfactoria, tienes que poder soltarte en cierto grado, pues no hay nada menos natural que parecer indeciso. Recuerda el espíritu que alguna vez tuviste; permítele volver, sin inhibiciones. La gente es mucho más benigna con quienes llegan al extremo, con quienes parecen incontrolablemente ridículos, que con el desganado adulto con cierta vena infantil. Recuerda cómo eras antes de ser tan cortés y retraído. Para asumir el papel del cándido, ubícate mentalmente en toda relación como el niño, el menor. Los siguientes son los tipos principales del cándido adulto. Ten en mente que los grandes seductores naturales suelen ser una combinación de más de una de estas cualidades. El *inocente.* Las cualidades primarias de la inocencia son la debilidad y el desconocimiento del mundo. La inocencia es débil porque está condenada a desaparecer en un mundo áspero y cruel; el niño no puede proteger su inocencia ni aferrarse a ella. El desconocimiento es producto del hecho de que el niño ignora el bien y el mal, y lo ve todo con ojos puros. La debilidad de los niños mueve a compasión, su desconocimiento del mundo nos hace reír, y no hay nada más seductor que la mezcla de risa y compasión. El cándido adulto no es realmente inocente: resulta imposible crecer en este mundo y conservar una total inocencia. Pero los cándidos anhelan tanto asirse a su perspectiva inocente que logran mantener la ilusión de inocencia. Exageran su debilidad para incitar la adecuada compasión. Actúan como si aún vieran el mundo con ojos inocentes, lo que en un adulto es doblemente gracioso. Gran parte de esto es consciente, pero para ser eficaces los cándidos adultos deben dar la impresión de que es sencillo y sutil; si se descubre que quieren parecer inocentes, todo resultará patético. Así, es mejor que transmitan debilidad de manera indirecta, por medio de gestos y miradas, o de las situaciones en que se colocan. Dado que este tipo de inocencia es ante todo una representación, puedes adaptarla fácilmente a tus propósitos. Aprende a magnificar tus debilidades o defectos naturales. El *niño travieso.* Los niños inquietos poseen una osadía que los adultos hemos perdido. Esto se debe a que no ven las consecuencias de sus actos: que algunas personas podrían ofenderse, y que por esto ellos podrían resultar físicamente lastimados. Los niños traviesos son descarada, dichosamente indiferentes. Su alegría es contagiosa. La obligación de ser corteses y atentos no les ha arrebatado

aún su energía y espíritu naturales. Los envidiamos en secreto; también quisiéramos ser pícaros. Los pícaros adultos son seductores por ser tan diferentes del resto de nosotros. Bocanadas de aire fresco en un mundo precavido, se desenfrenan como si sus travesuras fueran incontrolables, y por tanto naturales. Si tú adoptas este papel, no te preocupes si ofendes a la gente de vez en cuando; eres demasiado adorable, e inevitablemente se te perdonará. Así que no te disculpes ni te muestres arrepentido, pues esto rompería el encanto. Digas o hagas lo que sea, mantén un destello en tu mirada, para indicar que no tomas nada en serio. *El* niño *prodigio.* Un niño prodigio tiene un talento especial • inexplicable: un don para la música, las matemáticas, el ajedrez o el deporte. Cuando operan en el terreno en que poseen tan excepcional habilidad, estos niños parecen poseídos, y sus actos muy simples. Si son artistas o *músicos, tipo* Mozart, su desempeño parece brotar de un impulso innato, y requerir así muy poca premeditación. Si lo que i poseen es un talento físico, están dotados de singular energía, destreza y espontaneidad. En ambos casos, parecen demasiado talentosos para su edad. Esto nos fascina. Los adultos prodigio fueron por lo común niños prodigio, pero lograron retener notablemente su vigorosa impulsividad y habilidades infantiles de improvisación. La espontaneidad auténtica es una rareza deliciosa, porque todo en la vida conspira para despojamos de ella; estamos obligados a aprender a actuar prudente y pausadamente, a pensar cómo nos verán los demás. Para actuar como un adulto prodigio debes poseer una habilidad que parezca fácil y natural, junto con la capacidad de improvisar. Si lo cierto es que tu habilidad requiere práctica, oculta esto, y aprende a conseguir que tu desempeño parezca sencillo. Cuanto más escondas el esfuerzo con que actúas, más natural y seductora parecerá tu actuación. El *amante accesible.* Cuando la gente madura, se protege contra experiencias dolorosas encerrándose en sí misma. El precio de esto es la rigidez, física y mental. Pero los niños están por naturaleza desprotegidos y dispuestos a
experimentar, y esta receptividad es muy atractiva. En presencia de niños nos volvemos menos rígidos, contagiados por su apertura. Por eso nos gusta estar con ellos. Los amantes accesibles han sorteado de alguna manera el proceso de autoprotección, y conservado el juguetón espíritu receptivo de los niños. Con frecuencia manifiestan este espíritu físicamente: son gráciles, y parecen avanzar en edad menos rápido que otras personas. De todas las cualidades de la personalidad del cándido, ésta es la más ventajosa. La reserva es mortal en la seducción; ponte a la defensiva y la otra persona se pondrá igual. El amante accesible, por el contrario, reduce las inhibiciones de su objetivo, parte crítica de la seducción. Es importante aprender a no reaccionar a la defensiva: cede en vez de resistirte; muéstrate abierto a la influencia de los demás, y caerán más fácilmente bajo tu hechizo.

## Ejemplos de seductores naturales.

1.- Durante su niñez en Inglaterra, Charlie Chaplin pasó años de extrema pobreza, en particular luego de que su madre fue internada en un manicomio. En su adolescencia, obligado a trabajar para vivir, consiguió empleo en el teatro de variedades, y con el tiempo obtuvo cierto éxito como comediante. Pero era muy ambicioso, así que en 1910, cuando apenas tenía diecinueve años, emigró a Estados Unidos, con la esperanza de irrumpir en la industria cinematográfica. Mientras se abría paso en Hollywood, halló papeles secundarios ocasionales, pero el éxito parecía escurridizo: la competencia era feroz, y aunque Chaplin tenía el repertorio de gags que había aprendido en el vodevil, no destacaba en particular en el humor físico, parte crucial de la comedia muda. No era un gimnasta como Buster Keaton. En 1914, Chaplin consiguió el papel principal de un cortometraje titulado *Making a Living* (Para ganarse la vida). Su personaje era un estafador. Al experimentar con el vestuario para ese papel, se puso unos pantalones varias tallas mayor que la suya, a los que añadió un bombín, botas enormes puestas en el pie incorrecto, un bastón y un bigote engomado. Con estas prendas pareció cobrar vida un personaje totalmente nuevo: primero el ridículo andar, luego el giro del bastón, después todo tipo de gags. A Mack Sennett, el director del estudio, Making *a living* no le pareció muy divertida, y dudó de que Chaplin tuviera futuro en el cine, pero algunos *críticos* opinaron otra cosa. En una reseña en una revista especializada se decía: "El hábil intérprete que en esta película hace el papel de un fresco y muy ingenioso estafador es un comediante de primera, un actor nato". Y también el público respondió: el filme tuvo éxito en taquilla. Lo que parece haber tocado una fibra especial en *lAcúáng a lj'* ving, separando a Chaplin de la gran cantidad de comediantes que trabajaban en el cine mudo, fue la casi conmovedora ingenuidad de su personaje. Intuyendo que había algo ahí, en películas posteriores Chaplin desarrolló ese papel, volviéndolo cada vez más candoroso. La clave era que el personaje pareciera ver el mundo con los ojos de un niño. En The Bank (El banco), Chaplin es el portero de un banco que sueña en grandes hazañas mientras los ladrones hacen lo suyo en el establecimiento; en *The Pawnbróker* (El prestamista), un improvisado dependiente que causa destrozos en un reloj de caja; en *Shoul-der* Amos (Armas al hombro), un soldado en las ensangrentadas trincheras de la primera guerra mundial, el cual reacciona a los horrores de la guerra como un niño inocente. Chaplin se cercioraba de incluir en sus películas a actores más altos

que él, para situarlos subliminalmente como adultos abusivos y a él mismo como el niño indefenso. Y conforme se adentraba en su papel, sucedió algo extraño: persona' je y hombre real comenzaron a rundirse. Aunque Chaplin había tenido una infancia difícil, estaba obsesionado con ella. (Para su película *Easy Street* [Buen camino] construyó en Hollywood un foro idéntico a las calles de Londres que conoció de *chico.)* Desconfiaba del mundo de los adultos, y prefería
la compañía de los jóvenes, o de jóvenes de corazón: tres de sus cuatro esposas eran adolescentes cuando se casaron con él. Más que ningún otro comediante, Chaplin provocaba una mezcla de risa y tristeza. Hacía que uno se identificara con él como la víctima, que sintiera lástima por él como por un perro callejero. Se reía y se lloraba. Y el público sentía que el papel que Chaplin ejecutaba venía de muy dentro: que era sincero, que en realidad se interpretaba a sí mismo. Años después de *Making a* Living, él era el actor más ramoso del mundo. Había muñecos, historietas y juguetes con su figura; sobre él se escribían canciones y relatos; Chaplin se convirtió en un icono universal. En 1921, cuando regresó por primera vez a Londres después de su partida, lo recibieron grandes multitudes, como en el triunfal retorno de un gran general. Los mayores seductoras, aquellos que seducen al gran público, naciones, al mundo, tienden a explotar el inconsciente colectivo, así que hacen reaccionar a la gente en una forma que ésta no puede entender ni controlar. Chaplin dio inadvertidamente con este poder cuando descubrió el efecto que podía ejercer en el público al exagerar su debilidad, sugiriendo con ello que tenía una mente de niño en un cuerpo de adulto. A principios del siglo XX, el mundo cambiaba radical y rápidamente. La gente trabajaba cada vez más tiempo en empleos crecientemente mecanizados; la vida era cada vez más inhumana y cruel, como lo evidenciaron los estragos de la primera guerra mundial. Atrapadas en medio del cambio revolucionario, las personas añoraban una infancia perdida que imaginaban como un próspero paraíso. Un niño adulto como Chaplin posee inmenso poder de seducción, porque brinda la ilusión de que la vida fue alguna vez más simple y sencilla, y de que por un
momento, o mientras dura el filme, es posible recuperarla. En un mundo cruel y amoral, la ingenuidad tiene enorme atractivo. La clave es sacarla a relucir con un aire de total seriedad, como lo hace el hombre maduro en la comedia formal. Pero es más importante aún despertar compasión. La fuerza y el poder explícitos rara vez son seductores; nos vuelven aprensivos o envidiosos. El camino real a la seducción consiste en acentuar la propia indefensión y vulnerabilidad. No hagas esto en forma obvia; si parece que suplicas compasión, semejarás estar necesitado, lo cual es completamente antiseductor. No te proclames desvalido o víctima; revélalo en tu actitud, en tu perplejidad. Una muestra de debilidad "natural" te volverá adorable al instante, con lo que reducirás las defensas de la gente y la harás sentir al mismo tiempo deleitosamente superior a ti. Ponte en situaciones que te hagan parecer débil, en las que otra persona tenga la ventaja; ella es la abusiva, tú el cordero inocente. Sin el menor esfuerzo de tu parte, la gente sentirá compasión por ti. Una vez que sus ojos se nublen con una bruma sentimental, no verá cómo la manipulas. 2.- Emma Crouch, nacida en 1842 en Plymouth, Inglaterra, procedía de una respetable familia de clase media. Su padre era compositor y profesor de música, y soñaba con el éxito en el ámbito de la ópera ligera. Entre sus numerosos hijos, Emma era su preferida: era una niña encantadora, vivaz y coqueta, pelirroja y pecosa. Su padre la idolatraba, y le auguraba un brillante futuro en el teatro. Desafortunadamente, Mister Crouch tenía un lado oscuro: era aventurero, jugador y libertino, y en 1849 abandonó a su familia y partió a Estados Unidos. Los Crouch sufrieron entonces grandes apuros. A Emma le dijeron que su padre había muerto en un accidente, y se le envió a un convento. La pérdida de su padre la afectó profundamente, y conforme pasaba el tiempo ella parecía perderse en el pasado, actuando como si él la idolatrara aún. Un día de 1856, mientras Emma volvía a casa de la iglesia, un elegante caballero la invitó a su residencia a comer pastelillos. Ella lo siguió a su morada, donde él procedió a abusar de ella. A la mañana siguiente, este hombre, comerciante de diamantes, le prometió ponerle casa, tratarla bien y darle mucho dinero. Ella tomó el dinero pero dejó al comerciante, resuelta a hacer lo que siempre había querido: no volver a ver jamás a su familia, nunca depender de nadie y darse la gran vida que su padre le había prometido. Con el dinero que el comerciante de diamantes le dio, Emma compró ropa vistosa y alquiló un departamento barato. Tras adoptar el extravagante nombre de Cora Pearl, empezó a frecuentar los Argyll Rooms de Londres, un antro de lujo donde prostitutas y caballeros se codeaban. El dueño del Argyll, un tal Mister Bignell, tomó nota de la recién llegada: era demasiado desenvuelta para ser tan joven. A los cuarenta y cinco, él era mucho mayor que ella, pero decidió ser su amante y protector, prodigándole dinero y atenciones. Al año siguiente la llevó a París, en el apogeo de la prosperidad del segundo imperio. A Cora le encantó la ciudad, y todos sus sitios de interés, pero lo que más le impresionó fue el desfile de suntuosos coches en el Bois de Boulogne. Ahí iba la gente bonita a tomar el fresco: la emperatriz, las princesas y, no menos importante, las grandes cortesanas, quienes tenían los carruajes más opulentos. Ese era el modo de vida que el padre de Cora había deseado para ella. De inmediato le dijo a Bignell r que, cuando él regresara a Londres, ella se quedaría ahí, sola. Frecuentando los lugares indicados, Cora llamó pronto la atención de acaudalados caballeros franceses. Ellos la veían recorrer las calles t enfundada en un vestido rosa subido, que complementaba su llamean- 1 te cabellera roja, su pálido rostro y sus pecas. La atisbaban montan- c do alocadamente por el Bois de Boulogne, haciendo restallar su fusta < a diestra y siniestra. La veían en cafés

rodeada de hombres, a quienes sus ocurrentes injurias hacían reír. También se enteraban de sus , proezas: de su gusto por mostrar su cuerpo a todos. La élite de la sociedad parisina empezó a cortejarla, en particular los señores, que ya se habían cansado de las cortesanas frías y calculadoras y admiraban ] su espíritu de niña. Cuando empezó a fluir el dinero de sus diversas conquistas (el duque de Mornay, heredero del trono holandés; el príncipe Napoleón, primo del emperador), Cora lo gastaba en las *cosas* más estrafalarias: un carruaje multicolor jalado por un tiro de caballos color crema, una bañera de mármol rosa con sus iniciales incrustadas en oro. Los caballeros competían por consentirla. Un amante irlandés gastó en ella toda su fortuna, en sólo ocho semanas. Pero el dinero no podía comprar la fidelidad de Cora; ella dejaba a un hombre al menor capricho. El desenfreno de Cora Pearl y su desdén por la etiqueta tenían a París con el alma en un hilo. En 1864, ella aparecería como Cupido en la opereta de Offenbach Orfeo en *los infiernos.* La sociedad se moría por ver lo que haría para causar sensación, y lo descubrió pronto: Cora se presentó prácticamente desnuda, salvo por costosos diamantes aquí y allá que apenas la cubrían. Mientras se pavoneaba en el escenario, los diamantes caían, cada cual con valor de una fortuna; ella no se agachaba a recogerlos, sino que los dejaba rodar hasta las candilejas. Los caballeros en el público, algunos de los cuales le habían obsequiado esos diamantes, aplaudían a rabiar. Travesuras como ésta hicieron de Cora la gloria de París, y ella reinó como la suprema cortesana de esa ciudad durante más de una década, hasta que la guerra franco-prusiana de 1870 puso fin al segundo imperio. La gente suele equivocarse al creer que lo que vuelve deseable y seductora a una persona es su belleza física, elegancia o franca sexualidad. Pero Cora Pearl no era excepcionalmente bella; tenía cuerpo de muchacho, y su estilo era chabacano y carente de gusto. Aun así, los hombres más garbosos de Europa se disputaban sus favores, cayendo a menudo en la ruina por ello. Lo que los cautivaba era el espíritu y actitud de Cora. Mimada por su padre, ella creía que consentirla era algo natural, que todos los hombres debían hacer lo mismo. La consecuencia fue que, como una niña, nunca sintió que tuviera que complacer. Su intenso aire de independencia era lo que hacía que los hombres quisieran poseerla, domarla. Ella nunca pretendió ser
más que una cortesana, así que el descaro que en una dama habría sido indecente, en ella parecía natural y divertido. Y como en el caso de una niña consentida, ella ponía las condiciones en su relación con un hombre. En cuanto él intentaba alterar eso, ella perdía interés. Éste fue el secreto de su pasmoso éxito. Los niños mimados tienen una inmerecida mala fama: aunque los *consentidos* con cosas materiales suelen ser en verdad insufribles, los consentidos con afecto saben ser muy seductores. Esto se convierte en una definitiva ventaja cuando crecen. De acuerdo con Freud (quien sabía de qué hablaba, pues fue el niño mimado de su madre), los niños consentidos poseen una seguridad en sí mismos que les dura toda la vida. Esta cualidad resplandece, atrae a los demás y, en un proceso circular, hace que la gente consienta más todavía a esos niños. Puesto que el espíritu y energía natural de éstos nunca fueron avasallados por la disciplina de sus padres, de adultos son atrevidos e intrépidos, y con frecuencia traviesos o desenvueltos. La lección es simple: quizá ya sea demasiado tarde para que tus padres te mimen, pero nunca lo será para que los demás lo hagan. Todo depende de tu actitud. A la gente le atraen quienes esperan mucho de la vida, mientras que tiende a no respetar a los temerosos y conformistas. La feroz independencia tiene en nosotros un efecto provocador; nos atrae, pero también nos pone un reto: queremos ser quien la dome, hacer que la persona llena de vida dependa de nosotros. La mitad de la seducción consiste en incitar estos deseos contrapuestos. 3.- En octubre de 1925, en la sociedad de París reinaba gran agitación por la puesta en marcha de la Revue Négre. El jazz, y en realidad todo lo que procediera del Estados Unidos negro, era la última moda, y los bailarines y artistas de Broadway que integraban la Revue Négre eran aíroestadunidenses. La noche del estreno, artistas y miembros de la alta sociedad llenaron la sala. La función fue espectacular, como se esperaba, pero nada había preparado al público para el último número, a cargo de una mujer un tanto desgarbada de largas piernas y rostro hermosísimo: Josephine Baker, corista de veinte años de East St. Louis. Ella salió al escenario con los pechos al aire, cubierta con una falda de plumas sobre un bikini de satén y plumas en el cuello y los tobillos. Aunque ejecutó su número, titulado *Danse Sauvage,* junto con otro bailarín, también ataviado con plumas, todos los ojos se clavaron en ella: su cuerpo parecía animado de un modo que el público no había visto jamás, y ella movía las piernas con agilidad de gato y giraba el trasero en figuras que un crítico comparó con las del colibrí. Conforme la danza continuaba, ella parecía poseída, lo que colmó la extasiada reacción de la gente. Estaba además su semblante: ella se divertía de tal manera. Irradiaba una alegría que hacía que su erotismo al bailar pareciera extrañamente inocente, y aun un tanto divertido. Al día siguiente, se había corrido la voz: había nacido una estrella. Josephine se convirtió en el corazón de la Revue Négre, y París estaba a su pies. Menos de un año más tarde, su rostro aparecía en carteles por todas partes; había perfumes, muñecas y ropa de Josephine Baker; las francesas elegantes se alisaban el cabello *á la Baker,* usando un producto llamado Bakerfix. Incluso intentaban oscurecer su piel. Tan repentina fama representó todo un cambio, porque tan sólo unos años atrás Josephine era una niña de East St. Louis, una de las peores barriadas de Estados Unidos. Había empezado a trabajar cuando tenía ocho años, aseando casas para una mujer blanca que la golpeaba. A veces dormía en un sótano infestado de ratas; nunca había calefacción en invierno. (Aprendió a bailar sola, a su salvaje manera, para no sentir frío.) En 1919 huyó y entró a trabajar como artista de variedades

de medio tiempo, y llegó a Nueva York dos años después, sin dinero ni conocidos. Tuvo cierto éxito como corista de comedia, brindando entretenimiento cómico con sus ojos bizcos y cara retorcida, pero no destacó. Se le invitó entonces a París. Otros artistas negros habían declinado, temiendo correr en Francia peor suerte que en Estados Unidos, pero Josephine no dejó pasar la oportunidad. Pese a su éxito con la Revue Négre, Josephine no se hizo ilusiones: los parisinos eran notoriamente veleidosos. Decidió invertir la relación. Primero, se negó a alinearse con cualquier club nocturno, y se hizo fama de incumplir contratos a voluntad, para dejar en claro que estaba dispuesta a renunciar en cualquier momento. Desde su niñez había temido depender de alguien; ahora, nadie podría tenerla asegurada. Esto hizo que los empresarios la persiguieran y el público la apreciara más. Segundo, sabía que aunque la cultura negra estaba de moda, los franceses se habían enamorado de una suerte de caricatura. Si eso era lo que se necesitaba para tener éxito, de acuerdo; pero Josephine dejó ver que ella no tomaba en serio esa caricatura; así, la volteó, convirtiéndose en la francesa más a la moda, una caricatura no de la raza negra, sino de la blanca. Todo era un papel por representan la comediante, la bailarina primitiva, la parisina ultraelegante. Y Josephine lo hacía todo con un espíritu tan alegre, con tal falta de pretensiones, que siguió seduciendo a los hastiados franceses durante años. Su sepelio, en 1975, se televisó a escala nacional, todo un acontecimiento cultural. Se le sepultó con una suntuosidad normalmente reservada a los jefes de Estado. Desde muy temprana edad, Josephine Baker no soportó la sensación de no tener ningún control sobre el mundo. ¿Pero qué podía hacer frente a sus poco prometedoras circunstancias? Algunas jóvenes ponen todas sus esperanzas en un esposo, pero el padre de Josephine había abandonado a su madre poco después de que ella nació, y Josephine veía el matrimonio como algo que sólo la haría más desdichada. Su solución fue algo que los niños suelen hacer: de cara a un medio sin esperanzas, se encerró en su propio mundo, para olvidarse del horror que la rodeaba. Este mundo fue llenado con baile, comicidad, sueños de grandes cosas. Que otros se lamentaran y quejaran; Josephine sonreiría, se mantendría segura e independiente. Casi *todos los* que la conocieron, desde sus primeros años hasta el final, comentaron lo seductora que era esta cualidad. La negativa de Josephine a transigir, o a satisfacer las expectativas de los demás, hizo que todo lo que ella
llevaba a cabo pareciera natural y auténtico. A un niño le encanta jugar, y crear un pequeño mundo autónomo. Cuando los niños se abstraen en sus fantasías, son encantadores. Infunden en su imaginación enorme sentimiento y seriedad. Los cándidos adultos hacen algo parecido, en particular si son artistas: crean su propio mundo fantástico, y viven en él como si fuera el verdadero. La fantasía es mucho más grata que la realidad, y como la mayoría de la gente no tiene fuerza o valor para crear un mundo así, goza al estar con quienes lo hacen. Recuerda: no tienes por qué aceptar el papel que se te ha asignado en la vida. Siempre puedes vivir un papel de tu propia creación, un papel que encaje en tu fantasía. Aprende a jugar con tu imagen, nunca la tomes demasiado en serio. La clave es imbuir tu juego con la convicción y sentimiento de un niño, haciéndolo parecer natural. Entre más embebido parezcas en tu jubiloso mundo, más seductor serás. No te quedes a medio camino: haz que la fantasía que habitas sea lo más radical y exótica posible, y atraerás la atención como un imán. *JKte.* 4.- Era el Festival de los Cerezos en Flor en la corte Heian, en el Japón de fines del siglo X. En el palacio del emperador, muchos cortesanos estaban ebrios, y otros dormían, mas la joven princesa Oborozukiyo, cuñada del emperador, estaba despierta y recitaba un poema: "¿Qué se puede comparar con la luna brumosa de primavera?". Su voz era suave y delicada. Se acercó a la puerta de su apartamento para mirar la luna. De repente percibió un dulce olor, y una mano prendió la manga de su manto. "¿Quién eres?", preguntó, atemorizada. "No hay nada que temer", respondió una voz de hombre, que continuó con un poema propio: "Nos gusta de noche una luna vaga. No es impreciso el lazo que nos ata". Sin añadir palabra, el hombre tiró de la princesa, la alzó en brazos y la llevó a una galería fuera de su habitación, cenando silenciosamente la puerta tras de sí. Ella estaba aterrada e intentó pedir ayuda. En la oscuridad lo oyó decir, esta vez un poco más fuerte: "De nada te servirá. Siempre me salgo con la mía. Calla, por favor". La princesa reconoció entonces la voz, y el aroma: era Genji, el joven hijo de la difunta concubina del emperador, cuyas prendas despedían siempre un perfume distintivo. Esto la tranquilizó un poco, pues conocía a aquel hombre, pero también su fama: Genji era el seductor más incorregible de la corte, un hombre que no se detenía ante nada. Estaba ebrio, de un momento a otro amanecería, y los guardias harían pronto sus rondas; ella no quería que la descubrieran con él. Pero entonces distinguió el perfil de su rostro, tan bello, una mirada tan sincera, sin traza de malicia. Llegaron luego más poemas, recita' dos con esa voz encantadora, y de palabras tan insinuantes. Las imágenes que él evocaba llenaron su mente, y la distrajeron de esas manos. No pudo resistírsele. Al clarear el día, Genji se puso de pie. Dijo palabras tiernas, intercambiaron caricias, y se marchó corriendo. Para ese momento, las mujeres del servicio ya llegaban a las habitaciones del emperador, y cuando vieron que Genji salía disparado, el perfume de sus ropas demorándose tras él, sonrieron, sabedoras de que eso era propio de sus usuales jugarretas; pero nunca imaginaron que se hubiera atrevido a acercarse a la hermana de la esposa del emperador. En los días siguientes, Oborozukiyo sólo pensaba en Genji. Sabía que tenía otras enamoradas; pero cuando trataba de sacarlo de su mente, llegaba una carta suya, y ella recomenzaba. En realidad fue ella quien inició la correspondencia, agobiada por su visita a medianoche. Tenía que verlo de nuevo. Pese al riesgo de que se le descubriera, y al hecho de que su hermana Kokiden, la esposa

del emperador, odiara a Genji, la princesa concertó nuevas citas en sus aposentos. Pero una noche, un envidioso cortesano los halló juntos. La noticia llegó a oídos de Kokiden, quien naturalmente se puso furiosa. Ella exigió que Genji fuera desterrado de la corte, y el emperador no tuvo otro remedio que acceder. Genji se marchó lejos, y las cosas se apaciguaron. Luego el emperador murió, y su hijo ocupó su puesto. Una especie de vacío se posó sobre la corte: las docenas de mujeres que Genji había seducido no soportaban su ausencia, y lo saturaron de cartas. Aun mujeres que no lo habían conocido íntimamente lloraban por cada reliquia que había dejado: una túnica, por ejemplo, en la que perduraba su aroma. Y el joven emperador echaba de menos su alegre presencia. Y las princesas extrañaban la música que tocaba en el koto. Y Oborozukiyo suspiraba por sus visitas a medianoche. Al fin, incluso Kokiden se rindió, comprendiendo que no podía oponerse a él. Así, Genji fue llamado de regreso a la corte. Y no sólo se le perdonó; también se le brindó una bienvenida de héroe. El propio joven emperador recibió al sinvergüenza con lágrimas en los ojos. La vida de Genji se cuenta en la novela del siglo XI *La historia de Genji,* escrita por Murasaki Shikibu, mujer de la corte Heian. Es muy probable que este personaje esté basado en un hombre real, Fujiwara no Korechika. De hecho, otro libro de la época, *El libro de la almohada,* de Sei Shónagon, describe un encuentro entre la autora y Korechika, y revela el increíble encanto de éste y su efecto casi hipnótico en las mujeres. Genji es un cándido, un amante accesible, un hombre • obsesionado por las mujeres pero cuyo aprecio y afecto por ellas lo vuelve irresistible. Como le dice a Oborozukiyo en la novela: "Siempre me salgo con la mía". Esta seguridad en sí mismo es la mitad de su encanto. La resistencia no lo pone a la defensiva: se repliega con dignidad, recitando un pequeño poema; y al marcharse, el perfume de sus prendas a su zaga, su víctima se sorprende de haber tenido miedo, y de lo que se perdió al rechazarlo, y encuentra la manera de hacerle saber que la próxima vez las cosas serán diferentes. Genji no toma nada en serio ni como algo personal; y a los cuarenta años, edad a la que la mayoría de los hombres del siglo XI ya parecían viejos y cansados, él aún parece un muchacho. Sus poderes de seducción no lo abandonan nunca. Los seres humanos somos muy sugestionables; transmitimos fácilmente nuestro estado de ánimo a quienes nos rodean. De hecho, la seducción depende del mimetismo, de la creación consciente de un estado anímico o sentimiento luego reproducido por la otra persona. Pero el titubeo y la torpeza también son contagiosos, y mortíferos para la seducción. Si en un momento clave pareces indeciso o inhibido, la otra persona sentirá qué piensas de ti, en vez de estar abrumado por sus encantos. El hechizo se romperá. Pero igual que un amante accesible produce el efecto contrario: tu víctima podría estar indecisa o preocupada; pero frente a alguien tan seguro y natural, caerá atrapada en este estado de ánimo. Como llevar sin esfuerzo por una pista al bailar, ésta es una habilidad que puedes aprender. Todo es cuestión de erradicar el miedo y la torpeza que has acumulado a lo largo de los años, y de seguir un método más elegante, menos defensivo, cuando los demás parecen resistirse. A menudo la resistencia de la gente es una forma de ponerte a prueba; y si exhibes torpeza o vacilación, no sólo fallarás la prueba, sino que además correrás el riesgo de contagiar a la otra persona de tus dudas. *Símbolo. El cordero. Suave y cautivador. A los dos días de nacido, retoza con gracia; en una semana ya juega "Lo que hace la mano. ..".Su debilidad es parte de su encanto. El cordero es inocencia pura; tanto, que queremos poseerlo, y aun devorarlo.*

# Peligros.

Un carácter infantil puede ser encantador, pero también irritante; el inocente no tiene experiencia del mundo, y su dulzura puede resultar empalagosa. En la novela de Milán Kundera *El libro de la risa y del olvido,* el protagonista se sueña atrapado en una isla con un grupo de niños. Pronto las maravillosas cualidades de éstos se vuelven demasiado molestas para él; tras unos días de contacto, ya no puede relacionarse con ellos en absoluto. El sueño se convierte en pesadilla, y él ansia volver a estar entre los adultos, con cosas reales que hacer y de las cuales hablar. Dado que la total puerilidad puede crispar rápidamente *pos* nervios, los cándidos más seductores son los que, como Josephine Baker, combinan la experiencia y sensatez adultas con una actitud infantil. Esta mezcla de cualidades es la más tentadora. La sociedad no podría tolerar demasiados cándidos. Si las Coras Pearl o Charlie Chaplin se contaran por miles, su encanto se agotaría pronto. De todas maneras, usualmente son sólo los artistas, o las personas con mucho tiempo libre, quienes pueden darse el lujo de llegar al extremo. La mejor vía para usar el tipo cándido es la de situaciones específicas en las que un toque de inocencia o picardía contribuirá a que tu objetivo deponga sus defensas. Un hombre listo se pace el tonto para que la otra persona confíe en él y se sienta superior. Esta naturalidad fingida tiene incontables aplicaciones en la vida diaria, en la

que nada es más peligroso que parecer más sagaz que el de junto; la pose del cándido es la manera perfecta de disfrazar tu perspicacia. Pero si eres incontrolablemente infantil y no puedes impedirlo, corres el riesgo de parecer patético, y de obtener no compasión, sino lástima y repugnancia. De igual modo, los rasgos seductores del cándido son aptos para alguien aún suficientemente joven para que parezcan naturales. Son mucho menos indicados para una persona mayor. Cora Pearl no parecía tan encantadora cuando aún usaba sus vestidos rosas con olanes a los cincuenta años. El duque de Buckingham, quien sedujo a toda la corte inglesa en la década de 1620 (incluido al homosexual rey Jacobo I), era de apariencia y conducta extraordinariamente infantiles; pero esto resultó detestable y engorroso cuando él maduró, y al final se hizo de tantos enemigos que acabó asesinado. Con la edad, entonces, tus cualidades naturales deben sugerir el espíritu abierto de un niño antes que una inocencia que ya no convencerá a nadie.

# 6. - La coqueta.

La habilidad para retardar la satisfacción es el arte consumado de la seducción: mientras espera, la víctima está subyugada. Las coquetas son las grandes maestras de este juego, pues orquestan el vaivén entre esperanza y frustración. Azuzan con una promesa de premio —la esperanza de placer físico, felicidad, fama por asociación, poder— que resulta elusiva, pero que sólo provoca que sus objetivos las persigan más. Las coquetas semejan ser totalmente autosuficientes: no te necesitan, parecen decir, y su narcisismo resulta endemoniadamente atractivo. Quieres conquistarlas, pero ellas tienen las cartas. La estrategia de la coqueta es no ofrecer nunca satisfacción total. Imita la vehemencia e indiferencia alternadas de la coqueta y mantendrás al seducido tras de ti.

## La coqueta vehemente y fria.

En el otoño de 1795, París cayó en un extraño vértigo. El reino del terror que siguió a la Revolución francesa había terminado; el ruido de la guillotina se había extinguido. La ciudad exhaló un colectivo suspiro de alivio, y dio paso a celebraciones desenfrenadas e interminables festejos. Al joven Napoleón Bonaparte, entonces de veintiséis años, no le interesaban tales jolgorios. Se había hecho famoso como general brillante y audaz al ayudar a sofocar la rebelión en las provincias, pero su ambición era ilimitada, y ardía en deseos de nuevas conquistas. Así, cuando en octubre de ese año la infausta viuda Josefina de Beauhar-nais, de treinta y tres años, *visitó sus* oficinas, él no pudo menos que confundirse. Josefina era demasiado exótica, y todo en ella lánguido y sensual. (Capitalizaba su raro aspecto: era de la Martinica.) Por otra parte, tenía fama de mujer fácil, y el tímido Napoleón creía en el matrimonio. Aun así, cuando Josefina lo invitó a una de sus veladas semanales, él aceptó, para su propia sorpresa. En la velada, Napoleón se sintió completamente fuera de su elemento. Todos los grandes escritores e ingenios de la ciudad estaban ahí, así como los pocos nobles sobrevivientes; la misma Josefina era vizcondesa, y había escapado apenas a la guillotina. Las mujeres estaban deslumbrantes, y algunas de ellas eran más hermosas que la anfitriona; pero los hombres se congregaron alrededor de Josefina, atraídos por su distinguida presencia y majestuosa actitud. Ella los abandonó varias veces para acudir al lado de Napoleón; nada habría podido halagar más el inseguro ego de éste. El empezó a visitarla. En ocasiones ella lo ignoraba, y él se marchaba encolerizado. Pero al día siguiente llegaba una apasionada carta de Josefina, y él corría a verla. Pronto pasaba casi todo el tiempo con ella. Las ocasionales demostraciones de tristeza de Josefina, sus arranques de ira o de lágrimas, no hacían más que ahondar el apego de él. En marzo de 1796, Napoleón y Josefina se casaron. Dos días después de su boda, él partió a dirigir una campaña en el norte de Italia, contra los austríacos. "Eres el objeto constante de mis pensamientos", le escribió a su esposa desde el extranjero. "Mi imaginación se fatiga conjeturando qué haces." Sus generales lo veten distraído: abandonaba pronto las reuniones, pasaba horas escribiendo cartas o contemplaba la miniatura de Josefina que llevaba al cuello. Había llegado a tal estado a causa de la insoportable distancia entre ellos, y de la leve frialdad que ahora detectaba en Josefina: rara vez escribía, y en sus cartas faltaba pasión; no lo había acompañado a Italia, tampoco. Napoleón debía terminar rápido esa guerra, para volver a su lado. Tras combatir al enemigo con celo inusual, empezó a cometer errores. "¡ Vivir por Josefina!", le escribió. Trabajo para estar cerca de ti; me muero por estar a tu lado." Sus cartas se hicieron más apasionadas y eróticas; una amiga de Josefina que las leyó, escribió: "La letra [era] casi indescifrable, la ortografía incierta, el estilo grotesco y confuso. [...] ¡Qué posición para una mujer! Ser la fuerza impulsora de la marcha triunfal de un ejército". Pasaron meses en que Napoleón rogaba a Josefina que fuera a Italia y ella daba excusas interminables. Al fin accedió, y marchó de París a Brescia, donde Napoleón tenía su

cuartel. Pero, de camino, un encuentro cercano con el enemigo la obligó a desviarse a Milán. Fuera de Brescia en batalla, al volver Napoleón y descubrir que ella se ausentaba aún, culpó a su enemigo, el general Würmser, y juró vengarse. En los meses subsecuentes pareció perseguir dos objetivos con igual denuedo: Würmser y Josefina. Su esposa nunca estaba donde se suponía: "Llego a Milán, corro a tu casa, dejando de lado todo para estrecharte en mis brazos, ¡y no estás ahí!". Napoleón se ponía furibundo y celoso; pero cuando al fin daba con Josefina, el menor de sus favores le derretía el corazón. Hacía largos paseos con ella en un carruaje encubierto, mientras sus generales rabiaban; se suspendían reuniones, órdenes y se improvisaban estrategias. "Nunca", le escribió él después, "una mujer había estado en tan completo dominio del corazón de un hombre." No obstante, el tiempo que pasaban juntos era muy breve. Durante una campaña que duró casi un año, Napoleón pasó apenas quince noches con su nueva esposa. A oídos de Napoleón llegaron más tarde rumores de que Josefina había tenido un amante mientras él estaba en Italia. Sus sentimientos hacia ella se enfriaron, y él mismo tuvo una inagotable serie de amantes. Pero a Josefina jamás le preocupó esta amenaza a su poder sobre su esposo; unas cuantas lágrimas, algunas escenas, un poco de frialdad de su parte, y él seguía siendo su esclavo. En 1804, él la hizo coronar emperatriz; y si ella le hubiese dado un hijo, habría seguido siendo emperatriz hasta el final. Cuando Napoleón estaba en su lecho de muerte, la última palabra que pronunció fue "Josefina". Durante la Revolución francesa, Josefina estuvo a punto de perder la cabeza en la guillotina. Esta experiencia la dejó sin ilusiones, y con dos fines en mente: vivir una vida de placer y buscar al hombre que mejor pudiera brindársela. Pronto puso los ojos en Napoleón. Era joven y tenía un brillante futuro. Bajo su serena apariencia, intuyó Josefina, él era por completo emocional y agresivo, pero esto no la intimidó; sólo revelaba la inseguridad y debilidad de él. Sería fácil de esclavizar. Josefina se adaptó primero a sus humores, lo cautivó con su gracia femenina, lo entusiasmó con sus miradas y modales. Él deseó poseerla. Y una vez que ella suscitó este deseo, su poder radicó en posponer su satisfacción, alejándose de él, frustrándolo. De hecho, la tortura de la persecución concedía a Napoleón un placer masoquista. Ansiaba someter el espíritu independiente de Josefina, como si ella fuera un enemigo en batalla.
' La gente es inherentemente perversa. Una conquista fácil tiene menos valor que una difícil; en realidad, sólo nos excita lo que se nos niega, lo que no podemos poseer por completo. Tu mayor poder en la seducción es tu capacidad para distanciarte, para hacer que los demás te sigan, retrasando su satisfacción. La mayoría de las personas calculan mal y se rinden muy pronto, por temor a que la otra pierda interés, o a que el hecho de darle lo que quiere conceda al dador cierto poder. La verdad es lo contrario: una vez que satisfaces a alguien, pierdes la iniciativa, y te expones a que él pierda el interés al menor capricho. Recuerda: la vanidad es decisiva en el amor. Haz temer a tus objetivos que te apartarás, que dejarán de interesarte, y despertarás su inseguridad innata; el miedo de que, al conocerlos, dejen de excitarte. Estas inseguridades son devastadoras. Luego, una vez que se sientan inseguros de ti y ellos mismos, reenciende su esperanza haciéndolos sentir deseados de nuevo. Vehemencia y frialdad, vehemencia y frialdad: esta forma de la coquetería es perversamente placentera, pues aumenta el interés y mantiene la iniciativa de tu lado. Jamás te desconciertes por el enojo de tu objetivo: es signo seguro de esclavitud.

*Aquella que retenga largo tiempo su poder, deberá servirse del mal de su amante.*
—Ovidio.

# El coqueto frío.

En 1952, el escritor Truman Capote, de éxito reciente en los círculos literarios y sociales, empezó a recibir una andanada casi diaria de rendida correspondencia de un joven llamado Andy Warhol. Ilustrador de diseñadores de calzado, revistas de moda y cosas así, Warhol hacía bellos y estilizados dibujos, algunos de los cuales envió a Capote con la esperanza de que los incluyera en uno de sus libros. Capote no respondió. Un día, al llegar a casa encontró a Warhol hablando con su madre, con quien vivía. Luego, Warhol empezó a telefonear casi todos los días. Al cabo, Capote puso fin a todo esto: "Parecía una de esas pobres personas a las que sabes que nunca les sucederá nada. Un pobre perdedor de nacimiento", diría el escritor más tarde. Diez años después, Andy Warhol, pintor en ciernes, realizó su primera exposición individual, en la Sable Gallera de Manhattan. En las paredes había una serie de serigrafías basadas en la lata de sopas Campbell y la botella de Coca-Cola. En la inauguración y la fiesta posterior, Warhol permaneció al margen, la mirada perdida y hablando poco. Contrastaba enormemente con la anterior generación de artistas, los expresionistas abstractos, en su mayoría bebedores y mujeriegos muy bravucones y agresivos, charlatanes que habían dominado el mundo del arte en los quince años previos. Y él también había cambiado mucho desde que importunó a Capote, lo mismo que a marchantes de arte y mecenas. Los críticos estaban desconcertados e intrigados por la frialdad de su obra; no podían explicarse qué sentía el artista por sus sujetos. ¿Cuál era su posición? ¿Qué intentaba decir? Cuando se lo preguntaban, él respondía

simplemente: "Lo hago porque me gusta", o "Me encanta la sopa". Los críticos dieron rienda suelta a sus interpretaciones: "Un arte como el de Warhol es necesariamente parásito de los mitos de su época", escribió uno; otro: "La decisión de no decidir es una paradoja equivalente a una idea que no expresa nada pero que después le da dimensión". La exposición fue un gran éxito, y situó a Warhol como una de las principales figuras de un nuevo movimiento, el pop art. En 1963, Warhol rentó un inmenso desván en Manhattan, al que llamó la Factor, y que pronto se volvió el centro de un vasto séquito: acompañantes, actores, aspirantes a artistas. Ahí, en las noches en particular, Warhol simplemente vagaba, o permanecía en una esquina. La gente se reunía en torno suyo, se disputaba su atención, le lanzaba preguntas y él respondía, a su evasiva manera. Pero nadie lograba acercársele, física ni mentalmente; él no lo permitía. Al mismo tiempo, si él pasaba junto a alguien sin el usual "Hola", aquél quedaba devastado. Warhol no había reparado en él; quizá estaba por ser borrado del mapa. Cada vez más interesado en la realización de películas, Warhol incluía a sus amigos en sus cintas. En realidad les ofrecía cierta celebridad instantánea (sus "quince minutos de fama"; la frase es de él). Pronto, la gente competía por un papel. Warhol preparó en particular a mujeres para el estrellato: Eddie Sedgwick, Viva, Nico. El solo hecho de estar junto a él confería una especie de celebridad por asociación. La Factor se convirtió en *el* lugar para ser visto, y estrellas como Judy Garland y Tennessee Williams asistían a sus fiestas, en las que se codeaban con Sedgwick, Viva y los bajos fondos de la bohemia con que Warhol amistaba. La gente comenzó a mandar limusinas para que lo llevaran a sus
fiestas; su presencia bastaba para hacer de una velada un acontecimiento, aunque él se la pasara casi sin hablar, muy reservado, y se marchara pronto.

En 1967 se pidió a Warhol dar conferencias en varias universidades. No le gustaba hablar, y menos aún sobre su arte. "Entre menos tenga que decir una cosa", opinaba, "más perfecta es." Pero le pagarían bien, y siempre le costaba trabajo decir no. Su solución fue simple: pidió a un actor, Alien Midgette, que se hiciera pasar por él. Midgette era de cabello oscuro, bronceado, y semejaba un indio cherokee. No se parecía nada a Warhol. Pero éste y sus amigos lo polvearon, le píatearon el pelo con spray, le pusieron lentes oscuros y lo vistieron con ropa de Warhol. Como Midgette no sabía nada de arte, sus respuestas a las preguntas de los estudiantes tendieron a ser tan cortas y enigmáticas como las del propio pintor. La suplantación funcionó. Warhol era tal vez un icono, pero en realidad nadie lo conocía; y como acostumbraba usar lentes oscuros, aun su rostro era desconocido en sus detalles. El público de esas conferencias estuvo bastante lejos como para cuestionar la idea de su presencia, y nadie se acercó lo suficiente para descubrir el engaño. Midgette se mostró esquivo. Desde temprana edad, a Andy Warhol le aquejaron emociones encontradas: ansiaba ser famoso, pero era por naturaleza tímido y pasivo. "Siempre he tenido un conflicto", diría después, "porque soy retraído, pero me gusta disponer de mucho espacio personal. Mi mamá me decía en todo momento: No seas prepotente, pero hazles saber a todos que estás ahí'." Al principio, Warhol trató de ser más agresivo, y se empeñó en complacer y cortejar. No dio resultado. Luego de diez años infructuosos, dejó de intentarlo, y cedió a su pasividad, sólo para descubrir el poder que otorga la reticencia.

Warhol comenzó este proceso en su obra, que cambió radicalmente a principios de la década de 1960. Sus nuevos cuadros de latas de sopa, billetes y otras conocidas imágenes no acribillaban de significados al espectador; de hecho, su significado era absolutamente elusivo, lo que no hacía sino incrementar su fascinación. Atraían por su inmediatez, su fuerza visual, su frialdad. Habiendo transformado su arte, Warhol también se transformó a sí mismo: como sus cuadros, se volvió pura superficie. Se preparó para retraerse, para dejar de hablar.

El mundo está lleno de temerarios, de personas que se imponen en forma agresiva. Quizá obtengan victorias temporales; pero cuanto más persisten, más desea la gente contrariarlas. No dejan espacio a su alrededor, y sin espacio no puede haber seducción. Los coquetos fríos generan espacio al permanecer esquivos y hacer que los demás los persigan. Su frialdad sugiere una holgada seguridad, cuya cercanía es apasionante, aunque en realidad podría no existir; el silencio de los coquetos fríos te hace querer hablar. Su contención, su apariencia de no necesitar de otras personas, nos impulsa a hacer cosas por ellos, ansiosos de la menor muestra de reconocimiento y favor. Quizá sea de locura tratar con los coquetos fríos —nunca se comprometen mas tampoco dicen no, jamás permiten la proximidad—, pero en la mayoría de los *casos* terminamos por volver a ellos, adictos a la frialdad que proyectan. Recuerda: la seducción es un proceso de esconderse de la gente, de hacer que quiera perseguirte y poseerte. Finge distancia y la gente se volverá loca por obtener tu favor. Los seres humanos, como la naturaleza, aborrecemos el vacío, y la distancia y silencio emocionales nos inducen a llenar el hueco con palabras y calidez propias. A la manera de Warhol, aléjate y deja que los demás

se peleen por ti. *Las mujeres [narcisistas] son las que más fascinan a los hombres. [...] El encanto de un niño radica en gran medida en su narcisismo, su autosuficiencia e inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que parecen no interesarse en nosotros, como los gatos. [... ] Es como si envidiáramos su capacidad para preservar un ánimo dichoso, una posición invulnerable en la libido que nosotros ya hemos abandonado.*
—Sigmund Freud.

## Claves de personalidad.

El egoísmo es una de las cualidades más aptas para inspirar amor.
NATHANIEL HAWTHORNE.
Según la sabiduría popular, los coquetos son embaucadores consumados, expertos en incitar el deseo con una apariencia provocativa o una actitud tentadora. Pero la verdadera esencia de los coquetos es de hecho su habilidad para atrapar emocionalmente a la gente, y mantener a sus víctimas en sus garras mucho después de ese primer cosquilleo del deseo. Esta aptitud los coloca en las filas de los *seducto* res más efectivas. Su éxito podría parecer extraño, ya que en esencia son criaturas frías y distantes; si alguna vez conocieras bien a una de ellas, percibirás su fondo de indiferencia y amor a sí misma. Podría parecer lógico que, habiéndote percatado de esta cualidad, adviertas las manipulaciones del coqueto y
pierdas interés, pero lo común es lo opuesto. Tras años de coqueterías de Josefina, Napoleón sabía muy bien lo manipuladora que ella era. Pero este conquistador de imperios, este cínico y escéptico, no podía dejarla.
Para comprender el peculiar poder del coqueto, primero debes entender una propiedad crítica del amor y el deseo: entre más obviamente persigas a una persona, más probable es que la ahuyentes. Demasiada atención puede ser interesante un rato, pero pronto se vuelve empalagosa, y al final es claustrofóbica y alarmante. Indica debilidad y necesidad, una combinación poco seductora. Muy a menudo cometemos este error, pensando que nuestra persistente presencia es tranquilizadora. Pero los coquetos poseen un conocimiento inherente de esta dinámica. Maestros del repliegue selectivo, insinúan frialdad, ausentándose a veces para mantener a su víctima fuera de balance, sorprendida, intrigada. Sus repliegues los vuelven misteriosos, y los engrandecemos en nuestra imaginación. (La familiaridad, por el contrario, socava lo que imaginamos.) Un poco de distancia compromete más las emociones; en vez de enojamos, nos hace inseguras. Quizá a en realidad no le *gastemos* a esa persona, a lo mejor hemos perdido su interés. Una vez que nuestra vanidad está en juego, sucumbimos a el coqueto sólo para demostrar que aún somos deseables. Recuerda: la esencia del coqueto no radica en el señuelo y la tentación, sino en la posterior marcha atrás, la reticencia emocional. Esta es la clave del deseo esclavizador.
Para adoptar el poder del coqueto, debes comprender otra cualidad: el narcisismo. Sigmund Freud caracterizó a la "mujer narcisista" ¿ (obsesionada con su apariencia) como el tipo con mayor efecto sobre los hombres. De niños, explica Freud, pasamos por una fase narcisista sumamente placentera. Felizmente reservados e introvertidos, tenemos poca necesidad física de otras personas. Luego, poco a poco socializamos, y se nos enseña a prestar atención a los demás, aunque ' en secreto añoramos esos dichosos primeros días. La mujer narcisista le recuerda a un hombre ese periodo, y le causa envidia El contacto con ella podría restaurar tal sensación de introversión.
La independencia de la coqueta también desafía a un hombre: él quiere ser quien la vuelva dependiente, reventar su burbuja. Es mucho más probable, no obstante, que él termine siendo su esclavo, al concederle incesante atención a fin de conseguir su amor, y fracasar en esto. Porque la mujer narcisista no tiene necesidades emocionales; es autosuficiente. Y esto es asombrosamente seductor. La autoestima es decisiva en la seducción. (Tu actitud contigo mismo es percibida por la otra persona en formas sutiles e inconscientes.) Una autoestima baja repele, la seguridad y autosuficiencia atraen. Cuanto menos parezcas necesitar de los demás, es más probable que se sientan atraídos hacia ti. Comprende la importancia de esto en todas las relaciones y descubrirás que tu necesidad es más fácil de suprimir. Pero no confundas ensimismamiento con narcisismo seductor. Hablar de ti sin parar es eminentemente antiseductor, ya que no revela autosuficiencia, sino inseguridad. La coquetería se atribuye por tradición a las mujeres, y ciertamente esta estrategia fue durante siglos una de las pocas armas que ellas tenían para atraer y someter el deseo de un hombre. Uno de los ardides de la coqueta es el retiro de favores sexuales, truco que las mujeres han usado a todo lo largo de la historia: la gran cortesana francesa del siglo XVII Ninon de l'Enclos fue deseada por todos los hombres eminentes de Francia, pero no alcanzó auténtico poder hasta que dejó en claro que ya no se acostaría con un hombre por obligación. Esto desesperó a sus admiradores, condición que ella agudizaba otorgando temporalmente sus favores a un hombre, dándole acceso a

su cuerpo por unos meses y devolviéndolo después a la partida de los insatisfechos. La reina Isabel 1 de Inglaterra llevó la coquetería al extremo, despertando deliberadamente los deseos de sus cortesanos, pero sin acostarse con ninguno.

Por mucho tiempo instrumento de poder social de las mujeres, la coquetería fue poco a poco adaptada por los hombres, en particular los grandes seductores de los siglos XVII y XVIII, quienes envidiaron ese poder femenino. Un seductor del siglo XVII, el duque de Lauzun, era un maestro para excitar a una mujer, y mostrarse distante después. Las mujeres se volvían locas por él. Hoy la coquetería no tiene género. En un mundo que desalienta la confrontación directa, el señuelo, la frialdad y el distanciamiento selectivo son una forma de poder indirecto que oculta con brillantez su agresividad. Ante todo, el coqueto debe poder excitar al objeto de su atención. La atracción puede ser sexual, o la añagaza de la celebridad, sea lo que ésta implique. Al mismo tiempo, el coqueto emite señales contradictorias que estimulan respuestas contradictorias, hundiendo a la víctima en la confusión. La protagonista epónima de la novela francesa de Marivaux del siglo XVIII *Metriana* es la coqueta consumada. Para ir a la iglesia se viste con buen gusto, pero se deja el cabello un tanto desaliñado. En plena ceremonia, parece advertir su descuido y empieza a remediarlo, mostrando su brazo desnudo al hacerlo; esto no era para ser visto en una iglesia en el siglo xviii, y los ojos de todos los hombres se clavan en ella en ese instante. La tensión es mucho más intensa que si ella; estuviese afuera, o se hallara ordinariamente vestida. Recuerda: el flirteo obvio revelará con demasiada claridad tus intenciones. Es mejor que seas ambiguo, e incluso contradictorio, frustrando al mismo tiempo que estimulas.

El gran líder espiritual Jiddu Krishnamurti era un coqueto involuntario. Venerado por los teósofos como "maestro universal", Krishnamurti también era un dandy. Le gustaba la ropa elegante y era muy apuesto. Al mismo tiempo, practicaba el celibato, y tenía horror a que lo tocaran. En 1929 escandalizó a los teósofos del mundo entero al proclamar que no era dios ni gurú y que no quería seguidores. Esto no hizo más que incrementar su encanto: las mujeres se enamoraron de él en gran número, y sus consejeros se volvieron más devotos aún. Física y psicológicamente, Krishnamurti emitía señales contradictorias. Mientras que predicaba un amor y aceptación generalizados, en su vida personal apartaba a la gente. Su atractivo y obsesión por su apariencia quizá le hayan merecido atención, pero por sí mismos no habrían hecho que las mujeres se enamoraran de él; sus lecciones de celibato y virtud espiritual le habrían producido discípulos, mas no amor físico. La combinación de estos rasgos, sin embargo, atraía y frustraba a la gente, dinámica de la coquetería que engendraba apego emocional y físico a un hombre que rehuía esas cosas. Su apartamiento del mundo no tenía otro efecto que acrecentar la devoción de sus seguidores.

La coquetería depende del desarrollo de una pauta para mantener confundida a la otra persona. Esta estrategia es muy eficaz. Al experimentar un placer una vez, anhelamos repetirlo; así, el coqueto nos brinda placer, pero luego lo retira. La alternancia de calor y frío es la pauta más común, y tiene diversas variaciones. La coqueta china del siglo VIII Yang Kuei-Fei esclavizó por completo al emperador Ming Huang con una pauta de bondad y severidad: habiéndolo hechizado con su bondad, de pronto se enojaba, y lo censuraba duramente por el menor error. Incapaz de vivir sin el placer que ella le daba, el emperador ponía de cabeza a la corte para complacerla cuando ella se enojaba o alteraba. Sus lágrimas tenían un efecto similar: ¿qué había hecho él, por qué ella estaba tan triste? Al cabo se arruinó, y con él a su reino, por tratar de hacerla feliz. Lágrimas, enfado y culpa son todas ellas armas del coqueto. Una dinámica similar aparece en las riñas de los amantes: cuando una pareja pelea y luego se reconcilia, la dicha de la reconciliación no hace sino intensificar el afecto. Cualquier tipo de tristeza es seductora también, en particular si parece profunda, y aun espiritual, antes que menesterosa o patética: hace que la gente se acerque a ti.

Los coquetos nunca se ponen celosos: esto atentaría contra su imagen de fundamental autosuficiencia. Pero son expertos en causar celos: al poner atención en un tercero, creando así un triángulo de deseo, indican a sus víctimas que quizá ya no estén tan interesados en ellas. Esta triangulación es extremadamente seductora, en contextos sociales tanto como eróticos. Intrigado por el narcisismo de las mujeres, el propio Freud lo poseía, y su retraimiento volvía locos a sus discípulos. (Incluso dieron nombre a esto: "complejo de dios".) Comportándose como una especie de mesías, demasiado excelso para emociones triviales, Freud siempre guardó distancia de sus alumnos, a quienes apenas si invitaba a cenar, por ejemplo, y ante quienes envolvía su vida privada en el misterio. Sin embargo, a veces elegía un acólito en quien confiarse: Cari Jung, Otto Rank, Lou Andreas-Salomé. El resultado era que sus discípulos enloquecían tratando de obtener su favor, de ser los elegidos. Sus celos cuando él favorecía de repente a uno no hacían sino aumentar el poder de Freud sobre ellos. Las inseguridades naturales de la gente se acentúan en condiciones grupales; al guardar distancia, los coquetos dan origen a una competencia por su predilección. Si la habilidad de usar a terceros para poner celosos a los objetivos es una aptitud crucial de la seducción, Sigmund Freud fue un gran coqueto. Todas las tácticas del coqueto han sido adaptadas por los líderes políticos para enamorar al pueblo. Mientras emocionan a las masas, estos líderes preservan una indiferencia interna, lo que les permite mantener el control. Incluso, el científico político Roberto Michels ha llamado a esos políticos "coquetos fríos". Napoleón se hacía el coqueto con los franceses: luego de

que los grandes éxitos de la campaña en Italia lo convirtieron en un héroe amado, dejó Francia para conquistar Egipto, en conocimiento de que, en su ausencia, el gobierno caería, la gente ansiaría su retorno y este amor serviría de base al engrandecimiento de su poder. Tras encender a las masas con un discurso vehemente, Mao Tse-Tung desaparecía mucho tiempo, para volverse objeto de culto. Pero nadie era más coqueto que el líder yugoslavo Josip Broz, Tito, quien alternaba entre la distancia y la identificación emocional con su pueblo. Todos estos líderes políticos eran narcisistas empedernidos. En tiempos difíciles, cuando la gente se siente insegura, el efecto de tal coquetería política resulta aún más eficaz. Conviene señalar que la coquetería es extremadamente efectiva en un grupo, pues estimula celos, amor e intensa devoción. Si
adoptas este papel con un grupo, recuerda mantener distancia emocional y física. Esto te permitirá llorar y reír a voluntad, y proyectar autosuficiencia; y con tal desapego, podrás jugar con las emociones de la gente como si tocaras un piano.
*Símbolo. La sombra. Es inasible. Persigue tu sombra y huirá; dale la espalda y te seguirá. Es también el lado oscuro de una persona, lo que la vuelve misteriosa. Habiéndonos dado placer, la sombra de su ausencia nos hace ansiar su regreso, como las nubes él sol.*

## Peligros.

Los coquetos enfrentan un peligro obvio: juegan con emociones explosivas. Cada vez que el péndulo oscila, el amor cambia a odio. Así, ellos deben orquestar todo con sumo cuidado. Sus ausencias no pueden ser muy largas, su enojo deben ser seguido pronto con sonrisas. Los coquetos pueden mantener atrapadas emocionalmente a sus víctimas mucho tiempo, pero al paso de meses o años esta dinámica podría resultar tediosa. Jiang Qing, después conocida como Madame Mao, se sirvió de la coquetería para conquistar el corazón de Mao Tse-Tung; pero diez años más tarde, las peleas, lágrimas y frialdad se habían vuelto irritantes, y la irritación más fuerte que el amor, de modo que Mao tomó distancia. Josefina, más admirable coqueta, podía hacer ajustes, y pasar un año entero sin portarse esquiva ni distante con Napoleón. ¡Todo se reduce a saber elegir el momento oportuno. Por otra parte, el coqueto incita emociones muy fuertes, y los rompimientos suelen ser temporales. El coqueto causa adicción: tras el fracaso del plan social de Mao llamado el Gran Salto Adelante, Madame Mao pudo restablecer su poder sobre su devastado marido. El coqueto frío puede incitar un odio particularmente profundo. Valerie Solanas fue una joven que cayó bajo el hechizo de Andy Warhol. Había escrito una obra de teatro que lo divirtió, y tuvo la impresión de que él podía llevarla a la pantalla. Se imaginó convertida en celebridad. También se involucró en el movimiento feminista, y cuando en junio de 1968 se dio cuenta de que Warhol jugaba con ella, dirigió contra él su creciente ira contra los hombres y le disparó tres veces, con lo que estuvo a punto de matarlo. Los coquetos fríos pueden estimular sentimientos antes intelectuales que eróticos, menos pasión que fascinación. El odio que pueden suscitar es aún más insidioso y arriesgado, porque no tiene como contrapeso un amor profundo. Así, deben comprender los límites del juego, y los perturbadores efectos que ellos pueden tener en personas poco estables.

## 7. El encantador.

El encanto es la seducción sin sexo. Los encantadores son manipuladoras consumadas que encubren su destreza generando un ambiente de bienestar y placer. Su método es simple: desviar la atención de sí mismos y dirigirla a su objetivo. Comprenden tu espíritu, sienten tu pena, se adaptan a tu estado de ánimo. En presencia de un encantador, te sientes mejor. Los encantadores no discuten, pelean, se quejan ni fastidian: ¿qué podría ser más seductor? Al atraerte con su indulgencia, te hacen dependiente de ellos, y su poder aumenta. Aprende a ejercer el hechizo del encantador apuntando a las debilidades primarias de la gente: vanidad y amor propio.

## El arte del encanto.

La sexualidad es sumamente perturbadora. Las inseguridades y emociones que suscita pueden interrumpir a menudo una relación que de otra manera se profundizaría y perduraría. La solución del encantador es satisfacer los aspectos tentadores y adictivos de la sexualidad —la atención concentrada, el mayor amor propio, el cortejo placentero, la comprensión (real o ilusoria)—, pero sustraer el sexo mismo. Esto no quiere decir que el encantador reprima o desaliente la sexualidad; bajo la superficie de toda tentativa de encantamiento acecha un señuelo sexual, una posibilidad. El encanto no puede existir sin un dejo de tensión sexual. Pero tampoco puede sostenerse a menos que el sexo se mantenga a raya o en segundo plano.

La palabra "encanto" procede del latín *incanmmentum,* "engaño", aunque también "conjuro", en el sentido de "pronunciación de fórmulas mágicas". El encantador conoce implícitamente este concepto, hechiza dándole a la gente algo que mantiene su atención, que le fascina. Y el secreto para captar la atención de la gente, y reducir al mismo tiempo sus facultades racionales, es atacar aquello sobre lo que tiene menos control: su ego, vanidad y amor propio. Como *dijo* Benjamín Disraeli: "Hablale a un hombre de sí mismo y escuchará horas enteras". Esta estrategia no debe ser obvia; la sutileza es la gran habilidad del encantador. Para evitar que su objetivo entrevea sus esfuerzos, sospeche y hasta se aburra, es esencial un tacto ligero. El encantador es como un rayo de luz que no afecta de modo directo a un objetivo, sino que lo baña con un resplandor gratamente difuso.

El encantamiento puede aplicarse a un grupo tanto como a un individuo: un líder puede encantar a la gente. La dinámica es similar. Las siguientes son las leyes del encanto, entresacadas de los casos de los encantadores más exitosos de la historia. *Haz de tu objetivo el centro de Mención.* Los encantadores se pierden en segundo plano; sus objetivos son su tema de interés. Para ser un encantador, debes aprender a escuchar y observar. Deja hablar a tus objetivos, y con ello quedarán al descubierto. Al conocerlos mejor —sus fortalezas, y sobre todo sus debilidades—, podrás individualizar tu atención, apelar a sus deseos y necesidades específicos y ajustar tus halagos a sus inseguridades. Adaptándote a su espíritu y empatizando con sus congojas, los harás sentir mayores y mejores, y confirmarás su autoestima. Hazlos la estrella del espectáculo y cobrarán adicción y dependencia de ti. En un plano masivo, ten gestos de sacrificio (por falsos que sean) para mostrar a la gente que compartes su dolor y trabajas en su interés, puesto que el interés propio es la forma pública del egotismo.

*Sé una fuente de placer.* Nadie quiere enterarse de tus problemas y dificultades. Escucha las quejas de tus objetivos, pero sobre todo distráelos de sus problemas dándoles placer. (Haz esto con la frecuencia suficiente y caerán bajo tu hechizo.) Ser alegre y divertido siempre es más encantador que ser serio y censurador. De igual forma, una presencia enérgica es más cautivante que la letargía, la cual insinúa aburrimiento, un enorme tabú social; y la elegancia y el estilo se impondrán usualmente sobre la vulgaridad, pues a la mayoría de la gente le gusta asociarse con lo que considera elevado y culto. En política, brinda ilusión y mito más que realidad. En vez de pedir a los demás que se sacrifiquen por el bien común, habla de solemnes temas morales. Un llamamiento que haga sentir bien a la gente se traducirá en votos y poder.

*Convierte él antagonismo en armonía.* La corte es un caldero de rencor y envidia, en el que la amargura de un solo Casio perturbador puede tornarse pronto conspiración. El encantador sabe cómo resolver un conflicto. Jamás provoques antagonismos que resulten inmunes a tu encanto; frente a los agresivos, retírate, déjalos conseguir sus pequeñas victorias. Cesión e indulgencia harán que, a fuerza de encanto, todo posible enemigo deponga su ira. Nunca critiques abiertamente a la gente; esto la hará sentirse insegura, y se resistirá al cambio. Siembra ideas, insinúa sugerencias. Encantada por tus habilidades diplomáticas, la gente no notará tu creciente poder.

Induce *a tus víctimas al sosiego y la comodidad.* El encanto es como el truco del hipnotista con el reloj oscilante: entre más se relaje el objetivo, más fácil te será inclinarlo a tu voluntad. La clave para hacer que tus víctimas se sientan cómodas es ser su reflejo, adaptarse a sus estados de ánimo. Las personas son narcisistas; se sienten atraídas por quienes se parecen más a ellas. Da la impresión de que compartes sus valores y gustos, de que comprendes su espíritu, y caerán bajo tu hechizo. Esto da excelentes resultados si eres de fuera: demostrar que compartes los valores de tu grupo o país de adopción (que has aprendido su idioma, que prefieres sus costumbres, etcétera) es sumamente encantador, ya que esa preferencia es para ti una decisión, no un asunto de nacimiento. Jamás hostigues ni seas demasiado persistente; estas irritantes cualidades destruirán la relajación que necesitas para hechizar.

*Muestra serenidad y dominio de ti mismo ante la adversidad.* La adversidad y los reveses brindan en realidad las condiciones perfectas para el encantamiento. Exhibir un aspecto tranquilo y sereno frente a lo desagradable relaja a los demás. Te hace parecer paciente, como a la espera de que el destino te ofrezca una carta mejor, o seguro de que puedes cautivar a la suerte misma. Nunca muestres enojo, mal humor o deseo de venganza, todas ellas perjudiciales emociones que pondrán a la gente a la defensiva. En la política de grupos grandes, da la bienvenida a la adversidad como una oportunidad para exhibir las encantadoras cualidades de la magnanimidad y el aplomo. Que otros se pongan nerviosas y se disgusten; el contraste redundará en tu favor. Nunca te lamentes, nunca te quejes, nunca intentes justificarte.

Vuélvete útil. Si la ejerces con sutileza, tu capacidad para mejorar la vida de los demás

será endiabladamente seductora. Tus habilidades sociales resultarán importantes en este caso: crear una amplia red de aliados te dará la fuerza necesaria para vincular a las personas entre *sí,* lo que les hará sentir que conocerte les facilita la existencia. Esto les algo que nadie puede resistir. La continuidad es la clave: muchas personas encantarán prometiendo grandes cosas —un mejor trabajo, un nuevo contacto, un gran favor—; pero si no las cumplen, se halan de enemigos en vez de amigos. Cualquiera puede prometer algo; lo que te distingue, y te vuelve encantador, es tu capacidad para cumplir, para honrar tu promesa con una acción firme. A la inversa, si alguien te hace un favor, manifiesta tu gratitud en forma concreta. En un mundo de humo y alarde, la acción real y la verdadera utilidad son quizá el máximo encanto.

# Ejemplos de encantadores.

1.- A principios de la década de 1870, la rema Victoria de Inglaterra llegó a un mal momento en su vida. Su amado esposo, el príncipe Alberto, había muerto en 1861, dejándola más que acongojada. En todas sus decisiones, ella siempre había confiado en su consejo; era demasiado inculta e inexperta para actuar de otra forma, o al menos así se le había hecho sentir. En realidad, con la muerte de Alberto los debates y asuntos políticos habían terminado por aburrirle en extremo. Victoria se apartó gradualmente de la vista pública. En consecuencia, la monarquía perdía popularidad, y por lo tanto poder. En 1874, el partido conservador asumió el gobierno, y su líder, Benjamín Disraeli, de setenta años de edad, se convirtió en primer ministro. El protocolo de toma de posesión de su cargo le exigía presentarse en el palacio para sostener una reunión privada con la reina, entonces de cincuenta y cinco años. No habría sido posible imaginar dos colegas más disparejos: Disraeli, judío de nacimiento, era de piel morena y rasgos exóticos para los estándares ingleses; de joven había sido un dandy, su atuendo había rayado en lo extravagante y él había escrito novelas populares de estilo romántico, y aun gótico. La reina, por su parte, era adusta y obstinada, de actitud formal y gusto simple. Para complacerla, se aconsejó a Disraeli moderar su natural elegancia; pero él no hizo caso a lo que todos le dijeron, y apareció ante ella como un príncipe galante, se postró sobre una rodilla, tomó su mano, se la besó y dijo: "Empeño mi palabra a la más bondadosa de las señoras". Prometió que, en adelante, su labor consistiría en hacer realidad los sueños de Victoria. Elogió tan exageradamente sus cualidades que ella se sonrojó; pero, por increíble que parezca, la reina no lo juzgó cómico ni ofensivo, sino que salió sonriendo de la entrevista. Quizá debía dar una oportunidad a ese hombre tan extraño, pensó, y esperó a ver qué haría después.
Victoria empezó a recibir pronto informes de Disraeli —sobre debates parlamentarios, asuntos políticos, etcétera— completamente distintos a los escritos por otros primeros ministros. Dirigiéndose a ella como "Reina Benefactora", y dando a los diversos enemigos de la monarquía todo tipo de infames nombres en clave, llenaba sus notas de chismes. En un mensaje sobre un nuevo miembro del gabinete, escribió: 'llene más de uno noventa de estatura; como los de San Pedro en Roma, nadie repara al principio en sus dimensiones. Pero posee la sagacidad del elefante tanto como su figura". El espíritu despreocupado e informal del primer ministro rayaba en falta de respeto, pero la reina estaba fascinada. Leía vorazmente sus informes y, casi sin darse cuenta, su interés en la política renació. Al principio de su relación, Disraeli le regaló a la reina todas sus novelas. Ella le obsequió a cambio el único libro que había escrito, *Journal of* Our *Life in the Highlands.* Desde entonces, en sus cartas y conversaciones con ella él soltaba la frase "Nosotros los autores...". La reina resplandecía de orgullo. Ella a su vez lo sorprendía elogiándole frente a otras personas: sus ideas, sentido común e intuición femenina, decía él, la igualaban a Isabel 1. Rara vez Disraeli discrepaba de ella. En reuniones con otros ministros, él se volvía de pronto a pedirle consejo. En 1875, cuando se las arregló para comprar el Canal de Suez al muy endeudado jedive de Egipto, Disraeli presentó su logro a la reina como realización de sus ideas sobre la expansión del imperio británico. Ella no sabía por qué, pero su seguridad en sí misma crecía a pasos agigantados.
En una ocasión, Victoria mandó flores a su primer ministro. El correspondió el favor tiempo después, y le envió prímulas, una flor tan común que otras destinatarias habrían podido ofenderse; pero el ramo iba acompañado por esta nota: "De todas las flores, la que conserva más tiempo su belleza es la dulce prímula". Disraeli envolvía poco a poco a Victoria en una atmósfera de fantasía, en la que todo era metáfora, y la sencillez de esa flor simbolizaba por supuesto a la reina, y también la relación entre ambos líderes. Victoria mordió el anzuelo: las prímulas eran pronto sus flores favoritas. De hecho, todo lo
que i Disraeli hacía merecía ya su aprobación. Ella le permitía tomar asiento en su presencia, privilegio inaudito. Uno y otro empezaron a inter-[ cambiar tarjetas de San Valentín cada febrero. La reina preguntaba a I la gente qué había dicho Disraeli en una fiesta; cuando él prestó demasiada atención a la emperatriz Augusta de Alemania, ella se puso celosa. Los miembros de la corte se preguntaban qué había sido de la : formal y obstinada mujer que ellos conocían; la reina actuaba como una niña encaprichada. En 1876, Disraeli promovió en el parlamento un

proyecto de ley ; para declarar a Victoria "reina emperatriz". La soberana no cupo en sí de alegría. Por gratitud, y sin duda también por estimación, elevó a / ese dandy y novelista judío a la dignidad de lord, nombrándolo conde I de Beaconsfield, realización de un sueño de toda la vida. Disraeli sabía lo engañosas que pueden ser las apariencias: la gente lo había juzgado siempre por su semblante y modo de vestir, y él había aprendido a no hacer nunca lo mismo con ella. Así, no se dejó en-/ ganar por el aspecto adusto y grave de la reina Victoria. Debajo de él, intuyó, había una mujer anhelante de que un hombre apelara a su lado femenino; una mujer afectuosa, cordial, incluso sexual. El grado en que este lado de Victoria había sido reprimido revelaba meramente la intensidad de los sentimientos que él removería una vez derretida su reserva.
El método de Disraeli consistió en apelar a dos aspectos de la personalidad de Victoria que otros individuos habían acallado: su seguridad en sí misma y su sexualidad. El era un maestro para halagar
; el ego de una persona. Como comentó una princesa inglesa: "Cuando salí del comedor tras haberme sentado junto a Mister Gladstone, pensé que él era el hombre más listo de Inglaterra. Pero luego de haberme sentado junto a Mister Disraeli, pensé que yo era la mujer más lista de Inglaterra". Disraeli obraba su magia con un toque delicado, que insinuaba una atmósfera divertida y relajada, en particular en relación con la política. Una vez que la reina bajó la guardia, él volvió ese estado anímico un poco más cálido, un poco más sugestivo, sutilmente sexual, aunque desde luego sin un flirteo declarado. Disraeli hizo sentir a Victoria deseable como mujer y talentosa como monarca. ¿Cómo podía ella resistirse? ¿Cómo podía negarle algo? - Nuestra personalidad suele estar moldeada por la forma como nos
tratan: si nuestros padres o cónyuge son defensivos o discutidores con nosotros, tenderemos a reaccionar de la misma manera. Nunca
confundas los rasgos externos de la gente con la realidad, porque el carácter que ella muestra en la superficie podría ser un mero reflejo de las personas con las que ha estado más en contacto, o una fachada que encubre lo contrario. Una apariencia áspera podría ocultar a una persona que muere por recibir cordialidad; un tipo reprimido y de aspecto grave bien podría estar haciendo un esfuerzo por esconder emociones incontrolables. Esta es la clave del encantamiento: fomentar lo reprimido o negado. Al mimar a la reina y convertirse en una fuente de placer para ella, Disraeli pudo ablandar a una mujer que se había vuelto dura y pendenciera. La indulgencia es un poderoso instrumento de seducción: es difícil enojarse o ponerse a la defensiva con alguien que parece estar de acuerdo con tus opiniones y gustos. Los encantadoras pueden parecer más débiles que sus objetivos, pero al final son la parte más fuerte, porque han privado a la otra de su capacidad para resistirse.
*2.-* En 1971, el financiero y estratega del partido demócrata de Estados Unidos, Averell Harriman vio que su vida se acercaba a su fin. Tenía setenta y nueve años; su esposa, Marie, con quien había estado casado mucho tiempo, acababa de morir, y su carrera política parecía haber terminado, estando los demócratas fuera del gobierno. Sintiéndose viejo y deprimido, se resignó a pasar sus últimos años con sus nietos en tranquilo retiro. Meses después de la muerte de Marie, Harriman fue invitado a una fiesta en Washington. Ahí encontró a una vieja amiga, Pamela Churchill, a quien había conocido durante la segunda guerra mundial, en Londres, donde se le envió como emisario personal del presidente Franklin D. Roosevelt. Ella tenía entonces veintiún años, y era la esposa del hijo de Winston Churchill, Randolph. Desde luego, había mujeres más hermosas que ella en esa ciudad, pero ninguna había sido tan grata compañía: Pamela era muy atenta, escuchaba los problemas de Averell, se hizo amiga de la hija de éste (eran de la misma edad) y lo serenaba cada vez que se veían. Marie se había quedado en Estados Unidos, y Randolph estaba en el ejército, así que, mientras llovían bombas sobre Londres, Averell y Pamela iniciaron una aventura. Y en los muchos años tras la guerra, ella se había mantenido en contacto: él se enteró de su ruptura matrimonial, y de su interminable serie de romances con los playboys más ricos de Europa. Pero no la había visto desde su regreso a Estados Unidos, y al lado de su esposa. Era una extraña coincidencia toparse con Pamela justo en ese momento de su vida.
En aquella fiesta, Pamela sacó a Harriman de su concha, se rio de sus chistes y lo indujo a
hablar de Londres en los gloriosos días de la guerra. El sintió recuperar su antigua fuerza, que era él quien encantaba a ella. Días después, Pamela pasó a verlo a una de sus casas de fines de semana. Harriman era uno de los hombres más ricos del mundo, pero no un derrochador; Marie y él habían tenido una vida espartana. Pamela no hizo ningún comentario, pero cuando lo invitó a su casa, él no pudo menos que notar la brillantez y vibración de su vida: flores por todas partes, hermosa ropa de cama, platillos maravillosos (ella parecía estar al tanto de todas sus comidas favoritas). Averell conocía su fama de cortesana y comprendía que su propia riqueza constituyera un atractivo para ella, pero estar a su lado era tonificante, y ocho semanas después de esa fiesta se casaron. Pamela no se detuvo ahí. Convenció a su esposo de donar a la National Gallera las obras de arte que Marie coleccionaba. También logró que se desprendiera de algo de su dinero: un fideicomiso para Winston, el hijo de ella; nuevas casas, remodelaciones constantes. Su método fue sutil y paciente; de alguna manera hacía que Averell se sintiera bien al darle lo que ella quería. En unos años, casi no quedaban huellas de Marie en la vida de ambos. Harriman pasaba menos tiempo con sus hijos y nietos. Parecía vivir una segunda juventud.

En Washington, los políticos y sus esposas veían a Pamela con desconfianza. Creían1 entrever sus verdaderos propósitos, y eran inmunes a su encanto, o al menos eso creían. Pero siempre iban a las frecuentes fiestas que ella organizaba, justificándose con la idea de que asistirían personas poderosas. Todo en esas fiestas estaba calibrado para crear una atmósfera relajada e ultima. Nadie se sentía ignorado: las personas poco importantes terminaban platicando con Pamela, abriéndose a esa atenta mirada suya. Ella las hacía sentir poderosas y respetadas. Luego les enviaba una nota personal o un regalo, a menudo en referencia a algo que habían mencionado en su conversación con ella. Las esposas que la habían llamado cortesana, y cosas peores, cambiaron poco a poco de opinión. Los hombres la consideraban no sólo cautivadora, sino también útil: sus relaciones en el mundo entero eran invaluables. Ella podía ponerlos en contacto con la persona indicada sin que ellos tuvieran que pedirlo siquiera. Las fiestas de los Harriman se convirtieron pronto en actos de recaudación de fondos para el partido demócrata. A gusto, sintiéndose elevados por la aristocrática atmósfera que Pamela creaba y la importancia que les concedía, los visitantes vaciaban sus carteras sin saber por qué. Así habían actuado, por supuesto, todos los hombres con quienes ella había convivido hasta entonces. Averell Harriman murió en 1986. Para entonces Pamela era tan rica y poderosa que ya no tenía necesidad de un hombre a su lado. En 1993 se le nombró embajadora de Estados Unidos en Francia, y transfirió fácilmente su encanto personal y social al mundo de la diplomacia política. Aún trabajaba al morir, en 1997.
A menudo reconocemos como tales a los encantadores: sentimos su ingenio. (Sin duda Harriman comprendió que su encuentro con Pamela Churchill, en 1971, no fue una coincidencia.) No obstante, siempre caemos bajo su hechizo. La razón es simple: la sensación que los encantadoras brindan es tan rara que bien vale la pena. El mundo está lleno de personas absortas en sí mismas. En su presencia, sabemos que todo en nuestra relación con ellas gira a su alrededor: sus inseguridades, necesidades, anhelo de atención. Esto refuerza nuestras tendencias egocéntricas; nos cenamos para protegernos. Este es un síndrome que no hace sino volvernos más indefensos ante los encantadores. Primero, ellos no hablan mucho de sí mismos, lo que aumenta su misterio y oculta sus limitaciones. Segundo, parecen interesarse en nosotros, y su interés es tan delicioso e intenso que nos relajamos y abrimos a ellos. Por último, los encantadores son una compañía grata. No tienen ninguno de los defectos de la mayoría de la gente: no son rezongones, ni quejumbrosos. Parecen saber qué es lo que complace. La suya es una calidez difusa: unión sin sexo. (Podría pensarse que una geisha es sexual tanto como encantadora; pero su poder no reside en los favores sexuales que presta, sino en su rara y modesta atención.) Inevitablemente, nos volvemos adictos, y dependientes. Y la dependencia es la fuente del poder del encantador.
Las personas dotadas de belleza física, y que explotan esa belleza para generar una presencia sexualmente intensa, tienen a la larga poco poder; la flor de la juventud se marchita, siempre hay alguien más joven y hermoso, y en todo caso la gente se cansa de la belleza sin gracia social. Pero jamás se cansa de sentir confirmada su autoestima. Conoce el poder que puedes ejercer haciendo que la otra persona se sienta la estrella. La clave es difuminar tu presencia sexual: crear una vaga y cautivadora sensación de excitación mediante un coqueteo generalizado, una socializada sexualidad constante, adictiva y nunca satisfecha del todo.
3.- En diciembre de 1936, Chiang Kai-shek, líder de los nacionalistas chinos, fue capturado por un grupo de soldados suyos, molestos por sus medidas: en vez de combatir a los japoneses, que acababan de invadir China, proseguía en su guerra civil contra los ejércitos
comunistas de Mao Tse-Tung. Esos soldados no veían ninguna amenaza en Mao; Chiang había aniquilado casi por completo a los comunistas. De hecho, creían que debía unir fuerzas con Mao contra el enemigo común; eso era lo verdaderamente patriótico por hacer. Los soldados creyeron que, capturándolo, podían obligar a Chiang a cambiar de opinión, pero él era un hombre obstinado. Como él era el principal impedimento para una guerra unificada contra los japoneses, los soldados contemplaron la posibilidad de hacerlo ejecutar, o de entregarlo a los comunistas.
Mientras Chiang estuviera en prisión, no podía menos que imaginar lo peor. Días después recibió la visita de Chou En-lai, antiguo amigo y entonces líder comunista. Cortés y respetuosamente, Chou argumentó a favor de un frente unido: comunistas y nacionalistas contra los japoneses. Pero Chiang no quería saber nada de eso; odiaba con pasión a los comunistas, y se alteró sobremanera. Firmar un acuerdo con ellos en esas circunstancias, vociferó, sería humillante, y él perdería su honor ante su ejército. Imposible. Que lo mataran si creían estar en su deber. Chou escuchó, sonrió y apenas si dijo una palabra. Cuando Chiang terminó su perorata, le dijo que entendía su preocupación por el honor, pero que lo honorable para ellos era olvidar sus diferencias y combatir al invasor. Chiang podría conducir ambos ejércitos. Finalmente, Chou dijo que por ninguna razón permitiría que sus compañeros comunistas, y nadie en realidad, ejecutara a un hombre tan distinguido como Chiang Kai-shek. El líder nacionalista quedó asombrado y conmovido.
Al día siguiente, Chiang salió de la prisión escoltado por guardias comunistas, quienes lo trasladaron a un avión de su ejército y lo devolvieron a su cuartel. Al parecer, Chou había aplicado esta medida por iniciativa propia; porque cuando la noticia llegó a oídos de otros líderes comunistas, se indignaron: Chou debía haber obligado a Chiang a pelear contra los japoneses, u ordenado su ejecución; liberarlo sin concesiones era el *colmo* de la

pusilanimidad, y Chou lo pagaría. Chou no dijo nada, y esperó. Meses después, Chiang firmó un acuerdo para poner fin a la guerra civil y unirse a los comunistas contra los japoneses. Parecía haber llegado solo a esta decisión, y su ejército la respetó; no podía dudar de sus motivos.

Operando en común, nacionalistas y comunistas expulsaron de China a los japoneses. Pero los comunistas, a quienes Chiang casi había destruido previamente, aprovecharon este periodo de colaboración para recuperar fuerzas. Una vez ausentes los japoneses, la emprendieron contra los nacionalistas, quienes, en 1949, fueron obligados a dejar la China continental por la isla de Formosa, hoy Taiwán.

Mao visitó entonces la Unión Soviética. China estaba en condiciones terribles y en desesperada necesidad de asistencia, pero Stalin desconfiaba de los chinos, y sermoneó a Mao por los muchos errores que había cometido. Mao se defendió. Stalin decidió dar una lección a ese joven advenedizo: no daría nada a China. Los ánimos se exaltaron. Mao envió de urgencia por Chou En-lai, quien llegó al día siguiente y se puso a trabajar de inmediato. En las largas sesiones de negociación, Chou fingió disfrutar del vodka de sus anfitriones. Nunca discutió, y de hecho aceptó que los chinos habían cometido muchos errores, y tenían mucho que aprender de los experimentados soviéticos: "Camarada Stalin", dijo a este último, "el nuestro es el primer gran país de Asia en sumarse al bando socialista, bajo la dirección de usted". Chou había llegado preparado con todo tipo de precisos diagramas y gráficas, sabiendo que a los rusos les gustaban esas cosas. Stalin se entusiasmó con él. Las negociaciones continuaron, y días después del arribo de Chou las partes firmaron un tratado de asistencia mutua, mucho más beneficioso para las chinos que para los soviéticos.

En 1959, China estaba otra vez en enormes dificultades. El Gran Salto Adelante de Mao, un intento por desencadenar una súbita revolución industrial en China, había sido un fracaso devastador. La gente estaba enojada: se moría de hambre mientras los burócratas de Pekín vivían bien. Muchos funcionarios de Pekín, Chou entre ellos, volvieron a sus respectivas ciudades natales para tratar de poner orden. La mayoría lo logró con sobornos —prometiendo toda clase de favores—, pero Chou procedió de otra manera: visitó el cementerio de sus antepasados, donde estaban sepultadas generaciones enteras de su familia, y ordenó retirar las lápidas y enterrar los ataúdes más abajo. La tierra podría cultivarse entonces para producir alimentos. En términos confucianos (y Chou era un obediente confuciano), esto era sacrilegio, pero todos sabían qué significaba: que Chou estaba dispuesto a sufrir en lo personal. Todos debían sacrificarse, aun los líderes. Su gesto tuvo un inmenso impacto simbólico.

Cuando Chou murió, en 1976, un desbordamiento extraoficial y desorganizado de pesar público tomó por sorpresa al gobierno. No entendía cómo un hombre que había trabajado tras bastidores, y rehuido a la adoración de las masas, había podido conquistar tal afecto.

La captura de Chiang Kai-shek fue un momento crucial en la guerra civil. Ejecutarlo habría sido desastroso: Chiang había mantenido unido al ejército nacionalista, y sin él éste podía dividirse en facciones, lo que permitiría a los japoneses invadir el país. Obligarlo a firmar un acuerdo tampoco habría servido de nada: él se habría desprestigiado ante su ejército, jamás habría honrado el acuerdo y habría hecho todo lo posible por vengar su humillación. Chou sabía que ejecutar o forzar a un cautivo no hace más que envalentonar a un enemigo, y tiene repercusiones imposibles de controlar. El encantamiento, por el contrario, es una arma de manipulación que oculta sus maniobras, lo que permite obtener la victoria sin provocar el deseo de venganza.

Chou influyó perfectamente en Chiang, mostrándole respeto, haciéndose pasar por inferior a él, permitiéndole transitar del temor de la ejecución al alivio de una liberación inesperada. Al general nacionalista se le autorizó marcharse con su dignidad intacta. Chou sabía que todo esto lo ablandaría, sembrando la semilla de la idea de que quizá los comunistas no eran tan malos después de todo, y de que él podía cambiar de opinión sobre ellos sin parecer débil, en particular si lo hacía en forma independiente, no estando en prisión. Chou aplicó la misma filosofía a cada una de las situaciones descritas: mostrarse inferior, inofensivo y humilde. Esto importará si al final obtienes lo que quieres: tiempo de recuperación de una guerra civil, un tratado, la buena voluntad de las masas. El tiempo es tu principal anua. Conserva pacientemente en tu cabeza tu meta a largo plazo, y ni una persona ni un ejército podrán oponerte resistencia. Y el encanto es la mejor manera de ganar tiempo, o de ampliar tus opciones en cualquier situación. Por medio del encanto puedes seducir a tu enemigo para hacerlo retroceder, lo que te concederá el espacio psicológico que necesitas para urdir una contra estrategia efectiva. La clave es lograr que a los demás los venzan sus emociones mientras tú permaneces indiferente. Ellos podrán sentirse agradecidos, felices, conmovidos, arrogantes: lo que sea, siempre y cuando sientan. Una persona emotiva es una persona distraída. Dale lo que quiere, apela a su interés propio, hazla sentir superior a ti. Cuando un bebé toma un cuchillo filoso, no trates de arrebatárselo; en cambio, mantén la calma, ofrécele dulces, y el bebé soltará el cuchillo para tomar el bocado tentador que le brindas.

4.- En 1761 murió la emperatriz Isabel de Rusia, y su sobrino ascendió al trono, bajo el nombre de Pedro III. Pedro había sido siempre un niño en el fondo —jugaba con soldados de juguete mucho después de la edad apropiada para ello—, y entonces, como zar, podría hacer finalmente lo que se le antojara, y que el mundo rabiase. Así, firmó con Federico el Grande un tratado muy favorable para el soberano extranjero (Pedro adoraba a Federico, y

en particular la disciplina con que marchaban sus soldados prusianos). Esta fue una debacle en los hechos; pero en asuntos relativos a la emoción y la etiqueta, Pedro fue más injurioso todavía: se negó a guardar luto con propiedad por su tía la emperatriz, y reanudó sus juegos de guerra y sus fiestas pocos días después del funeral. ¡ Qué contraste con su esposa, Catalina! Ella se mostró respetuosa durante el sepelio, aún vestía de negro meses después y a toda hora se le veía junto a la tumba de Isabel, rezando y llorando. No era rusa siquiera, sino una princesa alemana que había llegado al este para casarse con Pedro, en 1745, sin saber una sola palabra de la lengua nacional. Aun el más rústico campesino sabía que Catalina se había convertido a la Iglesia ortodoxa rusa, y que había aprendido a hablar ruso con increíble rapidez, y soltura. Ella era en el fondo, se pensaba, más rusa que todos esos petimetres de la corte.
Durante esos difíciles meses, mientras Pedro ofendía a casi todos en el país, Catalina mantuvo discretamente un amante, Grigori Orlov, teniente de la guardia real. Fue por medio de Orlov que se esparció la noticia de su piedad, su patriotismo, su aptitud para gobernar; de cuánto mejor era seguir a esa mujer que servir a Pedro. A altas horas de la noche, Catalina y Orlov conversaban, y él le decía que el ejército estaba con ella y la instaba a dar un golpe de Estado. Ella escuchaba con atención, pero siempre contestaba que no era momento para tales cosas. Orlov se preguntaba si quizá ella era demasiado delicada y pasiva para una decisión tan importante.
El régimen de Pedro fue represivo, y los arrestos y ejecuciones se acumularon. Él también se volvió más abusivo con su esposa, amenazando con divorciarse y casarse con su amante. Una noche de copas, fuera de sí por el silencio de Catalina y su incapacidad para provocarla, él ordenó su arresto. La noticia se propagó pronto, y Orlov corrió a advertir a Catalina que se le encarcelaría o ejecutaría a menos que actuara rápido. Esta vez Catalina no discutió: se puso su vestido de luto más sencillo, apenas si se arregló el cabello, siguió a Orlov hasta un carruaje que la esperaba y se precipitó al cuartel del ejército. Ahí los soldados se postraron y besaron la orla de su vestido: habían oído hablar mucho de ella, pero nadie la había visto nunca en persona, y les pareció una estatua de la Virgen que hubiese cobrado vida. Le dieron un uniforme militar, maravillándose de lo hermosa que se veía con ropa de hombre, y marcharon bajo el mando de Orlov al Palacio de Invierno. La procesión creció conforme atravesaba las calles de San Petersburgo. Todos aplaudían a Catalina, todos pensaban que Pedro debía ser destronado. Pronto llegaron sacerdotes a dar a Catalina su bendición, lo que emocionó aún más al pueblo. Y en medio de todo eso, ella guardaba silencio y dignidad, como dejando todo en manos del destino. Cuando Pedro se enteró de esa rebelión pacífica, se puso histérico, y aceptó abdicar esa misma noche. Catalina se volvió emperatriz sin una sola batalla, y ni siquiera un disparo. De niña, Catalina había sido inteligente y animosa. Como su madre quería una hija obediente antes que deslumbrante, y que fuera por lo tanto un buen partido, la niña fue sometida a una constante andanada de críticas, contra las que desarrolló una defensa: aprendió a parecer totalmente deferente con otras personas, como vía para neutralizar su agresividad. Si era paciente y no insistía, en vez de atacarla ellas caerían bajo su hechizo. Cuando Catalina llegó a Rusia —a los dieciséis años de edad, sin un amigo ni aliado en el país—, aplicó las habilidades que había aprendido en el difícil trato con su madre. Ante los monstruos de la corte —la imponente emperatriz Isabel, su infantil esposo Pedro, los interminables intrigantes y traidores—, ella hacía reverencias, complacía, esperaba y encantaba. Desde tiempo atrás deseaba gobernar como emperatriz, y sabía lo incorregible que era su esposo. ¿Pero de qué le habría servido tomar el poder por la fuerza, haciendo un reclamo que sin duda algunos considerarían ilegítimo, y luego tener que preocuparse siempre de que se le destronara a su vez? No, era preciso esperar el momento indicado, y ella tenía que lograr que el pueblo la llevara al poder. Era un estilo femenino de revolución: al ser pasiva y paciente, Catalina insinuaba no interesarse en el poder. El efecto fue calmante, encantador.
Siempre habrá personas difíciles que debamos enfrentar: el inseguro crónico, el obstinado irremediable, los quejumbrosos histéricos. Tu capacidad para desarmar a esas personas resultará una habilidad invaluable. Pero debes tener cuidado: si te muestras pasivo, te arrollarán; si afirmativo, acentuarás sus monstruosas cualidades. La seducción y el encanto son las contraarmas más efectivas. Por fuera, sé cortés. Adáptate a sus estados de ánimo. Accede a su espíritu. Por dentro, calcula y espera: tu rendición es una estrategia, no un modo de vida. Cuando llegue el momento —e inevitablemente llegará—, se invertirán las posiciones. Su agresividad las meterá en problemas, y eso te pondrá en posición de rescatarlas, con lo que recobrarás tu superioridad. (También podrías decidir que ya basta, y relegarlas al olvido.) Tu encanto les ha impedido prever o sospechar esto. Una revolución entera puede efectuarse sin un solo acto de violencia, esperando simplemente a que la manzana madure y caiga.
*Símbolo.*
*El espejo. Tu espíritu sostiene un espejo ante los demás. Cuando te ven, se ven: sus valores, gustos, aun defectos. Su eterno amor por su imagen es cómodo e hipnótico: foméntalo. Nadie ve más allá del espejo.*

# Peligros.

Hay quienes son inmunes al encantador, en particular los cínicos y los confiados, que no necesitan confirmación. Estas personas suelen suponer que los encantadores engañan y no son de fiar, y pueden causarte problemas. La solución es hacer lo que hace por naturaleza la mayoría de los encantadores: amistar y cautivar a tantas personas como sea posible. Asegura numéricamente tu poder y no tendrás que preocuparte por los pocos que no puedas seducir. La bondad de Catalina la Grande con todos con los que conocía le produjo una amplia reserva de buena voluntad que rindió frutos después. Asimismo, a veces es encantador revelar un defecto estratégico. ¿Hay una persona que te desagrada? Confiésalo abiertamente, no pretendas encantar a ese enemigo, y la gente te creerá más humano, menos escurridizo. Disraeli tuvo ese chivo expiatorio en su gran némesis, William Gladstone.
Los peligros del encanto político son más difíciles de manejar: tu método conciliador, movedizo y flexible de hacer política volverá enemigos tuyos a todos los rígidos creyentes de una causa. Seductores sociales como Bill Clinton o Henry Kissinger a menudo pueden conquistar al adversario más empedernido con su encanto personal, pero no pueden estar en todos lados al mismo tiempo. Muchos miembros del parlamento inglés juzgaban a Disraeli un sospechoso maquinador; en persona, su atractiva actitud podía disipar esas opiniones, pero él no podía abordar, uno por uno, a todos los integrantes del parlamento. En tiempos difíciles, cuando la gente ansia algo firme y sustancial, el encantador político puede verse en peligro.
Como demostró Catalina la Grande, el momento oportuno lo es todo. Los encantadores deben saber cuándo hibernar, y cuándo es oportuno su poder de persuasión. Conocidos por su flexibilidad, a veces deben ser lo bastante flexibles para actuar con inflexibilidad. Chou En-lai, el camaleón consumado, podía hacerse pasar por comunista a ultranza cuando le convenía. Nunca seas esclavo de tus poderes de encantamiento; manténlos bajo control, para que puedas desactivarlos y activarlos a voluntad.

# 8. El carismático.

El carisma es una presencia que nos excita. Procede de una cualidad interior —seguridad, energía sexual, determinación, placidez— que la mayoría de la gente no tiene y desea. Esta cualidad resplandece, e impregna los gestos de los carismáticos, haciéndolos parecer extraordinarias y superiores, e induciéndonos a imaginar que son más grandes de lo que parecen: dioses, santos, estrellas. Ellos aprenden a aumentar su carisma con una mirada penetrante, una oratoria apasionada y un aire de misterio. Pueden seducir a gran escala. Crea la ilusión carismática irradiando fuerza, aunque sin involucrarte.

# Carisma y seducción.

El carisma es seducción en un plano masivo. Los carismáticos hacen que multitudes se enamoren de ellos, y luego las conducen. Ese proceso de enamoramiento es simple y sigue un camino similar al de una seducción entre dos personas. Los carismáticos tienen ciertas cualidades muy atractivas y que los distinguen. Podrían ser su creencia en sí mismos, su osadía, su serenidad. Mantienen en el misterio la fuente de estas cualidades. No explican de dónde procede su seguridad o satisfacción, pero todos a su lado la sienten: resplandece, sin una impresión de esfuerzo consciente. El rostro del carismático suele estar animado, y lleno de energía, deseo, alerta: como el aspecto de un amante, instantáneamente atractivo, incluso vagamente sexual. Seguimos con gusto a los carismáticos porque nos agrada ser guiados, en particular por personas que ofrecen aventura o prosperidad. Nos perdemos en su causa, nos apegamos emocionalmente a ellas, nos sentimos más vivos creyendo en ellas: nos enamoramos. El carisma explota la sexualidad reprimida, crea una carga erótica. Sin embargo, esta palabra no es de origen sexual, sino religioso, y la religión sigue profundamente incrustada en el carisma moderno.
Hace miles de años, la gente creía en dioses y espíritus, pero muy pocos podían decir que hubieran presenciado un milagro, una demostración física del poder divino. Sin embargo, un hombre que parecía poseído por un espíritu divino —y que hablaba en lenguas, arrebatos de éxtasis, expresión de intensas visiones— sobresalía como alguien a quien los dioses habían elegido. Y este hombre, sacerdote o profeta, obtenía enorme poder sobre los demás. ¿Qué hizo que los hebreos creyeran en Moisés, lo siguieran fuera de Egipto y le fuesen fieles, pese a su interminable errancía en el desierto? La mirada de Moisés, sus palabras inspiradas e inspiradoras, su rostro, que

brillaba literalmente al bajar del monte Sinaí: todo esto daba la impresión de que tenía comunicación directa con Dios, y era la fuente de su autoridad. Y eso era lo que se entendía por "carisma", palabra griega en referencia a los profetas y a Cristo mismo. En el cristianismo primitivo, el carisma era un don o talento otorgado por la gracia de Dios y revelador de su presencia. La mayoría de las grandes religiones fueron fundadas por un carismático, una persona que exhibía físicamente las señales del favor de Dios.

Al paso del tiempo, el mundo se volvió más racional. Finalmente, la gente obtenía poder no por derecho divino, sino porque ganaba votos, o demostraba su aptitud. Sin embargo, el gran sociólogo alemán de principios del siglo XX, Max Weber, señaló que, pese a nuestro supuesto progreso, entonces había más carismáticos que nunca. Lo que caracterizaba a un carismático moderno, según él, era la impresión de una cualidad extraordinaria en su carácter, equivalente a una señal del favor de Dios. ¿Cómo explicar si no, el poder de un Robes-pierre o un Lenin? Más que nada, lo que distinguía a esos hombres, y constituía la fuente de su poder, era la fuerza de su magnética personalidad. No hablaban de Dios, sino de una gran causa, visiones de una sociedad futura. Su atractivo era emocional; parecían poseídos. Y su público reaccionaba con tanta euforia como el antiguo público ante un profeta. Cuando Lenin murió, en 1924, se formó un *culto* en su memoria, que transformó al líder comunista en deidad.

Hoy, de cualquier persona con presencia, que llame la atención al entrar a una sala, se dice que posee carisma. Pero aun estos géneros menos exaltados de carismáticos muestran un indicio de la cualidad sugerida por el significado original de la palabra. Su carisma es misterioso e inexplicable, nunca obvio. Poseen una seguridad inusual. Tienen un don — facilidad de palabra, a menudo— que los distingue de la muchedumbre. Expresan una visión. Tal vez no nos demos cuenta de ello, pero en su presencia tenemos una especie de experiencia religiosa: creemos en esas personas, sin tener ninguna evidencia racional para hacerlo. Cuando intentes forjar un efecto de carisma, nunca olvides la fuente religiosa de su poder. Debes irradiar una cualidad interior con un dejo de santidad o espiritualidad. Tus ojos deben brillar con el fuego de un profeta. Tu carisma debe parecer natural, como si procediera de algo misteriosamente fuera de tu control, un don de los dioses. En nuestro mundo racional y desencantado, la gente anhela una experiencia religiosa, en particular a nivel grupal. Toda señal de carisma actúa sobre este deseo de creer en algo. Y no hay nada más seductor que darle a la gente algo en qué creer y seguir.

El carisma debe parecer místico, pero esto no significa que no puedas aprender ciertos trucos para aumentar el que ya posees, o que den la impresión exterior de que lo tienes. Las siguientes son las cualidades básicas que te ayudarán a crear la ilusión de carisma. Propósito. Si la gente cree que tienes un plan, que sabes adónde vas, te seguirá instintivamente. La dirección no importa: elige una causa, un ideal, una visión, y demuestra que no te desviarás de tu meta. La gente imaginará que tu seguridad procede de algo real, así como los antiguos hebreos creyeron que Moisés estaba en comunión con Dios simplemente porque exhibía las señales externas de ello.

La determinación es doblemente carismática en tiempos difíciles. Como la mayoría de la gente titubea antes de hacer algo atrevido (aun cuando lo que se requiera sea actuar), una decidida seguridad te convertirá en el centro de atención. Los demás creerán en ti por la simple fuerza de tu carácter. Cuando Franklin Delano Roosevelt llegó al poder en Estados Unidos durante la Gran Depresión, mucha gente dudaba de que pudiera hacer grandes cambios. Pero en sus primeros meses en el puesto exhibió tanta seguridad, tanta decisión y claridad frente a los muchos problemas del país, que la gente empezó a verlo como su salvador, alguien con un intenso carisma.

Misterio. El misterio se sitúa en el corazón del carisma, pero se trata de una clase particular: un misterio expresado por la contradicción. El carismático puede ser tanto proletario como aristócrata (Mao Tse-Tung), cruel y bondadoso (Pedro el Grande), excitable y glacialmente indiferente (Charles De Gaulle), íntimo y distante (Sigmund Freud). Dado que la mayoría de las personas son predecibles, el efecto de estas contradicciones es devastadoramente carismático. Te vuelven difícil de entender, añaden riqueza a tu carácter, hacen que la gente hable de ti. A menudo es mejor que reveles tus contradicciones lenta y sutilmente: si las expones una tras otra, los demás podrían pensar que tienes una personalidad errática. Muestra tu misterio gradualmente, y se correrá la voz. También debes mantener a la gente a prudente distancia, para evitar que te comprenda.

Otro aspecto del misterio es un dejo de asombro. La impresión de dones proféticos o psíquicos contribuirá a tu aura. Predice cosas con seriedad y la gente imaginará a menudo que lo que dijiste se hizo realidad.

*Santidad.* La mayoría de nosotros transigimos constantemente para sobrevivir, los santos no. Ellos deben vivir sus ideales sin preocuparse por las consecuencias. El efecto piadoso confiere carisma.

La santidad va más allá de la religión; políticos tan dispares *como* George Washington y Lenin se hicieron fama de santos por vivir con sencillez, pese a su poder: ajustando su vida personal a sus valores políticos. Ambos fueron prácticamente divinizados al morir. Albert Einstein también tenía aura de santidad: infantil, reacio a transigir, perdido en su propio mundo. La clave es que debes tener ciertos valores profundamente arraigados; esta parte no puede fingirse, al menos no sin correr el riesgo de acusaciones de charlatanería que destruirán tu carisma a largo plazo. El siguiente paso es demostrar, con la mayor sencillez y sutileza posibles, que practicas lo que predicas. Por último, la impresión de ser afable y sencillo puede convertirse a la larga en carisma, siempre y cuando

parezcas totalmente a gusto con ella. La fuente del carisma de Harry Truman, e incluso de Abraham Lincoln, fue parecer una persona como cualquiera.

*Elocuencia.* Un carismático depende del poder de las palabras. La razón es simple: las palabras son la vía más rápida para crear perturbación emocional. Pueden exaltar, elevar, enojar sin hacer referencia a nada real. Durante la guerra civil española, Dolores Ibánuri, conocida como La Pasionaria, pronunciaba discursos pro comunistas con tal poder emotivo que determinaron varios momentos clave de esa contienda. Para conseguir este tipo de elocuencia, es útil que el orador sea tan emotivo, tan sensible a las palabras, como el público. Pero la elocuencia puede aprenderse: los recursos que La Pasionaria utilizaba

—consignas, lemas, reiteraciones rítmicas, frases que el público repita— son fáciles de adquirir. Roosevelt, un tipo tranquilo y patricio, podía convertirse en un orador dinámico, a causa tanto de su estilo de expresión oral, lento e hipnótico, como por su brillante uso de imágenes, aliteraciones y retórica bíblica. Las multitudes en sus mítines solían conmoverse hasta las lágrimas. El estilo lento y serio suele ser más eficaz a largo plazo que la pasión, porque es más sutilmente fascinante, y menos fatigoso.

*Teatralidad.* Un carismático es exuberante, tiene una presencia fuerte. Los actores han estudiado esta presencia desde hace siglos; saben cómo pararse en un escenario atestado y llamar la atención. Sorpresivamente, no es el actor que más grita o gesticula el que mejor ejerce esta magia, sino el que guarda la calma, irradiando seguridad en sí mismo. El efecto se arruina si se hace demasiado esfuerzo. Es esencial poseer conciencia de sí, poder verte como los demás te ven. De Gaulle sabía que esta conciencia de sí era clave para su carisma; en las circunstancias más turbulentas —la ocupación nazi de Francia, la reconstrucción nacional tras la segunda guerra mundial, una rebelión militar en Argelia— mantenía una compostura olímpica que contrastaba magníficamente con la histeria de sus colegas. Cuando hablaba, nadie le quitaba los ojos de encima. Una vez que tú sepas cómo llamar la atención de esta manera, acentúa el efecto apareciendo en actos ceremoniales y rituales repletos de imágenes incitantes, para parecer majestuoso y divino. La extravagancia no tiene nada que ver con el carisma: atrae el tipo de atención incorrecto. *Desinhibición.* La mayoría de las personas están reprimidas, y tienen poco acceso a su inconsciente, problema que crea oportunidades para el carismático, quien puede volverse una suerte de pantalla en que los demás proyecten sus fantasías y deseos secretos. Primero tendrás que mostrar que eres menos inhibido que tu público: que irradias una sexualidad peligrosa, no temes a la muerte, eres deliciosamente espontáneo. Aun un indicio de estas cualidades hará pensar a la gente que eres más poderoso de lo que en verdad eres. En la década de 1850, una bohemia actriz estadunidense, Adah Isaacs Menken, sacudió al mundo con su desenfrenada energía sexual y su intrepidez. Aparecía semidesnuda en el escenario, realizando actos en los que desafiaba a la muerte; pocas mujeres podían atreverse a algo así en la época victoriana, y una actriz más bien mediocre se volvió figura de culto.

Como extensión de tu desinhibición, tu trabajo y carácter deben poseer una cualidad de irrealidad que revele tu apertura a tu inconsciente. Tener esta cualidad fue lo que transformó a artistas como Wagner y Picasso en ídolos carismáticos. Algo afín a esto es la soltura de cuerpo y espíritu; mientras que los reprimidos son rígidos, los carismáticos tienen una serenidad y adaptabilidad que indica su apertura a la experiencia. Fervor. Debes creer en algo, y con tal firmeza que anime todos tus gestos y encienda tu mirada. Esto no se puede fingir. Los políticos mienten inevitablemente; lo que distingue a los carismáticos es que creen en sus mentiras, lo cual las vuelve mucho más creíbles. Un prerrequisito de la creencia ardiente es una gran causa que junte a las personas, una cruzada. Conviértete en el punto de confluencia del descontento de la gente, y muestra que no compartes ninguna de las dudas que infestan a los seres humanos normales. En 1490, el florentino Girolamo Savonarola se alzó contra la inmoralidad del papa y la iglesia católica. Asegurando que actuaba por inspiración divina, durante sus sermones se animaba tanto que la histeria se apoderaba del gentío. Savonarola logró tantos seguidores que asumió brevemente el control de la ciudad, hasta que el papa lo hizo capturar y quemar en la hoguera. La gente creyó en él por la profundidad de su convicción. Hoy más que nunca su ejemplo tiene relevancia: la gente está cada vez más aislada, y ansia experiencias colectivas. Permite que tu ferviente y contagiosa fe, en prácticamente todo, le dé algo en qué creer.

vulnerabilidad. Los carismáticos exhiben necesidad de amor y afecto. Están abiertos a su público, y de hecho se nutren de su energía; el público es electrizado a su vez por el carismático, y la corriente aumenta al ir y venir. Este lado vulnerable del carisma suaviza el de la seguridad, que podría parecer fanática y alarmante.

Como el carisma implica sentimientos parecidos al amor, por tu parte debes revelar tu amor a tus seguidores. Este fue un componente clave del carisma que Marilyn Monroe irradiaba en la cámara. Tú sabías que pertenecía al Público", escribió en su diario, "y al mundo, y no porque fuera talentosa o bella, sino porque nunca había pertenecido a nada ni nadie más. El Público era la única familia, el único príncipe azul y el único hogar con que siempre soñé." Frente a la cámara, Marilyn cobraba vida de repente, coqueteando con y excitando a su invisible público. Si la audiencia no siente esta cualidad en ti, se alejará. Por otro lado, nunca parezcas manipulador o necesitado. Imagina a tu público como una sola persona a la que tratas de seducir: nada es más seductor para la gente que sentirse deseada.

*Audacia.* Los carismáticos no son convencionales. Tienen un aire de aventura y nesgo que atrae a los aburridos. Sé desfachatado y valiente en tus actos; que te vean corriendo riesgos por el bien de otros. Napoleón se cercioraba de que sus soldados lo vieran junto a los cañones en batalla. Lenin paseaba por las calles, pese a las amenazas de muerte que había recibido. Los carismáticos prosperan en aguas turbulentas; una crisis les permite hacer alarde de su arrojo, lo que incrementa su aura. John F. Kennedy volvió en sí cuando hizo frente a la crisis de los misiles en Cuba, Charles De Gaulle cuando enfrentó la rebelión en Argelia. Ambos necesitaron esos problemas para parecer carismáticos, y de hecho algunos los acusaron de provocar situaciones (Kennedy mediante su estilo diplomático suicida, por ejemplo) que explotaban su amor a la aventura. Muestra heroísmo para conseguir carisma de por vida. A la inversa, el menor signo de cobardía o timidez arruinará el carisma que tengas.

*Magnetismo.* Si un atributo *físico* es crucial para la seducción son los ojos. Revelan excitación, tensión, desapego, sin palabras de por medio. La comunicación indirecta es crítica en la seducción, y también en el carisma. El comportamiento de los carismáticos puede ser desenvuelto y sereno, pero sus ojos son magnéticos; tienen una mirada penetrante que perturba las emociones de sus objetivos, ejerciendo fuerza sin palabras ni actos. La mirada agresiva de Fidel Castro puede reducir al silencio a sus adversarios. Cuando se le refutaba, Benito Mussolini entornaba los ojos, mostrando el blanco de una manera que asustaba a la gente. Ahmed Sukarno, presidente de Indonesia, tenía una mirada que parecía capaz de leer el pensamiento. Roosevelt dilataba las pupilas a voluntad, lo que volvía su mirada tanto hipnótica como intimidante. Los ojos del carismático nunca indican temor ni nervios.

Todas estas habilidades pueden adquirirse. Napoleón pasaba horas frente al espejo, para ajustar su mirada a la del gran actor contemporáneo Taima. La clave es el autocontrol. La mirada no necesariamente tiene que ser agresiva; también puede mostrar satisfacción. Recuerda: de tus ojos puede emanar carisma, pero también pueden delatarte como impostor. No dejes tan importante atributo al azar. Practica el efecto que deseas.. *Carisma genuino significa entonces la capacidad para generar internamente y expresar externamente extrema emoción, capacidad que convierte a alguien en objeto de atención intensa e irreflexiva imitación de los demás.* —Liah Greenñeld.

El *profeta milagroso.* En el año 1425, Juana de Arco, campesina del poblado francés de Domrémy, tuvo su primera visión: "Tenía trece años cuando Dios envió una voz para que me guiara". Esa voz era la de san Miguel, quien llevaba un mensaje divino: Juana había sido elegida para librar a Francia de los invasores ingleses (que gobernaban entonces la mayor parte del país), y del caos y guerra resultantes. También debía restituir la corona francesa al príncipe —el delfín, más tarde Carlos Vil—t su legítimo heredero. Santa Catalina y santa Margarita también pablaron a Juana. Sus visiones eran extraordinariamente vividas: vio a san Miguel, lo tocó, lo olió.

Al principio Juana no dijo a nadie lo que había visto; para todos los que la conocían, era una tranquila niña campesina. Pero las visiones se hicieron más intensas, así que en 1429 dejó Domrémy decidida a realizar la misión para la que Dios la había elegido. Su meta era .reunirse con Carlos en la ciudad de Chinon, donde él había establecido su corte en el exilio. Los obstáculos eran enormes: Chinon estaba lejos, el viaje era peligroso y Carlos, aun si ella lo encontraba, era un joven perezoso y cobarde con pocas probabilidades de emprender una cruzada contra los ingleses. Impertérrita, fue de un poblado a otro, explicando su misión a los soldados y pidiéndoles que la escoltaran a Chinon. En ese entonces abundaban las jóvenes con visiones religiosas, y no había nada en la apariencia de Juana que inspirara confianza; sin embargo, un soldado, Jean de Metz, quedó intrigado por ella. Lo que lo fascinó fue el extremo detalle de sus visiones: ella liberaría la *sitiada* ciudad de Orleans, haría coronar al rey en la catedral de Reims, dirigiría al ejército a París; sabía cómo sería herida, y dónde; las palabras que atribuía a san Miguel eran muy diferentes al lenguaje de una muchacha campesina, y transmitía una seguridad tan serena que resplandecía de convicción. De Metz cayó bajo su hechizo. Le juró lealtad y marchó con ella a Chinon. Pronto, también otros ofrecieron asistencia, y a oídos de Carlos llegó la noticia de la extraña joven en pos de él.

En el trayecto de quinientos cincuenta kilómetros a Chinon, acompañada sólo de un puñado de soldados, por un territorio infestado de bandas en pugna, Juana no mostró temor ni vacilación. El viaje duró varios meses. Cuando finalmente ella llegó a su destino, el delfín decidió recibir a la joven que prometía restituirle el trono, pese a la opinión de sus consejeros; pero se aburría, y quería diversión, así que optó por jugarle una broma. Ella se encontraría con él en una sala llena de cortesanos; para probar sus poderes proféticos, él se disfrazó de uno de ellos, y vistió a otro de sí mismo. Pero cuando Juana llegó, y para sorpresa de la multitud, caminó directamente hasta Carlos y le hizo una reverencia: "El Rey del Cielo me envía a ti con el mensaje de que serás el lugarteniente del Rey del Cielo, quien también es el rey de Francia". En la conversación que siguió, Juana pareció hacerse eco de los más ocultos pensamientos de Carlos, mientras contaba de nuevo, con extraordinario detalle, las hazañas que llevaría a cabo. Días después, este hombre indeciso e inconstante se declaró convencido, y dio su aprobación a Juana para encabezar un ejército francés contra los ingleses.

Milagros y santidad aparte, Juana de Arco tenía ciertas cualidades básicas que la volvían excepcional. Sus visiones eran intensas; podía describirlas con tanto detalle que debían ser reales. Los detalles tienen ese efecto: conceden una sensación de realidad aun a las más descabelladas afirmaciones. De igual modo, en una época de gran desorden, ella estaba sumamente concentrada, como si su fuerza procediera de otro mundo. Hablaba con autoridad, y predicaba cosas que la gente quería: los ingleses serían derrotados, la prosperidad retornaría. También tenía el llano sentido común de los campesinos. Seguramente oyó descripciones de Carlos de camino a Chinon; una vez en la corte, fue capaz de percibir la trampa que él le había puesto, y de distinguir confiadamente su engreído rostro entre la multitud. Al año siguiente sus visiones la abandonaron, y también su seguridad; cometió muchos errores, que condujeron a su captura por los ingleses. Era humana, en realidad.
Quizá nosotros ya no creamos en milagros, pero todo lo que insinúa poderes extraños, de otro mundo o hasta sobrenaturales creará carisma. La psicología es la misma: tienes visiones del futuro, y de las cosas maravillosas que puedes cumplir. Describe esas cosas con gran detalle, con un aire de autoridad, y destacarás de súbito. Y si tu profecía —de prosperidad, por decir algo— es justo lo que la gente quiere oír, es probable que caiga bajo tu hechizo, y vea más tarde los acontecimientos como confirmación de tus predicciones. Exhibe notable seguridad y la gente pensará que tu confianza procede de un conocimiento real. Engendrarás una profecía que se cumple sola: la creencia de la gente en ti se traducirá en actos que contribuirán a realizar tus visiones. Todo indicio de éxito la hará ver milagros, poderes asombrosos, el fulgor del carisma.
El *animal auténtico.* Un día de 1905, el salón en San Petersburgo de la condesa Ignatiev estaba inusualmente lleno. Políticos, damas de sociedad y cortesanos habían llegado temprano para esperar al distinguido invitado de honor; Grigori Eíimovich, Rasputín, monje siberiano de cuarenta años de edad que se había hecho fama en toda Rusia como curandero, quizá santo. Cuando Rasputín arribó, pocos pudieron ocultar su decepción: su rostro era feo¿ desgreñado su cabello, y él mismo era desgarbado y rústico. Se preguntaron qué hacían ahí. Pero entonces Rasputín se acercó a cada uno de ellos, les envolvió los dedos entre sus enormes manos y los miró directamente a los ojos. Al principio su mirada era inquietante: mientras los contemplaba de hito _ hito, parecía sondearlos y juzgarlos. Pero de pronto su expresión cambió, y su cara irradió bondad, alegría y comprensión. Abrazó a varias damas, con extrema elusividad. Este llamativo contraste tuvo efectos profundos.
El ánimo en la sala pasó pronto de la decepción a la emoción. La voz de Rasputín era grave y serena; y aunque su lenguaje era tosco, las ideas que expresaba resultaban deliciosamente simples, y sonaban a grandes verdades espirituales. Justo cuando los invitados empezaban a relajarse con ese campesino de sucia apariencia, el humor i de éste pasó de súbito al enojo: "Los conozco, puedo leer en su alma.
Son demasiado engreídos. [...] Esas finas prendas y artes suyas son infiles y perniciosas. ¡Los hombres deben aprender a humillarse! De-n ser sencillos, muy, muy sencillos. Sólo entonces Dios se acercará a ustedes". El rostro del monje se animó, sus pupilas se dilataron, parecía completamente distinto. Su mirada iracunda era tan imponente que recordó a Jesús echando a los comerciantes del templo. Luego Rasputín se calmó, volvió a mostrarse gentil, pero los invitados ya lo veían como alguien extraño y notable. Entonces, en una actuación que repetiría pronto en salones de toda la ciudad, puso a cantar a los invitados una melodía popular; y mientras cantaban, él empezó a bailar, una danza extraña y desinhibida de su invención, al tiempo que rodeaba a las mujeres más atractivas ahí presentes, a quienes invitaba con los ojos a unírsele. La danza se volvió vagamente sexual; cuando BUS parejas caían bajo su hechizo, él murmuraba a su oído sugestivos comentarios. Pero ninguna pareció ofenderse.
Durante los meses siguientes, mujeres de todos los niveles de la sociedad de San Petersburgo visitaron a Rasputín en su departamento. Hablaba con ellas de temas espirituales, pero después, sin previo [aviso, se volvía sensual, y les susurraba las más burdas insinuaciones. Se justificaba con el dogma espiritual: ¿cómo podía arrepentirse uno si no había pecado? La salvación sólo llega a quienes se descarrían. Una de las pocas mujeres que rechazaron sus avances fue interrogada por una amiga: "¿Cómo es posible negar algo a un santo?". "¿Acaso un santo necesita del amor pecaminoso?", contestó ella.

La amiga replicó: "E1 vuelve sagrado todo lo que toca. Yo le he pertenecido ya, y estoy orgullosa y satisfecha de eso". "¡Pero estás casada! ¿Qué dice tu esposo?". "Lo considera un gran honor. Si Rasputín desea a una mujér, todos lo consideramos una bendición y distinción, nuestros esposos tanto como nosotras mismas."
El hechizo de Rasputín se extendió en poco tiempo al zar Nicolás, y en particular a su esposa, la zarina Alejandra, luego de que, al parecer, curó a su hijo de una lesión mortal. Años después, él era el hombre más poderoso de Rusia, con absoluto dominio sobre la pareja real.
Las personas son más complejas que las máscaras que usan en sociedad. Un hombre que parece noble y delicado quizá oculte un lado oscuro, el que con frecuencia se manifestará en formas extrañas; si su nobleza y refinamiento son de hecho una impostura, tarde o temprano la verdad saldrá a la luz, y su hipocresía decepcionará y ahuyentará. Por el contrario, nos atraen las personas que parecen más holgadamente humanas, que no se molestan en esconder sus contradicciones. Ésta era la fuente del carisma de Rasputín. Un hombre tan auténtico, tan desprovisto de apocamiento o hipocresía, era sumamente atractivo. Su maldad y su santidad eran tan

extremas que lo volvían desbordante. El resultado era un aura carismática inmediata y preverbal; irradiaba de sus ojos, y del contacto de sus manos.
La mayoría somos una combinación de demonio y santo, lo noble y lo innoble, y pasamos la vida tratando de reprimir nuestro lado oscuro. Pocos podemos dar rienda suelta a ambos lados, como hacía Rasputín, pero podemos crear carisma en menor grado liberándonos de cohibiciones, y de la incomodidad que la mayoría sentimos por nuestra complicada naturaleza. No puedes evitar ser como eres, así que sé genuino. Esto es lo que nos atrae de los animales: hermosos y crueles, no dudan de *sí.* Esta cualidad es doblemente fascinante en los seres humanos. Las personas que gustan de guardar las apariencias podrían condenar tu lado oscuro, pero la virtud no es lo único que crea carisma; todo lo extraordinario lo hará. No te disculpes ni te quedes a medio camino. Entre más desenfrenado parezcas, más magnético será tu efecto.
Por su propia naturaleza, la existencia de la autoridad carismática es específicamente inestable. El detentador puede verse privado de su carisma; puede sentirse "abandonado por su Dios" como Jesús en la cruz; puede demostrar a sus seguidores que "la virtud se ha agotado". Su misión se extingue entonces, y la esperanza aguarda y busca un nuevo detentador de carisma.

MAX WEBER, DE *MAX WEBER: ENSAYOS DE SOCIOLOGÍA,* EDICIÓN DE HANS GERTH Y C WRIGHT MILLS.
El artista demoníaco. En su infancia se consideraba a Elvis Presley un chico extraño y muy reservado. En la preparatoria, en Memphis, Tennessee, llamaba la atención por su copete y patillas y su atuendo rosa y negro, pero quienes intentaban hablarle no encontraban nada en él: era terriblemente soso o irremediablemente tímido. En la fiesta de graduación, fue el único que no bailó. Parecía perdido en un mundo privado, enamorado de la guitarra que llevaba a todas partes. En el Ellis Auditorium, al final de una función de música gospel o lucha libre, el gerente de concesiones solía hallarlo en el escenario imitando una actuación y recibiendo los aplausos de un público imaginario. Cuando le pedía que se marchara, Elvis se iba sin decir nada. Era un muchacho muy cortés.
En 1953, justo recién salido de la preparatoria, Elvis grabó su primera canción, en un estudio local. Se trataba de una prueba, una oportunidad de oír su voz. Un año después, el dueño del estudio, Sam Phillips, lo llamó para grabar dos canciones de blues con una pareja de músicos profesionales. Trabajaron durante horas, pero nada parecía embonar; Elvis estaba nervioso e inhibido. Casi al fin de la velada, aturdido por la fatiga, de pronto se soltó y empezó a brincar como niño por todas partes, en un momento de completo desfogue. Los músicos se le sumaron, la canción era cada vez más arrebatada y los ojos de Phillips de encendieron: ahí había algo.
Un mes más tarde, Elvis dio su primera función pública, en un parque al aire libre en Memphis. Estaba tan nervioso como lo había estado en la sesión de grabación, y tartamudeaba apenas cuando tenía que hablar; pero en cuanto empezó a cantar, las palabras brotaron solas. La multitud reaccionó emocionada, llegando al clímax en ciertos momentos. Elvis no sabía qué pasaba. "Al terminar la canción me acerqué al manager", diría después, "y le pregunté qué había enloquecido al público. Me respondió: 'No sé, pero creo que se pone a gritar cada vez que sacudes la pierna izquierda. Sea lo que sea, no pares'."
Un sencillo grabado por Elvis en 1954 tuvo éxito. Poco después, vendía mucho ya. Subir al escenario lo llenaba de ansiedad y emoción, al grado de convertirlo en otro, como si estuviera poseído. "He hablado con algunos cantantes y se ponen un poco nerviosos, pero dicen que los nervios como que se les calman cuando empiezan a can-lar. A mí no. Es una especie de energía, [... ] algo parecido al sexo, tal vez." En los meses siguientes descubrió más gestos y sonidos —sacudidas de baile, una voz más trémula— que enloquecían a las multitudes, en especial a las adolescentes. Un año después era el músico más popular de Estados Unidos. Sus conciertos eran sesiones de histeria colectiva.
Elvis Presley tenía un lado oscuro, una vida secreta. (Algunos la han atribuido a la muerte, al nacer, de su hermano gemelo.) De joven reprimió mucho ese lado oscuro, que incluía toda clase de fantasías, a las que únicamente podía ceder cuando estaba solo, aunque su ropa poco convencional quizá haya sido también un síntoma de lo mismo. Cuando actuaba, no obstante, podía soltar esos demonios. Emergían como una peligrosa fuerza sexual. Espasmódico, andrógino, desinhibido, él era un hombre que cumplía extrañas fantasías ante el público. La audiencia sentía esto y se excitaba. Lo que daba carisma a Elvis no era un estilo y apariencia extravagantes, sino la electrizante expresión de su turbulencia interior.
Una muchedumbre o grupo de cualquier tipo tiene una energía única. Justo bajo la superficie está el deseo, una constante excitación sexual que debe reprimirse, por ser socialmente inaceptable. Si tú posees la capacidad de despertar esos deseos, la multitud verá que tienes carisma. La clave es aprender a acceder a tu inconsciente, como hacía Elvis cuando se soltaba. Estás lleno de una agitación que parece proceder de una misteriosa fuente interna. Tu desinhibición invitará a otras personas a abrirse, lo que detonará una reacción en cadena: su excitación te animará más aún. Las fantasías que saques a la superficie no necesariamente tienen que ser sexuales; cualquier tabú social, cualquier cosa reprimida y con urgencia de una salida, será suficiente. Haz sentir esto en tus

grabaciones, tus obras de arte, tus libros. La presión social mantiene tan reprimida a la gente que ésta se sentirá atraída por tu carisma antes siquiera de haberte conocido en persona. El *salvador.* En marzo de 1917, el parlamento de Rusia obligó a abdicar al soberano de la nación, el zar Nicolás, y estableció un gobierno provisional. Rusia estaba en ruinas. Su participación en la primera guerra mundial había sido un desastre; el hambre se extendía por todos lados, el inmenso campo era presa del saqueo y el linchamiento, y los soldados desertaban en masa del ejército. Políticamente, el país estaba muy dividido; las principales facciones eran la derecha, los socialdemócratas y los revolucionarios de izquierda, y cada uno de estos grupos estaba aquejado a su vez por la disensión. En medio de este caos llegó Vladimir Ilich Lenin, de cuarenta y siete años de edad. Revolucionario marxista, líder del partido comunista bolchevique, había sufrido un exilio de doce años en Europa hasta que, reconociendo el caos que invadía a Rusia como la oportunidad que tanto había esperado, volvió de prisa a su país. Llamó entonces a suspender la participación en la guerra, y a una inmediata revolución socialista. En las primeras semanas tras su arribo, nada habría podido parecer más ridículo. Como hombre, Lenin era poco impresionante, de baja estatura y facciones toscas. Además, había pasado años en Europa, aislado de su pueblo e inmerso en la lectura y las discusiones intelectuales. Más aún, su partido era pequeño, apenas un grupúsculo de la coalición de izquierda, con poca organización. Pocos lo tomaban en serio como líder nacional. Impertérrito, Lenin se puso a trabajar. En todas partes repetía el mismo mensaje simple: poner fin a la guerra, establecer el régimen del proletariado, abolir la propiedad privada, redistribuir la riqueza. Exhausto por las interminables guerras políticas intestinas de la nación y la complejidad de sus problemas, el pueblo empezó a escuchar. Lenin era tan decidido, tan seguro. Nunca perdía la calma. En ásperos debates, simplemente demolía con su lógica cada argumento de los adversarios. A obreros y soldados les impresionaba su firmeza. Una vez, en medio de un disturbio en ciernes, asombró a su chofer saltando al estribo del auto y señalando el camino entre la multitud, con considerable riesgo personal. Cuando le decían que sus ideas no tenían nada que ver con la realidad, contestaba: "Peor para la realidad!".

Junto a la seguridad mesiánica de Lenin en su causa, estaba su capacidad organizativa. Exiliado en Europa, su partido se había dispersado y menguado; para mantenerlo unido, él había desarrollado grandes habilidades prácticas. Frente a una muchedumbre, era también un orador eficaz. Su discurso en el Primer Congreso Panruso de los Soviets causó sensación: revolución o gobierno burgués, proclamó, pero nada intermedio; basta ya de los arreglos en que participaba la izquierda. En un momento en que otros políticos pugnaban desesperadamente por adaptarse a la crisis nacional, sin lograrlo del todo, Lenin era estable como una roca. Su prestigio aumentó, lo mismo que el número de miembros del partido bolchevique.

Lo más sorprendente era el efecto de Lenin en los obreros, soldados y campesinos. Se dirigía a estos individuos comunes cada vez que se topaba con ellos: en la calle, subido a una silla, los pulgares en las solapas, su discurso era una rara mezcla de ideología, aforismos campesinos y lemas revolucionarios. Ellos escuchaban, extasiados. Cuando Lenin murió, en 1924 —siete años después de haber abierto camino por sí solo a la Revolución de Octubre de 1917, que lo llevó vertigulosamente al poder junto con los bolcheviques—, esos mismos rusos ordinarios se vistieron de luto. Le rindieron pleitesía en su tumba, donde su cuerpo fue preservado a la vista; contaban historias de i él, con lo que desarrollaron un conjunto de leyendas populares; a miles de niñas recién nacidas se les bautizó como Ninel, Lenin al revés. Este culto a Lenin asumió proporciones religiosas.

Ex iste todo género de confusiones sobre el carisma, las que, paradójica-mente, no hacen sino aumentar su mística. El carisma tiene poco que ver con una apariencia física atractiva

0 una personalidad brillante, cualidades que incitan un interés de corto plazo. En particular en tiempos difíciles, las personas no buscan diversión; quieren seguridad, mejor

1 calidad de vida, cohesión social. Lo creas o no, un hombre o mujer de aspecto insulso pero con una visión clara, determinación y habilidades prácticas puede ser devastadoramente carismático, siempre y cuando esto vaya acompañado de cierto éxito. Nunca subestimes el poder del éxito en el acrecentamiento de tu aura. Pero en un mundo repleto ! de tramposos y contemporizadores cuya indecisión sólo genera más ¡ desorden, un alma lúcida será un imán de atención: tendrá carisma. En el trato personal, o en un café en Zürich antes de la revolución, Lenin tenía escaso o nulo carisma. (Su seguridad era atractiva, pero muchos consideraban irritante su estridencia.) Obtuvo carisma cuando se le vio como el hombre que podía salvar al país. El carisma : no es una cualidad misteriosa en ti, fuera de tu control; es una ilusión a ojos de quienes ven en ti algo que ellos no tienen. Particularmente en tiempos difíciles, puedes aumentar esa ilusión con serenidad, resolución y un perspicaz sentido práctico. También es útil tener un mensaje seductoramente simple. Llamémosle síndrome del salvador: una vez que la gente imagina que puedes salvarla del caos, se enamorará de ti, como una persona que se arroja en brazos de su protector. Y el amor masivo equivale a carisma. ¿Cómo explicar si no, el amor que rusos ordinarios sentían por un hombre tan poco emotivo y emocionante como Vladimir Lenin?

*El gurú.* De acuerdo con las creencias de la Sociedad Teosófica, cada dos mil años, más o menos, el espíritu del Maestro Universal, el Señor Maitreya, habita el cuerpo de un ser humano. Primero fue Sri Krishna, nacido dos mil años antes de Cristo; luego fue el propio Jesús, y a principios del siglo XX estaba prevista otra encarnación. Un día de 1909, el teósofo Charles Leadbeater vio a un chico en una playa de la India y tuvo una epifanía: ese muchacho de catorce años, Jiddu Krishnamurti, sería el siguiente vehículo del Maestro Universal. A Leadbeater le impresionó la sencillez del muchacho, quien parecía carecer de la menor traza de egoísmo. Los miembros de la Sociedad Teosófica coincidieron con su evaluación y adoptaron a ese escuálido y desnutrido chico, cuyos maestros lo habían golpeado repetidamente por su estupidez. Lo alimentaron y vistieron, e iniciaron su instrucción espiritual. Ese desaliñado pilluelo se convirtió en un joven sumamente apuesto. En 1911, los teósofos formaron la Orden de la Estrella en Oriente, grupo destinado a preparar el camino para la llegada del Maestro Universal. Krishnamurti fue nombrado jefe de la orden. Se le llevó a Inglaterra, donde continuó su educación, y dondequiera que iba era mimado y venerado. Su aire de sencillez y satisfacción no podía menos que impresionar.
Pronto Krishnamurti empezó a tener visiones. En 1922 declaró: "He bebido de la fuente de la dicha y la eterna belleza. Estoy embriagado de Dios". En los años siguientes tuvo experiencias psíquicas que los teósofos interpretaron como visitas del Maestro Universal. Pero Krishnamurti había tenido en realidad un tipo diferente de revelación: la verdad del universo venía de dentro. Ningún dios, gurú ni dogma podrían hacer que uno la comprendiera. El no era un dios ni mesías, sino un hombre como cualquiera. La veneración con que se le trataba le repugnaba. En 1929, para consternación de sus seguidores, disolvió la Orden de la Estrella y renunció a la Sociedad Teosófica. Krishnamurti se hizo filósofo entonces, decidido a difundir la verdad que había descubierto: que uno debe ser simple, quitar la pantalla del lenguaje y la experiencia pasada. Por estos medios, cualquiera puede alcanzar una satisfacción del tipo que Krishnamurti irradiaba. Los teósofos lo abandonaron, pero él tenía más seguidores que nunca. En California, donde pasaba gran parte de su tiempo, el interés en él rayaba en adoración. El poeta Robinson Jeffers aseguró que cada vez que Krishnamurti entraba a una sala, podía sentirse que un fulgor llenaba el espacio. El escritor Aldous Huxley lo conoció en Los Angeles y cayó bajo su hechizo. Tras oírlo hablar, escribió: "Era como escuchar el discurso de Buda: el mismo poder, la misma autoridad intrínseca". Irradiaba iluminación. El actor John Barrymore le pidió hacer el papel de Buda en una película.
(Krishnamurti declinó cortésmente.) Cuando visitó la India, manos salían de la multitud para tratar de tocarlo por la ventana del auto descubierto. La gente se postraba ante él. Asqueado por toda esta adoración, Krishnamurti se distanció cada vez más. Incluso hablaba de sí en tercera persona. De hecho, la capacidad para desprenderse del propio pasado y ver al mundo de otra manera formaba parte de su filosofía, pero una vez más el efecto fue contrario al esperado: el cariño y veneración que la gente sentía por : él no nacían sino aumentar. Sus seguidores peleaban celosamente por muestras de su favor. Las mujeres en particular se enamoraban profundamente de él, aunque fue célibe toda la vida. Krishnamurti no deseaba ser gurú ni carismático, pero descubrió inadvertidamente una ley de la psicología humana que lo perturbó. La gente no quiere oír que tu poder procede de años de esfuerzo o disciplina. Prefiere pensar que proviene de tu personalidad, tu carácter, algo con lo que naciste. Y espera que la proximidad del gurú o carismático le transmita parte de ese poder. No quería tener que leer los libros de Krishnamurti, o pasar años practicando sus lecciones; simplemente quería estar cerca de él, empaparse de su aura, oírlo hablar, sentir la luz que entraba a la sala con él. Krishnamurti defendía la sencillez como una forma de abrirse a la verdad, pero su propia sencillez no hacía más que permitir a la gente ver lo que quería en él, atribuyéndole poderes que él no sólo negaba, sino que también ridiculizaba.
Éste es el efecto del gurú, y es sorprendentemente simple de crear. El aura que persigues en este caso no es la ardiente de la mayoría de los carismáticos, sino un aura de incandescencia, de iluminación. Una persona iluminada ha comprendido algo que le da satisfacción, y esta satisfacción resplandece. Esta es la apariencia que deseas: no necesitas nada ni a nadie, estás pleno. Las personas sienten natural atracción por quienes emiten felicidad; quizá puedan obtenerla de ti. Cuanto menos obvio seas, mejor: que la gente concluya que eres feliz, en vez de saberlo de ti. Que lo vea en tu pausada actitud, tu amable sonrisa, tu serenidad y bienestar. Da vaguedad a tus palabras, para que la gente imagine lo que quiera. Recuerda: ser ajeno y distante no "hace sino estimular el efecto. La gente peleará por la menor señal de tu interés. Un gurú está satisfecho y apartado, combinación tremendamente carismática.
*La santa teatral.* Todo comenzó en la radio. A fines de la década de 1930 y principios de la de 1940, las mujeres argentinas oían la voz lastimera y musical de Eva Duarte en algunas de las populares radio-novelas de la época, auténticas superproducciones. Ella nunca hacía reír, pero muy a menudo podía hacer lloran con las quejas de una mujer traicionada, o las últimas palabras de María Antonieta. De sólo pensar en su voz, se sentía un estremecimiento de emoción. Además, era bonita, de largo y suelto cabello rubio y cara seria, la cual aparecía con frecuencia en las portadas de las revistas de la farándula. En 1943, esas revistas publicaron un artículo por demás interesante: Eva había iniciado un romance con uno de los miembros más apuestos del nuevo gobierno militar, el coronel Juan Perón. Los argentínos la oían entonces haciendo anuncios de propaganda para el gobierno, loando la "Nueva Argentina" que resplandecía en el futuro. Y por fin ese cuento de hadas llegó a su perfecta conclusión:

en 1945 Juan y Eva se casaron, y al año siguiente el apuesto coronel, luego de muchas pruebas y tribulaciones (incluida una temporada en la cárcel, de la que lo liberaron los esfuerzos de su devota esposa) fue elegido presidente. Era un defensor de los descamisados: los obreros y los pobres, entre quienes se había contado su esposa. De sólo veintiséis años en ese momento, ella había crecido en la pobreza.

Ahora que esta estrella era la primera dama de la república, pareció cambiar. Bajó mucho de peso; sus vestidos se hicieron menos extravagantes, y aun francamente austeros, y ese hermoso cabello suelto se peinaba hacia atrás, en forma más bien severa. Era una lástima: la joven estrella había crecido. Pero conforme los argentinos veían más de la nueva Evita, como ya se le conocía entonces, su nueva apariencia los afectaba cada vez con mayor fuerza. El suyo era el aspecto de una mujer seria y piadosa, que correspondía efectivamente a lo que su marido llamaba el "Puente de Amor" entre él y su pueblo. Ahora ella aparecía en la radio todo el tiempo, y escucharla era tan emocionante como siempre, pero también hablaba magníficamente en público. Su voz era más grave y su pronunciación más lenta; cruzaba el aire con los dedos, tendidos como para tocar al público. Y sus palabras calaban hasta la médula: "Dejé de lado mis sueños para velar por los sueños de otros. [...] Ahora pongo mi alma junto al alma de mi pueblo. Le ofrezco todas mis energías para que mi cuerpo pueda ser un puente erigido hacia la felicidad de todos. Pasen por él, [... ] hacia el supremo destino de la nueva patria". Ya no era sólo a través de revistas y la radio que Evita se hacía sentir. Casi todos eran personalmente tocados por ella de alguna forma. Todos parecían saber de alguien que la conocía, o que la había visitado en su oficina, donde una fila de suplicantes se abría paso por los corredores hasta su puerta. Ella se sentaba detrás de su escritorio, tranquila y llena de amor. Equipos de rodaje filmaban sus actos de caridad: a una mujer que había perdido todo, Evita le daba una casa; a alguien con un hijo enfermo, atención gratis en el mejor hospital. Trabajaba tanto que lógicamente corrió el rumor de que estaba enferma.

Y todos se enteraban de sus visitas a las barriadas y hospitales para los pobres, donde, contra los deseos de sus colaboradores, ella besaba en la mejilla a personas con toda clase de enfermedades (leprosos, sifilíticos, etcétera). Una vez, una asistenta horrorizada por ese hábito trató de limpiar con alcohol los labios de Evita, para esterilizarlos. Pero esta santa mujer tomó el frasco y lo arrojó contra la pared.

Sí, Evita era una santa, una virgen viviente. Su sola presencia podía curar a los enfermos.

Y cuando murió de cáncer, en 1952, nadie que no fuera argentino habría podido entender la sensación de tristeza y pérdida que dejó tras de sí. Para algunos, el país nunca se recuperó.

La mayoría vivimos en un estado de semisonambulismo: hacemos nuestras tareas diarias, y los días pasan volando. Las dos excepciones a esto son la infancia y los momentos en que estamos enamorados. En ambos casos, nuestras emociones están más comprometidas, más abiertas y activas. Y hacemos equivaler la emotividad con el hecho de sentimos más vivos. Una figura pública que puede afectar las emociones de la gente, que puede hacerla sentir tristeza, alegría o esperanza colectivas, tiene un efecto similar. Un llamado a las emociones es mucho más poderoso que un llamado a la razón.

Eva Perón conoció pronto este poder, como actriz de radio. Su trémula voz podía hacer llorar al público; por eso, la gente veía en ella un gran carisma. Evita nunca olvidó esa experiencia. Todos sus actos públicos se enmarcaban en motivos dramáticos y religiosos. El teatro es emoción condensada, y la religión católica una fuerza que se sumerge en la niñez, que te impacta donde no puedes evitarlo. Los brazos en ; alto de Evita, sus teatrales actos de caridad, sus sacrificios por la gente común: todo esto iba directo al corazón. Lo carismático en ella no era sólo su bondad, aunque la impresión de bondad es bastante tentadora. También lo era su capacidad para dramatizar su bondad. Tú debes aprender a explotar esos dos grandes suministros de emociones: el teatro y la religión. El teatro elimina lo inútil y banal de la vida y se concentra en *momentos* de piedad y terror; la religión se ocupa de la vida y la muerte. Vuelve dramáticos tus actos de caridad, da a tus palabras afectuosas una trascendencia religiosa, sumerge todo en rituales y mitos que se remonten a la infancia. Atrapada en las emociones que provocas, la gente verá sobre tu cabeza el halo del carisma. listeza y Babero.

El *libertador.* En Harlem, a principios de la década de 1950, pocos afroestadunidenses sabían mucho sobre la Nación del Islam, o entraban siquiera a su templo. La Nación predicaba que los blancos descendían del demonio y que algún día Alá liberaría a la raza negra. Esta doctrina tenía poco significado para los harlemitas, quienes iban a la iglesia en busca de consuelo espiritual y dejaban las cuestiones prácticas a sus políticos locales. Pero en 1954, un nuevo ministro de la Nación del Islam llegó a Harlem.

Se llamaba Malcolm X, y era culto y elocuente, pero sus *gestos* y palabras eran iracundos. Pronto corrió la voz: los blancos habían linchado al padre de Malcolm. El había crecido en una correccional, y luego había sobrevivido como estafador de poca monta antes de ser arrestado por robo y pasar seis años en la cárcel. Su corta vida (tenía entonces veintinueve años) había sido un largo enfrentamiento con la ley, pero míralo nada más ahora: tan seguro e instruido. Nadie le había ayudado; todo lo había hecho solo. Los harlemitas empezaron a ver a Malcolm X en todas partes, repartiendo volantes, hablando con los jóvenes. Se paraba afuera de las iglesias; y mientras la comunidad se dispersaba, él señalaba al predicador y decía: "Él representa al dios de los blancos, yo al dios de los

negros". Los curiosos comenzaron a ir a oírlo predicar en un templo de la Nación del Islam. El les pedía examinar las condiciones reales de su existencia: "Vean dónde viven, y luego [... ] dense una vuelta por Central Parir." les decía. "Vean los departamentos de los blancos. ¡Vean su Wall Street!" Sus palabras eran impactantes, en particular por venir de un ministro.

En 1957, un joven musulmán de Harlem presenció la paliza que varios policías propinaron a un negro ebrio. Cuando el musulmán protestó, los policías lo golpearon hasta dejarlo inconsciente y lo llevaron a la cárcel. Una encolerizada multitud se reunió fuera de la jefatura de policía, lista para causar disturbios. Cuando se le informó que sólo Malcolm X podía impedir la violencia, el jefe de policía mandó por él y le dijo que dispersara a la turba. Malcolm se negó. Moderando su actitud, el jefe le pidió reconsiderar. Sereno, Malcolm puso condiciones a su cooperación: atención médica para el musulmán golpeado y justo castigo para los policías. El jefe aceptó a regañadientes. Fuera de la jefatura, Malcolm explicó el acuerdo y la multitud se dispersó. En Harlem y todo el país, se había convertido súbitamente en héroe: por fin un hombre que hacía algo. El número de miembros de su templo aumentó.

Malcolm empezó a hablar en todo Estados Unidos. Jamás leía un texto; mirando al público, hacía contacto visual con él, señalando con el dedo. Su enojo era obvio, no tanto en su tono —siempre era mesurado y articulado— como en su feroz energía, que le hacía saltar las venas del cuello. Muchos líderes negros anteriores habían usado palabras prudentes, y pedido a sus seguidores lidiar paciente y civilizadamente con su situación social, por injusta que fuera. Malcolm era un gran alivio. Ridiculizaba a los racistas, ridiculizaba a los liberales, ridiculizaba al presidente; ningún blanco escapaba a su desprecio. Si los blancos eran violentos, decía, había que responderles con el lenguaje de la violencia, porque era el único que entendían. "¡La hostilidad es buena!", exclamaba. "Ha sido reprimida mucho tiempo." En respuesta a la creciente popularidad del líder no violento Martin Luther King, Jr., Malcolm decía: "Cualquiera puede sentarse. Una anciana puede sentarse. Un cobarde puede sentarse. [... ] Hace falta un hombre para estar de pie".

Malcolm X tuvo un efecto tonificante en muchas personas que sentían el mismo enojo que él pero temían expresarlo. En su sepelio —fue asesinado en 1965, durante uno de sus discursos—, el actor Ossie Davis pronunció la oración fúnebre, ante una numerosa y emocionada multitud: "Malcolm", dijo, "fue nuestro brillante príncipe negro". Malcolm X fue un carismático al estilo de Moisés: un libertador. El poder de este tipo de carismáticos procede de que expresa emociones negativas acumuladas durante años de opresión. Al hacerlo, el libertador brinda a otras personas la oportunidad de liberar emociones reprimidas, la hostilidad oculta por la cortesía y sonrisas forzadas. Los libertadores deben pertenecer a la multitud sufriente, pero, más todavía, su dolor debe ser ejemplar. La historia personal de Malcolm era parte integral de su carisma. Su lección — que los negros deben ayudarse a sí mismos, no esperar a que los blancos los rediman— significó mucho más a causa de sus años en la cárcel, y de que él había seguido su propia doctrina estudiando, ascendiendo desde abajo. El libertador debe ser un ejemplo viviente de redención personal.

La esencia del carisma es una emoción irresistible que transmiten tus gestos, tu tono de voz, señales sutiles, tanto más poderosas por ser mudas. Sientes algo con más profundidad que los demás, y ninguna emoción es tan intensa y capaz de crear una reacción carismática como el odio, en particular si procede de arraigadas sensaciones de opresión. Expresa lo que los demás temen decir y verán enorme poder en ti. Di lo que quieren decir pero no pueden. Nunca temas llegar demasiado lejos. Si representas una liberación de la opresión, puedes llegar más lejos aún. Moisés habló de violencia, de destruir hasta al último de sus enemigos. Un lenguaje como éste une a los oprimidos y los hace sentir más vivos. Aunque esto no es, algo que no puedas controlar. Malcolm X sintió rabia muy pronto, pero sólo en la cárcel se educó en el arte de la oratoria, y de cómo canalizar sus emociones. Nada es más carismático que la sensación de que alguien lucha con intensa emoción, y no sólo aprueba hacerlo.

*El actor olímpico.* El 24 de enero de 1960 estalló una insurrección en Argelia, aún colonia francesa entonces. Encabezada por soldados franceses de derecha, el fin era bloquear la propuesta del presidente Charles De Gaulle de otorgar a Argelia el derecho a la autodeterminación. De ser necesario, los insurrectos tomarían Argelia en nombre de Francia.

Durante tensos días, De Gaulle, de setenta años, mantuvo un silencio extraño. Luego, el 29 de enero, a las ocho de la noche, apareció en la televisión nacional francesa. Antes de que pronunciara una palabra siquiera, el público se asombró, porque él llevaba puesto su antiguo uniforme de la segunda guerra mundial, un uniforme que todos reconocían y que produjo una fuerte reacción emocional. De Gaulle había sido el héroe de la resistencia, el salvador del país en su momento más sombrío. Pero ese uniforme no había sido visto por un tiempo. De Gaulle habló entonces, recordando a su público, a su serena y segura manera, todo lo que habían logrado juntos para liberar a Francia de los alemanes. Pasó lentamente de esos intensos asuntos patrióticos a la rebelión en Argelia, y a la afrenta que ésta representaba para el espíritu de la liberación. Terminó su alocución repitiendo sus famosas palabras del 18 de junio de 1940: "Una vez más, llamo a los franceses, dondequiera que se encuentren, sean lo que sean, a apoyar a Francia. *Vive la République! Vive la france!".*

Este discurso tuvo dos propósitos. Mostró que De Gaulle estaba decidido a no ceder un ápice ante los rebeldes, y llegó al corazón de todos los franceses patriotas, en particular en el ejército. La insurrección se extinguió rápidamente, y nadie dudó de la relación entre su fracaso y la actuación de De Gaulle en la televisión.
Al año siguiente, los franceses votaron arrolladoramente a favor de la autodeterminación de Argelia. El 11 de abril de 1961, De Gaulle dio una conferencia de prensa en la que dejó
en claro que Francia otorgaría pronto plena independencia a ese país. Once días después, generales franceses en Argelia emitieron un comunicado para informar que habían tomado el control del país y para declarar el estado de sitio. Este fue el momento más peligroso: ante la inminente independencia de Argelia, esos generales de derecha llegaban al extremo. Podía estallar una guerra civil que depusiera al gobierno de De Gaulle. A la noche siguiente, De Gaulle apareció una vez más en televisión, vistiendo de nuevo su antiguo uniforme. Se burló de los generales, a los que comparó con una junta sudamericana. Habló tranquila y severamente. De pronto, al final del discurso, su voz se elevó, y hasta le tembló, mientras exclamaba ante su público: *Frangaises, Frángeos, ai* dez-moil* (¡Francesas, franceses, ayúdenme!). Fue el momento más conmovedor de todas sus apariciones en televisión. Soldados franceses en Argelia, que escuchaban en radios de transistores, se sintieron abrumados. Al día siguiente celebraron una manifestación masiva a favor de De Gaulle. Dos días después los generales se rindieron. El primero de julio de 1962, De Gaulle proclamó la independencia de Argelia.
En 1940, tras la invasión alemana de Francia, De Gaulle escapó a Inglaterra para reclutar un ejército que más tarde regresara a Francia para la liberación. Al principio estaba solo, y su misión parecía desesperada. Pero tenía el apoyo de Winston Churchill, con la aprobación de quien dio una serie de charlas radiales que la BBC transmitió a Francia. Su extraña, hipnótica voz, con sus dramáticos trémolos, llegaba en las noches a las salas francesas. Pocos escuchas sabían siquiera cómo era él, pero su tono era tan seguro, tan incitante, que reclutó un silencioso ejército de partidarios. En persona, De Gaulle era un hombre extraño y caviloso cuya confiada actitud podía irritar tan fácilmente como conquistaba. Pero en la radio esa voz tenía un carisma intenso. De Gaulle fue el primer gran maestro de los medios modernos, porque transfirió fácilmente sus habilidades dramáticas a la televisión, donde su frialdad, su tranquilidad, su total dominio de sí mismo hacían que el público se sintiera tanto confortado como inspirado. El mundo se ha fracturado enormemente. Una nación ya no se reúne en las calles o las plazas; se junta en salas, donde personas que ven la televisión en todo el país pueden estar solas y con otras al mismo tiempo. El *carisma* debe ser comunicable ahora por las ondas aéreas o no tiene poder. Pero en cierto sentido es más fácil de proyectar en televisión, tanto porque ésta habla directamente al individuo (el carismático parece dirigirse a ti) como porque el carisma es muy fácil de fingir durante los breves momentos que se pasan frente a la cámara. Como De Gaulle sabía, cuando se aparece en televisión es mejor irradiar serenidad y control, usar poco los efectos dramáticos. La frialdad de conjunto de De Gaulle volvía doblemente eficaces los momentos en que él alzaba la voz, o soltaba una broma mordaz. Al permanecer tranquilo y restar importancia al asunto, hipnotizaba a su público. (Tu rostro puede expresar mucho más si tu voz es menos estridente.) Transmitía emoción por medios visuales —el uniforme, la posición— y con el uso de ciertas palabras cargadas de significado: liberación, Juana de Arco. Cuanto menos se esforzaba por impresionar, más sincero parecía.
Todo esto debe orquestarse con cuidado. Salpica tu serenidad con sorpresas; llega a un climax; sé breve y lacónico. Lo único que no puede fingirse es la seguridad en un mismo, el componente clave del carisma desde los días de Moisés. Si las cámaras delatan tu inseguridad, ningún truco del mundo te devolverá tu carisma. *Símbolo. El foco. Sin que el ojo la vea, una corriente que fluye por un alambre en un recipiente de vidrio genera un calor que se vuelve incandescencia. Todo lo que vemos es la luz. En la oscuridad reinante, el foco ilumina el camino.*

# Peligros.

Un agradable día de mayo de 1794, los ciudadanos de París se reunieron en un parque para el Festival del Ser Supremo. El centro de su atención era Maximilien de Robespierre, jefe del Comité de Salvación Pública y quien había concebido el festival. La idea era simple: combatir el ateísmo, "reconocer la existencia de un Ser Supremo y la Inmortalidad del Alma como las fuerzas rectoras del universo".
Ese fue el día de triunfo de Robespierre. De pie ante las masas enfundado en un traje azul cielo y medias blancas, él dio inicio a las festividades. La muchedumbre lo adoraba; después de todo, él había salvaguardado los propósitos de la Revolución francesa durante la intensa politiquería subsecuente. Un año antes, había puesto en marcha el Terror, que libró a la revolución de sus enemigos enviándolos a la guillotina. También había contribuido a guiar al país por una guerra contra austríacos y prusianos. La causa de que

las multitudes, y en particular las mujeres, lo amaran era su incorruptible virtud (vivía muy modestamente), su negativa a transigir, la pasión por la revolución que era evidente en todo lo que hacía y el lenguaje romántico de sus discursos, que no podían dejar de inspirar. Era un dios. El día era hermoso, y auguraba un gran futuro para la revolución. Dos meses después, el 26 de julio, Robespierre pronunció un discurso que, pensaba, aseguraría su lugar en la historia, pues se proponía sugerir el fin del Terror y una nueva era para Francia. Se rumoraba también que exigiría enviar a la guillotina un último puñado de personas, un último grupo que amenazaba la seguridad de la revolución. Al subir al estrado para dirigirse a la convención que gobernaba el país, Robespierre llevaba puesto el mismo atuendo que había usado el día del festival. Su discurso fue *largo,* de casi tres horas, e incluyó una apasionada descripción de los valores y virtudes que él había ayudado a proyectar. Habló asimismo de conspiraciones, traición, enemigos no identificados.

La reacción fue entusiasta, pero algo menor de lo habitual. El discurso había cansado a muchos representantes. Se alzó entonces una voz, de un hombre apellidado Bourdon, quien habló para oponerse a la publicación del discurso de Robespierre, una velada señal de reprobación. De pronto, otros se pusieron de pie en todas partes, y lo acusaron de vaguedad: había hablado de conspiraciones y amenazas sin mencionar a los culpables. Cuando se le pidió ser específico, él se negó, prefiriendo dar nombres después. Al día siguiente salió en defensa de su discurso, y los representantes lo abuchearon. Horas más tarde, Robespierre era el único en ser enviado a la guillotina. El 28 de julio, en medio de una concentración de ciudadanos que parecían de ánimo más jubiloso que el del Festival del Ser Supremo, la cabeza de Robespierre cayó a la canasta, entre vítores resonantes. El Tenor había terminado.

Muchos de quienes parecían admirar a Robespierre en realidad le guardaban hondo rencor: era tan virtuoso, tan superior, que resultaba opresivo. Algunos de esos hombres habían conjurado contra él y esperaban el menor signo de debilidad, que apareció ese fatídico día en que pronunció su último discurso. Al negarse a mencionar a sus enemigos, Robespierre había mostrado un deseo de poner fin al derramamiento de sangre, o temor a que lo atacaran antes de que pudiera hacerlos asesinar. Instigada por los conspiradores, esta chispa se convirtió en hoguera. En dos días, primero un órgano de gobierno y luego una nación se volvieron contra un carismático al que dos meses antes habían venerado. El carisma es tan volátil como las emociones que despierta. En la mayoría de los casos inspira sentimientos de amor. Pero estos sentimientos son difíciles de sostener. Los psicólogos hablan de la "fatiga erótica", los momentos posteriores al amor en los que te sientes cansado de él, resentido. La realidad se infiltra, el amor se vuelve odio. La fatiga erótica es una amenaza para todo carismático. El carismático suele conseguir amor actuando como salvador, rescatando a la gente He alguna circunstancia difícil; pero una vez que ésta se siente segura, el carisma es menos seductor para ella. Los carismáticos precisan del peligro y el riesgo. No son parsimoniosos burócratas; algunos preservan deliberadamente el peligro, como acostumbraban hacerlo De Gaulle y Kennedy, o como hizo Robespierre durante el Terror. Pero la gente se cansa de eso, y a la primera señal de debilidad la emprende contra uno. El amor que antes mostró será igualado por su odio de ahora.

La única defensa es dominar tu carisma. Tu pasión, tu cólera, tu seguridad te vuelven carismático, pero demasiado carisma durante demasiado tiempo produce fatiga, y el deseo de tranquilidad y orden. El mejor tipo de carisma se crea conscientemente y se mantiene bajo control. Cuando es necesario, puedes brillar con seguridad y fervor, inspirando a las masas. Pero terminada la aventura, puedes avenirte a la rutina, no eliminando la vehemencia sino reduciéndola. (Robespierre quizá planeó este paso, pero llegó un día tarde.) La gente admirará tu autocontrol y adaptabilidad. Su aventura amorosa contigo tenderá entonces al afecto usual entre los esposos. Incluso podrás parecer un poco aburrido, un poco simple, papel que también podría parecer carismático, si se ejecuta en forma correcta. Recuerda: el carisma depende del éxito, y la mejor manera de mantener el éxito tras la avalancha carismática inicial es ser práctico, y aun cauteloso. Mao tse-Tung era un hombre distante y enigmático que para muchos tenía un carisma que inspiraba temor reverente. Sufrió muchos reveses, que habrían representado el fin de un hombre menos hábil; pero tras cada retroceso, se retiraba, y se volvía práctico, tolerante y flexible, al menos por un tiempo. Esto lo protegía de los peligros de una Contrarreacción. Hay otra alternativa: asumir el papel del profeta armado. Según Maquiavelo, un profeta puede adquirir poder gracias a su personalidad carismática, pero no puede sobrevivir mucho tiempo sin una fuerza que respalde esa personalidad. Necesita un ejército. Las masas se cansarán de él; deberán ser forzadas. Ser un profeta armado no necesariamente implica armas, pero demanda un lado enérgico en tu carácter, que puedas respaldar con

acciones. Por desgracia, esto significa ser despiadado con tus enemigos mientras conservas el poder. Y nadie engendra enemigos más implacables que el carismático. Finalmente, no hay nada más peligroso que suceder a un carismático. Estos personajes son poco convencionales, y su dirección es de estilo personal, estampado con el desenfreno de su personalidad. A menudo dejan caos a su paso. Quien sucede a un carismático hereda un embrollo, que la gente no ve. Ella extraña a su inspirador y culpa al sucesor. Evita esta situación a toda costa. Si es ineludible, no pretendas continuar lo que el carismático empezó; sigue un nimbo nuevo. Siendo práctico, digno de confianza y franco puedes generar a menudo un extraño tipo de carisma por contraste. Así fue como Harry Truman no sólo sobrevivió al legado de Roosevelt, sino que estableció además su propio tipo de carisma.

# 9. - La estrella.

*La vida diaria es dura, y casi todos buscamos incesantemente huir de ella en sueños y fantasías. Las estrellas aprovechan esta debilidad; al distinguirse de los demás por su atractivo y característico estilo, nos empujan a mirarlas. Al mismo tiempo, son vagas y etéreas, guardan su distancia y nos dejan imaginar más de lo que existe. Su irrealidad actúa en nuestro inconsciente; ni siquiera sabemos cuánto las imitamos. Aprende a ser objeto de fascinación proyectando la brillante y escurridiza presencia de la estrella.*

Un día de 1922, en Berlín, Alemania, se anunció una audición para u papel de una joven voluptuosa en una película titulada *Tragedia de amor.* De los cientos de esforzadas actrices jóvenes que se presentaron, la mayoría hizo todo por llamar la atención del director de reparto, lo que incluía exhibirse. Entre ellas había una joven en la fila que iba vestida sencilla, y que no hizo ninguna de las desesperadas bufonerías de las demás chicas. Pero sobresalía de todas maneras.

Esta joven llevaba un cachorro con una correa, del que había colgado un elegante collar. El director de reparto se fijó en ella de inmediato. La observó parada en la fila, sosteniendo tranquilamente al perro en sus brazos, y muy reservada. Al fumar, sus gestos eran lentos y sugestivos. A él le fascinaron sus piernas y su rostro, la sinuosidad de sus movimientos, el dejo de frialdad en sus ojos. Cuando llegó al rente, él ya la había elegido. Se llamaba Marlene Dietrich.

Para 1929, cuando el director austroestadunidense Josef von Stern-berg llegó a Berlín a fin de empezar a trabajar en la película *Der blaue engel* (El ángel azul), Marlene, de veintisiete años, ya era muy conocida en el mundo del cine y el teatro de Berlín. Der *blaue Engel* trataba de una mujer, Lola-Lola, que explota sádicamente a los hombres, y la totalidad de las mejores actrices de Berlín querían el papel, salvo, al parecer, Marlene, quien hizo saber que lo consideraba degradante; von Sternberg debía elegir entre las demás *actrices* que tenía en mente. Poco después de su arribo a Berlín, sin embargo, Von Sternberg insistió a una función de una obra musical para ver a un actor al que consideraba para Der *blaue Engel.* La estrella de la obra era la Dietrich, y tan pronto como ella salió a escena, Von Sternberg descubrió que no podía quitarle los ojos de encima. Ella lo miraba directa, insolentemente, como hombre; y luego estaban esas piernas, y la forma en que ella se inclinaba provocativamente contra la pared. Von Sternberg se olvidó del actor que había ido a ver. Había hallado a su .Lola-Lola. Von Sternberg se las arregló para convencer a Marlene de que aceptara el papel, y se puso a trabajar de inmediato, moldeándola conforme a la Lola de su imaginación. Cambió su cabello, trazó una línea plateada bajo su nariz para hacerla parecer más fina, le enseñó a mirar a la cámara con la insolencia que había visto en el escenario. Cuando empezó el rodaje, Von Sternberg creó un sistema de iluminación justo para Marlene: una luz que la seguía a todas partes, estratégica-mente realzada por gasas y humo. Obsesionado con su "creación", iba con ella adondequiera. Nadie más podía acercársele. *Der blaue Engel* fue un gran éxito en Alemania. Marlene fascinó al público: esa mirada fría y brutal mientras extendía las piernas sentada en un taburete, dejando ver su ropa interior; su natural manera de llamar la atención en la pantalla. Aparte de Von Sternberg, también otros se obsesionaron con ella. Un hombre aquejado de cáncer, el conde Sascha Kolowrat, tenía un último deseo: ver las piernas de la Dietrich en persona. Ella lo complació, visitándolo en el hospital y levantándose la falda; él suspiró y dijo: "Gracias. Ya puedo morir tranquilo". Pronto Paramount Studios llevó a Marlene a Hollywood, donde en poco tiempo todo mundo hablaba de ella. En las fiestas, todos los ojos se volvían a mirarla cuando entraba al salón. Escoltada por los hombres más guapos de Hollywood,

vestía un conjunto tan bello como inusual: una piyama de lame dorado, un traje de marinero con quepis. Al día siguiente, su look era imitado por mujeres de toda la ciudad; más tarde llegaba a las revistas, e iniciaba así una tendencia totalmente nueva. El verdadero objeto de fascinación, era incuestionablemente el rostro de Marlene. Lo que cautivó a Von Sternberg fue su inexpresividad: con un simple truco de iluminación, logró que ese rostro hiciera lo que él quería. Más tarde Marlene dejó de trabajar con Von Sternberg, pero nunca olvidó lo que él le había enseñado. Una noche de 1951, Fritz Lang, quien estaba a punto de dirigirla en *Rancho Notorius* (Sucedió en un rancho), pasaba por su oficina cuando vio que una luz relampagueaba en la ventana. Temiendo un robo, bajó de su auto, subió las escaleras y se asomó por la rendija de la puerta: era Marlene, tomándose fotografías en el espejo para estudiar su rostro desde todos los ángulos. Marlene Dietrich podía distanciarse de sí misma: estudiar su rostro, sus piernas, su cuerpo como si fueran de otra persona. Esto le permitía moldear su aspecto, y transformar su apariencia para llamar la atención. Podía posar justo en la forma que más excitaría a un hombre, pues su inexpresividad permitía que él la viera según su fantasía, de sadismo, voluptuosidad o peligro. Y todos los hombres que la conocían, o la veían en la pantalla, fantaseaban interminablemente con ella. Este efecto operaba

también en las mujeres; en palabras de un escritor, la Dietrich proyectaba "sexo sin género". Pero esa distancia de sí le confería cierta frialdad, en el cine y en persona. Era como un objeto hermoso, algo por fetichizar y admirar como admiramos una obra de arte.
El fetiche es un objeto que impone una reacción emocional que nos hace insuflarle vida. Como es un objeto, podemos imaginar con él lo que queramos. La mayoría de las personas son demasiado temperamentales, complejas y reactivas para dejarnos verlas como objetos que podamos fetichizar. El poder de la estrella fetichizada procede de su capacidad para convertirse en objeto, aunque no en cualquiera, sino en un objeto que fetichizamos, que estimula una amplia variedad de fantasías. Las estrellas fetichizadas son perfectas, como la estatua de una deidad griega. El efecto es asombroso, y seductor. Su principal requisito es la distancia de sí. Si tú te ves como un objeto, otros lo harán también. Un aire etéreo e irreal agudizará este efecto.
Eres una pantalla en blanco. Flota por la vida sin comprometerte y la gente querrá atraparte y consumirte. De todas las partes de tu cuerpo que atraen esa atención fetichista, la más imponente es el rostro; así, aprende a afinar tu rostro como si fuera un instrumento, haciéndolo irradiar una vaguedad fascinadora e impresionante. Y como tendrás que distinguirte de otras estrellas en el cielo, deberás desarrollar un estilo que llame la atención. Marlene Dietrich fue la gran profesional de este arte; su estilo era tan chic que deslumbraba, tan extraño que embelesaba. Recuerda: tu imagen y presencia son materiales que puedes controlar. La sensación de que participas en esta especie de juego hará que la gente te considere superior y digno de imitación.
*Poseía tal aplomo natural, [... ] tal economía de gestos, que era tan absorbente como un Modigliani. [... ] Tenía la cualidad esencial de las estrellas: podía ser espléndida sin hacer nada.*
—Lili Darvas, actriz de Berlín, sobre Marlene Dietrich.

## La estrella mítica.

El 2 de julio de 1960, semanas antes de la convención nacional del partido demócrata, el expresidente de Estados Unidos Harry Truman declaró públicamente que John F. Kennedy —quien había obtenido suficientes delegados para que se le eligiera candidato de su partido a la presidencia— era demasiado joven e inexperto para el puesto. La reacción de Kennedy fue sorprendente: convocó a una conferencia de prensa para ser televisada en vivo a toda la nación, el 4 de lulio. La teatralidad de esa conferencia fue aún mayor por el hecho de que Kennedy estaba de vacaciones, así que nadie lo vio ni supo de él hasta el evento mismo. A la hora convenida, Kennedy entró a la sala como un sheriff que llegara a Dodge City. Empezó diciendo que había contendido en todas las elecciones primarias estatales, con una considerable inversión de dinero y esfuerzo, y que había vencido contundentemente a sus adversarios. ¿Quién era Truman para burlar el proceso democrático? "Este es un país joven", continuó, alzando la §oz, "fundado por hombres jóvenes, [...] que siguen siendo jóvenes de corazón. [...] El mundo está cambiando, mas no así los antiguos métodos. [...] Es momento de que una nueva generación de líderes haga frente a nuevos problemas y oportunidades." Aun los enemigos de Kennedy coincidieron en que su discurso fue estremecedor. Volteó la impugnación de Truman: el problema no era su propia inexperiencia, sino el monopolio del poder de la antigua generación. Su estilo
fue tan elocuente como sus palabras, porque su actuación evocó las películas de la época: Alan Ladd en *Shane* (Shane) enfrentando a rancheros viejos y corruptos, o James Dean en *Rebel Without a Cause* (Rebelde sin causa). Incluso, Kennedy se parecía a Dean, particularmente en su aire de fría indiferencia.
Meses después, ya aprobado como candidato presidencial demócrata, Kennedy se puso en guardia contra su adversario republicano, Richard Nixon, en su primer debate televisado a toda la nación. Nixon era perspicaz; sabía las respuestas a las preguntas y debatía con aplomo, citando estadísticas sobre los logros del gobierno de Eisenhower, en el que había sido vicepresidente. Pero a la luz de las cámaras, en la televisión en blanco y negro, era una figura espectral: su crecida barba disimulada con maquillaje, marcas de sudor en la frente y las mejillas, el rostro descompuesto por la fatiga, los ojos inquietos y parpadeantes, rígido el cuerpo. ¿Qué le preocupaba tanto? El contraste con Kennedy era notorio. Si Nixon sólo veía a su contrincante, Kennedy miraba al público, haciendo contacto visual con los espectadores, dirigiéndose a ellos en la sala de su casa como ningún político lo había hecho antes. Si Nixon se ocupaba de datos y engorrosos temas de debate, Kennedy hablaba de libertad, de crear una nueva sociedad, de recuperar el espíritu pionero de Estados Unidos. Su actitud era sincera y enfática. Sus palabras no eran específicas, pero hizo imaginar a sus oyentes un futuro maravilloso. Un día después del debate, las cifras de Kennedy en las encuestas subieron milagrosamente, y en todas partes era recibido por multitudes de jóvenes mujeres, que gritaban y saltaban. Con su bella esposa Jackie a su lado, él era una especie de príncipe democrático. Para entonces, sus apariciones en la televisión eran verdaderos acontecimientos. A su debido tiempo se le eligió presidente, y su discurso de toma de posesión, también transmitido por televisión, fue muy

emocionante. Era un frío día de invierno. Al fondo, sentado, Eisenhower parecía viejo y rendido, acurrucado en su abrigo y su bufanda. Kennedy, en cambio, se dirigió a la nación de pie, sin sombrero ni abrigo: "No creo que nadie sustituya a ninguna otra persona o generación. La energía, la fe, la devoción que pongamos en este empeño iluminarán a nuestro país y a todo aquel que le sirva, y el brillo de esa hoguera realmente puede iluminar al mundo". En los meses siguientes, Kennedy dio innumerables conferencias de prensa en vivo ante las cámaras de la televisión, algo que ningún presidente estadunidense anterior se había atrevido a hacer. Frente al pelotón de fusilamiento de las lentes y las preguntas, era intrépido, y hablaba con serenidad y cierta ironía. ¿Qué pasaba detrás de esos ojos, de esa sonrisa? La gente quería saber más sobre él. Las revistas bombardeaban a sus lectores con información: fotografías de Kennedy con su esposa e hijos, o jugando fútbol americano en el jardín de la Casa Blanca; entrevistas que lo presentaban como devoto padre de , familia, aunque también se codeaba con estrellas glamurosas. Todas las imágenes se fundían: la carrera espacial, el Cuerpo de Paz, Kennedy enfrentando a los soviéticos durante la crisis de los misiles en Cuba, justo como había encarado a Truman.
Tras el asesinato de Kennedy, Jackie dijo en una entrevista que, antes de acostarse, él acostumbraba oír la banda sonora de obras musicales de Broadway, y que su favorita era *Camelot,* con estos versos: "Que no se olvide / que una vez hubo / como un efluvio / un Came-lot". Volvería a haber grandes presidentes, dijo Jackie, pero nunca "otro Camelot". El nombre "Camelot" pareció gustar, e hizo que los mil días de Kennedy en el cargo resonaran como un mito.
La seducción del pueblo estadunidense por Kennedy fue consciente y calculada. También fue más propia de Hollywood que de Washington, lo cual no es de sorprender: el padre de Kennedy, Joseph, había sido productor de cine, y Kennedy mismo había pasado tiempo en Hollywood, conviviendo con actores e intentando saber qué los hacía estrellas. Le impresionaban en particular Cary Cooper, Montgomery Clift y Cary Grant; solía llamar a este último para pedirle consejo.
Hollywood había hallado formas de unir a todo el país en torno a ciertos temas, o mitos, con frecuencia el gran mito estadunidense del Oeste. Las grandes estrellas encarnaban tipos míticos: John Wayne al patriarca, Clift al rebelde prometeico, Jimmy Stewart al héroe noble, Marilyn Monroe a la sirena. Ellos no eran meros mortales, sino dioses y diosas con quienes soñar y fantasear. Todos los actos de Kennedy se enmarcaron en las convenciones de Hollywood. No discutía con sus adversarios: los enfrentaba teatralmente. Posaba, y en formas visualmente atractivas, ya fuera con su esposa, sus hijos o solo. Copiaba las expresiones faciales, la presencia, de un Dean o un Cooper. No se ocupaba de detalles políticos, pero hablaba extasiado de grandes temas míticos, la clase de temas que podían unir a una nación dividida. Y todo esto estaba calculado para la televisión, porque Kennedy existió principalmente como imagen televisiva. Su imagen perseguía en sueños a los estadunidenses. Mucho antes de su asesinato, atrajo e-fantasías de la inocencia perdida de Estados Unidos con su llamado a un renacimiento del espíritu pionero, una Nueva
Frontera.
De todos los tipos de personalidad, la estrella mítica es quizá el más impactante. A la gente se le divide en toda índole de categorías de percepción consciente: raza, género, clase, religión, política. Así, es imposible obtener poder a gran escala, o ganar una elección, valiéndose del conocimiento consciente; un llamado a cualquier grupo sólo alejará a otro. Pero inconscientemente compartimos muchas cosas.
Todos somos mortales, todos conocemos el temor, todos llevamos impresa en nosotros la huella de nuestras figuras paternas; y nada evoca mejor esta experiencia compartida que un mito. Las pautas del mito, nacidas de los sentimientos encontrados de la indefensión y el ansia de inmortalidad, están profundamente grabadas en todos nosotros. Las estrellas míticas son figuras de mitos que cobran vida. Para apropiarte de su poder, primero debes estudiar la presencia física de esas figuras: cómo adoptan un estilo distintivo, y cómo son increíble y visualmente deslumbrantes. Luego debes asumir la actitud de una figura mítica: el rebelde, el patriarca o la matriarca sabio, el aventurero. (La actitud de una estrella que ha adoptado una de esas poses míticas podría ser la clave.) Vuelve vagas estas asociaciones; nunca deben ser obvias para la mente consciente. Tus palabras y actos han de invitar a la interpretación más allá de su apariencia superficial; debes dar la impresión de no interesarte en asuntos y detalles específicos y triviales, sino en cuestiones de vida y muerte, amor y odio, autoridad y caos. Tu contrincante, de igual modo, debe ser encuadrado no meramente como enemigo por razones ideológicas o de competencia, sino como un villano, una forma demoniaca. La gente es sumamente susceptible al mito, así que conviértete en protagonista de un gran drama. Y mantén tu distancia: que la gente se identifique contigo sin que pueda tocarte. Que sólo pueda mirar y soñar.
*La vida de Jack tuvo más que ver con el mito, la magia, la leyenda, la saga y el cuento que con la teoría o la ciencia políticas.*
—Jacqueline Kennedy, una semana después de la muerte de John Kennedy.

# Claves de personalidad.

La seducción es una forma de persuasión que busca eludir la conciencia, incitando en cambio a la mente inconsciente. La razón de esto es simple: estamos rodeados de tantos estímulos que compiten por nuestra atención, bombardeándonos con mensajes obvios, y de tantas personas con intereses abiertamente políticos y manipuladores, que rara vez nos encantan o engañan. Nos hemos vuelto crecientemente cínicos. Trata de persuadir a una persona apelando a su conciencia, diciendo lo que quieres, mostrando todas tus cartas, ¿y qué esperanza te queda? Serás sólo una irritación más por eliminar. Para evitar esta suerte, debes aprender el arte de la insinuación, de llegar al inconsciente. La expresión más vivida del inconsciente es el sueño, el cual se relaciona intrincada mente con el mito; al despertar de un sueño, a menudo permanecen en nosotros sus imágenes y mensajes ambiguos. Los sueños nos obsesionan porque combinan realidad e irrealidad. Están repletos de personajes reales, y suelen tratar de situaciones reales, pero son maravillosamente irracionales, llevando la realidad al extremo del delirio. Si todo en un sueño fuera realista, no tendría ningún poder sobre nosotros; si todo fuera irreal, nos sentiríamos menos envueltos en sus placeres y temores. Su fusión de ambos elementos es lo que lo vuelve inquietante. Esto es lo que Freud llamó lo "misterioso": algo que parece extraño y conocido a la vez.
A veces experimentamos lo misterioso estando despiertos: en un *déjá vu,* una coincidencia milagrosa, un raro suceso que recuerda una experiencia de la infancia. La gente puede tener un efecto similar. Los gestos, las palabras, el ser mismo de hombres como Kennedy o Andy Warhol, por ejemplo, evocan algo tanto real como irreal: quizá no nos demos cuenta de ello (y cómo podríamos hacerlo, en verdad), pero estos individuos son como figuras oníricas para nosotros. Tienen cualidades que los anclan en la realidad —sinceridad, picardía, sensualidad—, pero al mismo tiempo su distancia, su superioridad, su casi surrealismo los hacen parecer como salidos de una película. Este tipo de personas tienen un efecto inquietante *y* obsesivo en nosotros. En público o en privado, nos seducen, y hacen que deseemos poseerlas, tanto física como psicológicamente. Pero ¿cómo podemos poseer a una persona emergida de un sueño, o a una estrella de cine o de la política, o incluso a un encantador real, como un Warhol, que podría cruzarse en nuestro camino? Incapaces de tenerlos, nos obsesionamos con ellos: nos persiguen en nuestras ideas, nuestros sueños, nuestras fantasías. Los imitamos inconscientemente. El psicólogo Sándor Ferénczi llama a esto "introyección": una persona se vuelve parte de nuestro ego, interiorizamos su
carácter. Este es el insidioso poder seductor de una estrella, un poder del que puedes apropiarte convirtiéndote en un código, una mezcla de lo real y lo irreal. La mayoría de las personas es extremadamente banal; es decir, demasiado real. Tú debes hacerte etéreo. Que tus palabras y actos parezcan proceder de tu inconsciente, tener cierta soltura. Te contendrás, pero ocasionalmente revelarás un rasgo que hará preguntarse a la gente si en verdad te conoce.
La estrella es una creación del cine moderno. Esto no es ninguna sorpresa: el cine recrea el mundo de los sueños. Vemos una película en la oscuridad, en un estado de semisomnolencia. Las imágenes son bastante reales, y en diversos grados describen situaciones realistas, pero son proyecciones, luces intermitentes, imágenes: sabemos que no son reales. Es como si viéramos el sueño de otra persona. Fue el cine, no el teatro, el que creó a la estrella.
En un escenario, los actores están lejos, perdidos entre la gente, y son demasiado reales en su presencia corporal. Lo que permitió al cine fabricar a la estrella fue el close-up, que separa de pronto a los actores de su contexto, llenando tu mente con su imagen. El close-up parece revelar algo no tanto sobre el personaje que los actores interpretan como sobre sí mismos. Vislumbramos algún aspecto de la propia Greta Garbo cuando la vemos tan cerca a la cara. Nunca olvides esto mientras te forjas como estrella. Primero, debes tener una presencia tan desbordante que llene la mente de tu objetivo como un clóse-up llena la pantalla. Debes poseer un estilo o presencia que te distinga de los demás. Sé vago e irreal, pero no distante ni ausente: no se trata de que las personas no puedan contemplarte ni recordarte. Tienen que verte en su mente cuando no estás con ellas. Segundo, cultiva un rostro inexpresivo y misterioso, el centro que irradia tu estelaridad. Esto le permitirá a la gente ver en ti lo que quiere, imaginar que puede advertir tu carácter, y aun tu alma. En vez de indicar estados anímicos y emociones, en vez de emocionar o exaltar, la estrella despierta interpretaciones. Este fue el poder obsesivo del rostro de Greta o de Marlene, e incluso de Kennedy, quien adecuó sus expresiones a las de James Dean.
Un ser vivo es dinámico y cambiante, mientras que un objeto o imagen es pasivo; pero en su pasividad estimula nuestras fantasías. Una persona puede obtener ese poder volviéndose una suerte de objeto. El conde de Saint-Germain, gran charlatán del siglo XVIII, fue en muchos sentidos un precursor de la estrella. Aparece de súbito en la ciudad, nadie sabía de dónde; hablaba muchos idiomas, pero su acento no era de ningún país. Tampoco se sabía su edad: no era joven, desde luego, pero su cara ofrecía un aspecto saludable. Sólo salía de noche. Siempre vestía de negro, y portaba joyas espectaculares. Al llegar a la corte de Luis XV, causó sensación al instante; sugería riqueza, pero nadie conocía la fuente de ésta. Hizo creer al rey y a Madame de Pompadour

que tenía fantásticos poderes, entre ellos la capacidad de convertir materiales vulgares en oro (el don de la piedra filosofal), pero jamás se atribuyó grandezas; todo era insinuación. Nunca decía sí o no, sólo quizá. Se sentaba a cenar, pero nunca se le vio ingerir alimento. Una vez regaló a Madame de Pompadour una caja de dulces que cambiaba de color y apariencia dependiendo de cómo se le sostuviera; este cautivador objeto, dijo ella, le recordaba al propio conde. Saint-Germain pintaba los cuadros más extraños nunca antes vistos: los colores eran tan vibrantes que, cuando pintaba joyas, la gente creía que eran reales. Los pintores desesperaban por conocer sus secretos, pero él no los reveló jamás. Se iba de la ciudad como había llegado: de repente y en silencio. Su mayor admirador fue Casanova, quien lo conoció y no lo olvidó nunca. Nadie dio crédito a su muerte; años, décadas, un siglo después la gente seguía segura de que se ocultaba en alguna parte. Una persona con poderes como los suyos nunca muere.

El conde de Saint-Germain tenía todas las cualidades de la estrella. Todo lo relativo a él era ambiguo y estaba abierto a interpretaciones. Original y apasionado, se distinguía de la muchedumbre. La gente lo creía inmortal, tal como una estrella parece nunca envejecer ni desaparecer. Sus palabras eran como su presencia: fascinantes, diversas, extrañas, de significado oscuro. Ese es el poder que puedes ejercer transformándote en un objeto centellante.

AndyWarhol también obsesionaba a todos los que lo conocían. Poseía un estilo distintivo —esas pelucas plateadas—, y su rostro era inexpresivo y misterioso. La gente no sabía nunca qué pensaba; como sus cuadros, era pura superficie. En la cualidad de su presencia, Warhol y Saint'Germain recuerdan los grandes cuadros de *trompe l'oeil* del siglo XVII, o los grabados de M. C. Escher: fascinantes mezclas de realismo e imposibilidad, que hacen que la gente se pregunte si son reales o imaginarias.

Una estrella debe sobresalir, y esto puede implicar cierta vena dramática, como la que la Dietrich revelaba al aparecer en fiestas. A veces, incluso puede crearse un efecto más inquietante e irreal con toques sutiles: tu manera de fumar, una inflexión de la voz, un modo de andar. A menudo son las pequeñas cosas las que impresionan a la gente, y la llevan a imitarte: el mechón sobre el ojo derecho de Verónica Lake, la voz de Cary Grant, la sonrisa irónica de Kennedy. Aunque la mente consciente apenas puede registrar esos matices, subliminalmente éstos pueden ser tan atractivos como un objeto de forma llamativa o color raro. Por extraño que parezca, inconscientemente nos atraen cosas que no tienen ningún significado más allá de su apariencia fascinante. Las estrellas hacen que queramos saber más de ellas. Debes aprender a despertar la curiosidad de la gente dejándola vislumbrar algo de tu vida privada, algo que parezca revelar un elemento de tu personalidad. Déjala fantasear e imaginar. Un rasgo que suele detonar esta reacción es un dejo de espiritualidad, la cual puede ser sumamente seductora, como el interés de James Dean en la filosofía oriental y el ocultismo. Indicios de bondad y generosidad pueden tener un efecto semejante. Las estrellas son como los dioses del monte Olimpo, que viven para el amor y el juego. Lo que te agrada —personas, pasatiempos, animales— revela el tipo de belleza moral que a la gente le gusta ver en una estrella. Explota este deseo mostrando asomos de tu vida privada, las causas por las que luchas, la persona de la que estás enamorado (por el momento).

Otra forma en que las estrellas seducen es haciendo que nos identifiquemos con ellas, lo cual nos concede un estremecimiento vicario. Esto fue lo que hizo Kennedy en su conferencia de prensa sobre Truman: al ubicarse como un joven injuriado por un viejo, evocando así un conflicto generacional arquetípico, hizo que los jóvenes se identificaran con él. (Para esto le sirvió la popularidad de la figura del adolescente marginado y vilipendiado de las películas hollywoodenses.) La clave es representar un tipo, así como Jimmy Stewart representaba al estadunidense promedio y Cary Grant al aristócrata impasible. La gente de tu tipo gravitará hacia ti, se identificará contigo, compartirá tu alegría o tristeza. La atracción debe ser inconsciente, y no han de transmitirla tus palabras sino tu pose, tu actitud. Hoy más que nunca la gente es insegura, y su identidad cambia sin cesar. Ayúdala a decidirse por un papel en la vida y se identificará contigo por completo. Simplemente haz que tu tipo sea dramático, visible y fácil de imitar. El poder que tendrás para influir de esta forma en el concepto de sí de la gente será insidioso y profundo. Recuerda: todos somos intérpretes. La gente nunca sabe con exactitud qué sientes o piensas; te juzga por tu apariencia. Eres un actor. Y los actores más eficaces tienen una distancia interior consigo: al igual que Marlene, pueden moldear su presencia física como si la percibieran desde afuera. Esa distancia interior nos fascina. Las estrellas se burlan de sí mismas, ajustan siempre su imagen, la adaptan a los tiempos. Nada es más risible que una imagen que estuvo de moda hace diez años pero que ya no lo está. Las estrellas deben renovar constantemente su lustre, o enfrentarán la peor de las suertes posibles: el olvido. *Símbolo. El ídolo. Una piedra tallada hasta formar un dios, quizá fulgurante de joyas y oro. Los ojos de los fieles le dan vida, imaginándola con poderes reales. Su forma les permite ver lo que quieren —un dios—, pero sólo es una piedra. El dios vive en su imaginación.*

## Peligros.

Las estrellas crean ilusiones gratas a la vista. El peligro es que la gente se canse de ellas — que la ilusión ya no fascine— y se vuelva hacia otra estrella. Deja que esto suceda y te será muy difícil recuperar tu lugar en la galaxia. Debes preservar en ti las miradas a toda costa. No te preocupes por la mala fama, o la calumnia; somos muy indulgentes con nuestras estrellas. Tras su muerte, todo tipo de desagradables verdades sobre el presidente Kennedy salieron a la luz: sus romances interminables, su adicción al riesgo y al peligro. Nada de esto redujo su atractivo, y de hecho la gente sigue considerándolo uno de los grandes presidentes de Estados Unidos. Errol Flynn enfrentó muchos escándalos, incluido un famoso caso de violación: sólo aumentaron su imagen de libertino. Una vez que la gente reconoce a una estrella, toda clase de publicidad, aun la mala, sencillamente alimenta su obsesión. Claro que puedes excederte: a las personas le gusta que una estrella posea una hermosura ilimitada, y demasiada flaqueza humana la desilusionará al cabo. Aun así, la publicidad negativa es menos peligrosa que desaparecer mucho tiempo o distanciarte demasiado. No podrás perseguir a la gente en sus sueños si nunca te ve. Al mismo tiempo, no puedes permitir que el público te conozca demasiado, o que tu imagen se vuelva predecible. La gente se volverá contra ti en un instante si empiezas a aburrirla, porque el aburrimiento es el supremo mal social.

Quizá el mayor peligro que enfrentan las estrellas es la incesante atención que suscitan. La atención obsesiva puede volverse desconcertante, y algo peor aún. Tal como podría atestiguar cualquier mujer atractiva, cansa ser mirado todo el tiempo, y el efecto puede ser destructivo, como lo demuestra el caso de Marilyn Monroe. La solución es desarrollar el tipo de distancia de sí que tenía Marlene: toma con reservas la atención y la idolatría, y no pierdas objetividad. Aborda juguetonamente tu imagen. Pero, sobre todo, nunca te obsesiones con la obsesiva cualidad del interés de la gente en ti.

# 10. El antiseductor.

Los seductores te atraen por la atención concentrada e individualizada que te prestan. Los antiseductores son lo contrario: inseguros, ensimismadas e incapaces de entender la psicología de otra persona; literalmente repelen. Los antiseductores no tienen conciencia de sí mismos, y jamás reparan en cuándo fastidian, imponen, hablan demasiado. Carecen de sutileza para crear el augurio de placer que la seducción requiere. Erradica de ti los rasgos antiseductores y reconócelos en otros; tratar con un antiseductor no es placentero ni provechoso.

## Tipología de los antiseductores.

Los antiseductores pueden adoptar muchas formas y clases, pero casi todos comparten un atributo, el origen de su fuerza repelente: la inseguridad. Todos somos inseguros, y sufrimos por ello. Pero a veces podemos superar esa sensación: un compromiso seductor puede sacarnos de nuestro usual ensimismamiento; y en el grado en que seducimos o somos seducidos, nos sentimos apasionados y seguros. Los antiseductores, en cambio, son hasta tal punto inseguros que es imposible atraerlos al proceso de la seducción. Sus necesidades, sus ansiedades, su apocamiento los cierran. Interpretan la menor ambigüedad de tu parte como un desaire a su ego; ven el mero indicio de alejamiento como traición, y es probable que se quejen amargamente de eso. Parece fácil: los antiseductores repelen, así que son repelidos: evítalos. Desafortunadamente, a muchos antiseductores no se les puede detectar como tales a primera vista. Son más sutiles, y a menos que tengas cuidado te atraparán en una relación muy insatisfactorio. Busca pistas de su ensimismamiento e inseguridad: quizá son mezquinos, o discuten con inusual tenacidad, o son hipercríticos. Tal vez te colman de elogios inmerecidos, y te declaran su amor antes de saber nada acerca de ti. O, sobre todo, no prestan atención a los detalles. Como no pueden ver lo que te vuelve diferente, son incapaces [sorprenderte con una atención matizada.

Es crucial reconocer los rasgos antiseductores no sólo en los demás, sino también en nosotros mismos. En el carácter de casi todos están latentes uno o dos de los rasgos del antiseductor, y en la medida en que podamos erradicarlos conscientemente, seremos más seductores. La falta de generosidad, por ejemplo, no necesariamente indica antiseducción si es el único defecto de una persona; pero una persona mezquina rara vez es atractiva de verdad. La seducción implica abrirte, así sea sólo para engañar; ser incapaz de dar dinero suele significar ser

incapaz de dar en general. Destierra la mezquindad. Es un impedimento para el poder y una falta grave en la seducción.
Lo mejor es deshacerse pronto de los antiseductores, antes de que hundan sus ávidos tentáculos en ti, así que aprende a identificar las señales que los distinguen. Estos son los principales tipos.
El *bruto.* Si la seducción es una especie de ceremonia o ritual, parte del placer es su duración: el tiempo que tarda, la espera que intensifica la expectación. Los brutos no tienen paciencia para estas cosas; les interesa su placer, no el tuyo. Ser paciente es demostrar que piensas en la otra persona, lo que nunca deja de impresionar. La impaciencia tiene el efecto opuesto: como suponen que estás tan interesado en ellas que no tienen razón para esperar, los brutos ofenden con su egoísmo. Bajo ese egotismo suele haber también un corrosivo complejo de inferioridad, así que si los desdeñas o los haces esperar, reaccionan en forma exagerada. Si sospechas que tratas con un bruto, aplica una prueba: haz esperar a esa persona. Su reacción te dirá todo lo que necesitas saber.
El *sofocador.* Los sofocadores se enamoran de ti antes siquiera de que estés semiconsciente de su existencia. Esta inclinación es engañosa —podrías pensar que te consideran avasallador—, porque el hecho es que padecen un vacío interior, un profundo pozo de necesidades que no se puede llenar. Jamás te enredes con sofocadores; es casi imposible librarte de ellos sin un trauma. Se afeitan a ti hasta que te obligan a retirarte, tras de lo cual te asfixian con culpas. Tendemos a idealizar al ser amado, pero el amor tarda en desarrollarse. Reconoce a los sofocadores por lo rápido que te adoran. Tanta admiración podría dar un momentáneo impulso a tu ego, pero en el fondo sentirás que esas intensas emociones no se relacionan con nada que hayas hecho. Confía en tu intuición. Una subvariante del sofocador es el tapete, la persona que te imita de modo servil. Identifica pronto a este tipo viendo si es capaz de tener una idea propia. La imposibilidad de discrepar de ti es mala señal.
*El moralizador.* La seducción es un juego, y debe practicarse con buen humor. En el amor y la seducción todo se vale; la moral no cabe nunca en este marco. Pero el carácter del moralizador es rígido. Se trata de personas que siguen ideas fijas e intentan hacer que te pliegues a sus normas. Quieren que cambies, que seas mejor, así que no cesan de criticarte y juzgarte: tal es su gusto en la vida. Lo cierto es que sus ideas morales se derivan de su infelicidad, y esas mismas ideas encubren el deseo de los moralizadores de dominar a quienes los rodean. Su incapacidad para adaptarse y disfrutar les hace fáciles de reconocer; su rigidez mental también puede ser acompañada de tensión física. Resulta difícil no tomar sus críticas como algo personal, así que es mejor evitar su presencia y sus venenosos comentarios.
El *avaro.* La tacañería indica algo más que un problema con el dinero. Es una señal de algo refrenado en el carácter de una persona, algo que le impide soltarse o correr riesgos. Este es el rasgo más antiseductor de todos, y no te puedes permitir ceder a él. La mayoría de los avaros no se dan cuenta de que tienen un problema; creen que cuando dan migajas a alguien, son generosos. Examínate con atención: tal vez seas más tacaño de lo que piensas. Intenta dar más, tanto dinero como de ti mismo, y descubrirás el potencial de seducción de la generosidad selectiva. Claro que debes mantener tu generosidad bajo control. Dar demasiado podría ser un signo de desesperación, de que quieres comprar a alguien.
El *farfullador.* Los farfulladores son personas cohibidos, y su cohibición acentúa la tuya. Al principio podrías creer que piensan en ti al grado de volverse torpes. Pero de hecho sólo piensan en sí mismos: les preocupa su aspecto, o las consecuencias para ellos de su tentativa de seducirte. Su inquietud suele ser contagiosa: pronto te preocuparás también, por ti. Los farfulladores llegan rara vez a las últimas etapas de la seducción; pero si lo hacen, también echan a perder eso. En la seducción, el arma clave es la audacia, lo que priva de tiempo al objetivo para detenerse a pensar. Los farfulladores no tienen sentido de la oportunidad. Podría parecerte divertido tratar de instruirlos o educarlos; pero si siguen farfullando pasada cierta edad, es muy probable que su caso sea irremediable: son incapaces de salir de sí mismos.
*El locuaz.* La seducción más *efectiva se* lleva a cabo con miradas, acciones indirectas, señuelos físicos. Las palabras ocupan un lugar aquí, pero demasiadas romperán por lo general el encanto, agudizando así las diferencias superficiales y sobrecargando la situación. La gente que habla mucho suele hablar de sí misma. Jamás adquirió esa voz interior que pregunta: "¿Te estoy aburriendo?'. Ser locuaz es tener un egoísmo muy arraigado. Nunca interrumpas ni discutas con personas de este tipo; eso sólo estimulará su charlatanería. Aprende a toda costa a controlar tu lengua.
*El reactor. Lo*s reactores son demasiado sensibles, no a ti sino a su ego. Examinan todas y cada una de tus palabras y actos buscando señales de desaires a su vanidad. Si retrocedes estratégicamente, como aveces deberás hacerlo en la seducción, cavilarán y arremeterán contra ti. Son propensos a quejarse y gimotear, dos rasgos muy antiseductores. Ponlos a prueba contando un chiste moderado a sus expensas: todos deberíamos poder reírnos un poco de nosotros mismos, pero el reactores incapaz de hacerlo. Puedes adivinar resentimiento en sus ojos. Elimina todos los rasgos reactivos de tu carácter: repelen inconscientemente a la gente.
*El vulgar.* Los vulgares no ponen atención a los detalles, tan importantes en la seducción. Puedes comprobar esto en su apariencia personal —su ropa es de mal gusto desde cualquier punto de vista— y en sus actos: ignoran que a veces es mejor controlarse, no ceder a los propios impulsos. Los vulgares: dicen todo en público.

No tienen sentido de la oportunidad y rara vez están en armonía con tus gustos. La indiscreción es señal segura del vulgar (contar a otros el romance entre ustedes, por ejemplo); este acto podría parecer impulsivo, pero su verdadera fuente es el egoísmo radical de los vulgares, su incapacidad para verse como los demás los ven. Más que sólo evitarlos, conviértete en su contrario: tacto, estilo y atención a los detalles son *todos* ellos requisitos básicos de un seductor.

# Ejemplos de antiseductor.

1. - A Claudio, cuyo abuelastro fue el gran emperador romano Augusto, se le consideraba un tanto imbécil cuando joven, y casi toda su familia lo maltrataba. Su sobrino Calígula, nombrado emperador en 37 d.C, se divertía torturándolo: lo obligaba a dar vueltas al palacio corriendo a toda prisa en castigo por su estupidez, bacía que se le ataran sandalias sucias a las manos durante la cena, etcétera. Cuando se hizo mayor, Claudio pareció volverse más torpe todavía; mientras que todos sus parientes vivían bajo constante amenaza de asesinato, a él se le dejó en paz. Así, sorprendió enormemente a todos, incluso a él mismo, que cuando, en 41 d.C, un conciliábulo militar asesinó a Calígula, también lo proclamara emperador. Sin deseos de mandar, él delegó casi todo el gobierno a confidentes (un grupo de libertos), y dedicaba su tiempo a hacer lo que más le gustaba: comer, beber, jugar y putañear.
La esposa de Claudio, Valeria Mesalina, era una de las mujeres más bellas de Roma. Aunque él parecía quererla, no le prestaba atención, y ella comenzó a tener aventuras. Al principio fue discreta; pero al paso de los años, provocada por el descuido de su esposo, se volvió crecientemente libertina. Mandó construir en su palacio una habitación en la que recibía a numerosos hombres, haciendo hasta lo imposible por imitar a la prostituta más famosa de Roma, cuyo nombre estaba escrito en la puerta. Quien rechazaba sus insinuaciones era ejecutado. Casi todos en Roma sabían de estas travesuras, pero Claudio no decía nada; parecia indiferente a ellas.
Tan grande era la pasión de Mesalina por su amante favorito, Gayo Silio, que decidió casarse con él, pese a que ambos ya estaban casados. En ausencia de Claudio, celebraron una ceremonia nupcial, autorizada por un contrato de matrimonio que el propio Claudio firmó con engaños. Tras la ceremonia, Gayo se mudó al palacio. Esta vez, la consternación y repulsa de la ciudad entera finalmente obligaron a actuar a Claudio, quien ordenó la ejecución de Gayo y otros amantes de Mesalina, aunque no de ésta. No obstante, una banda de soldados, enardecidos por el escándalo, le dieron caza y la apuñalaron. Informado de ello, el emperador se limitó a ordenar más vino y siguió comiendo. Varías noches después, y para asombro de sus esclavos, preguntó por qué la emperatriz no lo acompañaba a cenar.
Nada enfurece más que no recibir atención. En el proceso de la seducción, quizá debas retroceder en ocasiones, y someter a duda a tu [ objetivo. Pero la desatención prolongada no sólo romperá el encanto I de la seducción, sino que también podría engendrar odio. Claudio fue un caso extremo de esta conducta. Su insensibilidad fue producto de la necesidad: actuar como imbécil le permitió ocultar su ambición y protegerse entre competidores peligrosos. Pero la insensibilidad se le hizo una segunda naturaleza. Se volvió descuidado, y ya no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Su desatención tuvo un efecto profundo en su esposa: ¿cómo podía un hombre, se preguntaba Mesalina, en especial tan poco atractivo como Claudio, no reparar en ella, o no inquietarse por sus aventuras con otros? Pero nada de lo que ella hacía parecía importarle. Claudio representa el extremo, pero el espectro de la desatención es amplio. Muchas personas ponen muy poco cuidado en los detalles, [ las señales que otra persona emite. Sus sentidos están embotados por | el trabajo, las dificultades, el ensimismamiento. Esta desactivación de , la carga seductora entre dos personas se ve con frecuencia, sobre todo entre parejas de muchos años. Llevado más lejos, esto provoca enojo, resentimiento. A menudo, el miembro engañado de la pareja fue el mismo que inició la dinámica, con pautas de desatención.
2. - En 1639, un ejército francés sitió y tomó la ciudad italiana de Turín. Dos oficiales franceses, el caballero (más tarde conde) de Grammont y su amigo Matta, decidieron dirigir su atención a las hermosas mujeres de aquella ciudad. Las esposas de algunos de los más ilustres hombres de Turín eran más que susceptibles a ello: sus maridos estaban ocupados, y tenían amantes. El único requisito de las esposas fue que los pretendientes se atuvieran a las reglas de la galantería.
El caballero y Matta hallaron pareja muy rápido: el caballero eligió a la hermosa Mademoiselle de Saint-Germain, quien pronto sería prometida en matrimonio, y Matta ofreció sus servicios a una mujer más madura y experimentada, Madame de Señantes. El caballero dio en vestirse de verde, y Matta de azul, los colores favoritos de sus damas. El segundo día de su cortejo, las parejas visitaron un palacio fuera de la ciudad. El caballero fue todo encanto, e hizo que Mademoiselle : de Saint-Germain riera a rienda suelta de sus ocurrencias, pero a Matta no le fue tan bien: no tenía paciencia para la galantería, así que cuando Madame de Señantes y él dieron un paseo, le apretó la mano y le declaró osadamente su afecto. La dama se horrorizó, desde luego, y cuando

regresaron a Turín se marchó sin mirarlo siquiera. Ignorante de que la había ofendido, Matta la creyó embargada de emoción, y se sintió un tanto complacido. Pero el caballero de Grammont,
intrigado de que la pareja se hubiera separado, visitó a Madame de Señantes y le preguntó cómo iba todo. Ella le dijo la verdad: que Marta había prescindido de las formalidades y queda llevarla a la cama. El caballero rió, y pensó para sí en lo diferente que manejaría el asunto si él fuera quien cortejara a la adorable Madame.
Los días siguientes, Matta siguió interpretando mal las señales. No visitó al esposo de Madame de Señantes, como lo exigía la costumbre. Dejó de vestirse del color que a ella le gustaba. Cuando iban a montar juntos, se ponía a cazar liebres, como si fueran la presa más interesante, y cuando tomaba rapé no le ofrecía a ella. Entre tanto, continuaba haciendo sus muy atrevidas insinuaciones. Madame se hartó por fin, y se quejó directamente con él. Matta se disculpó; no se había percatado de sus errores. Conmovida por su disculpa, la dama estuvo más que dispuesta a reanudar el cortejo; pero días después, tras insignificantes esfuerzos de galantería, Matta supuso de nuevo que ella estaba dispuesta a ir a la cama. Para su consternación, Madame se negó, como antes. "No creo que a las mujeres pueda ofenderles demasiado", dijo Matta al caballero, "que a veces dejemos de bromear para ir al grano." Pero Madame de Seriantes ya no tenía nada que hacer con él; así, el caballero de Grammont, viendo una oportunidad que no podía dejar pasar, aprovechó su disgusto cortejándola en forma apropiada y secreta, y consiguió finalmente los favores que Matta había tratado de forzar.
No hay nada más antiseductor que sentir que alguien supone que eres suyo, que no es posible que te le resistas. La menor impresión de este engreimiento es mortal para la seducción; uno debe mostrar su valía, tomarse su tiempo, ganar el corazón del objetivo. Tal vez temas que a él le ofenda el paso lento, o que pierda interés. Pero lo más probable es que tu temor sea reflejo de tu inseguridad, y la inseguridad siempre es antiseductora. La verdad es que entre más tardes, más mostrarás la profundidad de tu interés, y más intenso será tu hechizo.
En un mundo de escasas formalidades y ceremonias, la seducción es uno de los pocos residuos del pasado que preservan las pautas antiguas. Es un ritual, y sus ritos deben observarse. La prisa no revela hondura de sentimientos, sino el grado de tu abstracción. A veces quizá es posible apremiar a alguien al amor, pero a cambio obtendrás únicamente la falta de placer que este tipo de amor ofrece. Si eres de naturaleza impetuosa, haz cuanto puedas por disimularlo. Por extraño que parezca, el esfuerzo que inviertas en contenerte podría resultar sumamente seductor para tu objetivo.
3. - En la década de 1730, vivía en París un joven apellidado Meilcour, quien estaba justo en la edad de tener su primera aventura amorosa. Una amiga de su madre, Madame de Lursay, viuda de alrededor de cuarenta años, era hermosa y encantadora, pero tenía fama de intocable; de chico, Meilcour se había encaprichado con ella, pero jamás esperó que su amor fuera correspondido. Así, se llevó una gran sorpresa y emoción al darse cuenta de que, ahora que ya tenía edad suficiente, las tiernas miradas de Madame de Lursay parecían indicar un interés más que maternal en él.
Durante dos meses Meilcour tembló en presencia de Madame de Lursay. Le temía, y no sabía qué hacer. Una noche se pusieron a hablar de una obra de teatro reciente. Qué bien había declarado un personaje su amor a una mujer, comentó Madame. Notando la obvia incomodidad de Meilcour, continuó: "Si no me equivoco, una declaración sólo puede parecer penosa cuando uno mismo tiene que hacerla". Madame bien sabía que ella era la causa de la torpeza del joven, pero era muy bromista: "Dígame", lo instó, "de quién está enamorado." Meilcour confesó al fin: era a Madame a quien deseaba. La amiga de su madre le aconsejó no pensar así de ella, pero suspiró también, y le lanzó una larga y lánguida mirada. Sus palabras decían una cosa, sus ojos otra; tal vez no era tan intocable como él había creí-Ido. Al término de la velada, sin embargo, Madame de Lursay dijo dudar que los sentimientos de él perduraran, y dejó inquieto al joven Meilcour por no haber dicho nada acerca de corresponder a su amor.
Los días siguientes Meilcour pidió repetidamente a Madame de Lursay que declarara su amor por él, y ella se negó repetidamente a hacerlo. El joven decidió por fin que su causa estaba perdida, y se rindió; pero noches después, en una *soirée* en su casa, el vestido de Madame parecía más tentador que de costumbre, y sus miradas hacían que a él le hirviera la sangre. Meilcour se las devolvió, y la seguía a todas partes, mientras ella se cuidaba de guardar cierta distancia, para que nadie notara lo sucedido. No obstante, también se las arregló para que él pudiera quedarse sin despertar sospechas cuando los demás visitantes se hubieran marchado.
Al fin solos, ella lo hizo sentarse a su lado en el sofá. El apenas si podía pronunciar palabra; el silencio era incómodo. Para hacerlo hablar, Madame sacó el tema de siempre: la juventud de Meilcour convertía su amor por ella en un capricho pasajero. En vez de negarlo, él se mostró abatido, y mantuvo su cortés distancia, hasta que ella exclamó finalmente, con ironía obvia: "Si llegara a saberse que usted estuvo aquí con mi
consentimiento, que lo arreglé voluntariamente con usted... ¿qué no diría la gente? Pero cuan equivocada no estaría, porque no podría haber alguien más respetuoso que usted". Empujado a actuar de esta manera, Meilcour le tomó la mano y la miró a los ojos. Ella se ruborizó y le dijo que debía marcharse; pero la forma en que se acomodó en el sofá y lo miró sugirió lo contrario. Aun así, Meilcour dudó; ella le había dicho que se fuera, y si

desobedecía podía hacerle una escena, y quizá no lo perdonaría nunca; él haría el ridículo, y todos, su madre inclusive, se enterarían. Se puso de pie en el acto, disculpándose por su momentáneo arrojo. La mirada de asombro de ella, algo fría, indicó que, en efecto, él había llegado demasiado lejos, imaginó Meilcour, de modo que se despidió y partió. Meilcour y Madame de Lursay aparecen en la novela *Los extravíos del corazón y del ingenio,* escrita en 1738 por Crébillon hijo, quien basaba sus personajes en libertinos que conoció en la Francia de la época. Para Crébillon hijo, la seducción se reduce a señales: a ser capaz de emitirlas y entenderlas. Esto no es así a causa de que la sexualidad esté reprimida y exija hablar en clave. Lo es más bien ponqué la comunicación sin palabras (mediante prendas, *gestos,* actos) es el más placentero, excitante y seductor de los lenguajes.
En la novela de Crébillon hijo, Madame de Lursay es una ingeniosa seductora que juzga emocionante iniciar a los jóvenes. Pero ni siquiera ella puede vencer la juvenil estupidez de Meilcour, incapaz de entender sus señales por estar absorto en sus pensamientos. En la novela ella consigue educarlo después, pero en la vida real hay muchos Meilcours irredimibles. Son demasiado literales, e insensibles a los detalles con poder de seducción. Más que repeler, irritan, y te enfurecen con sus incesantes interpretaciones erróneas, viendo siempre la vida desde detrás de la cortina de su ego e incapaces de ver las cosas como realmente son. Meilcour está tan embebido en sí mismo que no repara en que Madame espera que dé el paso audaz al que ella tendría que sucumbir. Su vacilación indica que piensa en él, no en ella; que le preocupa cómo lucirá, y no que le abruman sus encantos. Nada podría ser más antiseductor que eso. Reconoce este tipo; y si pasa de la joven edad que le serviría de pretexto, no te enredes en su torpeza: te contagiará de duda. *4.* En la corte Heian del Japón de fines del siglo X, el joven noble Kaoru, supuesto hijo del gran seductor Genji, sólo había tenido desdichas en el amor. Se encaprichó entonces con una joven princesa, Oigimi, quien vivía en una casa ruinosa en el campo, tras la caída en desgracia de su padre. Un día tuvo un encuentro con la hermana de Oigimi, Nakanokimi, quien lo convenció de que era ella a quien realmente amaba. Confundido, Kaoru regresó a la corte, y no visitó a las hermanas por un tiempo. Más tarde, el padre de ellas murió, seguido poco después por la propia Oigimi.
Kaoru se dio cuenta entonces de su error: había amado a Oigimi desde siempre, y ella había muerto por la desesperación de que él no la quisiera. No volvería a verla jamás, pero ya no podía hacer otra cosa que pensar en ella. Cuando Nakanokimi, a la muerte de su padre y su hermana, fue a vivir a la corte, Kaoru hizo convertir en santuario la casa donde habían vivido Oigimi y su familia.
Un día, Nakanokimi, viendo la melancolía en que Kaoru había caído, le dijo que tenía otra hermana, Ukifune, parecida a su amada Oigimi y que vivía oculta en el campo. Kaoru se animó; quizá tenía la oportunidad de redimirse, de cambiar el pasado. Pero ¿cómo podía hallar a esa mujer? Ocurrió entonces que él visitó el santuario para presentar sus respetos a la desaparecida Oigimi, y se enteró de que la misteriosa Ukifune también estaba ahí. Emocionado y agitado, logró vislumbrarla por la rendija de una puerta. Su vista le hizo perder el aliento: aunque era una muchacha rural ordinaria, a ojos de Kaoera la viva encarnación de Oigimi. Su voz, además, se parecía a la de Nakanokimi, a quien también había amado. Los ojos se le llenaron de lágrimas.
Meses después, Kaoru dio con la casa en las montañas donde vivía ukifune. La visitó ahí, y no lo decepcionó. "Una vez tuve un destello de ti por la rendija de una puerta", le dijo, "y desde entonces has estado mucho en mi mente." Luego la cargó en brazos y la llevó hasta un carruaje que los esperaba. La conduciría otra vez al santuario, y el viaje allá le devolvería la imagen de Oigimi; sus ojos se anegaron en nuevas lágrimas. Mirando a Ukifune, la comparaba en silencio con Oigimi: su ropa era menos bonita, pero tenía un cabello hermoso. Cuando Oigimi vivía, Kaoru y ella habían tocado juntos el koto, así que, una vez en el santuario, él hizo sacar kotos. Ukifune no tocaba tan bien como Oigimi, y sus modales eran menos refinados. No importaba; él le daría lecciones, haría de ella una dama. Pero entonces, como había hecho con Oigimi, Kaoru regresó a la corte, dejando a Ukifune languidecer en el santuario. Pasó tiempo antes de que volviera a visitarla; ella había mejorado, estaba más hermosa que antes, pero él no podía dejar de pensar en Oigimi. Kaoru la abandonó de nuevo, prometiendo llevarla a la corte, pero pasaron varias semanas basta que finalmente recibió la noticia de que Ukifune había desaparecido,
habiendo sido vista por última vez en dirección a un río. Probablemente se había suicidado.
En la ceremonia fúnebre de Ukifune, la culpa atormentó a Kaoru: ¿por qué no había ido antes por ella? Ukifune merecía un mejor destino.
Kaoru y los demás personajes aparecen en *La historia de Genji,* novela japonesa del siglo XI, de la aristócrata Murasaki Shikibu. Los personajes de este libro están basados en gente que la autora conoció, pero el tipo de Kaoru aparece en todas las culturas y periodos: se trata de hombres y mujeres que aparentemente buscan una pareja ideal. La que penen nunca es lo bastante satisfactoria; una persona los entusiasma a primera vista, pero pronto le encuentran defectos, y cuando otra se cruza en su camino, les parece mejor y olvidan a la primera. Este tipo de personas suelen tratar de influir en el imperfecto mortal que las ha ¡entusiasmado, para mejorarlo cultural y moralmente. Pero esto resulta muy desafortunado para ambas partes.
La verdad es que esta clase de gente no busca un ideal, sino que es muy desdichada consigo misma. Tú podrías confundir su insatisfacción con los altos estándares de un perfeccionista, pero lo cierto es que nada le satisfará,

porque su infelicidad es muy honda. Puedes reconocerlo por su pasado, repleto de tormentosos romances efímeros. Asimismo, tenderá a compararte con los demás, y a tratar de reformarte. Quizá al principio no sepas en la que te metiste, pero personas así resultan finalmente antiseductoras, porque no pueden ver tus cualidades individuales. Evita el romance antes de que ocurra. Este tipo de antiseductor es un sádico de clóset y te torturará con sus metas inalcanzables. 5.- En 1762, en la ciudad de Turín, Italia, Giovanni Giacomo Casanova conoció a un tal conde A.B., un caballero milanés a quien al parecer le simpatizó enormemente. El conde había caído en desgracia, y Casanova le prestó algo de dinero. En muestra de gratitud, el conde lo invitó a hospedarse con él y su esposa en Milán. Su mujer, le dijo, era de Barcelona, y se le admiraba en todas partes por su belleza. Él le enseñó a Casanova sus cartas, que poseían un encanto intrigante; Casanova la imaginó una presea digna de seducir. Se dirigió a Milán.

Al llegar a la residencia del conde A.B., Casanova descubrió que la dama española era, en efecto, muy hermosa, pero también seria y callada. Algo en ella le incomodó. Mientras él desempacaba su ropa, la condesa vio entre sus pertenencias un deslumbrante vestido rojo, con perifollos de marta cebellina. Era un regalo, exclamó Casanova, para la dama milanesa que conquistara su corazón.

A la noche siguiente, en la cena, la condesa se mostró súbitamente cordial, riendo y bromeando con Casanova. Ella describió el vestido como un soborno; Casanova lo utilizaría para convencer a una mujer de entregársele. Al contrario, replicó Casanova; él sólo daba regalos después, en señal de aprecio. Esa noche, en el carruaje de vuelta de la ópera, ella le preguntó si una acaudalada amiga suya podía comprar el vestido; y cuando él respondió que no, ella se irritó visiblemente. Adivinando su juego, Casanova ofreció obsequiarle el vestido de marta si era buena con él. Esto no hizo sino enojarla más, y riñeron.

Casanova se hastió al fin del malhumor de la condesa: vendió el vestido por quince mil francos a su amiga rica, quien a su vez se lo regaló a ella, como la condesa había planeado desde el principio. Pero para probar su falta de interés en el dinero, Casanova le dijo que le obsequiaría los quince mil francos, sin compromiso. "Usted es un mal hombre", repuso ella, "pero puede quedarse, me divierte." La condesa reanudó sus coqueterías, pero Casanova no se dejó engañar. "No es culpa mía, Madame, que sus encantos ejerzan tan escaso poder en mí", le dijo. "Aquí están quince mil francos para que se consuele." Puso el dinero en una mesa y se marchó, mientras la condesa rabiaba y juraba vengarse. Cuando Casanova conoció a la dama española, dos cosas de ella le repelieron. Primero, su orgullo: más que participar en el toma y daca de la seducción, ella exigía la subyugación del hombre. El orgullo puede reflejar seguridad, e indicar que no te rebajarás ante los demás. Pero con igual frecuencia es resultado de un complejo de inferioridad, que exige a los demás rebajarse ante ti. La seducción requiere apertura a la otra persona, disposición a ceder y adaptarse. El orgullo excesivo, sin nada que lo justifique, es extremadamente antiseductor.

El segundo rasgo que disgustó a Casanova fue la codicia de la condesa: sus jueguitos de coquetería sólo estaban planeados para obtener el vestido; no le interesaba el romance. Para Casanova, la seducción era un juego alegre que la gente practicaba por diversión mutua. En su esquema de cosas, no tenía nada de malo que una mujer quisiera también regalos y dinero; él podía entender ese deseo, y era un hombre generoso. Pero sentía asimismo que ése era un deseo que una mujer debía disimular, para dar la impresión de que lo que perseguía era placer. Una persona que busca obviamente dinero u otra recompensa material no puede menos que repeler. Si ésa es tu intención, si buscas algo más que placer —poder, dinero—, nunca lo muestres. La sospecha de un motivo oculto es antiseductora. Jamás permitas que nada rompa la ilusión.

6.- En 1868, la reina Victoria de Inglaterra sostuvo su primera reunión privada con el nuevo primer ministro del país, William Gladstone. Ya lo conocía, y sabía de su fama como absolutista moral, pero el encuentro sería una ceremonia, un mero intercambio de cortesías. Gladstone, sin embargo, no tenía paciencia para tales cosas. En esa primera reunión explicó a la reina su teoría de la realeza: la reina, creía, debía desempeñar en Inglaterra un papel ejemplar, un papel que, en fechas recientes, ella no había cumplido, por pasar demasiado tiempo en privado.

Este sermón sentó un mal precedente, y las cosas no hicieron más que empeorar: pronto recibió cartas de Gladstone, en las que éste abundaba en el tema. La reina nunca se tomó la molestia de leer la mitad de ellas, y poco después hacía cuanto podía por evitar el contacto con el líder de su gobierno; si tenía que verlo, abreviaba lo más posible la reunión. Con ese fin, jamás le permitía sentarse en su presencia, esperando que un hombre de su edad se cansara pronto y se fuete. Porque una vez que se explayaba en un tema caro a su corazón, no reparaba en la mirada de desinterés de la otra persona, o en sus lágrimas de tanto bostezar. Sus memorándums sobre los asuntos aun más simples debían ser traducidos a términos sencillos para la reina por uno de sus asistentes. Pero lo peor de todo era que Gladstone reñía con ella, y sus discusiones lograban hacer que se sintiera tonta. La reina aprendió pronto a asentir con la cabeza y a dar la impresión de estar de acuerdo con todo argumento abstracto que él intentara exponer. En una carta a su secretario, refiriéndose a sí misma en tercera persona, Victoria escribió: "En la actitud de Gladstone, ella sentía siempre una autoritaria obstinación y arrogancia [...] que nunca

había experimentado en *nadie* más, y que consideraba de lo más desagradable". Al paso de los años, ese sentimiento se convirtió en un indeclinable odio.
Como líder del partido liberal, Gladstone tenía una némesis: Benjamín Disraeli, líder del partido conservador. Lo consideraba amoral, un judío diabólico. En una sesión del parlamento, Gladstone arremetió contra su adversario, anotándose un punto tras otro mientras describía adonde llevarían las medidas de su rival. Enojándose conforme avanzaba (como solía ocurrir cuando hablaba de Disraeli), golpeó con tal fuerza el estrado que plumas y hojas salieron volando. Entre tanto, Disraeli parecía semidormido. Cuando Gladstone terminó, aquél abrió los ojos, se puso de pie y se acercó tranquilamente al estrado. "El correcto y honorable caballero", dijo, "ha hablado con mucha pasión, mucha elocuencia y mucha violencia." Tras una larga pausa, continuó: "Pero el daño no es irreparable", y procedió a recoger todo lo que se había caído del estrado, y a ponerlo nuevamente en su lugar. El discurso que siguió fue más magistral aún por su sereno e irónico contraste con el de Gladstone. Los miembros del parlamento quedaron fascinados, y todos coincidieron en que Disraeli había ganado el día.
Si Disraeli era el consumado seductor y encantador social, Gladstone era el antiseductor. Claro que tenía partidarios, en su mayoría entre los elementos más puritanos de la sociedad: derrotó dos veces a Disraeli en una elección general. Pero le era difícil extender su atractivo más allá del círculo de sus fieles. A las mujeres en particular les parecía insufrible. Desde luego que ellas no votaban entonces, así que eran un lastre político menor; pero Gladstone no tenía paciencia para el punto de vista femenino. Una mujer, creía, tenía que aprender a ver las cosas como un hombre, y su propósito en la vida era educar a quienes consideraba irracionales y abandonados por Dios. No pasó mucho tiempo antes de que Gladstone colmara los nervios de *todos.* Tal es la naturaleza de la gente convencida de alguna verdad, pero que no tiene paciencia para una perspectiva diferente, o para vérselas con la psicología de otra persona. Este tipo de antiseductor es abusador, y a corto plazo suele conseguir lo que desea, en particular entre los menos agresivos. Pero provoca gran resentimiento y muda antipatía, lo que a la larga causa su ruina. La gente ve más allá de su rectitud moral, la cual es, muy a menudo, una pantalla para un juego de poder: la moral es una forma de poder. Un seductor nunca busca convencer directamente, nunca hace alarde de su moral, jamás sermonea ni impone. Todo en éllo es sutil, psicológico, indirecto.
*Símbolo: El cangrejo. En un mundo hostil, el cangrejo sobrevive gracias a la dureza de su concha, al amago de sus tenazas y a que cava en la arena. Nadie se atreve a acercarse demasiado. Pero no puede sorprender a su enemigo y tiene poca movilidad. Su fortaleza defensiva es su suprema limitación.*

## Usos de la antiseducción.

La mejor manera de evitar enredos con los antiseductores es reconocerlos de inmediato y eludirlos, pero con frecuencia nos engañan. Los embrollos con este tipo de personas son desagradables, y difíciles de desenmarañar, porque entre más emotiva sea tu reacción, más atrapado parecerás estar. No te enojes; esto sólo podría alentar a esas personas, o exacerbar sus tendencias antiseductoras. En cambio, muéstrate distante e indiferente, no les prestes atención, hazles sentir lo poco que te importan. El mejor antídoto contra un antiseductor es por lo general ser antiseductor tú mismo.
Cleopatra tenía un efecto devastador en cada hombre que se cruzaba en su camino. Octavio —el futuro emperador Augusto, quien derrotaría y destruiría a Marco Antonio, amante de Cleopatra— conocía muy bien su poder, y se defendió siendo siempre muy amable con ella, cortés al extremo, pero sin exhibir nunca la menor emoción, ya fuera interés o disgusto. En otras palabras, la trató como a cualquier otra mujer. Ante esa fachada, ella no pudo hincarle el diente. Octavio hizo de la antiseducción su defensa contra la mujer más irresistible de la historia. Recuerda: la seducción es un juego de atención, de llenar poco a poco con tu presencia la mente de la otra persona. La distancia y la desatención producirán el efecto opuesto, y pueden usarse como táctica en caso necesario. Por último, si en verdad deseas "antiseducir", sencillamente finge los rasgos enlistados al principio de este capítulo. Fastidia; habla mucho, sobre todo de ti mismo; vístete al revés de como le gusta a la otra persona; no prestes atención a los detalles; sofoca, etcétera. Una advertencia: con el locuaz, nunca discutas demasiado. Las palabras sólo atizarán el fuego. Adopta la estrategia de la reina Victoria: asiente, da la impresión de estar de acuerdo y halla luego una excusa para interrumpir la conversación. Esta es la única defensa posible. 11. Las víctimas del seductor: Los dieciocho tipos.
*Todas las personas que te rodean son posibles víctimas de seducción, pero antes debes saber con qué tipo de víctima tratas. Las víctimas se clasifican según lo que creen que les falta en la vida: aventura, atención, romance, una experiencia osada, estimulación mental o física, etcétera. Una vez que identifiques su tipo, tienes los ingredientes necesarios para la seducción: serás quien les dé lo que les falta y no pueden obtener por sí mismas. Al estudiar a posibles víctimas,*

***aprende a ver la realidad más allá de la apariencia. Una persona tímida podría anhelar ser estrella; una mojigata?, ansiar una emoción transgresora. Nunca intentes seducir a alguien de tu mismo tipo.***

# Teoría de la víctima.

Nadie en este mundo se siente pleno y completo. Todos sentimos algún vacío en nuestro carácter, algo que necesitamos o queremos ero que no podemos conseguir por nosotros mismos. Cuando nos enamoramos, por lo general es de alguien que parece llenar ese vacío. Este proceso suele ser inconsciente y depender de la fortuna: confiamos en que la persona indicada se cruzará en nuestro camino, y cuando nos enamoramos de ella esperamos que corresponda a nuestro amor. Sin embargo, el seductor no deja estas cosas al azar.

Examina a la gente que te rodea. Olvida su fachada social, sus rasgos de carácter obvios; ve más allá y fíjate en los vacíos, las piezas faltantes en su psique. ¡Esta es la materia prima de la seducción. Presta especial atención a su ropa, sus gestos, sus comentarios casuales, las cosas de su casa, ciertas miradas; hazla hablar de su pasado, en particular de sus romances. Y poco a poco saldrá a la vista el contorno de esas piezas faltantes. Comprende: las personas emiten constantes señales de lo que les falta. Anhelan plenitud, sea ilusoria o real; y si ésta tiene que venir de otro individuo, él ejerce tremendo poder en ellas. Podríamos llamarlas víctimas de la seducción, aunque casi siempre son víctimas voluntarias.

En este capítulo se describirán los dieciocho tipos de víctimas, cada uno de los cuales presenta una carencia dominante. Aunque tu objetivo bien podría revelar rasgos de más de un tipo, usualmente se asocian por una necesidad común. Alguien podría parecerte tanto nuevo mojigato como estrella en decadencia, pero lo común en ambos tipos es una sensación de represión y, en consecuencia, el deseo de ser osado, junto con el temor de no poder o no atreverse a hacerlo. Al identificar el tipo de tu víctima, ten cuidado de no engañarte con las apariencias. Lo mismo en forma deliberada que inconsciente, solemos desarrollar una fachada social específicamente ideada para disfrazar nuestras debilidades y carencias. Por ejemplo, tú podrías creer que tratas con alguien duro y cínico, sin darte cuenta de que en el fondo tiene un corazón muy sensible, y que en secreto suspira por romance. Y a menos que identifiques su tipo y las emociones que esconde bajo su rudeza, perderás la oportunidad de seducirlo. Más todavía: abandona el feo hábito de creer que otros presentan las mismas carencias que tú. Quizá implores confort y seguridad; pero si los das a otra persona porque supones que también los necesita, es muy probable que la asfixies y ahuyentes.

Jamás trates de seducir a alguien de tu mismo tipo. Serán como dos rompecabezas a los que les faltan las mismas piezas.

# Los dieciocho tipos.

El *libertino o la sirena reformados.* Las personas de este tipo fueron alguna vez seductores despreocupados que hacían lo que querían con el sexo opuesto. Pero llegó el día en que se vieron obligados a renunciar a eso: alguien los acorraló en una relación, tropezaron con demasiada hostilidad social, se hicieron viejos y decidieron sentar cabeza. Cualquiera que haya sido la razón, puedes estar seguro de que experimentan cierto rencor y una sensación de pérdida, como si les faltara un brazo o una pierna. Siempre intentamos recuperar los placeres que vivimos en el pasado, pero esta tentación es particularmente grande para el Libertino o la sirena reformados, porque los placeres que hallaron en la seducción fueron intensos. Estos tipos están listos para su cosecha: basta que te cruces en su camino y les des la oportunidad de recobrar sus costumbres libertinas o de sirena. Les hervirá la sangre, y el llamado de su juventud los abrumará.

Sin embargo, es crucial hacer sentir a estos tipos que son ellos los que realizan la seducción. En el caso del libertino reformado, debes incitar su interés de modo indirecto, y luego dejarlo arder y rebosar de deseo. A la sirena reformada debes darle la impresión de que aún posee el irresistible poder de atraer a un hombre y de hacerlo dejar todo por ella. Recuerda que lo que les ofreces a estos tipos no es otra relación, otra restricción, sino la oportunidad de huir de su corral y divertirse un poco. No te desanimes si tienen pareja; un compromiso preexistente suele ser el complemento perfecto. Si lo que quieres es atraparlos en una relación, ocúltalo lo mejor que puedas y entiende que quizá eso no será posible. El libertino o la sirena es infiel por naturaleza; tu capacidad

para incitar antiguas sensaciones te da poder, pero tendrás que vivir con las consecuencias de su irresponsabilidad.

La *soñadora desilusionada.* De niños, los individuos de este tipo probablemente pasaron mucho tiempo solos. Para entretenerse, inventaron una convincente vida de fantasía, nutrida por libros, películas y otros elementos de la cultura popular. Pero al crecer, cada vez les es más difícil conciliar su vida de fantasía con la realidad, así que a menudo les decepciona lo que tienen. Eso es particularmente cierto en las relaciones. Estos individuos soñaron con personajes románticos, peligros y emociones, pero lo que tienen es un amante con flaquezas humanas, las pequeñas debilidades de la vida diaria. Al paso de los años, podrían forzarse a transigir, pues de lo contrario se quedarían solos; pero bajo la superficie están amargados, y siguen ansiando algo grandioso y romántico.

Puedes reconocer a este tipo de víctima por los libros que lee y las películas que va a ver, la forma en que escucha cuando le cuentan , aventuras reales que algunos logran vivir. En su ropa y mobiliario se dejará ver un gusto por el drama o romance exuberante. A menudo está atrapado en relaciones monótonas, y ciertos comentarios aquí y allá revelarán su desilusión y tensión interior.

Estas personas pueden ser víctimas excelentes y satisfactorias. Primero, por lo general tienen una enorme pasión y energía reprimidas, que tú puedes liberar y dirigir hacia ti. También tienen mucha imaginación, y responderán a cualquier cosa vagamente misteriosa o romántica que les ofrezcas. Lo único que debes hacer es ocultar ante ellas algunas de tus cualidades menos elevadas, y concederles una parte de su sueño. Esta podría ser su oportunidad de hacer realidad sus aventuras o de ser cortejadas por un espíritu cortés. Si les das una parte de lo que quieren, ellas imaginarán el resto. No permitas por ningún motivo que la realidad destruya la ilusión que has creado. Un momentó de mezquindad y esta gente se irá, más amargamente desilusionada que nunca.

*La alteza, mimada.* Estas personas fueron las clásicas niñas consentídas. Un padre o madre amantísimos satisfacían todos sus gustos y deseos: diversiones interminables, un desfile de juguetes, cualquier cosa que los tuviera felices uno o dos días. Mientras que muchos niños aprenden a entretenerse solos, inventando juegos y buscando amigos, a las altezas mimadas se les enseña que los demás están para divertirlas.

Tantas contemplaciones las vuelven perezosas, y cuando crecen y el padre o la madre ya no está ahí para consentirlas, tienden a aburrirse y alterarse. Su solución es buscar placer en la variedad, Basar rápidamente de una persona a otra, un trabajo a otro, un lugar a otro antes de que aparezca el aburrimiento. Las relaciones no les sientan bien, porque en ellas son inevitables el hábito y la rutina. Pero su incesante búsqueda de variedad les cansa, y tiene un precio: problemas de trabajo, una sarta de romances insatisfactorios, amigos dispersos por todo el mundo. No confundas su inquietud e infidelidad con la realidad: lo que el príncipe o la princesa mimados en verdad buscan es una persona, la figura paterna o materna, que les siga dando los mimos que imploran.

Para seducir a este tipo de víctima, prepárate para brindar mucha distracción: nuevos lugares por visitar, experiencias inusitadas, color, espectáculo. Tendrás que mantener un aire de misterio, sorprendiendo sin cesar a tu objetivo con un nuevo lado de tu carácter. La variedad es la clave. Una vez que las altezas mimadas caen en la trampa, es más fácil lograr que dependan de ti y reduzcas tu esfuerzo. A menos que los mimos de la infancia lo haya vuelto demasiado pesado y perezoso, este tipo es una víctima excelente: te será, tan leal como alguna vez lo fue con mamá o papá. Pero tú tendrás que hacer gran parte del trabajo. Si buscas una relación prolongada, ocúltalo. Ofrece a una alteza mimada seguridad a largo plazo e inducirás una huida de pánico. Reconoce a este tipo por la turbulencia de su pasado —cambios de trabajo, viajes, relaciones de corto plazo— y por el aire de aristocracia, más allá de la clase social, que se desprende de haber sido tratado alguna vez a cuerpo de rey. La nueva *mojigata.* La mojigatería sexual todavía existe, aunque es menos común que antes. Pero la gazmoñería no se reduce al sexo; un mojigato es alguien demasiado preocupado por las apariencias, por lo que la sociedad considera conducta apropiada y aceptable. Los mojigatos permanecen dentro de los estrictos límites de lo correcto, porque temen más que nada al juicio de la sociedad. Vista bajo esta luz, la mojigatería es hoy tan frecuente como siempre. Al nuevo mojigato le preocupan sobremanera las normas de bondad, justicia, sensibilidad política, buen gusto, etcétera. Pero lo que caracteriza al nuevo mojigato tanto como al antiguo es que en el fondo le excitan e intrigan los vergonzosos placeres transgresores. Atemorizado por esta atracción, corre en sentido contrario, y se vuelve el más correcto de todos. Tiende a vestir con colores apagados; jamás correría riesgos de moda, desde luego. Puede ser muy sentencioso y crítico de quienes asumen riesgos y son menos correctos. También es adicto a la rutina, lo que le proporciona un medio para aplastar su turbulencia interior.

A los nuevos mojigatos les oprime en secreto su corrección y anhelan transgredir. Así como los mojigatos sexuales pueden ser magníficos objetivos para un libertino o una sirena, el nuevo mojigato se sentirá muy tratado por alguien con un lado peligroso o atrevido. Si deseas a una persona de este tipo, no te engañes por sus juicios sobre ti o sus criticas. Ésta es sencillamente una señal de lo mucho que la fascinas: estás en su mente. De hecho, a menudo podrás atraerla a la seducción si le das la oportunidad de criticarte, o hasta de intentar reformarte. No te tomes a pecho nada de lo que diga, por supuesto, pero tendrás la excusa perfecta para pasar tiempo con ella, y a los nuevos mojigatos puedes seducirlos con tu simple contacto. Este tipo es en realidad una víctima excelente y

gratificante. Una vez que lo animas y logras que se desprenda de su corrección, el sentimiento y la energía lo inundan. Incluso podría arrollarte. Tal vez tenga una relación con alguien tan aburrido como él: no te desalientes. Simplemente está dormido, a la espera de que lo despierten.

La estrella en *decadencia.* Todos queremos atención, brillar, pero en la mayoría de nosotros estos deseos son fugaces y fáciles de enmudecer.

El problema de las estrellas en decadencia es que en cierto momento de su vida se vieron convertidas en el centro de la atención —quizá fueron bellas, encantadoras y bulliciosas; tal vez fueron atletas, o tuvieron otro talento—, pero esos días se han ido ya. Podría parecer que han aceptado esto, pero el recuerdo de haber brillado una vez es difícil de superar. En general, dar la impresión de desear atención, de tratar de destacar, no es bien visto por la buena sociedad o en los centros de trabajo. Así que para llevar las cosas en paz, las estrellas en decadencia aprenden a aplastar sus deseos; pero al no obtener la atención que creen merecer, se vuelven rencorosas. Puedes reconocerlas por ciertos momentos de descuido: de repente reciben atención en un escenario social, y eso las hace brillar; mencionan sus días de gloria, y un pequeño destello titila en sus ojos; un poco de vino en el sistema, y se ponen eufóricas.

Seducir a este tipo es simple: sólo vuélvelo el centro de atención. Cuando estés con él, actúa como si fuera una estrella y te deleitaras en su fulgor. Hazlo hablar, en particular de sí mismo. En situaciones sociales, apaga tus colores y déjalo parecer divertido y radiante en comparación. En general, juega al encantador. La recompensa de seducir a estrellas en decadencia es que despiertas emociones intensas. Ellas se sentirán sumamente agradecidas contigo por dejarlas resplandecer. Cualquiera que sea el grado en se hayan sentido aniquiladas y frustradas, aliviar ese dolor libera pasión y fuerza, en dirección a ti. Se enamorarán locamente. Si tú mismo tienes tendencias de estrella o dandy, sería recomendable que evitaras a estas víctimas. Tarde o temprano esas tendencias saldrán a la luz, y la competencia entre ustedes será desagradable.

La *principiante.* Lo que distingue a los principiantes de los jóvenes inocentes ordinarios es que son fatalmente curiosos. Tienen escasa o nula experiencia del mundo, pero han sido expuestos a él de segunda mano, en periódicos, películas, libros. Puesto que consideran su inocencia una carga, ansian que se les inicie en los usos del mundo. Todos los juzgan dulces e inocentes, pero ellos saben que no es así: no pueden ser tan angelicales como la gente cree.

Seducir a un principiante es fácil. Pero hacerlo bien requiere un poco de arte. A los principiantes les interesan las personas con experiencia, en particular con un toque de depravación y maldad. Da demasiada fuerza a ese toque, no obstante, y los intimidarás y asustarás. Lo que ofrece mejores resultados con un principiante es una combinación de cualidades. Tú mismo debes ser un tanto infantil, de espíritu travieso. Simultáneamente, debe quedar claro que posees honduras ocultas, aun siniestras. (Este fue el secreto del éxito de Lord Byron con tantas mujeres inocentes.) Inicias a tus principantes no sólo sexual, sino también experiencialmente, exponiéndolas a nuevas ideas, llevándolos a nuevos lugares, nuevos mundos tanto literales como metafóricos. No vuelvas inquietante ni sórdida la seducción; todo debe ser romántico, aun el lado malo u oscuro de la vida. Los jóvenes tienen sus ideales; es mejor iniciarlos con un toque estético. El lenguaje seductor obra maravillas en los principiantes, como lo hace la atención a los detalles. Espectáculos y eventos coloridos apelan a sus sentidos delicados. Son fáciles de engañar con estas tácticas, porque carecen de experiencia para adivinar sus auténticos fines.

A veces son algo mayores y ya han sido educados, al menos un poco, en los usos del mundo. Pero fingen inocencia, porque advierten el poder que ésta tiene sobre las personas maduras. Estos son entonces principiantes afectados, conscientes del juego que practican, pero principiantes al fin. Quizá sea menos fácil engañarlas que a los principiantes puros, pero la manera de seducirlos es casi la misma: combina inocencia y depravación y los fascinarás. El *conquistador.* Los individuos de este tipo poseen un inusual monto de energía, que les resulta difícil controlar. Invariablemente están al acecho de personas por conquistar, obstáculos por vencer. No siempre los recorrerás por su aspecto: en situaciones sociales podrían parecer algo tímidos, y tener cierto grado de reserva. No te fijes en sus palabras o su apariencia, sino en sus actos, en el trabajo y las relaciones. Aman el poder, y lo consiguen a como de lugar.

Los conquistadores tienden a ser emotivos, pero su emoción sólo brota en arranques, cuando se les presiona. En materia de romance, lo peor que puedes hacer con ellós es tumbarte y ser presa fácil; podrían sacar provecho de tu debilidad, pero pronto te desecharán y saldrás perdiendo. Debes darles la oportunidad de ser agresivos, de vencer alguna resistencia u obstáculo, antes de que piensen que te han abrumado. Tienes qué concederles una experiencia de caza satisfactoria. Ser un poco difícil o irritable, servirte de la coquetería, funcionará con frecuencia. No te acobardes por su agresividad y energía; esto es justo de lo que puedes sacar partido. Para

ablandarlos, déjalos embestir una y otra vez, como toros. Se debilitarán al cabo, y se volverán dependientes, tal como Napoleón se volvió esclavo de Josefina.
El conquistador suele ser hombre, pero también hay muchas conquistadoras: Lou Andreas-Salomé y Natalie Barney están entre las más famosas sin embargo, las conquistadoras sucumbirán a la coquetería, igual que ellos.
La fetichista exótica. A la mayoría nos excita e intriga lo exótico. Lo que distingue a los fetichistas exóticos del resto de nosotros es el grado de ese interés, que parece gobernar todas las decisiones de su vida. La verdad es que sienten un vacío interior y tienen una fuerte dosis de autodesprecio. Les desagrada de dónde vienen, su clase social (usualmente media o alta) y su cultura, porque se desagradan a sí mismos.
Este tipo es fácil de reconocer. Le gusta viajar; su casa está llena de objetos de lugares remotos; fetichiza la música o arte de esta o aquella cultura extranjera. Suele tener una fuerte vena rebelde. Evidentemente, la vía para seducirlo es ponerte como exótico; si no pareces proceder al menos de un medio o raza diferente, o tener un aura extraña, no te tomes la molestia. Pero siempre es posible acentuar lo que te vuelve exótico, convertirlo en una especie de teatro para divertir a esta persona. Tu ropa, tus cosas, aquello de lo que hablas, los lugares donde la llevas pueden hacer ostentación de tu diferencia. Exagera un poco y ella imaginará el resto, porque este tipo tiende a autoengañarse. Aún así, los fetichistas exóticos, no son particularmente buenos como víctimas. Sea cual fuere tu exotismo, pronto les parecerá banal, y querrán algo más. Será una batalla sostener su interés. También su inseguridad de fondo te mantendrá en vilo.
Una variación de este tipo es el hombre o mujer atrapado en una relación sofocante, una ocupación banal, o bien, una ciudad sin alicientes. Es su circunstancia, a diferencia de una neurosis personal, lo que hace que estos individuos fetichicen lo *exótico; y* estos fetichistas exóticos son mejores víctimas que el tipo que se desprecia a sí mismo, porque puedes ofrecerles un escape temporal de lo que los oprime. Nada, sin embargo, ofrecerá a los verdaderos fetichistas exótico un escape de sí mismos.
*La reina del drama.* Hay personas que no pueden vivir sin un constante drama en su existencia: es su manera de no aburrirse. El mayor error que puedes cometer al seducir a las reinas del drama es llegar prodigando estabilidad y seguridad. Esto sólo hará que salgan corriendo. Muy a menudo, las reinas del drama (y hay muchos hombres en esta categoría) disfrutan de hacerse las víctimas. Quieren algo de qué quejarse, les gusta sufrir. Sufrir es una fuente de placer para ellas. En esta coyuntura, tienes que estar dispuesto a y en condiciones de impartir el nido trato mental que la persona desea. Esta es la única manera de seducirla a fondo. Tan pronto como te vuelvas amable, ella encontrará alguna razón para pelear o deshacerse de ti.
Reconocerás a las reinas del drama por el número de personas que las han herido, las tragedias y traumas que las han agobiado. En un caso extremo, pueden ser muy egoístas y antiseductoras, pero en su mayoría son relativamente inofensivas y serán magníficas víctimas si puedes vivir con el *sturm und drang.* Si por alguna razón quieres algo a largo plazo, tendrás que inyectar constante drama en tu relación. Esto puede ser para algunos un reto apasionante y fuente de continua renovación de la relación. Sin embargo, deberías ver un vínculo con una reina del drama como algo efímero y sólo una forma de dar un poco de teatralidad a tu vida.
El *profesor.* Este tipo no puede salir de la trampa de analizar y criticar *todo lo* que *se cruza* en *su camino. Su* mente está hiperdesarrollada y sobrestimulada. Aun si habla de amor o sexo, lo hace con enorme reflexión y análisis. Habiendo desarrollado su mente a expensas de su cuerpo, muchas personas de esta categoría se sienten físicamente inferiores, y lo compensan imponiendo su superioridad mental a los demás. Su conversación suele ser burlona o irónica; nunca sabes bien a bien qué dicen, pero sientes que te miran desde arriba. Les gustaría huir de su cárcel mental, les agradaría lo puramente físico, sin análisis, pero no pueden alcanzarlo por sí solas. Los profesores a veces establecen relaciones con profesoras, o con personas a las que pueden tratar como inferiores. Pero en el *fondo* anhelan que alguien los desborde con su presencia física: un libertino o una sirena, por ejemplo.
Los profesores pueden ser víctimas excelentes, porque bajo su fortaleza intelectual subyacen corrosivas inseguridades. Hazlos sentir Don Juanes o sirenas, aun en grado mínimo, y serán tus esclavos. Muchos tienen una vena masoquista que saldrá a la luz una vez que despiertes sus dormidos sentidos. Ofreces un escape de la mente, así que complétalo bien: si tú mismo tienes tendencias intelectuales, escóndelas. Sólo alborotarán el ánimo competitivo de tu objetivo y pondrán a trabajar su cabeza. Deja que tus profesores conserven su sensación de superioridad mental, que te juzguen. Sabrás qué intentan ocultar: que eres quien está al control, porque les das lo que nadie más puede: estimulación física.
La bella. Desde muy temprana edad, la bella es mirada por todos. El deseo de verla de los demás es la fuente de su poder, pero también de mucha infelicidad: ella está constantemente preocupada de que sus poderes mengüen, de no atraer más la atención. Si es honesta consigo, también cree que ser adorada únicamente por su apariencia es monótono e insatisfactorio —y causa de su soledad. La belleza intimida a muchos hombres, y prefieren venerarla de lejos; a otros les atrae, pero no precisamente para conversar. La bella sufre de aislamiento.

Como padece tantas carencias, la bella es relativamente fácil de seducir; y si esto resulta, te habrás hecho no sólo de una adquisición muy preciada, sino también de alguien que dependerá de lo que le des. Lo más importante en esta seducción es valorar las partes de la bella que nadie aprecia: su inteligencia (generalmente mayor de lo que la gente imagina), sus habilidades, su carácter. Claro que también deberás idolatrar su cuerpo —no puedes ocasionar inseguridades justo en el área que ella sabe que es su mayor fortaleza, y de la que más depende—, pero adora asimismo su mente y su alma. La estimulación intelectual surtirá efecto en la bella, pues la distraerá de sus dudas e inseguridades, y dará la impresión de que valoras ese lado de su personalidad.

Dado que siempre es mirada, la bella tiende a ser pasiva. Pero su pasividad suele esconder frustración: le gustaría ser más activa, y cazar un poco ella misma. Algo de coquetería puede funcionar en este caso: en cierto momento de tu adoración, podrías volverte un poco frío, invitándola a perseguirte. Enséñala a ser más activa y tendrás una víctima excelente. La única desventaja es que sus muchas inseguridades requieren constante atención y cuidado.

El niño *viejo.* Algunas personas se niegan a crecer. Quizá temen a la muerte o la vejez; tal vez están apasionadamente apegadas a la vida que llevaron de niñas. A disgusto con la responsabilidad, se empeñan en convertirlo todo en juego y recreación. Como veinteañeras pueden ser encantadoras, como treintañeras interesantes; pero cuando llegan a los cuarenta, comienzan a decaer.

Contra lo que podrías imaginar, un niño viejo no desea involucrarse con otro, aunque podría parecer que la combinación aumenta las posibilidades de juego y frivolidad. El niño viejo no quiere competencia, sino una figura adulta. Si deseas seducir a este tipo,
tendrás que estar preparado para ser el serio y responsable. Esto podría semejar una extraña manera de seducir, pero en este caso da resultado. Debes dar la impresión de que el espíritu juvenil del niño viejo te agrada (sería útil que en verdad fuera así); debes poder compaginar con esto, pero seguir siendo al mismo tiempo el adulto indulgente. Al ser responsable, dejas al niño en libertad de jugar. Actúa de lleno como adulto cariñoso, sin juzgar ni criticar nunca su conducta, y se formará un fuerte lazo. Los niños viejos pueden ser divertidos un rato, pero, como todos los niños, suelen ser muy narcisistas. Esto limita el placer que es posible tener con ellos. Veelos como una diversión de corto plazo, o una salida temporal para tus frustra-dos instintos parentales.

*El salvador.* A menudo nos atraen personas que parecen vulnerables o débiles; su tristeza o depresión puede ser en efecto muy seductora. Sin embargo, hay personas que llevan esto mucho más lejos, pues aparentemente sólo les atrae la gente con problemas. Esto podría parecer noble, pero los salvadores suelen tener *motivos* complicados: con frecuencia poseen una naturaleza sensible y realmente desean ayudar. Al mismo tiempo, resolver los problemas de la gente les da una especie de poder, que disfrutan; los hace sentir superiores y al mando. Esta es también la manera perfecta de distraerse de sus propios problemas. Reconocerás a este tipo por su empatía: sabe escuchar e intenta lograr que te abras y hables. Notarás asimismo que tiene un largo historial de relaciones con personas dependientes y conflictivas.

Los salvadores pueden ser víctimas excelentes, en particular si te agrada la atención cortés o maternal. Si eres mujer, haz de damita en apuros, y darás a un hombre la oportunidad que muchos ansian: actuar como caballero. Si eres hombre, haz de muchacho incapaz de enfrentar este mundo cruel; una salvadora te colmará de atenciones maternales, obteniendo la satisfacción adicional de sentirse más poderosa y al mando que los hombres. Un aire de tristeza atraerá a uno u otro género. Exagera tus debilidades, pero no con palabras o gestos explícitos; que sientan que has recibido muy poco amor, que has tenido una sarta de malas relaciones, que la vida te ha tratado mal. Habiendo atraído a tu salvador con la oportunidad de ayudarte, podrás atizar el fuego de la relación con un suministro permanente de necesidades y vulnerabilidades. También puedes invitar la salvación moral: eres malo. Has hecho cosas malas. Necesitas una mano dura pero bondadosa. En este caso, el salvador sentirá superioridad moral, pero también la emoción vicaria de relacionarse con un sinvergüenza.

El *disoluto.* Este tipo se ha dado la gran vida y experimentado muchos placeres. Probablemente tiene, o tuvo, mucho dinero para financiar su vida hedonista. Por fuera tiende a parecer cínico y hastiado, pero su sofisticación suele ocultar un sentimentalismo que él se ha empeñado en reprimir. Los disolutos son seductores consumados, pero hay un tipo que puede seducirlos con facilidad: el joven e inocente. De grandes, añoran su juventud perdida; al extrañar su inocencia malograda mucho tiempo atrás, empiezan a codiciarla en otros.

Si quieres seducirlos, es probable que debas ser joven aún y hayas conservado al menos la impresión de inocencia. Es fácil acentuarla: haz alarde de tu escasa experiencia del mundo, de que sigues viendo las cosas como un niño. También es bueno hacer creer que te resistes a las insinuaciones de los disolutos: considerarán vivificador y apasionante perseguirte. Incluso podrías fingir que repugnas o desconfías de ellos; esto en verdad los espoleará. Al ser quien se resiste, eres tú el que controla la dinámica. Y como tienes la juventud que a ellos les falta, puedes mantener la delantera y hacer que se enamoren perdidamente. A menudo serán susceptibles a enamorarse así, porque han aplastado sus tendencias románticas tanto tiempo que cuando revientan, pierden el

control. Nunca cedas demasiado pronto, y jamás bajes la guardia; este tipo puede ser peligroso. El *idólatra.* Todos sentimos una carencia interior, pero los idólatras tienen un vacío más grande que la mayoría. Como no pueden sentirse satisfechos consigo mismos, van por el mundo en busca de algo que adorar, con lo que llenar su vacío interno. Esto suele asumir la forma de un gran interés en cuestiones espirituales, o en una causa que valga la pena; al concentrarse en algo supuestamente elevado, se distraen de su vacío, de lo que les desagrada en sí mismos. Los idólatras son fáciles de identificar: dirigen toda su energía a una causa o religión. Con frecuencia deambulan durante años, pasando de un culto a otro. La manera de seducir a este tipo es volverse simplemente su objeto de adoración, ocupar el lugar de la causa o religión a la que está tan consagrado. Quizá al principio tendrás que dar la impresión de compartir su interés espiritual, sumándote a su culto, o tal vez exponiéndolo a una nueva causa; pero más tarde la sustituirás. Ante este tipo debes ocultar tus defectos, o al menos darles lustre de piedad. Sé banal y los idólatras pasarán de largo. Refleja en cambio las cualidades que ellos aspiran tener, y poco a poco transferirán a ti su veneración. Manten todo en un plano elevado: que romance y religión se fundan.
Toma en cuenta dos cosas al seducir a este tipo. Primero, tiende a poseer una mente hiperactiva, lo que puede volverlo muy desconfiado. Como suele carecer de estimulación física, y como ésta lo distraerá, dale un poco: una excursión a las montañas, un viaje en lancha o sexo funcionará. Pero eso implicará mucho trabajo, porque su mente siempre está en operación. Segundo, a menudo padece de baja autoestima. No intentes aumentarla; él adivinará tus intenciones, y tu esfuerzo por elogiarlo chocará con su concepto de sí. Es él quien debe adorarte, no tú a él. Los idólatras son víctimas muy adecuadas a corto plazo, pero su incesante necesidad de indagación los llevará a buscar finalmente algo nuevo que reverenciar.

El *sensualista.* Lo que caracteriza a este tipo no es su amor al placer, sino la febrilidad de sus sentidos. A veces muestra esta cualidad en *su* aspecto: *su interés* en la moda, el color, el estilo. Pero a veces eso es más sutil: como él es tan sensible, suele ser muy tímido, y no se atreverá a destacar o ser extravagante. Lo reconocerás por lo receptivo que es a su medio, por no poder estar en una habitación sin luz solar, porque lo deprimen ciertos colores o se agita con ciertos aromas. Pero ocurre que este tipo vive en una cultura que desestima la experiencia sensual (con excepción quizá del sentido de la vista). Así que lo que al sensualista le falta son justo suficientes experiencias sensuales por apreciar y disfrutar.

La clave para seducirlo es apuntar a sus sentidos, llevarlo a lugares bellos, prestar atención a los detalles, envolverlo en espectáculos y usar por supuesto muchos señuelos físicos. Los sensualistas son animales, pueden ser incitados con colores y fragancias. Apela a tantos de sus sentidos como sea posible, para mantener distraídos y débiles a tus objetivos. La seducción de una sensualista suele ser fácil y rápida, y puedes usar una y otra vez la misma táctica para mantenerlo interesado, aunque convendrá que varíes un poco tus atracciones sensuales, de especie, si no es que de calidad. Así fue como Cleopatra influyó en Marco Antonio, un inveterado sensualista. Este tipo puede ser una espléndida víctima, porque es relativamente dócil si le das lo que desea.

El líder *solitario.* Los poderosos no necesariamente son diferentes a los demás, pero se les trata diferente, y esto tiene un fuerte efecto en su personalidad. Los individuos que los rodean tienden a ser aduladores y cortesanos, a tener un interés, a querer algo de ellos. Esto los vuelve suspicaces y desconfiados, y un poco duros a primera vista, pero no confundas la apariencia con la realidad: los líderes solitarios ansian ser seducidos, que alguien rompa su aislamiento y los avasalle. El problema es que la mayoría de la gente se amilana demasiado ante ellos para intentarlo, o usa la índole de táctica —halagos, encanto— que ellos prefiguran y desprecian. Para seducir a este tipo, lo mejor es actuar como su igual, o incluso su superior, y con la clase de trato que nunca recibe. Si eres franco con él, parecerás auténtico, y eso le agradará: te interesa tanto que eres honesto, quizá aun con cierto riesgo. (Ser franco con los poderosos puede ser peligroso.) Los líderes solitarios se pondrán emotivos si se les inflige cierto dolor, seguido de ternura. Este es uno de los tipos más difíciles de seducir, no sólo por su suspicacia, sino también porque su mente está llena de preocupaciones y responsabilidades. Tiene menos espacio mental para la seducción. Deberás ser paciente y astuto, llenando lentamente su cabeza de ti. Sin embargo, triunfa y obtendrás inmenso poder, porque en su soledad él terminará por depender de ti.

El *género flotante.* Todos tenemos una combinación de masculinidad y feminidad en nuestro carácter, pero la mayoría aprendemos a desarrollar y exhibir el lado socialmente aceptable, mientras reprimimos el otro. Los individuos del tipo género flotante sienten que la separación de los sexos en esos distintos géneros es una carga. A veces se cree que son homosexuales reprimidos o latentes, pero es un malentendido: bien pueden ser heterosexuales, pero sus lados masculino y femenino fluctúan continuamente; y como esto puede desconcertar a otros si lo muestran, aprenden a reprimirlo, llegando quizá a uno de los extremos. En realidad les gustaría poder jugar con su género, dar plena expresión a ambos lados. Muchas personas pertenecen a este tipo sin que sea evidente: una mujer puede tener energía masculina, un hombre un desarrollado lado estético. No busques señales obvias, porque este tipo suele encubrirse y mantenerse en secreto. Esto lo vuelve vulnerable a una seducción intensa.

Lo que el tipo del género flotante realmente busca es otra persona de género incierto, su equivalente *del sexo* opuesto. *Muéstrale eso* en tu presencia y podrá relajarse, expresar el lado reprimido de su carácter. Si tú tienes

la misma afición, éste es el único caso en que lo mejor sería seducir a una persona de tu mismo tipo del sexo opuesto. Cada cual agitará deseos reprimidos en el otro, y tendrá de repente la libertad de explorar toda clase de combinaciones de género, sin temor a ser juzgado. Si no eres de género flotante, deja en paz a este tipo. Sólo lo inhibirás y le causarás más molestias.

PARTE 2.

# El proceso de la seducción.

La mayoría de nosotros comprendemos que ciertos actos de nuestra parte tendrán un efecto grato y seductor en la persona a la que deseamos seducir. El problema es que, por lo general, estamos demasiado absortos en nosotros mismos: pensamos;, más en lo que queremos de otras personas que en lo que ellas podrían querer de nosotros. Quizá a veces hacemos algo seductor, pero a menudo proseguimos con un acto egoísta o agresivo (tenemos prisa por lograr lo que deseamos); o, sin saberlo, mostramos un lado mezquino y banal, desvaneciendo así las ilusiones o fantasías que una persona podría tener de nosotros. Nuestros intentos de seducción no suelen durar lo suficiente para surtir efecto.
No seducirás a nadie dependiendo sólo de tu cautivadora personalidad, o haciendo ocasionalmente algo noble o atractivo. La seducción es un proceso que ocurre en el tiempo: cuanto más tardes y más lento avances en él, más hondo llegarás en la mente de tu víctima. Este es un arte que requiere paciencia, concentración y pensamiento estratégico. Siempre debes estar un paso adelante de tu víctima, encandilándola, hechizándola, descontrolándola.
Los veinticuatro capítulos de esta sección te armarán con un serie de tácticas que te ayudarán a salir de ti y a entrar en la mente de tu víctima, para que puedas tocarla como si fuera un instrumento. Estos capítulos siguen un orden flexible, que va del contacto inicial con tu víctima a la exitosa conclusión de la seducción. Tal orden se basa en ciertas leyes eternas de la psicología humana. Dado que las ideas de la gente tienden a girar en torno a sus preocupaciones e inseguridades diarias, no podrás proceder a seducirla hasta adormecer poco a poco sus ansiedades y llenar su distraída mente con ideas de ti. Los primeros capítulos te ayudarán a conseguir eso. En las relaciones es natural que las personas se familiaricen tanto entre sí que la aburrición y el estancamiento aparezcan. El misterio es el alma de la seducción, y para mantenerlo debes sorprender constantemente a tus víctimas, agitar las cosas, sacudirlas incluso. La seducción no debe acostumbrarse nunca a la cómoda rutina. Los capítulos intermedios y finales te instruirán en el arte de alternar esperanza y desesperación, placer y dolor, hasta que tus víctimas se debiliten y sucumban. En cada caso, una táctica sirve de base a la siguiente, lo que te permitirá continuar con algo más fuerte y audaz. Un seductor no puede ser tímido ni compasivo.
Para ayudarte a avanzar en la seducción, estos capítulos se han dispuesto en cuatro fases, cada una de las cuales tiene una meta particular: lograr que la víctima piense en ti; tener acceso a sus emociones, creando momentos de placer y confusión; llegar más hondo, actuando sobre su inconsciente y estimulando deseos reprimidos, y por último inducir la rendición física. (Estas fases se indican claramente y se explican con una breve introducción.) Si sigues dichas fases, operarás con mayor efectividad en la mente de tu víctima, y crearás el ritmo lento e hipnótico de un ritual. De hecho, el proceso de la seducción puede concebirse como una suerte de ritual iniciático, en el que haces que la gente se desprenda de sus hábitos, le brindas experiencias novedosas y la pones a prueba antes de introducirla a una nueva vida.
Lo mejor es leer la totalidad de los capítulos y obtener el mayor conocimiento posible. Llegado el momento de aplicar estas tácticas, deberás elegir las apropiadas para tu víctima específica; a veces bastarán unas cuantas, dependiendo del grado de resistencia que halles y de la complejidad de los problemas de tu víctima. Estas tácticas se aplican por igual a la seducción social que a la política, salvo en el caso del componente sexual de la fase cuatro. Vence a toda costa la tentación de apresurar el climax de la seducción, o de improvisar. En esa circunstancia, no serías seductor, sino egoísta. En la vida diaria todo es prisa e improvisación, y tú debes ofrecer algo diferente. Si te tomas tu tiempo y respetas el proceso de la seducción, no sólo quebrarás la resistencia de tu víctima, sino que también la enamorarás.

## Fase uno.

Separación:
Incitación del interés y del deseo.
Tus *víctimas viven* en *su propio mundo, y su mente está ocupada por [ansiedades e inquietudes diarias. Tu meta en esta fase inicial es separarlas poco a poco de ese mundo cerrado y llenar su mente con ideas de ti. Una vez que hayas decidido a quién seducir* (1: Elige la víctima correcta), *tu*

*primera tarea será llamar la atención de tu víctima, despertar en su interés por ti. Si se resiste o se pone difícil, tendrás que seguir un método más pausado y velado, y conquistar primero su amistad* (2: Crea una falsa [sensación de seguridad: Acércate indirectamente); *si está aburrida y es menos difícil de abordar, un método dramático te será útil, para fascinarla con una presencia misteriosa* (3: Emite señales contradictorias); *o para dar la impresión de que eres alguien a quien los demás codician y por quien pelean* (4: Aparenta ser un objeto de deseo: Forma triángulos).
*Una vez intrigada tu víctima, transforma su interés en algo más intenso: deseo. Al deseo suelen precederlo sensaciones de vacío, de que dentro falta algo que debe aportarse. Infunde deliberadamente esas sensaciones, haz que tu víctima se percate de que en su vida faltan romance y aventura* (5: Engendra una necesidad: Provoca ansiedad y descontento). Si *ella te ve como quien llenará su vacío, el interés florecerá y se convertirá en deseo. Este se avivará sembrando sutilmente ideas en la cabeza de tu víctima, indicios de los seductores placeres que le esperan* (6: Domina el arte de la insinuación). Reflejar *los valores de tu víctima, ceder a sus deseos y estados de ánimo le encantará y deleitará* (7: Penetra su espíritu). *Sin darse cuenta, sus ideas girarán cada vez más en torno a ti. Entonces habrá llegado el momento de algo más intenso. Atráela con un placer o una aventura irresistible* (8: Crea tentación) *y te seguirá.* 1.- Elige la víctima correcta.
*Todo depende del objetivo de tu seducción. Estudia detalladamente a tu presa, y elige sólo las que serán susceptibles a tus encantos. Las víctimas correctas son aquellas en las que puedes llenar un vacío, las que ven en ti algo exótico. A menudo están aisladas o son al menos un tanto infelices (a causa tal vez de recientes circunstancias adversas), o se les puede llevar con facilidad a ese punto, porque la persona totalmente satisfecha es casi imposible de seducir. La víctima perfecta posee alguna cualidad innata que te atrae. Las intensas emociones que esta cualidad inspira contribuirán a hacer que tus maniobras de seducción parezcan más naturales y dinámicas. La víctima perfecta da lugar a la caza perfecta.*

## Preparación para la caza.

El joven vizconde de Valmont era un conocido libertino en el París fie la década de 1770, ruina de más de una muchacha e ingenioso seductor de las esposas de ilustres aristócratas. Pero pasado un tiempo, la rutina de todo esto empezó a aburrirle; sus éxitos se volvieron demasiado fáciles. Cierto año, durante el bochornoso y lento mes de agosto, decidió descansar de París y visitar a su tía en su château de la provincia. La vida ahí no era la que él acostumbraba: había paseos en el campo, charlas con el vicario local, juegos de cartas. Sus amigos de la ciudad, en particular la también libertina marquesa de Merteuil, su confidente, supusieron que regresaría pronto.
Había otros huéspedes en el château, sin embargo, entre los que estaba la regidora de Tourvel, mujer de veintidós años de edad cuyo esposo estaba temporalmente ausente, por motivos de trabajo. La regidora languidecía en el château, a la espera de su marido. Valmont ya la conocía; era hermosa, sin duda, pero tenía fama de mojigata, y de estar totalmente consagrada a su esposo. No era una dama de la corte; tenía un gusto atroz para vestir (siempre se cubría el cuello con adornos espantosos), y su conversación carecía de ingenio. Por alguna razón, no obstante, lejos de París, Valmont comenzó a ver esas peculiaridades bajo una nueva luz. Seguía a la regidora a la capilla, adonde iba todas las mañanas a rezar. Lograba verla apenas en la cena, o jugando canas. A diferencia de las damas de París, ella parecía ignorar sus encantos propios; esto excitaba a Valmont. A causa del calor, Madame de Tourvel se ponía un sencillo vestido de lino, que exhibía su figura. Una gasa le cubría los pechos, lo que permitía a Valmont más que imaginarlos. Su cabello, fuera de moda en razón de su leve desorden, evocaba la alcoba. Y su rostro... él nunca había advertido qué expresivo era. Sus facciones se iluminaban cuando daba limosna a un mendigo; ella se ruborizaba al menor cumplido. Era natural y desinhibida. Y cuando hablaba de su esposo, o de cosas religiosas, Valmont podía sentir la hondura de sus sentimientos. ¡Si fuera posible desviar alguna vez esa apasionada naturaleza a una aventura amorosa...!
I Valmont prolongó su estancia en el château, para enorme deleite de su tía, quien no habría podido adivinar el motivo. Y le escribió a la marquesa de Merteuil, explicándole su nueva ambición: seducir a Madame de Tourvel. La marquesa no podía creerlo. ¿Valmont quería seducir a esa gazmoña? Si lo conseguía, ella le daría muy poco placer; si fracasaba, ¡oh, desgracia! ¡Que el gran libertino fuera incapaz de seducir a una mujer cuyo marido estaba lejos! Le contestó con una carta sarcástica, que sólo enardeció más a Valmont. La conquista de esa dama

notoriamente virtuosa, se propuso él, constituiría el culmen de sus poderes de seducción. Su fama no haría otra cosa que aumentar.

Pero había un obstáculo que parecía volver casi imposible el éxito: todos conocían la reputación de Valmont, incluida la regidora. Ella sabía lo peligroso que era estar a solas con él, que la gente hablaba de la menor asociación con Valmont. El hizo *todo* por desmentir su fama, al grado de asistir a ceremonias religiosas y mostrarse arrepentido de sus costumbres. La regidora lo notó, pero aun así guardó distancia. El reto que ella representaba para Valmont era irresistible, pero, ¿él podría vencerlo?

Valmont decidió calar las aguas. Un día organizó un breve paseo con la regidora y su tía. Eligió un sendero encantador que nunca habían seguido, pero en cierto lugar llegaron a una pequeña zanja que una dama no podía cruzar sola. Valmont dijo que el resto del paseo era demasiado agradable para regresar, así que cargó galantemente en brazos a su tía y la condujo al otro lado de la zanja, provocando sonoras carcajadas en la regidora. Pero llegó entonces el turno de ella, y Valmont la cargó a propósito con relativa torpeza, lo cual la obligó a prenderse de sus brazos; y mientras él la estrechaba contra su pecho, sintió que el corazón de ella latía más rápido, y la vio sonrojarse. Su tía también la vio, y exclamó: "¡La niña está asustada!". Pero Valmont pensó otra cosa. Supo entonces que era posible vencer el reto, conquistar a la regidora. La seducción podía proceder.

*Interpretación.* Valmont, la regidora de Tourvel y la marquesa de Merteuil son personajes de la novela francesa del siglo xviii *Las amistades peligrosas,* de Choderlos de Lacios. (El personaje de Valmont se inspiró en varios libertinos reales de la época, el más destacado de los cuales era el duque de Richelieu.) En la ficción, a Valmont le preocupa que sus seducciones se hayan vuelto mecánicas; él da un paso, y la mujer reacciona casi siempre de la misma manera. Pero cada seducción debe ser distinta; un objetivo diferente ha de alterar la dinámica entera. El problema de Valmont es que siempre seduce al mismo tipo de víctima, el tipo equivocado. Se da cuenta de esto cuando conoce a Madame de Tourvel.

El no decide seducirla porque su marido sea conde, se vista con elegancia u otros hombres la deseen: las razones usuales. La elige porque, a su manera, ella ya lo ha seducido a él. Un brazo desnudo, una risa espontánea, una actitud juguetona: todo esto ha atrapado la atención de Valmont, porque nada es artificial. Una vez que él cae bajo su hechizo, la fuerza de su deseo hará que sus maniobras posteriores parezcan menos calculadas; él es aparentemente incapaz de evitarlas. Y sus intensas emociones la contagiarán poco a poco a ella. Más allá del efecto que la regidora ejerce sobre Valmont, ella posee otros rasgos que la convierten en la víctima perfecta. Está aburrida, lo que la empuja a la aventura. Es ingenua, e incapaz de entrever las intenciones de los trucos de él. Por último, el talón de Aquiles: se cree inmune a la seducción. Casi todos somos vulnerables a los atractivos de otras personas, y tomamos precauciones contra indeseables deslices. Madame de Tourvel no toma ninguna. Una vez que Valmont la ha puesto a prueba en la zanja, y ha comprobado que es físicamente vulnerable, sabe que a la larga caerá.

La vida es corta, y no debería desaprovecharse persiguiendo y seduciendo a las personas equivocadas. La selección del objetivo es crucial; es el fundamento de la seducción, y determinará todo lo que siga. La víctima perfecta no tiene facciones específicas o el mismo gusto musical que tú, o metas similares en la vida. *Éstos son* los criterios del seductor banal para elegir a sus objetivos. La víctima perfecta es la persona que te incita en una forma que no puede explicarse con palabras, cuyo efecto en ti no tiene nada que ver con superficialidades. Esa persona tendrá por lo general una cualidad de la que tú careces, y *que* tal vez envidias en secreto; la regidora, por ejemplo, posee una [inocencia que Valmont perdió hace mucho tiempo o nunca tuvo. Debe haber algo de tensión; la víctima podría temerte un poco, o incluso | rechazarte levemente. Esta tensión está llena de potencial erótico, y [hará mucho más vivaz la seducción. Sé más creativo al elegir a tu presa, y se te recompensará con una seducción más emocionante. Por supuesto que esto no significa nada si la posible víctima no está abierta a tu influencia. Prueba primero a la persona. Una vez que sientas que también ella es vulnerable a ti, la caza puede comenzar.

*Es un golpe de suerte encontrar a alguien a quien valga la pena seducir. [... ] La mayoría de la gente se precipita, se compromete o hace otras tonterías, y en un instante todo ha terminado y ya se sabe qué ganó ni qué perdió.* —Soren Kierkcgaard.

# Claves para la seducción.

Nos pasamos la vida teniendo que convencer a personas, teniendo que seducirlas. Algunas de ellas estarán relativamente abiertas a nuestra influencia, así sea sólo en formas sutiles, mientras que otras parecerán impermeables a nuestros encantos. Tal vez creamos que esto es un misterio

fuera de nuestro control, pero ése es un modo ineficaz de enfrentar la vida. Los seductores, sean sexuales o sociales, prefieren seleccionar sus probabilidades. Tanto como sea posible, persiguen a gente que delata alguna vulnerabilidad a ellos, y evitan a la que no pueden emocionar. Dejar en paz a quienes son inaccesibles a ti es una senda sensata; no puedes seducir a todos. Por otra parte, busca activamente a la presa que reaccione de la manera correcta. Esto volverá mucho más placenteras y satisfactorias tus seducciones.

¿Cómo puedes reconocer a tus víctimas? Por la forma en que reaccionan a ti. No prestes mucha atención a sus reacciones conscientes; es probable que una persona que trata obviamente de agradarte o encantarte juegue con tu vanidad, y quiera algo de ti. En cambio, pon mayor atención a las reacciones fuera del control consciente: un sonrojo, un reflejo involuntario de algún gesto tuyo, un recato inusual, tal vez un destello de ira o rencor. Todo esto indica que ejerces efecto en una persona que está abierta a tu influencia.

Como Valmont, también puedes reconocer a tus objetivos correctos por el efecto que ellos tienen en ti. Quizá te ponen intranquilo; tal vez corresponden a un arraigado ideal de tu infancia, o representan algún tipo de tabú personal que te excita, o sugieren a la persona que crees que serías si fueras del sexo opuesto. El hecho de que una persona ejerza tan profundo efecto en ti transforma todas tus maniobras posteriores. Tu *rostro* y tus gestos cobran animación. Tienes más energía; si la víctima se te resiste (como toda buena víctima debe hacerlo), tú serás a tu vez más creativo, te sentirás más motivado a vencer esa resistencia. La seducción avanzará como un juego. Tu intenso deseo contagiará a tu objetivo, y le brindará la peligrosa sensación de tener poder sobre ti. Tú eres, desde luego, quien en última instancia está al mando, ya que vuelves *emotiva* a tu *víctima* en los momentos indicados, llevándola de un lado a otro. Los buenos seductores escogen objetivos que los inspiran, pero saben cómo y cuándo contenerse. Jamás te arrojes a los ansiosos brazos de la primera persona a la que parezcas agradarle. Esto no es seducción, sino inseguridad. La necesidad que tira de ti producirá una relación de baja calidad, y el interés en ambos lados decaerá. Fíjate en los tipos de víctimas que no has considerado hasta ahora; ahí es donde encontrarás desafío y aventura. Los cazadores experimentadas no eligen a su presa porque sea fácil atraparla; desean el estremecimiento de la persecución, una lucha a vida o muerte, y entre más feroz, mejor.

Aunque la víctima perfecta para ti depende de ti mismo, ciertos tipos se prestan a una seducción más satisfactoria. A Casanova le gustaban las jóvenes desdichadas, o que habían sufrido una desgracia reciente. Estas mujeres apelaban a su deseo de pasar por salvador, pero tal preferencia también respondía a la necesidad: las personas felices son mucho más difíciles de seducir. Su dicha las vuelve inaccesibles. I Siempre es más fácil pescar en aguas turbulentas. De igual modo, un aire de tristeza es en sí mismo sumamente seductor; Genji, el protagonista de la novela japonesa La *historia de Genji,* no podía resistirse I a una mujer de aire melancólico. En el *Diario de un seductor,* de Kierkegaard, el narrador, Johannes, fija un importante requisito a su víctima: debe tener imaginación. Por eso escoge a una mujer que vive en un mundo de fantasía, que envolverá en poesía cada uno de sus gestos, imaginando mucho más de lo que está ahí. Lo mismo que a una persona feliz, también es difícil seducir a una persona que no tiene imaginación.

Para las mujeres, el hombre caballeroso suele ser la víctima perfecta. Marco Antonio era de este tipo: adoraba el placer, era muy emotivo y, en lo tocante a las mujeres, le costaba trabajo pensar con claridad. A Cleopatra le fue fácil manipularlo. Una vez que ella se apoderó del control de sus emociones, lo mantuvo permanentemente en sus manos. Una mujer no debe desanimarse nunca de que un hombre parezca demasiado agresivo. Es con frecuencia la víctima perfecta. Con algunos trucos de coquetería, a ella le será fácil trastornar tal agresión y convertir a ese hombre en su esclavo. A hombres así en realidad les gusta verse obligados a perseguir a una mujer.

Cuídate de las apariencias. Una persona que parece volcánicamente apasionada suele esconder inseguridad y ensimismamiento. Esto fue lo que la mayoría de los hombres que la trataron no percibieron en Lola Montez, cortesana del siglo XIX. Ella parecía sumamente dramática y excitante. Lo cierto es que era una mujer atribulada, obsesionada consigo misma, pero para el momento en que los hombres lo descubrían ya era demasiado tarde: se habían enredado con ella, y no podían desprenderse sin meses de drama y tortura. La gente exteriormente distante o tímida suele ser un objetivo mejor que la extrovertida. Se muere por ser comunicativa, y una tormenta aún se agita en su interior.

Los individuos con mucho tiempo en sus manos son extremadamente susceptibles a la seducción. Tienen abundante espacio mental por ser llenado por ti. Tullia d'Aragona, la infausta cortesana italiana del siglo XVI, prefería a jóvenes como víctimas; aparte de la razón física de eso, ellos eran más *ociosos* que los hombres trabajadores con trayectoria y, por tanto, más indefensos ante una seductora ingeniosa. Por otro lado, evita generalmente a personas preocupadas por sus negocios o su trabajo; la seducción requiere atención, y las personas muy ocupadas te ofrecen poco espacio mental por llenar.

De acuerdo con Freud, la seducción comienza pronto en la vida, en nuestra relación con nuestros padres. Ellos nos seducen físicamente, lo mismo con contacto corporal que satisfaciendo deseos como el hambre, y nosotros a nuestra vez tratamos de seducirlos para que nos presten atención. Somos por naturaleza criaturas vulnerables a la seducción a lo largo de la vida. Todos queremos que nos seduzcan; anhelamos que se nos obligue a salir de

nosotros, de nuestra rutina, y a entrar al drama del eros. Y nada nos atrae más que la sensación de que alguien tiene algo de lo que nosotros carecemos, una cualidad que deseamos. Tus víctimas perfectas suelen ser las personas que creen que posees algo que ellas no, y que se mostrarán encantadas de que se lo brindes. Quizá esas víctimas tengan un temperamento completamente opuesto al tuyo, y esta diferencia creará una emocionante tensión.

Cuando Jiang Qing, más tarde llamada Madame Mao, conoció a Mao Tse-Tung en 1937, en el refugio montañoso de éste en el occidente de China, sintió lo desesperado que estaba por un poco de color y sabor en su vida; todas las mujeres del campamento se vestían como los hombres, y habían renunciado a cualquier gala femenina. Jiang había sido actriz en Shanghai, y era todo menos austera. Proporcionó a Mao lo que a éste le faltaba, y le concedió la emoción adicional de poder educarla en el comunismo, apelando a su complejo de Pigma-lión: el deseo de dominar, controlar y reformar a una persona. Pero en realidad, era Jiang Qing quien controlaba a su futuro esposo.

La mayor carencia de todas es la de emoción y aventura, precisamente lo que la seducción ofrece. En 1964, el actor chino Shi Pei Pu, quien había cobrado fama como intérprete de papeles femeninos, conoció a Bernard Bouriscout, joven diplomático asignado a la embajada de Francia en China. Bouriscout había ido a China en busca de aventura, y le desilusionaba tener poco contacto con chinos. Fingiendo ser una mujer que de niña había sido obligada a vivir como niño —supuestamente la familia ya tenía demasiadas hijas—, Shi Pei Pu se valió del hastío e insatisfacción del joven francés para manipularlo. Tras inventar una historia de los engaños por los que había tenido que atravesar, atrajo lentamente a Bouriscout a un romance que duraría años. (El diplomático había tenido previos encuentros homosexuales, pero se consideraba heterosexual.) Tiempo después, Bouriscout fue inducido a realizar espionaje para los chinos. Durante todo ese tiempo creyó que Shi Pei Pu era mujer; su vivo deseo de aventura lo había vuelto así de vulnerable. Los *tipos* reprimidos son víctimas perfectas para una intensa seducción.

La gente que reprime el apetito de placer es una víctima ideal, en particular a una edad avanzada. Ming Huang, emperador chino del siglo VIII, pasó gran parte de su reinado tratando de despojar a su corte de su costosa adicción al lujo, y era un modelo de austeridad y virtud. Pero en cuanto vio a la concubina Yang Kuei-fei bañarse en un lago del palacio, todo cambió. Yang era la mujer más encantadora del reino, pero también la amante del hijo del emperador. Ejerciendo su poder, éste se la arrebató, sólo para convertirse en su más rendido esclavo. La selección de la víctima correcta es igualmente importante en la política. Seductores de masas como Napoleón y John F. Kennedy ofrecen a la gente justo lo que le falta. Cuando Napoleón llegó al poder, el orgullo del pueblo francés estaba por los suelos, abatido por las sangrientas repercusiones de la Revolución francesa. El ofreció gloria y conquista. Kennedy percibió que los estadunidenses estaban hartos de la sofocante comodidad de los años de Eisenhower; les dio aventura y riesgo. Más aún, ajustó su convocatoria al grupo más vulnerable a ella: la generación joven. Los políticos de éxito saben que no todos serán suceptibles a su encanto; pero si hallan un grupo de posibles partidarios con una necesidad por satisfacer, tendrán seguidores que los apoyarán sin condiciones.

*Símbolo. La caza mayor. Los leones son peligrosos; atraparlos es conocer el escalofrío del riesgo. Los leopardos son listos y rápidos, y brindan la emoción de una caza ardua. Jamás te precipites a la caza. Conoce a tu presa, y elígela con cuidado. No pierdas tiempo en la caza menor: los conejos que caen en la trampa, el visón preso en el cepo perfumado. Desafío es placer.*

## Reverso.

No hay reverso posible en este caso. Nada ganarás tratando de seducir a una persona cerrada a ti, o que no puede brindarte el placer y la caza que necesitas. 2.-

Crea una falsa sensación de seguridad: Acércate indirectamente.

*Si al principio eres demasiado directo, corres él riesgo de causar una resistencia que nunca cederá. Al comenzar, no debe haber nada seductor en tu actitud. La seducción ha de iniciarse desde un ángulo, indirectamente, para que el objetivo se percate de ti en forma gradual. Ronda la periferia de la vida de tu blanco: aproxímate a través*

***de un tercero, o finge cultivar una relación en cierto modo neutral, pasando poco a poco de amigo a amante.***
***Trama un encuentro "casual", como si tu blanco y tú estuvieran destinados a conocerse; nada es más seductor***
***que una sensación de destino. Haz que él objetivo se sienta seguro, y luego ataca.***

# De amigo a amante.

Anne-Marie-Louise de Orleans, duquesa de Montpensier, conocida en la Francia del siglo XVII como *La Grande lAademoiseUe,* no había conocido nunca el amor. Su madre había muerto cuando ella era joven; su padre volvió a casarse y la ignoraba. La duquesa procedía de una de las familias más ilustres de Europa: el rey Enrique IV había sido su abuelo; el futuro rey Luis XIV era su primo. Cuando ella era joven, había habido propuestas de casamiento con el viudo rey de España, el hijo del monarca del Sacro Imperio Romano, e incluso su propio primo Luis, entre muchas otras. Pero todas esas bodas perseguían fines políticos, o la enorme riqueza de su familia. Nadie se molestaba en cortejarla; incluso era raro que ella conociera a sus pretendientes. Peor aún, la Grande Mademoiselle era una idealista que creía en los anticuados valores de la caballería: valentía, honestidad, rectitud. Aborrecía a los intrigantes cuyos motivos al cortejarla eran, en el mejor de los casos, sospechosos. *¿En* quién podía confiar? Uno por uno, hallaba una razón para rechazarlos. La soltería parecía ser su destino.
En abril de 1669, la Grande Mademoiselle, entonces de cuarenta y dos años de edad, conoció a uno de los hombres más extraños de la porte: el marqués Antonin Péguilin, después conocido como duque de Lauzun. Favorito de Luis XIV, el marqués, de treinta y seis años, era un soldado valiente con un ingenio ácido. También era un incurable donjuán. Aunque bajo de estatura e indudablemente poco agraciado, sus insolentes modales y hazañas militares lo volvían irresistible para las mujeres. La Grande Mademoiselle había reparado en él años antes, y admirado su elegancia y osadía. Pero apenas entonces, en 1669, tuvo una conversación auténtica con él, si bien breve; y aunque conocía su fama de tenorio, le pareció encantador. Días más tarde se encontraron de nuevo; esta vez la conversación fue más larga, y Lauzun resultó ser más inteligente de lo que ella había imaginado: hablaron del dramaturgo Comedie (el preferido de la duquesa), heroísmo y otros temas elevados. Luego, sus encuentros se volvieron más frecuentes. Se habían hecho amigos. Anne-Marie escribió en su diario que sus conversaciones con Lauzun, cuando ocurrían, eran el mejor momento de su día; cuando él no estaba en la corte, ella sentía su ausencia. Sus encuentros eran demasiado frecuentes para ser casuales por parte de Lauzun, pero él siempre parecía sorprendido de verla. Al mismo tiempo, ella dejó asentado que se sentía intranquila: la acometían emociones extrañas, y no sabía por qué.
El tiempo pasó, y un buen día la Grande Mademoiselle debió marcharse de París una o dos semanas. Lauzun la abordó entonces, sin previo aviso, y le rogó emocionado que lo considerara su confidente, el gran amigo que ejecutaría cualquier encomienda en su ausencia. El se mostró poético y caballeroso, pero ¿qué se proponía en realidad? En su diario, Anne-Marie enfrentó finalmente las emociones que se agitaban en ella desde su primera conversación con él: "Me dije: éstas no son meditaciones vagas; debe haber un objeto en todos estos sentimientos, y no podía imaginar quién era. [...] Por fin, tras atormentarme durante varios días, me di cuenta de que era M. de Lauzun a quien amaba, que era él quien de algún modo se había deslizado hasta mi corazón y lo había atrapado".
Sabedora de la fuente de sus sentimientos, la Grande Mademoiselle se volvió más directa. Si Lauzun iba a ser su confidente, ella podría hablarle del matrimonio, de las bodas que aún se le ofrecían. Este tema podría darle a él la oportunidad de expresar sus sentimientos; tal vez hasta se mostraría celoso. Desafortunadamente, Lauzun no pareció captar la indirecta. En cambio, preguntó a la duquesa por qué, para comenzar, pensaba en casarse; parecía muy feliz tal como estaba. Además, ¿quién podía ser digno de ella? Esto duró varias semanas. La duquesa no pudo arrancarle nada personal. En cierto sentido, ella lo comprendió: estaban presentes las diferencias de rango (ella era muy superior a él) y de edad (ella era seis años mayor). Meses después murió la esposa del hermano del rey, y Luis sugirió a la Grande Mademoiselle que remplazara a su difunta cuñada; es decir, que se casara con su hermano. Anne-Marie se indignó; era evidente que el hermano del rey quería poner las manos sobre su fortuna. Pidió opinión a Lauzun. Como leales servidores del rey, contestó él, debían obedecer el deseo real. Esta respuesta no agradó a la duquesa y, para rematar, él dejó de visitarla, como si fuese impropio que siguieran siendo amigos. Ésta fue la gota que derramó el vaso. La Grande Mademoiselle dijo al rey que no se casaría con su hermano, y punto.
Anne Marie se reunió entonces con Lauzun, y le dijo que escribiría en una hoja el nombre del caballero con quien siempre había querido casarse. El debía poner esa hoja bajo su almohada y leerla a la mañana siguiente. Cuando

lo hizo, se topó con las palabras C'est *vous (Es usted).* Al ver a la Grande Mademoiselle la noche siguiente, Lauzun le dijo que debía estar bromeando: sería el hazmerreír de la corte. Pero ella insistió en que hablaba en serio. El pareció conmocionado y sorprendido, aunque no tanto como el resto de la corte cuando, semanas después, se anunció el compromiso entre este donjuán de rango relativamente bajo y la dama del segundo rango más alto de Francia, conocida lo mismo por su virtud que por su habilidad para defenderla.
*Interpretación.* El duque de Lauzun es uno de los seductores más gran-; des de la historia, y su lenta y sostenida seducción de la Grande Mademoiselle fue su obra maestra. Su método fue simple: indirecto. Al percibir en esa primera conversación que ella se interesaba en él, decidió cautivarla con su amistad. Sería su amigo más leal. Al principio esto resultó encantador: un hombre se daba tiempo para hablar con ella, sobre poesía, historia, proezas de guerra —sus temas favoritos. Poco a poco, ella empezó a confiar en él. Luego, casi sin que la duquesa se diera cuenta, sus sentimientos cambiaron: ¿a ese consumado mujeriego sólo le interesaba la amistad? ¿No le atraía ella como mujer? Estas ideas «hicieron reparar en que se había enamorado de él. Esto fue en parte lo que después hizo que rechazara la boda con el hermano del rey, una decisión hábil e indirectamente inducida por el propio Lauzun, al negar de visitarla. Y, ¿cómo podía él buscar dinero y posición, o sexo, cuando jamás había dado paso alguno en ese sentido? No, lo brillante *í* de la seducción de Lauzun fue que la Grande Mademoiselle creyó ser ella quien daba todos los pasos.
Una vez que has elegido a la víctima correcta, debes llamar su atención y despertar su deseo. Pasar de la amistad al amor puede surtir efecto sin delatar la maniobra. Primero, tus conversaciones amistosas con tu objetivo te darán valiosa información sobre su carácter, gustos, debilidades, los anhelos infantiles que rigen su comportamiento adulto. (Lauzun, por ejemplo, pudo adaptarse inteligentemente a los gustos de Anne-Marie una vez que la estudió de cerca.) Segundo, al pasar tiempo con tu blanco, puedes hacer que se sienta a gusto contigo. Creyendo que sólo te interesan sus ideas, su compañía, moderará su resistencia, disipando la usual tensión entre los sexos. Entonces será vulnerable, porque tu amistad con él habrá abierto la puerta dorada a su cuerpo: su mente. Llegado ese punto, todo comentario casual, todo leve contacto físico incitará una idea distinta, que lo tomará por sorpresa: quizá podría haber algo entre ustedes. Una vez motivada esa sensación, tu objetivo se preguntará por qué no has dado el paso, y tomará la iniciativa, disfrutando de la ilusión de que es él quien está al mando. No hay nada más efectivo en la seducción que hacer creer seductor al seducido. *No me acerco a ella, sólo bordeo la periferia de su existencia [... ] Ésta es la primera telaraña en la que debe caer.* —Soren Kierkegaard.

## Claves para la seducción.

Lo que buscas como seductor es la capacidad de dirigir a los demás adonde tú quieres. Pero este juego es peligroso; en cuanto ellos sospechen que actúan bajo tu influencia, te guardarán rencor. Somos criaturas que no soportan sentir que obedecen a una voluntad ajena. Si tus objetivos lo descubrieran, tarde o temprano se volverán contra ti. Pero ¿y si pudieras lograr que hagan lo que quieres sin darse cuenta? ¿Si creyeran estar al mando? Este es el poder del método indirecto, y ningún seductor puede obrar su magia sin él.
El primer paso por dominar es simple: una vez que hayas elegido a la persona correcta, debes hacer que el objetivo venga a ti. Si en las etapas iniciales logras hacerle creer que es él quien realiza el primer acercamiento, has ganado el juego. No habrá rencor, contrarreacción perversa ni paranoia.
Conseguir que tu objetivo venga a ti implica concederle espacio. Esto puede alcanzarse de varias maneras. Puedes rondar la periferia de su existencia, para que te vea en diferentes lugares sin que te acerques nunca a él. De esta forma llamarás su atención; y si él quiere atravesar el puente, tendrá que llegar hasta ti. Puedes hacerte su amigo, como lo fue Lauzun de la Grande Mademoiselle, y aproximarte cada vez más, aunque manteniendo siempre la distancia apropiada entre amigos del sexo opuesto. También puedes jugar al gato y al ratón con él, primero pareciendo interesado y retrocediendo después, para incitarlo activamente a que te siga a tu telaraña. Hagas lo que hagas y cualquiera que sea el tipo de seducción que practiques, evita a toda costa la tendencia natural a hostigar a tu blanco. No cometas el error de creer que perderá interés a menos que lo presiones, o que un torrente de atención le agradará. Demasiada atención prematura en realidad sólo sugerirá inseguridad, y causará dudas sobre tus motivos. Peor todavía, no dará a tu objetivo margen para imaginar. Da un paso atrás; permite que las ideas que suscitas lleguen a él como si fueran propias. Esto es doblemente importante si tratas con alguien que ejerce un profundo efecto en ti.
En realidad, nunca podremos entender al sexo opuesto. Siempre será un misterio para nosotros, y este misterio aporta la deliciosa tensión de la seducción, pero también es fuente de inquietud. Freud se hizo la célebre pregunta de qué es lo que en verdad quieren las mujeres; aun para el pensador más perspicaz de la psicología, el sexo opuesto era un territorio desconocido. Tanto en los hombres como en las mujeres existen arraigadas sensaciones

de temor y ansiedad en relación con el sexo opuesto. En las etapas iniciales de la seducción, entonces, debes hallar la manera de aplacar toda sensación de desconfianza que la otra persona pueda experimentar. (Sentir temor y peligro puede agudizar más tarde la seducción; pero si provocas esas emociones en las primeras etapas, lo más probable es que ahuyentes a tu víctima.) Establece una distancia neutral, aparenta ser inofensivo, y te darás margen de maniobra. Casanova cultivó una leve feminidad en su carácter —interés en la ropa, el teatro, los asuntos domésticos—, que las jóvenes consideraban reconfortante. La cortesana del Renacimiento Tullia d'Aragona, quien hizo amistad con los grandes pensadores y poetas de su época, hablaba de literatura y filosofía, de todo menos del tocador (y de todo menos de dinero, que también era su meta). Johannes, el narrador del *Diario de un seductor,* de S0ren Kier-kegaard, sigue a su objetivo, Cordelia, a la distancia; cuando sus caninos se cruzan, es cortés, y aparentemente tímido. Cuando Cordelia llega a conocerlo, no la asusta. De hecho, él es tan inofensivo que ella empieza a desear que lo sea menos.
Duke Ellington, el gran jazzista y consumado seductor, deslumbraba inicialmente a las damas con su buena apariencia, ropa elegante y carisma. Pero una vez a solas con una mujer, retrocedía un poco y se volvía excesivamente cortés, ocupándose sólo de cosas insignificantes. La conversación banal puede ser una táctica brillante: hipnotiza al objetivo. La monotonía de tu fachada confiere mayor poder a la sugerencia más sutil, la más leve mirada. Si nunca hablas de amor, volverás expresiva su ausencia: tu víctima se preguntará por qué no aludes jamás a tus emociones; y al pensar en eso, llegará más lejos aún, e imaginará qué más ocurre en tu mente. Ella será quien saque a colación el tema del amor o el afecto. La monotonía deliberada tiene muchas aplicaciones. En psicoterapia, el médico responde con monosílabos para atraer al paciente, haciéndolo relajarse y abrirse. En negociaciones internacionales, Henry Kissinger abrumaba a los diplomáticos con detalles fastidiosos, y luego hacía audaces demandas. Al inicio de la seducción, las palabras monocromas suelen ser más eficaces que las vividas: el objetivo se desconecta, te mira a la cara, empieza a imaginar, fantasea y cae bajo tu hechizo. Llegar a tus objetivos a través de otras personas es muy eficaz: in-fíltrate en su círculo y dejarás de ser un extraño. Antes de dar un solo paso, el conde de Grammont, seductor del siglo xvii, entablaba amistad con la recamarera, ayuda de cámara, un amigo e incluso un amante de su blanco. De este modo podía reunir información, y buscar la manera de acercarse a él en forma inofensiva. También podía sembrar ideas, diciendo cosas que era probable que el tercero repitiera, Cosas que intrigarían a la dama, en particular si procedían de alguien a quien ella conocía.
Ninon de L'Enclos, la cortesana y estratega de la seducción del siglo XVII, creía que disfrazar las intenciones propias no sólo era necesario: aumentaba el placer del juego. Un hombre jamás debía declarar sus sentimientos, pensaba ella, en particular al principio. Esto es irritante y provoca desconfianza. "Lo que ella adivina persuade mucho más a una mujer de estar enamorada que lo que oye", comentó una vez. Con frecuencia, la prisa de una persona en declarar sus sentimientos resulta de un falso deseo de complacer, pensando que esto halagará a la otra. Pero el deseo de complacer puede ofender y molestar. Los niños, los gatos y las coquetas nos atraen por no intentarlo en apariencia, e incluso mostrarse indiferentes. Aprende a encubrir tus sentimientos, y que la gente descubra por sí sola lo que pasa.
En todas las esferas de la vida, nunca des la impresión de que buscas algo; esto producirá una resistencia que nunca someterás. Aprende a acercarte a la gente de lado. Apaga tus colores, pasa inadvertido, finge ser inocuo y tendrás más margen de maniobra. Lo mismo sucede en política, donde la ambición manifiesta suele asustar a la gente. A primera vista, Vladimir Ilich Lenin parecía un ruso común: vestía como obrero, hablaba con acento campesino, no se daba aires de grandeza. Esto hacía sentir a gusto a la gente, e identificarse con él. Pero bajo ese aspecto aparentemente insulso había por supuesto un hombre muy hábil, que no cesaba de maniobrar. Cuando la gente se percató de esto, ya era demasiado tarde.
Símbolo. La telaraña. La araña busca un inocuo rincón donde tejer su tela. Cuanto más tarda, más fabulosa es su construcción, pero pocos lo notan: sus tenues hilos son casi invisibles. La araña no tiene que cazar para comer; ni siquiera moverse. Se posa en silencio en una esquina, esperando a que sus víctimas lleguen solas y caigan en su red.

# Reverso.

En la guerra necesitas espacio para alinear tus tropas, margen de maniobra. Cuanto más espacio tengas, más intrincada puede ser tu estrategia. Pero a veces es mejor arrollar al enemigo, no darle tiempo de pensar o reaccionar. Aunque Casanova adaptaba sus estrategias a la mujer en cuestión, a menudo trataba de causar una impresión inmediata, para incitar deseo desde el primer encuentro. Actuaba con galantería y salvaba a una mujer en peligro; se vestía de cierto modo para que su objetivo lo distinguiera entre la multitud. En cualquier caso, una vez que conseguía la atención de una mujer, avanzaba con la velocidad del rayo. Una sirena como Cleopatra intenta ejercer un efecto físico inmediato en los hombres, para no dar a sus víctimas tiempo ni espacio para retirarse. Ella usa el factor sorpresa. El primer periodo de tu contacto con alguien podría implicar un grado de deseo que nunca se repetirá; prevalecerá la audacia. Sin embargo, estas seducciones son cortas. Las sirenas y los Casanovas sólo obtienen placer del número de sus víctimas, pasando rápidamente de una conquista a otra, y esto puede resultar fatigoso. Casanova acabó extenuado; las sirenas, insaciables, nunca están satisfechas. La seducción indirecta, cuidadosamente ejecutada, puede reducir el número de tus conquistas, pero te compensará con creces con su calidad. 3.- Emite señales contradictorias.
Una vez que la gente percibe tu presencia, y que, incluso, se siente vagamente intrigada por ella, debes fomentar su interés antes de que lo dirija a otro. Lo obvio y llamativo puede atraer su atención al principio, pero esa atención suele ser efímera; a la larga, la ambigüedad es mucho más potente. La mayoría somos demasiado obvios; tú sé difícil de entender. Emite señales contradictorias: duras y suaves, espirituales y terrenales, astutas e inocentes. Una mezcla de cualidades sugiere profundidad, lo que fascina tanto como confunde. Un aura elusiva y enigmática hará que la gente quiera saber más, y esto la atraerá a tu círculo. Crea esa fuerza sugiriendo que hay algo contradictorio en ti.

# Bueno y malo.

En 1806, cuando Prusia y Francia estaban en guerra, Augusto, el apuesto príncipe de Prusia y sobrino de Federico el Grande, de veinticuatro años de edad, fue capturado por Napoleón. En vez de encarcelarlo, Napoleón le permitió vagar por territorio francés, vigilándolo muy de perca con espías. El príncipe era devoto del placer, y pasó su tiempo yendo de una ciudad a otra y seduciendo a jóvenes mujeres. En 1807 decidió visitar el Château de Coppet, en Suiza, donde vivía la gran escritora francesa Madame de Staél. Augusto fue recibido por su anfitriona con toda la ceremonia de Que ésta era capaz. Tras presentarlo a sus demás huéspedes, todos se retiraron a un salón, donde hablaron de la guerra de Napoleón en España, la moda en París y cosas por el estilo. De pronto se abrió la puerta y entró otro huésped, una mujer que por algún motivo había permanecido en su habitación durante el alboroto del arribo del príncipe. Era Madame Récamier, de treinta años, la mejor amiga de Madame de Staél. Ella misma se presentó con el príncipe, y se retiró de inmediato a su recámara.
Augusto sabía que Madame Récamier estaba en el château. De hecho, había oído muchas historias sobre esa infausta mujer, a quien, en los años posteriores a la Revolución francesa, se consideraba la más bella de Francia. Los hombres enloquecían por ella, en particular en los bailes, cuando se quitaba el chal y revelaba los diáfanos vestidos blancos que había vuelto famosos, y bailaba con desenfreno. Los pintores Gérard y David habían inmortalizado su rostro y forma de vestir, y aun sus pies, juzgados los más hermosos que nadie hubiera visto jamás; además, ella había roto el corazón de Lucien Bonaparte, hermano del emperador Napoleón. A Augusto le agradaban mujeres más jóvenes que Madame Récamier, y había ido al château a descansar. Pero esos breves momentos en los que ella había acaparado la atención con su entrada repentina lo tomaron por sorpresa: era tan bella como la gente decía; pero más impresionante aún que su hermosura era su mirada, que parecía muy dulce, verdaderamente celestial, con un dejo de tristeza. Los demás invitados siguieron conversando, pero Augusto ya sólo podía pensar en Madame Récamier.
Durante la cena esa noche, la observó. Ella no habló mucho, y mantuvo la vista abajo, pero volteó una o dos veces, directo al príncipe. Terminada la cena, los huéspedes se reunieron en la galería, y alguien llevó un arpa. Para deleite del príncipe, Madame Récamier empezó a tocar, entonando una canción de amor. Entonces, ella cambió de repente: había picardía en sus ojos cuando lo veía. La voz angelical, las miradas, la energía que animaba su faz hicieron sentir al príncipe que la cabeza le daba vueltas. Estaba confundido. Cuando lo mismo sucedió la noche siguiente, Augusto decidió prolongar su estancia en el château.

En los días posteriores, el príncipe y Madame Récamier pasearon juntos, remaron en el lago y asistieron a bailes, en los que él la tuvo por fin entre sus brazos. Charlaban hasta bien entrada la noche. Pero nada se aclaraba para él: ella parecía muy espiritual, muy noble, pero luego estaba un roce de la mano, un súbito comentario insinuante. Tras dos semanas en el château, el soltero más codiciado de Europa olvidó sus hábitos de libertinaje y propuso matrimonio a Madame Récamier. Se convertiría al catolicismo, la religión de ella, y Madame se separaría de su vetusto esposo. (Ella le había dicho que su matrimonio no se había consumado nunca, y que por tanto la iglesia católica podía anularlo.) Madame Récamier se iría a vivir con él a Prusia. Ella prometió hacer lo que él quisiera. El príncipe salió corriendo a Prusia, en busca de la aprobación de su familia, y Madame regresó a París para obtener la anulación requerida. Augusto la abrumó con cartas de amor, y esperó. Pasó el tiempo; creyó enloquecer. Entonces, por fin, una carta: ella había cambiado de opinión.

Meses después, Madame Récamier envió a Augusto un regalo: el famoso cuadro de Gérard en el que ella aparecía recostada en un sofá. El príncipe pasó horas frente a él, tratando de penetrar el misterio detrás de esa mirada. Se había sumado a la compañía de las conquistas de Madame Récamier; a hombres como el escritor Benjamín Cons-tant, quien dijo de ella: "Fue mi último amor. El resto de mi vida, fui como un árbol fulminado por un rayo".

*Interpretación.* La lista de las conquistas de Madame Récamier no hizo sino volverse cada vez más impresionante conforme su edad avanzaba: en ella estuvieron el príncipe Metternich, el duque de Wellington, los escritores Constant y Chateaubriand. Para todos estos hombres, Madame Récamier era una obsesión, que no hacía más que intensificarse cuando se alejaban de ella. La fuente del poder de Madame era doble. Primero, poseía un rostro angelical, que atraía a los hombres. Esa cara apelaba a su instinto paternal, encantando con su inocencia. Pero luego asomaba una segunda cualidad, en las miradas insinuantes, el baile desenfrenado, la súbita alegría: todo esto tomaba por sorpresa a los hombres. Era evidente que en ella había más de lo que ellos creían, una enigmática complejidad. Cuando estaban solos, ellos se descubrían ponderando estas contradicciones, como si un veneno corriera por su sangre. Madame Récamier era un acertijo, un problema por resolver.

Ya fuese que se quisiera una diablesa coqueta o una diosa inalcanzable, I ella podía serlo, al parecer. Sin duda, Madame alentaba esta ilusión al mantener a los hombres a cierta distancia, para que nunca pudieran descifrarla. Y era la reina del efecto calculado, como lo muestra su sorpresiva entrada al Château de Coppet, que la volvió el centro de la atención, así fuera sólo unos segundos.

El proceso de la seducción implica llenar la mente de alguien con tu imagen. Tu inocencia, belleza o coquetería pueden atraer la atención de esa persona, pero no su obsesión; ella pasará pronto a la siguiente imagen impactante. Para ahondar su interés, debes sugerir una complejidad imposible de comprender en una o dos semanas. Eres un misterio elusivo, un señuelo irresistible, que augura enorme placer a quien pueda poseerlo. Una vez que los demás empiezan a fantasear contigo, están al borde de la escurridiza pendiente de la seducción, y no podrán evitar resbalar.

## Artificial y natural.

El mayor éxito en Broadway en 1881 fue la opereta *Patience* (Paciencia), de Gilbert y Sullivan, una sátira del mundo bohemio de los dandys y estetas entonces en boga en Londres. Para aprovechar esa moda, los promotores de la opereta decidieron invitar a una gira de conferencias en Estados Unidos a uno de los estetas más notorios de [Inglaterra: Oscar Wilde. De sólo veintisiete años en aquellos días, Wilde era más ramoso como personalidad pública que por el pequeño conjunto de sus obras. Los promotores estadunidenses estaban seguros de que su público quedaría fascinado con ese hombre, a quien imaginaban paseando siempre con una flor en la mano, pero no esperaban que ese efecto fuera perdurable; él dictaría un par de conferencias, la novedad pasaría y ellos lo embarcarían de regreso a su país. La suma ofrecida era cuantiosa, y Wilde aceptó. A su llegada a Nueva York, un empleado aduanal le preguntó si tenía algo que declaran "No tengo nada que declarar", contestó él, "salvo mi genio". Llovieron invitaciones: la sociedad de Nueva York tenía curiosidad por conocer a esa rareza. Las mujeres hallaron encantador a Wilde, pero los periódicos fueron menos amables; *The New York Times* lo llamó una "farsa estética". Una semana después de su arribo, Wilde dio su primera conferencia. La sala estaba a reventar; habían asistido más de mil personas, muchas de ellas sólo para ver cómo era él. Y no se decepcionaron. Wilde no portaba una flor, y era más alto de lo que suponían, pero tenía una larga y suelta cabellera y llevaba puesto un traje verde de terciopelo

con corbatín, así como pantalones de montar y medias de seda. Muchos en el público se desconcertaron; al mirarlo desde sus asientos, la combinación de su gran estatura y lindo atavío era un tanto repulsiva. Algunas

personas rieron francamente, y otras no pudieron ocultar su malestar. Supusieron que ese hombre les sería odioso. Pero entonces él comenzó a hablar. El tema era el "Renacimiento inglés", el movimiento del "arte por el arte" de la Inglaterra de fines del siglo XIX. La voz de Wilde resultó hipnótica; hablaba acompasadamente, en forma afectada y artificial, y pocos comprendían en verdad lo que decía, pero su discurso era muy ingenioso, y fluía. Su apariencia era extraña, sin duda, pero ningún neoyorquino había visto ni oído nunca a un hombre tan enigmático, y la conferencia fue un gran éxito. Aun los periódicos la aclamaron. Semanas después, en Boston, unos sesenta muchachos de Harvard prepararon una emboscada: se burlarían de ese poeta afeminado vistiendo pantalones de montar, llevando flores y aplaudiendo ruidosamente su entrada. Wilde no se alteró en lo más mínimo. El público rió histéricamente de sus improvisados comentarios; y cuando los jóvenes lo interrumpían, él conservaba la dignidad, sin delatar enojo alguno. Una vez más, el contraste entre su actitud y su apariencia hizo que semejara ser más bien extraordinario. Muchos quedaron profundamente impresionados, y Wilde iba en camino de convertirse en una sensación. La corta gira de conferencias se volvió un acontecimiento nacional. En San Francisco, el conferencista visitante de arte y estética resultó capaz de vencer a todos bebiendo, y de jugar póquer, lo que hizo de él el éxito de la temporada. En su marcha de regreso de la costa oeste, Wilde haría escalas en Colorado; pero el señorito poeta fue advertido de que si se atrevía a presentarse en la ciudad minera de Leadville, se le colgaría del árbol más alto. Esa era una invitación que Wilde no podía rechazar. Al llegar a Leadville, ignoró a los impertinentes y las miradas desagradables; recorrió las minas, bebió y jugó cartas, y luego conferenció sobre Botticelli y Cellini en las tabernas. Como todos los demás, también los mineros cayeron bajo su hechizo, al grado de bautizar una mina con su nombre. A un vaquero se le oyó decir: "Este amigo será muy artista, pero nos puede vencer bebiendo a todos, y llevarnos cargando a casa de dos en dos".

*Interpretación.* En una fábula que improvisó en una cena, Oscar Wilde contó que unas limaduras de acero tuvieron el súbito deseo de visitar a un imán cercano. Mientras hablaban de eso, descubrieron que cada vez se acercaban más al imán, sin saber cómo ni por qué. Finalmente, fueron jaladas en montón a uno de los costados del imán. Entonces el imán sonrió, porque las limaduras estaban absolutamente ciertas de que hacían esa visita por voluntad propia. Ese mismo era el efecto que el propio Wilde ejercía en todos los que lo rodeaban. El atractivo de Wilde era más que un mero subproducto de su carácter: era totalmente calculado. Adorador de la paradoja, él exageraba a conciencia su rareza y ambigüedad, el contraste entre su apariencia amanerada y su ingeniosa y fluida actuación. Naturalmente cordial y espontáneo, creó una imagen que iba contra su naturaleza. La gente se sentía repelida, confundida, intrigada y finalmente atraída por ese hombre, que parecía imposible de entender.

La paradoja es seductora porque juega con el significado. Nos oprime en secreto la racionalidad de nuestra vida, en la que todo está destinado a significar algo; la seducción, en contraste, prospera en la ambigüedad, en las señales contradictorias, en todo lo que elude la interpretación. La mayoría de las personas son exasperantemente obvias. Si su carácter es extravagante, podría atraemos de momento, pero la atracción pasará; no hay profundidad, ningún movimiento en contra, que tire de nosotros. La clave tanto para atraer como para mantener la atención es irradiar misterio. Y nadie es misterioso por naturaleza, al menos no por mucho tiempo; el misterio es algo en lo que tienes que trabajar, una estratagema de tu parte, y algo que debe usarse pronto en la seducción. Muestra una parte de tu carácter, para que todos la noten. (En el caso de Wilde, ésa era la afectación amanerada que transmitían su ropa y sus poses.) Pero emite también una señal distinta: algún signo de que no eres lo que pareces, una paradoja. No te preocupes si esta cualidad oculta es negativa, como peligro, crueldad o amoralidad; la gente se sentirá atraída por el enigma de todas maneras, y es raro que la bondad pura sea seductora. *La paradoja era en su caso sólo la verdad puesta de cabeza para llamar la atención.* —Richard Le Gallienne, sobre su amigo Oscar Wilde.

## Claves para la seducción.

La seducción no avanzará nunca a menos que puedas atraer y mantener la atención de tu víctima, convirtiendo tu presencia física en una obsesiva presencia mental. En realidad es muy fácil crear esa primera incitación: una tentadora forma de vestir, una mirada sugestiva, algo extremoso en ti. ¿Pero qué pasa después? Nuestra mente recibe un bombardeo de imágenes, no sólo de los medios de información, sino también del desorden de la vida diaria. Y muchas de esas imágenes son muy llamativas. Tú pasas a ser entonces apenas una cosa más que clama atención; tu atractivo se acabará a menos que actives una clase de hechizo más duradero que haga que la gente piense en ti en ausencia tuya. Esto significa cautivar su imaginación, haciéndola creer que en ti hay más de lo que ve. Una vez que la gente empiece a adornar tu imagen con sus fantasías, estará atrapada.

Esto debe hacerse pronto, antes de que tus objetivos sepan demasiado y se fijen las impresiones sobre ti. Debería ocurrir en cuanto ellos te ponen los ojos encima. Al emitir señales contradictorias en ese primer

encuentro, creas cierta sorpresa, una ligera tensión: pareces ser algo (inocente, desenvuelto, intelectual, ingenioso), pero lanzas también un destello de algo más (diabólico, tímido, espontánea, triste). Mantén la sutileza: si la segunda cualidad es demasiado fuerte, parecerás esquizofrénico. Pero haz que la gente se pregunte por qué eres tímido o triste bajo tu desenvuelto ingenio intelectual, y conseguirás su atención. Dale una ambigüedad que le haga ver lo que quiere, atrapa su imaginación con algunos atisbos voyeristas de tu alma oscura. El filósofo griego Sócrates fue uno de los más grandes seductores de la historia; los jóvenes que lo seguían como estudiantes no sólo se fascinaban con sus ideas: se enamoraban de él. Uno de ellos fue Alci-bíades, el conocido playboy que se convertiría en una poderosa figura política hacia fines del siglo V a.C. En el *Simposio* de Platón, Alcibía-des describe los poderes seductores de Sócrates comparándolo con las figurillas de Sileno que se hacían entonces. En el mito griego, Sileno era muy feo, pero también un profeta sabio. En consecuencia, sus estatuas eran huecas; y cuando se les desmontaba, se encontraban figurillas de dioses dentro: la verdad y belleza interiores bajo el poco atractivo exterior. Para Alcibíades, lo mismo ocurría con Sócrates, quien era tan feo que resultaba repelente, pero cuyo rostro irradiaba belleza y satisfacción internas. El efecto era confuso y atractivo. Otra gran seductora de la antigüedad, Cleopatra, también emitía señales contradictorias: físicamente tentadora a decir de todos —en voz, rostro, cuerpo y actitud—, también tenía una mente que bullía de actividad, lo que para muchos autores de la época la hacía parecer de espíritu un tanto masculino. Estas cualidades contrarias le daban complejidad, y la complejidad le concedía poder.

Para captar y mantener la atención de los demás, debes mostrar atributos que vayan contra tu apariencia, lo que producirá profundidad y misterio. Si tienes una cara dulce y un aire inocente, emite indicios de algo oscuro, e incluso vagamente cruel, en tu carácter. Esto no debe anunciarse en tus palabras, sino en tu actitud. El actor Errol Flynn poseía un angelical rostro de niño, y un leve aire de tristeza. Pero bajo esa apariencia las mujeres percibían una honda crueldad, una vena criminal, una excitante clase de peligro. Esta interacción de cualidades opuestas atraía un interés obsesivo. El equivalente femenino es el tipo personificado por Marilyn Monroe: tenía cara y voz de niña, pero de ella también emanaba algo poderosamente atrevido y sexual. Madame Récamier lo hacía todo con los ojos: una mirada de ángel, repentinamente perturbada por algo sensual e insinuante.

Jugar con los roles de género es una suerte de paradoja enigmática con una larga historia en la seducción. Los mayores donjuanes han tenido siempre un toque de lindura y feminidad, y las cortesanas más atractivas una veta masculina. Sin embargo, esta estrategia sólo es eficaz cuando la cualidad oculta se sugiere apenas; si la mezcla es demasiado obvia o llamativa, parecerá extraña, y aun amenazadora. Ninon de l'Enclos, la gran cortesana francesa del siglo XVII, era de apariencia decididamente femenina, pero a todos los que la conocían les impresionaba un dejo de agresividad e independencia en ella, aunque sólo un dejo. Gabriele d'Annunzio, el novelista italiano de fines del siglo XIX, era ciertamente masculino en su trato; pero en él había una delicadeza, una consideración, adicional, y un interés en las galas femeninas. Las combinaciones pueden hacerse en cualquier sentido: Oscar Wilde era de apariencia y actitud muy femeninas, pero la sugerencia de fondo de que en realidad era muy masculino atraía tanto a hombres como a mujeres.

Una potente variación sobre este tema es la mezcla de vehemencia física y frialdad emocional. Dandys como Beau Brummel y Andy Warhol combinan una imponente apariencia física con una especie de frialdad en la actitud, una distancia de todo y de todos. Son al mismo [tiempo incitantes y elusivos, y la gente se pasa la vida persiguiendo a hombres como ésos, tratando de destruir su inasibilidad. (El poder de las personas aparentemente inasibles es sumamente seductor; queremos ser quien las derribe.) Individuos así se envuelven asimismo en la ambigüedad y el misterio, ya sea por hablar muy poco o por hacerlo sólo de temas superficiales, lo que deja ver una hondura de carácter imposible de alcanzar. Cuando Marlene Dietrich entraba a una sala o llegaba a una fiesta, todos los ojos se volvían inevitablemente hacia ella. Estaba primero su asombroso atuendo, elegido para llamar la atención. Luego, su aire de despreocupada indiferencia. Los hombres, y también las mujeres, se obsesionaban con ella, y la recordaban mucho después de desvanecidas otras remembranzas de esa noche. Recuerda: la primera impresión, esa entrada, es crucial. Exhibir excesivo deseo de atención indica inseguridad, y a menudo alejará a la gente; muéstrate demasiado frío y desinteresado, por otra parte, y nadie se molestará en acercarse a ti. El truco es combinar las dos actitudes al mismo tiempo. Esa es la esencia de la coquetería.

Quizá seas célebre por una cualidad particular, que viene de inmediato a la mente cuando los demás te ven. Mantendrás mejor su atención si sugieres que detrás de esa fama acecha otra cualidad. Nadie ha tenido fama más mala y pecaminosa que Lord Byron. Lo que enloquecía a las mujeres era que detrás de su aspecto un tanto frío y desdeñoso, intuían que en realidad era muy romántico, e incluso espiritual. Byron exageraba esto con su aire melancólico y sus ocasionales buenas obras. Paralizadas y confundidas, muchas mujeres creían poder SER quien lo recuperara para la bondad, lo convirtiera en amante fiel. 'Una vez que una mujer abrigaba esa idea, estaba totalmente bajo su hechizo. No es difícil crear ese efecto seductor. Si se te conoce como eminentemente racional, por decir algo, insinúa algo irracional. Johannes, el narrador del *Diario de un seductor,* de Kierkegaard, trata prime-i a la joven Cordelia con formal cortesía, como ella lo espera por su fama. Pero Cordelia

pronto, lo oye por casualidad, haciendo comentarios que sugieren una vena desenfrenada, poética, en su carácter, y eso le intriga y emociona.
Estos principios tienen aplicaciones más allá de la seducción sexual. Para mantener la atención de un grupo amplio, para seducirlo y que sólo piense en ti, debes diversificar tus señales. Exhibe demasiado una cualidad —aun si es noble, como conocimiento o eficiencia— y la gente sentirá que no eres bastante humano. Todos somos complejos y ambiguos, estamos Unos de impulsos contradictorios; si tú muestras sólo uno de tus lados, aun si es tu lado bueno, irritarás a la gente. Sospechará que eres hipócrita. Mahatma Gandhi, una figura sagrada, confesaba abiertamente sensaciones de enojo y venganza. John E Kennedy, la figura pública estadunidense más seductora de los tiempos modernos, era una paradoja ambulante: un aristócrata de la costa este con aprecio por la gente común, un hombre obviamente masculino —héroe de guerra— con una vulnerabilidad que se adivinaba bajo su piel, un intelectual que adoraba la cultura popular. La gente se sentía atraída por él como las limaduras de acero de la fábula de Wilde. Una superficie brillante puede tener encanto decorativo, pero lo que te hace voltear a ver un cuadro es la profundidad de campo, una ambigüedad inexpresable, una complejidad surreal. *Símbolo. El telón. En el escenario, sus pesados pliegues rojo subido atraen tu mirada con su hipnótica superficie. Pero lo que en verdad te atrae y fascina es lo que crees que ocurre detrás: la luz que asoma, la sugestión de un secreto, algo por suceder. Sientes el estremecimiento de un voyeur a punto de ver una función.*

# Reverso.

La complejidad que proyectas sobre otras personas sólo las afectará de modo apropiado si son capaces de disfrutar del misterio. A algunas personas les gustan las cosas simples, y carecen de paciencia para perseguir a alguien que las confunde. Prefieren que se les deslumbre y desborde. La gran cortesana de la Belle Époque conocida como La Bella Otero ejercía una compleja magia sobre los artistas y figuras políticas que se prendaban de ella, pero a hombres menos complicados y más sensuales los dejaba estupefactos con su espectáculo y belleza. Cuando conocía a una mujer, Casanova podía vestir el más fantástico conjunto, con joyas y brillantes colores para deslumbrar al ojo; se servía de la reacción de la víctima para saber si exigía una seducción más compleja. Algunas de sus víctimas, en particular las jóvenes, no necesitaban más que la apariencia rutilante y hechizadora, que era realmente lo que deseaban, y la seducción se mantenía en ese plano.
Todo depende de tu blanco: no te molestes en crear profundidad para personas insensibles a ella, o a quienes incluso podría desconcertar o perturbar. Reconoce a estos tipos por su inclinación a los placeres más simples de la vida, su falta de paciencia para circunstancias más matizadas. Con ellos, sé simple.
4.- Aparenta ser un objeto de deseo: Forma triángulos.
*Pocos se sienten atraídos por una persona que otros evitan o relegan; la gente se congrega en torno a los que despiertan interés. Queremos lo que otros quieren. Para atraer más a tus víctimas y provocarles el ansia de poseerte, debes crear un aura de deseabilidad: de ser requerido y cortejado por muchos. Será para ellos cuestión de vanidad volverse el objeto preferido de tu atención, conquistarte sobre una multitud de admiradores. Crea la ilusión de popularidad rodeándote de personas del sexo opuesto: amigas, examantes, pretendientes. Forma triángulos que estimulen la rivalidad y aumenten tu valor. Hazte de una fama que te preceda: si muchos han sucumbido a tus encantos, debe haber una razón.*

# Formación de triángulos.

Una noche de 1882, Paul Rée, filósofo prusiano de treinta y dos años de edad, quien vivía entonces en Roma, visitó la casa de una mujer entrada en años que tenía un salón de *escritores* y artistas. Rée se fijo ahí en una recién llegada, una rusa de veintiún años llamada Lou von Salomé, quien había ido a Roma de vacaciones con su madre. Rée se presentó y comenzaron una conversación que se prolongó hasta altas horas de la noche. Las ideas de ella acerca de Dios y la moral eran parecidas a las suyas; hablaba con mucha pasión, pero al mismo tiempo sus ojos parecían coquetearle. Los días siguientes, Rée y Salomé dieron largos paseos por la ciudad. Intrigado por su mente pero confundido por las emociones que provocaba, él quería pasar más tiempo con ella. Un día, ella lo sorprendió con una propuesta: sabía que él era buen amigo del filósofo Friedrich Nietzsche, entonces también de visita en Italia. Los tres, dijo ella, debían viajar juntos; no, en realidad debían vivir juntos, en una especie de *ménage á trois* de filósofos. Feroz crítico de la moral cristiana, a Rée esa idea le pareció excelente. Escribió a su

amigo sobre Salomé, describiendo lo ansiosa que estaba de conocerlo. Tras varias cartas, Nietzsche se precipitó a Roma.
Rée había hecho esa invitación para complacer a Salomé, y para impresionarla; también quería ver si Nietzsche compartía su entusiasmo por las ideas de la joven. Pero tan pronto como Nietzsche llegó, sucedió algo desagradable:) el gran filósofo, quien siempre había sido un solitario, quedó obviamente prendado de Salomé. En lugar de que los tres compartieran conversaciones intelectuales, Nietzsche pareció conspirar para estar a solas con la muchacha. Cuando Rée se dio cuenta de que Nietzsche y Salomé hablaban sin incluirlo, sintió escalofríos de celos. Al diablo con el *ménage á trois* entre filósofos: Salomé era suya, él la había descubierto, y no la compartiría, ni siquiera con su buen amigo. De alguna manera, él tenía que quedarse a solas con ella. Sólo entonces podría cortejarla y conquistarla. Madame Salomé había planeado llevar de regreso a su hija a Rusia, pero Salomé quería permanecer en Europa. Rée intervino, ofreciendo viajar con las Salomé a Alemania y presentarlas con su madre, quien, prometió, se encargaría de la muchacha y actuaría como dama de compañía. (Rée sabía que su madre sería una guardiana poco estricta, en el mejor de los casos.) Madame Salomé estuvo de acuerdo con esta propuesta, pero fue más difícil sacudirse de Nietzsche: éste decidió acompañarlos en su viaje al norte, al hogar de Rée en Prusia. En cierto momento del viaje, Nietzsche y Salomé dieron un paseo solos; y cuando regresaron, Rée tuvo la sensación de que entre ellos había sucedido algo físico. Le hirvió la sangre; Salomé se le escurría de las manos.
Finalmente el grupo se dividió: la madre retornó a Rusia, Nietzsche a su casa de verano en Tautenburg, y Rée y Salomé se quedaron en casa de él. Pero Salomé no permaneció ahí mucho tiempo: aceptó una invitación de Nietzsche para visitarlo, sin compañía, en Tautenburg. En su ausencia, las dudas y la ira consumieron a Rée. La quería más que nunca, y estaba dispuesto a redoblar sus esfuerzos. Cuando ella por fin regresó, Rée dio rienda suelta a su rencor: clamó contra Nietzsche, criticó su filosofía y cuestionó sus motivos con la muchacha. Pero Salomé se puso de parte de Nietzsche. Rée se desesperó; creyó que la había perdido para siempre. Pero días después ella volvió a sorprenderlo: había decidido que quería vivir con él, sólo con él. Al fin Rée tenía lo que había querido, o al menos eso creía. La pareja se instaló en Berlín, donde rentó un departamento. Pero entonces, para consternación de Rée, la antigua pauta se repitió. Vivían juntos, pero Salomé era cortejada en todas partes por los jóvenes. Niña mimada de los intelectuales de Berlín, que admiraban su espíritu independiente, su negativa a transigir, estaba constantemente rodeada por un harén de hombres, quienes la llamaban "Su Excelencia". Una vez más Rée se vio compitiendo por su atención. Fuera de sí, la abandonó años después, y más tarde se suicidó.
En 1911, Sigmund Freud conoció a Salomé (ya entonces conocida como Lou Andreas-Salomé) en un congreso en Alemania. Ella quería dedicarse al movimiento del psicoanálisis, dijo, y Freud la halló encantadora, aunque, como todos los demás, conocía la historia de su tristemente célebre aventura con Nietzsche (véase página 82, "El dandy")- Salomé no tenía experiencia en el psicoanálisis ni en terapias de ninguna otra especie, pero Freud la admitió en el círculo íntimo de sus seguidores que asistían a sus conferencias privadas. Poco después de que ella se integró al círculo, uno de los más prometedores y brillantes estudiantes de Freud, el doctor Victor Tausk, dieciséis años menor que Salomé, se enamoró de ella. La relación de Salomé con Freud había sido platónica, pero él le había tomado mucho cariño. Se deprimía cuando ella faltaba a una conferencia, y le enviaba notas y flores. Su enredo en una aventura con Tausk le causó grandes celos, y empezó a competir por su atención. Tausk había sido como un hijo para él, pero el hijo amenazaba con hurtar la amante platónica del padre. Sin embargo, Salomé dejó pronto a Tausk. Su amistad con Freud se hizo entonces más firme que nunca, y duró hasta su muerte, en 1937.
*Interpretación.* Los hombres no sólo se enamoraban de Lou Andreas-Salomé: sentían que los
abrumaba el deseo de poseerla, de arrebatarla a otros, de ser el orgulloso dueño de su cuerpo y espíritu. Rara vez la
veían sola; de un modo u otro, ella siempre se rodeaba de hombres. Cuando vio que Rée se interesaba en ella, mencionó su deseo de conocer a Nietzsche. Esto enfureció a Rée, e hizo que quisiera casarse con ella y conservarla para sí, pero Lou insistió en conocer a su amigo. Las cartas de él a Nietzsche delataban su deseo por esa mujer, y esto encendió a su vez el deseo de Nietzsche por ella, aun antes de conocerla. Cada vez que uno de los dos estaba solo con ella, el otro se mantenía en segundo plano. Más tarde, la mayoría de los hombres que la conocieron sabían de su infausta aventura con Nietzsche, pero esto sólo incrementaba su deseo de poseerla, de competir con el recuerdo del filósofo. El afecto de Freud por ella, de igual manera, se convirtió en potente deseo cuando él tuvo que rivalizar con Tausk por su atención. Salomé era de suyo inteligente y atractiva; pero su constante estrategia de imponer a sus pretendientes un triángulo de relaciones la volvía más deseable aún. Y mientras ellos peleaban por ella, Lou tenía el poder, siendo deseada por todos sin estar sometida a ninguno.
Nuestro deseo de otra persona implica casi siempre consideraciones sociales: nos atraen quienes son atractivos para otros. Queremos poseerlos y arrebatarlos. Tú puedes creer todas las tonterías sentimentales que quieras sobre el deseo; pero en definitiva, gran parte de él tiene que ver con la vanidad y la codicia. No te quejes ni moralices sobre el egoísmo de la gente; úsalo simplemente en tu beneficio. La ilusión de que otros te desean te

volverá más atractivo para tus víctimas que tu bonita cara o tu cuerpo perfecto. Y la manera más efectiva de crear esa ilusión es formar un triángulo: impon otra persona entre tu víctima Y tú, y haz sutilmente que tu víctima sepa cuánto te quiere esa persona. El tercer punto en el triángulo no necesariamente tiene que ser un solo individuo: rodéate de admiradoras, revela tus conquistas pasadas; en otras palabras, envuélvete en un aura de de-seabilidad. Haz que/tus objetivos compitan con tu pasado y tu presente. Ansiarán poseerte ellos solos, lo que te brindará enorme poder mientras eludas su control. Si desde el principio no te conviertes en un objeto de deseo, terminarás siendo el lamentable esclavo de los caprichos de tus amantes: ellos te abandonarán tan pronto como pierdan interés. *[Una persona] deseará un objeto mientras esté convencida de que también lo desea otra, a la que admira.* —Rene Girard.

# Claves para la seducción.

Somos animales sociales, y los gustos y deseos de otras personas ejercen inmensa influencia en nosotros. Imagina una reunión muy concurrida. Ves a un hombre solo, con quien nadie platica ni por error, y que vaga de un lado a otro sin compañía; ¿no hay en él una especie de aislamiento autoinfligido? ¿Por qué está solo, por qué se le evita? Tiene que haber una razón. Hasta que alguien se compadezca de ese hombre e inicie una conversación con él, parecerá indeseado e indeseable. Pero allá, en otro rincón» una mujer está rodeada de gran número de personas. Ríen de sus comentarios, y al hacerlo, otros se suman al grupo, atraídos por su regocijo. Cuando ella cambia de lugar, la gente la sigue. Su rostro resplandece a causa de la atención que recibe. Tiene que haber una razón.

En ambos casos, desde luego, en realidad no tiene que haber una razón en absoluto. Es posible que el hombre desdeñado posea cualidades encantadoras, suponiendo que alguna vez hablaras con él; pero lo más probable es que no lo hagas. La deseabilidad es una ilusión social. Su fuente es menos lo que dices o haces, o cualquier clase de jactancia o autopromoción, que la sensación de que otras personas te desean. Para convertir el interés de tus objetivos en algo más profundo, en deseo, debes hacer que te vean como una persona a la que otras aprecian y codician. El deseo es tanto imitativo (nos gusta lo que les gusta a otros) como competitivo (queremos quitarles a otros lo que tienen). De niños deseamos monopolizar la atención de uno de nuestros padres, alejarlo de nuestros demás hermanos. Esta sensación de rivalidad domina el deseo humano, y se repite a todo lo largo de nuestra vida. Haz que la gente compita por tu atención, que te vea como alguien a quien todos persiguen. El aura de deseabilidad te envolverá.

Tus admiradoras pueden ser amigas, y aun pretendientes. Llamémosle el efecto harén. Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón, aumentaba su valor a ojos de los hombres teniendo siempre un grupo de adoradores a su alrededor en bailes y fiestas. Si daba un paseo, nunca lo hacía con un solo hombre, siempre con dos o tres. Quizá eran *simplemente* amigos, o incluso piezas decorativas y satélites; su vista bastaba para sugerir que ella era valorada y deseada, una mujer por la que valía la pena pelear. Andy Warhol también se rodeaba de la gente más glamurosa e interesante posible. Formar parte de su círculo ultimo significaba ser deseable también. Colocándose en el centro pero manteniéndose ajeno a todo, él hacía que todos compitieran por su atención. Conteniéndose, incitaba en los demás el deseo de poseerlo.

Prácticas como éstas no sólo estimulan deseos competitivos; apuntan a la principal debilidad de la gente: su vanidad y autoestima. Soportamos sentir que otra persona tiene más talento o dinero, pero la sensación de que un rival es más deseable que nosotros resulta insufrible. A principios del siglo XVIII, el duque de Richelieu, un gran libertino, logró seducir a una joven algo religiosa pero cuyo esposo, que era un idiota, se ausentaba con frecuencia. Luego procedió a seducir a su vecina del piso de arriba, una viuda joven. Cuando ambas .descubrieron que él pasaba de una a otra en la misma noche, se lo reclamaron. Un hombre de menor valía habría huido, pero no el duque; él conocía la dinámica de la vanidad y el deseo. Ninguna de esas mujeres quería sentir que prefería a la otra. Así, concertó un pequeño *ménage á trois,* sabiendo que entonces pelearían entre ellas por ser la favorita. Cuando la vanidad de la gente está en riesgo, puedes lograr que haga lo que tú quieras. Según Stendhal, si te interesa una mujer, corteja a su hermana. Eso provocará un deseo triangular.

Tu fama —tu ilustre pasado como seductor— es una manera eficaz de crear un aura de deseabilidad. Las mujeres se echaban a los pies de Erro Flynn no por su bonita cara, y menos aún por sus habilidades actorales, sino por su reputación. Sabían que otras lo habían encontrado irresistible. Una vez que estableció esa fama, Flynn no tuvo que continuar persiguiendo mujeres: ellas llegaban a él. Los hombres e creen que la fama de libertinos hará que las mujeres les teman o desconfíen de ellos, y que se le debe restar importancia, están muy equivocados. Al contrario: eso los vuelve más atractivos. La virtuosa duquesa de Montpensier, la Grande Mademoiselle de la Francia del siglo XVII, empezó disfrutando de la amistad del libertino Lauzun, pero pronto se

le ocurrió una idea inquietante: si un hombre con el pasado de Lauzun no la veía como posible amante, algo tenía que estar mal en ella. Esta ansiedad la empujó finalmente a sus brazos. Formar parte del club de conquistas de un gran seductor puede ser cuestión de vanidad y orgullo. Nos agrada contarnos en esa compañía, hacer nuestro nombre se difunda como amante de tal hombre o mujer. Aun si tu fama no es tan tentadora, debes hallar la manera de sugerir a tu víctima que otros, muchos otros, te juzgan deseable. Esto es tranquilizador. No hay nada como un restaurante lleno de mesas vacías para convencerte de no entrar.

Una variación de la estrategia del triángulo es el uso de contrastes: la cuidadosa explotación de personas insulsas o poco atractivas puede favorecer tu deseabilidad en comparación. En una ocasión social, por ejemplo, cerciórate de que tu blanco charle con la persona más aburrida entre las presentes. Llega a su rescate y le deleitará verte. En el *Diario de un seductor,* de SOren Kierkegaard, Johannes tiene designios sobre la inocente y joven Cordelia. Sabiendo que su amigo Edward es irremediablemente tímido y soso, lo alienta a cortejarla; unas semanas de atenciones de Edward harán que los ojos de Cordelia vaguen en busca de otra persona, *cualquiera,* y Johannes se asegurará de que se fijen en él. Johannes optó por la estrategia y la maniobra, pero casi cualquier medio social contendrá contrastes de los que puedes hacer uso en forma casi natural. Nell Gwyn, actriz inglesa del siglo XVII, fue la principal amante del rey Carlos II a causa de que su humor y sencillez la volvían mucho más deseable entre las estiradas y pretensiosas damas de la corte. Cuando la actriz de Shanghai Jiang Qing conoció a Mao tse-Tung en 1937, no tuvo que haces mucho para seducirlo; las demás mujeres en su campamento montañoso en Yenan se vestían como hombres, y eran decididamente poco femeninas. La sola vista de Jiang fue suficiente para seducir a Mao, quien pronto dejó a su esposa por ella. Para hacer uso de contrastes-desarrolla y despliega los atractivos atributos (humor, vivacidad, etcétera) que más escasean en tu grupo social, o elige un grupo en que tus cualidades naturales sean raras, y fulgurarán. El uso de contrastes tiene vastas ramificaciones políticas, porque una figura política también debe seducir y parecer deseable. Aprenda a acentuar las cualidades de las que tus rivales carecen. Pedro II, zar en la Rusia del siglo XVIII, era arrogante e irresponsable, así que su esposa, Catalina la Grande, hizo todo lo posible por parecer modesta Y digna de confianza. Cuando Vladimir Ilich Lenin regresó a Rusia en 1917 tras la deposición del zar Nicolás II, hizo alarde de determinación y disciplina, justo lo que ningún líder tenía entonces. En la contienda presidencial estadunidense de 1980, la falta de resolución de Jimmy Cárter hizo que la determinación de Ronald Reagan pareciera deseable. Los contrastes son eminentemente seductores porque no dependen de tus palabras ni de la autopromoción. La gente los percibe de modo inconsciente, y ve lo que quiere ver. Por último, aparentar ser desead© por otros aumentará tu valar; I pero a menudo también tu comportamiento influirá en ello. No permitas que tus blancos te vean muy seguido; manten tu distancia, parece inasible, fuera de su alcance. Un objeto raro y difícil de obtener suele ser más preciado.

*Símbolo. El trofeo. Quieres ganarlo y lo crees valioso porque ves a los demás competidores. Algunos querrían, por bondad, premiar a todos por su esfuerzo, pero el trofeo perdería su valor. Debe representar no sólo tu victoria, sino también la derrota de los demás.*

## Reverso.

No hay reverso posible en este caso. Es esencial parecer deseable a ojos de otros. 5.-
Engendra una necesidad: Provoca ansiedad y descontento.
Una persona completamente satisfecha no puede ser seducida. Tienes que infundir tensión y disonancia en la mente de tus objetivos. Suscita en ellos sensaciones de descontento, disgusto con sus circunstancias y ellos mismos: su vida carece de aventura, se han apartado de sus ideales de juventud, se han vuelto aburridos. Las sensaciones de insuficiencia que crees te brindarán la oportunidad de insinuarte, de hacer que te vean como la solución a sus problemas. Angustia y ansiedad son los precursores apropiados del placer. Aprende a inventar la necesidad que tú puedes saciar.

## Abrir una herida.

En la ciudad minera de Easton, en el centro de Inglaterra, David Herbert Lawrence era considerado un muchacho algo extraño. Pálido y delicado, no tenía tiempo para juegos ni pasatiempos juveniles, sino que se interesaba en la literatura; y prefería la compañía de las mujeres, quienes componían la mayor parte de su grupo de amigos. Lawrence visitaba con frecuencia a la familia Chambers, que había sido su vecina hasta que ella se mudó de Easton a una granja no muy lejos. Le gustaba estudiar con las hermanas Chambers, y en particular con Jessie; ella era tímida y seria, y lograr que se abriera y se confiara a él fue un reto agradable. Jessie le tomó mucho cariño a lo largo de los i años, y se hicieron buenos amigos. Un día de 1906, Lawrence, quien tenía entonces veintiún años, no apareció a la hora de costumbre para su sesión de estudio con Jessie. Llegó mucho después, con un humor que ella nunca le había visto: preocupado y silencioso. Esta vez fue el tumo de ella de hacer que se abriera. Por fin él habló: sentía que ella estaba demasiado apegada a él. ¿Y el futuro de Jessie? ¿Con quién se casaría? Sin duda no con él, dijo Lawrence, porque sólo eran amigos. Pero era injusto que él le impidiera tratar a otros. Desde luego que debían seguir siendo amigos y conversando, aunque quizá con menor frecuencia. Cuando él terminó y se fue, ella sintió un extraño vacío. Pero tenía que pensar mucho en el amor o el matrimonio. De pronto tenía dudas. ¿Cuál sería su futuro? ¿Por qué no pensaba en eso? Se sintió ansiosa y disgustada, sin saber por qué. Lawrence siguió visitándola, pero todo había cambiado. La criticaba por esto y aquello. Ella no era muy dada al contacto físico. ¿Qué \ clase de esposa sería entonces? Un hombre necesitaba de una mujer más que sólo conversación. La comparó con una monja. Comenzaron a verse cada vez menos. Cuando, tiempo después, Lawrence aceptó un puesto docente en una escuela fuera de Londres, ella se sintió aliviada en parte de librarse un tiempo de él. Pero cuando Lawrence se despidió, y dio a entender que ésa podía ser la última vez que se verían, ella se quebró y lloró. Luego, él empezó a mandarle cartas cada semana. Le escribía de las mujeres con las que salía; tal vez una de ellas seria su esposa. Más tarde, a instancias de él, ella lo visitó en Londres. Se entendieron bien, como en los viejos tiempos, pero él seguía fastidiándola con su futuro, removiendo la antigua herida. En navidad Jessie estaba de regreso en Easton, y cuando él la visitó parecía jubiloso. Había decidido casarse con ella, quien le había atraído desde siempre. Debían mantenerlo en secreto un tiempo; aunque la carrera literaria de Lawrence ya despegaba (su primera novela estaba a punto de publicarse), necesitaba reunir más dinero. Tomada por sorpresa con ese súbito anuncio, y rebosante de felicidad, Jessie accedió a todo, y se hicieron amantes.
Pronto, sin embargo, se repitió la ya conocida pauta: críticas, rompimientos, anuncios de que él se había comprometido con otra. Esto no hizo sino reforzar el control que Lawrence ejercía sobre ella. No fue hasta 1912 que Jessie decidió no volver a verlo jamás, afectada por el retrato que había hecho de ella en la novela autobiográfica *Hijos y amantes.* Pero Lawrence mantuvo una obsesión de por vida con ella.
En 1913, una joven inglesa llamada Ivy Low, que había leído las novelas de Lawrence, inició una relación epistolar con él, con cartas que desbordaban admiración. Para entonces Lawrence ya estaba casado, con una alemana, la baronesa Frieda von Richthofen. Para sorpresa de Ivy, Lawrence la invitó a que los visitara en Italia. Ella sabía que era probable que él fuese un tanto donjuán, pero ansiaba conocerlo, y aceptó la invitación. Lawrence no fue como ella esperaba: su voz era aguda, su mirada penetrante, y había algo vagamente femenino en él. Pronto daban paseos juntos, en los que Lawrence se confiaba a ella. Ivy sintió que se hacían amigos, y esto le encantó. Pero de repente, justo antes de que ella se marchara, él se embarcó en una serie de críticas en su contra: era poco espontánea, predecible, menos ser humano que robot. Devastada

por ese inesperado ataque, Ivy tuvo que aceptarlo de cualquier forma: lo que él había dicho era cierto. ¿Qué podía haber visto él en ella en primer término? ¿Quién era ella, a todo esto? Ivy dejó Italia sintiéndose vacía, pero Lawrence siguió escribiéndole, como si nada hubiera pasado. Ella se dio cuenta pronto de que se había enamorado irremediablemente de él, pese a todo lo que Lawrence le había dicho. ¿O no era pese a lo que había dicho, sino a causa de eso? En 1914, el escritor John Middleton-Murry recibió una carta de su buen amigo Lawrence. En ella, a propósito de nada, éste lo criticaba por ser poco apasionado y no suficientemente galante con su esposa, la novelista Katherine Mansfield. Middleton-Murry escribiría después: "Jamás había sentido por un hombre lo que la carta de Lawrence me hizo sentir por él. Era algo nuevo, único, en mi experiencia; y seguiría siendo único". Sintió que bajo las críticas de Lawrence había una rara especie de afecto. En lo sucesivo, cada vez que veía a Lawrence sentía una extraña atracción física que no podía explicar.

*Interpretación.* El número de mujeres, y de hombres, que cayeron bajo el hechizo de Lawrence es pasmoso, tomando en cuenta lo desagrada ble que podía ser. En casi cada caso la relación comenzaba en amistad, con conversaciones francas, intercambio de confidencias, un vínculo espiritual. Luego, invariablemente, él arremetía de pronto contra ellos, expresando crueles críticas personales. Para entonces los conocía bien, y las críticas solían ser acertadas, y tocar una fibra sensible. De modo inevitable, esto detonaba confusión en sus víctimas, y una sensación de ansiedad, de que algo en ellas estaba mal. Violentamente despojadas de su usual sensación de normalidad, se sentían divididas en su interior. Con una mitad de su mente se preguntaban por qué él hacía eso, y pensaban que era injusto; con la otra, creían que todo era cierto. Luego, en esos momentos de desconfianza de sí mismas, recibían una carta o visita de él, en la que Lawrence se mostraba tan encantador como antes. Para ese momento, sus víctimas lo veían de otra forma. Para ese momento, ellas eran débiles y vulnerables, estaban en necesidad de algo; él, en cambio, parecía muy fuerte. Para ese momento, él las atraía, y los sentimientos de amistad se convertían en afecto y deseo. Una vez que ellas se sentían inseguras de sí mismas, eran susceptibles a enamorarse. La mayoría de nosotros nos protegemos de la rudeza de la vida sucumbiendo a rutinas y pautas, cerrándonos a los demás. Pero bajo esos hábitos hay una inmensa sensación de inseguridad y defensividad.

Sentimos como si en realidad no estuviéramos vivos. El seductor debe remover esa herida y llevar a la conciencia plena esas ideas semiconscientes. Esto era lo que Lawrence hacía: sus golpes repentinos, brutalmente inesperados, herían a la gente en su punto débil.

Aunque Lawrence tuvo mucho éxito con su método frontal, a me-nudo es mejor suscitar ideas de insuficiencia e incertidumbre en forma indirecta, sugiriendo comparaciones contigo o con los demás, e insinuando de alguna manera que la vida de tus víctimas es menos gran' diosa de lo que ellas imaginan. Debes lograr que se sientan en guerra consigo mismas, desgarradas en dos direcciones, y ansiosas por eso. La f ansiedad, una sensación de carencia y necesidad, es el antecedente de todo deseo. Estas sacudidas en la mente de tu víctima dejan espacio para que tú insinúes tu veneno, el llamado de aventura o realización de las sirenas que la hará seguirte a tu telaraña. Sin ansiedad y sensación de carencia no puede haber seducción.

*Deseo y amor tienen por objeto cosas o cualidades que un hombre no posee de momento, sino de las que carece.*

—Sócrates.

# Claves para la seducción.

Todos usamos una máscara en sociedad; fingimos ser más seguros de *nosotros* mismos de lo que somos. No queremos que los demás se asomen a ese ser desconfiado en nosotros. En verdad, nuestro ego y personalidad son mucho más frágiles de lo que parecen; encubren sentimientos de confusión y vacío. Como seductor, nunca confundas la apariencia de una persona con la realidad. La gente siempre es susceptible de ser seducida, porque de hecho todos carecemos de la sensación de plenitud, sentimos que en el fondo algo nos falta. Saca a la superficie las dudas y ansiedades de la gente y podrás conducirla e inducirla a seguirte.

Nadie podrá verte como alguien por seguir o de quien enamorarse a menos que antes reflexione en sí mismo, y en lo que le falta. Para que la seducción pueda darse, debes poner un espejo frente a los demás en el que vislumbren su vacío interior. Conscientes de una carencia, podrán entonces concentrarse en ti como la persona capaz de llenar ese vacío. Recuerda: la mayoría somos perezosos. Aliviar nuestra sensación de aburrimiento o insuficiencia implica mucho esfuerzo; dejar que alguien lo haga es más fácil y emocionante. El deseo de que alguien llene nuestro vacío es la debilidad que todos los seductores aprovechan. Haz que la

gente se sienta ansiosa por el futuro, que se deprima, que cuestione su identidad, que sienta el tedio que corroe su vida. El terreno está listo. Las semillas de la seducción pueden ser sembradas.

En el *Simposio* de Platón —el más antiguo tratado occidental sobre el amor, y un texto que ha tenido una influencia determinante en nuestras ideas acerca del deseo—, la cortesana Diotima explica a Sócrates el origen de Eros, el dios del amor. El padre de Eros fue Ingenio, o Astucia, y su madre Pobreza, o Necesidad. Eros salió a ellos: está en constante necesidad, y se las ingenia incesantemente para satisfacerla. Cómo dios del amor, sabe que éste no puede inducirse en otra persona a menos que ella también se sienta necesitada. Y eso es lo que hacen las flechas: al traspasar el cuerpo de un individuo, le hacen experimentar una carencia, un dolor, un ansia. Esta es la esencia de tu tarea como seductor. Al igual que Eros, debes producir una herida en tu víctima, orientándote a su punto débil, la grieta en su autoestima. Si ella está estancada, haz que lo sienta más hondo, aludiendo "inocentemente" al asunto y hablando de él. Lo que necesitas es una herida, una inseguridad que puedas extender un poco, una ansiedad cuyo alivio ideal sea relacionarse con otra persona, o sea tú. Tu víctima debe sentir esa herida para poder enamorarse. Ve cómo Lawrence generaba ansiedad, atacando siempre el punto débil de sus víctimas: en Jessie Chambers, su frialdad física; en Ivy Low, su falta de espontaneidad; en Middleton-Murry, su ausencia de galantería,

Cleopatra logró que Julio César se acostara con ella la noche misma en que se conocieron, pero la verdadera seducción, la que lo convirtió en su esclavo, comenzó después. En sus conversaciones posteriores, ella hablaba una y otra vez de Alejandro Magno, el héroe del que supuestamente descendía. Nadie podía compararse con él. Por implicación, ella hacía sentir inferior a César. Comprendiendo que, bajo su bravuconería, César era inseguro, Cleopatra despertó en él una ansiedad, un ansia de demostrar su grandeza. Una vez que él se sintió así, fue fácil avanzar en su seducción. Las dudas sobre su masculinidad eran su punto débil. Asesinado César, Cleopatra volvió la mirada a Marco Antonio, uno de los sucesores de aquél en la conducción de Roma. Marco Antonio adoraba el placer y el espectáculo, y sus gustos eran burdos. Ella apareció ante él primeramente en su barcaza real, y luego le dio de beber y comer, y motivos de celebración. Todo esto perseguía hacerle ver a Marco Antonio la superioridad del modo de vida egipcio sobre el romano, al menos en lo relativo al placer. Los romanos eran aburridos y poco sofisticados en comparación. Y una vez que a Marco Antonio se le hizo sentir cuánto se perdía al pasar tiempo con sus soldados insulsos y su matronal esposa romana, fue posible que viera a Cleopatra como la encarnación de todo lo excitante. Se volvió su esclavo. p Éste es el atractivo de lo exótico. En tu papel de seductor, intenta ubicarte como procedente de fuera, un extraño, por así decirlo. Representas el cambio, la diferencia, un quiebre de rutinas. Haz sentir a tus víctimas que, en comparación, su vida es aburrida, y sus amigos menos interesantes de lo que creían. Lawrence hacía que sus blancos se sintieran personalmente insuficientes; si te es difícil ser tan brutal, concéntrate en sus amigos, sus circunstancias, lo externo de su vida. Hay muchas leyendas sobre Don Juan, pero a menudo lo describen seduciendo a una muchacha de pueblo con el truco de hacerle sentir que su vida es horriblemente provinciana. El, entre tanto, viste prendas destellantes y tiene un porte aristocrático. Extraño y exótico, siempre es de otra parte. Ella siente primero el aburrimiento de su vida, y luego lo ve a él como su salvación. Recuerda: la gente prefiere sentir que si su vida carece de interés, no es por ella, sino por sus circunstancias, las insípidas personas que conoce, la ciudad donde nació. Una vez que le hagas sentir el atractivo de lo exótico, la seducción será fácil.

Otra área endiabladamente seductora por atacar es el pasado de la víctima. Crecer es renunciar a, o comprometer los ideales juveniles, volverse menos espontáneo, menos vivo de alguna manera. Esta certeza yace dormida en todos nosotros. Como seductor, debes sacarla a la superficie, dejar claro cuánto se ha apartado la gente de sus metas e ideales pasados. Muéstrate a tu vez como representante de ese ideal, quien brinda la oportunidad de recuperar la juventud perdida mediante la aventura, la seducción. En su madurez, la reina Isabel I de Inglaterra cobró fama como gobernante un tanto severa y exigente. Se propuso no permitir que sus cortesanos vieran nada blando o débil en ella. Pero entonces Robert Devereux, el segundo conde de Essex, llegó a la corte. Mucho más joven que la reina, el gallardo Es-sex censuraba a menudo el malhumor de Isabel. La reina lo perdonaba; él desbordaba vida, era espontáneo, no podía controlarse. Pero sus comentarios calaron hondo; en presencia de Essex, ella daba en recordar sus ideales de juventud —brío, encanto femenino—, que desde entonces se habían desvanecido en su vida. También sentía retornar un poco de ese espíritu juvenil cuando estaba con él. Devereux se volvió pronto su favorito, y en poco tiempo ella se enamoró de él. A la vejez siempre le seduce la juventud; pero, primero, la gente joven debe tener claro qué les falta a los mayores, cómo han perdido sus ideales. Sólo entonces estos últimos sentirán que la presencia de los jóvenes habrá de permitirles recuperar esa chispa, el espíritu rebelde que la edad y la sociedad han conspirado por reprimir.

Este concepto tiene infinitas aplicaciones. Las empresas y los políticos saben que no pueden seducir a la gente para que compre o haga lo que ellos quieren a menos que antes despierten una sensación de necesidad o descontento. Vuelve inseguras de su identidad a las masas y podrás

contribuir a definirla por ellas. Esto es tan cierto de grupos o naciones como de individuos: no es posible seducirlos sin hacerles sentir una carencia. Parte de la estrategia electoral de John E Kennedy en 1960 consistió en provocar insatisfacción en los estadunidenses por la década de 1950, y por el grado en que el país se había alejado de sus ideales. Al hablar de los años cincuenta, Kennedy no mencionaba la estabilidad económica de la nación ni su surgimiento como superpotencia. En cambio, daba a entender que ese periodo estaba marcado por la conformidad, la falta de riesgo y aventura, la pérdida de los valores pioneros. Votar por Kennedy era embarcarse en una aventura colectiva, regresar a los ideales abandonados. Pero para que alguien se uniera a su cruzada, era preciso volverlo consciente de cuánto había perdido, de lo que le faltaba. Un grupo, como un individuo, puede estancarse en la rutina, y perder de vista sus metas originales. Demasiada prosperidad le resta fuerza. Tú puedes seducir a una nación entera apuntando a su inseguridad colectiva, esa sensación latente de que nada es lo que parece. Causar insatisfacción con el presente y recordar a un pueblo su glorioso pasado puede alterar su sentido de identidad. Podrás ser entonces quien la redefina: grandiosa seducción. *Símbolo: La flecha de Cupido. Lo que despierta deseo en el seducido no es un toque suave o una sensación grata: es una herida. La flecha produce pena, dolor, necesidad de alivio. Para que haya deseo debe haber pena. Dirige la flecha al punto débil de la víctima, y causa una herida que puedas abrir y reabrir.*

## Reverso.

Si llegas demasiado lejos en la reducción de la autoestima de tus objetivos, podrían sentirse demasiado inseguros para acceder a tu seducción. No seas torpe; como Lawrence, sigue siempre el ataque hiriente con un gesto tranquilizador. De lo contrario, simplemente los alejarás de ti. El encanto suele ser una ruta de seducción más sutil y efectiva. El primer ministro Victoriano Benjamín Disraeli siempre hacía sentir bien a la gente. Le tenía deferencia, la convertía en el centro de atención, hacía que se sintiera ingeniosa y radiante. Esto halagaba la vanidad de la gente, que se volvía adicta a él. La seducción de este tipo es difusa: carece de tensión y de las profundas emociones que la variedad sexual produce, y esquiva el ansia de la gente, su necesidad de algún género de realización. Pero si eres sutil y astuto, también puede ser un modo de lograr que los demás bajen sus defensas, mediante el recurso de formar una amistad inofensiva. Una vez que ellos estén bajo tu hechizo de esta manera, podrás abrir la herida. Después de que Disraeli encantó a la reina Victoria y forjó una amistad con ella, la hacía sentir vagamente insuficiente en el establecimiento del imperio y la satisfacción de sus propios ideales. Todo depende del objetivo. La gente repleta de inseguridades puede requerir la variedad moderada. En cuanto se sienta a gusto contigo, apunta tus flechas. 6.- Domina el arte de la insinuación.
*Hacer que tus objetivos se sientan insatisfechos y en necesidad de tu atención es esencial; pero si eres demasiado obvio, entreverán tu intención y se pondrán a la defensiva. Sin embargo, aún no se conoce defensa contra la insinuación, el arte de sembrar ideas en la mente de los demás soltando alusiones escurridizas que echen raíces días después, hasta hacerles parecer a ellos que son ideas propias. La insinuación es el medio supremo para influir en la gente. Crea un sublenguaje —afirmaciones atrevidas seguidas por retractaciones y disculpas comentarios ambiguos, charla banal combinada con miradas tentadoras— que entre en el inconsciente de tu blanco para transmitirle tu verdadera intención. Vuelve todo sugerente.*

## Insinuación del deseo.

Una noche de la década de 1770, un joven fue a la Ópera de París para reunirse con su amante, la condesa de_. Habían peleado, así que él ansiaba volver a verla. La condesa no había llegado aún a su palco, pero desde uno contiguo una amiga de ella, Madame de T_
, llamó al joven para que se acercara, comentando que era un excelente golpe de suerte que se hubieran encontrado esa noche: él debía acompañarla en un viaje que tenía que hacer. Al joven le urgía ver a la condesa, pero Madame era encantadora e insistente, y él accedió a ir con ella. Antes de que pudiera preguntar por qué o dónde, Madame lo condujo hasta su carruaje afuera, que partió a toda prisa.
El joven encareció entonces a su anfitriona que le dijera adonde lo llevaba. Al principio ella se limitó a reírse, pero por fin se lo dijo: al château de su esposo. La pareja se había distanciado,

pero había decidido reconciliarse; su esposo era un pelmazo, sin embargo, y ella sentía que un joven encantador como él animaría la situación. El joven estaba intrigado: Madame era una mujer de edad mayor, con fama de ser más bien formal, aunque él también sabía que tenía un amante, un marqués. ¿Por qué ella lo había elegido para esa excursión? La historia de Madame no era muy creíble. Mientras viajaban, ella le sugirió que se asomara a la ventana para ver el paisaje, como ella lo hacía. El tenía que inclinarse sobre ella para lograrlo; y justo cuando lo *hizo,* el carruaje dio una sacudida. Madame lo prendió de la mano y cayó en sus brazos. Permaneció ahí un momento, y luego se soltó, en forma algo abrupta. Tras un incómodo silencio, ella preguntó: "¿Pretende convencerme de mi imprudencia respecto a usted?". El afirmó que el episodio había sido un accidente, y le aseguró que se comportaría. La verdad, no obstante, era que tenerla entre sus brazos le había hecho pensar otra cosa. Llegaron al château. El esposo salió a recibirlos, y el joven expresó su admiración por el edificio. "Lo que usted ve no es nada", interrumpió Madame; "debo llevarlo al departamento de Monsieur." Antes de que él pudiera preguntar qué quería decir, se cambió rápidamente de tema. El esposo era en efecto un pelmazo, pero se excusó después de cenar. Entonces Madame y el joven se quedaron solos. Ella lo invitó a pasear en los jardines; era una noche espléndida, y mientras caminaban, Madame deslizó su brazo en el de él. No temía que abusara de ella, le dijo, porque sabía del cariño que profesaba a su buena amiga la condesa. Hablaron de otras cosas, pero Madame volvió después al tema de su amante, la condesa: "¿Lo hace feliz? Ay, mucho me temo lo contrario, y eso me aflige... ¿No es usted víctima a menudo de sus extraños caprichos?". Para sorpresa del joven, Madame se puso a hablar de la condesa en una forma que daba a entender que ella le había sido infiel (algo que él sospechaba). Madame suspiró; lamentaba decir esas cosas sobre su amiga, y le pidió que la perdonase; luego, como si se le hubiera ocurrido una nueva idea, mencionó un pabellón cercano, un lugar delicioso, lleno de gratos recuerdos. Pero lo malo era que estaba cerrado, y ella no tenía la llave. Aun así llegaron hasta pabellón, y he ahí que la puerta estaba abierta. Adentro estaba oscuro, pero el joven intuyó que era un lugar de encuentro. Entraron y se hundieron en un sofá; y antes de darse cuenta de nada, él la tomó en sus brazos. Madame pareció rechazarlo, pero luego cedió. Finalmente, ella volvió en sí: debían regresar a la casa. ¿El había llegado demasiado lejos? Debía intentar controlarse. Mientras volvían a la residencia, Madame comentó: "¡Qué deliciosa noche hemos pasado!". ¿Se refería a lo que había sucedido en el pabellón? "Hay un cuarto aún más encantador en el château", continuó, "pero ya no puedo enseñar nada a usted", añadió, dando a entender que él había sido demasiado atrevido. Madame ya había mencionado ese cuarto ("el departamento de Monsieur") varias veces; él no imaginaba qué podía tener de interesante, pero para ese momento moría por verlo e insistió en que ella se lo mostrara. "Si promete ser bueno", replicó Madame, abriendo mucho los ojos. Ella lo condujo por las tinieblas de la casa hasta aquella habitación, que, para deleite de él, era una especie de templo del placer: había espejos en las paredes, cuadros de trompe *Voeü* que evocaban una escena en el bosque, e incluso una gruta oscura y una engalanada estatua de Eros. Invadido por la atmósfera del lugar, el joven reanudó al instante lo que había iniciado en el pabellón, y habría perdido toda noción del tiempo si una criada no hubiese irrumpido para avisarles que amanecía ya: pronto Monsieur estaría de pie. Se separaron de inmediato. Más tarde, mientras el joven se preparaba para marcharse, su anfitriona le dijo: "Adiós, Monsieur. ¡Le debo tantos placeres! Pero le he pagado con dulces sueños. Ahora su amor lo reclama de vuelta... No dé a la condesa causa de reñir conmigo". Al reflexionar de regreso en su experiencia, él no podía entender qué significaba. Tenía la vaga sensación de que se le había utilizado, pero los placeres que recordaba eran mayores que sus dudas.

*Interpretación.* Madame de T es un personaje del cuento libertino del siglo XVIII "Mañana no", de Vivant Denon. El joven es el narrador de la historia. Aunque ficticias, las técnicas de Madame se basaban claramente en las de varias conocidas libertinas de la época, maestras del juego de la seducción. Y la más peligrosa de sus armas era la insinuación: el medio por el cual Madame hechiza al joven, lo hace parecer el agresor, obtiene la noche de placer que deseaba y salvaguarda su inocente fama, todo ello de un solo golpe. Después de todo, él fue quien inició el contacto físico, o al menos eso parecía. Porque la verdad es que ella era la que estaba al mando, sembrando en la mente del joven justo las ideas que ella quería. Ese primer encuentro físico én el carruaje, por ejemplo, que ella dispuso al invitarlo a acercarse: más tarde lo reprendió por su atrevimiento, pero lo que persistió en la mente del muchacho fue la excitación del instante. La plática de ella sobre la condesa lo confundió e hizo sentir culpable; pero después Madame le dio a entender que su amante le era infiel, sembrando así en su mente una semilla distinta: enojo, y deseo de venganza. Más tarde ella le pidió olvidar lo dicho y perdonarla por haberlo hecho, táctica clave de insinuación: "Te pido que olvides lo que dije, pero sé que no puedes hacerlo; la idea permanecerá en tu mente". Provocado de esta manera, fue inevitable que él la estrechara en el pabellón. Madame mencionó varias veces el cuarto del château; él insistió, por supuesto, en ir ahí. Ella envolvió la noche en un aire de ambigüedad.

Aun sus palabras "Si promete ser bueno" podrían interpretarse de varias maneras. La cabeza y el corazón del joven se avivaron con todos los sentimientos —descontento, confusión, deseo— que indirectamente ella había infundido en él.

En particular en las primeras fases de la seducción, aprende a convertir todo lo que dices y haces en una especie de insinuación. Infunde dudas con un comentario aquí y otro allá sobre otras personas en la vida de tu víctima, haciéndola sentir vulnerable. El contacto *físico* leve insinúa deseo, como lo hace también una mirada fugaz pero inolvidable, o un tono de voz inusualmente cordial, ambas cosas por momentos muy breves. Un comentario casual sugiere que hay algo en tu víctima que te interesa; pero procede sutilmente, para que tus palabras revelen una posibilidad, creen una duda. Siembras así semillas que echarárKraíces en las semanas por venir. Cuando no estés presente, tus objetivos fantasearán con las ideas que has estimulado, y rumiarán sus dudas. Los llevarás pausadamente hasta tu telaraña, sin que sepan que estás al mando. ¿Cómo podrían resistirse o ponerse a la defensiva si ni siquiera se dan cuenta de lo que sucede?

*Lo que distingue a una sugestión de otros tipos de influencia psíquica, como una orden o la transmisión de una noticia o instrucción, es que en el caso de la sugestión se estimula en la mente de otra persona una idea cuyo origen no se examina, sino que se acepta como si hubiera brotado en forma espontánea en esa mente.* —Sigmund Freud.

# Claves para la seducción.

Es imposible que pases por la vida sin tratar de convencer a la gente de algo, en una forma u otra. Sigue la ruca directa, diciendo exacta-mente lo que quieres, y tu honestidad quizá te hará sentir bien, pero es probable que no llegues a ninguna parte. La gente tiene sus propias ideas, solidificadas por la costumbre; tus palabras, al entrar en su mente, compiten con miles de nociones preconcebidas ya ahí, y no van a ningún lado. Aparte, la gente resentirá tu intento de convencerla, como si fuera incapaz de decidir por sí misma, y tú el único listo. Considera en cambio el poder de la insinuación y la sugerencia. Esto requiere un poco de arte y paciencia, pero los resultados bien valen la pena.

La forma en que opera la insinuación es simple: disfrazada en medio de un comentario o encuentro banal, se suelta una indirecta. Esta debe referirse a un tema emocional: un posible placer no obtenido aún, falta de animación en la vida de una persona. La indirecta es registrada en el fondo de la mente del objetivo, puñalada sutil a sus inseguridades; la fuente de la alusión se olvida pronto. Es demasiado sutil para ser memorable en el momento; y después, cuando ha echado raíces y crecido, parece haber surgido en forma natural en la mente del objetivo, como si hubiera estado ahí desde siempre. La insinuación permite evitar la resistencia natural de la gente, porque ésta parece *escuchar* sólo lo que se origina en ella. Es un lenguaje en sí misma, que se comunica de modo directo con el inconsciente. Ningún seductor, ningún inducidor, puede esperar tener éxito sin dominar el lenguaje y arte de la insinuación.

Una vez llegó un extraño a la corte de Luis XV. Nadie sabía nada de él, y su acento y edad eran imprecisables. Dijo llamarse el conde de Saint-Germain. Obviamente era rico; toda suerte de gemas y diamantes relucían en su saco, sus mangas, sus zapatos, sus dedos. Tocaba el violín a la perfección, pintaba magníficamente. Pero lo más embriagador en él era su conversación. Lo cierto es que el conde fue el mayor charlatán del siglo XVII, un hombre que dominaba el arte de la insinuación. Mientras hablaba, deslizaba una palabra aquí y otra allá: una vaga alusión a la piedra filosofal, que convertía todos los metales en oro, o al elíxir de la eterna juventud. No decía que poseyera esas cosas, pero conseguía que se le asociara con sus poderes. Si hubiera afirmado tenerlas, nadie le habría creído, y la gente se habría alejado de él. El conde podía hablar de un hombre muerto cuarenta años antes como si lo hubiera conocido en persona; pero de ser así, habría tenido más de ochenta años, y parecía estar en los cuarenta y tantos. Mencionaba el elíxir de la eterna juventud... parece tan joven...

La clave de las palabras del conde era la vaguedad. Siempre soltaba sus indirectas en medio de una conversación vivaz, graciosas notas en una melodía incesante. Sólo más tarde los demás reflexionaban en lo que había dicho. Pasado un tiempo, la gente empezó a buscarlo, inquiriendo sobre la piedra filosofal y el elíxir de la eterna juventud, sin reparar en que era él quien había sembrado esas ideas en su mente. Recuerda: para sembrar una idea seductora debes cautivar la imaginación de las personas, sus fantasías, sus más profundos anhelos. Lo que pone el mecanismo en marcha es sugerir cosas que la gente quiere oír: la posibilidad de placer, riqueza, salud, aventura. Al final, esas buenas cosas resultan ser justo lo que tu pareces ofrecerle. Ella te buscará como por iniciativa propia, sin saber que tú inculcaste la idea en su cabeza. En 1807, Napoleón Bonaparte decidió que era crucial para él conquistar para su causa al zar

ruso Alejandro I. Quería dos cosas de él: un tratado de paz en que acordaran dividirse Europa y Medio Oriente, y una alianza matrimonial conforme a la cual él se divorciaría de Josefina y se casaría con una integrante de la familia del zar. En vez de proponer estas cosas directamente, Napoleón decidió seducir a Alejandro. Usando civilizados encuentros sociales y conversaciones amistosas como campos de batalla, se puso a trabajar. Un

aparente *lapsus Unguae* reveló que Josefina no podía tener hijos; Napoleón cambió rápidamente de tema. Un comentario aquí y otro allá parecieron sugerir la asociación de los destinos de Francia y Rusia. Justo antes de despedirse una noche, Napoleón habló de su deseo de tener hijos, suspiró tristemente y se excusó para retirarse a dormir, dejando al zar consultar el asunto con la almohada. Luego llevó a Alejandro a una obra de teatro cuyos temas eran la gloria, el honor y el imperio; entonces, en conversaciones posteriores, pudo disfrazar sus insinuaciones bajo la pantalla de comentar esa obra. Semanas después, el zar hablaba a sus ministros de una alianza matrimonial y un tratado con Francia como si fueran ideas suyas.

*Lapsus Unguae,* comentarios aparentemente inadvertidos para "consultar con la almohada", referencias tentadoras, afirmaciones de las que te disculpas al instante: todo esto posee inmenso poder de insinuación. Cala tan hondo en la gente como un veneno, y cobra vida por sí solo. La clave para triunfar con tus insinuaciones es hacerlas cuando tus objetivos están más relajados o distraídos, para que no sepan qué ocurre. Las bromas corteses son a menudo una tachada perfecta para esto; los demás piensan en lo que dirán después, o están absortas en sus ideas. Tus insinuaciones apenas si serán registradas, que es justo lo que quieres. En una de sus primeras campañas, John E Kennedy habló ante un grupo de veteranos. Sus valientes hazañas durante la segunda guerra mundial —el incidente del PT-109 había hecho de él un héroe de guerra— eran conocidas por todos; pero en su discurso, Kennedy se refirió a los demás hombres en ese barco, sin aludir jamás a sí mismo. ; Sabía, sin embargo, que lo que había hecho estaba en la mente de todos, porque en realidad él lo puso ahí. Su silencio sobre el tema hizo no sólo que los presentes pensaran en él por sí mismos, sino también que él pareciera humilde y modesto, cualidades que van bien con el heroísmo. En la seducción, como aconsejaba la cortesana francesa Ninón de l'Encíos, es mejor no verbalizar el amor por la otra persona. Que tu blanco lo perciba en tu actitud. Tu silencio tendrá más poder de insinuación que tu voz. No sólo las palabras insinúan; presta atención a miradas y gestos. La técnica favorita de Madame Récamier era la de incesantes palabras banales y una mirada tentadora. El flujo de la conversación impedía a los hombres pensar mucho en esas miradas ocasionales, pero se obsesionaban con ellas. Lord Byron tenía su famosa "mirada de soslayo": mientras se hablaba de un tema anodino, inclinaba la cabeza, pero de pronto una joven (su objetivo) lo sorprendía mirándola, inclinada aún la cabeza. Era una mirada que parecía peligrosa, desafiante, pero también ambigua; muchas mujeres cayeron atrapadas por ella. El rostro habla un idioma propio. Acostumbramos tratar de interpretar el rostro de las personas, el cual suele ser un mejor indicador de sus sentimientos que lo que ellas dicen, algo que es fácil de controlar. Como la gente siempre interpreta tus miradas, úsalas para transmitir las señales insinuantes de tu elección.

Por último, la causa de que la insinuación dé tan buenos resultados no es sólo que evita la resistencia natural de la gente. También, que es el lenguaje del placer. Hay muy poco misterio en el mundo; demasiadas personas dicen exactamente lo que sienten o quieren. Ansiamos algo enigmático, algo que alimente nuestras fantasías. Dada la falta de sugerencia y ambigüedad en la vida diaria, quien las usa repentinamente parece poseer algo tentador y lleno de presagios. Este es una especie de juego incitante: ¿qué trama esa persona? ¿Qué se propone? Indirectas, sugerencias e insinuaciones crean una atmósfera seductora, que indica que la víctima no participa ya de las rutinas de la vida diaria, sino que ha entrado a otra esfera. *Símbolo. La semilla. La tierra se prepara con ahínco. Las semillas se siembran con meses de anticipación. Una vez en el suelo, nadie sabe qué mano las arrojó ahí. Forman parte del terreno. Oculta tus manipulaciones sembrando semillas que echen raíces por sí solas.*

# Reverso.

El peligro de la insinuación es que, cuando optas por la ambigüedad, tu objetivo puede incurrir en interpretaciones erróneas. Hay momentos, en particular en etapas avanzadas de la seducción, en que es mejor comunicar directamente una idea, sobre todo una vez que sabes que tu blanco la aceptará. Casanova solía proceder así. Cuando percibía que una mujer lo deseaba, y que necesitaba poca preparación, se servía de un comentario franco, sincero y efusivo que llegara directo a su cabeza, como una droga, y la hiciera caer bajo su hechizo. Cuando el libertino y escritor Gabriele D'Annunzio conocía a una mujer a la que deseaba, era raro que perdiera tiempo. Halagos salían de su boca ^ su pluma. Encantaba con su "sinceridad" (la cual puede fingirse, entre tantas otras estratagemas). Esto sólo funciona cuando sientes que el objetivo será tuyo con facilidad. De lo contrario, las defensas y sospechas provocadas por el ataque directo volverán imposible tu seducción. En caso de duda, el método indirecto es la mejor vía. 7.- Penetra su espíritu.

*Casi todas las personas se encierran en su mundo, lo que las hace obstinadas y difíciles de convencer. El modo de*

*sacarlas de su concha e iniciar tu seducción es penetrar su espíritu. Juega según sus reglas, gusta de lo que gustan, adáptate a su estado de ánimo. Halagarás así su arraigado narcisismo, y reducirás sus defensas. Hipnotizadas por la imagen especular que les presentas, se abrirán, y serán vulnerables a tu sutil influencia. Pronto podrás cambiar la dinámica: una vez que hayas penetrado su espíritu, puedes hacer que ellas penetren él*
*tuyo, cuando sea demasiado tarde para dar marcha atrás. Cede a cada antojo y capricho de tus blancos, para no*
*darles motivo de reaccionar o resistirse.*

## La estrategia indulgente.

En octubre de 1961, la periodista estadunidense Cindy Adams consiguió una entrevista exclusiva con Ahmed Sukarno, el presidente de Indonesia. Fue un golpe notable, porque Adams era entonces una periodista poco conocida, mientras que Sukarno era una figura mundial en medio de una crisis. Habiendo sido uno de los líderes de la lucha 1 de independencia de Indonesia, era presidente de ese país desde 1949, cuando los holandeses renunciaron por fin a su colonia. Para principios de la década de 1960, su audaz política exterior lo había vuelto odioso para Estados Unidos, al grado de llamársele el Hitler de Asia.
. Adams decidió que, en bien de una entrevista interesante, no debía dejarse intimidar ni acobardar por Sukarno, e inició entre bromas [su conversación con él. Para su sorpresa, su táctica para romper el nielo pareció funcionan se ganó la simpatía de Sukarno. El permitió que la entrevista durara mucho más de una hora, y al terminar la colmó de regalos. El éxito de Adams fue extraordinario, pero lo fueron más todavía las amistosas cartas que empezó a recibir de Sukarno luego de volver a Nueva York en compañía de su esposo. Años después, Sukarno le propuso que colaborara con él en su autobiografía.
Acostumbrada a hacer artículos elogiosos de celebridades de tercera categoría, Adams se sintió confundida. Sabía que Sukarno tenía fama de diabólico donjuán; *k grandséducteur,* lo llamaban los franceses. Había tenido cuatro esposas y cientos de conquistas. Era apuesto, y obviamente ella le atraía, pero ¿por qué la había elegido para esa prestigiosa tarea? Quizá su libido era demasiado fuerte para que él se preocupara por esas cosas. No obstante, era un ofrecimiento que ella no podía rechazar.
En enero de 1964, Adams regresó a Indonesia. Su estrategia, ha-pía decidido, seguiría siendo la misma: ser la dama franca y desenvuelta que al parecer había encantado a Sukarno tres años atrás. En su primera entrevista con él para el libro, Adams se quejó con cierta energía de las habitaciones que se le habían dado para alojarse. Como si él fuera su secretario, ella le dictó una carta, que él firma-; fía, en la que se detallaba el trato especial que Adams debía recibir de parte de todos. Para su sorpresa, él tomó diligentemente el dictado, y firmó la carta. Lo siguiente en el programa de Adams era un recorrido por Indonesia para entrevistar a personas que habían conocido a Sukarno en su juventud. Así que ella se quejó con él del avión en que tendría que volar, el cual, afirmó, era inseguro. "Te voy a decir una cosa, cariño", le dijo ella: "Creo que deberías darme un avión para mi'. "Está bien", respondió él, al parecer algo avergonzado. Pero no bastaría con uno, continuó ella; necesitaba varios aviones, y un helicóptero, y un piloto personal, uno bueno. Sukarno estuvo de acuerdo en todo. El líder de Indonesia parecía estar no sólo intimidado por Adams, sino totalmente bajo su hechizo. Elogiaba su inteligencia e ingenio. En cierto momento le confió: "¿Sabes por qué estoy haciendo mi autobiografía?. .. Sólo por ti, ése es el porqué". Se fijaba en su ropa, elogiaba sus combinaciones, notaba cualquier cambio en ellas. Era más un pretendiente adulador que el
"Hitler de Asia".
Inevitablemente, por supuesto, Sukarno le hizo proposiciones. Adams era una mujer atractiva. Primero fue poner la mano encima de la de ella, luego un beso robado. Ella lo rechazaba siempre, dejando en claro que estaba felizmente casada, pero aquello le preocupó: si todo lo que él quería era una aventura, el asunto del libro podía venirse abajo. Una vez más, su estrategia directa pareció ser la más indicada. Sorprendentemente, él cedió, sin enojo ni rencor. Prometió que su afecto por ella seguiría siendo platónico. Ella tuvo que admitir que él no era en absoluto como había esperado, o como se lo habían descrito. Quizá le gustaba que lo dominara una mujer.

Las entrevistas continuaron varios meses, y Adams notó ligeros cambios en él. Ella lo seguía tratando con familiaridad, salpicando la conversación con comentarios atrevidos, pero ahora él se los devolvía, deleitándose en esa suerte de bromas picantes. El asumió el mismo ánimo vivaz que ella se había impuesto por estrategia. Al principio Sukarno se ponía uniforme militar, o trajes italianos. Ahora vestía informalmente, e incluso se presentaba descalzo, conforme al estilo relajado de la relación entre ambos. Una noche él le comentó que le agradaba su color de pelo. Era Clairol, negro azulado, explicó ella. El lo quería igual; ella debía conseguirle un frasco. Adams

hizo lo que él le pidió, imaginando que bromeaba, pero días después él solicitó su presencia en el palacio para que le tiñera el pelo. Ella lo hizo, y entonces ambos tuvieron exactamente el mismo color de cabello.
El libro, *Sukarno: An* Autofeiography *as Tola, to Cindy Adams,* se publicó en 1965. Para asombro de los lectores estadunidenses, Sukarno daba la impresión de ser adorable y encantador, justo como Adams lo describía ante todos. Si alguien protestaba, Adams decía que no lo conocían tan bien como ella. Sukarno quedó sumamente complacido, e hizo distribuir el libro en todas partes. Esto le ayudó a ganarse simpatías en Indonesia, donde en ese entonces lo amenazaba un golpe militar. Para él, nada de eso fue una sorpresa: desde siempre supo que Adams haría un trabajo mucho mejor con sus memorias que cualquier periodista "serio". Interpretación. ¿Quién seducía a quién? El seductor fue Sukarno, y su seducción de Adams cumplió una secuencia clásica. Primero, eligió a la víctima correcta. Una periodista experimentada se habría resistido al señuelo de una relación personal con el sujeto, y un hombre habría sido menos susceptible a su encanto. Así, Sukarno seleccionó a una mujer, y a una cuya experiencia periodística residía en otra área. En su primera reunión con Adams, él emitió señales contradictorias: fue amigable, pero sugirió otro tipo de interés también. Luego, habiendo infundido una duda en la mente de ella ("¿Acaso él sólo quiere una aventura?"), procedió a ser su reflejo. Cedió a cada uno de sus caprichos, plegándose cada vez que ella se quejaba. Ceder ante una persona es una forma de penetrar su espíritu, permitiéndole dominar por el momento. r Quizá las proposiciones que Sukarno le hizo a Adams mostraban su incontrolable libido en acción, pero tal vez eran más ingeniosas. 0 tenía fama de donjuán; no hacerle una proposición habría herido los sentimientos de ella. (A las mujeres suele ofenderles menos de lo que se cree el hecho de que se les considere atractivas, y Sukarno era lo bastante listo para haber dado a cada una de sus cuatro esposas la impresión de que era la favorita.) Habiendo cumplido con las proposiciones, él avanzó en el espíritu de Adams, asumiendo el aire informal de ella, e incluso feminizándose levemente al adoptar su color de cabello. El resultado fue que Adams decidió que él no era como ella había esperado o temido. No era amenazador en absoluto, y, después de todo, ella era la que estaba al mando. Lo que Adams no advirtió fue que, una vez bajadas sus defensas, él comprometió enormemente sus emociones. No había sido ella quien lo encantó a él, sino al contrario. Sukarno logró lo que se había propuesto desde el principio: que sus memorias personales fueran escritas por una extranjera receptiva, quien dio al mundo un retrato más bien atractivo de un hombre del que muchos desconfiaban.
t De todas las tácticas de seducción, penetrar el espíritu de alguien es quizá la más diabólica. Da a tus víctimas la impresión de que te seducen. El hecho de que cedas ante ellas, las imites, penetres su espíritu, sugiere que estás bajo su hechizo. No eres un seductor peligroso del cual precaverse, sino alguien obediente e inofensivo. La atención que les prestas es embriagadora: como eres su reflejo, todo lo que ven y oyen en ti reproduce su ego y sus gustos. ¡Qué halago para su vanidad! Todo esto prepara la seducción, la serie de maniobras que alterarán radicalmente la dinámica. Una vez depuestas sus defensas, ellas estarán abiertas a tu influencia sutil. Pronto empezarás a adueñarte del baile; y sin notar siquiera el cambio, ellas se descubrirán penetrando tu espíritu. Entonces se cerrará el círculo.
*Los mujeres sólo se sienten a gusto con quienes corren el riesgo de penetrar su espíritu.*
—Ninon de l'Enclos.

# Claves para la seducción.

Una de nuestras mayores fuentes de frustración es la obstinación de los demás. ¡Qué difícil entenderse con ellos, hacerles ver las cosas a nuestra manera! A menudo tenemos la impresión de que cuando parecen escucharnos, y armonizar con nosotros, todo es superficial: en cuanto nos vamos, ellos retornan a sus ideas. Nos pasamos la vida dándonos de topes con la gente, como si fuera un muro de piedra. Pero en lugar de quejarte de que no te comprenden o incluso te ignoran, por qué no cambias de técnica: en vez de juzgar a los demás como rencorosos o indiferentes, en lugar de tratar de entender por qué actúan así, velos con los ojos del seductor. La manera de hacer que la gente abandone su natural terquedad y obsesión consigo misma es penetrar su espíritu.

Todos somos narcisistas. De niños, nuestro narcisismo era físico: nos interesaba nuestra imagen, nuestro cuerpo, como si fuera un ser distinto. Cuando crecemos, nuestro narcisismo se hace más psicológico: nos abstraemos en nuestros gustos, opiniones, experiencias. Una concha dura se forma a nuestro alrededor. Paradójicamente, el modo de sacar a la gente de su concha es parecérsele, ser de hecho una suerte de imagen especular de ella. No tienes que pasar días estudiando su mente; sólo ajústate a su ánimo, adáptate a sus gustos, acepta todo lo que te dé. Al hacerlo, reducirás su defensividad natural. Su autoestima no se sentirá amenazada por tu diferencia ni tus hábitos distintos. La gente se ama mucho a sí misma, pero lo que más le agrada es ver sus gustos e ideas reflejados en otra persona. Esto le confiere validez. Su usual inseguridad desaparece. Hipnotizada por su imagen

especular, se relaja. Derrumbado su muro interior, tú podrás hacerla salir poco a poco, e invertir al final la dinámica. Una vez que se haya abierto contigo, resultará fácil contagiarla de tu ánimo y pasión. Penetrar el espíritu de otra persona es una especie de hipnosis; es la forma de persuasión más insidiosa y *efectiva* conocida por los seres humanos.

En *Sueño* en *el pabellón rojo,* novela china del siglo XVIII, todas las jóvenes de la próspera casa Chia están enamoradas del libertino Pao Yu. El es guapo, sin duda, pero lo que lo vuelve irresistible es su misteriosa capacidad para penetrar el espíritu de una joven. Pao Yu ha pasado su juventud entre muchachas, cuya compañía siempre ha preferido. En consecuencia, jamás se muestra amenazador ni agresivo. Se le permite entrar a las habitaciones de las jóvenes, ellas lo ven por todas partes, y entre más lo ven más caen bajo su hechizo. No es que él sea femenino; sigue siendo hombre, pero puede ser más o menos masculino según lo requiera la situación. Su familiaridad con las jóvenes le concede la flexibilidad necesaria para penetrar su espíritu. Esta es una gran ventaja. La diferencia entre los sexos es lo que hace posible el amor y la seducción, pero también implica un elemento de temor y desconfianza. Una mujer puede temer la agresión y violencia masculinas; un hombre suele ser incapaz de penetrar el espíritu de ; una mujer, y por tanto no cesa de ser extraño y amenazador. Los mayores seductores de la historia, de Casanova a John F. Kennedy, crecieron rodeados de mujeres y poseían un dejo de feminidad. El filósofo S0ren Kierkegaard, en su obra *Diario de un seductor,* recomienda pasar más tiempo con el sexo opuesto, a fin de conocer al "enemigo" y sus debilidades, para que puedas usar ese conocimiento en tu favor.

Ninon de l'Enclos, una de las mayores seductoras de la historia, tenía innegables cualidades masculinas. Podía impresionar a un hombre con su gran agudeza filosófica, y encantarlo al compartir con él su [Interés en la política y la guerra. Muchos hombres forjaron primeramente una firme amistad con ella, sólo para después enamorarse locamente. Lo masculino en una mujer es para un hombre tan tranquilizador como lo femenino en un hombre para ellas. En un hombre, la diferencia de una mujer puede producir frustración, y aun hostilidad. Podría sentirse atraído a un encuentro sexual, pero un hechizo duradero no puede existir sin una seducción mental complementaria. La clave es penetrar su espíritu. Los hombres suelen sentirse seducidos por el elemento masculino en la conducta o carácter de una mujer. En la obra *Clarissa* (1748), de Samuel Richardson, la joven y de-vota Clarissa Harlowe es cortejada por el conocido libertino Lovela-ce. Clarissa está al tanto de la fama de Lovelace, pero él no ha procedido casi nunca como ella habría esperado: es cortés, parece un poco triste y confundido. Ella descubre de pronto que él ha hecho la más noble y caritativa de las obras en bien de una familia en apuros, dando dinero al padre, ayudando a la hija a casarse, impartiendo buenos consejos. Lovelace le confiesa al fin lo que ella ha sospechado: que quiere arrepentirse, cambiar de hábitos. Sus cartas son emotivas, casi religiosas en su pasión. ¿Será ella quizá quien lo conduzca a la rectitud? Pero Lovelace le ha tendido una trampa, por supuesto: usa la táctica del seductor de ser un reflejo de los gustos de ella, en este caso de su espiritualidad. Una vez que Clarissa baja la guardia, una vez que cree poder reformarlo, está perdida: él podrá insinuar entonces, lentamente, su propio espíritu en sus cartas y encuentros con ella. Recuerda: la palabra clave es "espíritu", y es justo ahí donde debe apuntarse en general. Al dar la impresión de que reflejas los valores espirituales de alguien, podrás establecer una honda armonía con ella, que luego podrás transferir al plano físico.

. Cuando Josephine Baker se trasladó a París en 1925, como parte de un espectáculo en el que sólo intervenían artistas negros, su exotismo la volvió una sensación de la noche a la mañana. Pero los franceses son notoriamente veleidosos, y la Baker sintió que su interés en ella se desplazaría pronto a otra. A fin de seducirlos para siempre, penetró su espíritu. Aprendió francés, y empezó a cantar en ese idioma. Comenzó a vestirse y actuar a la manera de una elegante dama francesa, como para decir que prefería el modo de vida francés al estadunidense. Los países son como las personas: tienen grandes inseguridades, y se sienten amenazados por otras costumbres. Para una persona suele ser muy seductor ver a un extraño adoptar sus hábitos. Benjamín Disraeli nació y vivió siempre en Inglaterra, pero era judío de nacimiento, y tenía rasgos exóticos; el inglés provinciano lo consideraba un extraño. Pero en sus gustos y modales él era más inglés que la mayoría, y esto formaba parte de su encanto, que demostró al convertirse en líder del partido conservador. Si eres un extraño (como lo somos la mayoría en última instancia), usa eso en tu beneficio: explota tu rara naturaleza de tal forma que puedas mostrar al grupo cuánto prefieres sus gustos y costumbres a los tuyos. En 1752, el afamado libertino Saltikov determinó ser el primer hombre en la corte rusa en seducir a la gran duquesa, de veintitrés años, la futura emperatriz Catalina la Grande. Sabía que ella estaba sola: su esposo, Pedro, la ignoraba, igual que muchos cortesanos. Pero los obstáculos eran inmensos: a Catalina se le espiaba de día y de noche. Aun así, Saltikov logró hacerse amigo de la joven, y entrar a su muy reducido círculo. Al fin consiguió estar a solas con ella, y le hizo saber que comprendía su soledad, cuánto despreciaba a su marido y que compartía su interés en las nuevas ideas que se extendían en Europa. Pronto pudo concertar nuevos encuentros, en los que él daba la impresión de que, cuando estaba con ella, nada más en el mundo importaba. Catalina se enamoró profundamente de él, y él fue de hecho su primer amante. Saltikov había penetrado su espíritu.

Cuando eres un reflejo de las personas, les dedicas intensa atención. Ellas sentirán tu esfuerzo, y éste les parecerá halagador. Obviamente las has elegido, separándolas del resto. Parecería no haber nada más en la vida que ellas: su ánimo, sus gustos, su espíritu. Cuanto más te concentras en ellas, mayor es el hechizo que produces, y el efecto embriagador que tendrás en su vanidad. Muchos tenemos dificultades para conciliar lo que somos con lo que queremos ser. Nos decepciona haber comprometido nuestros ideales de juventud, y nos seguimos imaginando como esa joven promesa, a la que las circunstancias le impidieron realizarse. Cuando seas reflejo de alguien, no te detengas en aquello en que esa persona se ha convertido; penetra el espíritu de la persona ideal que ella quiso ser. Así fue como el escritor francés Chateaubriand logró convertirse en un gran seductor, pese a su fealdad física. De joven, a fines del siglo XVIII, se iniciaba la moda del romanticismo, y a muchas mujeres les oprimía enormemente la falta de romance en su vida. Chateaubriand hacía renacer en ellas su fantasía juvenil de enamorarse perdidamente, de satisfacer ideales románticos. Este modo de penetrar el espíritu de otro es quizá el más
efectivo en su tipo, porque hace sentir bien a la gente. En tu presencia, ella vive la vida de quien habría querido ser: un gran amante, un personaje romántico, lo que sea. Descubre esos ideales abandonados y refléjalos, volviendo a darles vida al proyectarlos en tu objetivo. Pocos pueden resistirse a este señuelo. *Símbolo. El espejo del cazador. la alondra es un ave suculenta, pero difícil de atrapar. En el campo, el cazador pone un espejo en un área. La alondra desciende frente a él, avanza y retrocede, *extasiada por su imagen en movimiento, y por la imitativa danza nupcial que ve ejecutarse ante sus ojos. Hipnotizada, pierde todo contacto con su entorno, hasta que la red del cazador la atrapa contra el espejo.*

## Reverso.

En 1897 en Berlín, el poeta Rainer María Rilke, cuya fama daría después la vuelta al mundo, conoció a Lou Andreas-Salomé, la escritora y belleza de origen ruso famosa por haber roto el corazón de Nietzsche. Ella era la niña mimada de los intelectuales de Berlín; y aunque Rilke tenía veintidós años y Lou treinta y seis, él se enamoró rendidamente de ella. La colmó de cartas de amor, que confirmaban que él había leído todos sus libros y que conocía íntimamente sus gustos. Se hicieron amigos. Pronto Lou corregía su poesía, y él pendía de cada palabra de ella. A Salomé le halagó que Rilke fuera un reflejo de su espíritu, y le encantó la intensa atención que le ponía y la comunión espiritual que desarrollaban. Se hizo su amante. Pero le preocupaba el futuro de él; era difícil ganarse la vida como poeta, y ella lo alentó a aprender ruso, su lengua materna, para que fuera traductor. El siguió tan ávidamente su consejo que meses después ya hablaba ruso. Visitaron Rusia juntos, y a Rilke le maravilló lo que vio: los campesinos, las costumbres populares, el arte, la arquitectura. De vuelta en Berlín, convirtió sus habitaciones en una especie de santuario consagrado a Rusia, y dio en ponerse blusas campesinas rusas y en salpicar su conversación con frases en esa lengua. Entonces, el encanto de su reflejo se agotó pronto. A Salomé le había halagado en un principio que él compartiera tan intensamente sus intereses, pero para aquel momento esto le pareció otra cosa: que él no tenía identidad real. Su autoestima había terminado por depender de ella. Todo era servil. En 1899, para gran horror de Rilke, Lou puso fin a la relación.
La lección es simple: tu entrada al espíritu de un individuo debe ser una táctica, una forma de someterlo a tu hechizo. No puedes ser simplemente una esponja, absorber el ánimo de la otra persona. Sé su reflejo durante mucho tiempo y ella percibirá tus intenciones y te repelerá. Bajo la semejanza con ella que le haces ver, debes poseer una firme noción de tu identidad. Llegado
el momento, tendrás que introducirla en tu espíritu; no puedes vivir a sus expensas. Así pues, jamás lleves demasiado lejos el reflejo. Sólo es útil en la primera fase de la seducción; en cierto momento, la dinámica deberá invertirse. 8.- Crea tentación.
Haz caer al objetivo en tu seducción creando la tentación adecuada: un destello de los placeres por venir. Así como la serpiente tentó a Eva con la promesa del conocimiento prohibido, tú debes despertar en tus objetivos un deseo que no puedan controlar. Busca su debilidad, esa fantasía aún por conseguir, y da a entender que puedes alcanzarla. Podría ser riqueza, podría ser aventura, podrían ser placeres prohibidos y vergonzosos; la clave es que todo sea vago. Pon él premio ante sus ojos, aplazando la satisfacción, y que su mente haga el resto. El futuro parecerá pletórico de posibilidades. Estimula una curiosidad más intensa que las dudas y ansiedades que la acompañan, y ellos te seguirán.

# El objeto tentador.

Un día de la década de 1880, el caballero don Juan de Todellas paseaba por un parque de Madrid cuando vio a una mujer de poco más de veinte años bajar de un coche, seguida de un niño de dos y un aya. La joven iba elegantemente vestida, pero lo que robó el aliento a don Juan fue su parecido con una mujer que él había conocido tres años antes. Era imposible que fuese la misma persona. Aquella otra mujer, Cristeta Moreruela, era corista en un teatro de segunda. Era huérfana y muy pobre; sus circunstancias no habrían podido cambiar tanto. Don Juan se acercó: el mismo hermoso rostro. Y luego oyó su voz. Se asustó tanto que tuvo que sentarse: era en efecto la misma mujer.

Don Juan era un seductor incorregible, con innumerables conquistas de toda laya. Pero recordaba con toda claridad su aventura con Cristeta, a causa de la extrema juventud de ella; era la muchacha más «encantadora que él hubiera conocido nunca. La había visto en el teatro, cortejado asiduamente y logrado convencer de viajar con él a una ciudad costera. Aunque tenían habitaciones separadas, nada pudo detener a don Juan: inventó una historia de problemas de negocios, se ganó su simpatía, y en un momento de ternura abusó de la debilidad de ella. Días después la dejó, con el pretexto de ocuparse de un negocio. No creyó volver a verla jamás. Sintiéndose un poco culpable —algo raro en él—, le envió cinco mil *pesetas,* haciéndole creer que tiempo después se reuniría con ella. En cambio, se fue a París. Apenas en fecha reciente había vuelto a Madrid.

> Mientras recordaba todo esto, ahí sentado, lo acometió una idea: el niño. ¿El niño podía ser suyo? De lo contrario, ella debía haberse casado casi inmediatamente después de su aventura. ¿Cómo había podido hacer tal cosa? Ahora era rica, obviamente. ¿Quién podía ser su esposo? ¿Conocería él su pasado? Su confusión se mezclaba con un intenso deseo. Cristeta era muy joven y hermosa. ¿Por qué había renunciado a ella tan fácilmente? Tenía que recuperarla a como diera lugar, aun si estaba casada.

Don Juan empezó a frecuentar el parque todos los días. La vio un par de veces más; sus miradas se cruzaron, pero ella fingió no verlo. Tras seguir al aya en una de sus diligencias, entabló conversación con ella, y le preguntó por el esposo de su ama. El aya le dijo que era el señor Martínez, y que hacía en esos días un largo viaje de negocios; también le dijo dónde vivía Cristeta para entonces. Don Juan le dio una nota para que se la entregara a su ama. Luego pasó por la casa de Cristeta, un hermoso palacio. Sus peores sospechas se confirmaron: ella se había casado por dinero.

Cristeta se negó a recibirlo. El persistió, enviando más notas. Por fin, para evitar una escena, ella aceptó entrevistarse con él, sólo una vez, en el parque. El se preparó cuidadosamente para la reunión: seducirla de nuevo sería una operación delicada. Pero cuando la vio acercarse a él, enfundada en sus bellas prendas, sus emociones, y su lujuria, lo sobrepasaron. Ella sólo podía pertenecerle a él, y a ningún otro hombre, le dijo. Cristeta lo tomó a ofensa; era evidente que sus nuevas circunstancias impedían siquiera una reunión más. Aun así, bajo su frialdad él pudo sentir emociones intensas. Le rogó que volvieran a verse, pero ella se marchó sin prometer nada. Don Juan le envió más cartas, mientras se devanaba los sesos tratando de reconstruirlo todo: ¿quién era ese señor Martínez? ¿Por qué se había casado con una corista? ¿Cómo podía Cristeta deshacerse de él?

Cristeta aceptó al cabo entrevistarse una vez más con don Juan, en el teatro, donde él no se atrevería a correr el riesgo de un escándalo. Tomaron un palco, donde pudieran hablar. Ella le aseguró que él no era el padre del niño. Afirmó que sólo la quería porque ya pertenecía a otro, por no poder hacerla suya. No, dijo él, había cambiado; haría cualquier cosa por recuperarla. De manera desconcertante, a momentos los ojos de ella parecían insinuársele. Pero luego ella pareció estar a punto de llorar, y apoyó la cabeza en su hombro, sólo para ponerse de pie al instante, como dándose cuenta de que aquello era un error. Esa era su última reunión, dijo ella, y huyó a toda prisa. Don Juan estaba fuera de sí. Cristeta jugaba con él; era una coqueta. Él dijo que había cambiado sólo por hablar, pero quizá era cierto: nunca una mujer lo había tratado así. Jamás lo habría permitido. Las noches siguientes, don Juan apenas si durmió. Sólo podía pensar en Cristeta. Tenía pesadillas en las que mataba a su esposo, envejecía y se quedaba solo. Era demasiado. Tenía que dejar la ciudad. Envió una nota de despedida y, para su sorpresa, ella contestó: quería verlo, tenía algo que decirle. Para entonces él era demasiado débil para resistirse. Como ella había solicitado, la vio en un puente, una noche. Esta vez Cristeta no hizo ningún esfuerzo por controlarse: sí, aún lo amaba, y estaba dispuesta a huir con él. Pero él debía presentarse en su casa al día siguiente, a plena luz, y llevársela. No podía haber secreto alguno. Fuera de sí de alegría, don Juan accedió a sus ruegos. Al día siguiente se presentó en su palacio a la hora fijada, y preguntó por la señora Martínez. No había nadie ahí con ese nombre, contestó la mujer en la puerta. Don Juan insistió: se llamaba Cristeta. "Ah, Cristeta", dijo la mujer. "Vive atrás, con los demás inquilinos." Confundido, don Juan fue a la parte trasera del palacio. Ahí creyó ver al hijo de ella, jugando en la calle en andrajos. Pero no, se dijo, debía ser otro niño. Llegó hasta la puerta de Cristeta y, en vez de su criada, ella misma abrió. Don Juan entró. Era el cuarto de una persona

pobre. Colgadas de un perchero improvisado estaban las ropas elegantes s de Cristeta. Como en un sueño, él se sentó, atónito, y escuchó mientras ella revelaba la verdad. No estaba casada, no tenía ningún hijo. Meses después de que él la abandonó, ella se dio cuenta de que había sido víctima de un seductor consumado. Aún lo amaba, pero estaba decidida a desquitarse. Al saber a través de una amiga mutua que él había vuelto a Madrid, | usó las quinientas pesetas que le había mandado en comprar ropa cara. Tomó en préstamo al hijo de una vecina, pidió a la prima de ésta que se hiciera pasar por aya y rentó un coche, todo para crear la elaborada fantasía que sólo existía en la mente de don Juan. Cristeta ni siquiera debió mentir: jamás dijo que estuviera casada o tuviese un hijo. Sabía que la imposibilidad de hacerla suya provocaría que él la quisiera más que nunca. Era la única forma de seducir a un hombre como él.

Abrumado por lo lejos que ella había llegado, y por las emociones que tan hábilmente había inducido en él, don Juan perdonó a Cristeta y le ofreció casarse con ella. Para su sorpresa, y tal vez para su alivio, ella declinó cortésmente. En cuanto se casaran, dijo, los ojos de él mirarían a otra parte. Sólo si permanecían como estaban, ella mantendría la ventaja. Don Juan no tuvo otra opción que aceptar.

*Interpretación.* Cristeta y don Juan son personajes de la novela *Dulce y sabrosa* (1891), del escritor español Jacinto Octavio Picón. La mayor parte de la obra de Picón trata de seductores y sus víctimas, tema que estudió y conoció muy bien. Abandonada por don Juan, y reflexionando en la naturaleza de él, Cristeta decidió matar dos pájaros de un

| tiro: se vengaría y lo recuperaría. Pero ¿cómo podía atraer a un hombre así? El repelía la fruta una vez probada. Lo que obtenía o caía en sus brazos fácilmente no le brindaba tentación alguna. Lo que tentaría a don Juan a volver a desear a Cristeta, a perseguirla, sería saber que era de otro, fruto prohibido. Esta era su debilidad: por eso perseguía a vírgenes y casadas, mujeres que se suponía que no debía hacer suyas. Un hombre, razonó ella, nunca está contento con su suerte. Cristeta se convertiría en ese objeto distante y tentador fuera de su alcance, incitándolo, produciendo emociones que él no pudiera controlar. Don [Juan sabía lo encantadora y deseable que había sido una vez para él.

"La idea de volver a poseerla, y el placer que imaginaba recibir, fueron demasiado para él: tragó el anzuelo.

La tentación es un proceso doble. Primero eres coqueto, galante; estimulas deseo prometiendo placer y distracción de la vida diaria. Al mismo tiempo, dejas en claro a tus objetivos que no pueden hacerte suyo, al menos no en ese momento. Estableces una barrera, una especie de tensión.

Antes era fácil crear esas barreras, aprovechando obstáculos sociales preexistentes: de clase, raza, matrimonio, religión. Hoy las barreras deben ser más psicológicas: tu corazón pertenece a otro; el objetivo en realidad no te interesa; un secreto te detiene; no es el momento; no eres digno de la otra persona; la otra persona no es digna de ti, etcétera. A la inversa, podrías elegir a alguien con una barrera implícita: pertenece a otro, no debe quererte. Estas barreras son más sutiles que las de la variedad social o religiosa, pero barreras al fin, y la psicología sigue siendo la misma. A la gente le excita perversamente lo que no puede o no debe tener. Crea este conflicto interior —hay excitación e interés, pero eres inaccesible— y la tendrás en pos de ti, como Tántalo del agua. Y al igual que don Juan y Cristeta, cuanto más logres que tus objetivos te persigan, más imaginarán ser ellos los agresores. Tu seducción tendrá el disfraz perfecto. *La única manera de librarse de la tentación es rendirse a ella..*

—Oscar Wilde.

# Claves para la seducción.

En la mayoría de los casos, la gente se esfuerza por mantener su seguridad y una sensación de equilibrio en su vida. Si siempre saliera en pos de cada nueva persona o fantasía que pasa a su lado, no podría sobrevivir a la brega diaria. Usualmente ve coronados sus esfuerzos, pero lograrlo no es fácil. El mundo está lleno de tentaciones. La gente lee de personas que tienen más que ella, de aventuras de otros, de individuos que han hallado la riqueza y la felicidad. La seguridad por la que pugna, y que parece tener, es en realidad una ilusión. Encubre una tensión constante.

Como seductor, nunca confundas la apariencia con la realidad. Sabes que la lucha de las personas por mantener un orden en su vida es agotadora, y que las corroe la duda y el rencor. Es difícil ser bueno y virtuoso, siempre teniendo que reprimir los más fuertes deseos. Con eso en mente, la seducción es más fácil. Lo que los demás quieren no es tentación; la tentación es cosa de todos los días. Lo que desean es ceder a la tentación, darse por vencidos. Esa es la única manera en que pueden librarse de la tensión que existe en su vida. Cuesta mucho más trabajo resistirse a la tentación que rendirse a ella.

Tu tarea, entonces, es crear una tentación que sea más intensa que la variedad cotidiana. Debe centrarse en los demás, apuntar a ellos como individuos, a su debilidad. Entiende: todos tenemos una debilidad dominante, de la que se deriva el resto. Halla esa inseguridad infantil, esa carencia en la vida de la gente, y tendrás la clave para tentarla. Su debilidad puede ser la codicia, la vanidad, el aburrimiento, un deseo reprimido a conciencia, el ansia de un fruto prohibido. Las personas dejan ver eso en pequeños detalles que escapan a su control consciente: su manera de vestir, un comentario casual. Su pasado, y en especial sus romances, estarán llenos de pistas. Tiéntalas con ardor, en forma ajustada a su debilidad, y harás que la esperanza de placer que despiertes en ellas figure más prominentemente que las dudas y ansiedades que la acompañan.

En 1621, el rey Felipe 111 de España ansiaba establecer una alianza con Inglaterra casando a su hija con el vastago del rey inglés, Jacobo. Este pareció aceptar la idea, pero la frenó para ganar tiempo. El embajador de España en la corte inglesa, un tal Gondomar, recibió la tarea de promover el plan de Felipe. Gondomar puso los ojos en el favorito del rey, el duque (antes conde) de Buckingham.

Gondomar conocía la principal debilidad del duque: la vanidad. Buckingham ansiaba gloria y aventura para aumentar su fama; le aburrían sus limitadas tareas, y se enfurruñaba y quejaba por eso. El embajador lo halagó primero profusamente: el duque era el hombre más apto del país, y era una vergüenza que se le asignara tan poco que hacer. Luego empezó a susurrarle una gran aventura. El duque, como Gondomar sabía, estaba a favor de la boda con la princesa española, pero esas malditas negociaciones matrimoniales con el rey Jacobo demoraban mucho, y no llegaban a ningún lado. ¿*Y si el duque acompañaba al hijo del rey, su buen amigo el príncipe Carlos, a España? Claro que esto tendría que hacerse en secreto, sin guardias ni escoltas, para que el gobierno inglés y sus ministros no sancionaran el viaje. Pero eso mismo volvía todo más peligroso y romántico. Una vez en Madrid, el príncipe podría arrojarse a los pies de la princesa María, declararle su amor imperecedero y llevarla en triunfo a Inglaterra. Sería una proeza caballeresca, y todo por amor. El duque se llevaría el crédito, y esto daría fama a su nombre por siglos. El duque se prendó de la idea, y convenció a Carlos de secundarla; tras mucho discutir, también persuadieron al renuente rey Jacobo. El viaje estuvo cerca de ser un desastre (Carlos habría tenido que convertirse al catolicismo para conquistar a María) y el matrimonio jamás se llevó a cabo, pero Gondomar había cumplido su cometido. No sobornó al duque con ofrecimientos de dinero ni poder; apuntó a su parte infantil, que nunca había crecido. Un niño tiene poca fuerza para resistirse. Lo quiere todo ya, y es raro que piense en las consecuencias. En todos nosotros acecha un niño: un placer que se nos negó, un deseo reprimido. Toca esa fibra en otros, tiéntalos con el juguete adecuado (aventura, dinero, diversión), y abandonarán su normal sensatez adulta. Identifica su debilidad a partir de cualquier conducta infantil que revelen en la vida diaria: ésa es la punta del iceberg. Napoleón Bonaparte fue nombrado general supremo del ejército francés en 1796. Su encomienda era derrotar a las fuerzas austríacas que habían tomado el norte de Italia. El obstáculo era inmenso:

Napoleón tenía entonces apenas veintiséis años; los generales bajo sus órdenes envidiaban su posición y dudaban de sus aptitudes. Sus soldados estaban exhaustos, hambrientos, mal pagados y disgustados. ¿Cómo podía motivar a ese grupo a combatir al muy experimentado ejército austriaco? Mientras se preparaba para cruzar los Alpes en dirección a Italia, dirigió a sus tropas un discurso que quizá haya representado el momento decisivo de su carrera, y de su vida: "j Soldados 1 Sé que están casi muertos de hambre y semidesnudos. El gobierno les debe mucho,

pero no puede hacer nada por ustedes. Su paciencia, su valor, los honran, pero no les dan gloria. [...] Yo los guiaré a las llanuras más fértiles de la Tierra. Ahí encontrarán ciudades florecientes, abundantes provincias. Ahí cosecharán honor, gloria y riqueza". Este discurso tuvo un efecto muy poderoso. Días después, estos mismos soldados, tras el arduo ascenso de las montañas, contemplaban el valle de Piamonte. Las palabras de Napoleón resonaron en sus oídos, y una banda harapienta y gruñona se convirtió en un inspirado ejército que arrasaría con el norte de Italia en pos de los austríacos.

El uso de la tentación por Napoleón tuvo dos elementos: "Detrás de ti está un pasado sombrío; frente a ti, un futuro de gloria y riqueza, si me sigues". Una clara demostración de que el objetivo no tiene nada que perder y todo que ganar es esencial en la estrategia de la tentación. El presente ofrece escasa esperanza, el futuro podría estar lleno de placer y emoción. Recuerda describir vagamente los beneficios futuros y ponerlos relativamente fuera del alcance. Sé demasiado específico y decepcionarás; pon la promesa demasiado a la mano, y no podrás aplazar su satisfacción lo suficiente para obtener lo que deseas.

Las barreras y tensiones de la tentación están ahí para impedir que la gente ceda demasiado fácil o superficialmente. Debes hacer que luche, resista, se muestre ansiosa. La reina Victoria se enamoró sin duda de su primer ministro, Benjamín Disraeli, pero entre ellos había barreras de religión (él era judío, de piel morena), clase (ella era, desde luego, una reina) y gusto social (ella era un dechado de virtudes, él un conocido dandy). La relación nunca se consumó, pero esas barreras llenaron de delicia sus encuentros diarios, rebosantes de continuo flirteo. Hoy han desaparecido muchas de esas barreras sociales, así que hay que inventarlas: sólo así es posible dar sabor a la seducción. Los tabúes de toda clase son fuente de tensión, y ahora son psicológicos, no religiosos. Busca una represión, un deseo secreto que haga a tu víctima retorcerse incómoda si das con él, pero que la tentará más todavía. Indaga en su pasado; lo que parezca temer o rehuir tal vez sea la clave. Podría tratarse de un anhelo de figura materna o paterna, o un deseo homosexual latente. Quizá tú puedes satisfacer ese deseo presentándote como una mujer masculina o un hombre femenino. Con otros haz de Lolita, o de Papi, alguien que se supone que no pueden hacer suyo, el lado oscuro de su personalidad. La asociación debe ser vaga; tienes que lograr que los demás persigan algo elusivo, algo salido de su propia mente. En 1769, Casanova conoció en Londres a una joven apellidada Charpillon. Era mucho menor que él, la mujer más hermosa que hubiera visto jamás, y con fama de destruir a los hombres. En uno de sus primeros encuentros, Charpillon le dijo sin más que se enamoraría de ella y ella misma sería su ruina. Para incredulidad de todos, Casanova la persiguió. En cada encuentro ella insinuaba que podría ceder; quizá en la siguiente ocasión, si él era bueno con ella. Charpillon excitó su curiosidad: qué placeres le brindaría; él sería el primero, la domaría. "El veneno del deseo penetró tan cabalmente todo mi ser", escribió después Casanova, "que, si ella lo hubiera querido, me habría despojado de todo lo que poseía. Yo habría aceptado la mise-ría a cambio de un solo beso." Esta "aventura" fue en efecto su ruina; día lo humilló. Charpillon había juzgado correctamente que la debilidad primaria de Casanova era su necesidad de conquistar, de vencer retos, de probar lo que ningún otro hombre había probado nunca. Debajo había una especie de masoquismo, un placer en el dolor que una mujer podía infligirle. Jugando a la mujer imposible, incitándolo y luego frustrándolo, ella ofrecía la tentación suprema. A menudo da resultado hacer sentir al objetivo que eres un reto, un premio por ganar. Al poseerte, obtendrá lo que nadie más ha tenido. Incluso podría obtener dolor; pero el dolor está cerca del placer, y ofrece sus propias tentaciones.

! En el Antiguo Testamento se lee que "levantándose David de su cama [...], paseábase por el terrado de la casa real cuando vio desde el terrado una mujer que se estaba lavando, la cual era muy hermosa". Era Betsabé. David la llamó, (supuestamente) la sedujo y procedió a librarse de su esposo, Urías, en batalla. Sin embargo, en realidad fue Betsabé quien sedujo a David. Se bañó en su azotea a una hora en que sabía que él estaría en su balcón. Tras tentar a un hombre cuya debilidad por las mujeres ella conocía, se hizo la coqueta, para forzarlo a perseguirla. Esta es la estrategia de la oportunidad: ofrece a un individuo débil la posibilidad de tener lo que codicia poniéndote meramente a su alcance, como por accidente. La tentación suele ser [ cuestión de oportunidad, de cruzarse en el camino del débil en el momento justo para darle la posibilidad de rendirse.

Betsabé usó todo su cuerpo como señuelo, pero suele ser más eficaz usar sólo una parte, creando así un efecto de fetiche. Madame Récamier dejaba vislumbrar su cuerpo bajo los finos vestidos que se ponía, pero sólo un instante, cuando se quitaba el mantón para bailar. Los hombres partían esa noche soñando con lo poco que habían visto. La emperatriz Josefina se esmeraba en desnudar en público sus hermosos brazos. Brinda a tu objetivo sólo una parte de ti, para que fantasee; crearás de este modo una constante tentación en su mente.

*Símbolo. La manzana del Jardín del Edén. El fruto es incitante, y se supone que no debes comerlo: está prohibido.*

*Pero justo por eso piensas día y noche en él. Lo ves, pero no puedes hacerlo tuyo. La única forma de librarte de la tentación es rendirte y probarlo.*

# Reverso.

Lo contrario de la tentación es la seguridad o satisfacción, y ambas son fatales para la seducción. Si no puedes tentar a alguien a salir de su confort habitual, no puedes seducido. Si satisfaces el deseo que has despertado, la seducción acaba. La tentación no tiene reverso. Aunque algunas de sus etapas pueden pasarse por alto, la seducción no procederá jamás sin alguna forma de tentación, así que siempre es mejor que la planees con cuidado, ajustándola a la debilidad y puerilidad de tu blanco específico.

FASE DOS.

# ¡Descarriar.
# Provocación del placer y de la confusión.

Tus víctimas ya están suficientemente intrigadas y te desean cada vez más, pero su apego es débil y en cualquier momento podrían decidir retroceder. La meta en estafase es descarriar de tal modo a tus víctimas—manteniéndolas emocionadas y confundidas, dándoles placer pero haciéndolas desear más— que la retirada sea imposible. Al darles una agradable sorpresa, lograrás que te juzguen maravillosamente impredecible, pero también las descontrolarás *(9:* Mantenlos en suspenso: ¿Qué sigue?,). El ingenioso uso de palabras dulces y agradables las embriagará, y estimulará fantasías en ella (10: Usa el diabólico poder de las palabras para sembrar confusión,). Toques estéticos, y pequeños y placenteros rituales despertarán sus sentidos y distraerán su mente (11: Presta atención a los detalles). Tu mayor riesgo en esta fase es el mero indicio de rutina o familiaridad. Debes mantener algo de misterio, conservar cierta distancia para que, en M ausencia, tus víctimas se obsesionen contigo (12: Poetiza tu presencia,). Podrían darse cuenta de que se están enamorando de ti, pero jamás han de sospechar cuánto *debe eso a tus manipulaciones. Una oportuna muestra de tu debilidad de lo emotivo que te has vuelto bajo su influencia, te ayudará a no dejar rastros (13:* Desarma con debilidad y vulnerabilidad estratégicas). *Para excitar y emocionar en alto grado a tus víctimas, hazles sentir que en realidad cumplen alguna de las fantasías que has incitado en su imaginación (14:* Mezcla deseo y realidad: La ilusión perfecta). *Al concederles sólo una parte de esa fantasía, harás que no cesen de volver más. Centrar en ellas tu atención para que desaparezca el resto del mundo, e incluso llevarlas de viaje, las descarriará* f15: Aísla a la víctima). *Ya no hay marcha atrás.* 9.- Mantenlos en suspenso: ¿Qué sigue?.
*En cuanto la gente cree saber qué puede esperar de ti, tu hechizo ha terminado. Más todavía: le has cedido poder. La única manera de adelantarse al seducido y mantener esa ventaja es generar suspenso, una sorpresa calculada. La gente adora él misterio, y ésta es la clave para atraerla aún más a tu telaraña. Actúa de tal forma que no deje de preguntarse: "¿Qué tramas?". Hacer algo que los demás no esperan de ti les procurará una deliciosa sensación de espontaneidad: no podrán saber qué sigue. Tú estás siempre un paso adelante y al mando. Estremece a la víctima con un cambio súbito de dirección.*

# La sorpresa calculada.

En 1753, Giovanni Giacomo Casanova, entonces de veintiocho años de edad, conoció a una joven llamada Caterina, de la que se enamoró. El padre de ella sabía qué clase de hombre era Casanova, y para impedir cualquier percance que le permitiera casarse con Caterina, mandó a ésta a un convento a la isla veneciana de Murano, donde permanecería cuatro años.

Casanova, sin embargo, no era fácil de amedrentar. Hizo llegar a escondidas cartas a Caterina. Empezó a asistir a misa en ese convento varias veces a la semana, para verla, así fuera apenas de reojo. Las monjas comenzaron a hablar entre ellas: ¿quién era ese apuesto mancebo que aparecía tan a menudo? Una mañana, cuando Casanova, al salir de misa, estaba a punto de abordar una góndola, una criada del convento pasó a su lado y dejó caer una carta a sus pies. Pensando que podía ser de Caterina, él la recogió. Estaba dirigida a él, en efecto, pero no era de Caterina; su autora era una monja del convento, que se había fijado en él, en sus numerosas visitas, y quería conocer-lo. ¿Estaba él interesado? De ser así, debía presentarse en el recibidor del convento a cierta hora, cuando la monja recibiría a una visitante del mundo exterior, una amiga suya que era condesa. El podría mantenerse a distancia, observarla y decidir si era de su gusto. Casanova quedó sumamente intrigado por la carta: su estilo era circunspecto, pero también había algo picaro en ella, en particular viniendo de una monja. Debía indagar más. En el día y la hora fijados, se paró junto al recibidor del convento y vio que una mujer elegantemente vestida hablaba con una monja sentada detrás de una rejilla. Oyó mencionar el nombre de la monja, y se asombró: era Mathilde M., famosa veneciana de poco más de veinte años de edad, cuya decisión de entrar a un convento había sorprendido a la ciudad entera. Pero lo que más le asombró fue que, bajo su hábito de monja, él distinguió a una hermosa joven, sobre todo por sus ojos, de brillante azul. Quizá necesitaba que se le hiciera un favor, y quería que él sirviera como su instrumento.

La curiosidad lo venció. Días después regresó al convento y pidió verla. Mientras la aguardaba, su corazón latía a toda prisa; no sabía qué esperar. Ella apareció al fin y se sentó ante la rejilla. Estaban solos en el recinto, y ella dijo que podía encargarse de que cenaran juntos en una pequeña villa cercana. Casanova se mostró encantado, pero se preguntó con qué clase de monja trataba. "¿No tiene usted más amante que yo?", inquirió. "Tengo un amigo, que es también mi dueño absoluto", respondió ella. "Es a él a quien debo mi riqueza." Ella le preguntó si tenía una amante. Sí, contestó Casanova. Ella dijo entonces, con tono misterioso: "Le advierto que si alguna vez me permite ocupar el lugar de ella en su corazón, ningún poder sobre la Tierra será capaz de arrancarme de él". Le dio entonces la llave de la villa y le dijo que la buscara ahí en dos noches. El la besó por la rejilla y se marchó aturdido. "Pasé los dos días siguientes en un estado de febril impaciencia", escribiría, "sin poder dormir ni comer. Además de su cuna, belleza e ingenio, mi nueva conquista poseía un encanto adicional: era un fruto prohibido. Yo estaba a punto de convertirme en rival de la Iglesia." La imaginaba en su hábito, y con la cabeza rapada.

Llegó a la villa a la hora convenida. Mathilde ya lo esperaba. Para su sorpresa, ella llevaba puesto un elegante vestido, y por alguna razón había evitado que la raparan, porque llevaba el cabello recogido en un magnífico chongo. Casanova empezó a besarla. Ella se resistió, aunque sólo un poco, y luego retrocedió, diciendo que la comida estaba lista. Durante la cena lo puso al tanto de algunas cosas más: su dinero le permitía sobornar a ciertas personas, para poder escapar del convento de vez en cuando. Le había hablado a Casanova de su amigo y dueño, y él había aprobado su relación. ¿Era viejo?, preguntó Casa-nova. No, contestó ella, con un brillo en la mirada: tenía cuarenta y tantos años, y era muy guapo. Terminada la cena, sonó una campana; era la señal de que Mathilde debía volver a toda prisa al convento, o la descubrirían. Se puso nuevamente su hábito y se fue.

Un bello panorama pareció tenderse entonces ante Casanova, de varios meses pasados en la villa con esa *criatura* deliciosa, por cortesía del misterioso dueño que lo pagaba todo. Pronto regresó al convento para concertar la siguiente reunión. Se encontrarían en una plaza de Venecia, y luego se retirarían a la villa. A la hora y lugar previstos, Casanova vio que un hombre se aproximaba a él. Temiendo que fuera el misterioso amigo de ella, u otro hombre enviado para matarlo, dio marcha atrás. El hombre lo siguió, dando vueltas, y se acercó luego: era Mathilde, que llevaba puesta una máscara y ropa de hombre. Ella rió del susto que le había dado. ¡Vaya una monja diabólica! El tuvo que admitir que vestida de hombre lo excitaba más aún.

Casanova empezó a sospechar que nada era lo que parecía. Para comenzar, halló una colección de novelas y panfletos lúbricos en la casa de Mathilde. Luego, ella hacía comentarios blasfemos, por ejemplo sobre el regocijo que tendrían juntos durante la Cuaresma, "mortificando su carne". Para entonces Mathilde ya se refería a su misterioso amigo como su amante. Un plan evolucionaba en la mente de Casanova, para arrancarla a ese hombre y al convento, fugándose con ella y poseyéndola. Días después recibió una carta de ella, en la que hacía una confesión: durante una de sus más apasionadas citas en la villa, su amante se había ocultado en un armario, viéndolo todo. El amante, le dijo, era el embajador francés en Venecia, y Casanova lo había impresionado. Pero éste no se dejó embaucar con eso, y al día siguiente estaba de nuevo en el convento, concertando sumisamente otra cita. Esta vez ella se presentó a la hora dispuesta, y él la abrazó, sólo para descubrir que estrechaba a Caterina, vestida con la ropa de Mathilde. Esta última se había hecho amiga de Caterina, y conocido su historia. Apiadándose aparentemente de ella, se había encargado de que saliera de noche del convento para encontrarse con Casanova. Apenas meses antes él había estado enamorado de esta mujer, pero la había olvidado. Comparada con la ingeniosa Mathilde, Caterina era una lata con sonrisa de boba. El no pudo ocultar su desconcierto. Ardía en deseos de ver a Mathilde.

La broma de Mathilde enojó a Casanova, Pero días después volvió a verla y todo quedó olvidado. Tal como ella había predicho en su primera entrevista, su poder sobre él era completo. Casanova se había vuelto su esclavo, adicto a sus caprichos, y a los peligrosos placeres que ella ofrecía. Quién sabe qué imprudencia no habría podido cometer por ella si su aventura no hubiera sido interrumpida por las circunstancias. *Interpretación.* Casanova estaba casi siempre al mando en sus seducciones. Era él quien guiaba, llevando a su víctima a un viaje con destino desconocido, atrayéndola a su telaraña. En sus memorias, la de Mathilde es la única seducción en que las condiciones se invierten felizmente: él es el seducido, la víctima perpleja. Casanova se hizo esclavo de Mathilde con la misma táctica que él había usado con incontables jóvenes: el irresistible atractivo de ser llevado por otra persona, el estremecimiento de ser sorprendido, el poder del misterio. Cada vez que se separaba de Mathilde, su cabeza daba vueltas, agobiada de preguntas. La capacidad de ella para no de-lar de sorprenderlo la mantenía siempre en su mente, ahondando su hechizo y borrando a Caterina. El efecto de cada sorpresa era cuidadosamente calculado. La primera e inesperada carta picó la curiosidad de Casanova, como lo hizo el primer avistamiento de ella en el recibidor; verla vestida de pronto como dama elegante incitó un deseo agudo; luego, verla vestida de hombre intensificó la naturaleza excitantemente transgresora de su relación. Las sorpresas lo descontrolaban, pero lo dejaban temblando de expectación por la siguiente. Aun una sorpresa desagradable, como el encuentro con Caterina dispuesto por Mathilde, lo emocionaba y debilitaba. Hallar en ese momento a la algo sosa Caterina sólo le hizo anhelar mucho más a Mathilde.

En la seducción debes crear constante tensión y suspenso, una sensación de que contigo nada es predecible. No concibas esto como un reto fastidioso. Generas un drama en la vida real, así que pon toda tu energía creativa en él, diviértete un poco. Hay muchas clases de sorpresas calculadas que puedes dar a tus víctimas: enviar una carta sin motivo aparente, presentarte en forma inesperada, llevarlas a un lugar donde nunca han estado. Pero las mejores son las sorpresas que revelan algo nuevo en tu carácter. Esto debe prepararse. En las primeras semanas, tus blancos tenderán a hacer juicios precipitados sobre ti, con base en las apariencias. Quizá te consideren algo tímido, práctico, puritano. Tú sabes que ése no es tu verdadero yo, sino la forma en que actúas en situaciones sociales. Sin embargo, déjalos tener esa impresión, y de hecho acentúala un poco, sin exagerar: por ejemplo, semeja ser un tanto más reservado que de costumbre. Así tendrás margen para sorprenderlos con un acto audaz, poético o atrevido. Una vez que hayan cambiado de opinión sobre ti, sorpréndelos de nuevo, como hacía Mathilde con Casanova: primero una monja con deseo de aventura, luego una libertina, después una seductora de vena sádica. Mientras se esfuerzan por entenderte, pensarán en ti todo el tiempo, y querrán saber más de ti. Su curiosidad los atraerá todavía más a tu telaraña, hasta que sea demasiado tarde para volver atrás.
*Ésta es siempre la ley de lo interesante [...] Si se sabe sorprender, siempre se gana el juego. La energía de la persona implicada se suspende temporalmente; se le hace imposible actuar.* —Soren Kierkegaard.

# Claves para la seducción.

Un niño suele ser una criatura terca y obstinada que hará deliberadamente lo contrario de lo que le pedimos. Pero hay un escenario en que los niños renunciarán con gusto a su usual terquedad: cuando se les promete una sorpresa. Podría ser un regalo oculto en una caja, un juego de final imprevisible, un viaje con destino desconocido, una historia de suspenso de desenlace inesperado. En los momentos en que los niños aguardan una sorpresa, su voluntad se detiene. Se someterán a ti mientras exhibas una posibilidad ante ellos. Este hábito infantil está profundamente arraigado en nosotros, y es la fuente de un placer humano elemental: el de ser llevado por una persona que sabe adónde va,

y que nos guía en un viaje. (Quizá este gusto por ser conducidos implique un recuerdo oculto de ser literalmente guiados, por uno de nuestros padres, cuando éramos chicos.) Sentimos un estremecimiento similar cuando vemos una película o leemos un thriller: estamos en manos de un director o autor que nos conduce, guiándonos por vuelcos y giros. Permanecemos sentados. volvemos las páginas, felizmente esclavizados por el suspenso. Este es el placer que una mujer experimenta al ser llevada por un bailarín experto, liberándose de toda defensividad que pueda sentir y dejando que la otra persona haga el trabajo. Enamorarse implica expectación: estamos a punto de seguir un rumbo nuevo, iniciar una nueva vida, en la que todo será extraño. El seducido quiere que lo lleven, que lo conduzcan como un niño. Si eres predecible, el encanto termina; la vida diaria lo es. En *Las mil y una noches,* el rey Schahriar toma cada noche por esposa a una virgen, y la mata a la mañana siguiente. Una de ellas, Shahrazad, logra escapar a ese destino narrando al Ky un cuento que debe completarse al día siguiente. Lo hace así noche tras noche, manteniendo al rey en constante suspenso. Cuando acaba una historia, rápidamente comienza otra. Dura haciéndolo cerca de tres años, hasta que el rey decide perdonarle la

vida. Tú eres como Shahrazad: sin nuevas historias, sin una sensación de expectación, tu seducción se extinguirá. Atiza el fuego noche a noche. Tus objetivos no deben saber nunca qué sigue, qué sorpresas les tienes reservadas. Como el rey Schahriar, estarán bajo tu control mientras sigas haciéndolos conjeturar. En 1765, Casanova conoció a una joven condesa italiana llamada Clementina, quien vivía con sus dos hermanas en un chateau. A Clementina le gustaba leer, y tenía escaso interés en los hombres que pululaban a su alrededor. Casanova se sumó a su número, comprándole libros, involucrándola en conversaciones literarias, pero ella no era menos indiferente a él que a ellos. Un día Casanova invitó a todas las hermanas a una pequeña excursión. No les dijo adonde irían. Ellas se apiñaron en el carruaje, intentando adivinar su destino durante todo el trayecto. Horas después llegaron a Milán;¡qué dicha!, las hermanas nunca habían estado ahí. Casanova las llevó a su departamento, donde se' habían dispuesto tres vestidos: las prendas más espléndidas que las muchachas hubiesen visto jamás. Había uno para cada una de las hermanas, les dijo, y el verde era para Clementina. Asombrada, ella se lo puso, y su rostro se iluminó. Las sorpresas no terminaron ahí: también había una comida deliciosa, champaña, juegos. Cuando regresaron al chateau, a altas horas la noche, Clementina se había enamorado irremediablemente de Casanova.

La razón era simple: la sorpresa engendra un momento en que la gente baja sus defensas y nuevas emociones pueden irrumpir. Si la sorpresa es grata, el veneno de la seducción entra en las venas de la gente sin que se dé cuenta. Todo suceso repentino tiene un efecto similar, pues toca directamente nuestras emociones antes de que nos pongamos a la defensiva. Los libertinos conocen bien este poder. Una joven casada, de la corte de Luis XV, en la Francia del siglo XVIII, vio que un cortesano joven y guapo la miraba, primero en la ópera, luego en la iglesia. Al indagar descubrió que se trataba del duque de Richelieu, el libertino más conocido de Francia. Ninguna mujer estaba a salvo con ese hombre, se le advirtió; era imposible resistírsele, y debía evitarlo a toda costa. Tonterías, replicó ella; estaba felizmente casada. Era imposible que la sedujera. Cuando volvía a verlo, reía de su persistencia. El se disfrazaba de mendigo para acercarse a ella en el parque, o su coche alcanzaba de súbito el de ella. Nunca era agresivo, y parecía totalmente inocuo. Ella permitió que le hablara en la corte; era encantador e ingenioso, e incluso pidió conocer a su marido. Pasaron las semanas, y la mujer se percató de que había cometido un error: esperaba con ansia sus encuentros con el duque. Había bajado la guardia. Eso tenía que parar. Empezó a evitarlo, y él pareció respetar sus sentimientos: dejó de molestarla. Semanas después, ella estaba en la casa de campo de una amiga cuando el duque apareció de repente. Ella se sonrojó, tembló, se alejó; su inesperada aparición la había tomado desprevenida, la ponía al borde del abismo. Días después, la dama pasó a ser una más de las víctimas de Riche-lieu. Claro que él lo había preparado todo, incluido el supuesto encuentro sorpresa.

Además de producir una sacudida seductora, lo repentino oculta las manipulaciones. Aparece en forma inesperada, di o haz algo súbito, y la gente no tendrá tiempo de reparar en que tu acto fue calculado. Llévala a un lugar nuevo como por ocurrencia, revela de pronto un secreto. Hazla emocionalmente vulnerable, y estará demasiado apabullada para entrever tus intenciones. Todo lo que sucede en forma súbita parece natural, y todo lo que parece natural posee un encanto seductor.

Apenas meses después de su arribo a París en 1926, Josephine Baker había encantado y seducido por completo al público francés con su danza salvaje. Pero menos de un año más tarde, ella percibió que el interés menguaba. Desde su infancia había aborrecido sentir que su vida estaba fuera de control. ¿Por qué estar a merced del veleidoso público? Abandonó París y regresó un año después, con una actitud totalmente distinta: desempeñaba para entonces el papel de una francesa elegante>que era por casualidad una ingeniosa bailarina y artista. Los franceses\se enamoraron de nueva cuenta de ella; el poder estaba otra vez de su lado. Si estás expuesto a la mirada pública, aprende del truco de la sorpresa. La gente se aburre, no sólo de su vida, sino también de las personas dedicadas a evitar su tedio. En cuanto crea poder predecir tu siguiente paso, te comerá vivo. El pintor Andy Warhol pasaba de una personificación a otra, y nadie podía prever la siguiente: artista, cineasta, hombre de sociedad. Ten siempre una sorpresa bajo la manga. Para preservar la atención de la gente, hazla conjeturar sin fin. Que los moralistas te acusen de insinceridad, de no tener fondo o centro. Lo cierto es que están celosos de la libertad y desenfado que exhibes en tu personalidad pública.

Finalmente, podrías creer más sensato presentarte como alguien digno de confianza, no dado al capricho. De ser así, en realidad eres tímido. Hace falta valor y esfuerzo para montar una seducción. La confiabilidad está bien para atraer a las personas, pero sigue siendo confiable y serás insufrible. Los perros son confiables, un seductor no. Si, por el contrario, prefieres improvisar, imaginando que toda planeación o cálculo es la antítesis del espíritu de la sorpresa, cometes un grave error. La improvisación incesante significa sencillamente que eres holgazán, y que sólo piensas en ti. Lo que suele seducir a una persona es la sensación de que has invertido esfuerzo en ella. No tienes que proclamarlo a los cuatro vientos, pero déjalo ver en los regalos

que haces, los pequeños viajes que planeas, las tretas menudas con que atraes a la gente. Pequeños esfuerzos como éstos serán más que ampliamente recompensados por la conquista del corazón y voluntad del seducido.
Símbolo. La montaña rusa. El carro sube lentamente hasta lo alto, y de pronto te lanza al espacio, te zarandea, te vuelve de cabeza en todas direcciones. Los pasajeros ríen y gritan. Lo que les estremece es soltarse, ceder el control a otro, quien los propulsa en direcciones inesperadas. ¿Qué nueva emoción les aguarda a la vuelta de la siguiente esquina?.

## Reverso.

La sorpresa deja de ser sorpresiva si haces lo mismo una y otra vez. Jiang Qing trataba de asombrar a su marido, Mao tse-Tung, con súbitos cambios de ánimo, de la rudeza a la bondad y de regreso. Esto lo cautivó al principio; le agradaba la sensación de no saber nunca qué venía. Pero las cosas continuaron así durante años, y siempre era lo mismo. Pronto, los cambios anímicos supuestamente impredecibles de Madame Mao sólo lo irritaban. Varía el método de tus sorpresas. Cuando Madame de Pompadour fue amante del inveteradamente aburrido rey Luis XV, volvía diferente cada sorpresa: una nueva diversión, un juego novedoso, una nueva moda, un nuevo ánimo. El no podía predecir jamás qué seguiría; y mientras esperaba la nueva sorpresa, su voluntad hacía una pausa temporal. Ningún hombre fue nunca más esclavo de una mujer que Luis de Madame de Pompadour. Cuando cambies de dirección, cerciórate de que la nueva lo sea en verdad.
10.- Usa el diabólico poder de las palabras para sembrar confusión.
*Es difícil lograr que la gente escuche; sus deseos y pensamientos la consumen, y no tiene tiempo para los tuyos. El truco para que atienda es decirle lo que quiere oír, llenarle los oídos con lo que le agrada. Ésta es la esencia del lenguaje de la seducción. Aviva las emociones de la gente con indirectas, halágala, alivia sus inseguridades, envuélvela con fantasías, dulces palabras y promesas, y no sólo te escuchará: perderá el deseo de resistírsete. Da vaguedad a tu lenguaje, para que los demás hallen en él lo que desean. Usa la escritura para despertar fantasías y crear un retrato idealizado de ti mismo.*

## Oratoria seductora.

El 13 de mayo de 1958, los franceses de derecha y sus simpatizantes en el ejército tomaron el control de Argelia, en ese tiempo colonia francesa. Temían que el gobierno socialista galo concediera a Argelia su independencia. Entonces, con Argelia bajo su control, amenazaron con tomar toda Francia. La guerra civil parecía inminente.

En ese momento grave, todos los ojos se volvieron hacia el general Charles De Gauile, el héroe de la segunda guerra mundial que había desempeñado un papel decisivo en liberar a Francia de los nazis. En los diez últimos años De Gaulle se había alejado de la política, asqueado por las guerras intestinas entre los diversos partidos. Seguía [siendo muy popular, y se le veía por lo común como el único hombre capaz de unir al país; pero también era conservador, y los derechistas estaban seguros de que, si subía al poder, apoyaría su causa. Días después del golpe del 13 de mayo, el gobierno francés —la Cuarta República— se desplomó, y el parlamento llamó a De Gaulle a formar ion nuevo gobierno, la Quinta República. El solicitó y recibió plenas facultades durante cuatro meses. El 4 de junio, días después de convertirse en jefe de gobierno, De Gaulle voló a Argelia.
Los colonos franceses estaban extasiados. Era su golpe el que indirectamente había llevado a De Gaulle al poder; sin duda, imaginaban, él estaba ahí para agradecérselo, y confirmar que Argelia seguiría : siendo francesa. Cuando De Gaulle llegó a Argel, miles de personas llenaron la plaza principal de la ciudad. El ánimo era desbordantemente festivo: había pancartas, música e interminables consignas de Ajerie *frangaise,* el lema de los colonos franceses. De Gaulle apareció de pronto en un balcón que daba a la plaza. La multitud enloqueció. El general, impresionantemente alto, levantó los brazos por encima de su cabeza, y las consignas redoblaron su volumen. La muchedumbre le rogaba que la acompañara. En cambio, él bajó los brazos hasta que se hizo el silencio, y luego los abrió de par en par y recitó lentamente, con su voz grave: *Je vous ai compris,* "Los he

entendido". Hubo un momento de silencio, y luego, mientras se asimilaban sus palabras, un rugido ensordecedor: los había entendido. Eso era todo lo que necesitaban oír.

De Gaulle procedió a hablar de la grandeza de Francia. Más vítores. Prometió que habría nuevas elecciones, y que "con los representantes electos veremos cómo hacer el resto". Sí, un nuevo gobierno, justo lo que la multitud quería, más vítores. Él buscaría "el lugar de Argelia" en el "conjunto" francés. Debía haber "total disciplina, sin reservas ni condiciones"; ¿quién podía discutir eso? Cerró con un ruidoso llamado: *Vive la République! Vive la France!,* el emotivo lema que había sido el grito de batalla en la lucha contra los nazis. Todos lo corearon. Los días siguientes, De Gaulle pronunció discursos similares en toda Argelia, ante muchedumbres igualmente delirantes. No fue hasta que De Gaulle regresó a Francia que se comprendieron las palabras de sus discursos: en ningún momento prometió que Argelia seguiría siendo francesa. De hecho, insinuó que otorgaría el voto a los árabes, y que concedería una amnistía a los rebeldes argelinos que habían luchado por expulsar a los franceses del país. Por algún motivo, en medio de la emoción que sus palabras habían creado, los colonos no repararon en lo que éstas significaban realmente. De Gaulle los había engañado. Y en efecto, en los meses venideros, trabajó por conceder a Argelia su independencia, tarea que finalmente cumplió en 1962.

*Interpretación.* A De Gaulle le importaba poco aquella antigua colonia francesa, y lo que ésta simbolizaba para algunos franceses. Tampoco sentía simpatía por quien fomentara la guerra civil. Su única preocupación era hacer de Francia una potencia moderna. Así, cuando fue a Argel, tenía un plan a largo plazo: debilitar a los derechistas poniéndolos a pelear entre sí, y trabajar por la independencia de Argelia. Su meta a corto plazo debía ser reducir la tensión y ganar tiempo. No mintió a los colonos diciéndoles que apoyaba su causa; eso habría generado problemas en la patria. En cambio, los engatusó con oratoria seductora, los embriagó de palabras. Su famoso "Los he entendido" fácilmente habría podido significar: "Entiendo el peligro que representan". Pero una multitud jubilosa que esperaba su apoyo interpretó eso como ella quería. Para mantenerla en un tono febril, De Gaulle hizo emotivas referencias: a la Resistencia francesa durante la segunda guerra mundial, por ejemplo, y a la necesidad de "disciplina", palabra con enorme atractivo para los derechistas. Llenó sus oídos de promesas: un nuevo gobiernos un futuro glorioso. Los puso a corear, creando así un vínculo emocional. Habló con tono dramático y trémula emoción. Sus palabras provocaron una especie de delirio.

De Gaulle no buscaba expresar sus sentimientos ni decir la verdad: quería producir un *efecto.* Esta es la clave de la oratoria seductora. Ya sea que hables ante un solo individuo o una multitud, haz un pequeño experimento: refrena tu deseo de expresar tu opinión. Antes de abrir la boca, hazte una pregunta: "¿Qué puedo decir para que tenga el efecto más placentero en mis oyentes?". Esto implica a menudo halagar su ego, mitigar sus inseguridades, darles vagas esperanzas del futuro, comprender sus pesares ("Los he entendido"). Comienza con algo agradable y todo resultará fácil: la gente bajará sus defensas.

Se mostrará bien dispuesta, abierta a sugerencias. Concibe tus palabras como una droga embriagante que emocionará y confundirá a la gente. Haz vago y ambiguo tu lenguaje, permitiendo que tus oyentes llenen los vacíos con sus fantasías e imaginación. En vez de dejar de escucharte, irritarse, ponerse a la defensiva y desesperar de que te calles, se plegarán, felices con tus dulces palabras.

## Escritura seductora.

Una tarde de primavera de fines de la década de 1830, en una calle de Copenhague, un hombre llamado Johannes vio de reojo a una hermosa joven. Ensimismada pero deliciosamente inocente, ella le fascinó, y él la siguió, a la distancia, e indagó dónde vivía. Se llamaba Cordelia Wahl, y vivía con su tía. Ambas llevaban una existencia tranquila; a Cordelia le gustaba leer, y estar sola. Seducir a jóvenes mujeres era la especialidad de Johannes, pero Cordelia sería una adquisición muy importante: había rechazado a varios buenos partidos. Joahnnes imaginó que Cordelia anhelaba algo más de la vida, algo grandioso, semejante a los libros que leía y las ensoñaciones que presumiblemente llenaban su soledad. Organizó una presentación y empezó a frecuentar su casa, acompañado de un amigo suyo, Edward. Este muchacho tenía su propia intención de cortejar a Cordelia, pero era desaliñado, y se esmeraba demasiado en complacerla, johannes, por el contrario, prácticamente la ignoraba, y amistaba en cambio con su tía. Hablaban de las cosas más banales: la vida de granja, las noticias del momento. Johannes incurría ocasionalmente en una conversación más filosófica, porque con el rabillo del ojo había notado que esas veces Cordelia lo escuchaba con atención, aunque fingiendo oír a Edward.

Las cosas siguieron así varias semanas. Johannes y Cordelia apenas si se hablaban, pero él estaba casi seguro de que la tenía intrigada, y de que Edward le irritaba en extremo. Una mañana, sabiendo que su tía estaba fuera, él visitó la casa. Era la primera vez que Cordelia y él estaban solos. Tan seca y cortésmente como pudo, él procedió a proponerle matrimonio. Sobra decir que ella se asustó y aturulló. ¿Un hombre que no había mostrado

el menor interés en ella de pronto quería casarse? Se sorprendió tanto que refirió el asunto a su tía, quien, como Johannes esperaba, dio su aprobación. Si Cordelia se resistía, su tía respetaría sus deseos; pero Cordelia no lo hizo. Por fuera, todo había cambiado. La pareja se comprometió. Johannes llegaba solo entonces a la casa, se sentaba con Cordelia, tomaba su mano y platicaba con ella. Pero dentro, él se cercioró de que las cosas siguieran siendo las mismas. Se mantenía distante y cortés. A veces se animaba, en particular cuando hablaba de literatura (el tema preferido de Cordelia); pero llegado cierto momento, volvía siempre a asuntos más prosaicos. Sabía que esto frustraba a Cordelia, quien esperaba que él fuera diferente. Pero aun cuando salían juntos, él la llevaba a reuniones sociales formales para parejas comprometidas. ¡Qué convencional! ¿Era eso en lo que, se suponía, consistían el amor y el matrimonio, en personas prematuramente avejentadas hablando de casas y un futuro gris? Cordelia, quien no se caracterizaba precisamente por su determinación, pidió a Johannes que dejara de arrastrarla a esos eventos. El campo de batalla estaba listo. Cordelia estaba confundida y ansiosa. Semanas después de su compromiso, Johannes le envió una carta. En ella describía el estado de su alma, y su certeza de que la amaba. Hablaba con metáforas, sugiriendo que había esperado durante años, linterna en mano, la aparición de Cordelia; las metáforas se fundían con la realidad, en incesante vaivén. El estilo era poético, las palabras irradiaban deseo, pero el conjunto era divinamente ambiguo; Cordelia podía releer la carta diez veces sin estar segura de lo que decía. Al día siguiente Johannes recibió una respuesta. La redacción era simple y directa, pero llena de sentimiento: la carta de él la había hecho muy feliz, escribió Cordelia, y no se había imaginado ese lado de su carácter. Él contestó escribiendo que había cambiado. No dijo cómo o por qué, pero la implicación era que todo se debía a ella.
El dio entonces en enviarle cartas casi a diario. En su mayoría eran de la misma extensión, con un estilo poético que tenía cierto dejo de locura, como si Johannes estuviese embriagado de amor. Hablaba de mitos griegos, comparando a Cordelia con una ninfa, y a él mismo con un río prendado de una doncella. Su alma, dijo, reflejaba meramente la imagen de ella; ella era todo lo que él podía ver, o en lo que podía pensar. Entre tanto, Johannes detectaba cambios en Cordelia: las cartas de ella eran cada vez más poéticas, menos sobrias. Sin darse cuenta, ella repetía las ideas de él,
imitando su estilo e imágenes como si fueran propios. Asimismo, cuando se veían en persona, ella estaba nerviosa. El cuidaba de seguir siendo el mismo, distante y majestuoso, pero estaba casi seguro de que ella lo veía ya de otra manera, sintiendo en él profundidades que no podía comprender. En público, ella pendía de cada palabra de él. Cordelia debía haber memorizado sus cartas, porque constantemente se refería a ellas en sus conversaciones. Era una vida secreta que compartían. Cuando ella tomaba su mano, lo apretaba más que antes. Sus ojos expresaban impaciencia, como si aguardaran el momento en que él hiciera algo audaz.
Johannes abrevió sus cartas, pero las volvió también más numerosas, mandando a veces varias en un día. Las imágenes se hicieron más físicas y sugestivas, el estilo más inconexo, como si él pudiera apenas organizar sus ideas. En ocasiones enviaba una nota con sólo una *o* dos frases. Una vez, en una fiesta en casa de Cordelia, dejó caer una de esas notas en el cesto de tejido de ella, y la vio salir corriendo a leerla, ruborizada. En las cartas de ella, él veía signos de emoción y agitación. Haciéndose eco de un sentimiento que él había insinuado en una carta anterior, ella escribió que todo ese asunto del compromiso le parecía aborrecible: estaba muy por debajo de su amor. Todo estaba entonces debidamente dispuesto. Pronto ella sería suya, como él quería. Cordelia rompería el compromiso. Un encuentro en el campo sería fácil de concertar; de hecho, ella sería quien lo propusiera. Esa sería la más hábil seducción de johannes. *Interpretación.* Johannes y Cordelia son los protagonistas del *Diario de un seductor* (1843), texto vagamente autobiográfico del filósofo danés SOren Kierkegaard. Johannes es un seductor muy experimentado, que se especializa en actuar sobre la mente de su víctima. Esto es justo lo que los pretendientes anteriores de Cordelia no hicieron: empezaron imponiéndose, un error muy común. Creemos que siendo persistentes, abrumando a nuestros objetivos con atención romántica, los convenceremos de nuestro afecto. Pero lo cierto es que los convencemos de nuestra impaciencia e inseguridad. Una atención enérgica no es halagadora, porque no ha sido personalizada. Es libido desenfrenada en acción; el objetivo lo adivina. Johannes es demasiado listo para empezar de modo tan obvio. En cambio, da un paso atrás, intrigando a Cordelia al actuar con cierta frialdad, y dando cuidadosamente la impresión de ser un hombre formal, algo reservado. Sólo entonces la sorprende con su primera carta. Evidentemente, en él hay más de lo que ella pensaba; y una vez que ella termina por creerlo, su imaginación se desborda. Él puede embriagarla entonces con sus cartas, creando una presencia que la ronde como un fantasma. Las palabras de Johannes, con sus imágenes y referencias poéticas, están en la mente de Cordelia en todo momento. Y ésta es la seducción suprema: poseer su mente antes de proceder a conquistar su cuerpo.
La historia de Johannes muestra qué gran arma en el arsenal del seductor puede ser una carta. Pero es importante aprender a incorporar las cartas en la seducción. Es mejor que no emprendas tu correspondencia hasta al menos varias semanas después de tu contacto inicial con la otra persona. Deja que tus víctimas se hagan una impresión de ti: pareces enigmático, pero no muestras ningún interés particular en ellas. Cuando sientas que piensan en ti, es momento de atacarlas con tu primera carta. Cualquier deseo que expreses por ellas será una

sorpresa; su vanidad se sentirá halagada, y querrán más. Entonces, haz más frecuentes tus cartas, de hecho más frecuentes que tus apariciones personales. Esto concederá a tus víctimas tiempo y espacio para idealizarte, lo que sería más difícil si siempre estuvieras frente a ellas. Después de que hayan caído bajo tu hechizo, podrás dar marcha atrás en cualquier momento, reduciendo tus cartas: hazles creer que pierdes interés en ellas y ansiarán más. Idea tus cartas como un homenaje a tus víctimas. Haz que todo lo que escribes desemboque en ellas, como si fueran lo único en que puedes pensar: un efecto delirante. Si cuentas una anécdota, haz que se relacione con ellas de alguna manera. Tu correspondencia es una suerte de espejo que sostienes ante ellas; tus víctimas terminarán por verse reflejadas en tu deseo. Si por alguna razón no les gustas, escribe como si fuera al revés. Recuerda: el tono de tus cartas es lo que llegará al fondo de su ser. Si tu lenguaje es elevado, poético, creativo en sus elogios, contagiará a tus víctimas a pesar de ellas mismas. Nunca discutas, nunca te defiendas, nunca las acuses de ser crueles. Esto arruinaría el hechizo.
Una carta puede sugerir emoción pareciendo desordenada, que pasa de un tema a otro. Es evidente que te cuesta trabajo pensar, tu amor te ha trastornado. Las ideas desordenadas son pensamientos excitantes. No pierdas tiempo en información objetiva: concéntrate en sentimientos y sensaciones, usando expresiones rebosantes de connotaciones. Siembra ideas dejando caer indirectas, escribiendo sugestivamente sin explicarte. Jamás sermonees, nunca parezcas intelectual ni superior; esto sólo te volvería ampuloso, lo cual es fatal. Es mucho mejor hablar coloquialmente, aunque con un filo poético para elevar el lenguaje por encima del lugar común. No te pongas sentimental: cansa, y es demasiado directo. Sugiere el efecto que tu blanco ejerce en ti en vez de regodearte en cómo te sientes. Sé vago y ambiguo, y darás al lector margen para imaginar y fantasear. La meta de tu escritura no debe ser expresarte, sino producir emoción en el lector, propagar confusión y deseo.
Sabrás que tus cartas tienen el efecto apropiado cuando tus objetivos acaben por ser reflejo de tus ideas, repitiendo lo que tú escribiste, ya sea en sus cartas o en persona. Este será el momento de pasar a lo *físico y erótico.* Usa un lenguaje que estremezca por sus connotaciones sexuales, o, mejor aún, sugiere sexualidad abreviando tus cartas, y volviéndolas más frecuentes, e incluso más desordenadas que antes. No hay nada más erótico que la nota corta y abrupta. Tus ideas son inconclusas: sólo pueden ser completadas por la otra persona.
*SGANARELLE A DON JUAN: A fe mía, tengo que decir... No sé qué decir, pues dais la vuelta a las cosas de un modo que parecéis tener razón, y, sin embargo, es indudable que no la tenéis. Guardaba yo los más hermosos pensamientos del mundo, y vuestros discursos lo han embrollado todo.* —Moliere.

# Claves para la seducción.

Rara vez pensamos antes de hablar. Es propio de la naturaleza humana decir lo primero que nos viene a la cabeza, y usualmente lo primero en llegar es algo sobre nosotros mismos. Usamos las palabras para expresar antes que nada nuestros sentimientos, ideas y opiniones.
(También para quejarnos y discutir.) Esto se debe a que por lo general estamos absortos en nosotras: la persona que más nos interesa somos nosotros mismos. Hasta cierto punto, esto es inevitable, y en gran parte de nuestra vida no tiene casi nada de malo; podemos operar muy bien de esta manera. Pero en la seducción, eso limita nuestro potencial.
No podrás seducir sin la capacidad de salir de tu piel y entrar en la de la otra persona, penetrando su psicología. La clave del lenguaje seductor no son las palabras que dices, ni el tono de tu voz: es un cambio radical de perspectiva y hábitos. Tienes que dejar de decir lo primero que te viene a la mente; debes controlar el impulso de balbucear y dar rienda suelta a tus opiniones. La clave es ver las palabras como un instrumento no para comunicar ideas y sentimientos auténticos, sino para confundir, deleitar y embriagar. La diferencia entre el lenguaje normal y el lenguaje seductor es como la que existe entre el ruido y la música. El ruido es una constante en la vida moderna, algo irritante que dejamos de oír si podemos. Nuestro lenguaje normal es como el ruido: la gente puede escucharnos a medias mientras hablamos de nosotros, pero casi siempre sus pensamientos estarán a millones de kilómetros de distancia. De vez en cuando escuchará cuando digamos algo que aluda a ella, pero esto sólo durará hasta que volvamos a otra historia sobre nosotros. Ya desde la infancia aprendemos a desconectarnos de este tipo de ruido (sobre todo si *se* trata de nuestros padres). ' La música, por el contrario, es seductora, y cala en nosotros. Su fin es el placer. Una melodía *o* ritmo permanece en nosotros varios días después de que lo hemos oído, alterando nuestro ánimo y emociones, relajándonos o estremeciéndonos. Para hacer música en vez de ruido, debes decir cosas que complazcan: cosas que se relacionen con la vida de la gente, que toquen su vanidad. Si ella tiene muchos problemas, producirás el mismo efecto distrayéndola, desviando su aten-pión al decir cosas ingeniosas y entretenidas, o que hagan parecer brillante y esperanzador el

futuro. Promesas y halagos son *música* para los oídos de cualquiera. Este es un lenguaje ideado para motivar a la gente y reducir su resistencia. Un lenguaje ideado para ella, no dirigido a
ella.
El escritor italiano Gabriele D'Annunzio era poco atractivo físicamente, pero las mujeres no podían resistírsele. Aun las que conocían su fama de donjuán y lo repudiaban por eso (la actriz Eleonora Duse y la bailarina Isadora Duncan, por ejemplo) caían bajo su hechizo. El secreto era el torrente de palabras en que envolvía a una mujer. Su voz era musical, su lenguaje poético y, lo más devastador de todo, sabía halagar. Sus halagos apuntaban justamente a las debilidades de una mujer, los aspectos en que ella necesitaba confirmación. ¿Una mujer era hermosa pero insegura de su ingenio e ¡inteligencia? D'Annunzio se cercioraba de decirse embrujado no por su belleza, sino por su mente. La comparaba con una heroína de la literatura, o con una figura mitológica cuidadosamente seleccionada. Hablando con él, el ego de ella duplicaba su tamaño.
El halago es lenguaje seductor en su forma más pura. Su propósito no es expresar una verdad o un sentimiento genuino, sino únicamente producir un efecto en el receptor. Como D'Annunzio, aprende a orientar tus elogios directamente a las inseguridades de una persona. Por ejemplo, si un hombre es un excelente actor y se siente seguro de sus habilidades profesionales, halagarlo por su actuación tendrá poco efecto, e incluso podría resultar en lo contrario: él podría sentirse por encima de la necesidad de que se exalte su ego, y tus halagos semejarán decir otra cosa. Pero supongamos que este actor es también músico o pintor aficionado. Hace solo su trabajo, sin apoyo profesional ni publicidad, y bien sabe que otros se ganan la vida así. El halago de sus aspiraciones artísticas irá directo a su cabeza, y te ganará un punto doble. Aprende a percibir las partes del ego de una persona que necesitan confirmación. Convierte esto en una sorpresa, algo que nadie más ha pensado elogiar; algo que puedas describir como un talento o cualidad positiva que los demás no hayan notado. Habla con cierto temblor, como si los encantos de tus objetivos te arrollaran y emocionaran. El halago puede ser una especie de preludio verbal. Los poderes de seducción de Afrodita, de los que se decía que procedían del magnífico cinto que ella portaba, implicaban dulzura en el lenguaje, habilidad en el manejo de las palabras suaves y halagadoras que preparan el camino para las ideas eróticas. Las inseguridades y la fastidiosa desconfianza en uno mismo tienen un efecto desalentador en la libido. Haz que tus blancos-.se sientan seguros y tentadores gracias a tus halagadoras palabras, y su resistencia se derretirá.
A veces lo más agradable al oído es la promesa de algo maravilloso, un futuro vago pero optimista apenas a la vuelta de la esquina. El presidente Franklin Delano Roosevelt, en sus discursos públicos, hablaba poco de programas específicos contra la Gran Depresión; en cambio, se servía de retórica vehemente para pintar una imagen del glorioso futuro de Estados Unidos. En las diversas leyendas de Don Juan, el gran seductor dirigía de inmediato la atención de las mujeres al futuro, un mundo fantástico al que prometía llevarlas. Ajusta tus palabras dulces a los problemas y fantasías particulares de tus objetivos. Promete algo alcanzable, posible, pero no seas demasiado específico; los estás invitando a soñar. Si están estancados en la abúlica rutina, habla de aventura, preferiblemente contigo. No digas cómo se logrará eso; habla como si mágicamente ya existiera, en un momento futuro. Sube las ideas de la gente a las nubes y se relajará, bajará sus defensas, y será mucho más fácil maniobrar y descarriarla. Tus palabras serán una suerte de droga exultante.
La forma más antiseductora del lenguaje es la discusión. ¿Cuantos enemigos ocultos nos creamos discutiendo? Hay una manera superior de hacer que la gente escuche y se convenza: el humor y un toque de ligereza. El político inglés del siglo XLX, Benjamín Disraeli, era un maestro de este juego. En el parlamento, no contestar una acusación o comentario calumnioso era un grave error: el silencio significaba que el acusador tenía razón. Pero responder airadamente, entrar en una discusión, era arriesgarse a parecer amenazador y defensivo. Disraeli usaba una táctica diferente: mantenía la calma. Cuando llegaba el momento de responder a un ataque, se abría lento camino hasta el estrado, hacía una pausa y expelía una réplica humorística o sarcástica. Todos reían. Habiendo animado a los presentes, procedía a refutar a su enemigo, insertando aún divertidos comentarios; o simplemente pasaba a otro tema, como si estuviera por encima de todo eso. Su humor quitaba la ponzoña a cualquier ataque en su contra. La risa y el aplauso tienen un efecto dominó: una vez que tus oyentes ríen, es más probable que vuelvan a hacerlo. Gracias a este buen humor, también son más propensos a escuchar. Un toque sutil y un poco de ironía te dan margen para convencerlos, ponerlos de tu lado, burlarte de tus enemigos. Esta es la forma seductora de discutir.
* Poco después del asesinato de Julio César, el jefe de la banda de conspiradores que lo mató, Bruto, habló ante una turba enojada. Trató de razonar con ella, explicando que había querido salvar a la Re-pública romana de la dictadura. El pueblo se convenció de momento; sí, Bruto parecía un hombre decente. Entonces Marco Antonio subió a la tribuna, y pronunció a su vez un elogio de César. Parecía abrumado por la emoción. Habló de su amor por César, y del amor de César por el pueblo romano. Mencionó el testamento de César; la multitud gritó que quería oírlo, pero Marco Antonio dijo que no, porque si lo leía la gente sabría cuánto la había arriado César, y cuan ruin era su asesinato. La muchedumbre insistió en que leyera el testamento; en cambio, él mostró el manto ensangrentado de César, señalando sus rasgaduras y roturas. Ahí era donde

Bruto había apuñalado al gran general, dijo; Casio lo había apuñalado allí. Finalmente, leyó el testamento, que decía cuánta riqueza había dejado César al pueblo romano. Ese fue el *coup de grâce:* la multitud se volvió contra los conspiradores y procedió a lincharlos.

Marco Antonio era un hombre listo, que sabía cómo excitar a una multitud. De acuerdo con el historiador griego Plutarco, "cuando vio que su oratoria hechizaba al pueblo y éste se conmovía profundamente con sus palabras, empezó a introducir en sus elogios [del difunto] una nota de dolor e indignación por la suerte de César". El lenguaje seductor apunta a las emociones de las personas, porque los individuos emocionados son más fáciles de engañar. Marco Antonio se sirvió de varios recursos para excitar a la multitud: un temblor en su voz, un tono consternado y después colérico. Una voz emotiva tiene un inmediato efecto contagioso en el escucha. Marco Antonio también incitó a la multitud con el testamento, dejando su lectura hasta el final, a sabiendas de que llevaría a la gente al límite. Al mostrar el manto, volvió viscerales sus imágenes.

Quizá tú no tengas que conducir a una muchedumbre al frenesí; sólo debas poner a la gente de tu parte. Elige con cuidado tu estrategia y tus palabras. Tal vez creas que es preferible razonar con la gente, explicar tus ideas. Pero al público le es difícil determinar si un argumento es razonable mientras te oye. Tendría que concentrarse y escuchar con atención, lo que requiere gran esfuerzo. La gente se distrae fácilmente con otros estímulos; y si pierde una parte de tu argumento, se sentirá confundida, intelectualmente inferior y vagamente insegura. Es más persuasivo apelar al corazón de la gente que a su cabeza. Todos compartimos emociones, y nadie se siente inferior ante un orador que despierta sus sentimientos. La multitud se une, contagiada por la emoción. Marco Antonio habló de César como si sus oyentes y él experimentaran el asesinato desde el punto de vista de César. ¿ Qué podía ser más incitante? Usa esos cambios de perspectiva para que tus escuchas sientan lo que dices. Orquesta tus efectos. Es más eficaz pasar de una emoción a otra que tocar una sola nota. El contraste entre el afecto de Marco Antonio por César y su indignación contra los asesinos fue mucho más poderoso que si sólo hubiera aludido a uno de esos sentimientos. Las emociones que intentas despertar deben ser intensas. No hables de amistad y desacuerdo; habla de amor y odio. Y es crucial que trates de sentir algunas de las emociones que deseas suscitar. Serás más creíble de esa manera. Esto no debería resultarte difícil: antes de hablar, imagina las razones para amar u odiar. De ser necesario, piensa en algo de tu pasado que te llene de rabia. Las emociones son contagiosas: es más fácil hacer llorar a alguien si tú lloras. Haz de tu voz un instrumento, y edúcala para que comunique emociones. Aprende a parecer sincero. Napoleón estudiaba a los mayores actores de su tiempo, y cuando estaba solo practicaba el tono emotivo de su voz.

La meta del discurso seductor suele ser generar una especie de hipnosis: distraer a las personas, bajar sus defensas, hacerlas más vulnerables a la sugestión. Aprende las lecciones de repetición y afirmación del hipnotista, elementos clave para dormir a un sujeto. La repetición implica el uso de las mismas palabras una y otra vez, de preferencia un término de contenido emocional: "impuestos", "liberales", "fanáticos". El efecto es hipnótico: la simple repetición de ideas puede bastar para implantarlas de fijo en el inconsciente de la gente. La afirmación se reduce a hacer enérgicos enunciados positivos, como las órdenes del hipnotista. El lenguaje seductor debe poseer una suerte de intrepidez, que encubrirá múltiples deficiencias. Tu público quedará tan atrapado por tu lenguaje intrépido que no tendrá tiempo de reflexionar si es cierto o no. Nunca digas: "No creo que la otra parte come una buena decisión**; di: "Merecemos algo mejor", o "Han hecho un desastre". El lenguaje afirmativo es activo, está lleno de verbos, imperativos y frases cortas. Elimina los "Creo...", "Quizá...", "En mi opinión...". Ve directo al grano.

Estás aprendiendo a hablar un tipo diferente de lenguaje. La mayoría de la gente emplea el lenguaje simbólico: sus palabras representan algo real, los sentimientos, ideas y creencias que en verdad tiene. O representan cosas concretas del mundo real. (El origen de la palabra "simbólico" reside en el término griego que significa "unir *cosasn;* en este caso, una palabra y algo real.) Como seductor, debes usar lo opuesto: el lenguaje diabólico. Tus palabras no representan nada real; su sonido, y los sentimientos que evocan, son más importantes que lo que se supone que significan. (La palabra "diabólico" significa en última instancia separar, apartar; aquí, palabras y realidad.) Entre más logres que los demás se concentren en tu dulce lenguaje, y en las ilusiones y fantasías a que alude, más disminuirás su contacto con la realidad. Súbelas a las nubes, donde es difícil distinguir la verdad de la mentira, lo real de lo irreal. Usa palabras vagas y ambiguas, para que la gente nunca sepa lo que quieres decir. Envuélvela en un lenguaje, diabólico, y no podrá fijarse en tus maniobras, en las posibles consecuencias de tu seducción. Y entre más la pierdas en la ilusión, más fácil te será descarriarla y seducirla.

*Símbolo. Las nubes. En ellas es difícil ver la forma exacta de las cosas. Todo parece vago; la imaginación se desboca, viendo lo que no hay. Tus palabras deben subir a la gente a las nubes, donde se perderá fácilmente.*

# Reverso.

No confundas lenguaje florido con seducción; al emplear un lenguaje florido, corres el riesgo de exasperar a la gente, de parecer pretensioso. El exceso de palabras es signo de egoísmo, o de incapacidad para re-frenar tus tendencias naturales. A menudo, en el lenguaje menos es más: una frase elusiva, vaga, ambigua deja al oyente más margen para la imaginación que una oración ampulosa y autocomplaciente. Siempre piensa primero en tus blancos, en lo que agradará a sus oídos. Habrá muchas veces en que el silencio sea lo mejor. Lo que no dices puede ser sugestivo y elocuente, y te hará parecer misterios. En El *libro de la almohada,* de Sei Shdnagon, diario de la corte japonesa del siglo XI, al consejero Yoshichika le intriga una dama que ve en un carruaje, callada y hermosa. Le envía una nota, y ella responde con otra; él es el único que la lee, pero por su reacción todos suponen que ha sido de mal gusto, o que está mal escrita. Esto arruina el efecto de la belleza de la dama. Escribe Sei Shónagon: "He oído a personas sugerir que ninguna respuesta en absoluto es mejor que una mala". Si no eres elocuente, si no puedes dominar el lenguaje seductor, aprende al menos a contener tu lengua: usa el silencio para cultivar una presencia enigmática.
Por último, la seducción tiene compás y ritmo. En la fase uno, sé cauto e indirecto. Con frecuencia es mejor esconder tus intenciones, tranquilizar a tu objetivo con palabras deliberadamente neutras. Tu conversación debe ,ser inofensiva, aun algo sosa. En la segunda fase, pasa al ataque; éste es el momento del lenguaje seductor. Envolver entonces a tu blanco en palabras y cartas seductoras será una grata sorpresa. Le concederás la sensación, enormemente placentera, de que es él quien de repente inspira en ti esa poesía, esas palabras embriagadoras. 11.- Presta atención a los detalles.
*Las nobles palabras de amor y los gestos imponentes pueden ser sospechosos: ¿por qué te empeñas tanto en complacer? Los detalles de una seducción —los gestos sutiles, lo que haces sin pensar— suelen ser más fascinantes y reveladores. Aprende a distraer a tus victimas con miles de pequeños y ¡gratos rituales: amables regalos justo para ellas, ropa y accesorios destinados a complacerlas, actos que den realce al tiempo y atención que les dedicas. Todos sus sentidos participan en los detalles que orquestas. Crea espectáculos que las deslumbren; hipnotizadas por lo que ven, no advertirán lo que en verdad te propones. Aprende a sugerir con detalles los sentimientos y el ánimo apropiados*

El efecto hipnótico.

En diciembre de 1898, las esposas de los siete principales embajadores occidentales en China recibieron una extraña invitación: la emperatriz viuda Tzu Hsi, de sesenta y tres años de edad, ofrecería un banquete en su honor en la Ciudad Prohibida de Pekín. Los embajadores estaban muy a disgusto con la emperatriz viuda, por varias razones. Era manchú, [ raza del norte que había conquistado China a principios del siglo XVII, [estableciendo la dinastía Ching y gobernando el país durante cerca de trescientos años. Para la década de 1890, las potencias occidentales " habían empezado a dividirse partes de China, país al que consideraban 1 atrasado. Querían que China se modernizara, pero los manchúes eran conservadores, y se oponían a toda reforma. A principios de 1898, el emperador chino, Kuang Hsu, sobrino de la emperatriz viuda, de veintisiete años, había emprendido una serie de reformas, con la aprobación de Occidente. Cien días después de iniciado este periodo, de la Ciudad Prohibida llegó a los diplomáticos occidentales el rumor de que el emperador estaba muy enfermo, y de que la emperatriz viuda había tomado el poder. Sospecharon juego sucio; era probable que la emperatriz hubiera actuado para detener las reformas. Se maltrataba al emperador, quizá incluso se le envenenaba; tal vez ya estaba muerto. Cuando las
esposas de los siete embajadores se preparaban para su ^inusual visita, sus esposos les advirtieron no confiar en la emperatriz viuda. Mujer astuta de vena cruel, había salido de la oscuridad para convertirse en concubina del anterior emperador, y al paso del tiempo había logrado acumular enorme poder. En mucho mayor medida que el emperador, ella era la persona más temida en China.
El día previsto, las mujeres fueron trasladadas a la Ciudad Prohibida en una procesión de palanquines cargados por eunucos de la corte enfundados en deslumbrantes uniformes. Ellas mismas, para no quedarse atrás, lucían la moda occidental más reciente: corsés ajustados, largos vestidos de terciopelo con mangas tipo jamón, crinolinas, sombreros altos con plumas. Los residentes de la Ciudad Prohibida miraban asombrados sus prendas, en particular el modo en que sus vestidos dejaban ver su busto prominente. Las esposas estaban seguras de haber impresionado a sus anfitriones. En la Sala de Audiencias las recibieron príncipes y princesas, así como la baja realeza. Las chinas vestían magníficos atuendos manchúes con el tradicional tocado alto y negro con

incrustaciones de joyas; seguían un orden jerárquico, el cual se reflejaba en la tonalidad de sus vestidos, pasmoso arco iris de colores. A las esposas se les sirvió té en las tazas de porcelana más delicadas, y luego se les condujo a la presencia de la emperatriz viuda. La vista les quitó el aliento. La emperatriz estaba sentada en el Trono del Dragón, tachonado de joyas. Portaba ropajes con decoraciones de brocado, un tocado majestuoso cubierto de diamantes, perlas y jades, y un enorme collar de perlas perfectamente combinadas. Era menuda; pero en el trono, con ese atavío, parecía un gigante. Sonreía a las damas con visible cordialidad y sinceridad. Para alivio de estas últimas, sentado bajo ella en un trono menor estaba su sobrino el emperador. Lucía pálido, pero las recibió con entusiasmo, y parecía de buen ánimo. Quizá era cierto que simplemente estaba enfermo.

La emperatriz estrechó la mano de cada una de las mujeres. Mientras lo hacía, un eunuco de su séquito le entregaba un enorme anillo de oro que llevaba engastada una perla inmensa, el cual ella deslizaba en la mano de cada mujer. Tras esta introducción, las esposas fueron llevadas a otra sala, en la que tomaron té de nuevo, y después se les condujo a un salón de banquetes, donde la emperatriz se sentó en una silla de satén amarillo, siendo el amarillo el color imperial. Les habló un rato; tenía una voz hermosa. (Se decía que con ella podía atraer literalmente a las aves desde los árboles.) Al término de la conversación, tendió de nueva cuenta la mano a cada mujer, y con gran emoción les dijo: "Una familia, una gran familia". Las mujeres vieron luego una función en el teatro imperial. Finalmente, la emperatriz las recibió por última vez. Se disculpó por la función que acababan de ver, sin duda inferior a las que acostumbraban en Occidente. Hubo una ronda más de té, y en esta ocasión, como informó la esposa del embajador estadunidense, la emperatriz "se acercó, se llevó a los labios cada taza y le dio un sorbo, para ofrecerla después al otro extremo, a nuestros labios, volviendo a decir: 'Una familia, una gran familia'.". Las mujeres recibieron más regalos, y posteriormente se les condujo otra vez a sus palanquines y fuera de la Ciudad Prohibida. Las mujeres transmitieron a sus esposos su firme convicción de que se habían equivocado por completo respecto a la emperatriz. La esposa del embajador estadunidense informó: "Ella estaba radiante y feliz, y su rostro refulgía de buena voluntad. No había huella alguna de crueldad por descubrir. [... ] Sus acciones rebosaban generosidad y calidez. [... ] [Salimos] llenas de admiración por su majestad y esperanza para China". Los esposos reportaron a su vez a sus gobiernos: el emperador estaba bien, y la emperatriz era digna de confianza.

*Interpretación.* El contingente extranjero en China no tenía idea de lo que realmente pasaba en la Ciudad Prohibida. Lo cierto era que el emperador había conspirado para arrestar, y quizá asesinar, a su tía. Al descubrir el *complot,* un crimen terrible en términos confucianos, ella lo obligó a firmar su propia abdicación, lo hizo encerrar y dijo al mundo exterior que estaba enfermo. Como parte de su castigo, tenía que aparecer en las ceremonias oficiales y actuar como si nada hubiera ocurrido. La emperatriz viuda detestaba a los occidentales, a quienes consideraba bárbaros. Le disgustaban las esposas de los embajadores, con su fea moda y absurdas maneras. El banquete fue una ostentación, una seducción, para apaciguar a las potencias occidentales, que amenazaban con invadir si el emperador había sido asesinado. La meta de esta seducción fue simple: deslumbrar a las esposas con colores, espectáculo, teatro. La emperatriz aplicó toda su experiencia en esta tarea, y tenía don para los detalles. Planeó los espectáculos en orden ascendente: los eunucos uniformados primero, luego las damas manchúes con sus tocados, y al final ella misma. Era teatro puro, y fue avasallador. Más tarde la emperatriz bajó el tono del espectáculo, humanizándolo con regalos, saludos cordiales, la tranquilizadora presencia del emperador, tés y entretenimientos, en absoluto inferiores a los de Occidente. Concluyó el banquete con otra nota alta: el pequeño drama de compartir las tazas, seguido por regalos aún más *fastuosos.* A las mujeres les daba vueltas la cabeza al marcharse. En verdad, nunca habían visto tan exótico esplendor, y jamás supieron cuan cuidadosamente había orquestado la emperatriz todos los detalles. Encantadas por el espectáculo, transfirieron su satisfacción a la emperatriz y le dieron su aprobación, justo lo que ella necesitaba.

La clave para distraer a la gente (seducción es distracción) es llenar sus ojos y oídos de detalles, pequeños rituales, objetos coloridos. El detalle *es lo* que hace que las cosas parezcan reales y sustanciales. Un regalo ponderado no parecerá tener un motivo oculto. Un ritual repleto de minúsculas y encantadoras acciones es un espectáculo sumamente disfrutable. La joyería, los accesorios bellos, los toques de color en la ropa deslumbran al ojo. Es una debilidad infantil nuestra: preferimos fijarnos en los detallitos agradables que en el panorama general. Cuanto mayor sea el número de los sentidos a los que apeles, más hipnótico será el efecto. Los objetos que usas para seducir (regalos, prendas, etcétera) hablan un lenguaje propio, y eficiente. Jamás ignores un detalle ni lo dejes al azar. Orquéstalos en un espectáculo y nadie notará lo manipulador que eres.

El efecto sensual.

Un día, un mensajero dijo al príncipe Genjí —el maduro pero aún consumado seductor de la corte Heian del Japón de fines del siglo X— que una de sus conquistas de juventud había muerto repentinamente, dejando huérfana a una joven llamada Tamakazura. Genji no era el padre de Tamakazura, pero decidió llevarla a la corte y ser su protector de todos modos. Poco después de su llegada, hombres del más alto rango empezaron a cortejarla. Genji había dicho que era hija suya, perdida; en consecuencia, ellos supusieron que era hermosa, porque él era el hombre más guapo de la corte. (En ese entonces era raro que los hombres vieran el rostro de una joven antes del matrimonio; en teoría, se les permitía hablar con ella sólo al otro lado de un biombo.) Genji la colmó de atenciones, y la ayudaba a revisar todas las cartas de amor que recibía, aconsejándola sobre la pareja adecuada.

Como protector de Tamakazura, Genji podía ver su rostro, y en verdad era hermoso. Se enamoró de ella. Qué lástima, pensó, era tener que dar esa adorable criatura a otro hombre. Una noche, abrumado por sus encantos, la tomó de la mano y le dijo cuánto se parecía a su madre, a la que él alguna vez había amado. Ella tembló, pero no de emoción, sino de miedo, pues aunque él no era su padre, se suponía que era su protector, no un pretendiente. Su séquito se había marchado y era una bella noche. Genji se quitó silenciosamente su perfumado manto y tendió a Tamakazura a su lado. Ella empezó a llorar, y a resistirse. Siempre caballero, Genji le dijo que respetaría sus deseos y la cuidaría sin falta, y que no tenía nada que temer. Luego se excusó cortésmente.

Días después, Genji ayudaba a Tamakazura con su correspondencia cuando leyó una carta de amor de su hermano menor, el príncipe Hotaru, quien se contaba entre sus pretendientes. En la carta, Hotaru la reprendía por no permitirle acercarse lo suficiente para conversar y expresarle sus sentimientos. Tamakazura no había respondido; ajena a los usos de la corte, se había sentido cohibida e intimidada. Como para ayudarla, Genji hizo que una de sus siervas escribiera a Hotaru en nombre de Tamakazura. En la carta, escrita en hermoso papel perfumado, se invitaba cordialmente al príncipe a visitarla.

Hotaru apareció a la hora prevista. Percibió un cautivante incienso, seductor y misterioso. (Combinado con esta fragancia estaba el propio perfume de Genji.) El príncipe sintió una oleada de excitación. Tras acercarse al biombo detrás del cual estaba sentada Tamakazura, le confesó su amor. Sin hacer ruido, ella se retiró a otro biombo, más lejos. De repente hubo un destello, como si una antorcha flameara, y Hotaru vio su perfil tras el biombo: era más hermosa de lo que había imaginado. Dos cosas deleitaron al príncipe: el súbito, enigmático destello, y el breve atisbo de su amada. Se enamoró de verdad entonces.

Hotaru empezó a cortejar a Tamakazura con asiduidad. Entre tanto, cierta de que Genji ya no la perseguía, ella veía a su protector más a menudo. Así, no pudo evitar reparar en pequeños detalles: los mantos de Genji parecían relucir, con gratos y radiantes colores, como teñidos por manos ultraterrenas. Los de Hotaru parecían apagados en comparación. Y los perfumes impregnados en las prendas de Genji, ¡qué embriagadores eran! Nadie más despedía esos aromas. Las cartas de Hotaru eran corteses y estaban bien escritas, pero en las que Genji le enviaba, plasmadas en magnífico papel, perfumado y entintado, se citaban versos, siempre sorprendentes, aunque siempre apropiados para la ocasión. Genji también cultivaba y cortaba flores — claveles silvestres, por ejemplo—, que ofrecía como regalo y que parecían simbolizar su excepcional encanto.

Una noche Genji propuso a Tamakazura enseñarle a tocar el koto. Ella se mostró encantada. Le fascinaba leer novelas románticas, y cada vez que Genji tocaba el koto, se sentía transportada a uno de sus libros. Nadie tocaba ese instrumento mejor que Genji; se sintió honrada de aprender de él. El la veía seguido entonces, y el método de sus lecciones era simple: ella elegía una canción para que él la tocara, y luego intentaba imitarlo. Después de tocar, se tendían lado a lado, apoyadas las cabezas en el koto, para contemplar la luna. Genji hacía distribuir antorchas en el jardín, para dar a la vista un resplandor tenue. Entre mejor conocía a la corte —al príncipe Hotaru, los demás pretendientes, al emperador mismo—, más se percataba Tamakazura de que nadie podía compararse con Genji. Se suponía que él era su protector, sí, cierto, pero ¿acaso era pecado enamorarse de él? Confundidla, se descubrió cediendo a los besos y caricias con que él comenzó a sorprenderla, ahora que era demasiado débil para resistirse.

Interpretación. Genji es el protagonista de *La historia de Genji,* novela del siglo XI escrita por Murasaki Shikibu, mujer de la corte Heian. Es muy probable que este personaje esté inspirado en el seductor real fijiwara no Korechika. Para seducir a Tamakazura, la estrategia de Genji fue simple: hizo que ella reparara indirectamente en lo encantador e irresistible que él era rodeándola de mudos detalles. También la puso en contacto con su hermano; la comparación con esa figura tiesa y gris dejó en claro la superioridad de Genji. La noche en que Hotaru la *visitó* por primera vez, GenjiTo dispuso todo, como para contribuir a que Hotaru la sedujera: el perfume misterioso, el destello a través del biombo. (Esta luz procedió de un, efecto novedoso: antes de que anocheciera, Genji juntó cientos de luciérnagas en un costal. En el momento indicado, las soltó.) Pero cuando Tamakazura vio que Genji alentaba a Hotaru a ir en pos de ella, sus defensas contra su protector se relajaron, permitiendo así que ese maestro de los efectos seductores saturara sus sentidos. Genji orquestó cada posible detalle: el papel perfumado, los mantos coloridos, las luces en el jardín, los claveles silvestres, la acertada poesía, las lecciones de

koto que indujeron una irresistible sensación de armonía. Tamakazura se vio arrastrada entonces a un torbellino sensual. Eludiendo la timidez y desconfianza que las palabras o actos sólo habrían acentuado, Genji rodeó a su pupila de objetos, vistas, sonidos y perfumes que simbolizaban el placer de su compañía mucho mejor que su auténtica presencia física; de hecho, su presencia sólo habría podido ser amenazante. Sabía que los sentidos de una joven son su punto más vulnerable.

La clave de la magistral orquestación de detalles por Genji rué su atención al blanco de su seducción. Como Genji, sintoniza tus sentidos con los de tus objetivos, observándolos atentamente, adaptándote a su ánimo. Percibirás cuando estén a la defensiva y en retirada. También, cuando cedan y avancen. Entre ambos extremos, los detalles que ofrezcas —regalos, entretenimientos, la ropa que usas, las flores que eliges — apuntarán precisamente a sus gustos y predilecciones. Genji sabía que trataba con una joven adoradora de las novelas románticas; sus flores silvestres, ejecución del koto y poesía daban vida a ese mundo para ella. Atiende cada movimiento y deseo de tus blancos, y revela tu atención en los detalles y objetos con que los rodeas, ocupando sus sentidos con el ánimo que deseas inspirar. Ellos podrán refutar tus palabras, pero no el efecto que ejerces en sus sentidos.

*A mi modo de ver, entonces, cuando el cortesano quiere declarar su amor debe hacerlo con actos antes que con palabras, porque a veces los sentimientos de un hombre se revelan más claramente [...] con una muestra de respeto o cierta timidez que con volúmenes de palabras.* —Baltasar De Castiglione.

## Claves para la seducción.

De niños, nuestros sentidos eran mucho más activos. Los colores de un nuevo juguete, o un espectáculo como un circo, nos subyugaban; un olor o un sonido podía fascinarnos. En los juegos que inventábamos, muchos de los cuales reproducían algo del mundo adulto a menor escala, ¡qué placer nos daba orquestar cada detalle! Nos fijábamos en todo.

Cuando crecemos, nuestros sentidos se embotan. Ya no nos fijamos tanto, porque invariablemente estamos de prisa, haciendo cosas, pasando a la siguiente tarea. En la seducción, siempre tratas que tu objetivo regrese a los dorados momentos de la infancia. Un niño es menos racional, más fácil de engañar. También está más en sintonía con los placeres de los sentidos. Así, cuando tus objetivos están contigo, nunca debes darles la sensación que normalmente reciben en el mundo real, donde todos estamos apresurados, tensos, fuera de nosotros mismos. Retarda deliberadamente las cosas, y haz retornar a-tus blancos a los sencillos momentos de su niñez. Los detalles que orquestas —colores, regalos, pequeñas ceremonias— apuntan a sus sentidos, y al deleite infantil que nos deparan los inmediatos encantos del mundo natural. Llenos de delicias sus sentidos, ellos serán menos capaces de juicio y racionalidad. Presta atención a los detalles y te descubrirás asumiendo un ritmo más lento; tus objetivos no se fijarán en lo que podrías perseguir (favores sexuales, poder, etcétera), porque pareces muy considerado, muy atento. En el reino infantil de los sentidos en que los envuelves, ellos obtienen una clara sensación de que los sumerges en algo distinto a la realidad, un ingrediente esencial de la seducción. Recuerda: cuanto más consigas que la gente se concentre en las cosas pequeñas, menos notará tu dirección final. La seducción adoptará el paso lento e hipnótico de un ritual, en el que los detalles tienen acentuada importancia y cada momento rebosa solemnidad.

En la China del siglo VIII, el emperador Ming Huang vislumbró a una hermosa joven peinándose junto a un estanque imperial. Se llamaba Yang Kuei-fei; y aunque era la concubina de su hijo, él tenía que hacerla suya. Como era el emperador, nadie podía detenerlo. Ming era un hombre práctico: tenía muchas concubinas, y todas ellas poseían sus encantos propios, pero nunca había perdido la cabeza por una mujer. Yang Kuei-fei era diferente. Su cuerpo exudaba la fragancia más exquisita. Usaba vestidos hechos con la más fina gasa de seda, bordado cada cual con flores diferentes, dependiendo de la estación. Al caminar parecía que flotara, invisibles sus pasos diminutos bajo su vestido. Bailaba a la perfección, escribía canciones en honor al emperador, que entonaba magníficamente; tenía una forma de mirarlo que le hacía hervir la sangre de deseo. Ella se convirtió rápidamente en su favorita. Yang Kuei-fei distraía al emperador. El le construyó palacios, pasaba todo el tiempo con ella, satisfacía cada uno de sus caprichos. En poco tiempo, su reino quebró y se arruinó. Yang Kuei-fei era una hábil seductora con un efecto devastador en todos los hombres que se cruzaban en su camino. Eran tantas las maneras en que su presencia encantaba: los aromas, la voz, los movimientos, la conversación ingeniosa, las arteras miradas, los vestidos bordados. Estos placenteros detalles hicieron de un rey poderoso un bebé distraído. Desde tiempos inmemoriales, las mujeres han sabido que dentro del hombre aparentemente más sereno hay un animal que ellas pueden dirigir si llenan sus sentidos con los atractivos físicos apropiados. La clave es atacar tantos frentes como sea posible. No ignores tu voz, tus gestos, tu andar, tu ropa, tus miradas. Algunas de las mujeres más tentadoras de la historia distrajeron tanto a sus víctimas con detalles sensuales que los hombres no

se percataron de que todo era ilusión. De la década de 1940 a principios de la de 1960, Pamela Churchill Harriman sostuvo una serie de romances con algunos de los hombres más prominentes y acaudalados del mundo: Averell Harriman (con quien se casaría años después), Gianni Agnelli (heredero de la fortuna Fiat), el barón Elie de Rothschild. Lo que atraía a esos hombres, y los mantenía subyugados, no era la belleza, linaje o vivaz personalidad de Pamela, sino su extraordinaria atención a los detalles. Todo empezaba con su mirada atenta cuando escuchaba cada palabra de ellos, para embeberse de sus gustos. Una vez que se abría paso hasta su casa, la llenaba con las flores favoritas de esos hombres, hacía que el chef cocinara platillos que ellos sólo habían probado en los mejo-res restaurantes, ¿Habían mencionado a un artista de su gusto? Días después, ese artista asistía a una de sus fiestas. Ella les hallaba las antigüedades perfectas, se vestía como más les agradaba y excitaba, y lo hacía sin que ellos dijesen palabra alguna: ella espiaba, reunía información de terceros, los oía hablar con otros. La atención de Pamela a los detalles tuvo un efecto embriagador en todos los hombres presentes en su vida. Esto tenía algo en común con los mimos de una madre, para dar orden y comodidad a la vida de ellos, satisfaciendo sus necesidades. La vida es cruel y competitiva. Atender los detalles de un modo relajante para otra persona la hace dependiente de ti. La clave es sondear sus necesidades en forma no demasiado obvia; para que cuando hagas precisamente el gesto correcto, eso parezca misterioso, como si hubieras leído su mente. Esta es otra manera de devolver a tus objetivos a su infancia, cuando todas sus necesidades estaban satisfechas.

A ojos de mujeres del mundo entero, Rodolfo Valentino reinó como el Gran Amante durante buena parte de la década de 1920. Las cualidades detrás de su atractivo ciertamente incluían su gallardo y casi hermoso rostro, sus habilidades dancísticas, la curiosamente excitante vena de crueldad en su actitud. Pero quizá su rasgo más atrayente era su método pausado para cortejar. En sus películas aparecía seduciendo lentamente a una mujer, con esmerados detalles: enviar flores (eligiendo la variedad para que coincidiera con el estado anímico que él quería inducir), tomarla de la mano, encenderle un cigarro, conducirla a lugares románticos, llevarla en la pista de baile. Eran películas mudas, y el público jamás lo oyó hablar; todo estaba en sus gestos. Los hombres acabaron por detestarlo, porque sus esposas y novias ya esperaban de ellos el lento, cuidadoso trato de Valentino.

Valentino poseía una vena femenina: se decía que cortejaba a una mujer como lo haría otra. Pero la feminidad no necesariamente figura en este método de seducción. A principios de la década de 1770, el príncipe Grigori Potemkin empezó un romance con la emperatriz Catalina la Grande de Rusia, que duraría muchos años. Potemkin era un hombre varonil, aunque nada apuesto. Pero logró conquistar el corazón de la emperatriz, con las pequeñas cosas que hacía, y que siguió haciendo mucho después de comenzado el romance. La consentía con espléndidos regalos, nunca se cansaba de escribirle largas cartas, disponía todo tipo de entretenimientos para ella, componía canciones a su belleza. Sin embargo, ante ella aparecía descalzo, despeinado, con la ropa arrugada. No había nada de meticuloso en su atención, que, sin embargo, dejaba ver que él llegaría al fin del mundo por Catalina. Los sentidos de una mujer son más refinados que los de un hombre; a una mujer, el explícito atractivo sensual de Yang Kuei-fei le parecería demasiado apresurado y directo. Sin embargo, esto significa que lo único que el hombre tiene que hacer es tomarse las cosas con calma, convirtiendo la seducción en un ritual lleno de toda clase de las pequeñas *cosas* que debe hacer por su víctima. Si se toma su tiempo, la tendrá comiendo de su mano. Todo en la seducción es una señal, y nada lo es más que la ropa. No que tengas que vestirte en forma rara, elegante o provocativa, sino que has de vestirte para tu objetivo: debes apelar a sus gustos. Mientras Cleopatra seducía a Marco Antonio, su atuendo no era declaradamente sexual; se ataviaba como una diosa griega, conociendo la debilidad de él por esas figuras de la fantasía. Madame de Pompadour, la amante del rey Luis XV, conocía la debilidad de éste, su aburrimiento crónico; constantemente cambiaba su ropa, no sólo de color, sino también de estilo, brindando al rey un incesante festín visual. Pamela Harriman era mesurada en la moda, conforme a su papel de geisha de alta sociedad y en reflejo de los sobrios gustos de los hombres que seducía. El contraste opera bien en este caso; en el trabajo o en casa, podrías vestir de modo informal — Marilyn Monroe, por ejemplo, se ponía jeans y camisetas en casa—; pero cuando estés con tu blanco, usa algo elaborado, como si te disfrazaras. Tu transformación al estilo de Cenicienta provocará excitación, y la sensación de que has hecho algo justamente por la persona con quien estás. Cada vez que tu atención se individualiza (no te vestirías así para nadie más), es infinitamente más seductora.

En la década de 1870, la reina Victoria se vio cortejada por Benjamín Disraeli, su primer ministro. Las palabras de Disraeli eran halagadoras, y su actitud insinuante; asimismo, mandaba a la reina flores, tarjetas de San Valentín, regalos; pero no cualquier flor y cualquier regalo, del tipo que la mayoría de los hombres enviarían. Las flores eran prímulas, símbolo de su simple pero hermosa amistad. En lo sucesivo, cada vez que Victoria veía prímulas, pensaba en Disraeli. O bien, él le escribía en una tarjeta de San Valentín: "No ya en el atardecer, sino en el ocaso de mi existencia, he tropezado con una vida de ansiedad y esfuerzo; pero también esto tiene su romanticismo, ¡cuando recuerdo que trabajo para el más gentil de los seres!". O podía enviarle una cajita sin ninguna inscripción, pero con un corazón traspasado por una flecha a un lado y la palabra *FideUter, o* "Fidelidad", en el otro. Victoria se enamoró de él. Un regalo posee inmenso poder seductor, pero el objeto mismo es menos importante que el

gesto, y el sutil pensamiento o emoción que comunica. Quizá fa elección se relacione con algo del pasado del objetivo, o simbolice algo entre ustedes, o represente meramente lo que estás dispuesto a hacer por complacer. No era el dinero que Disraeli gastaba lo que impresionaba a Victoria, sino el tiempo que dedicaba a buscar la cosa apropiada o a hacer el *gesto* conveniente. Los regalos caros no conllevan sentimiento alguno; pueden emocionar temporalmente a su receptor, pero pronto se olvidan, como un niño olvida un juguete nuevo. Un objeto que refleja la atención de quien lo da, tiene
un poder sentimental duradero, que resurge cada vez que su dueño lo ve. En 1919, el escritor y héroe de guerra italiano Gabriele D'Annunzio logró reunir una banda de partidarios y tomar la ciudad de Fiume, en la costa adriática (hoy parte de Eslovenia). Ahí establecieron su pro-pió gobierno, que duró más de un año. D'Annunzio inició entonces una serie de espectáculos públicos que ejercerían gran influencia en políticos de otras partes. Se dirigía al público desde un balcón que daba a la plaza principal de la ciudad, llena de coloridos estandartes, banderas, símbolos religiosos paganos y, de noche, antorchas. Los discursos eran seguidos por procesiones. Aunque D'Annunzio no era en absoluto fascista, lo que hizo en Fiume tendría un efecto crucial en Benito Mussolini, quien adoptó sus saludos romanos, uso de símbolos y modo de discursos públicos. Espectáculos como *éstos* han sido usados desde entonces por gobiernos de todas partes, aun democráticos. Su impresión general puede ser grandiosa, pero son los detalles orquestados los que los hacen funcionar: el número de sentidos a los que apelan, la variedad de emociones que suscitan. Quieres distraer a la gente, y nada distrae más que la abundancia de detalles: fuegos artificiales, banderas, música, uniformes, desfiles militares, la sensación de la multitud apiñada. Así se hace difícil pensar claramente, en particular sí los símbolos y detalles agitan emociones patrióticas.
Por último, las palabras son importantes en la seducción, y tienen enorme poder para confundir, distraer y halagar la vanidad del objetivo. Pero a la larga lo más seductor es lo que no dices, lo que comunicas en forma indirecta. Las palabras se presentan fácilmente, y la gente desconfía de ellas. Cualquiera puede decir las frases indicadas; y una vez dichas, nada obliga a cumplirlas, e incluso es posible olvidarlas del todo. El gesto, el regalo ponderado, los pequeños detalles parecen mucho más reales y sustanciales. También son mucho más encantadores que las nobles palabras de amor, precisamente porque hablan por sí solos y dejan que el seducido vea en ellos más de lo que contienen. Nunca le digas a alguien lo que sientes; que lo adivine en tus miradas y gestos. Este es el lenguaje más persuasivo.
Símbolo. El banquete. Se ha preparado un festín en tu honor. Todo ha sido minuciosamente coordinado: flores, adornos, selección de invitados, bailarines, música, comida de cinco platillos, vino inagotable. El banquete te suelta la lengua, y te libera de tus inhibiciones.

## Reverso.

No lo hay. Los detalles son esenciales para cualquier seducción exitosa, y no pueden ignorarse.
12.- Poetiza tu presencia.
Cuando tus objetivos están solos, suceden cosas importantes: la menor sensación de alivio de que no estés ahí, y todo habrá terminado. Familiaridad y sobreexposición son la causa de esa respuesta. Sé esquivo, entonces, para que cuando estés lejos, ansíen verte de nuevo, y sólo te asociarán con ideas gratas. Ocupa la mente de tus blancos alternando una presencia incitante con una fría distancia, momentos eufóricos con ausencias calculadas. Asóciate con imágenes y cosas poéticas, para que cuando ellos piensen en ti, empiecen a verte a través de un halo idealizado. Cuanto más figures en su mente, más te envolverán en seductoras fantasías. Nutre estas fantasías con sutiles inconsecuencias y cambios en tu conducta.

## Presencia y ausencia poética.

En 1943, el ejército argentino derrocó al gobierno. Un popular coronel de cuarenta y ocho años de edad, Juan Perón, fue nombrado secretario del Trabajo y Asuntos Sociales. Perón era un viudo con afición por las jóvenes; al momento de su nombramiento, sostenía una relación con una adolescente, a la que presentaba a todos como su hija.
Una noche de enero de 1944, Perón estaba sentado entre los demás líderes militares en un estadio de Buenos Aires, asistiendo a un festival artístico. Ya era tarde y había algunos asientos vacíos a su alrededor; de buenas a

primeras, dos jóvenes y hermosas actrices le pidieron permiso para sentarse. ¿Era broma? Estaría encantado. Reconoció a

una de las actrices: era Eva Duarte, estrella de las radionovelas cuya fotografía solía aparecer en la portada de los tabloides. La otra actriz era más joven y bonita, pero Perón no podía quitarle los ojos de encima a Eva, quien hablaba con otro coronel. En realidad ella no era su tipo en absoluto. Tenía veinticuatro años, demasiado grande para su gusto; iba vestida en forma un tanto vulgar, y había algo glacial en su actitud. Pero ella lo volteaba a ver a veces, y su mirada lo emocionó. Desvió la vista un momento, y cuando vino a saber ella ya se había cambiado de asiento y estaba a su lado. Empezaron a platicar. Ella estaba pendiente de cada una de sus palabras. Sí, todo lo que él decía coincidía exactamente con lo que ella pensaba: los pobres, los trabajadores, ellos eran el futuro de Argentina. Eva había conocido la pobreza. Casi había lágrimas en sus ojos cuando dijo, al final de la conversación: "Gracias por existir". Los días siguientes, Eva se las arregló para deshacerse de la "hija" de Perón y establecerse en su departamento. Dondequiera que él mirara, ella estaba ahí, haciéndole de comer, cuidándolo cuando se enfermaba, asesorándolo en política. ¿Por qué la dejaba quedarse? Usual-mente él tenía una aventura con una joven superficial, y luego se libraba de ella cuando parecía que ya había permanecido demasiado. Pero en Eva no había nada superficial. Al paso del tiempo, él se dio cuenta de que se volvía adicto a la sensación que ella le transmitía. Eva era absolutamente leal, y reflejaba cada una de sus ideas, ensalzándolo sin cesar. El se sentía más masculino en su presencia, eso era, y más poderoso; ella creía que él era el líder ideal del país, y esa certeza lo afectó. Eva era como las mujeres de los tangos que tanto le gustaban a él: las sufridas mujeres de las calles que se convertían en sagradas figuras maternas y cuidaban de sus hombres. Perón la veía todos los días, pero nunca sintió conocerla por completo; un día sus comentarios eran algo obscenos, y al siguiente ella era la dama perfecta. Le preocupaba una cosa: ella quería casarse, y él jamás podría hacerla su esposa —era una actriz con un pasado turbio. Los demás coroneles ya estaban escandalizados por su relación con ella. No obstante, la aventura continuó.

En 1945, Perón fue destituido y encarcelado. Los coroneles temían su creciente popularidad y desconfiaban del poder de su amante, quien parecía ejercer total influencia en él. Fue la primera vez en casi dos años que él estuvo solo de verdad, y efectivamente separado de Eva. De pronto sintió que nuevas emociones lo invadían: llenó la pared con fotografías de ella. Afuera se organizaban importantes huelgas para protestar por su encarcelamiento, pero él sólo podía pensar en Eva. Era una santa, una mujer predestinada, una heroína. El le escribió: "Sólo estando lejos de los seres queridos podemos medir nuestro afecto. Desde el día que te dejé [...] no he podido calmar mi triste corazón. [...] Mi inmensa soledad está llena de tu recuerdo". Esta vez prometió casarse con ella. Las huelgas crecieron en intensidad. Ocho días después, Perón fue liberado; pronto se casó con Eva. Meses más tarde se le eligió presidente. Como primera dama, Eva asistía a las ceremonias oficiales con sus un tanto burdos vestidos y joyas; se le consideraba una exactriz de copioso guardarropa. Luego, en 1947, hizo una gira por Europa, y los argentinos siguieron cada uno de sus movimientos —las extasiadas multitudes que la recibieron en España, su audiencia con el papa—; en su ausencia, su opinión sobre ella cambió. ¡Qué bien representaba el espíritu argentino, su noble sencillez, su dramático estilo! Cuando regresó semanas después, la colmaron de atenciones. También Eva había cambiado durante su viaje a Europa: recogió su teñido pelo rubio en un chongo severo, y vestía trajes sastre. Era una apariencia seria, adecuada para una mujer que sería la salvadora de los pobres. Pronto era posible ver su imagen en todos lados: sus iniciales en las paredes, las sábanas, las toallas de los hospitales para los pobres; su perfil en las camisetas de los jugadores de un equipo de fútbol de la parte más pobre de Argentina, cuyo club ella patrocinaba; su gigantesco rostro sonriente que cubría los costados de los edificios. Puesto que indagar algo personal sobre ella se había vuelto imposible, empezaron a surgir toda suerte de elaboradas fantasías en torno suyo. Y cuando el cáncer segó su vida, en 1952, a los treinta y tres años (la edad de Cristo al morir), el país se vistió de luto. Millones desfilaron ante su cadáver embalsamado. Ya no era una actriz de radio, una esposa, una primera dama, sino Evita, una santa.

*Interpretación.* Eva Duarte era hija ilegítima y había crecido en la pobreza, huido a Buenos Aires para ser actriz y tenido que hacer muchas cosas de mal gusto para sobrevivir y salir adelante en el mundo del teatro. Su sueño era escapar a toda restricción a su futuro, porque era sumamente ambiciosa. Perón fue la víctima perfecta. Se creía un gran líder, pero lo cierto era que iba en camino de convertirse en un viejo libidinoso demasiado débil para ascender. Eva inyectó poesía en su vida. Su lenguaje era florido y teatral; lo rodeaba de atenciones, al punto mismo del sofoco, pero el

diligente servicio de la mujer a un gran hombre era una imagen clásica, celebrada en innumerables tangos. Sin embargo, ella logró seguir siendo elusiva, misteriosa, como una estrella de cine que se ve todo el tiempo en la pantalla pero a la que en realidad jamás se conoce. Y cuando Perón se vio finalmente solo, en la cárcel, estas imágenes y asociaciones poéticas estallaron en su mente. La idealizó sin límite; en cuanto a él, Eva ya no era una actriz de oscuro pasado. Ella sedujo a una nación entera en la misma forma. El secreto fue su dramática presencia

poética, combinada con un dejo de elusiva distancia; con el tiempo, en ella se veía lo que se quisiera. Hasta la fecha la gente sigue fantaseando acerca de cómo era Eva en realidad.

La familiaridad destruye la seducción. Es raro que esto ocurra pronto; hay mucho por saber de una nueva persona. Pero puede llegar un momento en que el objetivo empiece a idealizarte y fantasear contigo, sólo para descubrir que no eres lo que creyó. Esto no se debe a que se te vea demasiado, estés demasiado disponible, como algunos imaginan. De hecho, si tus objetivos te ven muy poco, no les darás nada para sostenerse, y otro podría atrapar su atención; tú tienes que ocupar su mente. Aquello se debe más bien a que eres demasiado coherente, demasiado obvio, excesivamente humano y real. Tus blancos no pueden idealizarte si saben mucho de ti, si empiezan a verte como demasiado humano. No sólo debes mantener cierto grado de distancia; también debe haber algo fantástico y embrujador en ti, que desencadene toda clase de deliciosas posibilidades en su mente. La posibilidad que Eva representaba era la de ser lo que en la cultura argentina se consideraba la mujer ideal —devota, maternal, santa —, pero existen incontables ideales poéticos que tú puedes tratar de encamar. Caballerosidad, aventura, romance y demás son ideales igualmente fuertes; y si posees un aire de ellos, podrás insuflar *poesía* suficiente para llenar la cabeza de los demás de sueños y fantasías. A toda costa debes personificar algo, aun si es malo e indecoroso. Todo con tal de evitar la mancha de la familiaridad y la ordinariez.

*Lo que necesito es una mujer que sea algo, cualquier cosa: muy bella o muy buena o, en último caso, muy mala; muy ingeniosa o muy tonta, pero algo.* —Alfred De *Masse.*

## Claves para la seducción.

Nuestro concepto de nosotros mismos es invariablemente más halagador que la realidad: creemos ser más generosos, desinteresados, honestos, buenos, inteligentes o bellos de lo que en verdad somos. Nos es muy difícil ser honestos con nosotros sobre nuestras limitaciones: tenemos la desesperada necesidad de idealizarnos. Como apunta la escritora Angela Cárter, preferiríamos alinearnos con los ángeles que con los primates superiores de los que en efecto descendemos.

Esta necesidad de idealizar se extiende a nuestros enredos románticos, porque cuando nos enamoramos, o caemos bajo el hechizo de otra persona, vemos un reflejo de nosotros. La decisión que tomamos al optar relacionarnos con otra persona revela algo nuestro, íntimo e importante; nos resistimos a vernos enamorados de alguien ordinario, soez o soso, porque eso sería un desagradable reflejo nuestro. Además, solemos enamorarnos de alguien que de alguna manera se parece a nosotros. Si esa persona fuera deficiente o, peor aún, ordinaria, pensaríamos que hay algo ordinario y deficiente en nosotros. No, el ser amado debe sobrevalorarse e idealizarse a toda costa, al menos en bien de nuestra autoestima. Aparte, en un mundo cruel y lleno de desilusiones, es un gran placer poder fantasear con la persona con que te relacionas. Esto facilita la tarea del seductor: la gente se muere por recibir la oportunidad de fantasear contigo. No eches a perder esta oportunidad de oro sobrexponiéndote, o volviéndote tan familiar y banal que tu objetivo te vea exactamente como eres. No tienes que ser un ángel, o un dechado de virtudes; eso sería muy aburrido. Puedes ser peligroso, atrevido, incluso algo vulgar, dependiendo de los gustos de tu víctima. Pero jamás ordinario o limitado. En poesía (a diferencia de la realidad), todo es posible. Poco después de que caemos bajo el hechizo de una persona, formamos una imagen en nuestra mente de lo que ella es y de los placeres que podría ofrecernos. Al pensar en ella estando solos, tendemos a idealizar cada vez más esa imagen. El novelista Stendhal, en su libro *Del amor,* llama a este fenómeno "cristalización", y cuenta la historia de que, en Salzburgo, Austria, se acostumbraba arrojar una rama sin hojas a las profundidades abandonadas de una salina en pleno invierno. Cuando la rama se sacaba meses después, estaba cubierta de cristales espectaculares. Esto es lo que sucede con el ser amado en nuestra mente.

Pero, según Stendhal, hay dos cristalizaciones. La primera ocurre cuando conocemos a la persona. La segunda, y más importante, sucede después, cuando se filtra un poco de duda: deseas a la otra persona, pero ella te elude, no estás seguro de que sea tuya. Esta pizca de duda es crucial; hace que tu imaginación trabaje el doble, acentúa el proceso de poetización. En el siglo XVII el duque de Lauzun, el gran libertino, logró una de las seducciones más espectaculares de la historia: la de la Grande Mademoiselle, la prima del rey Luis XIV y la mujer más rica y poderosa de Francia. Él espoleaba su imaginación con breves encuentros en la corte, dejándole ver destellos de su ingenio, su audacia, su afable actitud. Ella dio en pensar en él cuando estaba sola. Luego comenzó a tropezar más a menudo con él en la corte, y tenían breves conversaciones o paseos. Al terminar estas reuniones, la Grande Mademoiselle se quedaba con una duda: "¿Le intereso o no?'. Eso hacía que quisiera verlo más, para disipar sus dudas. Empezó a idealizarlo fuera de toda proporción, porque el duque era un bribón incorregible. Recuerda: si eres fácil de conseguir, no puedes valer gran cosa. Es arduo poetizar a una persona tan ordinaria. Si, tras el interés inicial, dejas en claro que no estás asegurad©, si incitas una pizca de duda, tu *objetivo* imaginará

que hay algo especial, honroso e inalcanzable en ti. Tu imagen cristalizará en la mente de la otra persona. Cleopatra sabía que en realidad no era distinta a cualquier mujer, y de hecho su cara no era particularmente hermosa. Pero también sabía que los hombres tienden a sobrevalorar a una mujer. Basta entonces con insinuar que hay algo diferente en ti para que se te asocie con algo grandioso y poético. Ella hizo saber a César que procedía de grandes reyes y reinas del pasado de Egipto; con Marco Antonio creó la fantasía de que descendía de la propia Afrodita. Estos hombres retozaban no sólo con una mujer tenaz, sino con una especie de diosa. Quizá hoy sea difícil forjar esas asociaciones, pero la gente sigue obteniendo enorme placer de asociar a los demás con algún género de figura fantástica de su infancia. John F. Kennedy se presentaba como una figura caballeresca: noble, valiente, encantador. Pablo Picasso no era sólo un gran pintor con sed de jóvenes mujeres; era el Minotauro de la leyenda griega, o la diabólica figura embaucadora que tanto seduce a las damas. Estas asociaciones no deben hacerse pronto; sólo son eficaces una vez que el blanco ha empezado a caer bajo tu hechizo, y es vulnerable a la sugestión. Un hombre que acabara de conocer a Cleopatra habría considerado ridicula su asociación con Afrodita. Pero alguien que se enamora creerá casi todo. El truco es asociar tu imagen con algo mítico, por medio de la ropa que usas, las cosas que dices, los lugares a los que vas.
En la novela de Marcel Proust En *busca del tiempo perdido,* el personaje de Swann se ve gradualmente seducido por una mujer que en realidad no es su tipo. El es un esteta, y adora las cosas más exquisitas de la vida. Ella es de clase inferior, menos refinada, incluso de mal gusto. Lo que la poetiza en su mente es una serie de eufóricos momentos que comparten, momentos que en adelante él asocia con esa mujer. Uno de ellos es un concierto en un salón al que ambos asisten, en el que él se embriaga con una pequeña melodía de una sonata. Cada vez que piensa en ella, recuerda esa escueta frase. Pequeños regalos que ella le ha dado, objetos que ella ha tocado o manipulado, empiezan a cobrar vida por sí solos. Una experiencia intensa de cualquier índole, artística o espiritual, permanece en la mente mucho más que la experiencia normal. Debes hallar la manera de compartir esos momentos con tus objetivos —un concierto, una obra de teatro, un encuentro espiritual, lo que sea—, para que ellos asocien contigo algo elevado. Los momentos de efusión compartida poseen enorme influencia seductora. Asimismo, cualquier clase de objeto puede imbuirse de resonancia poética y asociaciones sentimentales, como se dijo en el capítulo anterior. Los regalos que haces y otras cosas pueden imbuirse de tu presencia; si se asocian con gratos recuerdos, su vista te mantendrá en la mente de tu víctima y acelerará el proceso de poetización. Aunque se dice que la ausencia ablanda el corazón, una ausencia temprana resulta mortal para el proceso de cristalización. Como Eva Perón, rodea a tus objetivos de atención concentrada; para que en esos momentos críticos en que están solos, su mente gire en medio de una especie de arrebol. Haz todo lo que puedas por mantener a tu objetivo pensando en ti. Cartas, recuerdos, regalos, encuentros inesperados: esto te da omnipresencia. Todo debe recordarle a ti.
Finalmente, si tus blancos han de verte como algo elevado y poético, hay mucho por ganar si los haces sentir elevados y poetizados a su vez. El escritor francés Chateaubriand hacía sentir a una mujer como una diosa, tan poderoso era el efecto que ella ejercía en él. Le enviaba sus poemas, que ella supuestamente había inspirado. Para hacer sentir a la reina Victoria lo mismo una mujer seductora que una gran líder, Benjamin Disraeli la comparaba con figuras mitológicas y grandes predecesoras, como
la reina Isabel I. Al idealizar de esta manera a tus objetivos, harás que ellos te idealicen a su vez, pues debes ser igualmente grande para poder apreciar y percibir sus excelentes cualidades. Asimismo, se volverán adictos a la elevada sensación que tú les procuras. *Símbolo.*
*El halo. Lentamente, cuando él objetivo está solo, empieza a imaginar un leve fulgor en torno a tu cabeza, formado por todos los placeres que puedes ofrecer, el resplandor de tu intensa presencia, tus nobles cualidades. Ese halo te distingue de los demás. No lo hagas desaparecer volviéndote familiar y ordinario.*

# Reverso.

Podría parecer que la táctica contraria sería revelar todo acerca de ti, ser completamente honesto sobre tus defectos y virtudes. Este género de sinceridad fue una cualidad de Lord Byron: casi se estremecía al revelar sus rasgos horribles y repugnantes, al grado de, ya mayor, contar a la gente sus relaciones incestuosas con su media hermana. Esta clase de intimidad peligrosa puede ser muy seductora. El objetivo poetizará tus vicios, y tu honestidad con él; empezará a ver más de lo que tiene frente a sí. En otras palabras, el proceso de idealización es inevitable. Lo único que no se puede idealizar es la mediocridad, pues no existe nada seductor en ella. No hay manera de seducir sin crear alguna especie de fantasía y poetización. 13.- Desarma con debilidad y vulnerabilidad estratégicas.

***Demasiada manipulación de tu parte puede despertar sospechas. Lo mejor para cubrir tus huellas es hacer que la otra persona se sienta superior y más fuerte. Si das la impresión de ser débil, vulnerable, esclavo del otro e incapaz de controlarte, tus acciones parecerán más naturales, menos calculadas. La debilidad física —lágrimas, vergüenza, palidez— contribuirá a producir ese efecto. Para merecer más confianza, cambia honestidad por virtud: establece tu "sinceridad" confesando algún pecado; no es necesario que sea real. La sinceridad es más importante que la bondad. Hazte la víctima, y luego transforma en amor la compasión de tu objetivo.***

# La estrategia de la víctima.

**En aquel sofocante agosto de la década de 1770 en que la regidora de Tourvel visitó el chateau de su vieja amiga Madame de Rosemonde, habiendo dejado a su esposo en casa, ella esperaba disfrutar de la paz y quietud de la vida rural más o menos sola. Pero gustaba de los placeres sencillos, y pronto su vida cotidiana en el chateau adoptó una cómoda pauta: misa diaria, paseos por el campo, obras de caridad en los pueblos vecinos, juegos de cartas en la noche. Así pues, cuando el sobrino de Madame de Rosemonde llegó a visitarla, la regidora sintió molestia, aunque también curiosidad. El sobrino, el vizconde de Valmont, era el libertino más conocido de París. Era guapo, sin duda, pero no como ella esperaba: parecía triste, algo abatido y, lo más extraño, casi no le prestaba atención. La regidora no era una coqueta; vestía con sencillez, ignoraba la moda y amaba a su esposo. Aun así, era joven y bonita, y solía rechazar las atenciones de los hombres. En el fondo de su mente, le perturbó un tanto que él reparara tan poco en ella. Un día, atisbo en misa a Valmont aparentemente absorto en oraciones. Se le ocurrió que pasaba por un periodo de examen de conciencia. Tan pronto como se supo que Valmont estaba en el chateau, la regidora había recibido carta de una amiga en la que la prevenía contra ese hombre peligroso. Pero ella se creía la última mujer en el mundo que pudiera ser vulnerable a él. Además, Valmont parecía a punto de arrepentirse de su perverso pasado; quizá ella podría contribuir a moverlo en esa dirección. ¡Qué maravillosa victoria para Dios sería ésa! Así, la regidora tomaba nota de los ires y venires de Valmont, intentando comprender lo que ocurría en su cabeza. Era extraño, por ejemplo, que a menudo saliera en la mañana a cazar, pero nunca regresara con una presa. Un día, ella decidió hacer que su sirvienta hiciera un poco de inofensivo espionaje, y le sorprendió y deleitó saber que Valmont no había ido a cazar en absoluto: había visitado un pueblo local, donde había dado dinero a una familia pobre a punto de ser echada de su casa. Sí, ella tenía razón: la apasionada alma de él pasaba de la sensualidad a la virtud. ¡Qué feliz la hizo eso!**

**Esa noche, Valmont y la regidora se encontraron solos por primera vez, y Valmont soltó de repente una confesión asombrosa. Estaba perdidamente enamorado de ella, y con un amor que nunca antes había experimentado: su virtud, su bondad, su belleza, sus amables maneras lo habían arrollado por completo. La generosidad de él con los pobres esa tarde había sido por ella; quizá inspirada por ella, tal vez algo más siniestro: para impresionarla. Él jamás habría confesado esto, pero viéndose solo con ella, no podía controlar sus emociones. Luego se puso de rodillas y le rogó que lo ayudara, que lo guiara en su desgracia.**

**Tomada por sorpresa, la regidora empezó a llorar. Sumamente trastornada, salió corriendo del recinto, y los días siguientes fingió estar enferma. No sabía cómo reaccionar a las cartas que Valmont comenzó a mandarle entonces, rogándole que lo perdonara. Elogiaba su bello rostro y hermosa alma, y aseguraba que ella le había hecho reconsiderar su vida entera. Estas emotivas cartas producían emociones inquietantes, y Tourvel se enorgullecía de su serenidad y prudencia. Sabía que debía insistir en que él dejara el chateau, y le escribió para tal efecto; él aceptó, reacio, aunque con una condición: que le permitiera escribirle desde París. Ella consintió, mientras las cartas no fueran ofensivas. Cuando le dijo a Madame de Rosemonde que se marchaba, la regidora sintió remordimiento: su anfitriona y tía lo extrañaría, y él lucía tan pálido... Era obvio que sufría.**

**Las cartas de Valmont empezaron a llegar, y Tourvel lamentó pronto haberle permitido esa libertad. El ignoró su solicitud de que evitara el tema del amor; en realidad, Valmont le juró amor eterno. La reprendió por su frialdad e insensibilidad. Le explicó la mala senda que había seguido en la vida: no era culpa suya, no había tenido dirección, otros lo habían extraviado. Sin su ayuda, recaería en ese mundo. "No sea cruel", le dijo; "fue usted quien me sedujo. Soy su esclavo, la víctima de sus encantos y bondad; como usted es fuerte, y no siente igual que yo, no tiene nada que perder". Y, en efecto, la regidora de Tourvel terminó por apiadarse de Valmont; parecía tan débil, tan fuera de control. ¿Cómo podía ayudarlo? ¿Y por qué pensaba siquiera en él, cada vez más? Era una mujer felizmente casada. No, al menos debía poner fin a esa tediosa correspondencia. No más palabras de amor, escribió, o no contestaría. Valmont dejó de escribirle. Ella se sintió aliviada. Por fin un poco de paz y tranquilidad. Sin embargo, una noche estaba sentada en el comedor cuando de pronto oyó atrás la voz de Valmont, dirigiéndose a Madame de Rosemonde. Sin pensarlo, dijo él, había decidido regresar para hacer una**

breve visita. Ella sintió que un escalofrío subía y bajaba por su espalda, y se ruborizó; él se aproximó y se sentó a su lado. La miró, ella desvió la vista y se excusó pronto, para dejar la mesa y subir a su habitación. Pero no pudo evitarlo del todo en los días siguientes, y vio que lucía más pálido que antes. Él era cortés, y ella podía pasar un día entero sin que lo viera, pero esas breves ausencias tenían un efecto paradójico; Tourvel comprendió entonces lo que había sucedido. Lo extrañaba, quería verlo. Este dechado de virtudes y bondad se había enamorado de alguna manera de un libertino incorregible. Furiosa consigo misma y con lo que había permitido que ocurriese, salió del chateau a media noche, sin avisar a nadie, y se dirigió a París, donde planeaba arrepentirse de algún modo de ese pecado abominable. Interpretación. El personaje de Valmont en *Las amistades peligrosas,* novela epistolar de Choderlos de Lacios, se basa en algunos de los mayores libertinos reales de la Francia del siglo XVIII. Todo lo que Valmont hace está calculado para llamar la atención: las acciones ambiguas que despiertan la curiosidad de Tourvel por él, el acto de caridad en el pueblo (él sabe que se le sigue), la nueva visita al chateau, la palidez de su rostro (sostiene un romance con una muchacha en el chateau, y su jaleo de toda la noche le da una apariencia de decaimiento). Pero lo más devastador es que se sitúe como el débil, el seducido, la víctima. ¿Cómo puede imaginar la regidora que él la manipula cuanto todo sugiere que simplemente está abrumado por su belleza, física o espiritual? No puede ser un impostor cuando repetidamente se empeña en confesar la "verdad" sobre sí mismo: admite que su caridad tuvo motivos cuestionables, explica por qué se ha descarriado, confía a ella sus emociones. (Toda esta "honestidad" es calculada, por supuesto.) En esencia, él es como una mujer, o al menos como una mujer de esa época: emotivo, incapaz de controlarse, temperamental, inseguro. Ella es la fría y cruel, como un hombre. Al situarse como víctima de Tourvel, Valmont no sólo puede encubrir sus manipulaciones, sino también incitar piedad y preocupación. Haciéndose la víctima, puede despertar la misma ternura producida por un niño enfermo o un animal herido. Y estas emociones son fáciles de encauzar hacia el amor, como, para su consternación, descubre la regidora.

La seducción es un juego consistente en reducir la desconfianza y la resistencia. La forma más hábil de hacer esto es lograr que la otra persona se sienta más fuerte, más al control de las cosas. La desconfianza suele proceder de la inseguridad; si tus objetivos se sienten superiores y seguros en tu presencia, es improbable que duden de tus motivos. Eres demasiado débil, demasiado emocional, para tramar algo. Sigue este juego mientras dure. Haz alarde de tus emociones y de lo mucho que te afectan. Hacer sentir a la gente el poder que tiene sobre ti es muy halagador para ella. Confiesa algo malo, o incluso algo malo que le hayas hecho a ella, o contemplado hacerle. La honestidad es más importante que la virtud, y un gesto honesto le impedirá ver innumerables actos engañosos. Da la impresión de debilidad: física, mental, emocional. La fuerza y seguridad pueden ser alarmantes. Haz de tu debilidad un consuelo, y pasa por víctima: del poder de la gente sobre ti, de las circunstancias, de la vida en general. Ésta es la mejor manera de no dejar rastros.

*Un hombre no vale un cacahuate si no puede llorar en el momento indicado.* —Lyndon Baines Johnson.

# Claves para la seducción.

Todos tenemos debilidades, vulnerabilidades, flaquezas de carácter. Quizá somos tímidos o demasiado susceptibles, o necesitamos atención; cualquiera que sea nuestra debilidad, es algo que no podemos controlar. Podemos intentar compensarla, o esconderla, pero esto es con frecuencia un error: la gente percibe algo falso o forzado. Recuerda: lo natural en tu carácter es inherentemente seductor. La vulnerabilidad de una persona, lo que parece que es incapaz de controlar, suele ser lo más seductor en ella. Las personas que no muestran debilidades, por otro lado, a menudo causan envidia, temor y enojo: queremos sabotearlas, sólo para hacerlas caer. No luches contra tus vulnerabilidades, ni trates de reprimirlas, sino ponías en juego. Aprende a transformarlas en poder. Este juego es sutil; si te deleitas en tu debilidad, si cargas la mano, se te juzgará ansioso de compasión o, peor aún, patético. No, lo mejor es permitir que la gente tenga un destello ocasional del lado débil y frágil de tu carácter, por lo general cuando ya tiene un tiempo de conocerte. Ese destello te humanizará, lo que reducirá la desconfianza de los otros y preparará el terreno para un vínculo más firme. Normalmente fuerte y al mando, suéltate a ratos, cede a tus debilidades, déjalas ver.

Valmont usó su debilidad de esa manera. Había perdido su inocencia tiempo atrás, pero, en algún lugar de su interior, lo lamentaba. Era vulnerable a alguien verdaderamente inocente. Su seducción de la regidora fue exitosa porque no era por completo una actuación; había una debilidad genuina de su parte, que incluso le permitía llorar a veces. Dejó ver a la regidora este lado suyo en momentos clave, para desarmarla. Como Valmont, puedes actuar y ser sincero al mismo tiempo. Supongamos que realmente eres tímido; en ciertos momentos, da mayor peso a tu timidez, exagérala. Debería serte fácil adornar un rasgo que ya posees. Luego de que Lord Byron publicó su primer gran poema, en 1812, se volvió célebre al instante. Además de ser un escritor talentoso, era

apuesto, incluso bello, y tan perturbador y enigmático como los personajes de los que escribía. Las mujeres enloquecían por él. Tenía una infausta "mirada de soslayo": inclinaba levemente la cabeza y dirigía la vista a una mujer, haciéndola temblar. Pero también tenía otros rasgos; era imposible que quienes lo conocían no notaran sus movimientos inquietos, su ropa desajustada, su extraña timidez y su notable cojera. Este hombre infame, que despreciaba todas las convenciones y parecía tan peligroso, era personalmente inseguro y vulnerable.
En el poema de Byron Don Juan, el protagonista es menos un seductor de mujeres que un hombre constantemente perseguido por ellas. Era un poema autobiográfico; las mujeres querían hacerse cargo de ese hombre un tanto frágil, que parecía tener poco control sobre sus emociones. Más de un siglo después, John F. Kennedy se obsesionó de joven con Byron, el hombre al que más quería emular. Incluso trató de apropiarse de su "mirada de soslayo". Kennedy era un joven endeble, con constantes problemas de salud. También era en cierto modo bonito, y sus amigos veían algo femenino en él. Sus debilidades
:—físicas y mentales, porque era asimismo inseguro, tímido y demasiado susceptible— eran justo lo que atraía a las mujeres. Si Byron y Kennedy hubieran tratado de esconder sus vulnerabilidades bajo una arrogancia masculina, no habrían poseído ningún encanto seductor. En cambio, aprendieron a exhibir sutilmente sus debilidades, dejando que las mujeres percibieran su lado frágil.

Hay temores e inseguridades peculiares de cada sexo: tu uso de la debilidad estratégica siempre debe tomar en cuenta esas diferencias. Una mujer, por ejemplo, podría sentirse atraída por la fuerza y seguridad de un hombre, pero, asimismo, un exceso de ello podría causar temor, y parecer forzado, e incluso desagradable. Particularmente [intimidante es la percepción de que un hombre es frío e insensible. Ella podría temer que él sólo busque sexo, y nada más. Los seductores aprendieron hace mucho a ser más femeninos: a mostrar sus emociones, y a parecer interesados en la vida de sus víctimas. Los trovadores medievales fueron los primeros en dominar esta estrategia: escribían poesía en honor a las mujeres, exaltaban interminablemente sus sentimientos y pasaban horas en los tocadores de sus damas, escuchando las quejas de las mujeres y empapándose de su espíritu. A cambio de su disposición a hacerse los débiles, los trovadores obtenían el derecho de amar.
Poco ha cambiado desde entonces. Algunos de los mayores seductores de la historia reciente —Gabriele D'Annunzio, Duke Ellington, Errol Flynn— comprendieron el valor de actuar servilmente con una mujer, como un trovador arrodillado. La clave es ceder a tu lado débil mientras sigues siendo tan masculino como te sea posible. Esto podría incluir una demostración ocasional de vergüenza, considerada por el filósofo S0ren Kierkegaard una táctica extremadamente seductora para un hombre: da a la mujer una sensación de confort, y aun de superioridad. Recuerda, sin embargo, ser moderado. Un atisbo de timidez es suficiente; demasiada, y el objetivo se desesperará, temiendo tener que hacer todo el trabajo.
Los temores e inseguridades de un hombre suelen concernir a su sentido de masculinidad; por lo general se siente amenazado por una mujer demasiado manipuladora, demasiado al mando. Las mayores seductoras de la historia sabían cómo esconder sus manipulaciones haciéndose las niñas en necesidad de protección masculina. Una famosa cortesana de la antigua China, Su Shou, solía maquillarse para parecer particularmente débil y pálida. También caminaba en forma que la hiciera parecer endeble. La gran cortesana del siglo XIX, Cora Pearl literalmente se vestía y actuaba como niña. Marilyn Monroe sabía cómo dar la impresión de que dependía de la fuerza de un hombre para sobrevivir. En todos estos casos, las mujeres eran las que controlaban la dinámica, estimulando el sentido de masculinidad de un hombre a fin de esclavizarlo en última instancia. Para volver esto más eficaz, una mujer debía parecer tanto en necesidad de protección como sexual-mente excitable, concediendo así al hombre su mayor fantasía.
La emperatriz Josefina, esposa de Napoleón Bonaparte, obtuvo pronto el dominio sobre su esposo por medio de una coquetería calculada. Después se aferró a ese poder mediante su constante —y no tan inocente— uso de lágrimas. Ver llorar a alguien suele tener un efecto inmediato en nuestras emociones: no podemos permanecer neutrales. Sentimos compasión, y muy a menudo haremos cualquier cosa por detener las lágrimas, incluidas cosas que normalmente no haríamos. Llorar es una táctica increíblemente eficaz, pero quien llora no siempre es tan inocente. Por lo común hay algo real detrás de las lágrimas, pero también puede haber un elemento de actuación, de fingir para impresionar. (Y si el objetivo percibe esto, la táctica está condenada al fracaso.) Más allá del impacto emocional de las lágrimas, hay algo seductor en la tristeza. Queremos consolar a la otra persona y, como descubrió Tourvel, ese deseo se convierte pronto en amor. Afectar tristeza, aun llorar a veces, posee enorme valor estratégico, incluso en un hombre. Ésta es una habilidad que puedes aprender. El protagonista de *Marianne,* novela francesa del siglo XVIII, de Ma-rivaux, recordaba algo triste de su pasado para poder llorar y parecer triste en el presente. Usa las lágrimas módicamente, y guárdalas para el momento indicado. Quizá éste podría ser un momento en que tu blanco parece desconfiar de tus motivos, o en que te preocupa no ejercer ningún efecto en él. Las lágrimas son un barómetro seguro de lo enamorada que la otra persona está de ti. Si parece enfadada, o se resiste a morder el anzuelo, es probable que tu caso sea irremediable.
En situaciones sociales y políticas, parecer demasiado ambicioso, o demasiado controlado, hará que la gente te tema; es crucial que muestres tu lado débil. Exhibir una debilidad ocultará múltiples manipulaciones. La emoción, e

incluso las lágrimas, también funcionarán aquí. Lo más seductor es hacerse la víctima. Para su primer discurso en el parlamento, Benjamin Disraeli preparó una elaborada alocución, pero cuando la pronunció la *oposición* gritó y rió tan fuerte que casi nada pudo oírse. El siguió adelante y pronunció el discurso completo, pero cuando se sentó sintió que había fracasado en forma lamentable. Para su sorpresa, sus colegas le dijeron que su discurso había sido todo un éxito. Habría sido un fiasco si él se hubiera quejado y rendido; pero al continuar como lo hizo, quedó como la víctima de una facción cruel y
poco razonable. Casi todos se compadecieron de él entonces, lo que le sería muy útil en el futuro. Atacar a tus malévolos adversarios puede hacerte parecer violento también; en cambio, aguanta sus golpes y hazte la víctima. La gente se pondrá de tu lado, en una reacción emocional que sentará las bases para una grandiosa seducción política. *Símbolo. La imperfección. Una cara bonita es un deleite para la vista, pero si es demasiado perfecta nos dejará fríos, y aun algo intimidados. Es el pequeño lunar, la hermosa marca, lo que vuelve humano y adorable el rostro. Asi, no ocultes todas tus imperfecciones. Las necesitas para suavizar tus rasgos e inducir ternura.*

## Reverso.

El sentido de la oportunidad es todo en la seducción; busca siempre señales de que el objetivo cae bajo tu hechizo. Una persona que se enamora tiende a ignorar las debilidades de la otra, o a juzgarlas atractivas. Un persona no seducida, racional, por otro lado, podría considerar patéticos la vergüenza y los arrebatos emocionales. También hay ciertas debilidades que no tienen valor seductor, por enamorado que esté el objetivo.
A la gran cortesana del siglo XVII Ninon de l'Enclos le gustaban los hombres con un lado débil. Pero a veces un hombre llegaba demasiado lejos, quejándose de que ella no lo amaba lo suficiente, era demasiado veleidosa e independiente, y él era maltratado y agraviado. Para Ninon, esa conducta rompía el encanto, y ella terminaba pronto la relación. Quejas, gimoteos, indigencia y petición de compasión no parecerán a tus objetivos debilidades encantadoras, sino intentos de manipulación con una especie de poder negativo. Así que cuando te hagas la víctima, hazlo sutilmente, sin excesos. Las únicas debilidades que vale la pena exagerar son las que te volverán adorable. Todas las demás deben reprimirse y erradicarse a como dé lugar. 14.- Mezcla deseo y realidad: La ilusión perfecta.
*Para compensar las dificultades de la vida, la gente pasa mucho tiempo ensoñando, imaginando un futuro repleto de aventura, éxito y romance. Si puedes crear la ilusión de que, gracias a ti, ella puede cumplir sus sueños, la tendrás a tu merced. Es importante empezar despacio, ganando su confianza, y forjar gradualmente la fantasía acorde a sus anhelos. Apunta a los secretos deseos frustrados o reprimidos, para provocar emociones incontrolables y ofuscar su razón. La ilusión perfecta es la que no se aparta mucho de la realidad, sino que posee apenas un toque de irrealidad, como al soñar despierto. Lleva al seducido a un punto de confusión en que ya no pueda distinguir entre ilusión y realidad.*

## Fantásia de carne y hueso.

En 1964, un francés de veinte años llamado Bernard Bouriscout llegó a Pekín, China, para trabajar como contador en la embajada de Francia. Sus primeras semanas ahí no fueron lo que esperaba. Bouriscout había crecido en la provincia francesa, soñando con viajes y aventuras. Cuando se le destinó a China, imágenes de la Ciudad Prohibida, y de los garitos de Macao, danzaron en su mente. Pero ésta era la China : comunista, y el contacto entre occidentales y chinos era casi imposible en esa época. Bouriscout tenía que socializar con los demás europeos destacados en la ciudad, y eran por demás aburridos y exclusivistas. Estaba solo, lamentaba haber aceptado el puesto y empezó a hacer planes para marcharse.
Entonces, en una fiesta de navidad ese año, un joven chino en un rincón atrajo su mirada. Nunca había visto un solo chino en esas reuniones. El hombre era enigmático: esbelto y de baja

estatura, un poco reservado, tenía una presencia atractiva. Bouriscout se acercó y se presentó.
Aquel individuo, Shi Pei Pu, resultó ser autor de libretos para la ópera china, así como maestro de chino de miembros de la embajada francesa. De veintiséis años, hablaba un francés perfecto.
Todo en él fascinó a Bouriscout: su voz era como música, suave y susurrante, y lo dejaba a uno queriendo saber más sobre él. Aunque usualmente tímido, Bouriscout insistió en intercambiar números telefónicos. Quizá Pei Pu sería su tutor chino.
Se vieron días después en un restaurante. Bouriscout era el único ¡occidental ahí: al fin una probadita de algo real y exótico. Resultó que Pei Pu había sido un actor famoso de óperas chinas y que procedía de una familia relacionada con la antigua dinastía gobernante. Para entonces escribía óperas sobre obreros, aunque dijo esto con una mirada de ironía. Empezaron a reunirse con regularidad, y Pei Pu enseñó a Bouriscout los lugares de interés de Pekín. A Bouriscout le gustaban sus historias; Pei Pu hablaba despacio, y cada detalle histórico parecía cobrar vida mientras platicaba, moviendo las manos para adornar sus palabras. "Ahí", decía él, por ejemplo, "es donde se colgó el último emperador Ming", señalando el lugar y contando la historia al mismo tiempo. O bien: "El cocinero del restaurante donde acabamos de comer trabajó en el palacio del último emperador", y seguía otro magnífico relato. Pei Pu hablaba asimismo de la vida en la Opera de Pekín, donde era frecuente que hombres interpretaran los papeles femeninos, lo que en ocasiones los volvía famosos.
Se hicieron amigos. El contacto chino con extranjeros era restringido, pero ellos se las arreglaban para hallar maneras de reunirse. Una noche Bouriscout acompañó a Pei Pu a la casa de un funcionario francés para dar clases a sus hijos. Lo escuchó contarles "La historia de la mariposa", un relato de la ópera china: una joven ansia asistir a una escuela imperial, pero en ella no se aceptan mujeres. Se disfraza de hombre, aprueba los exámenes y entra a la escuela. Un compañero se enamora de ella, y la joven se siente atraída por él, así que le confiesa que es mujer. Como casi todas las historias de este tipo, ésta termina trágicamente. Pei Pu la contó con inusual emoción; de hecho, en la ópera había interpretado el papel de la chica.
Noches después, mientras paseaban ante las puertas de la Ciudad Prohibida, Pei Pu volvió a "La historia de la mariposa": "Mira mis manos", le dijo. "Mira mi cara. La historia de la mariposa es también mi historia." Con su lenta y dramática enunciación, le explicó que los dos primeros descendientes de su madre habían sido niñas. Los hijos eran mucho más importantes en China; si el tercer descendiente era niña, el padre tendría que tomar una segunda esposa. Llegó el tercer descendiente: otra mujer. Pero la madre temió revelar la verdad, y llegó a un acuerdo con la partera: dirían que era niño, y se le educaría como tal. Ese tercer descendiente era Pei Pu. Al paso de los años, Pei Pu había tenido que desvivirse para ocultar su sexo. Nunca entraba a baños públicos, se depilaba la frente para que pareciera que se quedaba calva, y así. Bouriscout quedó embelesado por esa historia, y también aliviado, porque, como el chico del cuento de la mariposa, en el fondo se sentía atraído por Pei Pu. Entonces todo cobró sentido; las manos pequeñas, la voz aguda, el cuello delicado. Se había enamorado de ella y, al parecer, sus sentimientos eran correspondidos. Pei Pu comenzó a visitar el departamento de Bouriscout, y pronto ya dormían juntos. Ella siguió vistiendo como hombre, aun en el departamento de él, pero las mujeres en China usaban ropa de hombre de todos modos, y Pei Pu actuaba más como mujer que cualquier china que Bouriscout hubiera visto. En la cama, ella tenía una timidez y una manera de dirigirle las manos que eran tanto excitantes como femeninas. Todo lo volvía romántico e intenso. Cuando él no estaba con ella, cada una de las palabras y gestos de Pei Pu resonaban en su mente. Lo que volvía aún más emocionante la aventura era el hecho de que debieran mantenerla en secreto. En diciembre de 1965 Bouriscout dejó Pekín y regresó a París. Viajó, tuvo otras aventuras, pero sus pensamientos no cesaban de volver a Pei Pu. En China estalló la Revolución Cultural, y él perdió contacto con ella. Antes de partir, ella le había dicho que estaba embarazada. El ignoraba si el niño había nacido ya. Su obsesión por ella aumentó, y, en 1969, Bouriscout se las arregló para conseguir otro puesto gubernamental en Pekín.
El contacto con extranjeros se desalentaba entonces más que en su primera visita, pero él logró localizar a Pei Pu. Ella le dijo que había dado a luz un hijo, en 1966, pero que como se parecía a él, y dado el creciente odio a los extranjeros en China y la necesidad de ella de mantener el secreto de su sexo, había tenido que enviarlo a una aislada región cerca de Rusia. Hacía mucho frío allá; tal vez su hijo había muerto. Le mostró a Bouriscout fotografías del niño, y él notó, en efecto, cierto parecido. Las semanas siguientes se las ingeniaron para verse aquí y allá, y entonces Bouriscout tuvo una idea: simpatizaba con la Revolución Cultural, y quería sortear las prohibiciones que le / impedían ver a Pei Pu, así que se ofreció como espía. El ofrecimiento fue transmitido a la persona indicada, y pronto Bouriscout robaba documentos para los comunistas. El hijo, cuyo nombre era Bertrand, fue llamado a Pekín, y Bouriscout al fin lo conoció. Una triple aventura colmaba así la vida de Bouriscout: la tentadora Peí Pu, la emoción de ser espía y el hijo ilícito, al que quería llevar a Francia.
En 1972, Bouriscout se fue de Pekín. Los años siguientes intentó repetidamente llevar a Pei Pu y su hijo a Francia, y una década más tarde por fin tuvo éxito: los tres formaron una familia. En 1983, sin embargo, las

autoridades francesas sospecharon de esa relación entre un funcionario del Ministerio del Exterior y un chino, y tras investigar

un poco descubrieron la labor de espionaje de Bouriscout. Este fue arrestado, y pronto hizo una confesión asombrosa: el hombre con quien vivía en realidad era mujer. Confundidos, los franceses ordenaron que se examinara a Pei Pu; como suponían, él era un hombre cabal. Bouriscout fue a la cárcel.
Aun después de oír la confesión de su ex-amante, Bouriscout seguía convencido de que Pei Pu era mujer. Su cuerpo suave, su relación íntima: ¿cómo podía estar equivocado? Sólo cuando Pei Pu, encarcelado en la misma prisión, le mostró la incontrovertible prueba de su sexo, Bouriscout lo aceptó por fin.
*Interpretación.* En cuanto Pei Pu conoció a Bouriscout, reparó en que había encontrado a la víctima perfecta. Bouriscout estaba solo, aburrido, desesperado. La forma en que reaccionó ante Pei Pu sugería que probablemente también era homosexual, o quizá bisexual; o al menos, que estaba confundido. (De hecho, Bouriscout había tenido encuentros homosexuales de chico; sintiéndose culpable, había intentado reprimir ese lado de sí mismo.) Pei Pu había hecho antes papeles femeninos, y era muy bueno en eso: esbelto y afeminado, físicamente aquello no era una exageración. Pero ¿quién habría creído su historia, o al menos no se habría mostrado escéptico ante ella? El componente crítico de la seducción de Bouriscout por Pei Pu, en la que éste dio vida a la fantasía de aventura del francés, fue empezar poco a poco y establecer una idea en la mente de su víctima. En su perfecto francés (lleno sin embargo de interesantes expresiones chinas), acostumbró a Bouriscout a oír historias y relatos, algunos verídicos, otros no, pero todos enunciados en su tono dramático pero verosímil. Luego sembró la idea de transformación de género con su "Historia de la mariposa". Para cuando confesó la "verdad" sobre su género, ya había encantado por completo a Bouriscout.
Este último se previno contra toda sospecha porque *quería* creer en la historia de Pei Pu. Todo lo demás fue fácil. Pei Pu fingió sus periodos; no hizo falta mucho dinero para conseguir un niño que él pudiera hacer pasar razonablemente por hijo de ambos. Más aún, llevó al extremo la ejecución de su papel de fantasía, pues no dejó de ser escurridizo y misterioso (como un occidental habría esperado de una mujer asiática) mientras envolvía su pasado, y en realidad toda la experiencia de ambos, en historias excitantes. Como explicó después Bouriscout: "Pei Pu me lavó el cerebro. [...] Yo tenía relaciones, y en mis ideas, mis sueños, estaba a años luz de la verdad". Bouriscout pensaba que tenía una aventura exótica, lo cual era para él una fantasía perdurable. Menos conscientemente, disponía de una salida para su homosexualidad reprimida. Pei Pu encarnó su fantasía, le dio cuerpo, actuando primero sobre su mente. La mente posee dos tendencias: quiere creer lo que es agradable creer, pero por autoprotección tiene la necesidad de desconfiar. Si empiezas siendo demasiado teatral, haciendo un gran esfuerzo por crear una fantasía, alimentarás ese lado desconfiado de la mente; y una vez nutrido éste, las dudas no desaparecerán. En cambio, debes comenzar poco a poco, despertando confianza, quizá dejando ver a la gente un ligero toque de algo extraño o excitante en ti para avivar su interés. Entonces podrás armar tu historia, como cualquier obra de acción. Has sentado una base de confianza; así, las fantasías y sueños en que envuelves a los demás son súbitamente creíbles. Recuerda: las personas quieren creer en lo extraordinario; con unos cuantos cimientos, cierto preludio mental, se enamorarán de tu ilusión. Exagera en todo caso el lado de la realidad: usa utilería verdadera (como el hijo que Pei Pu mostró a Bouriscout), y añade los toques fantásticos con tus palabras, o con un gesto ocasional que te confiera una leve irrealidad. Una vez que sientas atrapada a la gente, podrás intensificar tu hechizo, llegar cada vez más lejos en la fantasía. En ese momento, ella habrá llegado tan lejos en su propia mente que ya no tendrás que molestarte por la verosimilitud.

## Cumplimiento del deseo.

En 1762, Catalina, esposa del zar Pedro III, dio un golpe contra *su* incapaz esposo y se proclamó emperatriz de Rusia. Los años siguientes gobernó sola, pero tuvo una serie de amantes. Los rusos los llaman vremienchíki, "los hombres del momento", y en 1774 el hombre del momento era Grigori Potemkin, teniente de treinta y cinco años de edad, diez menos que Catalina, y el más insólito candidato a ese papel. Potemkin era tosco y en absoluto apuesto (había perdido un ojo en un accidente). Pero sabía hacer reír a Catalina, y la adoraba tanto que ella al fin sucumbió. Él se convirtió rápidamente en el amor de su vida.
Catalina ascendió a Potemkin cada vez más en la jerarquía, hasta hacerlo gobernador

de la Rusia Blanca, inmensa área del suroeste que incluía a Ucrania. Como gobernador, Potemkin tuvo que abandonar San Petersburgo e ir a vivir al sur. Sabía que Catalina no podía estar sin compañía masculina, así que asumió la responsabilidad de nombrar a su siguiente *vremienchúá.* Ella no sólo aprobó esa disposición, sino que dejó en claro que Potemkin sería siempre su favorito.

El sueño de Catalina era emprender una guerra con Turquía, recuperar Constantinopla para la iglesia ortodoxa y expulsar a los turcos de Europa. Ofreció compartir esta cruzada con el joven emperador de los Habsburgo, José II, pero éste nunca se convenció de firmar el tratado que los uniría en guerra. Impaciente, en 1783 Catalina se anexó Crimea, península del sur poblada principalmente por tártaros musulmanes. Pidió a Potemkin hacer ahí lo que ya había logrado en Ucrania: librar el área de bandidos, construir caminos, modernizar los puertos, llevar prosperidad a los pobres. Una vez arreglada, Crimea sería el perfecto puerto de lanzamiento de la guerra contra Turquía. Crimea era un atrasado páramo, pero a Potemkin le agradó el reto. Trabajando en un centenar de proyectos diferentes, se embriagó con visiones de los milagros que haría allá. Establecería una capital junto al río Dniéper, Ekaterinoslav (La gloria de Catalina), que rivalizaría con San Petersburgo y alojaría una universidad que opacaría a cualquiera de Europa. El campo albergaría interminables sembradíos de trigo, huertos de raros frutos de Oriente, criaderos de gusanos de seda, nuevas ciudades con mercados bulliciosos. En una visita a la emperatriz en 1785, Potemkin habló de esas cosas como si ya existieran, así de vividas eran sus descripciones. La emperatriz se mostró encantada, pero sus ministros fueron escépticos; Potemkin era dado a hablar. Ignorando sus advertencias, en 1787 Catalina solicitó una gira por el área. Pidió a José II que la acompañara; él quedaría tan impresionado con la modernización de Crimea que firmaría de inmediato la guerra contra Turquía. Potemkin, naturalmente, debía organizar toda la cuestión.
Así, en mayo de ese año, luego de que el Dniéper se descongeló, Catalina se preparó para efectuar un viaje de Kiev, en Ucrania, a Sebastopol, en Crimea. Potemkin dispuso que siete palacios flotantes transportaran por el río a Catalina y su séquito. El viaje empezó, y al mirar las riberas a cada lado, Catalina, José y los cortesanos hallaban arcos de triunfo ante ciudades de pulcro aspecto, recién pintadas sus paredes; ganado de saludable apariencia paciendo en las pasturas; torrentes de tropas desfilando en los caminos; edificios que se alzaban en todas partes. Al anochecer los entretuvieron campesinos ataviados con brillantes prendas, y sonrientes muchachas con flores en el cabello, que bailaban en la orilla. Catalina había recorrido el área muchos años atrás, y la pobreza del campesinado le había entristecido; decidió entonces que cambiaría de algún modo su suerte. Ver ante sus ojos las señales de esa transformación la sobrepasó, y amonestó a los críticos de Potemkin: "¡Miren lo que ha hecho mi favorito, vean estos milagros!".
De camino anclaron en tres ciudades, permaneciendo cada vez en un magnífico palacio recién construido, con cascadas artificiales en jardines estilo inglés. En tierra recorrieron poblados con bulliciosos mercados; los campesinos trabajaban gustosamente, construyendo y reparando. En todas partes donde pasaron la noche, algún espectáculo ocupó su vista: bailes, desfiles, retablos mitológicos, volcanes artificiales que iluminaban jardines moriscos. Finalmente, al término del viaje, en el palacio de Sebastopol, Catalina y José hablaron de la guerra con Turquía. José reiteró sus preocupaciones. De pronto, Potemkin interrumpió: "Tengo cien mil soldados esperando que les diga: '¡En marcha!'". En ese momento las ventanas del palacio se abrieron de golpe, y al son del estruendo de cañones ellos miraron filas de soldados hasta donde alcanzaba la vista, y una flota naval que ocupaba el puerto. Impactado por la vista, y con imágenes de ciudades de Europa oriental recuperadas de los turcos danzando en su cabeza, José II, finalmente, firmó el tratado. Catalina estaba extasiarla, y su amor por Potemkin alcanzó nuevas alturas. El había hecho realidad sus sueños. Catalina no sospechó nunca que casi todo lo que había visto era pura falsedad, quizá la ilusión mis compleja jamás evocada por un hombre.
*Interpretación.* En sus cuatro años como gobernador de Crimea, Potemkin había hecho poco, porque se necesitaban décadas para componer ese atrasado lugar junto ai mar. Pero en los escasos meses previos a la visita de Catalina, hizo lo siguiente: cada edificio frente al camino o la ribera recibió una nueva capa de pintura; se colocaron árboles artificiales para ocultar de la vista puntos impropios; los techos rotos se repararon con tablas ligeras pintadas de tal modo que parecieran tejas; todos a quienes la comitiva vería recibieron la instrucción de vestir sus mejores ropas y parecer felices; los ancianos y enfermos debían quedarse en casa. Flotando en sus palacios por el Dniéper, el séquito imperial vio flamantes poblados, pero la mayoría de los edificios sólo eran fachadas. Los hatos dé ganado se llevaron desde muy lejos, y se trasladaron de noche a campos nuevos a lo largo de la ruta. A los campesinos bailarines se les adiestró en sus espectáculos; luego, cada uno era cargado en carretas y apresuradamente transportado a otro lugar río abajo, al igual que los soldados de los desfiles, quienes parecían estar en todas partes. Los jardines de los nuevos palacios se llenaron con árboles trasplantados que días después se secaron. Los palacios mismos fueron rápida y deficientemente construidos, pero tan magníficamente amueblados que nadie se dio cuenta. Una fortaleza en el camino se construyó con arena, y fue derribada poco después por una tormenta.
El costo de esta vasta ilusión había sido enorme, y la guerra con Turquía sería un fracaso, pero Potemkin había cumplido su meta. Para el observador, desde luego, a lo largo de la ruta había señales de que nada era lo que parecía; pero cuando la emperatriz insistió en que todo era real y glorioso, los cortesanos no pudieron menos que estar de acuerdo. Esa fue la esencia de la seducción: Catalina deseaba tan-to que se le considerara una

gobernante benigna y progresista, la cual derrotaría a los turcos y liberaría a Europa, que cuando vio señales de cambio en Crimea, su mente completó el cuadro.
Cuando nuestras emociones se inmiscuyen, a menudo tenemos problemas para ver las cosas tal como son. El amor puede nublar nuestra visión, haciéndonos colorear los acontecimientos para que coincidan con nuestros deseos. A fin de hacer creer a la gente en las ilusiones que crees, debes alimentar las emociones sobre las que tiene menos control. Con frecuencia la mejor manera de hacer esto es determinar sus deseos insatisfechos, sus anhelos que claman realización. Tal vez quisiera verse a *sí* misma como noble o romántica, pero la vida se lo ha impedido. Quizá desea una aventura. Si algo parece dar validez a esta aspiración, ella se emocionará y volverá irracional, al punto casi de la alucinación.
Recuerda envolverla en tu ilusión poco a poco. Potemkin no empezó con espectáculos grandiosos, sino con vistas simples a lo largo del camino, como el ganado que pastaba. Luego llevó a la gente a tierra, intensificando el drama, hasta el climax calculado en que las ventanas se abrieron de golpe para revelar un poderoso aparato bélico: en realidad un escaso millar de hombres y barcos alineados de tal forma que sugerían muchos más. Como Potemkin, lleva a tu objetivo a un viaje, físico o de otra especie. La sensación de una aventura compartida es pródiga en asociaciones fantásticas. Hazle sentir que ve y vive algo relacionado con sus más profundos anhelos, y verá poblados prósperos y felices donde sólo hay fachadas.
*Ahí comenzó el verdadero viaje por el país de las hadas de Potemkin. Era como un sueño: la ensoñación de un mago que ha descubierto el secreto para materializar sus visiones. [...] [Catalina] y sus acompañantes habían dejado atrás el mundo de la realidad [...] Hablaban de Ifigeniay los dioses antiguos, y Catalina se sintió al mismo tiempo Alejandro y Cleopatra.* —Gina KauS.

## Claves para la seducción.

La realidad puede ser implacable: suceden cosas sobre las que tenemos poco *control,* los demás ignoran nuestros sentimientos en afán de obtener lo que necesitan, el tiempo se agota antes de que cumplamos lo que queremos. Si alguna vez nos detuviéramos a examinar el presente y el futuro en forma totalmente objetiva, nos desesperaríamos. Por fortuna, desarrollamos pronto el hábito de soñar. En este otro mundo mental que habitamos, el futuro está lleno de posibilidades optimistas. Quizá mañana convenceremos de esa brillante idea, o conoceremos a la persona que cambiará nuestra vida. Nuestra cultura estimula estas fantasías con constantes imágenes e historias de sucesos maravillosos y felices romances.
El problema es que esas imágenes y fantasías solo existen en nuestra mente, o en la pantalla. Pero en verdad no son suficientes: ansiamos lo real, no esa ensoñación y tentación interminables. Tu tarea como seductor es dar cuerpo a la vida fantástica de alguien encarnando una figura de fantasía, o creando un escenario que se parezca a los sueños de esa persona. Nadie puede resistirse a la fuerza de un deseo secreto que ha cobrado vida ante sus ojos. Elige primeramente objetivos que tengan alguna represión o sueño incumplido, siempre las más probables víctimas de la seducción. Lenta y gradualmente, forja la ilusión de que ven y sienten y viven sus sueños. Una vez que
tengan esta sensación, perderán contacto con la realidad, y empezarán a ver tu fantasía como algo más real que todo. Y en cuanto pierdan contacto con la realidad, serán (para citar a Stendhal acerca de las víctimas de Lord Byron) como alondras asadas en tu boca.
La mayoría de la gente tiene una idea falsa de la ilusión. Como cualquier mago sabe, no es necesario fundarla en algo grandioso o teatral; lo grandioso y teatral en realidad puede ser destructivo, al llamar mucho la atención sobre ti y tus ardides. Da en cambio la impresión de normalidad. Una vez que tus objetivos se sientan seguros —nada está fuera de lo común—, dispondrás de margen para engañarlos. Pei Pu no contó de inmediato la mentira sobre su género; se tomó su tiempo, hizo que Bouriscout se acercara a él. Cuando Bouriscout se prendó de su caso, Pei Pu siguió usando ropa de hombre. Al animar una fantasía, el gran error es imaginar que debe ser desbordante. Esto lindaría en lo *camp,* lo cual es entretenido pero raramente seductor. Por el contrario, a lo que apuntas es a lo que Freud llamó lo "misterioso", algo extraño y familiar al mismo tiempo, como un *déjá* va, o un recuerdo de infancia: cualquier cosa levemente irracional y de ensueño. Lo misterioso, la mezcla de lo real y lo irreal, tiene inmenso poder sobre nuestra imaginación. Las fantasías a las que das vida para tus objetivos no deben ser estrafalarias ni excepcionales; deben enraizarse en la realidad, con un dejo de extrañeza, de teatralidad, de ocultismo (hablar del destino, por ejemplo). Recuerda vagamente a los demás algo de su infancia, o un personaje de una película o un libro. Aun antes de que Bouriscout conociera la historia de Pei Pu, tuvo la misteriosa sensación de algo notable y fantástico en ese hombre de apariencia normal. El secreto para crear un efecto

misterioso es ser sutil y sugerente. Emma Hart tenia un pasado prosaico: su padre había sido herrero de pueblo en la Inglaterra del siglo XVIII. Emma era hermosa, pero no i tenía ningún otro talento que la avalara. Sin embargo, ascendió hasta convertirse en una de las mayores seductoras de la historia, seduciendo primero a Sir William Hamilton, el embajador inglés en la corte de Ñapóles, y luego (como Lady Hamilton, esposa de Sir William) al vicealmirante Lord Nelson. Lo extraño al conocerla era la misteriosa sensación de que ella era una figura del pasado, una mujer salida de la mitología griega o la historia antigua. Sir William coleccionaba antigüedades griegas y romanas; para seducirlo, Emma se asemejó hábilmente a una estatua griega, y a figuras míticas en los cuadros de la época. No era sólo la manera en que se peinaba, o se vestía, sino sus poses, su forma de conducirse. Era como si uno de los cuadros que Sir [William coleccionaba hubiera cobrado vida. Pronto él empezó a dar \ fiestas en su casa de Ñapóles en las que Emma se ponía disfraces y adoptaba poses, recreando imágenes de la mitología y la historia. Docenas de hombres se enamoraron de ella, porque encarnaba una imagen de su infancia, una imagen de belleza y perfección. La clave para esta creación de fantasía era una asociación cultural compartida: mitología, seductoras históricas como Cleopatra. Cada cultura posee una reserva de esas figuras del distante y no tan distante pasado. Insinúas una semejanza, en espíritu y apariencia, pero eres de carne y hueso. ¿Qué podría ser más estremecedor que la sensación de estar en presencia de una figura de fantasía llegada de tus más remotos recuerdos?

Una noche, Paulina Bonaparte, la hermana de Napoleón, ofreció una cena de gala en su casa. En cierto momento, un apuesto oficial alemán se acercó a ella en el jardín y le pidió ayuda para transmitir una solicitud al emperador. Paulina dijo que haría cuanto pudiera y, con una mirada algo misteriosa, le pidió regresar a ese sitio la noche siguiente. El oficial volvió, y fue recibido por una joven que lo con-dujo a unas habitaciones cerca del jardín, y luego a un magnífico salón, con todo y un extravagante baño. Momentos después entró otra joven por una puerta lateral, vestida con las más finas prendas. Era Paulina. Sonaron campanas, se tiraron sogas, y aparecieron doncellas, que prepararon el baño, dando al oficial una bata, y desaparecieron. El oficial describió después la velada como salida de un cuento de hadas, y tuvo la sensación de que Paulina había interpretado deliberadamente el papel de una seductora mítica. Ella era lo bastante bella y poderosa para conseguir casi todo hombre que quisiera, y no le interesaba llevarlo simplemente a la cama; quería envolverlo en una aventura romántica, seducir su mente.' Parte de la aventura era la sensación de que desempeñaba un papel, e invitaba a su objetivo a esa fantasía compartida. Hacer teatro improvisado es sumamente placentero. Su atractivo se remonta a la infancia, cuando conocemos la emoción de actuar diferentes papeles, imitando a los adultos o a personajes de ficción. Cuando crecemos y la sociedad nos fija un papel, una parte nuestra ansia la actitud juguetona que antes teníamos, las máscaras que podíamos usar. Aún queremos practicar ese juego, cumplir un papel diferente en la vida. Cede a este deseo de tus blancos, dejando primero en claro que representas un papel, e invitándolos luego a acompañarte en una fantasía compartida. Entre más hagas las cosas como si se tratara de una obra de teatro u obra de ficción, mejor. Mira cómo Paulina inició la seducción con una misteriosa solicitud de que el oficial reapareciera la noche siguiente; luego, una segunda mujer lo llevó a la serie mágica de habitaciones. Paulina demoró su entrada, y cuando apareció, no mencionó el asunto del oficial con Napoleón, ni nada remotamente banal. Ella tenía un aire etéreo; lo invitaba a entrar a un cuento de hadas. La velada era real, pero tenía una misteriosa semejanza con un sueño erótico.

Casanova llevaba el teatro aún más lejos. Viajaba con un enorme guardarropa y un baúl lleno de objetos de utilería, muchos de ellos regalos para sus víctimas: abanicos, joyas y otros accesorios. Y parte de lo que decía y hacía lo tomaba de novelas que había leído e historias que escuchaba. Envolvía a las mujeres en una atmósfera romántica, exagerada pero muy real para sus sentidos. Como Casanova, ve el mundo como una suerte de teatro. Inyecta cierta ligereza a los papeles que ejecutas; intenta crear una sensación de drama e ilusión; confunde a la gente con la leve irrealidad de palabras y gestos inspirados por la ficción; en la vida diaria, sé un actor consumado. Nuestra cultura los venera por su libertad para interpretar papeles. Esto es algo que todos envidiamos.

Durante años, el cardenal de Rohan había temido haber ofendido de algún modo a su reina, María Antonieta. Ella apenas si lo miraba. En 1784, la condesa de Lamotte-Valois le sugirió que la reina estaba dispuesta no sólo a cambiar esa situación, sino en verdad a ser su amiga. La reina, dijo Lamotte-Valois, se lo indicaría en su siguiente recepción formal, asintiendo con la cabeza en su dirección en una forma particular. Durante la recepción, Rohan notó en efecto un ligero cambio en la conducta de la reina hacia él, y una mirada apenas perceptible a su persona. Esto le causó gran alegría. La condesa sugirió entonces el intercambio de cartas, y Rohan pasó días escribiendo y rescribiendo su primera carta a la reina. Para su deleite, recibió respuesta. Luego la reina solicitó una entrevista privada con él, en los jardines de Versalles. Rohan no cabía en sí de dicha y ansiedad. Al anochecer se reunió con la reina en los jardines, se echó al suelo y besó la orla de su vestido. "Usted puede esperar que se olvide el pasado", le dijo ella. En ese momento oyeron voces que se acercaban, y la reina, temerosa de que alguien los viera juntos, huyó a toda prisa con sus sirvientes. Pero Rohan recibió pronto una solicitud suya, nuevamente a través de la condesa: ansiaba adquirir el más hermoso collar de diamantes jamas creado. Necesitaba un intermediario que lo comprara por ella, pues el rey lo juzgaba demasiado costoso. Había elegido a Rohan para la

tarea. El cardenal se mostró más que dispuesto; realizando esta función demostraría su lealtad, y la reina estaría en deuda con él para siempre. Rohan adquirió el collar, la condesa había de entregarlo a la reina. Rohan esperó entonces a que la soberana se lo agradeciera, y le pagara poco a poco.

Pero esto nunca sucedió. En realidad la condesa era una gran estafadora: la reina jamás señaló nada a Rohan, él sólo lo había imaginado. Las cartas que había recibido de ella eran falsificaciones, ni siquiera muy buenas. La mujer a la que había visto en el parque era una prostituta, pagada para disfrazarse y actuar. El collar era real, por supuesto; pero una vez que Rohan lo pagó, y lo entregó a la condesa, desapareció. Se le dividió en partes, que se ofrecieron en toda Europa a *montos* muy elevados. Y cuando Rohan se quejó finalmente con la reina, la noticia de la extravagante compra se difundió rápidamente. El pueblo creyó la historia de Rohan: que la reina había comprado el collar, y fingía otra cosa. Esta ficción fue el primer paso en la ruina de la reputación de la monarca.

Todos hemos perdido algo en la vida, sentido la punzada de la desilusión. La idea de que podemos recuperar algo, de que un error puede corregirse, es inmensamente seductora. Bajo la impresión de que la reina estaba dispuesta a perdonar algún error que él hubiera cometido, Rohan alucinó todo tipo de cosas: señales que no existían, cartas que eran las más burdas falsificaciones, una prostituta convertida en María Antonieta. La mente es infinitamente vulnerable a la sugestión, más aún cuando están de por medio fuertes *deseos.* Y nada es más fuerte que el deseo de cambiar el pasado, remediar un error, reparar una decepción. Halla esos deseos en tus víctimas y te será simple crear una fantasía creíble: pocos tienen el poder de identificar una ilusión en la que desesperadamente quieren creer.

*Símbolo. Shangri-La. Todos tenemos en nuestra mente una visión de un lugar perfecto en él que la gente es buena y noble, donde los sueños pueden realizarse y los deseos cumplirse, donde la vida está llena de aventura y romance. Lleva de viaje allá a tu objetivo, déjale ver Shangri-La entre la niebla de la montaña, y se enamorará.*

# Reverso.

No hay reverso en este capítulo. La seducción jamás procederá sin crear ilusión, la sensación de un mundo real pero aparte de la realidad. 15.- Aisla a la víctima.
*Una persona aislada es débil. Al aislar lentamente a tus víctimas, las vuelves más vulnerables a tu influencia. Su aislamiento puede ser psicológico: llenando su campo de visión con la grata atención que les prestas, sacas todo lo demás de su mente. Ven y piensan sólo en ti El aislamiento también puede ser físico: aléjalas de su medio normal (amigos, familia, casa). Hazlas sentirse marginadas, en el limbo: que dejan un mundo atrás y entran a otro. Una vez apartadas de esa manera, carecen de apoyo externo, y en su confusión será fácil descarriarlas. Haz caer al seducido en tu guarida, donde nada le es familiar.*

# Aislamiento: El efecto exótico.

A principios del *siglo* V a.G, Fu Chai, el rey chino de Wu, derrotó a su gran enemigo, Kou Chien, el rey de Yueh, en una serie de batallas. Kou Chien fue capturado y obligado a servir como mozo en los establos de Fu Chai. Finalmente se le permitió volver a su país, pero cada año tenía que pagar un cuantioso tributo en dinero y regalos a Fu Chai. Al paso de los años, este tributo aumentó, así que el reino de Wu prosperó y Fu Chai se hizo rico.
Un año Kou Chien envió una delegación a Fu Chai: quería saber si aceptaría como regalo dos hermosas doncellas como parte del tributo. Fu Chai sintió curiosidad, y aceptó el ofrecimiento. Las mujeres llegaron días después, en medio de gran expectación, y el rey las recibió en su palacio. Ambas se acercaron al trono: estaban magníficamente peinadas, al estilo llamado de "nubarrones", ornadas con aderezos de perlas y plumas de martín pescador. Cuando caminaban, los pendientes de jade que colgaban de sus corsés hacían el más delicado de los sonidos. El aire se llenó de un perfume exquisito. El rey se sintió extremadamente complacido. La belleza de una de las jóvenes superaba con mucho a la de la otra; se llamaba Hsi Shih. Miraba al rey a los ojos sin traza de timidez; de hecho, era segura y coqueta, algo que él no estaba acostumbrado a ver en muchachas de su edad. Fu Chai demandó festividades para conmemorar la ocasión. Los salones del palacio se llenaron de bullangueros; exaltada por el vino, Hsi Shih bailó ante el rey. Cantó, y su voz era bella. Recostada en un sofá de jade blanco, parecía una diosa. El rey no pudo separarse de su lado. Al día siguiente fue tras ella a todas partes. Para su sorpresa, era ingeniosa, aguda y culta, y podía citar a los clásicos mejor que él. Cuando tenía que dejarla para ocuparse de sus asuntos reales, su mente rebosaba con su imagen. Pronto la llevaba consigo a sus reuniones, y le pedía consejo sobre materias importantes. Ella le dijo que escuchara menos a sus ministros; él era más sabio que ellos, y su juicio superior.
El poder de Hsi Shih aumentaba día con día. Pero ella no era fácil de complacer: si el rey no le concedía alguno de sus deseos, sus ojos se anegaban en lágrimas, y a él se le ablandaba el corazón y se rendía. Un día ella le rogó que le erigiera un palacio fuera de la capital. El la complació, por supuesto. Y cuando visitó el palacio, su magnificencia le asombró; aunque él lo había pagado todo, Hsi Shih lo había llenado de los accesorios más extravagantes. Los jardines con-tenían un lago artificial con puentes de mármol que lo cruzaban. Fu Chai pasaba ahí cada vez más tiempo, sentado junto a un estanque viendo peinarse a Hsi Shih, con el estanque por espejo. La veía jugar con sus aves, en sus jaulas enjoyadas, o simplemente caminar por el palacio, porque se movía como un sauce en la brisa. Pasaron los meses; él permanecía en el palacio. Se ausentaba de reuniones, ignoraba a sus familiares y amigos, descuidaba sus funciones públicas. Perdió la noción del tiempo. Cuando llegó una delegación para hablar con él de asuntos urgentes, estaba desmasiado distraído para escuchar. Si algo que no fuera Hsi Shih ocupaba su tiempo, le inquietaba sobremanera que ella se enojara. Finalmente llegó hasta él la noticia de una crisis en ascenso: la fortuna que había gastado en el palacio había arruinado el tesoro, y el pueblo no estaba contento. Regresó a la capital, pero ya era demasiado tarde: un ejército del reino de Yueh había invadido Wu, y llegado a la capital. Todo estaba perdido. Fu Chai no tuvo tiempo de reunirse con su amada Hsi Shih. En vez de dejarse capturar por el rey de Yueh, el hombre que
alguna vez había servido en sus establos, se suicidó.
Jamás imaginó que Kou Chien había tramado esta invasión durante años, y que la elaborada seducción de Hsi Shih había sido la principal parte de su plan. *Interpretación.* Kou Chien quería cerciorarse de que su invasión de Wu no fracasara. Su enemigo no eran los ejércitos de Fu Chai, ni la riqueza y recursos de éste, sino su mente. Si podía distraerlo por completo, llenar su mente de algo distinto a los asuntos de Estado, caería como fruto maduro.

Kou Chien buscó a la doncella más hermosa de su reino. Durante tres años la educó en todas las artes: no sólo canto, baile y caligrafía, sino también a vestir, hablar, ser coqueta. Y funcionó: Hsi Shih no dio a Fu Chai momento de reposo. Todo en ella era exótico y desconocido. Cuanta mayor atención prestaba él a su cabellera, su ánimo, sus miradas, la forma en que se movía, menos pensaba en la diplomacia y la guerra. Había enloquecido.
Hoy todos somos monarcas que protegemos el reino diminuto de nuestra vida, agobiados por toda suerte de responsabilidades, rodeados de ministros y asesores. Un muro se forma a nuestro alrededor: somos inmunes a la influencia de los demás, porque estamos muy preocupadas. Como Hsi Shih, entonces, debes alejar a tus objetivos, con delicadeza y lentitud, de los asuntos que ocupan su mente. Y lo que mejor los hace salir de sus castillos es el aroma de lo exótico. Ofréceles algo desconocido que les fascine y mantendrás su atención. Sé diferente en tu actitud y apariencia, y envuélvelos poco a poco en ese diferente mundo tuyo. Descontrola a tus blancos con insinuantes cambios de ánimo. No te preocupes de que el desorden que representas los ponga emotivos: ésta es una señal de su debilidad creciente. La mayoría de las personas son ambivalentes: por un lado se sienten a gusto con sus hábitos y deberes, pero por el otro están aburridas, y listas para cualquier cosa que parezca exótica, que semeje provenir de otra parte. Podrían oponerse o tener dudas, pero los placeres exóticos son irresistibles. Cuanto más logres llevarlos a tu mundo, más débiles se volverán. Y como el rey de Wu, cuando se den cuenta de lo ocurrido, ya será demasiado tarde.

## Aislamiento: El efecto "Sólo tú".

En 1948, la actriz Rita Hayworth, de veintinueve años, conocida como la Diosa del Amor de Hollywood, pasaba por un mal momento en su vida. Su matrimonio con Orson Welles se disolvía, su madre había muerto y su carrera parecía estancada. Ese verano se fue a Europa. Welles estaba en Italia entonces, y en el fondo ella soñaba con una reconciliación.
Rita hizo una primera escala en la Costa Azul. Le llovieron invitaciones, en particular de hombres ricos, porque en ese tiempo se le consideraba la mujer más hermosa del mundo. Aristóteles Onassis y el sha de Irán le hablaban por teléfono casi todos los días, suplicándole una cita. Ella los rechazaba a todos. Días después de su arribo recibió una invitación de Elsa Maxwell, la anfitriona de la alta sociedad, quien daría una pequeña fiesta en Cannes. Rita se rehusó, pero Maxwell insistió, diciéndole que se comprara un vestido nuevo, llegara un poco tarde e hiciera una entrada grandiosa. Rita accedió, y llegó a la fiesta con un vestido griego blanco, el rojo cabello derramado sobre sus hombros desnudos. Fue recibida por una reacción a la que ya estaba acostumbrada: todas las conversaciones se interrumpieron mientras hombres y mujeres daban vuelta en sus ! sillas, ellos mirando sorprendidos, ellas celosas. Un hombre se apresuró a colocarse a su lado y la acompañó a su mesa. Era el príncipe Alí Kan, de treinta y siete años, hijo del Aga Kan III, el líder mundial de la secta ismailita islámica y uno de los hombres más ricos del mundo. Rita había sido prevenida contra Alí Kan, conocido libertino. Para su consternación, se les sentó juntos, y él jamás se separó de su lado. Le hizo millones de preguntas: sobre Hollywood, sus intereses y demás. Ella empezó a relajarse un poco, y a abrirse. Ahí había otras mujeres hermosas, princesas, actrices, pero Alí Kan las ignoró a todas, conduciéndose como si Rita fuera la única mujer en el lugar. La llevó a bailar; y aunque él era un bailarín experto, ella se sintió incómoda: Alí la mantuvo un poco demasiado cerca. Aun así, cuando le ofreció llevarla de regreso a su hotel, ella aceptó. Atravesaron a toda velocidad la Grande Comiche; era una noche hermosa. Durante la velada, Rita había podido olvidarse de sus muchos problemas, y estaba agradecida, pero seguía enamorada de Weiles, y una aventura con un libertino como Alí Kan no era lo que necesitaba.
Alí Kan tenía que hacer un viaje de negocios por unos días; pidió a Rita permanecer en la Costa Azul hasta su regreso. Mientras estuvo fuera, él le telefoneaba constantemente. Cada mañana llegaba un gigantesco ramo de flores. Por teléfono él parecía particularmente enfadado de que el sha de Irán se empeñara tanto en verla, y le hizo prometer que no se presentaría a la cita a la que finalmente había accedido. En ese lapso, una gitana visitó el hotel, y Rita aceptó que le leyera la suerte. "Estás a punto de iniciar el mayor romance de tu vida", le dijo la gitana. "El es alguien a quien ya conoces... Debes ceder y entregarte a él por completo. Sólo así encontraras por fin la felicidad." Sin saber quién podía ser ese hombre, Rita, quien tenía debilidad por el ocultismo, decidió prolongar su estancia. Alí Kan volvió; le dijo que su château con vista al Mediterráneo era el lugar perfecto para huir de la prensa y olvidar sus problemas, y que él se comportaría. Ella cedió. La vida en el château era como un cuento de hadas: cada vez que Rita volteaba, los ayudantes indios de él estaban ahí para satisfacer hasta su menor deseo. En la noche, él la llevaba a su enorme salón, donde bailaban completamente solos. ¿Era él acaso el hombre al que la adivina se había referido?

Alí Kan invitó a sus amigos a conocerla. Entre esa extraña compañía, ella se sintió sola otra vez, y deprimida; decidió dejar el château. Justo entonces, como si le hubiera leído la mente, Alí Kan la llevó a España, el país que más gustaba a Rita. La prensa se enteró del romance, y comenzó a perseguirlos en España: Rita tenía una hija con Weiles, ¿era ésa la manera de comportarse de una madre? La fama de Alí Kan no ayudaba, pero él se mantuvo a su lado, protegiéndola de la prensa lo mejor que pudo. Ella estaba entonces más sola que nunca, y dependía por completo de él.

Casi al final del viaje, Alí Kan le propuso matrimonio. Rita lo rechazó; no creía que él fuera el tipo de hombre con quien se casa una mujer. El la siguió a Hollywood, donde sus amigos de antaño fueron con ella menos amigables que de costumbre. Gracias a Dios ella tenía a Alí Kan para ayudarla. Un año después sucumbió al fin: abandonó su carrera, se mudó al château de Alí Kan y se casó con él.

¡Niña, hermana mía, \ Piensa en la dulzura \ De vivir juntos muy lejos! \ ¡Amar a placer, \ Amar y morir \ En sitio a ti semejante! \ Los húmedos soles, \ Los

*Interpretación.* Como muchos otros hombres, Alí Kan se enamoró de Rita Hayworth en cuanto vio la película *Gilda,* en 1948. Decidió seducirla a como diera lugar. Tan pronto como se enteró de que ella iría a la Costa Azul, consiguió que su amiga Elsa Maxwell la atrajera a la fiesta y la sentara junto a él. El sabía de su rompimiento matrimonial, y de lo vulnerable que ella estaba. Su estrategia fue borrar de la mente de Rita todo lo demás que había en su mundo: problemas, otros hombres, sospechas de él y sus motivos, etcétera. Su campaña comenzó con el despliegue de un intenso interés en su vida: constantes llamadas telefónicas, flores, regalos, todo para mantenerse en su mente. Usó a la adivina para que sembrara la semilla. Cuando Rita empezó a enamorarse de él, la presentó con sus amigos, sabiendo que se sentiría extraña entre ellos, y por tanto dependiente de él. Su dependencia se acentuó con el viaje a España, donde ella estaba en territorio deseconocido, sitiada por reporteros, y obligada a aferrarse a él en busca de ayuda. Alí Kan terminó por dominar poco a poco sus pensamientos. Donde ella mirara, ahí estaba él. Finalmente sucumbió, por debilidad y el halago a su vanidad que la atención de él representaba. Bajo su hechizo, Rita olvidó su horrible fama, renunciando a las sospechas que eran lo único que lo protegía de él. No era la riqueza o apariencia de Alí Kan lo que hacía de él un gran seductor. En realidad no era muy apuesto, y su riqueza era más que neutralizada por su mala fama. Su éxito era estratégico: aislaba a sus víctimas, operando tan lenta y sutilmente que ellas no se daban cuenta. La intensidad de su atención hacía que una mujer sintiera que, a sus ojos, en ese momento, ella era la única mujer del mundo. Este aislamiento se experimentaba como placer; la mujer no reparaba en su creciente dependencia, en cómo la forma en que él llenaba su mente con su atención la aislaba poco a poco de sus amigos y su medio. Su natural desconfianza del hombre era ahogada por el embriagador efecto de él en el ego de ella. Alí Kan encubría casi siempre la seducción llevando a la mujer a un lugar encantado del orbe, que él conocía bien pero en el que ella se sentía perdida.

No des tiempo ni espacio a tus blancos para preocuparse, desconfiar o resistirse.
Inúndalos de la clase de atención que deja fuera todos los pensamientos,
preocupaciones y problemas. Recuerda: en secreto, la gente anhela ser descarriada por
alguien que sabe adonde va. Puede ser un placer soltarse, e incluso sentirse ailsado y
débil, si la seducción se lleva a cabo pausada y garbosamente.

*Llévalos a un punto del que no puedan salir, y morirán antes de poder escapar.*
—Sun-Tzu.

# Claves para la seducción.

Quienes te rodean pueden parecer fuertes, y más o menos al mando de su vida, pero eso es una mera fachada. En el fondo, la gente es más frágil de lo que dice. Lo que la hace parecer fuerte es la serie de nidos y redes de seguridad que la envuelven: sus amigos, sus familiares, sus rutinas diarias, lo que le da una sensación de continuidad, seguridad y control. Muévele repentinamente el tapete y déjala sola en un país extranjero, donde las señales conocidas han desaparecido o cambiado, y verás a una persona distinta.
Un objetivo fuerte y asentado es difícil de seducir. Pero aun las personas fuertes pueden volverse vulnerables si te es posible aislarlas de sus nidos y redes de seguridad. Borra de su mente a sus amigos y familiares con tu presencia constante, aléjalas del mundo al que están acostumbradas y llévalas a lugares que no conocen. Haz que pasen tiempo en tu entorno. Perturba deliberadamente sus hábitos, haz que hagan cosas que nunca han hecho. Se emocionarán, lo que te facilitará descarriarlas. Encubre todo esto bajo la forma de una experiencia placentera, y un día tus objetivos despertarán distanciados de todo lo que normalmente los conforta. Entonces se volverán a ti en busca de ayuda, como un niño que llama a su madre cuando las luces se apagan. En la seducción, como en la guerra, el objetivo aislado es débil y vulnerable. En *Clarissa,* de Samuel Richardson, escrita en 1748, el libertino Lovelace intenta seducir a la hermosa protagonista de la historia. Clarissa es joven, virtuosa y muy protegida por su familia. Pero Lovelace es un seductor intrigante. Primero corteja a la hermana de Clarissa, Arabella. La boda entre ellos parece probable. De pronto desvía su atención a Clarissa, explotando la rivalidad entre las hermanas para poner furiosa a Arabella, El hermano de ambas, James, se molesta por el cambio de sentimientos de Lovelace; pelea con él y resulta herido. La familia entera protesta airadamente, unida contra Lovelace, quien, sin embargo, logra hacer llegar cartas a escondidas a Clarissa, y la *visita* cuando está en casa de una amiga. La familia lo descubre, y la acusa de deslealtad. Clarissa es inocente; no ha alentado las cartas ni visitas de Lovelace. Pero entonces sus padres están *resueltos a ca*sarla, con un viejo rico. Sola en el mundo, a punto de ser desposada con un hombre que considera repulsivo, se vuelve a Lovelace como el único que puede salvarla del desastre. Al final él la rescata llevándola a Londres, donde ella puede escapar de su temido matrimonio, pero donde también está irremediablemente aislada. En esas circunstancias, sus sentimientos por él se suavizan. Todo esto ha sido magistralmente orquestado por el propio Lovelace: la agitación en la familia, la final separación de Clarissa de ella, todo el escenario. Tus peores enemigos en una seducción suelen ser los familiares y amigos de tus objetivos. Ellos están fuera de tu círculo y son inmunes a tus encantos; pueden brindar la voz de la razón al seducido. Trabaja callada y sutilmente para alejar de ellos al objetivo. Insinúa que están celosos de la buena suerte de tu blanco al encontrarte, o que son figuras paternas que han perdido el gusto por la aventura. Este último argumento es sumamente eficaz con los jóvenes, cuya identidad se halla en cambio permanente y quienes están más que dispuestos a rebelarse contra cualquier figura de autoridad, en particular sus padres. Tú representas pasión y vida; los amigos y los padres, hábito y aburrimiento.
En La tragedia de *Ricardo* III, de Shakespeare, Ricardo, siendo aún duque de Gloucester, ha asesinado al rey Enrique VI y a su hijo, el príncipe Eduardo. Poco después acosa a Lady Ana, la viuda del príncipe, quien sabe lo que él ha hecho con los dos hombres más cercanos a ella, y quien lo odia tanto como puede hacerlo una mujer. Pero Ricardo intenta seducirla. Su método es simple: le dice que lo que hizo, lo hizo por amor a ella. No quería que hubiera nadie en su vida más que él. Sus sentimientos eran tan intensos que lo empujaron a matar. Claro que Lady Ana no sólo se opone a esta línea de razonamiento, sino que aborrece a Ricardo. Pero él persiste. Ana se encuentra en un momento de extrema vulnerabilidad: sola en el mundo, sin nadie que la apoye, en el colmo de la aflicción. Increíblemente, las palabras de él empiezan a tener efecto.
El asesinato no es una táctica de seducción, pero el seductor ejecuta una suerte de homicidio, de orden psicológico. Nuestras relaciones pasadas son una barrera en el presente. Aun las personas que dejamos atrás pueden seguir influyendo en nosotros. Como seductor, se te pondrá contra el pasado, se te comparará con pretendientes anteriores, y quizá se te juzgue inferior. No permitas *que las cosas lleguen a ese punto.* Desplaza el pasado con tus atenciones presentes. De ser necesario, busca la forma de

desacreditar a los amantes previos, sutilmente o no, dependiendo de la situación. Incluso llega al extremo de abrir viejas heridas, haciendo sentir a tu víctima antiguos dolores y ver en contraste cuan mejor es el presente. Cuanto más puedas aislarla de su pasado, más se sumergerá contigo en el presente.
El principio del aislamiento puede aplicarse literalmente arrebatando al objetivo a un lugar exótico. Este era el método de Alí Kan: una isla apartada era lo óptimo, y en realidad las islas, alejadas del resto del mundo, siempre se han asociado con la búsqueda de placeres sensuales. El emperador romano Tiberio se entregó a la disipación una vez que hizo su casa en la isla de Capri. El peligro del viaje es que tus objetivos están íntimamente expuestos a ti; así es difícil mantener un lrire de misterio. Pero si los llevas a un sitio suficientemente tentador para distraerlos, les impedirás fijarse en cualquier cosa banal de tu carácter. Cleopatra indujo a Julio César a hacer un viaje por el Nilo. Al Introducirse en Egipto, él se aisló más de Roma, y Cleopatra fue aún más seductora. Natalie Barney, la seductora lésbica de principios del siglo XX, tuvo una aventura en episodios recurrentes con la poeta Renée Vivien; para recuperar su afecto, la llevó a un viaje a la isla de Lesbos, sitio que Natalie había visitado muchas veces. Al hacerlo, no sólo aisló a Renée, sino que también la desarmó y distrajo con las asociaciones de ese lugar, hogar de la legendaria poeta lésbica Safo. Vivien empezó a imaginar incluso que Natalie era la propia Safo. No lleves a cualquier parte al blanco; elige el sitio con las asociaciones más eficaces.
El poder seductor del aislamiento va más allá del reino sexual. Cuando nuevos miembros se sumaban al círculo de devotos seguidores de Mahatma Gandhi, se les alentaba a cortar sus lazos con el pasado: con su familia y amigos. Este tipo de renuncia ha sido un requisito de muchas sectas religiosas a través de los siglos. La gente que se aisla de este modo es mucho más vulnerable a la influencia y la persuasión. Un político carismático nutre, y aun alienta, la sensación de distanciamiento de la gente. John F. Kennedy causó sensación de esta manera al desacreditar sutilmente los años de Eisenhower; la comodidad de la década de 1950, dio a entender, comprometía los ideales de Estados Unidos, invitó a los estadunidenses a acompañarlo a una nueva vida, en una "Nueva Frontera", llena de peligro y emoción. Este fue un señuelo extraordinariamente seductor, en particular para los jóvenes, los más entusiastas partidarios de Kennedy.
Por último, en algún momento de la seducción debe haber una pizca de peligro en la mezcla. Tus blancos deberían sentir que ganan una gran aventura al seguirte, pero también que pierden algo: una parte de su pasado, su apreciada comodidad. Alienta activamente estas sensaciones ambivalentes. Un elemento de temor es el sazón apropiado; aunque demasiado temor resulta extenuante, en pequeñas dosis nos hace sentir vivos. Como lanzarse de un avión, eso es excitante, estremecedor, tanto como un poco alarmante. Y la única persona ahí para interrumpir la caída, o atajar a la víctima, eres tú.
*Símbolo. El flautista. Alegre amigo con su capa roja y amarilla, saca de casa a los niños con los deleitosos sonidos de su flauta. Encantadas, ellos no advierten lo lejos que caminan, que dejan atrás a su familia. Ni siquiera reparan en la cueva en que al final los mete, y que cierra tras ellos para siempre.* REVERSO.
Los riesgos de esta estrategia son simples: aisla a alguien demasiado pronto e inducirás una sensación de pánico, que podría terminar en la fuga del objetivo. El aislamiento que practiques debe ser gradual, y disfrazarse de placer: el placer de conocerte, dejando al mundo atrás. En cualquier caso, algunas personas son demasiado frágiles para ser desprendidas de su base de apoyo. La gran cortesana moderna Pamela Harriman tenía una solución para este problema: aislaba a sus víctimas de su familia, sus esposas pasadas o presentes, y en sustitución de esas antiguas relaciones instauraba rápidamente nuevas comodidades para sus amantes. Los colmaba de atenciones, satisfaciendo cada una de sus necesidades. En el caso de Averell Harriman, el multimillonario con quien finalmente se casaría, ella estableció literalmente un nuevo hogar, sin asociaciones con el pasado y lleno de los placeres del pre-senté. Es insensato mantener demasiado tiempo en vilo al seducido, sin nada conocido ni cómodo a la vista. Remplaza las cosas familiares de las que lo has desprendido por un nuevo hogar, una nueva serie de comodidades.

FASE TRES.

# El precipicio.

# Intensificación del efecto con medidas extremas.

La meta de esta fase es intensificarlo todo: el efecto que tienes en la mente de tus víctimas, los sentimientos de amor y apego, la tensión en ellas. Una vez en tus garras, podrás manejarlas a tu antojo, entre la esperanza y la desesperación, hasta debilitarlas y quebrantarlas. Señalar hasta dónde estás dispuesto a llegar por ellas, haciendo una obra

noble o caballerosa. (16: Muestra de lo que eres capaz), acarreará una sacudida potente, desatará una reacción sumamente positiva. Todos tenemos cicatrices, deseos reprimidos y asuntos pendientes de la infancia. Saca esos deseos y heridas a la superficie, haz sentir a tus víctimas que reciben lo que nunca tuvieron de niños y penetrarás hondo en su psique, despertarás emociones incontrolables. (17: Efectúa una regresión). Entonces podrás hacer que tus víctimas se extralimiten, representen sus lados más oscuros, con lo que añadirás a tu seducción una sensación de peligro. (18: Fomenta las transgresiones y lo prohibido).
Necesitas acentuar el hechizo, y nada confundirá y encantará más a tus víctimas que dar a tu seducción un cariz espiritual. No es lascivia lo que te motiva, sino el destino, ideas divinas y todo lo elevado. (19: Usa señuelos espirituales). Lo erótico acecha bajo lo espiritual. Tus víctimas estarán así debidamente preparadas. Afligiendolas deliberadamente, infundiendo en ellas temores y ansiedades, las llevarás al borde del precipicio, de donde será fácil empujarlas y hacerlas caer. (20: Combina el placer y el dolor). Sentirán enorme tensión, y ansia de alivio.
16 Muestra de lo que eres capaz. La mayoría quiere ser seducida. Si se resiste a tus esfuerzos, quizá se deba a que no has llegado lo bastante lejos para disipar sus dudas, sobre tus motivos, la hondura de tus sentimientos y demás. Una acción oportuna que demuestre hasta dónde estás dispuesto a llegar para conquistarla desvanecerá sus dudas. No te importe parecer ridículo o cometer un error; cualquier acto de abnegación por tus objetivos arrollará de tal manera sus emociones que no notarán nada más. Nunca exhibas desánimo por la resistencia de la gente, ni te quejes. En cambio, enfrenta el reto haciendo algo extremoso o cortés. A la inversa, alienta a los demás a demostrar su valía volviéndote difícil de alcanzar, inasible, disputable.

## Evidencia seductora.

Cualquiera puede darse ínfulas, decir cosas honrosas de sus sentimientos, insistir en lo mucho que nos quiere, así como a todas las personas oprimidas en los más remotos confínes del planeta. Pero si nunca se comporta de un modo que confirme sus palabras, empezaremos a dudar de su sinceridad; quizá tratamos con un charlatán, un hipócrita o un cobarde. Halagos y palabras bonitas no pueden ir demasiado lejos. Pero llegará un momento en que tengas que enseñar a tu víctima alguna evidencia, igualar tus palabras con tus actos.
Este tipo de evidencia cumple dos funciones. Primero, disipa cualquier duda que persista sobre ti. Segundo, una acción que revela una cualidad positiva en ti es sumamente seductora en sí misma. Las hazañas heroicas o desinteresadas producen una reacción emocional poderosa y positiva. No te preocupes: no es necesario que tus actos sean tan valerosos y desinteresados que pierdas todo por su causa. La sola apariencia de nobleza será suficiente. De hecho, en un mundo en que la gente analiza en exceso y habla demasiado, cualquier acción tiene un efecto tonificante y seductor. En el curso de una seducción es normal hallar resistencia. Entre más obstáculos venzas, por supuesto, mayor será el placer que te espera, pero más de una seducción fracasa porque el seductor no interpreta correctamente las resistencias del objetivo. Las más de las veces te rindes demasiado fácil. Comprende primero una ley básica de la seducción: la resistencia es señal de que las emociones de la otra persona están implicadas en el proceso. El único individuo al que no puedes seducir es al frío y distante. La resistencia es emocional, y puede transformarse en su contrario, de igual forma que en el jujitsu la resistencia física del contrincante puede usarse para hacerlo caer. Si la gente se te resiste porque no confía en ti, un acto aparentemente desinteresado, que indique lo lejos que estás dispuesto a llegar para demostrar tu valía, será un eficaz remedio. Si se resiste porque es virtuosa, o por lealtad a otra persona, tanto mejor: la virtud y el deseo reprimido son fáciles de vencer con acciones. Como escribió la gran seductora Natalie Barney: "La virtud suele ser una súplica de más seducción".
Hay dos maneras de mostrar de lo que eres capaz. Primero, la acción espontánea: surge una situación en la que el objetivo requiere ayuda, debe resolver un problema o simplemente necesita un favor. No puedes prever estas situaciones, peto debes estar listo para ellas, porque pueden aparecer en cualquier momento. Impresiona al objetivo llegando más lejos de lo necesario: sacrificando más dinero, tiempo, esfuerzo del esperado. Tu blanco usará a menudo estos momentos, o incluso los inventará, como una especie de prueba: ¿te retirarás? ¿O estarás a la altura de las circunstancias? No puedes vacilar ni protestar, ni siquiera un momento, o todo estará perdido. De ser necesario, haz que el acto parezca haberte

costado más de lo que fue, nunca con palabras, sino en forma indirecta: miradas de agotamiento, versiones esparcidas por terceros, lo que haga falta.
La segunda manera de mostrar de lo que eres capaz es la hazaña heroica que planeas y ejecutas con anticipación, solo y en el momento justo, de preferencia ya avanzada la seducción, cuando cualquier duda que la víctima siga teniendo de ti es más peligrosa que antes. Elige un acto dramático y difícil que revele el mucho tiempo y esfuerzo implicados. El peligro puede ser muy seductor. Dirige hábilmente a tu víctima a una crisis, un momento de peligro, o colócala indirectamente en una posición incómoda, y podrás hacerla de salvador, de caballero galante. Los fuertes sentimientos y emociones que esto incita pueden redirigirse con facilidad hacia el amor.

# Algunos ejemplos.

1.- En la Francia de la década de 1640, Marión de l'Orme era la cortesana más codiciada. Renombrada por su belleza, había sido amante del cardenal Richelieu, entre otras notables figuras políticas y militares. Conquistar su cama era señal de éxito. El libertino conde Grammont cortejó a De l'Orme durante semanas, y ella le dio por fin una cita, para una noche. El conde se preparó para un encuentro maravilloso, pero el día de la cita recibió una carta en la que ella expresaba, en términos corteses y delicados, su terrible pesan sufría un dolor de cabeza atroz, y debía guardar cama esa noche. Su cita tendría que posponerse. El conde tuvo la certeza de que otro lo desplazaba, porque De l'Orme era tan caprichosa como bella.
Grammont no titubeó. Al anochecer cabalgó hasta el Marais, donde vivía De l'Orme, y exploró los alrededores. En una plaza cerca de la casa de ella vio a un hombre aproximarse a pie. Tras reconocer al duque de Bríssac, supo de inmediato que él lo suplantaría en la cama de la cortesana. Brissac pareció disgustado de tropezar con el conde, así que Grammont se acercó a toda prisa a él y le dijo: "Brissac, amigo, debes hacerme un favor de la mayor importancia: tengo una cita, por primera vez, con una mujer que vive cerca de aquí; y como esta visita es sólo para concertar medidas, mi estancia será muy breve. Ten la bondad de prestarme tu capa, y de pasear un rato a mi caballo, hasta mi regreso; pero, sobre todo, no te alejes de este sitio". Sin esperar respuesta, Grammont tomó la capa del duque y le tendió la brida de su caballo. Al volverse atrás, vio que Brissac lo miraba, así que fingió entrar a una casa, salió por atrás, dio la vuelta y llegó a la casa de De rorme sin ser *visto.*
Tocó la puerta, y una criada, confundiéndolo con el duque, lo dejó pasar. Marchando directamente a la cámara de la dama, la encontró tendida en un sofá, con un fino vestido. Se quitó la capa de Brissac, y ella lanzó un grito, asustada. "¿Qué pasa, hermosa?", preguntó él. "Pa-rece que ya no le duele la cabeza...". Ella pareció ofendida, exclamó que aún sufría e insistió en que él se retirara. Ella podía, dijo, hacer o deshacer citas. "Madam", replicó tranquilamente Grammont, "sé qué le preocupa: teme que Brissac me halle aquí; pero puede estar tranquila a ese respecto." Abrió entonces la ventana y dejó ver a Brissac afuera, en la plaza, paseando diligentemente un caballo, como cualquier mozo de cuadra. Parecía ridículo; De l'Orme echó a reír, lanzó los brazos al conde y exclamó: "¡Mi querido caballero! No puedo más; usted es demasiado amable y excéntrico para no ser perdonado". El le contó el lance, y ella prometió que el duque podría ejercitar caballos toda la noche, pues no lo dejaría entrar. Hicieron una cita para la noche siguiente. Fuera, el conde devolvió la capa, se disculpó por tardar tanto y dio las gracias al duque. Brissac se mostró sumamente gentil, e incluso sujetó el caballo de Grammont para que éste montara y le hizo adiós con la mano al partir. *Interpretación.* El conde Grammont sabía que la mayoría de los aspirantes a seductores se rinden muy fácilmente, confundiendo el capricho o la aparente frialdad con una señal de genuina falta de interés. De hecho, eso puede significar muchas cosas: quizá esa persona te está poniendo a prueba, preguntándose si hablas en serio. La conducta quisquillosa corresponde justo a este tipo de prueba; si te rindes a la primera señal de dificultad, es obvio que no quieres tanto a tu víctima. O podría ser que ella esté insegura acerca de ti, o intente elegir entre otra persona y tú. En cualquier caso, es absurdo darse por vencido. Una muestra incontrovertible de lo lejos que estás dispuesto a llegar aplastará toda duda. Y también derrotará a tus rivales, porque la mayoría de la gente es tímida, teme hacer el ridículo y rara vez corre riesgos. Al tratar con objetivos difíciles o renuentes, lo mejor suele ser improvisar, como lo hizo Grammont. Si tu acción parece súbita y sorpresiva, los emocionará más, los relajará. Un poco de recopilación indirecta de información —algo de espionaje— es siempre una buena idea. Pero lo más importante es el espíritu con que acometes tu prueba. Si estás de buen humor y animado, si haces reír al objetivo, mostrando tu valía y divirtiéndolo al mismo tiempo, no importará si echas todo a perder, o si él ve que has empleado algunas artimañas. Cederá al agrádable ánimo que has creado. Advierte que el conde nunca se quejó ni enojó, ni se puso a la defensiva. Todo lo que tuvo que hacer fue jalar la cortina y dejar ver al duque paseando al caballo, derritiendo con risas la resistencia de De l'Orme. En un acto bien ejecutado, demostró lo que era capaz de hacer por una noche de sus favores.

2.- Paulina Bonaparte, la hermana de Napoleón, tuvo al paso de los años tantas aventuras con hombres que los médicos temían por su salud. No podía permanecer con un hombre más que unas cuantas semanas; la novedad era su único placer. Luego de que Napoleón la caso con el príncipe Camiloo Dorgfíese, en *1803,* sus aventuras no hicieron más que multiplicarse. Así, cuando conoció al gallardo mayor Jules de Canouville, en 1810, todos supusieron que esa aventura no duraría más que las otras. Claro que el mayor era un soldado condecorado, un hombre instruido y un consumado bailarín, así como uno de los caballeros más apuestos del ejército. Pero Paulina, de treinta años entonces, había tenido romances con docenas de hombres que habrían podido igualar ese curriculum.
Días después de iniciado el romance, el dentista imperial llegó a casa de Paulina. Un dolor de muelas le había causado noches de insomnio, y el dentista determinó que debía extraer el diente malo de inmediato. En ese entonces no se usaban calmantes; y mientras el hombre empezaba a sacar sus diversos instrumentos, Paulina se aterró. Pese a su dolor de muelas, cambió de opinión y se negó a ser intervenida. El mayor Canouville estaba tendido en un sofá, con un manto de seda. Al percatarse de todo, intentó animar a Paulina a someterse: "Un momento o dos de dolor y eso habrá terminado para siempre... Una niña lo aguantaría sin chistar". "Me gustaría verte hacerlo", replicó ella. Canouville se puso de pie, se acercó al dentista, escogió una muela al fondo de su propia boca y ordenó que se la sacaran. Una muela perfectamente sana fue extraída, y Canouville apenas si pestañeó. Luego de esto, Paulina no sólo dejó que el dentista hiciera su trabajo, sino que, además, su opinión de Canouville cambió: ningún hombre había hecho jamás algo parecido por ella.
Este romance estaba destinado a durar unas cuantas semanas; pero entonces se alargó. Eso no complació a Napoleón. Paulina era una mujer casada; romances cortos le estaban permitidos, pero una relación seria era vergonzosa. Envió a Canouville a España, para llevar un mensaje a un general. La misión tardaría semanas, y entre tanto Paulina encontraría a otro.
Pero Canouville no era un amante promedio. Cabalgando día y noche, sin detenerse a comer ni dormir, llegó a Salamanca en unos días. Ahí se enteró de que no podía llegar más lejos, pues las comunicaciones estaban interrumpidas, así que, sin esperar nuevas órdenes, regresó a París, sin escolta, por territorio enemigo. Apenas pudo reunirse brevemente con Paulina; Napoleón lo mandó de vuelta a España. Pasaron meses antes de que se le permitiera volver por fin; pero cuando lo hizo, Paulina reanudó de inmediato su romance, inaudito acto de lealtad de su parte. Esta vez Napoleón envió a Canouville a Alemania, y finalmente a Rusia, donde murió valientemente en la batalla de 1812. Fue el único amante que Paulina esperó, y el único al que guardó luto.
*Interpretación.* En la seducción, llega un momento en que el objetivo comienza a enamorarse de ti, pero de pronto retrocede. Tus motivos han empezado a parecer dudosos; quizá sólo persigues favores sexuales, poder o dinero. Casi toda la gente es insegura, y dudas como ésas pueden arruinar la ilusión de la seducción. En su caso, Paulina Bona-parte estaba acostumbrada a usar a los hombres para el placer, y sabía perfectamente bien que, por su parte, ellos también la usaban. Era totalmente cínica. Pero las personas suelen servirse del cinismo para cubrir su inseguridad. La ansiedad secreta de Paulina era que ninguno de sus amantes la había querido de verdad; que los hombres sólo habían deseado de ella favores sexuales o políticos. Cuando Canouville mostró, con actos concretos, los sacrificios que podía hacer por ella —su muela, su carrera, su vida—, transformó a una mujer sumamente egoísta en una amante ferviente. La reacción de ella no fue del todo desinteresada: los actos de Canouville
halagaron su vanidad. Si Paulina podía inspirar en él tales acciones, debía valer la pena. Pero si él apelaría al lado noble de su naturaleza, ella también tenía que estar a la altura, y mostrar su valia siéndole fiel.
Efectuar tu proeza lo más gallarda y cortésmente posible elevará la seducción a un nuevo plano, incitará hondas emociones y disimulará todos los motivos ocultos que puedas tener. Tus sacrificios deben ser visibles; hablar de ellos, o explicar lo que te costaron, parecerá presunción. Deja de dormir, enférmate, pierde tiempo valioso, pon en riesgo tu carrera, gasta más dinero del que puedes permitirte. Exagera todo esto para impresionar, pero que no te sorprendan alardeando de ello o compadeciéndote de ti: caúsate dificultades y déjalo ver. Como casi todo el mundo parece buscar su beneficio, tu acto noble y desinteresado será irresistible.
3.- Durante la década de 1890 y hasta principios del siglo XX, Gabriele D'Annunzio fue considerado uno de los mejores novelistas y dramaturgos de Italia. Pero muchos italianos no lo soportaban. Su escritura era florida, y en persona parecía muy pagado de sí mismo, sobreactuado: cabalgaba desnudo en la playa, fingía ser un hombre del Renacimiento y cosas así. Sus novelas solían tratar de la guerra, y de la gloria de enfrentar y vencer a la muerte, tema entretenido para alguien que en realidad jamás había hecho tal cosa. Así, a principios de la primera guerra mundial, no sorprendió a nadie que D'Annunzio encabezara el llamado a la incorporación de Italia a los aliados y su entrada a la refriega. Adonde se mirara, ahí estaba él, pronunciando un discurso a favor de la guerra, campaña que tuvo éxito en 1915, cuando Italia declaró finalmente la guerra a Alemania y Austria, Hasta entonces el papel de D'Annunzio había sido totalmente predecible. Pero lo que sorprendió a los italianos fue lo que ese hombre de cincuenta dos años hizo después: alistarse en el ejército. Nunca había servido en las fuerzas armadas,

se mareaba en los barcos, pero fue imposible disuadirlo. Las autoridades le dieron al fin un puesto en una división de caballería, con la esperanza de mantenerlo fuera de combate.
Italia tenía poca experiencia de guerra, y su ejército era un tanto caótico. Por alguna razón los generales perdieron de vista a D'Annunzio, quien de todos modos había decidido dejar su división de caballería y formar sus propias unidades. (Después de todo era un artista, y no fue posible someterlo a la disciplina militar.) Haciendo-se llamar *Commandante,* él se sobrepuso a su mareo habitual y realizó una serie de osados ataques, dirigiendo a media noche grupos de lanchas de motor contra puertos austríacos y disparando torpedos contra barcos anclados. Asimismo, aprendió a volar, y comenzó a encabezar misiones peligrosas. En agosto de 1915 voló sobre la ciudad de Trieste, entonces en manos enemigas, y arrojó banderas italianas y miles de volantes con un mensaje de esperanza, escrito con su estilo inimitable: "¡El fin de su martirio está cerca! El amanecer de su dicha es inminente. Desde las alturas del cielo, en las alas de Italia, lanzo esta promesa, este mensaje salido de mi corazón". Volaba a alturas inauditas para la época, y en medio de cerrado fuego enemigo. Los austríacos pusieron precio a su cabeza.
En una misión en 1916, D'Annunzio cayó sobre su ametralladora, lesionándose permanentemente un ojo y dañando de gravedad el otro. Cuando se le dijo que sus días de vuelo habían terminado, convaleció en su casa en Venecia. En ese entonces se creía en general que la mujer más bella y elegante de Italia era la condesa Morosini, examante del kaiser alemán. Su palacio se encontraba en el Grand Canal, frente a la casa de D'Annunzio. Ella se vio asediada entonces por cartas y poemas del escritorsoldado, en los que éste combinaba detalles de sus hazañas de vuelo con declaraciones de amor. Bajo ataques aéreos contra Venecia, él cruzaba el canal, viendo apenas con un ojo, para entregar su más reciente poema. La condición de D'Annunzio era muy inferior a la de Morosino, de simple escritor, pero su disposición a hacer frente a todo por ella la conquistó. El hecho de que su conducta temeraria pudiera costarle la vida en cualquier momento no hizo más que apresurar la seducción.
D'Annunzio ignoró el consejo de los médicos y volvió a volar, realizando ataques aún más osados que antes. Al terminar la guerra, era el héroe más condecorado de Italia. Dondequiera que iba en Italia, la gente llenaba las plazas para oír sus discursos. Después de la guerra, encabezó una marcha sobre Fiume, en la costa adriática. En las negociaciones de paz, los italianos creyeron merecer en recompensa esa ciudad, pero los aliados no accedieron. Las tuerzas de D'Annunzio tomaron Fiume y el poeta se volvió líder, gobernando Fiume durante más de un año como república autónoma. Para entonces, todos habían olvidado su menos que glorioso pasado como escritor decadente. Ya era incapaz de hacer nada malo.
*Interpretacion.* El atractivo de la seducción es que nos aparta de nuestras rutinas normales, y nos permite experimentar el estremecimiento de lo desconocido. La muerte es lo desconocido por antonomasia. En periodos de caos, confusión y muerte —las plagas que arrasaron a Europa en la Edad Media, el Terror de la Revolución francesa, los ataques aéreos sobre Londres durante la segunda guerra mundial—, la gente suele abandonar su usual cautela y hacer cosas que nunca haría en otras circunstancias. Experimenta entonces una especie de delirio. Hay algo muy seductor en el peligro, en lanzarse a lo desconocido. Muestra que tienes una vena temeraria y una naturaleza intrépida, que careces del habitual temor a la muerte, e instantáneamente fascinarás a la mayor parte de la humanidad.
Lo que exhibes en este caso no es lo que sientes por otra persona, sino algo de ti mismo: que estás dispuesto a aventurarte. No eres un hablador y fanfarrón más. Ésta es una receta para el carisma instantáneo. Cualquier figura política —Churchill, De Gaulle, Kennedy— que se haya probado en el campo de batalla posee un atractivo inigualable. Muchos pensaban que D'Annunzio era un mujeriego fatuo; su experiencia en la guerra le otorgó un lustre heroico, un aura napoleónica. De hecho, siempre había sido un seductor eficaz, pero entonces se volvió mucho más atractivo. No necesariamente tienes que arriesgarte a morir, pero exponerte a ello te concederá una carga seductora. (Con frecuencia es mejor hacer esto ya avanzada la seducción, momento para el cual ese acto será una agradable sorpresa.) Estás dispuesto a entrar a lo desconocido. No hay persona más seductora que la que ha tenido un roce con la muerte. La gente se sentirá atraída a ti; quizá espere que se le pegue parte de tu espíritu aventurero. 4.- Según una versión de la leyenda artúrica, el gran caballero Lance-lot vislumbró en una ocasión a la reina Guinevere, la esposa del rey Arturo, y con eso bastó: se enamoró locamente. Así, cuando recibió la noticia de que la reina había sido raptada por un caballero malévolo, no titubeó: olvidó sus demás tareas caballerescas y salió a toda prisa en su búsqueda. Su caballo no resistió la persecución, así que él continuó a pie. Por fin pareció hallarse cerca, pero estaba exhausto y no podía más. Una carreta tirada por caballos pasó por ahí; iba llena de hombres encadenados, de aspecto repugnante. En aquellos días era tradición disponer a los criminales —asesinos, traidores, cobardes, ladrones— en carretas como ésa, que luego recorrían cada calle de la ciudad para que la gente los viera. Una vez que alguien viajaba en la carreta, perdía todos sus derechos feudales por el resto de su vida. La carreta era un símbolo tan terrible que, al ver una vacía, la gente temblaba y se persignaba. Aun así, Lancelot abordó al conductor, un enano: "¡En nombre de Dios, dime si has visto a mi señora la reina pasar por este camino!". "Si quieres subir a esta carreta", respondió el enano, "mañana sabrás qué ha sido

de la reina." Y avanzó. Lancelot vaciló durante dos pasos de caballo, pero luego corrió tras la carreta y trepó en ella.
Dondequiera que la carreta pasaba, los lugareños la imprecaban. Tenían especial curiosidad por el caballero entre los pasajeros. ¿Cuál era su crimen? ¿Cómo moriría? ¿Desollado? ¿Ahogado? ¿Quemado en la hoguera? Por fin el enano le permitió bajar, sin una palabra sobre el paradero de la reina. Peor aún, nadie se acercaba ni hablaba con Lancelot, porque había estado en la carreta. Él siguió buscando a la reina, y en todas partes era injuriado, escupido y desafiado por otros caballeros. Había deshonrado la caballería al viajar en la carreta. Pero nadie pudo detenerlo ni retrasarlo, y él descubrió finalmente que el raptor de la reina era el malvado Meleagante. Le dio caza y se enfrentaron a duelo. Aún debilitado por la búsqueda, pareció que Lancelot estaba por ser derrotado; pero cuando supo que la reina presenciaba la batalla, recobró su fuerza, y estaba a punto de matar a Meleagante cuando se declaró una tregua. Guinevere le fue entregada.
Lancelot podía apenas contener la dicha al pensar que por fin estaba en presencia de su dama, Pero para su consternación, ella parecía molesta, y no miraba a su salvador. Dijo ella al padre de Meleagante: "Señor, en verdad que él ha malgastado sus esfuerzos. Siempre negaré estarle agradecida". Esto mortificó a Lancelot, pero no se quejó. Mucho después, tras soportar innumerables pruebas más, Guinevere cedió al fin, y se hicieron amantes. Un día él le preguntó si cuando fue raptada por Meleagante había sabido de la historia de la carreta, y de que él había deshonrado la caballería. ¿Era ésa la causa de que ella lo hubiera tratado tan fríamente ese día? La reina contestó: "Al demorarte dos pasos, mostraste tu renuencia a subir. A decir verdad, ése fue el motivo de que no quisiera verte ni hablar contigo".
*Interpretación.* La oportunidad de ejecutar tu acto desinteresado suele presentarse de repente. Tienes que demostrar tu valía en un instante, en el acto. Podría tratarse de una situación de rescate, un regalo o favor por hacer, una petición súbita de dejar todo para prestar ayuda. No importa si procedes precipitadamente, cometes un error o haces algo ridículo, sino que actúes en beneficio de la otra persona sin pensar en ti ni en las consecuencias.

En momentos así, un titubeo, aun por unos cuantos segundos, puede arruinar el esmerado trabajo de tu seducción, y revelar que estas absorto en ti mismo, que eres cobarde y poco cortés. Ésta es por lo menos la moraleja de la versión de Chrétien de Troyes, del siglo I XII, de la historia de Lancelot. Recuerda: no sólo importa lo que haces, sino también cómo lo haces. Si eres naturalmente ensimismado, aprende a esconderlo. Reacciona lo más espontáneamente que puedas, y exagera el efecto pareciendo nervioso, sobrexcitado, e incluso ridículo; el amor te ha llevado hasta ese punto. Si tienes que saltar a la carroza por el bien de Guinevere, cerciórate de que ella vea que lo haces sin la menor vacilación.
5.- En Roma, alrededor de 1531, corrió la voz acerca de una joven sensacional, llamada Tullia d'Aragona. Para los estándares del periodo, Tullia no constituía una belleza clásica: era alta y delgada, en una época en que la mujer robusta y voluptuosa era considerada ideal. Además, carecía del empalago y las risillas de la mayoría de las jóvenes que ansiaban la atención masculina. No, su cualidad era más noble. Su latín era perfecto, podía hablar de la literatura más reciente, tocaba el laúd y cantaba. En otras palabras, era una novedad; y como eso era lo que casi todos los hombres buscaban, dieron en visitarla en gran número. Ella tenía un amante, un diplomático, y la idea de que un hombre hubiera conquistado sus favores *físicos* volvía locos a todos. Sus visitantes empezaron a competir por su atención, escribiendo poemas en su honor, disputándose el título de favorito. Ninguno lo consiguió, pero seguían intentando. Claro que había quienes se sentían ofendidos por ella, y que en público decían que Tullia no era más que una ramera de ciase alta. Repetían el rumor (tal vez cierto) de que hacía bailar a viejos mientras tocaba el laúd; y si su baile le complacía, podían abrazarla. Para sus fieles seguidores, todos de noble cuna, eso era una calumnia. Escribieron un documento que se distribuyó en todos lados: "Nuestra honrada señora, la bien nacida y honorable dama Tullia d'Aragona, supera a todas las damas del pasado, presente y futuro por sus cualidades deslumbrantes. [...] Quien se niegue a ajustarse a esta declaración deberá, por la presente, entrar en liza con uno de los caballeros abajo firmantes, quien lo convencerá en la forma acostumbrada". Tullia abandonó Roma en 1535, primero en favor de Venecia, donde el poeta Tasso se hizo su amante, y después de Ferrara, quizá entonces la corte más civilizada de Italia. ¡Qué sensación causó ahí! Su voz, su canto, aun sus poemas eran elogiados en todas partes. Puso una academia literaria dedicada a las ideas del librepensamiento. Se hizo llamar musa y, como en Roma, un grupo de jóvenes se congregó en torno suyo. La seguían por toda la ciudad, inscribiendo su nombre en los árboles, escribiendo sonetos en su honor y cantándolos a quienquiera que los escuchara. A un joven noble le sacó de quicio ese culto adorador: al parecer, todos amaban a Tullia, pero nadie recibía a cambio su amor. Resuelto a raptarla y casarse con ella, este joven logró con engaños que ella le permitiera visitarla una noche. El proclamó su devoción imperecedera, la colmó de joyas y presentes y pidió su mano. Ella se la negó. Él sacó un cuchillo, pero ella volvió a negarse, así que él se apuñaló. El joven sobrevivió, pero la fama de Tullia fue entonces mayor que antes: ni siquiera el dinero podía comprar sus favores, o al menos eso parecía. Conforme pasaron los años y su belleza desapareció, un poeta o intelectual salía siempre en su

defensa y la protegía. Pocos de ellos ponderaban siquiera la realidad; que Tullia era, en efecto, una cortesana, una de las más populares y mejor pagadas de su profesión.

*Interpretación.* Todos tenemos defectos de una u otra clase. Nacemos con algunos de ellos, y no podemos evitarlos. Tullia tenía muchos de esos defectos. Físicamente, no era el ideal del Renacimiento. Asimismo, su madre había sido una cortesana, y ella era ilegítima. Pero a los hombres que caían bajo su hechizo no les importaba. Estaban demasiado trastornados por su imagen: la de mujer elevada, para conquistar a la cual había que pelear. Su actitud procedía directamente de la Edad Media, de los días de los caballeros y trovadores. Entonces, una mujer, habitualmente casada, podía controlar la dinámica de poder entre los sexos retirando sus favores hasta que el caballero demostrara de algún modo su valía y la sinceridad de sus sentimientos. Podía enviársele a una búsqueda, u obligársele a vivir entre leprosos, o a competir por el honor de ella en una justa posiblemente fatal. Y tenía que hacer esto sin quejarse. Aunque los días de los trovadores se extinguieron hace mucho tiempo, la pauta permanece: a un hombre en realidad le agrada poder demostrar su valor, ser desafiado, competir, sufrir pruebas y tribulaciones y salir victorioso. Tiene una vena masoquista; a una parte suya le gusta sufrir. Y por extraño que parezca, entre más exige una mujer, más digna parece. Una mujer fácil de obtener no puede valer gran cosa. Haz que los demás compitan por tu atención, muestren de algún modo de lo que son capaces, y verás cómo aceptan el reto. La vehemencia de la seducción aumenta con estos desafíos: "Demuéstrame que me amas de verdad". Cuando una persona (de cualquier sexo) está a la altura de las circunstancias, de la otra suele esperarse que haga lo mismo, y la seducción se agudiza. Al hacer que la gente demuestre su valía, aumentas asimismo tu valor y encubres tus defectos. Tus objetivos están demasiado ocupados probándose para notar tus faltas e imperfecciones.

*Símbolo. El torneo. En el campo, con sus brillantes pendones y enjaezados caballos, la dama ve a los caballeros pelear por su mano. Los ha oído declarar su amor de rodillas, sus canciones interminables y bellas promesas. Son muy buenos para eso. Pero entonces suena la trompeta y empieza el combate. En el torneo no puede haber farsa ni vacilación. El caballero al que ella elija deberá tener sangre en el rostro, y algunas fracturas.*

# Reverso.

Al tratar de demostrar que eres digno de tu objetivo, recuerda que cada blanco ve las cosas de manera diferente. Una exhibición de destreza física no impresionará a alguien que no valora la habilidad física; sólo indicará que buscas atención, ufanarte. Los seductores deben adaptar su modo de mostrar de lo que son capaces a las dudas y debilidades del seducido. Para algunos, las palabras bellas son una prueba mejor que los hechos temerarios, en particular si han sido escritas. Con estas personas, manifiesta tus sentimientos en una carta: otro tipo de prueba física, con más atractivo poético que una acción ostentosa. Conoce bien a tu objetivo, y dirige tu evidencia seductora a la fuente de sus dudas y su resistencia. 17. Efectúa una regresión.

***La gente que ha experimentado cierto tipo de placer en él pasado, intentará repetirlo o recordarlo. Los recuerdos más arraigados y agradables suelen ser los de la temprana infancia, a menudo inconscientemente asociados con la figura paterna o materna. Haz que tus objetivos vuelvan a esos momentos infiltrándote en él triángulo edípico y poniéndolos a ellos como el niño necesitado. Ignorantes de la causa de su reacción emocional, se enamorarán de ti. O bien, también tú puedes experimentar una regresión, dejándoles a tus blancos desempeñar el papel de madres protectora, salvaguardas. En uno u otro caso, ofreces la fantasía suprema: la posibilidad de tener una relación íntima con mamá o papá, hijo o hija.***

# La regresión erótica.

Como adultos tendemos a sobrevalorar nuestra infancia. En su dependencia e impotencia, los niños sufren de verdad; pero cuando crecemos, olvidamos convenientemente eso y sentimentalizamos el supuesto paraíso que dejamos atrás. Olvidamos el dolor y recordamos sólo el placer. ¿Por qué? Porque las responsabilidades de la vida adulta son a veces una carga tan opresiva que añoramos en secreto la dependencia de la infancia, a esa persona que estaba al tanto de cada una de nuestras necesidades, que hacía suyos nuestros intereses y preocupaciones.

Esta ensoñación nuestra tiene un fuerte componente erótico, porque la sensación de un niño de depender de su p/m-adre está cargada de matices sexuales. Transmite a la gente una sensación similar a ese sentimiento de protección y dependencia de la niñez y proyectará en ti toda suerte de fantasías, incluidos sentimientos de amor o atracción sexual que atribuirá a otra cosa. Aunque no lo admitamos, es un hecho que anhelamos experimentar una regresión, despojarnos de nuestra apariencia adulta y desahogar las emociones infantiles que persisten bajo la superficie.

Al principio de su trayectoria, Sigmund Freud enfrentó un extraño problema: muchas de sus pacientes se enamoraban de él. El creía saber qué sucedía: alentada por Freud, la paciente hurgaba en su infancia, la fuente, desde luego, de su enfermedad o neurosis. Hablaba de su relación con su padre, sus primeras experiencias de ternura y amor, y también de descuido y abandono. Este proceso desencadenaba poderosas emociones y recuerdos. En cierto modo, ella era transportada a su niñez. Intensificar este efecto era el motivo de que Freud hablara poco y se volviera un tanto frío y distante, aunque pareciera afectuoso; en otras palabras, de que se asemejara a la figura paterna tradicional. Entre tanto, la paciente estaba tendida en un diván, en una posición de desamparo o pasividad, de tal forma que la situación reproducía los roles padre-hija.

Finalmente, ella empezaba a dirigir a Freud mismo parte de las confusas emociones que encaraba. Sin saber lo que ocurría, ella lo relacionaba con su padre. La paciente experimentaba una regresión y se enamoraba. Freud llamó a este fenómeno transferencia, la cual se convertiría en parte activa de su terapia. Al hacer que sus pacientes transfirieran al terapeuta parte de sus sentimientos reprimidos, ponía sus problemas al descubierto, donde podían enfrentarse en un plano consciente. El efecto de transferencia era tan poderoso que a menudo Freud era incapaz de lograr que sus pacientes superaran su encaprichamiento. De hecho, la transferencia es una manera eficaz de crear un lazo emocional, la meta de la seducción. Este método tiene infinitas aplicaciones fuera del psicoanálisis. Para practicarlo en la realidad, debes actuar como terapeuta, alentando a la gente a hablar de su niñez. La mayoría lo haríamos con gusto; y nuestros recuerdos son tan vividos y emotivos que una parte de nosotros experimenta una regresión con sólo hablar de nuestros primeros años. Asimismo, en el curso de esa conversación suelen escaparse pequeños secretos: revelamos toda suerte de información valiosa sobre nuestras debilidades y carácter, información que tú debes atender y recordar. No creas todo lo que dicen tus objetivos; con frecuencia endulzarán o sobredramatizarán sucesos de su infancia. Pero presta atención a su tono de voz, a cualquier tic nervioso al hablar, y en particular a todo aquello que no quieran mencionar, todo lo que nieguen o les emocione. Muchas afirmaciones significan en verdad lo contrario; si dicen que odiaban a su padre, por ejemplo, puedes estar seguro de que encubren una enorme desilusión: que lo cierto es que amaban en exceso a su padre, y que quizá nunca obtuvieron de él lo que querían. Pon especial atención a temas e historias recurrentes. Sobre todo, aprende a analizar las reacciones emocionales, y a descubrir lo que hay detrás de ellas. Mientras tus blancos hablan, manten la actitud del terapeuta: atento pero callado, haciendo comentarios ocasionales, sin criticar. Sé afectuoso pero distante —de hecho algo indiferente—, y ellos empezarán a transferir emociones y proyectar fantasías en ti. Con la información que has reunido sobre su niñez, y el lazo de confianza que has forjado con ellos, puedes empezar a efectuar la regresión. Quizá hayas descubierto un poderoso apego al padre o madre, un hermano o un maestro, o un encaprichamiento temprano, con una persona que proyecta una sombra sobre su vida presente. Sabiendo cómo era esa persona que tanto los afectó, puedes adoptar ese papel. O quizá te hayas enterado de un inmenso vacío en su infancia: un padre negligente, por ejemplo. Actúa entonces como ese padre, pero remplaza el descuido original por la atención y afecto que el padre real nunca proporcionó. Todos tenemos asuntos pendientes de la niñez: desilusiones, carencias, recuerdos dolorosos. Termina lo que quedó inconcluso. Descubre lo que tu objetivo nunca tuvo y contarás con los ingredientes necesarios para una honda seducción.

La clave es no hablar sólo de recuerdos; eso sería insuficiente. Lo que debes hacer es lograr que la gente actúe en el presente problemas de su pasado, sin estar consciente de lo que ocurre. Las regresiones que puedes efectuar se dividen en cuatro grandes tipos. La regresión infantil. El primer vínculo —el vínculo entre una madre y su hijo— es el más poderoso de todos. A diferencia de otros animales, los bebés humanos tenemos un largo periodo de desamparo, durante el que dependemos de nuestra madre, lo que engendra un apego que influye en el resto de nuestra vida. La clave para efectuar esta regresión es reproducir la sensación del amor incondicional de una madre por su hijo. Nunca juzgues a tus blancos; déjalos hacer lo que quieran, incluso portarse mal; al mismo tiempo, rodéalos de amorosa atención, cólmalos de comodidades. Una parte de ellos hará una regresión a esos primeros años, cuando su madre se hacía cargo de todo y rara vez los dejaba solos. Esto funciona para casi todos, porque el amor incondicional es la forma de amor más rara y preciada. Ni siquiera tendrás que ajustar tu conducta a algo específico de la infancia de tus objetivos; la mayoría hemos experimentado ese tipo de atención. Mientras tanto, crea atmósferas que refuercen la sensación que generas: ambientes cálidos, actividades divertidas, colores brillantes y alegres. *La regresión edípica.* Después del lazo entre madre e hijo viene el triángulo edípico madre, padre, hijo. Este triángulo se forma durante el periodo de las primeras fantasías eróticas

del niño. Un niño quiere a su madre para sí, una niña a su padre, pero jamás lo logran, porque una madre o un padre siempre tendrá relaciones rivales con su cónyuge u otros adultos. El amor incondicional ha desaparecido; ahora, inevitablemente, el padre o la madre puede negar a veces lo que el hijo desea. Transporta a tu víctima a ese periodo. Desempeña el papel paterno, sé cariñoso, pero en ocasiones también regaña e inculca algo de disciplina. En realidad a los niños les agrada un poco de disciplina; les hace sentir que el adulto se preocupa de ellos. Y a los niños adultos también les estremecerá que mezcles tu ternura con un poco de dureza y castigo.

A diferencia de la regresión infantil, la edípica debe ajustarse a tu objetivo. Esta regresión depende de la información que hayas reunido. Sin saber suficiente, podrías tratar a una persona como niño, regañándola de vez en cuando, sólo para descubrir que suscitas recuerdos desagradables: tuvo demasiada disciplina cuando niño. O podrías generar recuerdos de un padre aborrecible, y ella transferirá a ti esos sentimientos. No sigas adelante con la regresión hasta que te hayas enterado lo más posible de la niñez de tu blanco: aquello de lo que tuvo demasiado, lo que le faltaba, etcétera. Si el objetivo estuvo firmemente apegado a su p/m-adre pero ese apego fue parcialmente negativo, la estrategia de la regresión edípica puede ser muy efectiva de todas formas. Siempre nos sentimos ambivalentes ante nuestro padre o madre; aun si lo amamos, resentimos haber tenido que depender de éllo. No te preocupes si incitas esas ambivalencias, que no nos impiden vincularnos con nuestros padres. Recuerda incluir un componente erótico en tu conducta paterna. Ahora tus objetivos no sólo tienen para ellos solos a su madre o padre; también tienen algo más, antes prohibido y hoy permitido.

La *regresión del ego ideal.* Cuando niños, solemos formarnos una figura ideal a partir de nuestros sueños y ambiciones. Primero, esa figura ideal es la persona que queremos ser. Nos imaginamos como valientes aventureros, figuras románticas. Luego, en nuestra adolescencia, dirigimos nuestra atención a los demás, a menudo proyectando en ellos nuestros ideales. El primer chico del que nos enamoramos podría habernos dado la impresión de poseer las cualidades ideales que queríamos para nosotros, o bien podría habernos hecho sentir que podíamos desempeñar ese papel ideal en relación con éllo. La mayoría llevamos esos ideales con nosotros, ocultos justo bajo la superficie. Nos decepciona en secreto cuánto hemos tenido que transigir, lo bajo que hemos caído desde nuestro ideal al madurar. Haz sentir a tus objetivos que cumplen su ideal de juventud y están cerca de ser lo que querían, y efectuarás una clase distinta de regresión, creando una sensación reminiscente de la adolescencia. La relación entre el seducido y tú es en este caso más equitativa que en las anteriores clases de regresiones, más como el afecto entre hermanos. De hecho, el ideal suele basarse en un hermano o hermana. Para crear este efecto, esmérate en reproducir la atmósfera intensa e inocente de un encaprichamiento de juventud.

*La regresión paterna o materna inversa.* Aquí eres tú quien experimenta una regresión: desempeñas deliberadamente el papel del niño bonito, adorable, pero también sexualmente cargado. Los mayores consideran siempre a los jóvenes increíblemente seductores. En presencia de jóvenes, sienten volver un poco de su propia juventud; pero son mayores, y junto con la vigorización que experimentan en compañía de la gente joven, está para ellos el placer de hacerse pasar por madre o padre. Si un hijo experimenta sensaciones eróticas hacia su madre o padre, las cuales son rápidamente reprimidas, el padre o madre enfrenta el mismo problema, a la inversa. Asume el papel del niño con tus objetivos y ellos exteriorizarán algunos de esos sentimientos eróticos reprimidos. Podría parecer que esta estrategia implica diferencia de edades, pero esto no es crucial. Las exageradas cualidades infantiles de Marilyn Monroe operaban perfectamente bien con hombres de su edad. Enfatizar una debilidad o vulnerabilidad de tu parte le dará al objetivo la oportunidad de actuar como protector.

# Algunos ejemplos.

1. Los padres de Victor Hugo se separaron poco después de que el novelista nació, en 1802. La madre de Hugo, Sofía, tenía una aventura con el superior de su esposo, un general. Ella alejó a los tres niños Hugo de su padre y se fue a París a educarlos sola. Los niños llevaron entonces una vida tumultuosa, con rachas de pobreza, frecuentes mudanzas y la continuada aventura de su madre con el general. De ellos, Víctor fue el que más se apegó a su madre, adoptando todas sus ideas y manías, en particular el odio a su padre. Pero en medio de toda la agitación de su infancia, jamás sintió recibir suficiente amor y atención de la madre que adoraba. Cuando ella murió, en 1821, pobre y cargada de deudas, él se sintió devastado.

Al año siguiente, Hugo se casó con su novia de la infancia, Adéle, físicamente parecida a su madre. El matrimonio fue feliz por un tiempo, pero pronto Adéle acabó por parecerse a la madre de Hugo en más de un sentido: en 1832, él descubrió que ella tenía un romance con el crítico literario SainteBeuve, casualmente el mejor amigo de Hugo en ese entonces. Hugo ya era un escritor célebre, pero no era del tipo calculador. Solía demostrar sus sentimientos. Pero no podía confiar a nadie la aventura de Adéle;

era demasiado humillante. Su única solución fue tener aventuras él mismo, con actrices, cortesanas, mujeres casadas. Tenía un apetito prodigioso; a veces visitaba a tres mujeres en un solo día.
Hacia fines de 1832 comenzó la producción de una de las obras teatrales de Hugo, y él debía supervisar el reparto. Una actriz de veintiséis años, llamada Juliette Drouet, audicionó para uno de los papeles menores. Normalmente hábil con las damas, Hugo se vio tartamudeando en presencia de Juliette. Ella era sencillamente la mujer más bella que él hubiera visto jamás, y eso y su serenidad lo intimidaron. Naturalmente, Juliette obtuvo el papel. El se descubrió pensando en ella todo el tiempo. Ella parecía estar rodeada siempre de un grupo de adoradores. Era evidente que él no le interesaba, o al menos eso creía Hugo. Pero una noche, después de una función, La siguió a su casa, para descubrir que eso no la enojaba ni sorprendía: en realidad, lo invitó a subir a su departamento. Pasó ahí la noche, y pronto pasaba casi todas.
Hugo estaba feliz de nuevo. Para su deleite, Juliette abandonó su carrera en el teatro, dejó a sus antiguos amigos y aprendió a cocinar. Había idolatrado la ropa elegante y las actividades sociales; pero entonces se convirtió en secretaria de Hugo, rara vez salía del departamento en que él la había instalado y parecía vivir sólo para las visitas que él le hacía. Luego de un tiempo Hugo regresó a sus antiguos hábitos y empezó a tener pequeñas aventuras. Ella no se quejaba, mientras siguiera siendo la mujer a la que él volvía. Y, de hecho, Hugo dependía enormemente de ella.
En 1843, la amada hija de Hugo murió en un accidente, y él se hundió en la depresión. El único medio que conocía para remediar su pena era tener una nueva aventura. Así, poco después se enamoró de una joven aristócrata casada llamada Léonie d'Aunet. Cada vez veía menos a Juliette. Años más tarde, Léonie, sintiéndose segura de ser la preferida, le dio un ultimátum: o dejaba de ver por completo a Juliette, o todo terminaba. Hugo se negó. Decidió, en cambio, organizar un concurso: seguiría viendo a las dos, y en unos meses su corazón le diría a cuál prefería. Léonie su puso furiosa, pero no tenía otra opción. Su amorío con Hugo ya había arruinado su matrimonio y posición social; dependía de él. De todas formas, era imposible que perdiera: estaba en la flor de la vida, mientas que Juliette ya peinaba canas. Así, fingió aceptar la partida, aunque al paso del tiempo la resintió cada vez más, y se quejaba. Juliette se comportaba por su parte como si nada hubiera cambiado. Cada vez que él la visitaba, lo trataba como siempre, haciendo todo por confortarlo y mimarlo. El concurso duró varios años. En 1851, Hugo se metió en problemas con Luis Napoleón, primo de Napoleón Bonaparte y entonces presidente de Francia. Hugo había atacado en la prensa sus tendencias dictatoriales, implacable y quizá imprudentemente, porque Luis Napoleón era un hombre vengativo. Temiendo por la vida del escritor, Juliette logró ocultarlo en casa de una amiga, y consiguió un pasaporte falso, un disfraz y un pasaje seguro a Bruselas. Todo salió conforme a lo planeado; Juliette se le reunió días después, llevándole sus más valiosas pertenencias. Sobra decir que sus heroicos actos le valieron ganar el concurso. Sin embargo, cuando la novedad de la flamante vida de Hugo se acabó, él reanudó sus aventuras. Por fin, temiendo por la salud de él, y preocupada de que ella ya no pudiera competir con otra coqueta de veinte años, Juliette hizo una tranquila pero severa petición: no más mujeres, o lo dejaría. Tomado completamente por sorpresa, pero seguro de que ella hablaba en serio, Hugo se quebró y sollozó. Ya anciano entonces, se puso de rodillas y juró, sobre la Biblia y luego sobre un ejemplar de su famosa novela *Los miserables,* que no se disiparía más. Hasta la muerte de Juliette, en 1883, el hechizo de ella sobre él fue absoluto.
*Interpretación.* La vida amorosa de Hugo estuvo determinada por su relación con su madre. Nunca *sintió* que ella lo amara lo suficiente. Casi todas las mujeres con las que tuvo aventuras guardaban una semejanza física con ella; de alguna manera, él compensaba su carencia de amor materno con el gran volumen. Cuando Juliette lo conoció, no podía haber sabido todo eso, pero sin duda percibió dos cosas: que él estaba sumamente desilusionado de su esposa y que en realidad nunca había crecido. Sus arranques emocionales y su necesidad de atención hacían de él más un niño que un hombre. Ella consiguió ascendencia sobre él por el resto de su vida al proporcionarle lo único que él no había tenido nunca: completo, incondicional amor de madre. Juliette jamás juzgó a Hugo, ni lo criticó por sus osadías. Le prodigaba atenciones; visitarla era como regresar al útero. En su presencia, de hecho, él era más niño que nunca. ¿Cómo podía negarle un favor, o dejarla siquiera? Y cuando ella finalmente amenazó con dejarlo, él se vio reducido al estado de un niño llorón que clama por su madre. Al final, ella tuvo absoluto poder sobre él.
El amor incondicional es raro y difícil de encontrar, pero es lo que todos imploramos,

ya sea porque alguna vez lo experimentamos o porque habríamos querido que así fuera. No es preciso que llegues tan lejos como Juliette Drouet; el mero indicio de atención ferviente, de aceptar a tus amantes como son, de satisfacer sus necesidades, los colocará en una posición infantil. La sensación de dependencia podría asustarlos un poco, y podrían experimentar un trasfondo de ambivalencia, una necesidad de afirmarse periódicamente, como lo hacía Hugo en sus aventuras. Pero sus lazos contigo serán firmes, y ellos seguirán regresando por más, atados a la ilusión de que recobran el amor materno que aparentemente perdieron para siempre, o que nunca tuvieron. 2.- A principios del siglo XX, el profesor Mut, maestro de un instituto para hombres en una pequeña ciudad de Alemania, empezó a sentir un odio profundo por sus alumnos. Mut estaba por cumplir

sesenta años, y había trabajado mucho tiempo en la misma escuela. Enseñaba griego y latín, y era un distinguido especialista en estudios clásicos. Siempre había sentido la necesidad de imponer disciplina, pero la situación se había vuelto alarmante: los estudiantes sencillamente ya no se interesaban más en Homero. Escuchaban mala música y sólo gustaban de la literatura moderna. Aunque eran rebeldes, Mut los consideraba flojos e indisciplinados. Quería darles una lección y amargarles la existencia; su usual modo de hacer frente a los periodos de alboroto era la intimidación extrema, y casi siempre daba resultado.

Un día, un alumno al que Mut aborrecía —un joven altanero y bien vestido apellidado Lohmann— se puso de pie en clase y dijo: "No puedo seguir trabajando en este salón, profesor. Apesta a fut". "Fut" era como los muchachos apodaban al profesor Mut. El profesor tomó a Lohmann del brazo, se lo torció severamente y lo echó del aula. Luego se dio cuenta de que Lohmann había dejado su cuaderno de ejercicios, y al hojearlo vio un párrafo sobre una actriz llamada Rosa Fróhlich. Una intriga se incubó entonces en la mente de Mut: sorprendería a Lohmann retozando con dicha actriz, sin duda una mujer de mala reputación, y haría expulsar al chico de la escuela. Primero tenía que descubrir dónde actuaba ella. Buscó por todas partes, hasta que por fin halló su nombre fuera de un cabaret llamado El Ángel Azul. Entró. El lugar estaba lleno de humo, repleto de sujetos de clase obrera que él menospreciaba. Rosa estaba en el escenario. Cantaba una canción; la forma en que miraba a los ojos al público era más bien descarada, pero por alguna razón a Mut le pareció encantadora. Se relajó un poco, tomó algo de vino. Después de la actuación de Rosa, él se abrió paso hasta su camerino, resuelto a interrogarla sobre Lohmann. Una vez ahí, se sintió extrañamente incómodo, pero se armó de valor, la acusó de pervertir a escolares y amenazó con llevar a la policía para que cerrara el lugar. Pero Rosa no se amilanó. Invirtió todas las frases de Mut: quizá era *él* quien pervertía a los muchachos. Su tono era lisonjero y burlón. Sí, Lohamnn le había comprado flores y champaña, ¿y qué? Nadie le había hablado nunca a Mut en esa forma; su tono autoritario solía hacer ceder a la gente. Debía sentirse ofendido: ella era de clase baja y mujer, y él maestro, pero Rosa le hablaba como si fueran iguales. Sin embargo, él no se enojó ni se fue. Algo lo obligó a quedarse. Ella guardó silencio. Tomó una media y se puso a zurcirla, ignorándolo; los ojos de él seguían cada uno de sus movimientos, en particular la manera en que ella frotaba su rodilla desnuda. Por fin él aludió de nuevo a Lohmann, y a la policía. "Usted no tiene idea de cómo es esta vida", le dijo ella. "Todos los que vienen aquí se creen los reyes del mundo. Si no les das lo que quieren, ¡te amenazan con la policía!" "Lamento haber herido los sentimientos de una dama", repuso él, avergonzado. Cuando ella se levantó de su silla y las rodillas de ambos chocaron, él *sintió un* escalofrío subirle por la espalda. Ella se portó amable con él otra vez, y le sirvió un poco más de vino. Lo invitó a regresar y se retiró abruptamente, para presentar otro número. Al día siguiente, Mut no dejaba de pensar en sus palabras, sus miradas. Pensar en ella mientras daba clases le brindó una especie de estremecimiento picante. Esa noche regresó al cabaret, aún decidido a sorprender a Lohmann en el acto, y una vez más se vio en el camerino de Rosa, tomando vino y tornándose extrañamente pasivo. Ella le pidió que le ayudara a vestirse; parecía un gran honor, y él la complació. Al ayudarla con el corsé y el maquillaje, se olvidó de Lohmann. Sintió que se le iniciaba en un nuevo mundo. Ella le pellizcó los cachetes y le acarició la barbilla, y le dejó ver ocasionalmente su pierna desnuda mientras desenrollaba una media. El profesor Mut se presentaba entonces noche tras noche, ayudándola a vestirse, viendo su actuación, todo con una rara especie de orgullo. Estaba ahí tan a menudo que Lohmann y sus amigos ya no aparecían. Él había tomado su lugar; era él quien llevaba flores a Rosa, pagaba su champaña, la atendía. Sí, un viejo como él había vencido al joven Lohmann, ¡quien se creía tanto! Le gustaba cuando ella le acariciaba el mentón, lo elogiaba por hacer bien las cosas, pero se sentía aún más excitado cuando lo regañaba, soplándole polvo a la cara o tirándolo de la silla. Quería decir que él le gustaba. Así, gradualmente, Mut empezó a pagar todos sus caprichos. Le costaba su buen dinero, pero la mantenía lejos de otros hombres. Finalmente, él le propuso matrimonio. Se casaron, y estalló el escándalo: él perdió su trabajo, y pronto todo su dinero; terminó en la cárcel. Sin embargo, al final jamás pudo enojarse con Rosa. Por el contrario, se sentía culpable: nunca había hecho lo suficiente por ella. *Interpretación.* El profesor Mut y Rosa Frohlich son los protagonistas de la novela *Der Blaue Engel,* escrita por Heinrich Mann en 1905 y más tarde estelarizada en la pantalla grande por Marlene Dietrich. La seducción de Mut por Rosa sigue la pauta clásica de la regresión edípica. Primero, ella lo trata como una madre trataría a un niño. Lo regaña, pero el regaño no es amenazador sino tierno, posee un lado burlón. Como una madre, ella sabe que trata con alguien débil que no puede evitar hacer travesuras. Mezcla con sus pullas muchos elogios y aprobaciones. Una vez que él empieza a experimentar una regresión, ella añade la estimulación *física: cierto contacto* para excitarlo, sutiles matices sexuales. Como premio a su regresión, él puede obtener el estremecimiento de acostarse por fin con su madre. Pero siempre hay un elemento de competencia, que la madre cree preciso acentuar. El consigue tenerla para él solo, algo que no habría podido hacer si su padre se hubiera interpuesto en su camino, pero por primera vez tiene que arrebatársela a otros.

La clave de este tipo de regresión es ver y tratar a tus objetivos como niños. Nada en ellas te intimida, por más autoridad o posición social que tengan. Tu actitud les deja ver claramente que crees ser la parte fuerte. Para lograr esto, podría ser útil imaginarlas o visualizarlas como los niñas que alguna vez fueron; de repente, los poderosas

no lo parecen tanto, ni tan amenazantes, cuando los sometes a una regresión en tu imaginación. Ten en mente que ciertos tipos de personas son más vulnerables a una regresión edípica. Busca a quienes, como el profesor Mut, aparentan mayor grado de madurez: personas puritanas, serias, un poco pagadas de sí mismas. Estas personas hacen un enorme esfuerzo por reprimir sus tendencias regresivas, sobrecompensando así sus debilidades. Con frecuencia quienes parecen tener más control de sí mismos son *los* más aptos para la regresión. De hecho, la ansian en secreto, porque su poder, posición y responsabilidades son más una carga que un placer.
3.- Nacido en 1768, el escritor francés Francois-René de Chateaubriand creció en un castillo medieval en Bretaña. El castillo era frío y lúgubre, como si estuviera habitado por fantasmas del pasado. La familia vivía ahí en semirreclusión. Chateaubriand pasaba gran parte de su tiempo con su hermana Lucile, y su apego a ella fue tan firme que circularon rumores de incesto. Pero cuando tenía unos quince años, una nueva mujer, llamada Sylphide, entró en su vida: una mujer que él creó en su imaginación, una amalgama de todas las heroínas, diosas y cortesanas de las que había leído en los libros. Veía constantemente sus facciones en su mente, y oía su voz. Pronto ella paseaba con él, y conversaban. El la imaginaba inocente y elevada, pero a veces hacían cosas no tan inocentes. Mantuvo esta relación dos años enteros, hasta que marchó a París, y remplazó a Sylphide por mujeres de carne y hueso.
El público francés, harto de los terrores de la década de 1790, recibió con entusiasmo los primeros libros de Chateaubriand, sintiendo un nuevo espíritu en ellos. Sus novelas estaban llenas de castillos azotados por el viento, héroes perturbadores y apasionadas heroínas. El romanticismo estaba en el aire. El propio Chateaubriand se parecía a los personajes de sus novelas, y pese a su poco atractiva apariencia, las mujeres enloquecían por él: con Chateaubriand podían huir de su aburrido matrimonio y vivir la clase de romance turbulento sobre el que él escribía. El sobrenombre de Chateaubriand era *Ericrumteur;* y aunque estaba casado, y era un católico fervoroso, el número de sus aventuras aumentó con los años. Sin embargo, tenía una naturaleza inquieta: viajó a Medio Oriente, a Estados Unidos, por toda Europa. No podía encontrar lo que por todos lados buscaba, y tampoco a la mujer correcta: cuando la novedad de una aventura se acababa, él se iba. Para 1807 había tenido tantos romances, y se seguía sintiendo tan insatisfecho, que decidió retirarse a su finca rural, llamada Vallée aux Loups. Llenó el lugar de árboles del mundo entero, transformando los jardines en algo salido de una de sus novelas. Ahí empezó a escribir las memorias que, preveía, serían su obra maestra.
Para 1817, sin embargo, la vida de Chateaubriand se había desmoronado. Problemas de dinero lo habían obligado a poner a la venta Vallée aux Loups. Con casi cincuenta años de edad, de repente se sintió viejo, y agotada su inspiración. Ese año visitó a la escritora Madame de Staél, quien estaba enferma y próxima a morir. Pasó varios días junto a su lecho, en compañía de la mejor amiga de Madame, Juliette Récamier. Las aventuras de Madame Récamier eran tristemente célebres. Casada con un hombre mucho mayor que ella, no vivían juntos desde hacía tiempo; ella había roto los corazones de los más ilustres hombres de Europa, como el príncipe Metternich, el duque de Wellington y el escritor Benjamín Constant. También se rumoraba que, pese a sus coqueteos, seguía siendo virgen. Tenía entonces casi cuarenta años, pero era el tipo de mujer que parece joven a cualquier edad. Atraídos por el pesar por la muerte de Staél, Chateaubriand y ella se hicieron amigos. Ella lo escuchaba con tanta atención, adoptando sus estados anímicos y haciéndose eco de sus sentimientos, que él sintió que al fin había conocido a una mujer que lo comprendía. También había algo en cierto modo etéreo en Madame Récamier. Su andar, su voz, sus ojos: más de un hombre la había comparado con un ángel celestial. Chateaubriand ardió pronto en deseos de poseerla físicamente.
Al año siguiente del comienzo de su amistad, ella le tenía una sorpresa: había convencido a una amiga de comprar Vallée aux Loups. La amiga estaría fuera unas semanas, y ella lo invitó a que pasaran juntos una temporada en la antigua finca de él. Chateaubriand aceptó encantado. Él le mostró la propiedad, explicando lo que cada pequeño tramo del terreno había significado para él, los recuerdos que el lugar le evocaba. Chateaubriand se vio invadido por sentimientos de su juventud, sensaciones que había olvidado. Indagó más en su pasado, describiendo hechos de su infancia. En momentos, paseando con Madame Récamier y mirando esos amables ojos, sentía un escalofrío de reconocimiento, pero no podía identificarlo del todo. Lo único que sabía era que debía volver a las memorias que había dejado de lado, "intento emplear el poco tiempo que me queda en describir mi juventud", dijo, "mientras su esencia sigue siendo palpable para mí."
Parecía que Madame Récamier correspondía al amor de Chateaubriand, pero, como de costumbre, ella se obstinó en mantener un romance espiritual. Sin embargo, l'Enchanteur llevaba bien puesto su mote. Su poesía, su aire de melancolía y su persistencia se impusieron finalmente, y ella sucumbió, quizá por primera vez en su vida. Entonces, como amantes, eran inseparables. Pero como sucedía siempre con Chateaubriand, al paso del tiempo no fue suficiente una mujer. El espíritu inquieto retomó. El empezó a tener aventuras de nuevo. Récamier y él dejaron de verse poco después.
En 1832, Chateaubriand viajaba por Suiza. Una vez más, su vida había sufrido un vuelco; sólo que para entonces ya estaba viejo de verdad, en cuerpo y alma. En los Alpes, extraños pensamientos de su juventud comenzaron a

asaltarlo, recuerdos del castillo en Bretaña. Se enteró de que Madame Récamier se hallaba en la zona. No la había visto en años, y corrió a la posada en que se hospedaba. Ella fue con él tan gentil como siempre; durante el día daban largos paseos juntos, y en la noche se quedaban platicando hasta muy tarde.
Un día, Chateaubriand le dijo que por fin había decidido concluir sus memorias. Y tenía una confesión que hacer: le contó la historia de Sylphide, su imaginaria amante de pequeño. Una vez había esperado conocer a Sylphide en la vida real, pero las mujeres que conoció empalidecían en comparación. Con los años había olvidado a su amante imaginaria; pero ahora era viejo, y no sólo pensaba en ella otra vez, sino que podía ver su rostro y oír su voz. Con estos recuerdos cayó en la cuenta de que sí había conocido a Syplhide en la vida real: era Madame Récamier. El rostro y la voz se parecían. Más aún, ahí estaba el mismo espíritu sereno, la cualidad inocente y virginal. Al leerle la oración a Sylphide, que acababa de escribir, le dijo que quería ser joven de nuevo, y que verla le había devuelto su juventud. Reconciliado con Madame Récamier, Chateaubriand se puso a trabajar otra vez en sus memorias, que finalmente se publicaron bajo el título de *Memorias de ultratumba.* La mayoría de los críticos coincidieron en que ese libro era su obra maestra. Las memorias estaban dedicadas a Madame Récamier, de quien él siguió siendo devoto hasta su propia muerte, en 1848. *Interpretación.* Todos llevamos dentro una imagen de un tipo ideal de persona que anhelaríamos conocer y amar. Con demasiada frecuencia ese tipo es una combinación de fragmentos y piezas de diferentes personas de nuestra juventud, e incluso de personajes de libros y películas. Individuos que influyeron profundamente en nosotros —un maestro, por ejemplo— también podrían figurar en él. Sus rasgos no tienen nada que ver con intereses superficiales. Más bien, son inconscientes, difíciles de verbalizar. Buscamos arduamente ese tipo ideal en nuestra adolescencia, cuando somos más idealistas. A menudo nuestros primeros amores poseen *esos rasgos* en mayor medida que los posteriores. En el caso de Chateaubriand, viviendo con su familia en su castillo aislado, su primer amor fue su hermana Lucile, a la que adoró e idealizó. Pero como el amor con ella era imposible, creó una figura salida de su imaginación, con todos los atributos positivos de Lucile: nobleza de espíritu, inocencia, valor. Madame Récamier no habría podido saber nada acerca del tipo ideal de
Chateaubriand, pero sabía algo sobre él, mucho antes incluso de conocerlo. Había leído todos sus libros, y sus personajes eran muy autobiográficos. Sabía de su obsesión por su juventud perdida; y todos estaban al tanto de sus aventuras interminables e insatisfactorias con mujeres, de su muy inquieto espíritu. Madame Récamier sabía cómo ser un reflejo de la gente, entrar en su espíritu, y uno de sus primeros actos fue llevar a Chateaubriand a Vallée aux Loups, donde él creía haber dejado parte de su juventud. Invadido de recuerdos, experimentó una regresión aún más intensa a su infancia, a los días en el castillo. Ella lo alentó activamente a eso. Más aún, encarnaba un espíritu que le era natural, pero que conicidía con el espíritu de juventud de él: inocente, noble, bondadoso. (El hecho de que tantos hombres se enamoraran de ella sugiere que muchos tenían los mismos ideales.) Madame Récamier fue Lucile/Sylphide. Chateaubriand tardó años en percatarse de ello; pero cuando lo hizo, el hechizo de ella sobre él fue total.
Es casi imposible personificar por entero el ideal de alguien. Pero si tú te acercas lo suficiente al de otra persona, si evocas algo de ese espíritu ideal, podrás conducirla a una seducción profunda. Para efectuar esta regresión, debes desempeñar el papel de terapeuta. Logra que tus objetivos se abran respecto a su pasado, en particular a sus antiguos amores, y más aún a su primer amor. Presta atención a toda expresión de desconcierto, cómo esta o aquella persona no les dio lo que querían. Llévalos a lugares que evoquen su juventud. En esta regresión no creas tanto una relación de dependencia e inmadurez como el espíritu adolescente de un primer amor. Hay un toque de inocencia en la relación. Gran parte de la vida adulta implica concesiones, maquinaciones y cierta dureza. Crea la atmósfera ideal dejando fuera esas cosas, atrayendo a la otra persona a una especie de debilidad mutua, evocando una segunda virginidad. Debe haber una calidad de ensueño en esto, como si el objetivo reviviera su primer amor pero no pudiera creerlo. Deja que todo se desenvuelva lentamente, que cada encuentro revele nuevas cualidades ideales. La sensación de revivir el placer pasado es sencillamente imposible de resistir.
*4.-* En el verano de 1614, varios miembros de la alta nobleza de Inglaterra, entre ellos el arzobispo de Canterbury, se reunieron para decidir qué hacer con el conde de Somerset, el favorito del rey Jacobo I, quien tenía entonces cuarenta y ocho años de edad. Luego de ocho años como favorito, el joven conde había acumulado tanto poder y riqueza, y tantos títulos, que no dejaba nada para nadie más. Pero ¿cómo librarse de ese hombre tan poderoso? Por el momento, los conspiradores no tenían respuesta. Semanas después, mientras inspeccionaba las caballerizas reales el rey vio a un joven nuevo en la corte, George Villiers, de veintidós años, miembro de la baja nobleza. Los cortesanos que acompañaban al rey advirtieron el interés con que el rey seguía a Villiers con la mirada, y preguntaba por él. Todos tuvieron que admitir que, en efecto, era un joven muy apuesto, con cara de ángel y una actitud encantadoramente infantil. Cuando la noticia del interés del rey en Villiers llegó a oídos de los conspiradores, supieron al instante que habían encontrado lo que buscaban: un muchacho capaz de seducir al rey y suplantar al temido favorito. Pero dejada a la naturaleza, esa seducción jamás tendría lugar. Debían ayudarle. Así, sin comunicar el plan a Villiers, se hicieron amigos suyos.

El rey Jacobo era hijo de María, reina de Escocia. Su infancia había sido una pesadilla: su padre, el favorito de su madre, y sus propios regentes habían sido asesinados; su madre, primero había sido exiliada, después ejecutada. Jacobo, cuando era joven, para escapar a las sospechas, se había fingido loco. Aborrecía ver una espada y no soportaba la menor señal de desacuerdo. Cuando su prima la reina Isabel I murió en 1603, sin dejar heredero, él se convirtió en rey de Inglaterra.
Jacobo se rodeó de hombres jóvenes con buen ánimo e ingenio, y parecía preferir la compañía de los muchachos. En 1612, su hijo, el príncipe Enrique, murió. El rey estaba inconsolable. Necesitaba distracción y buen ánimo, y su favorito, el conde de Somerset, ya no era tan joven y atractivo para brindárselos. El momento para una seducción era perfecto. Así, los conspiradores se pusieron a trabajar en Villiers, so capa de ayudarlo a ascender en la corte. Le proporcionaron un magnífico guardarropa, joyas, un carruaje reluciente, el tipo de cosas que el rey notaba. Retinaron Su práctica de la equitación, el esgrima, el tenis, el baile, así como sus habilidades con aves y perros. Fue instruido <en el arte de la conversación: cómo halagar, decir una broma, suspirar en el momento indicado. Por fortuna, fue fácil trabajar con Villiers: poseía una actitud naturalmente animada, y nada parecía incomodarle. Ese mismo año los conspiradores lograron que se le nombrara portador real de la copa: cada noche servía vino al rey, así que éste podía verlo de cerca. Semanas más tarde, el rey estaba enamorado. El muchacho parecía ansiar atención y ternura, justo lo que él anhelaba ofrecer. ¡Qué maravilloso sería moldearlo y educarlo! ¡Y qué perfecta figura tenía!
Los conspiradores convencieron a Villiers de romper su compromiso con una joven dama: el rey era muy decidido en sus afectos, y no toleraba la competencia. Pronto Jacobo quería estar con Villiers todo el tiempo, porque tenía las cualidades que él admiraba: inocencia y espíritu de corazón alegre. El rey lo nombró caballero de la cámara real, lo que les permitía estar solos. Lo que encantaba en particular a Jacobo era que Villiers nunca pedía nada, lo cual volvía aún más delicioso consentirlo. Para 1616, Villiers había suplantado por completo al favorito anterior. Ya era entonces conde de Buckingham, y miembro del consejo real. Aunque para consternación de los conspiradores, acumuló rápidamente aún más privilegios que el conde de Somerset. El rey le decía "cariño" en público, arreglaba sus jubones, lo peinaba. Jacobo protegía celosamente a su favorito, ansioso de preservar la inocencia del joven. Satisfacía cada capricho del muchacho, era en realidad su esclavo. De hecho, el rey parecía experimentar una regresión: cada vez que Stee-nie, como le decía a Villiers, entraba a la sala, él empezaba a actuar como niño. Fueron inseparables hasta la muerte del rey, en 1625.
*Interpretación.* Es indudable que nuestros padres nos moldean para siempre, en formas que jamás terminamos de comprender del todo. Pero los padres son igualmente influidos y seducidos por su hijo. Pueden cumplir el papel de protectores, pero entre tanto absorben el espíritu y energía del hijo, reviven una parte de su propia infancia. Y así como el hijo batalla con sensaciones sexuales hacia su padre o madre, el padre o madre debe reprimir sensaciones eróticas comparables, presentes apenas bajo la ternura que experimenta. La mejor y más insidiosa forma de seducir a la gente suele ser situarte como el hijo. Imaginándose más fuerte, más al mando, ella se sentirá atraída a tu telaraña. Sentirá que no tiene nada que temer. Enfatiza tu inmadurez, tu debilidad, y déjala ceder a la fantasía de que te protege y educa, un deseo intenso cuando la gente es mayor. Lo que no percibe es que te metes hasta el fondo de su ser, insinuándote: es el niño quien controla al adulto. Tu inocencia hace que los demás quieran protegerte, pero también está sexualmente cargada. La inocencia es muy seductora; hay quienes ansían incluso corromperla. Despierta sus sensaciones sexuales latentes y podrás descarriarlos con la esperanza de satisfacer una intensa pero reprimida fantasía: acostarse con la figura filial. En tu presencia, asimismo, también ellos empezarán a experimentar una regresión, contagiados por tu espíritu travieso e infantil.
Casi todo esto era natural en Villiers, pero es probable que tú debas emplear cierto cálculo. Por fortuna, todos poseemos fuertes tendencias infantiles a las que es fácil acceder y exagerar. Haz que tus gestos parezcan espontáneos e imprevistos. Todo elemento sexual de tu conducta debería parecer inocente, inconsciente. Como Villiers, no pidas favores. Los padres prefieren consentir a los hijos que no piden cosas, sino que los invitan a dar con su actitud. Dar la impresión de que no censuras ni criticas a quienes te rodean hará todo para hacerte parecer natural e ingenuo. Adopta un comportamiento alegre, animoso, aunque con un filo picaro. Enfatiza toda debilidad que puedas tener, las cosas que no puedes controlar. Recuerda: la mayoría recordamos con cariño nuestros primeros años, pero, paradójicamente, a menudo la gente más apegada a esa época es la que tuvo una niñez más difícil. En realidad, las circunstancias le impidieron ser niño, así que nunca crece, e implora el paraíso que nunca pudo experimentar. Jacobo I pertenece a esta categoría. Las personas de este tipo son blancos ideales para una regresión inversa.
*Símbolo. La cama. Acostado solo en la cama, el niño se siente desprotegido, temeroso, necesitado. En un cuarto cercano está la cama de su m/p-adre. Es grande e indebida, sede de cosas que se supone que él no debe saber. Transmite a la seducida ambas sensaciones —desamparo y transgresión— al acostada y arrullada.*

# Reverso.

Para revertir las estrategias de la regresión, las partes de una seducción tendrían que mantener una actitud adulta durante el proceso. Pero esto no sólo es raro, sino también poco placentero. La seducción significa hacer realidad ciertas fantasías. Ser un adulto responsable y maduro no es una fantasía, es un deber. Además, una persona que mantiene una actitud adulta en relación contigo es difícil de seducir. En toda clase de seducción —política, mediática, personal—, el objetivo debe experimentar una regresión. El único peligro es que el hijo, harto de la dependencia, se vuelva contra el

padre o madre y se rebele. Debes estar preparado para esto; y, a diferencia de un padre o madre, no tomarlo nunca como algo personal. 18. Fomenta las transgresiones y lo prohibido.

***Siempre hay límites sociales a lo que uno puede hacer. Algunos de ellos, los tabúes más elementales, datan de hace siglos; otros son más superficiales, y simplemente definen la conducta cortés y aceptable. Hacer sentir a tus objetivos que los conduces más allá de cualquier límite es extremadamente seductor. La gente ansia explorar su lado oscuro. No todo en el amor romántico debe ser tierno y delicado; insinúa poseer una vena cruel, aun sádica. No respetes diferencias de edad, votos conyugales, lazos familiares. Una vez que el deseo de transgresión atrae a tus blancos hacia ti, les será difícil detenerse. Llévalos más lejos de lo que imaginaron; la sensación compartida de culpa y complicidad creará un poderoso vínculo.***

# El yo perdido.

En marzo de 1812, George Gordon Byron, entonces de veinticuatro años de edad, publicó los primeros cantos de su poema *Childe Harold.* Este poema estaba repleto de las conocidas imágenes góticas —una abadía en ruinas, disipación, viajes al misterioso Oriente—, pero lo que lo volvía distinto era que su protagonista también era un villano: Harold era un hombre que llevaba una vida de vicio, desdeñando las convenciones de la sociedad, aunque de alguna manera salía impune. Asimismo, el poema no estaba ubicado en un lugar lejano, sino en la Inglaterra de la época. *Childe Harold* causó sensación de inmediato, y se convirtió en la comidilla de Londres. La primera edición se agotó rápidamente. Días después comenzó a circular un rumor: el poema, acerca de un disipado joven noble, era en realidad autobiográfico. La crema y nata de la sociedad clamó entonces por conocer a Lord Byron, y muchos de sus miembros dejaron sus tarjetas de visita en la residencia del poeta. Pronto, él se presentó en sus casas. Por extraño que parezca, superó sus expectativas. Byron era extremadamente guapo, con cabello rizado y cara de ángel. Su atuendo negro hacía resaltar su pálida tez. No hablaba mucho, lo que en sí mismo causaba impresión; y cuando lo hacía, su voz era grave e hipnótica, y su tono algo desdeñoso. Cojeaba (había nacido con un pie deforme), así que cuando una orquesta acometía un vals (el baile de moda en 1812), él se hacía a un lado, perdida la mirada. Las damas enloquecieron por él. Al conocerlo, Lady Roseberry sintió su corazón latir tan violentamente (una mezcla de temor y excitación) que tuvo que retirarse. Las mujeres se peleaban por sentarse a su lado, conquistar su atención, ser seducidas por él. ¿Era verdad que había cometido un pecado secreto, como el protagonista de su poema?

Lady Caroline Lamb —esposa de William Lamb, hijo de Lord y Lady Melbourne— era una joven radiante en el escenario social, pero en el fondo era infeliz. De niña había soñado con aventuras, romances, viajes. Pero entonces se esperaba que desempeñara el papel de esposa civilizada, y eso no iba con ella. Lady Caroline fue una de las primeras en leer *Childe Harold,* y algo más que su\ novedad la estimuló. Cuando vio a Lord Byron en una cena, rodeado de mujeres, lo miró a la cara y se marchó; esa noche escribió sobre él en su diario: "Demente, mal sujeto y peligroso como para conocerlo". Y añadió: "Ese hermoso rostro pálido es mi destino".

Al día siguiente, para sorpresa de Lady Caroline, Lord Byron se presentó a visitaría. Obviamente, la había visto marcharse, y su timidez le había intrigado: le disgustaban las mujeres enérgicas que no cesaban de andar tras de él, pues parecía desdeñarlo todo, aun su éxito. Pronto acabó por visitar a Lady Caroline todos los días. Se entretenía en su tocador, jugaba con sus hijos, la ayudaba a elegir su vestido. Ella insistió en que le contara su vida: él describió a su padre brutal, las muertes prematuras que parecían ser una maldición familiar, la ruinosa abadía que había heredado, sus aventuras en Turquía y Grecia. Su vida era en verdad tan gótica como la de Childe Harold. En unos cuantos días se hicieron amantes. Pero entonces la situación se invirtió: Lady Caroline perseguía a Byron con un dinamismo impropio de una dama. Se vestía de paje y subía a hurtadillas al carruaje de

él, le escribía cartas extravagantemente emotivas, hacía ostentación de su romance. ¡Por fin una oportunidad de ejecutar el gran papel romántico de sus fantasías de adolescencia! Byron empezó a predisponerse contra ella. Ahora le encantaba escandalizar; esta vez le confesó la naturaleza del pecado secreto al que había aludido en *Childe Harold:* sus aventuras homosexuales durante sus viajes. Hacía comentarios crueles, se mostraba indiferente. Pero, al parecer, esto no hacía sino incitar aún más a Lady Caroline. Ella le envió el acostumbrado mechón, pero de su pubis; lo seguía en la calle, hacía escenas en público; su familia la mandó por fin al extranjero, para evitar más escándalos. Cuando Byron dejó en claro

que el amorío había concluido, ella se hundió en una locura que duraría varios años. En 1813, un viejo amigo de Byron, James Webster, invitó al poeta a alojarse en su finca campestre. Webster tenía una esposa joven y bella, Lady Francés, y sabía de la fama de Byron como seductor, pero su esposa era casta y callada: sin duda resistiría la tentación de un hombre como Byron. Para alivio de Webster, Byron apenas si habló con Francés, quien parecía igualmente insensible a él. Pero ya avanzada la estancia de Byron, ella se las ingenió para estar a solas con él en el salón de billar, donde le hizo una pregunta: ¿cómo podía una mujer a la que le gustaba un hombre hacérselo saber cuando él no lo percibía? Byron garabateó una picante respuesta en un pedazo de papel, que hizo que ella se sonrojara al leerla. Poco después él invitó a la pareja a visitarlo en su infausta abadía. Ahí, la correcta y formal Lady Francés lo vio beber vino en un cráneo humano. Los dos se quedaban hasta tarde en una de las cámaras secretas de la abadía, leyendo poesía y besándose. Con Byron, parecía, Lady Francés estaba más que dispuesta a explorar el adulterio.

Ese mismo año, la hermanastra de Lord Byron, Augusta, llegó a Londres, huyendo de su esposo, quien tenía problemas de dinero. Byron no había visto a Augusta durante un tiempo. Se parecían: el mismo rostro, los mismos gestos; ella era Lord Byron en mujer. Y la conducta de él con ella era más que fraternal. La llevaba al teatro, a bailes, la recibía en su casa, la trataba con una intimidad que Augusta pronto correspondió. En efecto, las tiernas y amables atenciones con que Byron la colmaba pronto se volvieron físicas.

Augusta era una esposa ferviente y madre de tres hijos, pero se rindió a las insinuaciones de su hermanastro. ¿ Cómo habría podido evitarlo? El despertaba una extraña pasión en ella, una pasión más fuerte que la que sentía por cualquier otro hombre, incluido su esposo. Para Byron, la relación con Augusta fue el mayor, supremo pecado de su vida. Y poco después escribía a sus amigos confesándolo abiertamente. En realidad se deleitaba en sus horrorizadas respuestas, y su largo poema narrativo *The Bride of Abydos* tiene como tema el incesto entre hermanos. Entonces empezaron a correr rumores sobre las relaciones de Byron con Augusta, quien ya estaba embarazada de él. La buena sociedad lo rechazó, pero las mujeres se sintieron atraídas por él más que antes, y sus libros eran más populares que nunca. i Annabella Milbanke, prima de Lady Caroline Lamb, había conocido a Byron en aquellos primeros meses de 1812, cuando Londres lo aclamaba. Annabella era seria y práctica, y sus intereses eran la ciencia y la religión. Pero había algo en Byron que la atraía. Y la sensación parecía ser correspondida: no sólo se hicieron amigos, sino que, para desconcierto de Annabella, él mostró otro tipo de interés en ella, al grado de proponerle matrimonio. Esto ocurrió en medio del escándalo de Byron y Caroline Lamb, y Annabella no tomó en serio la propuesta. En los meses posteriores ella siguió su carrera a la distancia, y se enteró de los perturbadores rumores de incesto. Con todo en 1813 escribió a su tía: "Considero tan deseable su trato que yo correría el riesgo de que me llamaran una Coqueta con tal de disfrutar de él". Al leer sus nuevos poemas, ella escribió que su "descripción del Amor casi me hace enamorarme a *el.* Fue desarrollando una obsesión por Byron, hasta que algo de ella pronto llegó a sus oídos. Renovaron su amistad, y en 1814 él le propuso matrimonio de nuevo; esta vez ella aceptó. Byron era un ángel caído y ella lo enmendaría.

Pero no fue así. Byron había esperado que la vida conyugal lo serenara, pero después de la ceremonia se dio cuenta de que estaba equivocado. Le dijo a Annabella: "Ahora descubrirás que te has casado con un demonio." Pocos años después el matrimonio se separó.

En 1816, Byron se fue de Inglaterra, para no volver jamás. Viajó un tiempo por Italia; todos conocían su historia: sus romances, el incesto, la crueldad con sus amantes. Pero donde fuera, las italianas, en particular nobles casadas, lo perseguían, dejando ver a su manera lo dispuestas que estaban a ser su siguiente víctima. Las mujeres se habían convertido en verdad en las agresoras. Como dijo Byron al poeta Shelley: "Nadie ha sido más disputado que el pobre querido de mí: me han raptado más a menudo que a nadie desde la guerra de Troya".

*Interpretación.* Las mujeres de la época de Byron anhelaban ejercer un papel diferente al que la sociedad les permitía. Se suponía que debían ser la fuerza decente y moralizadora de la cultura; sólo los hombres disponían de salidas para sus más oscuros impulsos. Bajo las restricciones sociales a las mujeres quizá estaba el temor a la parte amoral y desbocada de la psique femenina.

Sintiéndose reprimidas e inquietas, las damas de entonces devoraban novelas góticas, historias en que las mujeres eran audaces y tenían la misma capacidad para el bien y el mal que los hombres. Libros como ésos contribuyeron a detonar una revuelta, en la que

mujeres como Lady Caroline hacían realidad algo de la vida de fantasía de su adolescencia, cuando esto estaba hasta cierto punto permitido. Byron salió a escena en el momento justo. Se volvió el pararrayos de los deseos no expresados de las mujeres; con él, ellas podían llegar más allá de los límites que la sociedad había impuesto. Para algunas el atractivo era el adulterio, para otras una rebelión romántica, o la posibilidad de ser irracionales e incivilizadas. (El anhelo de reformar a Byron escondía meramente la verdad: el deseo de que él las avasallara.) En todas esas circunstancias estaba presente el señuelo de lo prohibido, lo que en este caso era algo más que una mera tentación superficial: una vez que una mujer se involucraba con Byron, él la llevaba más lejos de lo que ella había imaginado o deseado, porque no conocía límites. Las mujeres no sólo se enamoraban de Byron: le permitían que pusiera su vida de cabeza, e incluso que las llevara a la ruina. Preferían ese destino a los confines seguros del matrimonio.

En cierto sentido, la situación de las mujeres a principios del siglo XIX se ha generalizado a princios del XXI. Las salidas para la mala conducta masculina —guerra, política sucia, la institución de amantes y cortesanas— han caído en desuso; hoy no sólo de las mujeres, sino también de los hombres se supone que deben ser eminentemente civilizados y razonables. Y a muchos se les dificulta cumplir eso. Cuando niños se nos permite desahogar el lado oscuro de nuestro carácter, un lado que todos tenemos. Pero a causa de la presión de la sociedad (en un principio bajo la forma de nuestros padres), reprimimos poco a poco las vetas atrevidas, rebeldes, perversas de nuestro carácter. Para convivir, aprendemos a reprimir nuestro lado oscuro, el cual se convierte en una especie de yo perdido, una parte de nuestra psique sepultada bajo nuestra educada apariencia.

Cuando adultos, deseamos en secreto recuperar ese yo perdido, nuestra parte infantil más audaz, menos respetuosa. Nos atraen quienes viven su yo perdido cuando adultos, aun si esto implica cierta maldad o destrucción. Como Byron, puedes ser el pararrayos de esos deseos. Sin embargo, debes aprender a mantener bajo control ese potencial, y a usarlo en forma estratégica. Mientras el aura de lo prohibido en torno tuyo atrae objetivos a tu telaraña, no exageres tu peligrosidad, o los ahuyentarás. Una vez que sientas que han caído bajo tu hechizo, podrás darte rienda suelta. Si empiezan a imitarte, como Lady Caroline lo hizo con Byron, ve más lejos: introduce un poco de crueldad, involúcralos en pecados, inmoralidades, actividades prohibidas, lo que sea necesario. Desata el yo perdido en tus blancos: entre más lo liberen, mayor será tu influencia en ellos. Quedarte a medio camino rompería el encanto y produciría inhibiciones. Llega lo más lejos posible. *La bajeza atrae a todos.* —Johann Wolfgang Goethe.

## Claves para la seducción.

La sociedad y la cultura se basan en límites: este tipo de conducta es aceptable, este otro no. Los límites son variables y cambian con el tiempo, pero siempre los hay. La alternativa es la anarquía, el desorden de la naturaleza, al que tememos. Pero somos animales extraños: en cuanto se impone cualquier tipo de límite, físico o psicológico, sentimos curiosidad. Una parte de nosotros quiere rebasarlo, explorar lo prohibido. Si de niños se nos dice que no pasemos de cierto límite del bosque, ahí es precisamente adonde vamos. Pero al crecer, y volvernos civilizados y respetuosas, un creciente número de fronteras obstruyen nuestra vida. No confundas urbanidad con felicidad, aquélla encubre frustración, una concesión no deseada. ¿Cómo podemos explorar el lado sombrío de nuestra personalidad sin incurrir en castigos u ostracismo? Ese lado se filtra en nuestros sueños. A veces despertamos con una sensación de culpa por los asesinatos, incestos, adulterios y caos que ocurren en nuestros sueños, hasta que nos percatamos de que nadie tiene que saberlo salvo nosotros. Pero dale a una persona la sensación de que contigo tendrá la oportunidad de explorar los más remotos linderos de la conducta aceptable y civilizada, de que tú puedes dar salida a parte de su personalidad enclaustrada, y generarás los ingredientes necesarios para una seducción profunda e intensa.

Tendrás que ir más allá de sólo incitar a una persona con una fantasía elusiva. El impacto y el poder seductor procederán de la realidad que le ofrezcas. Como Byron, en cierto momento puedes incluso llevarla más lejos de donde quiere ir. Si te ha seguido por pura curiosidad, podría sentir cierto temor y vacilación; pero una vez atrapada, le será difícil resistirse, porque es difícil retornar a un límite una vez transgredido y traspasado. El ser humano clama por más, y no sabe cuándo parar. Tú determinarás por la otra persona cuándo es momento de parar.

En cuanto la gente siente que algo es prohibido, una parte de ella lo querrá. Esto es lo que convierte a hombres y mujeres casados en un objetivo tan deseable: entre más prohibido es alguien, mayor el deseo. George Villiers, el conde de Buckingham, fue el favorito del rey Jacobo I, y luego del hijo de éste, el rey Carlos I. Nada se le negaba. En 1625, en una visita a Francia, conoció a la hermosa reina Ana, y se enamoró irremediablemente de ella. ¿Qué podía ser menos posible, estar más fuera de su alcance, que la reina de una potencia rival? Él habría podido tener

a casi cualquier otra mujer, pero la naturaleza prohibida de la reina le apasionó por completo, hasta ponerse en vergüenza, y a su país, intentando besarla en público.

Puesto que lo prohibido es deseado, de algún modo debes parecer prohibido. La manera más ostensible de hacer esto es adoptar una conducta que te dé un aura oscura y prohibida. En teoría, eres alguien a quien se debe evitar; de hecho, eres demasiado seductor para que se te resistan. Este fue el encanto del actor Errol Flynn, quien, como Byron, se descubría a menudo siendo el perseguido, no el perseguidor. Flynn era muy guapo, pero tenía algo más: una inocultable vena delictiva. En su desenfrenada juventud había participado en toda clase de actividades turbias. En la década de 1950 se le acusó de violación, una mancha permanente en su fama pese a que fue absuelto; pero su popularidad entre las mujeres no hizo sino aumentar. Exagera tu lado oscuro y tendrás un efecto semejante. Desde el punto de vista de tus blancos, relacionarse contigo significa ir más allá de sus límites, hacer algo atrevido e inaceptable para la sociedad, para sus iguales. Para muchos, ésta es una razón para morder el anzuelo. En la novela *Arenas movedizas,* de Junichiro Tanizaki, publicada en 1928, Sonoko Kakiuchi, esposa de un abogado respetable, está aburrida y decide tomar clases de pintura para pasar el tiempo. Ahí le fascina una compañera, la hermosa Mitsuko, quien se hace su amiga y después la seduce. Kakiuchi se ve obligada a decir incontables mentiras a su esposo sobre su relación con Mitsuko y sus citas frecuentes. Mitsuko la envuelve poco a poco en toda índole de actividades atroces, entre ellas un triángulo amoroso con un joven excéntrico. Cada vez que Kakiuchi es forzada a explorar un placer prohibido, Mitsuko la reta a llegar más lejos. Kakiuchi titubea, siente remordimientos; sabe que está en las garras de una diabólica joven seductora que se ha aprovechado de su aburrimiento para pervertirla. Pero, en definitiva, no puede evitar seguir a Mitsuko; cada acto transgresor la hace querer más. Una vez que tus objetivos son atraídos por el señuelo de lo prohibido, rétalos a igualarte en conducta transgresora. Todo tipo de desafío es seductor. Avanza despacio, y no acentúes el reto hasta que tus blancos den señales de rendirse a ti. Tan pronto como estén bajo tu hechizo, quizá ni se den cuenta de la aventura extrema a la que los has conducido. El duque de Richelieu, el gran libertino del siglo XVIII, tenía predilección por las jóvenes, y con frecuencia agudizaba la seducción envolviéndolas en una conducta transgresora, a lo que la gente joven es particularmente susceptible. Por ejemplo, buscaba la manera de entrar a la casa de la muchacha y de atraerla a su cama; los padres estaban apenas poco más allá del pasillo, lo que añadía el sazón apropiado. A veces actuaba como si estuvieran a punto de ser descubiertos, y el susto momentáneo afilaba el estremecimiento implícito. En todos los casos, intentaba volver a la joven contra sus padres, ridiculizando su celo religioso, gazmoñería o conducta piadosa. La estrategia del duque consistía en atacar los valores que sus objetivos más apreciaban, justo los valores que representan un límite. En una persona joven, los lazos familiares, los lazos religiosos y demás son útiles para el seductor; los jóvenes apenas si necesitan una razón para rebelarse contra ellos. Aunque esta estrategia puede aplicarse a una persona de cualquier edad: para todo valor altamente estimado hay un lado sombrío, una duda, un deseo de explorar lo que ese valor prohibe.

En la Italia del Renacimiento, una prostituta se vestía como dama e iba a la iglesia. Nada era más excitante para un hombre que intercambiar miradas con una mujer a la que sabía ramera, mientras él estaba rodeado por su esposa, familiares, amigos y curas. Cada religión o sistema de valores engendra un lado oscuro, el reino sombrío de todo lo que prohibe. Induce a tus objetivos, hazlos coquetear con todo lo que transgrede sus valores familiares, con frecuencia emotivos pero superficiales, ya que se les impone desde fuera.

A uno de los hombres más seductores del siglo XX, Rodolfo Valentino, se le conocía como la Amenaza Sexual. Su encanto para las mujeres era doble: podía ser tierno y considerado, pero también sugería crueldad. En cualquier momento podía ponerse peligrosamente rudo, quizá un tanto violento. Los estudios exageraban cuanto podían esta doble imagen: cuando se sabía que él había maltratado a su esposa, por ejemplo, explotaban el caso. Una mezcla de masculinidad y feminidad, violencia y ternura, siempre parecerá transgresora y atractiva. Se supone que el amor debe ser tierno y delicado, pero de hecho puede liberar emociones violentas y destructivas; y la posible violencia del amor, la forma en que atrofia nuestra racionalidad normal, es justo lo que nos atrae. Aborda el lado violento del romance mezclando una vena cruel con tus tiernas atenciones, en particular en las etapas avanzadas de la seducción, cuando ya tienes al objetivo en tus garras. La cortesana Lola Montez era famosa por recurrir a la violencia, usando de vez en cuando un látigo, y Lou Andreas-Salomé podía ser excepcionalmente cruel con sus hombres, practicando coqueterías, poniéndose alternadamente glacial y exigente. Su crueldad sólo hacía que sus blancos regresaran por más.

Una relación masoquista representa una gran liberación transgresora. Entre más ilícita te parezca tu seducción, más poderoso será su efecto. Da a tu objetivo la sensación de que comete una especie de delito, un acto cuya culpa comparte contigo. Crea situaciones públicas en las que ambos sepan algo que los demás ignoran. Podrían ser frases y miradas que sólo ustedes reconozcan, un secreto. Para Lady Francés el encanto seductor de Byron se relacionaba con la cercanía de su esposo; en compañía de éste, por ejemplo, ella hacía esconder en su pecho una carta de amor de Lord Byron. Johannes, el protagonista del *Diario de un seductor* de S0ren

Kierkegaard, enviaba un mensaje a su blanco, la joven Cordelia, en medio de una cena a la que ambos asistían; ella no podía revelar a los demás invitados que era de él, porque entonces tendría que dar una explicación. El también podía decir en público algo que tuviera especial significado para ella, ya que se refería a algo en una de sus cartas. Todo esto añadía sabor a su romance, pues confería una sensación de secreto compartido, y aun de algo vergonzoso. Es crítico explotar tensiones como éstas en público, para crear una sensación de complicidad y colusión contra el mundo.

En la leyenda de Tristán e Isolda, estos famosos amantes alcanzan las alturas de la dicha y la exaltación justo *a causa de* los tabúes que rompen. Isolda está comprometida con el rey Marcos; pronto será una mujer casada. Tristán es leal súbdito y guerrero al servicio del rey Marcos, de la edad de su padre. Todo el asunto deja una sensación de robo de la esposa al padre. Puesto que condensa el concepto de amor del mundo occidental, esta leyenda ha ejercido enorme influencia a lo largo de los siglos, y una parte crucial de ella es la idea de que sin obstáculos, sin una sensación de transgresión, el amor es débil e insípido.

Hay gente que se empeña en quitar restricciones a su conducta privada, para hacer todo más libre, en el mundo actual, pero esto sólo vuelve más difícil y menos excitante la seducción. Haz todo lo que puedas por reimplantar una sensación de transgresión y delito, así sea sólo psicológica e ilusoria. Debe haber obstáculos por vencer, normas sociales por desobedecer, leyes por violar, para que la seducción pueda consumarse. Podría parecer que una sociedad permisiva impone pocos límites; busca algunos. Siempre habrá límites, vacas sagradas, normas de conducta: materia inagotable para fomentar las transgresiones y la violación de tabúes.

***Símbolo. El bosque. A los niños se les dice que no vayan al bosque justo más allá de los confines de su segura casa. Ahí no hay orden, sólo selva, animales salvajes y delincuentes. Pero la oportunidad de explorar, la oscuridad tentadora y el hecho de que eso esté prohibido son imposibles de resistir. Y una vez allá, los niños quieren llegar cada vez más lejos.***

## Reverso.

El reverso de fomentar lo prohibido sería permanecer dentro de los límites de la conducta aceptable. Pero esto conduciría a una seducción muy tibia. Lo cual no quiere decir que sólo el mal o la mala conducta sean seductores; la bondad, la amabilidad y un aura de espiritualidad pueden ser tremendamente atractivos, por ser cualidades raras. Pero advierte que el juego es el mismo. Una persona amable, buena o espiritual dentro de los límites prescritos por la sociedad tiene poco atractivo. Son quienes llegan al extremo —los Gandhis, los Krishnamurtis— quienes nos seducen. Ellos no sólo exhiben un estilo de vida espiritual, sino que además prescinden de toda comodidad material para cumplir sus ideales ascéticos. También rebasan límites, transgreden la conducta aceptable, porque a las sociedades les sería difícil operar si todos llegaran tan lejos. En la seducción, no se obtiene el menor beneficio de respetar límites y fronteras. 19. Usa señuelos espirituales.

***Todos Uñemos dudas e inseguridades, sobre nuestro cuerpo, autoestima, sexualidad. Si tu seducción apela exclusivamente a lo físico, atizarás esas dudas y cohibirás a tus objetivos. Líbralos en cambio de***

***sus inseguridades dirigiendo su atención a algo sublime y espiritual: una experiencia religiosa, una eminente obra de arte, él ocultismo. Exagera tus cualidades divinas; adopta un aire de insatisfacción con las cosas materiales; habla de las estrellas, el destino, la trama oculta que te une con el objeto de tu seducción. Perdido en una bruma espiritual, él objetivo se sentirá ligero y desinhibido. Acentúa él efecto de tu seducción haciendo que su culminación sexual semeje la unión espiritual de dos almas.***

## Objeto del culto.

Liane de Pougy era la cortesana reinante en el París de la década de 1890. Esbelta y andrógina, constituía una novedad, y los hombres más ricos de Europa competían por poseerla. Para fines de esa década, sin embargo, se había cansado de todo. "Qué vida tan estéril", escribió a una amiga. "Siempre la misma rutina: el Bois, las carreras, prueba de ropa; y para terminar un insípido día: ¡la cena!" Lo que

más fastidiaba a la cortesana era la constante atención de sus admiradores, quienes querían monopolizar sus encantos físicos.
Un día de primavera de 1899, Liane paseaba en un carruaje abierto por el Bois de Boulogne. Como de costumbre, los hombres levantaban su sombrero cuando ella pasaba. Pero uno de esos admiradores la tomó por sorpresa: una joven de largo cabello rubio, que le lanzó una intensa mirada de adoración. Liane le sonrió, y ella le sonrió a su vez y le hizo una reverencia.
Días después Liane empezó a recibir tarjetas y flores de una estadunidense de veintitrés años de edad llamada Natalie Barney, quien se identificó como la admiradora rubia en el Bois de Boulogne, y le pidió una cita. Liane invitó a Natalie a visitarla, pero para divertir-se decidió jugarle una pequeña broma: una amiga ocuparía su lugar, tendiéndose en su cama en el boudoir a oscuras, mientras Liane se escondía tras un biombo. Natalie llegó a la hora convenida. Iba vestida de paje florentino y llevaba un ramo de flores. Arrodillándose ante la cama, empezó a alabar a la cortesana, comparándola con una pintura de Fray Angélico. Pronto oyó que alguien reía, y al ponerse de pie se dio cuenta de la broma que se le había jugado. Se ruborizó y se dirigió a la puerta. Cuando Liane salió a toda prisa del biombo, Nata-lie la reprendió: la cortesana tenía cara de ángel, pero al parecer no el espíritu. Arrepentida, Liane murmuró: "Vuelve mañana en la mañana. Estaré sola".
La joven estadunidense apareció al día siguiente, con el mismo atuendo. Era ingeniosa y vehemente; Liane se relajó en su presencia, y la invitó a quedarse para el ritual matutino de una cortesana: el elaborado maquillaje, ropa y joyas que se ponía antes de salir al mundo. Observando reverentemente, Natalie comentó que adoraba la belleza, y que Liane era la mujer más hermosa que ella hubiera visto nunca. Haciendo el papel de paje, siguió a Liane hasta el coche, le abrió la puerta con una inclinación y la acompañó en su viaje habitual por el Bois de Boulogne. Una vez en el parque, Natalie se arrodilló, sin ser vista por los caballeros que pasaban, levantándose el sombrero ante la cortesana. Recitó poemas que había escrito en honor de Liare, y le dijo que consideraba su misión rescatarla del sórdido medio en que había caído.
Esa noche Natalie la llevó al teatro para ver a Sarah Bernhardt interpretando a Hamlet. En el intermedio le dijo a Liane que se identificaba con Hamlet: su ansia de lo sublime, su odio a la tiranía, la que, para ella, era la tiranía de los hombres sobre las mujeres. Los días siguientes, Liane recibió un continuo caudal de flores de Natalie, y telegramas con pequeños poemas en su honor. Poco a poco, las palabras y miradas de veneración se hicieron más físicas, con el ocasional contacto, luego una caricia, incluso un beso —y un beso que pareció diferente a cualquier otro que Liane hubiera experimentado hasta entonces. Una mañana, en presencia de Natalie, Liane se preparó para tomar un baño. Mientras se quitaba el camisón, Natalie se echó de pronto a sus pies, besando sus tobillos. La cortesana se liberó y se metió corriendo a la bañera, sólo para que Natalie se quitara la ropa y la acompañara. En unos días, todo París sabía que Liane de Pougy tenía una nueva amante: Natalie Barney.
Liane no hizo el menor esfuerzo por esconder su nueva aventura, al publicar una novela, *Idylle Saphique,* en la que detallaba todos los aspectos de la seducción de Natalie. Nunca antes había tenido un romance con una mujer, y describía su relación con Natalie como algo semejante a una experiencia mística. Aun al final de su larga vida, recordaba esta aventura como, por mucho, la más intensa de todas. Renée Vivien era una joven inglesa que había ido a París para escribir poesía y huir del matrimonio que su padre intentaba imponerle. Renée estaba obsesionada con la muerte; también sentía que algo estaba mal en ella, pues experimentaba momentos de intenso odio a sí misma. En 1900 conoció a Natalie en el teatro. Algo en la amable mirada de la estadunidense derritió su normal reserva, y comenzó a mandarle poemas a Natalie, quien le respondía con poemas propios. Pronto se hicieron amigas. Renée le confesó que había tenido una amistad muy intensa con una mujer, pero siempre platónica: la idea de una relación física le repugnaba. Natalie le contó de la antigua poeta griega Safo, quien celebraba el amor entre mujeres como el único inocente y puro. Una noche, Renée, inspirada por sus conversaciones con Natalie, la invitó a su departamento, que había transformado en una especie de capilla. La sala estaba llena de velas y azucenas blancas, las flores que ella asociaba con Natalie. Esa noche se hicieron amantes. Poco después ya vivían juntas; pero cuando Renée reparó en que Natalie no podía serle fiel, su amor se tornó odio. Rompió la relación, se mudó y juró no volver a verla jamás.
En los meses siguientes Natalie le mandó cartas y poemas, y se apareció en su nueva casa, pero fue en vano. Renée no quería tener nada que ver con ella. Sin embargo, una noche en la ópera Natalie se sentó junto a ella y le dio un poema que había escrito en su honor. Expresó su pesar por el pasado, y también una simple petición: que hicieran una peregrinación a la isla griega de Lesbos, el hogar de Safo. Sólo ahí podrían purificarse, y purificar su relación. Renée no pudo resistirse. En aquella isla siguieron los pasos de la poeta, y se imaginaron transportadas a los días paganos e inocentes de la antigua Grecia. Para Renée, Natalie se había convertido en la misma Safo. Cuando finalmente regresaron a París, Renée le escribió: "Mi sirena rubia: No quiero que seas como quienes habitan la Tierra. [...] Quiero que sigas siendo tú misma, porque así es como me hechizas". Su romance duró

hasta la muerte de Renée, en 1909. *Interpretación,* Liane de Pougy y Renée Vivien sufrían una opresión similar: ambas estaban absortas en sí mismas, hiperconscientes de ellas. La fuente de este hábito en Liane era la constante atención que los hombres concedían a su cuerpo. Nunca podía escapar a sus miradas, que la atormentaban con una sensación de pesadez. Renée, entre tanto, pensaba demasiado en sus problemas: la represión de su lesbianismo, su mortalidad. Se sentía consumida por su aborrecimiento de sí misma. Natalie Barney, por el contrario, era optimista, alegre y estaba absorta en el mundo que la rodeaba. Todas sus seducciones —que para el fin de su vida se contaban en cientos— tenían una cualidad similar: sacaba a la víctima de sí misma, y dirigía su atención a la belleza, la poesía, la inocencia del amor sanco. Invitaba a sus mujeres a participar en una suerte de culto, en el que adoraban esas sublimidades. Para intensificar la sensación de culto, las hacía participar en pequeños rituales: se ponían nuevos nombres, se enviaban poemas en telegramas diarios, se disfrazaban, hacían peregrinaciones a sitios sagrados. Dos cosas sucedían en forma inevitable: las mujeres comenzaban a dirigir una parte de la veneración que experimentaban a Natalie, quien parecía tan digna y hermosa como las cosas que ofrecía en adoración; y, agradablemente distraídas en ese reino espiritualizado, perdían también toda la pesadez que habían sentido en su cuerpo, su ser, su identidad. La represión de su sexualidad se esfumaba. Para el momento en que Natalie las besaba o acariciaba, esto parecía algo inocente, puro, como si hubieran regresado al Jardín del Edén antes de la caída.

La religión es el gran bálsamo de la existencia, porque nos saca de nosotros mismos, nos pone en relación con algo mayor. Cuando contemplamos el objeto de adoración (Dios, la naturaleza), nuestras cargas se aligeran. Es maravilloso sentirnos elevados sobre la tierra, experimentar esa clase de ligereza. Por proguesistas que sean los tiempos, muchos nos sentimos incómodos con nuestro cuerpo, nuestros instintos animales. Un seductor que presta demasiada atención a lo físico provocará inhibición, y un residuo de repugnancia. Así, dirige tu atención a otra cosa. Invita a la otra persona a adorar algo bello en el mundo. Podría ser la naturaleza, una obra de arte o incluso Dios (o los dioses: el paganismo nunca pasa de moda); la gente muere por creer en algo. Añade algunos rituales. Si puedes asemejarte a lo que rindes culto —si eres natural, esteta, noble y sublime—, tus objetivos transferirán a ti su adoración. La religión y la espiritualidad están llenas de matices sexuales, los cuales pueden salir a la superficie una vez que hayas logrado que tus blancos pierdan su inhibición. Del éxtasis espiritual al sexual no hay más que un paso.

*Ven por mí, pronto, y llévame lejos. Purifícame con un gran incendio de amor divino, no del tipo animal. Eres puro espíritu cuando quieres serlo, cuando lo sientes; aléjame de mi cuerpo.* -Liane De Pougy.

# Claves para la seducción.

La religión es el sistema más seductor que la humanidad ha creado. La muerte es nuestro mayor temor, y la religión nos brinda la ilusión de que somos inmortales, de que algo nuestro sobrevivirá. La idea de que somos una parte infinitesimal de un universo vasto e indiferente es aterradora; la religión humaniza este universo, nos hace sentirnos importantes y amados. No somos animales gobernados por instintos incontrolables, animales que mueren sin razón aparente, sino criaturas hechas a imagen de un ser supremo. También podemos ser sublimes, racionales y buenos. Todo lo que alimenta un deseo o ilusión es seductor, y nada puede igualar a la religión en este ámbito.

El placer es el anzuelo que usas para atraer a una persona a tu telaraña. Pero por listo que seas como seductor, en el fondo de su mente tus objetivos saben cuál es el final, la conclusión física a la que te diriges. Quizá pienses que tu objetivo no está reprimido y ansia placer, pero a casi todos nos asedia un malestar de fondo con nuestra naturaleza animal. A menos que enfrentes ese malestar, tus seducciones, aun si son exitosas a corto plazo, serán superficiales y temporales. En cambio, como Natalie Barney, intenta atrapar el alma de tu objetivo, sentar las bases de una seducción profunda y duradera. Atrae a tu víctima a tu red con la espiritualidad, haciendo que el placer físico parezca sublime y trascendente. La espiritualidad ocultará tus manipulaciones, sugerirá que tu relación es eterna y dará margen al éxtasis en la mente de la víctima. Recuerda que la seducción es un proceso mental, y nada embriaga más a la mente que la religión, la espiritualidad y el ocultismo.

En *Madame* Bovary, la novela de Gustave Fíaubert, Rodolphe Boulanger visita al doctor rural Bovary y se descubre interesado en la bella esposa del médico, Emma. Boulanger "era brutal y astuto. Po-dría decirse que era un conocedor: había habido muchas mujeres en su vida". El intuye que Emma está aburrida. Semanas después se las arregla para encontrarla en una feria rural, donde consigue estar a solas con ella. Boulanger adopta un aire de tristeza y melancolía: "He pasado mucho tiempo en un cementerio a la luz de la luna, y me he preguntado si no sería mejor estar ahí tendido con el resto. [...]". Menciona su mala fama; la merece, dice, pero ¿acaso es culpa suya? "¿En verdad no sabe usted que existen almas incesantemente atormenta' das?" La toma varias veces de la mano, pero Emma se la retira cortés-mente. Habla de amor, de la fuerza magnética que une a dos personas. Quizá eso tenga raíces en una existencia previa, alguna encarnación anterior de sus almas. "Mírenos a nosotros, por ejemplo. ¿Por que debíamos conocernos? ¿Cómo sucedió? Sólo puede ser que algo en nuestras particulares inclinaciones nos haya hecho acortar cada vez más la distancia que nos separaba, a la manera de dos ríos que corren juntos." Vuelve a tomarla de la mano y esta vez ella se lo permite. Después de la feria, la evita durante varias semanas, y luego aparece de súbito, afirmando que trató de mantenerse lejos pero que la suerte, el destino, lo hizo retractarse. Lleva a montar a Emma. Cuando por fin da el paso, en el bosque, ella parece asustada, y rechaza sus insinuaciones. "Usted debe tener una idea equivocada", protesta él. "La llevo en mi corazón como una Virgen en un pedestal. [... ] Se lo ruego: ¡sea mi amiga, mi hermana, mi ángel!" Bajo el hechizo de sus palabras, ella deja que él la abrace y la introduzca aún más en el bosque, donde sucumbe. La estrategia de Rodolphe es triple. Primero habla de tristeza, melancolía, descontento, temas que lo hacen parecer más noble que otras personas, como si las comunes actividades materiales de la vida no pudieran satisfacerlo. Luego habla del destino, de la atracción magnética de dos almas. Esto hace que su interés en Emma parezca no tanto un impulso momentáneo como algo imperecedero, vinculado con el movimiento de las estrellas. Finalmente habla de ángeles, lo elevado y lo sublime. Poniendo todo en el plano espiritual, distrae a Emma de lo físico, la aturde, y despacha una seducción, que habría podido tardar meses, en unos cuantos encuentros. Las referencias de Rodolphe podrían parecer estereotipadas para los estándares actuales, pero la estrategia en sí misma nunca envejece. Simplemente adáptala a las modas ocultistas del momento. Adopta un aire espiritual, exhibe insatisfacción con las banalidades de la vida. No es el dinero, el sexo ni el éxito lo que te mueve; tus impulsos nunca son tan bajos. No, algo mucho más profundo te motiva. Sea lo que fuere, manténlo vago, dejando imaginar al objetivo tus ocultas honduras. Las estrellas, la astrología, la suerte siempre son atractivas; crea la sensación de que el destino te ha unido con tu blanco. Esto hará que tu seducción parezca más natural. En un mundo en que se controlan y falsifican demasiadas cosas, la sensación de que la suerte, la necesidad o un poder superior guía tu relación es doblemente seductora. Si quieres entretejer motivos religiosos en tu seducción, siempre es mejor elegir una religión distante y exótica, con un aire ligeramente pagano. Es fácil pasar de la espiritualidad pagana a la terrenalidad pagana. El tiempo cuenta: una vez que hayas agitado el alma de tus objetivos, pasa rápido a lo físico, haciendo que lo sexual parezca meramente una prolongación de las vibraciones espirituales que experimentas. En otras palabras, emplea la estrategia espiritual lo más cerca posible del momento de tu acto audaz. Lo espiritual no es exclusivamente lo religioso u oculto. Es todo lo que añade una cualidad sublime, eterna a tu seducción. En el mundo moderno, la cultura y el arte han ocupado de algún modo el lugar de la religión. Hay dos maneras de usar el arte en tu seducción: primero,

crearlo tú mismo, en honor del objetivo. Natalie Bamey escribía poemas, y bombardeaba a sus blancos con ellos. La mitad del atractivo de Picasso para muchas mujeres era la esperanza de que las inmortalizara en sus cuadros, porque Ars *tonga, vita brevis* (El arte dura, la vida es breve), como decían en Roma. Aun si tu amor es un capricho pasajero, al capturarlo en una obra de arte le das una seductora ilusión de eternidad. La segunda manera de usar el arte es hacer que ennoblezca tu aventura, dando a tu seducción un tono elevado. Natalie Barney llevaba a sus objetivos al teatro, la ópera, museos, lugares llenos de historia y ambiente. En sitios como ésos tu alma y la de tu blanco pueden vibrar en la misma onda espiritual. Claro que debes evitar obras de arte terrenales o vulgares, que llamarían la atención sobre tus intenciones. La obra de teatro, película o libro puede ser contemporáneo, y aun un poco crudo, siempre y cuando contenga un mensaje noble y se relacione con una causa justa. Incluso un movimiento político puede ser espiritualmente edificante. Recuerda ajustar tus señuelos espirituales al objetivo. Si éste es desenfadado y cínico, el paganismo o el arte será más productivo que el ocultismo o la piedad religiosa. El místico ruso Rasputín era venerado por su santidad y poderes curativos. Fascinaba en particular a las mujeres, quienes lo visitaban en su departamento en San Petersburgo en busca de guía espiritual. Él hablaba con ellas de la simple bondad del campesinado ruso, el perdón de Dios y otros temas insignes. Pero minutos después soltaba uno o dos comentarios de muy diferente naturaleza: algo acerca de la hermosura de la mujer, sus apetitosos labios, los deseos que podía inspirar en un hombre. Hablaba de diferentes tipos de amor —amor de Dios, amor entre amigos, amor entre un hombre y una mujer—, pero los combinaba todos como si fueran uno. Entonces, cuando volvía a hablar de temas espirituales, tomaba de pronto la mano de la mujer, o le murmuraba algo al oído. Todo esto tenía un efecto embriagador: las mujeres se veían arrastradas a una suerte de vorágine, tanto elevadas espiritualmente como sexualmente excitadas. Cientos de mujeres sucumbieron durante estas visitas espirituales, porque el monje también les decía que no podían arrepentirse hasta que hubieran pecado, y qué mejor que pecar con Rasputín.

Éste comprendía la íntima relación entre sexualidad y espiritualidad. La espiritualidad, el amor de Dios, es una versión sublimada del amor sexual. El lenguaje de los místicos religiosos de la Edad Media está lleno de imágenes eróticas: la contemplación de Dios y de lo sublime puede brindar una especie de orgasmo mental. No hay brebaje más seductor que la combinación de lo espiritual y lo sexual, lo encumbrado y lo vil. Cuando hables de asuntos espirituales, entonces, deja que tus miradas y presencia física insinúen sexualidad al mismo tiempo. Haz que la armonía del universo y la unión con Dios parezcan confundirse con la armonía física y la unión entre dos personas. Si puedes hacer que el final de tu seducción semeje una experiencia espiritual, aumentarás el placer físico y crearás una seducción con un efecto hondo y perdurable.

*Símbolo. Las estrellas en el cielo. Objeto de adoración durante siglos, y símbolo de lo sublime y divino. Al contemplarlas, nos distraemos momentáneamente de todo lo mundano y mortal. Sentimos ligereza. Eleva la mente de tus objetivos a las estrellas y no notarán lo que sucede aquí en la tierra.*

## Reverso.

Hacer sentir a tus blancos que tu afecto no es temporal ni superficial los hará caer a menudo más profundamente bajo tu hechizo. En algunos, eso puede provocar una ansiedad: el temor al compromiso, a una relación claustrofóbica sin salidas. Nunca permitas que tus señuelos espirituales parezcan conducir en esa dirección. Dirigir la atención al futuro distante podría restringir implícitamente la libertad de tus objetivos; debes seducirlos, no ofrecerles matrimonio. Lo que necesitas es que se pierdan en el momento, experimentando la eterna profundidad de tus sentimientos en el tiempo presente. El éxtasis religioso se asocia con la intensidad, no con la extensión temporal. Giovanni Giacomo Casanova usaba muchos señuelos espirituales al seducir: el ocultismo, todo lo que inspirara sentimientos honrosos. Mientras duraba su relación con una mujer, ella sentía que él hacía todo por ella, que no la usaba sólo para abandonarla al final. Pero también sabía que cuando fuera conveniente terminar la aventura, él lloraría, le haría un magnífico regalo y se marcharía en silencio. Eso era justo lo que muchas jóvenes deseaban: una distracción temporal del matrimonio, o de su opresiva familia. A veces el placer es mejor cuando sabemos que es fugaz.

20. Combina el placer y el dolor.

*El error más grande en la seducción es ser demasiado comedido. Tu amabilidad quizá sea encantadora al principio, pero pronto se volverá monótona; te esmeras mucho en complacer, y pareces inseguro. En vez de*

***agobiar a tus blancos con tu decencia, prueba infligirles algo de dolor. Atráelos con una atención concentrada, y luego cambia de dirección, pareciendo indiferente de pronto. Hazlos sentir culpables e inseguros. Instiga incluso un rompimiento, sometiéndolos a un vacío y dolor que te den margen para maniobrar; después, una reconciliación, una disculpa, él retorno a tu amabilidad de antes, hará que les tiemblen las piernas. Cuanto más bajo llegues, más alto ascenderás. Para aumentar la carga erótica, crea la excitación del temor.***

## La montaña rusa emocional.

Una calurosa tarde de verano de 1894, don Mateo Díaz, residente de Sevilla de treinta y ocho años de edad, decidió visitar una fábrica local de tabaco. Gracias a sus relaciones, a don Mateo se le permitía recorrer el sitio, pero su interés no estaba en el aspecto mercantil. A don Mateo le gustaban las jóvenes, y cientos de ellas trabajaban en la fábrica. Justo como esperaba, ese día muchas se hallaban en estado de semidesnudez, por el calor: ¡vaya espectáculo! El disfrutó de la vista un rato, pero el ruido y la temperatura le afectaron pronto. De pronto, mientras se dirigía a la puerta, una obrera de no más de dieciséis años lo llamó: "¡Caballero, si me da una moneda le cantaré una cancioncita!".
El nombre de la chica era Conchita Pérez, y parecía joven e inocente, de hecho hermosa, con una chispa en la mirada que sugería gusto por la aventura. La presa perfecta. Don Mateo escuchó su canción (que parecía vagamente sugestiva), le arrojó una moneda que equivalía al salario de un mes, se levantó el sombrero y se marchó. Nunca era bueno excederse tan de prisa. Mientras caminaba por la calle, tramaba cómo atraer a la muchacha a una aventura. De repente sintió una mano en su brazo, y al volverse la vio caminando a su lado. Hacía demasiado calor para trabajar, ¿sería él tan amable de acompañarla a su casa? ¡Claro! "¿Tienes novio?", preguntó don Mateo. "No", respondió ella. "Soy mocita."
Conchita vivía con su madre en una parte ruinosa de la ciudad. Don Mateo intercambió cortesías, deslizó a la madre algo de dinero (sabía por experiencia lo importante que era tener contenta a la madre) y se fue. Consideró esperar unos días, pero estaba impaciente, y volvió a la siguiente mañana. La madre estaba fuera. Conchita y él reanudaron sus juguetonas bromas del día anterior, y para su sorpresa ella se sentó de pronto en sus rodillas, le echó los brazos al cuello y lo besó. Desbaratada su estrategia, él la abrazó y le devolvió el beso. Ella se levantó de un salto, destellantes los ojos de cólera: "Usted juega conmigo", le dijo, "me usa para saciar sus deseos". Don Mateo negó tener tales intenciones, y se disculpó por haber llegado tan lejos. Cuando se marchó, se sentía confundido: ella había comenzado todo; ¿por qué debía sentirse culpable? Y, sin embargo, así era.
Las jóvenes pueden ser demasiado impredecibles; es mejor ablandarlas poco a poco. En los días siguientes, don Mateo fue el caballero perfecto. Hacía visitas a diario, colmando a madre e hija de regalos, y no hacía insinuaciones, al menos no al principio. La condenada muchacha le tomó tanta confianza que se vestía frente a él, o lo recibía en camisón. Esos atisbos de su cuerpo lo volvían loco, y a veces intentaba robarle un beso o una caricia, sólo para que ella lo rechazara y reprendiera. Pasaron semanas; él había demostrado claramente que lo suyo no era un capricho pasajero. Cansado del interminable cortejo, un día llevó aparte a la madre de Conchita y le propuso ponerle casa a su hija. La trataría como reina; ella tendría todo lo que quisiera. (Igual que la madre, por supuesto.) Sin duda su propuesta satisfaría a las dos. Pero al día siguiente llegó una nota de Conchita, en la que no expresaba gratitud, sino recriminación: don Mateo pretendía comprar su amor. "Jamás volverá usted a verme", concluyó. El salió corriendo a su casa, sólo para descubrir que las mujeres se habían mudado esa misma mañana, sin dejar dicho adonde iban.
Don Mateo se sintió terrible. Sí, se había portado como un grosero. La siguiente vez esperaría meses, o años de ser necesario, antes de ser tan arrojado. Sin embargo, pronto lo asaltó otra idea: jamás volvería a ver a Conchita. Sólo entonces se dio cuenta de lo mucho que la quería.
Pasó el invierno, el peor en la vida de Mateo. Un día de primavera iba por la calle cuando oyó que alguien lo llamaba por su nombre. Volteó; Conchita estaba parada en una ventana abierta, radiante de emoción. Se inclinó hacia él y él besó su mano, fuera de sí de alegría. ¿Por qué ella había desaparecido tan repentinamente? Todo había sucedido tan rápido, contestó ella. Había tenido miedo: de las intenciones de él, y de sus propios

sentimientos. Pero al verlo otra vez, estaba segura de que lo amaba. Sí, estaba dispuesta a ser su querida. Se lo demostraría, iría a buscarlo. La separación los había cambiado a ambos, pensó él.
Noches después, según lo prometido, Conchita apareció en su casa. Se besaron y empezaron a desvestirse. Él quería saborear cada minuto, avanzar poco a poco, pero se sentía como un toro encerrado al que finalmente se suelta. La siguió a la cama, las manos sobre ella. Empezó a quitarle la ropa interior, pero estaba atada en forma muy complicada. Al final tuvo que sentarse y echar un ojo: Conchita llevaba puesto un elaborado artilugio de lona, de una especie que él nunca había visto. Por más que tiró y jaló, aquello no salía. Sintió ganas de golpearla, así de consternado se sentía, pero, en cambio, comenzó a llorar. Ella explicó: quería hacer de todo con él, pero permanecer "mocita". Aquélla era su protección. Exasperado, él la despachó a su casa. Durante las semanas siguientes, don Mateo se puso a reconsiderar su opinión de Conchita. La veía coquetear con otros hombres, y bailar sugestivos flamencos en un bar: ella no era ninguna "mocita", decidió; jugaba con él por dinero. Pero no podía dejarla. Otro hombre ocuparía su lugar: una idea insoportable. Ella lo invitaba a pasar la noche en su cama, mientras prometiera no forzarla; y luego, como para torturarlo más allá de la razón, se metía a la cama desnuda (supuestamente a causa del calor). El aguantaba todo esto alegando que ningún otro hombre gozaba de tales privilegios. Pero una noche, en el límite ya de la frustración, explotó de ira y puso un ultimátum: "O me das lo que quiero o no me volverás a ver". De repente, Conchita se echó a llorar. El nunca la había visto así, y le conmovió. También ella estaba cansada de todo eso, dijo, temblándole la voz; si no era aún demasiado tarde, estaba dispuesta a aceptar la proposición que alguna vez había rechazado. Que él le pusiera casa, y ya vería lo ferviente que sería como querida.
Don Mateo no perdió tiempo. Le compró una villa, y le dio mucho dinero para decorarla. Ocho días después la casa estaba lista. Ella lo recibiría ahí a medianoche. ¡Qué dichas le aguardaban!
Don Mateo se presentó a la hora prevista. La reja del patio estaba cerrada. Tocó la campana. Conchita apareció al otro lado de la puerta. "Béseme las manos", le dijo por entre los barrotes. "Ahora bese la orla de mi falda, y la punta de mi pie en la pantufla." El hizo lo que ella pedía. "Está bien", dijo. "Ahora puede irse." La con-mocionada expresión de don Mateo sólo la hizo reír. Ella lo ridiculizaba, e hizo una confesión: él le daba asco. Con una villa a su nombre, por fin se había deshecho de él. Llamó, y un muchacho emergió de las sombras del patio. Mientras don Mateo veía, demasiado asombrado para moverse, ellos se pusieron a hacer el amor en el piso, justo frente a sus ojos.
A la mañana siguiente Conchita apareció en la casa de don Mateo, supuestamente para ver si él se había suicidado. Para su sorpresa, no lo había hecho; en realidad, él la abofeteó tan fuerte que ella cayó al suelo. "¡Conchita", le dijo, "me has hecho sufrir más allá de toda fuerza humana! Has inventado torturas morales para probarlas con el único hombre que te amaba con pasión. ¡Ahora te poseeré por la fuerza!" Conchita gritó que nunca sería suya, pero él la golpeaba una y otra vez. Por fin, conmovido por sus lágrimas, don Mateo se detuvo. Entonces, ella lo miró con cariño. "Olvide el pasado", le dijo, "olvide todo lo que le hice." Una vez que él le había pegado, que ella podía ver su dolor, Conchita supo que la amaba de verdad. Aún era "mocita"; el amor con el joven la noche anterior había *sido* puro espectáculo, y terminó tan pronto como don Mateo se fue, así que ella seguía perteneciéndole. "No me tomará usted por la fuerza. ¡Mis brazos le esperan!" Al fin ella era sincera. Para su supremo deleite, él comprobó que, en efecto, Conchita seguía siendo virgen.
*Interpretación.* Don Mateo y Conchita Pérez son los protagonistas de la novela corta *La mujer y el pelele,* de Pierre Louys, publicada en 1896. Basada en una historia verídica —
el episodio de "Miss Charpillon" de las Memorias de Casanova—, esta obra ha servido de base para dos películas: *El diablo es una mujer,* de Josef von Stemberg, con Marlene Dietrich, y Ese *oscuro objeto del deseo,* de Luis Buñuel. En la historia de Louys, Conchita toma a un viejo orgulloso y agresivo, y en el espacio de unos meses lo convierte en un vil esclavo. Su método es simple: estimular todas las emociones posibles, incluidas fuertes dosis de dolor. Conchita excita su lujuria, y luego lo hace sentir innoble por aprovecharse de ella. Lo induce a comportarse como su protector, y después hace que se sienta culpable por intentar comprarla. La súbita desaparición de ella lo angustia — la ha perdido—; así que cuando Conchita reaparece (nunca por accidente), él siente inmensa dicha, que, sin embargo, ella convierte rápidamente en lágrimas. Celos y humillación preceden entonces al momento final, cuando ella le brinda su virginidad. (Aun después de esto, según la trama, ella encuentra maneras de seguir atormentándolo.) Cada descenso que ella inspira —culpa, desesperación, celos, vacío— da lugar a un ascenso más pronunciado. El se vuelve adicto, atrapado en la alternancia de ataque y retirada.
Tu seducción nunca debe seguir un simple curso ascendente hacia el placer y la armonía. El climax llegará demasiado pronto, y el placer será débil. Lo que nos hace apreciar algo intensamente es el sufrimiento previo. Un roce con la muerte nos hace enamorarnos de la vida; un largo viaje vuelve mucho más placentero el regreso a casa. Tu tarea es producir momentos de tristeza, desesperación y angustia, para crear la tensión que permita una gran liberación. No te preocupes si haces enojar a la gente; el enojo es señal infalible de que la tienes en tus garras. Ni temas que, si te haces el difícil, la gente huirá; sólo abandonamos a quienes nos aburren. El viaje al que

llevas a tus víctimas puede ser tortuoso, pero nunca insípido. A toda costa, manten emocionados y en vilo a tus objetivos. Genera suficientes altas y bajas y borrarás los últimos vestigios de su fuerza de voluntad.

## Dureza y la suavidad.

En 1972, Henry Kissinger, entonces asistente para asuntos de seguridad nacional del presidente estadunidense Richard Nixon, recibió la petición de una entrevista por parte de la famosa periodista italiana Oriana Fallad. Kissinger rara vez concedía entrevistas; no tenía control sobre el resultado final, y era un hombre que necesitaba controlarlo todo. Pero había leído la entrevista de Fallaci a un general norvietnamita, y la experiencia había sido instructiva. Ella estaba muy bien informada sobre la guerra de Vietnam; quizá él podría obtener por su parte alguna información, *sacarle algo. Decidió exigir* un encuentro previo, una reunión preliminar. Interrogaría a Fallaci sobre diversos temas; si ella pasaba la prueba, le concedería una entrevista en forma. Se reunieron, y él quedó impresionado: ella era sumamente inteligente, y tenaz. Sería un disfrutable reto mostrar ser más listo que ella y demostrar que él era más tenaz. Accedió a una breve entrevista días más tarde.
Para molestia de Kissinger, Fallaci empezó la entrevista preguntándole si le decepcionaba el lento paso de las negociaciones de paz con Vietnam del Norte. Él no hablaría de esas negociaciones; lo había dejado en claro en la reunión preliminar. Pero ella continuó en la misma línea de interrogatorio. El se enojó un poco. "Basta", dijo. "No quiero hablar más de Vietnam." Aunque Fallaci no dejo el tema de inmediato, hizo preguntas más amables: ¿qué sentía en lo personal por los líderes de Vietnam del Sur y del Norte? Aun así, él esquivó el tema: "No soy el tipo de persona que se deje llevar por sus emociones. Las emociones no sirven para nada". Ella pasó entonces a solemnes temas filosóficos: la guerra, la paz. Lo elogió por su papel en el acercamiento con China. Sin darse cuenta, Kissinger empezó a abrirse. Habló de la aflicción que sentía al tratar con Vietnam, de los placeres de ejercer el poder. Entonces volvieron las preguntas duras: ¿él era simplemente el lacayo de Nixon, como muchos sospechaban? Ella iba de un lado a otro, alternando acoso y halago. El objetivo de Kissinger había sido sacarle información sin revelar nada de sí mismo; al final, Fallaci no le dio nada, mientras que él soltó varias opiniones embarazosas: su punto de vista sobre las mujeres como juguetes, por ejemplo, y su creencia de que su popularidad se debía a que la gente lo consideraba una especie de llanero solitario, el héroe que arregla las cosas solo. Cuando la entrevista se publicó, Nvxorv, el jefe de Kissinger, se puso furioso. En 1973, el sha de Irán, Mohammed Reza Pahlevi, concedió a Fallaci una entrevista. Él sabía cómo tratar a la prensa: ser evasivo, hablar de generalidades, parecer firme pero
cortés. Este método le había funcionado miles de veces. Fallaci comenzó la entrevista en un plano personal, preguntando qué se sentía ser rey, ser objeto de atentados, y por qué el sha siempre parecía triste. El habló de los fardos de su puesto, el dolor y la soledad que sentía. Parecía una especie de liberación poder referirse a sus problemas profesionales. Mientras él contestaba, Fallaci dijo poco, y su silencio lo inducía a hablar más. De pronto ella cambió de tema: él tenía dificultades con su segunda esposa. ¿Eso le afectaba? Era un tema delicado, y Pahlevi se enojó. Intentó cambiar de tema, pero Fallaci volvía una y otra vez a él. Para qué perder tiempo hablando de esposas y mujeres, dijo él. Llegó al grado de criticar a las mujeres en general: su falta de creatividad, su crueldad. Fallaci persistió: él tenía tendencias dictatoriales y su país carecía de libertades elementales. Sus propios libros, dijo ella, estaban en la lista negra de su gobierno. Al oír esto, el sha pareció un tanto desconcertado: quizá trataba con una escritora subversiva. Pero después ella suavizó el tono de nuevo, y le preguntó acerca de sus muchos logros. La pauta se repitió: en cuanto él se relajaba, ella atacaba con una pregunta punzante; cuando se enconaba, ella bajaba el tono. Al igual que Kissinger, el sha se descubrió abriéndose a pesar de sí mismo, y mencionando *cosas* que después lamentaría, como su *intención* de subir el precio del petróleo. Cayó poco a poco bajo el hechizo de Fallaci, e incluso empezó a flirtear con ella. "Aun si usted está en la lista negra de mis autoridades", le dijo al final de la entrevista, "yo la pondré en la lista blanca de mi corazón."
*Interpretación.* La mayoría de las entrevistas de Fallaci eran con líderes poderosos, hombres y mujeres con una abrumadora necesidad de controlar la situación, de no revelar nada incómodo. Esto la ponia en conflicto con sus sujetos, pues lograr que se abrieran —se emocionaran, dejaran el control— era justo lo que ella quería. El método clásico de seducción de encanto y halago no la habría llevado a ninguna parte con esas personas; ellas habrían adivinado sus intenciones de inmediato. En cambio, Fallaci hacía presa de sus emociones, alternando dureza y suavidad. Hacía una pregunta cruel que tocaba las inseguridades más profundas del sujeto, el cual se ponía emotivo y a la defensiva; pero en el fondo lo incitaba algo más: el deseo de demostrar a Fallaci que no merecía sus críticas implícitas. Inconscientemente, él deseaba complacerla, agradarle. Cuando ella cambiaba de tono, con

lo que lo elogiaba en forma indirecta, él sentía que la conquistaba, lo cual lo motivaba a abrirse. Sin darse cuenta, daba rienda suelta a sus emociones.
En situaciones sociales, todos usamos máscaras, y mantenemos nuestras defensas. Después de todo, es incómodo revelar los verdaderos sentimientos personales. Como seductor, debes hallar la manera de bajar esas resistencias. El método de halagos y atenciones del encantador puede ser eficaz en este caso, en particular con los inseguras, pero podría tardar meses en dar resultado, y también ser contraproducente. Para obtener rápidos efectos, y abordar a personas inaccesibles, suele ser mejor alternar dureza y suavidad. Al ser duro, generas tensiones internas; tus objetivos podrían molestarse contigo, pero también ellos se hacen preguntas. ¿Qué han hecho para merecer tu disgusto? Cuando más tarde te muestras suave, se sienten aliviados, aunque también preocupados de volver a enfadarte en cualquier momento. Haz uso de esta pauta para tener en suspenso a tus blancos: temerosos de tu dureza y ansiosos de mantenerte suave. Tu suavidad y dureza deben ser sutiles; las pullas y cumplidos indirectos son los ideales. Juega al psicoanalista: haz comentarios desdeñosos sobre sus motivos inconscientes (sólo estás diciendo la verdad), y luego ponte cómodo y escucha. Tu silencio los inducirá a hacer admisiones embarazosas. Aligera tus juicios con elogios ocasionales y ellos se esmerarán en complacerte, como perros. *El amor es una flor costosa, pero se debe tener el deseo de arrancarla del borde de un precipicio.* —Stendhal.

## Claves para la seducción.

Casi todos somos más o menos corteses. Aprendemos pronto a no decir a la gente lo que en verdad pensamos de ella; sonreímos ante sus bromas, nos fingimos interesados en sus historias y problemas. Esta es la única manera de vivir con ella. Con el tiempo ésto se vuelve hábito; somos amables, aun cuando no sea realmente necesario. Tratamos de complacer a los demás, de no ofenderlos, para evitar desacuerdos y conflictos.
Pero aunque en un principio ser amable en la seducción podría atraerte a alguien
(porque la cordialidad es tranquilizadora y reconfortante), eso pierde pronto todo su efecto. Ser demasiado amable puede alejar literalmente al objetivo de ti. La sensación erótica depende de la creación de tensión. Sin tensión, sin ansiedad y suspenso, no puede haber liberación, verdadero placer y satisfacción. Es tu deber crear esa tensión en el objetivo, estimular sensaciones de ansiedad, llevarlo de un lado a otro, para que la culminación de la seducción tenga peso e intensidad reales. Por tanto, abandona tu feo hábito de evitar el conflicto, lo que en todo caso es poco natural. Demasiado a menudo eres amable no por bondad interior, sino por temor a no complacer, por inseguridad. Rebasa ese temor y de súbito tendrás opciones: la libertad de causar dolor, y luego de disolverlo mágicamente. Tus facultades de seducción se multiplicarán por diez. La gente se molestará por tus actos hirientes menos de lo que podrías imaginar. En el mundo actual, solemos sentir ansia de experiencia. Imploramos emociones, aun si son negativas. El dolor que provocas a tus objetivos, entonces, es vigorizante: los hace sentir más vivos. Tienen algo de qué quejarse, pueden hacerse las víctimas. En consecuencia, una vez que hayas convertido el dolor en placer, ellos te perdonarán. Provócales celos, hazlos sentir inseguros, y la ratificación que darás después a su ego prefiriéndolos sobre sus rivales será doblemente deliciosa. Recuerda: tienes más que temer del hecho de aburrir a tus blancos que de sacudirlos. Lastimar a la gente la une más a ti que la bondad. Crea tensión para que puedas liberarla. Si necesitas inspiración, busca la parte del objetivo que más te irrita y úsala como trampolín para un conflicto terapéutico. Entre más real, más efectiva será tu crueldad. En 1818, el escritor francés Stendhal, quien vivía entonces en Milán, conoció a la condesa Metilda Viscontini. Para él fue amor a primera vista. Ella era una mujer orgullosa y un tanto difícil, e intimido a Stendhal, quien temía terriblemente disgustarla con un comentario tonto o un acto indigno. Un día él no pudo más, tomó su mano y le confesó su amor. Horrorizada, la condesa le exigió retirarse y no volver nunca.
Stendhal saturó de cartas a Metilda, rogándole que lo perdonara. Al final, ella cedió: volvería a recibirlo, pero con una condición: sólo podría visitarla cada dos semanas, no más de una hora y en presencia de alguien más. Stendhal aceptó; no tenía otra opción. Vivía entonces para esas breves visitas quincenales, las cuales eran ocasión de intensa ansiedad y temor, pues no podía saber si ella cambiaría de opinión y lo echaría para siempre. Esto continuó así más de dos años, durante los cuales la condesa nunca mostró la menor señal de favor. Stendhal no supo jamás por qué ella había insistido en ese acuerdo; quizá quería jugar con él, o mantenerlo a distancia. Lo único que sabía era que su amor por ella no hacía sino aumentar, se volvía insoportablemente intenso, hasta que finalmente él tuvo que marcharse de Milán.
Para superar esta triste relación, Stendhal escribió su famoso libro Del *amor,* en el que describió el efecto del temor sobre el deseo. Primero, si temes al ser amado, jamás podrás acercarte o familiarizar demasiado con él. El amado preserva así un elemento de misterio, que sólo intensifica tu amor. Segundo, hay algo tonificante en el

temor. Te hace vibrar de sensaciones, agudiza tu conciencia, es impetuosamente erótico. Según Stendhal, cuanto más te aproxime el ser amado al borde del precipicio, a la sensación de que puede abandonarte, más mareado y perdido estarás. Enamorarte significa literalmente caer: perder el control, una mezcla de temor y excitación. Aplica este principio al revés: nunca permitas que tus blancos se sientan demasiado a gusto contigo. Deben sentir temor y ansiedad. Muéstrales un poco de frialdad, un brote de enojo que no se esperaban. Sé irracional de ser necesario. Y en todo tiempo está la carta maestra: el rompimiento. Haz que sientan que te han perdido para siempre, que teman haber perdido el poder de encantarte. Deja que esas sensaciones se asienten en ellos un rato, y luego retíralos del precipicio. La reconciliación será intensa. En 33 a.C, llegó a Marco Antonio el rumor de que Cleopatra, su amante de varios años, había decidido seducir a su rival, Octavio, y que planeaba envenenarlo a él. Cleopatra ya había envenenado a otras personas; de hecho, era experta en este arte. Marco Antonio se puso como paranoico, y por fin un día la enfrentó. Cleopatra no alegó inocencia. Sí, era verdad, ella bien podía envenenarlo en cualquier momento; no había precaución que él pudiese tomar. Sólo el amor que ella sentía por él podía protegerlo. Para demostrarlo, tomó unas flores y las arrojó a la copa de vino de Marco Antonio. El vaciló, pero luego se llevó la copa a los labios; Cleopatra lo tomó del brazo y lo detuvo. Hizo llevar a un prisionero para que tomara el vino, y el reo cayó muerto. Echándose a los pies de Cleopatra, Marco Antonio dijo amarla más que nunca. No habló así por cobardía: no había hombre más valiente que él; y si Cleopatra había podido envenenarlo, él por su parte habría podido dejarla y volver a Roma. No, lo que lo desplomó fue la sensación de que ella tenía control sobre sus emociones, sobre la vida
y la muerte. El era su esclavo. La demostración de poder de ella sobre él fue no sólo efectiva, sino también erótica. Como Marco Antonio, también muchos de nosotros, sin darnos cuenta, tenemos deseos masoquistas. Hace falta que alguien nos inflija un poco de dolor para que esos deseos hondamente reprimidos salgan a la superficie. Aprende a reconocer a los diversos tipos de masoquistas encubiertas que existen, porque cada cual disfruta de diferente clase de dolor. Por ejemplo, hay personas que no creen merecer nada bueno en la vida, y que, incapaces de aceptar el éxito, se sabotean sin cesar. Sé amable con ellas, admite admirarlas, y se sentirán incómodas, porque no creen poder estar a la altura de la figura ideal con que evidentemente las asocias. Estos autosaboteadores se sienten mejor con un poco de castigo; regáñalos, hazles saber sus deficiencias. Creen merecer esas críticas; y cuando éstas se presentan, les procuran una sensación de alivio. También es fácil hacer sentir culpables a estas personas, experiencia que en el fondo disfrutan.

Para otros individuos, las responsabilidades y deberes de la vida moderna son una pesada carga, y quieren renunciar a todo. Estos individuos suelen buscar alguien o algo que adorar: una causa, una religión, un gurú. Haz que te adoren a ti. Luego están las personas que gustan de hacerse las mártires. Reconócelas por la dicha que les da quejarse, sentirse rectas y equivocadamente juzgadas; luego, dales una razón para lamentarse. Recuerda: las apariencias engañan. Con frecuencia, las personas que parecen más fuertes —los Kissingers y don Mateos— desean en secreto ser castigadas. En todo caso, sigue al dolor con placer y crearás un estado de dependencia que durará mucho tiempo.

*Símbolo. El precipicio. Al borde de un risco, la gente suele sentirse aturdida: temerosa y mareada. Por un momento puede imaginar que cae de cabeza. Al mismo tiempo, una parte de ella se ve tentada a eso. Acerca lo más posible a tus objetivos al borde, y luego retíralos. No hay emoción sin temor.*

# Reverso.

La gente que acaba de experimentar mucho dolor o una pérdida, huirá de ti si tratas de infligirle más. Ya tiene suficiente. Mejor rodea de placer a este tipo de personas: eso las pondrá bajo tu hechizó. La técnica de infligir dolor es indicada para quienes viven tranquilos, tienen poder y pocos problemas. Las personas con una vida cómoda podrían experimentar una corrosiva sensación de culpa, como si se hubieran salido con la suya en algo. Quizá no lo sepan conscientemente, pero en secreto ansían cierto castigo, una buena paliza mental, algo que las devuelva a la tierra. Asimismo, recuerda no usar demasiado pronto la táctica de placer mediante dolor. Algunos de los mayores seductores de la historia —Byron, Jiang Qing (Madame Mao), Picasso— han tenido una vena sádica, la capacidad de infligir tortura mental. Si sus víctimas hubieran sabido en la que se metían, habrían salido huyendo. En verdad, la mayoría de esos seductoras atrajeron a su red a sus objetivos aparentando ser dechados

de dulzura y afecto. Incluso Byron parecía al principio un ángel, así que una mujer se sentía tentada a dudar de su reputación diabólica; duda seductora, porque le permitía imaginarse como la única que en verdad lo comprendía. La crueldad de él aparecía después, pero para entonces ya era demasiado tarde. Las emociones de la víctima estaban comprometidas, y la dureza de Byron no hacía más que intensificar los sentimientos de ella.
En un principio, entonces, usa la máscara del cordero, haciendo del placer y la atención tu anzuelo. Primero emociona a tus víctimas, y *luego* llévalas a una travesía salvaje.

FASE CUATRO.

# Entrar a matar.

Primero trabajaste la mente de tus víctimas: la seducción mental. Después las confundiste y estimulaste: la seducción emocional. Ahora ha llegado el momento del combate cuerpo a cuerpo: la seducción física. En este punto, tus víctimas son débiles y rebosan deseo; si les muestras un poco de frialdad o indiferencia, desatarás pánico: te seguirán con impaciencia y energía erótica. (21: Dales la oportunidad de caer: El perseguidor perseguido). Para hacerlas hervir, adormece su mente y calienta sus sentidos. Lo mejor es que las atraigas a la lujuria emitiendo ciertas señales cargadas que las exalten, y que propaguen el deseo sexual como un veneno. (22: Usa señuelos físicos). El momento de atacar y entrar a matar llega cuando tu víctima arde en deseos pero no espera conscientemente él arribo del climax. (23: Domina el arte de la acción audaz).
Una vez concluida la seducción, existe el peligro de que el desencanto aparezca y arruine tu arduo trabajo. (24: Cuídate de las secuelas). Si buscas una relación, deberás volver a seducir constantemente a la víctima, creando tensión y liberándola. Si tu víctima ha de ser sacrificada, hazlo rápida y tipiamente, para que estés en libertad (física y psicológica) de pasar a la siguiente. El juego volverá a empezar entonces. 21.- Dales la oportunidad de caer: El perseguidor perseguido.
*Si tus objetivos se acostumbran a que seas tú el agresor, pondrán poca energía de su parte, y la tensión disminuirá. Debes despabilarlos, invertir la situación. Una vez sometidos a tu hechizo, da un paso atrás, y empezarán a seguirte. Comienza con un dejo de distanciamiento, una desaparición inesperada, la insinuación de que te aburres. Causa agitación fingiendo interesarte en otra. No seas explícito; que sólo lo sientan, y su imaginación hará el resto, creando la duda que deseas. Pronto querrán poseerte físicamente, y su compostura se evaporará. La meta es que caigan en tus brazos por iniciativa propia. Crea la ilusión de que se seduce al seductor.*

# Gravedad seductora.

A principios de la década de 1840, el centro de atención en el mundo del arte francés era una joven llamada Apollonie Sabatier. Su belleza era a tal grado natural que escultores y pintores competían por inmortalizarla en sus obras, aunque ella era también encantadora, de palabra fácil y seductoramente autosuficiente: atraía a los hombres. Su departamento en París se convirtió en centro de reunión de escritores y artistas, y pronto Madame Sabatier —como terminó por conocérsele, aunque no estaba casada— daba cobijo a uno de los salones literarios más importantes de Francia. Escritores como Gustave Flaubert, Ale-xandre Dumas padre y Théophile Gautier estaban entre sus invitados regulares.
Hacia fines de 1852, cuando tenía treinta años, Madame Sabatier recibió una carta anónima. El autor confesaba amarla hondamente. Inquieto por la idea de que ella considerara ridículos sus sentimientos, no revelaba su nombre; pero debía hacerle saber que la adoraba. Sa-batier estaba acostumbrada a tales atenciones —un hombre tras otro se habían enamorado de ella—, pero esta carta era diferente: ella parecía haber inspirado en ese hombre un fervor casi religioso. La carta, escrita con letra disimulada, contenía un poema dedicado a ella; titulado "A la que es demasiado alegre", comenzaba elogiando su belleza, pero terminaba con estos versos: Así, yo quisiera una noche, Cuando la hora del placer llega, Trepar sin ruido, como un cobarde, A los tesoros que te adornan. [...] Y, ¡vertiginosa dulzura! A través de esos nuevos labios, Más deslumbrantes y más bellos, Inocularte mi veneno, ¡hermana mía!
A la adoración de su admirador se añadía claramente una extraña clase de lascivia, con un toque de crueldad. El poema la intrigó y perturbó, y no tenía idea de quién lo había escrito.

Semanas después llegó otra carta. Como en la ocasión anterior, el autor envolvía a Madame Sabatier en una veneración digna de culto, mezclando lo físico y lo espiritual. Y como la vez anterior, había un poema, "Toda entera", en que escribió:

Ya que en ella todo está dictaminado,
es difícil elegir. [... ]
Mística metamorfosis
Que mis sentidos confunde
Su aliento se vuelve música,
¡Su voz se troca en perfume!

Era evidente que el autor estaba obsesionado con la presencia de Madame, y pensaba sin cesar en ella; pero entonces ella empezó a obsesionarse con el poeta, pensando en él día y noche, y preguntándose quién sería. Las cartas posteriores sólo agudizaron el hechizo. Era halagador saber que él estaba fascinado por algo más que su belleza, pero también que no era inmune a sus encantos físicos.

Un día se le ocurrió a Madame Sabatier quién podía ser el autor Charles Baudelaire un joven poeta que había frecuentado su salón durante varios años. Parecía tímido, de hecho apenas si le había dirigido la palabra, pero ella había leído algo de su poesía; y aunque los poemas de las cartas eran más pulidos, el estilo era similar. En el departamento de ella, Baudelaire siempre se sentaba civilizadamente en una esquina-, pero ahora que Madame lo pensaba, le sonreía extraña, nerviosamente. Era la mirada de un joven enamorado. Cuando se presentaba, ella lo observaba con atención; y entre más lo hacía, más segura estaba de que él era el autor de aquellas cartas, aunque jamás confirmó su intuición, porque no quería hacerle frente: podía ser tímido, pero era hombre, y en algún momento tendría que abordarla. Ella estaba segura de que lo haría. Luego, de repente las cartas dejaron de llegar, y Madame Sabatier no podía entender por qué, pues la última había sido más rendida que todas las anteriores.

Pasaron varios años, en los que Madame pensó a menudo en las cartas de su admirador anónimo, las cuales nunca se renovaron. En 1857, sin embargo, Baudelaire publicó un libro de poesía, *Las flores del* mal, y Madame Sabatier reconoció varios de los versos: eran los que había escrito para ella. Esta vez estaban al descubierto para que todos los vieran. Poco más tarde, el poeta le envió un regalo: un ejemplar especialmente encuadernado de su libro, y una carta, en esta ocasión fumada con su nombre. Sí, escribió, él era el autor anónimo; ¿lo perdonaría por haber sido tan misterioso en el pasado? Además, sus sentimientos por ella eran más intensos que nunca: "¿Pensó usted por algún momento que habría podido olvidarla? [...] Usted es para mí más que una preciada imagen evocada en sueños, es una superstición, [... ] ¡mi compañera constante, mi secreto! Adiós, querida Madame. Beso sus manos con profunda devoción". Esta carta tuvo mayor efecto en Madame Sabatier que las otras. Quizá fue la infantil sinceridad de él, y el hecho de que por fin le hubiera escrito directamente; tal vez fue que él la amaba pero no le pedía nada, a diferencia de todos los demás hombres que ella conocía, quienes en cierto momento siempre habían resultado desear algo. Sea lo que fuere, ella tenía un deseo incontrolable de verlo. Al día siguiente lo invitó a su departamento, a solas. Baudelaire se presentó a la hora fijada. Se sentó nerviosamente en una silla, mirando a Madame con sus grandes ojos, diciendo poco, y lo que dijo era formal y cortés. Parecía distante. Cuando se marchó, una suerte de pánico se apoderó de Madame Sabatier, y al día siguiente le escribió una primera carta: "Hoy estoy más serena, y puedo experimentar más claramente la impresión de la tarde que pasamos juntos el martes. Puedo decirle, sin riesgo que usted crea que exagero, que soy la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra, que nunca he sentido con más verdad que lo amo, ¡y que jamás lo he visto lucir más bello, más adorable, querido amigo!". Madame Sabatier no había escrito nunca una carta así; siempre había sido la perseguida. Esta vez había perdido su usual control de sí misma. Y las cosas no hicieron más que empeorar: Baudelaire no contestó de inmediato. Cuando ella volvió a verlo, él se mostró más frío que antes. Ella tuvo la sensación de que había otra, de que su anterior querida, Jeanne Duval, había reaparecido repentinamente en su vida y lo alejaba de ella. Una noche, Madame tomó la iniciativa, lo abrazó, intentó besarlo, pero él no respondió, y halló al instante una ^excusa para retirarse. ¿Por qué de pronto era tan inaccesible? Ella empezó a ahogarlo en cartas, rogándole que la buscara. Sin poder dormir, esperaba toda la noche que él apareciera. Jamás había experimentado tal desesperación. Tenía que seducirlo de algún modo, poseerlo, tenerlo para ella sola. Lo intentó todo —cartas, coquetería, toda clase de promesas— hasta que por fin él le escribió que ya no estaba enamorado de ella, y eso fue todo.

*Interpretación.* Baudelaire era un seductor intelectual. Quería abrumar a Madame Sabatier con palabras, dominar sus pensamientos, hacer que se enamorara de él. Físicamente, lo sabía, no podía competir con sus muchos otros admiradores: él era tímido, torpe, no particularmente apuesto. Así que recurrió a su única fortaleza, la poesía. Perseguirla con cartas anónimas le concedía un estremecimiento perverso. Debía saber que ella se daría cuenta, finalmente, de que él era su corresponsal —nadie más escribía como él—, pero quería que ella lo descubriera por Besóla. Dejó de escribirle porque se interesó en otra, pero sabía que ella pensaría en él, se haría preguntas, quizá lo esperaría. Y cuando publicó su libro, decidió escribirle de nuevo, esta vez directamente,

agitando el antiguo veneno que le había inyectado. Cuando estuvieron solos, él pudo ver que ella esperaba que hiciera algo, que la abrazara, pero él no era esa clase de seductor. Además, le daba placer contenerse, sentir su poder sobre una mujer a la que muchos deseaban. Para el momento en que ella pasó al contacto físico y tomó la iniciativa, la seducción había terminado para él. La había enamorado; eso era suficiente.
El devastador efecto del estira y afloja de Baudelaire sobre Madame Sabatier nos da una gran lección sobre la seducción. Primero, siempre es mejor guardar cierta distancia de tus objetivos. No es preciso que llegues al grado de mantener el anonimato, pero no se te debe ver tan seguido, ni como impertinente. Si estás siempre ante ellos, si siempre eres quien toma la iniciativa, se acostumbrarán a ser pasivos, y la tensión en tu seducción se reducirá. Sírvete de cartas para que piensen en ti todo el tiempo, para nutrir su imaginación. Cultiva el misterio: impide que te entiendan. Las cartas de Baudelaire eran maravillosamente ambiguas, y
combinaban lo físico y lo espiritual, así que engañaban a Sabatier con su multiplicidad de posibles interpretaciones.
Luego, en el momento en que tus blancos rebosen deseo e interés, cuando quizá esperen que des un paso —como ese día esperó Madame Sabatier en su departamento—, da marcha atrás. Sé inesperadamente distante, amigable pero hasta ahí; ciertamente no sexual. Permite que eso se asiente uno o dos días. Tu reticencia detonará ansiedad; y la única manera de aliviar esa ansiedad será perseguirte y poseerte. Da marcha atrás entonces, y harás que tus objetivos caigan en tus brazos como fruto maduro, ciegos a la fuerza de gravedad que los atrae a ti. Cuanto más participen, cuanto más comprometan su voluntad, más profundo será el efecto erótico. Los has desafiado para que usen sus poderes seductores en ti; y cuando reaccionen, la situación se invertirá, y te perseguirán con desesperada energía.
*Me retraigo, y entonces le enseño a ella a ser victoriosa al perseguirme. Retrocedo sin cesar, y con este movimiento hacia atrás le enseño a conocer a través de mí todos los poderes del amor erótico, sus turbulentas ideas, su pasión, lo añorante que es, y la esperanza, y la expectación impaciente.*
—Soren Kierkegaard.

## Claves para la seducción.

Dado que somos criaturas naturalmente obstinadas y testarudas, así como proclives a sospechar de los motivos de los demás, en el curso de la seducción es totalmente natural que tu objetivo se te resista de alguna manera. Es raro que la seducción sea fácil o sin reveses. Pero una vez que tu víctima vence alguna de sus dudas y empieza a caer bajo tu hechizo, llegará un momento en que comenzará a soltarse. Quizá sienta que tú la llevas, pero lo disfruta. A nadie le gustan las cosas complicadas y difíciles, y tu objetivo esperará que la conclusión llegue rápido. Éste es el momento en que debes aprender a contenerte. Brinda el climax placentero que él tan codiciosamente aguarda, sucumbe a la tendencia natural a dar pronto fin a la seducción, y perderás la oportunidad de incrementar la tensión, de caldear aún más la aventura. Después de todo, no buscas una víctima menuda y pasiva con quien jugar; quieres que el seducido comprometa con todas sus fuerzas su voluntad, se convierta en participante activo en la seducción. Deseas que te persiga, y que, entre tanto, caiga
irremediablemente atrapada en tu telaraña. La única forma de lograr esto es dar marcha atrás y provocar ansiedad.
Anteriormente ya te habías distanciado por motivos estratégicos (véase el capítulo 12), pero esto es distinto. El objetivo ya se ha enamorado de ti, y tu retraimiento dará lugar a ideas precipitadas: pierdes interés, en cierto modo es culpa suya, tal vez se deba a algo que hizo. En vez de pensar que los rechazas, tus objetivos querrán hacer esta otra interpretación; pues si la causa del problema es algo que ellos hicieron, podrán recuperarte si cambian de conducta. Si sencillamente tú los rechazaras, por el contrario, ellos no tendrían ningún control. La gente siempre quiere preservar la esperanza. Entonces te buscará, tomará la iniciativa, pensando que eso dará resultado. Ella elevará la temperatura erótica. Comprende: la voluntad de una persona se relaciona directamente con su libido, su deseo erótico. Cuando tus víctimas te esperan pasivamente, su nivel erótico es bajo. Cuan-do se vuelven perseguidoras, involucrándose en el proceso, hirviendo de tensión y ansiedad, la temperatura aumenta. Auméntala entonces tanto como puedas.
Cuando te retraigas, hazlo con sutileza; la intención es infundir inquietud. Tu frialdad o distancia saltará a la vista de tus objetivos [cuando estén solos, en forma de duda ponzoñosa que se filtrará en su mente. Su paranoia se volverá autogeneradora. Tu retroceso sutil hará que quieran poseerte, así que se arrojarán voluntariamente a tus brazos sin que los presiones. Ésto es diferente a la estrategia del capítulo 20, en la que infliges heridas profundas, creando una pauta de dolor y placer. En ese caso la meta es volver a tus víctimas débiles y dependientes; en éste,

activas y enérgicas. Qué estrategia preferirás (es imposible combinarlas) dependerá de lo que desees y de las proclividades de tu víctima.
En el *Diario de un seductor,* de S0ren Kierkegaard, Johannes se propone seducir a la joven y bella Cordelia. Empieza siendo un tanto intelectual con ella, e intrigándola poco a poco. Luego le manda cartas románticas y seductoras. Entonces la fascinación de ella se convierte en amor. Aunque en persona él se mantiene algo distante, ella percibe grandes profundidades en él, y está segura de que la ama. Un día, mientras conversan, Cordelia tiene una sensación extraña: algo en él ha cambiado. Johannes parece más interesado en las ideas que en ella. En los días siguientes, esta duda se acrecienta: las cartas son un poco menos románticas, taita algo. Sintiéndose ansiosa, ella se vuelve paulatinamente enérgica, se convierte en perseguidora y deja de ser la perseguida. La seducción es entonces mucho más excitante, al menos para Johannes.

El retroceso de Johannes es sutil; da meramente la impresión a Cordelia de que su interés es un poco menos romántico que el día anterior. Vuelve a ser el intelectual. Esto incita la preocupante idea de que los encantos y belleza naturales de Cordelia ya no ejercen mucho efecto en él. Ella debe esforzarse más, provocarlo sexualmente, demostrar que tiene cierto poder sobre él. Arde entonces en deseos eróticos, llevada a ese punto por el sutil retiro del afecto de Johannes. Cada género tiene sus propios señuelos seductores, que le son naturales. El hecho de que intereses a alguien pero no respondas sexualmente es muy perturbador, y plantea un reto: encontrar la manera de seducirte. Para producir este efecto, revela primero interés en tus objetivos, por medio de cartas o insinuaciones sutiles. Pero cuando estés en su presencia, asume una especie de neutralidad asexual. Sé amigable, incluso cordial, pero nada más. Los empujarás así a armarse de los encantos seductores naturales a su sexo, justo lo que tú deseas. En las etapas avanzadas de la seducción, deja sentir a tus objetivos que te interesa otra persona, lo cual es otra forma de dar marcha atrás. Cuando Napoleón Bonaparte conoció a la joven viuda Josefina de Beauharnais en 1795, le excitaron su exótica belleza y las miradas que le dirigía. Empezó a asistir a sus *soirées* semanales y, para su deleite, ella ignoraba a los demás hombres y permanecía a su lado, escuchándolo con atención. Se descubrió enamorándose de Josefina, y tenía todas las razones para creer que ella sentía lo mismo.
Luego, en una soirée, ella se mostró amigable y atenta, como de costumbre, salvo que fue igualmente amigable con otro hombre, un aristócrata de otro tiempo —como la propia Josefina —, el tipo de hombre con quien Napoleón jamás podría competir en modales e ingenio. Dudas y celos empezaron a bullir. Como militar, Napoleón conocía el valor de pasar a la ofensiva; y tras varias semanas de una campaña rápida y agresiva, la tuvo para él solo, y finalmente se casó con ella. Claro que Josefina, como astuta seductora, lo había preparado todo. No dijo que otro hombre le interesara, sino que su mera presencia en su casa, una mirada aquí y allá, gestos sutiles, dieron esa impresión. No existe manera más eficaz de dar a entender que tu deseo disminuye. Pero hacer demasiado obvio tu interés en otra persona podría resultar contraproducente. Esta situación no se presta a que parezcas cruel; los efectos que persigues son duda y ansiedad. Tu posible interés en otro debe ser apenas perceptible a simple vista. Una vez que alguien se ha enamorado de ti, toda ausencia física producirá inquietud. Literalmente, abres espacio. La seductora rusa Lou Andreas-Salomé tenía una presencia intensa; cuando un hombre estaba con ella, él sentía que sus ojos lo traspasaban, y con frecuencia le extasiaban la coquetería de sus modales y espíritu. Pero luego, *casi* invariablemente ocurría algo: ella tenía que dejar la ciudad un tiempo, o estaría demasiado ocupada para verlo. Durante sus ausencias, los hombres se enamoraban perdidamente de Lou, y juraban ser más enérgicos la próxima vez que estuviera con ellos. Tus ausencias en este avanzado momento de la seducción deben parecer al menos un tanto justificadas. No insinúes un distanciamiento tranco, sino una ligera duda: quizá habrías podido hallar una razón para quedarte, quizá estés perdiendo interés, tal vez hay alguien más. En tu ausencia, el aprecio de la víctima por ti aumentará. Olvidará tus defectos, perdonará tus faltas. En cuanto vuelvas, saldrá en pos de ti, como tú quieres. Será como si hubieras regresado de entre los muertos.
De acuerdo con el psicólogo Theodor Reik, aprendemos a amar únicamente por medio del rechazo. Cuando niños, nuestra madre nos colma de amor; no sabemos nada más. Pero cuando crecemos, empezamos a sentir que su amor no es incondicional. Si no nos portamos bien, si no la complacemos, ella puede retirarlo. La idea de que retirará su afecto nos llena de ansiedad, y, al principio, de furia; ya verá, liaremos un berrinche. Pero esto nunca funciona, y poco a poco nos damos cuenta de que la única manera de impedir que ella vuelva a rechazarnos es imitarla: ser tan cariñosos, buenos y *afectuosos como* ella. Esto la unirá a nosotros muy profundamente. Esta pauta queda impresa en nosotros por el resto de nuestra vida; al experimentar rechazo o frialdad, aprendemos a cortejar y perseguir, a amar.
Recrea esta pauta primaria en tu seducción. Primero colma de afecto a tus objetivos. No tendrán muy clara la causa, pero experimentarán una sensación divina, y no querrán perderla. Cuando ésta desaparezca, en tu retroceso estratégico, tendrán momentos de ansiedad y enojo, quizá hagan un berrinche, y luego surgirá la misma reacción infantil: la única forma de recuperarte, de asegurarte, será invertir la pauta, imitarte, ser los afectuosos los que dan. Es el terror al rechazo el que invierte la situación.

A menudo, esta pauta se repetirá naturalmente en un romance o relación. Una persona se muestra fría, la otra la persigue, luego se muestra fría a su vez, lo que convierte a la primera en perseguidora, y así sucesivamente. Como seductor, no dejes esto al azar. Haz que suceda. Enseñas a la otra persona a ser seductora, justo como la madre enseñó a su manera al hijo a corresponder a su amor retrocediendo. Por tu bien, aprende a disfrutar esta inversión de roles. No te limites a jugar a ser el perseguido; disfrútalo, entrégate a ello. El placer de que tu víctima te persiga puede sobrepasar con frecuencia la emoción de la caza.
*Símbolo. La granada. Cuidadosamente cultivada y atendida, empieza a madurar. No la recojas muy pronto ni la desprendas del tallo; estará dura y amarga. Deja que gane peso y jugo, y retrocede: caerá por sí sola. Su pulpa es entonces más deliciosa.*

## Reverso.

Hay momentos en que abrir espacio y crear ausencia te explotará en la cara. Una ausencia en un momento crítico en la seducción podría hacer que el objetivo perdiera interés en ti. Esto también deja demasiado al azar; mientras estás lejos, él podría hallar otra persona, y dejar de pensar en ti. Cleopatra sedujo fácilmente a Marco Antonio, pero tras sus primeros encuentros él regresó a Roma. Cleopatra era misteriosa y seductora; pero si dejaba pasar mucho tiempo, él olvidaría sus encantos. Así que abandonó su usual coquetería y fue en pos de él cuando estaba en una de sus campañas militares. Ella sabía que una vez que la viera, caería de nuevo bajo su hechizo y la perseguiría.
Usa la ausencia sólo cuando estés seguro del afecto del objetivo, y nunca la prolongues demasiado. Es más efectiva en un momento avanzado de la seducción. Asimismo, nunca abras demasiado espacio: no escribas con demasiada infrecuencia, no te comportes con excesiva frialdad, no muestres demasiado interés en otra persona. Esta es la estrategia de combinar placer y dolor, la cual se detalló en el capítulo 20, y creará una víctima dependiente, o incluso la hará renunciar por completo. Algunas personas, asimismo, son inveteradamente pasivas: esperan que des el paso audaz, y si no lo haces te creen débil. El placer por obtener de una víctima así es menor que el que recibirás de alguien más activo. Pero si te relacionas con este tipo de personas, haz lo necesario para salirte con la tuya, y luego termina el romance y pasa a otra cosa. 22. Usa señuelos físicos.
*Los objetivos de mente activa son peligrosos: si entrevén tus manipulaciones, podrían tener súbitas dudas. Pon a descansar su mente poco a poco y despierta sus durmientes sentidos combinando una actitud no defensiva con una presencia sexual apasionada. Mientras tu aire sereno y despreocupado reduce sus inhibiciones, tus miradas, voz y modales —desbordantes de sexo y deseo— les crisparán los nervios y elevarán su temperatura. No fuerces nunca el contacto físico; en cambio, contagia de ardor a tus blancos, hazles sentir apetito carnal. Condúcelos al momento: un presente intenso en que la moral, el juicio y la preocupación por el futuro se derretirán por igual y el cuerpo sucumbirá al placer.*

## Aumento de la temperatura.

En 1889, el destacado empresario teatral de Nueva York, Emest Jur-gens, visitó Francia en uno de sus muchos viajes de búsqueda de talentos. Jurgens era famoso por su honestidad, cosa rara en el turbio mundo del espectáculo, y por su capacidad para hallar espectáculos inusuales. Debía pasar la noche en Marsella, y mientras recorría el muelle del antiguo puerto oyó que excitados silbidos salían de un cabaret de baja estofa, y decidió entrar. Actuaba una bailarina española de veintiún años de edad llamada Carolina Otero, y tan pronto como Jurgens puso los ojos en ella, fue otro. La apariencia de la Otero era deslumbrante: uno setenta y cuatro de estatura, ardientes ojos negros, cabello negro hasta la cintura, el cuerpo encorsetado en una perfecta figura de reloj de arena. Pero fue su manera de bailar lo que hizo latir con fuerza el corazón de Jurgens: vivo su cuerpo entero, contoneándose como animal en celo, mientras ejecutaba un fandango. Su baile apenas si era profesional, pero ella tanto lo gozaba y era tan desenvuelta que nada de eso importaba. Jurgens tampoco pudo evitar fijarse en los hombres en el cabaret, que la veían boquiabiertos.
Después del espectáculo, Jurgens fue a los camerinos para presentarse. Los ojos de la Otero cobraron vida mientras él le hablaba de su trabajo y de Nueva York. El sintió un ardor, una punzada en el cuerpo mientras ella lo miraba de arriba abajo. La voz de ella era grave y áspera, la lengua constantemente en juego mientras arrastraba

las erres. Tras cerrar la puerta, Otero ignoró los golpes y súplicas de los admiradores que se morían por hablar con ella. Dijo que su modo de bailar era natural: su madre era gitana. Luego pidió a Jurgens que la acompañara esa noche, y cuando él le ayudaba a ponerse su abrigo, ella se inclinó ligeramente hacia él, como si perdiera el equilibrio. Mientras recorrían la ciudad, el brazo de ella en el de él, la Otero ocasionalmente le murmuraba algo al oído. Jurgens sintió esfumarse su usual reserva. La apretó más contra su cuerpo. Era padre de familia, y nunca había considerado engañar a su esposa, pero sin pensarlo llevó a la Otero al hotel donde él se hospedaba. Ella empezó a quitarse un poco de ropa —abrigo, guantes, sombrero—, algo perfectamente normal; pero la forma en que lo llevó a cabo hizo que él perdiera toda compostura. Normalmente tímido, Jurgens se lanzó al ataque.

A la mañana siguiente, Jurgens ofreció a la Otero un lucrativo contrato —un gran riesgo, considerando que, en el mejor de los casos, ella era amateur. La llevó a París y le asignó uno de los mejores instructores de teatro. Tras volver de prisa a Nueva York, informó a los diarios sobre aquella misteriosa belleza española, llamada a conquistar la ciudad. Poco después, periódicos rivales aseguraban que ella era una condesa andaluza, prófuga de un harén, la viuda de un jeque y cosas así. Él hacía frecuentes viajes a París para estar con ella, olvidándose de su familia y prodigándole dinero y regalos.

El debut de la Otero en Nueva York, en octubre de 1890, fue un éxito clamoroso. "La Otero baila con desenfreno", se leía en un artículo en *The New York* Times. "Ágil y flexible, su cuerpo parece el de una serpiente al retorcerse en rápidas y gráciles curvas." En unas cuantas semanas la sociedad de Nueva York la aclamaba, y ella se presentaba en fiestas privadas a altas horas de la noche. El magnate William Van-derbilt la cortejó con joyas costosas y veladas en su yate. Otros millonarios se disputaban su atención. Entre tanto, Jurgens tomaba dinero de su compañía para pagar los regalos que le destinaba: haría cualquier cosa por conservarla, una tarea en la que enfrentaba feroz competencia. Meses después, luego de que sus malos manejos se hicieron públicos, era un hombre arruinado. Finalmente se suicidó.

La Otero volvió a Francia, a París, y en los años siguientes se encumbró hasta convertirse en la más infausta cortesana de la Belle Épo-que. Pronto se corrió la voz: una noche con La Bella Otero (como ya se le conocía) era más efectiva que todos los afrodisiacos del mundo. Tenía carácter, y era exigente, pero eso era de esperarse. El príncipe Alberto de Monaco, plagado de dudas sobre su virilidad, se sintió un tigre insaciable luego de una noche con la Otero. Ella se hizo su querida. Siguieron otros miembros de familias reales: el príncipe Alberto de Gales (más tarde rey Eduardo VII), el sha de Persia, el gran duque Nicolás de Rusia. Hombres menos adinerados vaciaban sus cuentas bancarias, y Jurgens fue sólo el primero de muchos a quienes la Otero condujo al suicidio.

Durante la primera guerra mundial, el soldado estadunidense Fre-derick, de veintinueve años de edad, destacado en Francia, ganó treinta y siete mil dólares jugando crap durante cuatro días. En su siguiente licencia fue a Niza y se registró en el mejor hotel. En su primera noche en el restaurante del hotel, reconoció a la Otero sentada sola en una mesa. El la había visto actuar en París diez años antes, y se había obsesionado con ella. La Otero tenía entonces poco menos de cincuenta, pero era más tentadora que nunca. El deslizó billetes en ciertas manos y consiguió sentarse en su mesa. Apenas si podía hablar: la forma en que sus ojos lo traspasaban, un simple reacomodo en su silla, su cuerpo frotándose con el suyo al ponerse de pie, su modo de andar frente a él y exhibirse. Más tarde, al recorrer un bulevar, pasaron frente a una joyería. Él entró, y momentos después soltaba treinta y un mil dólares por un collar de diamantes. Durante tres noches La Bella Otero fue suya. Nunca en su vida él se había sentido tan masculino e impetuoso. Años más tarde, seguía creyendo que el precio que había pagado bien había valido la pena.

*Interpretación.* Aunque La Bella Otero era hermosa, cientos de mujeres lo eran más que ella, o más encantadoras y talentosas. Pero la Otero estaba constantemente en llamas. Los hombres podían verlo en sus ojos, la forma en que movía el cuerpo, una docena de signos más. La vehemencia que irradiaba procedía de su deseo interior: era insaciablemente sexual. Pero también era una cortesana experta y calculadora, y sabía cómo ejercer su sexualidad. En el escenario, hacía que cada hombre del público se avivara, abandonándose en el baile. En persona era más fría, si cabe. A un hombre le gusta sentir que una mujer se enciende no porque tenga un apetito insaciable, sino a causa de él; así, la Otero personalizaba su sexualidad, sirviéndose de miradas, un roce en la piel, un lánguido tono de voz, un comentario picante, para sugerir que el hombre la incendiaba. En sus memorias reveló que el príncipe Alberto era un amante sumamente inepto. Pero él creía, al igual que muchos otros, que con ella era Hércules mismo. La sexualidad de la Otero se originaba en realidad en sí misma, pero ella creaba la ilusión de que el hombre era el agresor.

La clave para atraer al objetivo al acto final de tu seducción es no hacerlo de manera obvia, no anunciar que estás listo (para saltar sobre tu presa o que ella salte sobre ti). Todo debe dirigirse a los sentidos, no a la mente consciente. Debes hacer que tu objetivo advierta indicios en tu cuerpo, no en tus palabras o actos. Que tu cuerpo arda en deseos: por tu objetivo. Tu deseo debe verse en tus ojos, en el temblor de tu voz, en tu reacción cuando su cuerpo y el tuyo se acercan. No puedes condicionar a tu cuerpo para que actúe de ese modo; pero si eliges una víctima (véase el capítulo 1) que ejerza ese efecto en ti, todo fluirá naturalmente. Durante la seducción, habrás

tenido que contenerte, intrigar y frustrar a la víctima. Tú también te habrás frustrado con ello, y estarás que no te aguantas. Una vez que sientas que el objetivo se ha enamorado de ti y no puede retroceder, deja que esos deseos frustrados corran por tu sangre y te hagan entrar en calor. No es necesario que toques a tus objetivos, ni que procedas a otros actos *físicos.* Como La Bella Otero sabía, el deseo sexual es contagioso. Tu vehemencia se transmitirá a ellos, y arderán

a su vez. Que den el primer paso. Así no dejarás rastro. El segundo y tercero serán tuyos. *Escribe SEXO con mayúsculas al hablar de La Bella Otero. Lo exudaba.* —Maurice Chevalie.

## Reducción de inhibiciones.

Un día de 1931, en un poblado de Nueva Guinea, una joven llamada Tuperselai recibió una buena noticia: su padre, Allaman, quien se había marchado meses antes a trabajar en una plantación de tabaco, había regresado de visita. Tuperselai corrió a recibirlo. Su padre iba acompañado por un hombre blanco, vista inusual en esas partes. Era un australiano de Tasmania de veintidós años de edad, y dueño de la plantación. Se llamaba Errol Flynn. Flynn sonrió cordialmente a Tuperselai, al parecer particularmente interesado en sus senos desnudos. (Tal como se acostumbraba entonces en Nueva Guinea, ella sólo llevaba puesta una falda de paja.) El le dijo en un inglés rudimentario que era muy bella, y no cesó de repetir su nombre, que pronunciaba excepcionalmente bien. No dijo mucho más de todas maneras —no hablaba su lengua—, así que ella se despidió y se fue con su padre. Pero más tarde la joven descubrió, para su consternación, que Mister Flynn le había tomado cariño y la había comprado a su padre por dos cerdos, unas monedas inglesas y algunas conchas usadas como dinero. La familia era pobre y al padre le agradó el precio. Tuperselai tenía un novio en el poblado al que no quería dejar, pero no se atrevió a desobedecer a su padre, y se fue con Mister Flynn a la plantación de tabaco. Por otra parte, no tenía intención de ser amigable con este hombre, del que esperaba el peor de los tratos.

En los primeros días, Tuperselai extrañó mucho su pueblo, y se sentía nerviosa y de mal humor. Pero Mister Flynn era educado, y hablaba con una voz tranquilizadora. Ella empezó a relajarse; y como él guardaba su distancia, ella decidió que podía acercarse a él sin riesgo. La piel blanca de Mister Flynn era una delicia para los mosquitos, así que ella empezó a bañarlo cada noche con hierbas perfumadas para mantenerlos lejos. Luego se le ocurrió una idea: Mister Flynn estaba solo, y necesitaba compañía. Para eso la había comprado. En la noche él solía leer; en vez de eso, ella empezó a entretenerlo cantando y bailando. A veces él trataba de comunicarse con palabras y gestos, batallando pidgin. Ella no tenía idea de lo que intentaba decir, pero la hacía reír. Y un día entendió algo: la palabra "nadar". La invitaba a nadar con él en el río Laloki. Ella accedió con gusto, pero el río estaba lleno de cocodrilos, así que llevó su lanza por si acaso. A la vista del río, Mister Flynn pareció animarse; se quitó velozmente la ropa y se tiró al agua. Ella lo siguió y nadó tras él. El la rodeó con sus brazos y la besó. Se dejaron llevar río abajo, y ella se asió de él. Se había olvidado de los cocodrilos, y también de su padre, su novio, su pueblo y todo lo demás por olvidar. En un recodo del río, él la cargó en brazos y la llevó a una apartada arboleda, cerca de la orilla. Todo sucedió en forma más bien súbita, lo cual fue óptimo para Tuperselai. En adelante, aquél se convirtió en un ritual diario —el río la arboleda—, hasta que llegó el momento en que la plantación de tabaco ya no marchaba bien y Mister Flynn se fue de Nueva Guinea.

Un día, diez años después, Blanca Rosa Welter asistió a una fiesta al Hotel Ritz de la ciudad de México. Mientras recorría el bar en busca de sus amigos, un hombre alto, mayor le cortó el paso y le dijo, con un acento encantador: "Tú debes ser Blanca Rosa". No tuvo que presentarse: era el famoso actor de Hollywood Errol Flynn. Su rostro aparecía en carteles por todas partes, y era amigo de los organizado-res de la fiesta, los Davis, a los que había oído elogiar la belleza de Blanca Rosa, quien cumplía dieciocho años al día siguiente. La llevó a una mesa en un rincón. Su actitud era gentil y segura, y oyéndolo hablar ella se olvidó de sus amigos. El le habló de su belleza, repetía su nombre, dijo que podía hacerla estrella. Antes de que Blanca Rosa se diera cuenta de lo que sucedía, él ya la había invitado a ir a Acapulco, donde vacacionaba. Los Davis, sus amigos mutuos, podrían ir con ella como acompañantes. Eso sería maravilloso, dijo Blanca Rosa, pero su madre nunca aceptaría. "No te preocupes por eso", replicó Flynn, y al día siguiente se presentó en su casa con un magnífico regalo para Blanca, un anillo con su piedra .natal. Derritiéndose bajo la encantadora sonrisa de Flynn, la madre de Blanca aceptó el plan. Horas después, Blanca iba ya en un avión a Acapulco. Todo era como un sueño. Los Davis, por órdenes de la madre de Blanca, trataban de no perderla de vista, así que Flynn la subió a una balsa en la que se dejaron arrastrar al océano, lejos de la playa. Las halagadoras palabras de él llenaron los oídos de Blanca Rosa, y ella le permitió tomarla de la mano y besarla en la mejilla. Esa noche bailaron, y concluida la velada él la acompañó a su habitación, y entonó para ella una canción cuando finalmente se separaron. Era la culminación de un día perfecto. A media noche, ella despertó oyéndolo llamarla por su nombre, en el balcón de su habitación. ¿Cómo había

llegado hasta ahí? El cuarto de él estaba en el piso de arriba; debía haber saltado, o haberse descolgado, una maniobra peligrosa. Ella se acercó, en absoluto asustada, más bien curiosa. El la atrajo dulcemente a sus brazos y la besó. El cuerpo de Blanca se convulsionó; rebasada por esas nuevas sensaciones, totalmente confundida, echó a llorar —de felicidad, dijo. Hynn la consoló con un beso y volvió a su cuarto, en forma tan inexplicable como había llegado. Para entonces Blanca ya estaba irremediable-mente enamorada de él, y haría lo que él pidiera. Semanas después, de hecho, lo siguió a Hollywood, donde permaneció hasta convertirse en una exitosa actriz, bajo el nombre de Linda Christian.

En 1942, Nora Eddington, de dieciocho años, tenía un trabajo temporal como vendedora de cigarrillos en el palacio de justicia del condado de Los Angeles. El lugar era entonces un manicomio, repleto de reporteros de publicaciones sensacionalistas: dos muchachas habían acusado a Errol Flynn de violación. Por supuesto, Nora había reparado en Flynn, hombre alto y apuesto que ocasionalmente le compraba cigarrillos, pero su corazón pertenecía a su novio, un joven marine. Semanas más tarde Flynn fue absuelto, el juicio terminó y el lugar se serenó. Un hombre que ella conoció durante el juicio le llamó un día: era el brazo derecho de Flynn, y a nombre de éste quería invitarla a la casa del actor, en Mulholland Drive. Nora no tenía el menor interés en Flynn, y en realidad le temía un poco, pero una amiga que se moría por conocerlo la convenció de ir y llevarla. ¿Qué tenía que perder? Nora aceptó. Ese día, el amigo de Flynn apareció y las llevó a una espléndida residencia en la punta de una colina. Cuando llegaron, Flynn estaba parado, sin camisa, junto a su piscina. Se acercó a saludar a Nora y a su amiga, moviéndose con tanta elegancia —como un esbelto gato—y con una actitud tan relajada que Nora dejó de sentirse nerviosa. El les hizo un recorrido por la casa, llena de objetos de sus varios viajes por el mar. Habló tan maravillosamente de su amor por la aventura que ella deseó haber tenido aventuras propias. Era el caballero perfecto, e incluso la dejó hablar de su novio sin la menor señal de celos.

Nora recibiría una visita de su novio al día siguiente. Por algún motivo, él ya no le pareció tan interesante; tuvieron una pelea y rompieron en el acto. Esa noche, Flynn la llevó a la ciudad, al famoso club nocturno Mocambo. El bebió y bromeó, y ella se contagió de su ánimo, y le permitió gustosamente tomarla de la mano. De repente, cayó presa del pánico. "Soy católica y virgen", soltó, "y algún día llegaré al altar con un velo; si crees que te vas a acostar conmigo, estás equivocado." Sin perder la calma, Flynn le dijo que no tenía nada que temer. Simplemente le gustaba estar con ella. Nora se relajó, y le pidió cortésmente que volviera a tomarla de la mano. En las semanas siguientes, se vieron casi todos los días. Ella se hizo su secretaria. Luego acabó por pasar las noches de los fines de semana como su huésped. El la llevaba a esquiar y a pasear en lancha. Seguía siendo el caballero perfecto; pero cuando la miraba o tocaba su mano, ella se sentía invadida por una sensación estimulante, un hormigueo en la piel que comparaba con el hecho de meterse a una regadera helada un día muy caluroso. Después iba a la iglesia cada vez menos, apartándose de la vida que había conocido. Aunque por fuera nada había cambiado entre ellos, por dentro toda apariencia de resistencia contra él se había desvanecido. Una noche, luego de una fiesta, ella sucumbió. Flynn y Nora se unieron finalmente en un tempestuoso matrimonio, que duró siete años.

*Interpretación.* Las mujeres que se relacionaban con Errol Flynn (y que al final de su vida se contaron en miles) tenían todas las razones del mundo para desconfiar de él: Flynn era lo más cercano en la vida real a un donjuán. (De hecho había interpretado al legendario seductor en una película.) Constantemente estaba rodeado de mujeres, quienes sabían que ninguna relación con él podía durar. Y luego estaban los rumores acerca de su fuerte carácter, y de su amor por el peligro y la aventura. Ninguna mujer tuvo más razones para resistírsele que Nora Eddington: cuando lo conoció, él estaba acusado de violación; ella sostenía una relación con otro hombre; era una católica temerosa de Dios. Sin embargo, cayó bajo su hechizo, igual que el resto. Algunos seductores —D. H. Lawrence, por ejemplo— operan sobre todo en la mente, creando fascinación, estimulando la necesidad de poseer-los. Flynn operaba en el cuerpo. Su fresca y despreocupada actitud contagiaba a las mujeres, lo que reducía la resistencia de éstas. Esto sucedía casi al minuto de haberlas conocido, como una droga; él se sentía a gusto con ellas, gentil y seguro. Una mujer adoptaba ese espíritu, dejándose llevar por la corriente que él creaba, olvidándose del mundo y su pesadez; sólo eran ella y él. Luego —tal vez el mismo día, quizá semanas después— llegaba el contacto de la mano de él, cierta mirada, que le hacía sentir un cosquilleo, una vibración, una excitación peligrosamente física. Ella delataba ese momento en sus ojos, un sonrojamiento, una risa nerviosa, y él tiraba a matar. Nadie se movía más rápido que Errol Flynn.

El mayor obstáculo para la parte física de la seducción es la educación del objetivo, el grado en que ha sido socializado o civilizado. Esa educación conspira para restringir al cuerpo, embotar los sentidos, llenar la mente de dudas y preocupaciones. Flynn tenía la capacidad de devolver a una mujer a un estado más natural, en que el deseo, el placer y el sexo no tenían nada de negativo. Atraía a las mujeres a la aventura no con argumentos, sino con una actitud abierta y espontánea que contagiaba su mente. Entiende: todo empieza en ti. Cuando llegue el momento de volver física la seducción, prepárate para liberarte de tus inhibiciones, tus dudas, tus persistentes sensaciones de culpa y ansiedad. Tu seguridad y serenidad tendrán más poder para contagiar a la víctima que todo el alcohol que puedas aplicar. Exhibe ligereza de espíritu: nada te molesta, nada te amilana, no

te tomas nada en forma personal. Invitas a tus objetivos a deshacerse de las cargas de la civilización, a seguir tu ejemplo y tu rumbo. No hables de trabajo, deber, matrimonio, pasado o futuro. Muchas otras personas lo harán. En cambio, ofrece el raro estremecimiento de perderse en el momento, donde los sentidos cobran vida y la mente queda atrás.

*Cuando él me besaba, provocaba una reacción que yo no conocía ni había imaginado jamás, un vértigo de todos mis sentidos. Era una alegría instintiva, contra la que ningún encargado amonestador y razonador dentro de mí me habría servido. Era algo nuevo e irresistible, y finalmente avasallador. Seducción —palabra que implica ser conducido— tierna y delicada.*

—Linda Christian.

## Claves para la seducción.

Hoy más que nunca, nuestra mente se halla en un estado de constante distracción, bombardeada por información interminable, proveniente de todas direcciones. Muchos de nosotros advertimos el problema: se escriben artículos, se hacen estudios, pero se convierten simplemente en más información por asimilar. Es casi imposible desactivar una mente febril; el solo intento detona más ideas, una inescapable casa de espejos. Quizá recurrimos al alcohol, las drogas, la actividad física, cualquier cosa que nos ayude a que la mente afloje el paso, a estar más presentes en el momento. Nuestra insatisfacción ofrece al hábil seductor oportunidades infinitas. Las aguas en torno tuyo abundan en personas que buscan algún tipo de liberación de la sobrestimulación mental. El atractivo del placer físico sin cargas las hará morder el anzuelo, pero mientras tú rondas las aguas, comprende: la única manera de relajar una mente distraída es hacer que se concentre en una cosa. Un hipnotista pide a un paciente concentrarse en un reloj oscilante. Una vez que el paciente se concentra, la mente se relaja, los sentidos despiertan, el cuerpo se vuelve propenso a toda clase de novedosas sensaciones y sugestiones. Como seductor, eres un hipnotista; y haces que el objetivo se concentre en ti.

A lo largo del proceso de seducción has ido llenando la mente del objetivo. Cartas, recuerdos, experiencias compartidas te mantienen constantemente presente, aun cuando no estés ahí. Al pasar ahora a la parte física de la seducción, debes ver más a menudo a tus objetivos. Tu atención debe volverse más intensa. Errol Flynn era un maestro en este juego. Cuando se fijaba en una víctima, dejaba todo lo demás. Hacía sentir a la mujer que todo pasaba a segundo término: la carrera de él, sus amigos, todo. Luego la llevaba a un pequeño viaje, de preferencia en medio de agua. Poco a poco, el resto del mundo se desvanecía al fondo, y Flynn ocupaba el centro del escenario. Cuanto más piensen tus objetivos en ti, menos se distraerán en ideas de trabajo y deber. Cuando la mente se concentra en una cosa, se relaja; y en esas condiciones, todas las pequeñas ideas paranoicas a las que nos inclinamos —"¿De verdad me quieres?", "¿Soy suficientemente inteligente o guapo?", "¿Qué me deparará el futuro?"— desaparecen de la superficie. Recuerda: todo empieza en ti. No te distraigas, está presente en el momento, y tu objetivo te seguirá. La intensa mirada del hipnotista produce una reacción similar en el paciente. Una vez que la mente febril del objetivo empieza a serenarse, sus sentidos cobrarán vida, y tus señuelos físicos duplicarán su poder. Ahora, una mirada ardiente lo hará sonrojarse. Tenderás a emplear señuelos físicos que actúen principalmente sobre los ojos, el sentido del que más dependemos en la cultura actual. Las apariencias son críticas, pero tú persigues una agitación general de los sentidos. La Bella Otero se cercioraba de que los hombres repararan en sus pechos, su figura, su perfume, su manera de caminan no permitía que predominara ninguna parte en especial. Los sentidos están interrelacionados: una apelación al olfato detonará el tacto, una apelación al tacto detonará la vista; el contacto casual o "accidental" —es mejor un roce de la piel que algo más enérgico de inmediato— provocará una sacudida y activará los ojos. Modula sutilmente la voz, hazla más lenta y grave. Vivos, los sentidos desplazarán las ideas racionales.

En Los *extravíos del corazón y del ingenio,* novela libertina del siglo XVIII, de Crébillon hijo, Madame de Lursay intenta seducir a un muchacho, Meilcour. Sus armas son diversas. Una noche en una fiesta ofrecida por ella, se pone un vestido revelador; su cabello está ligeramente alborotado; lanza al chico miradas ardientes; su voz tiembla un poco. Cuando están solos, ella hace inocentemente que él se siente más cerca, y habla más despacio; de pronto empieza a llorar. Meilcour tiene muchas razones para resistirse: se ha enamorado de una joven de su misma edad, y ha oído rumores sobre Madame de Lursay que deberían hacerle desconfiar de ella. Pero la ropa, las miradas, el perfume, la voz, la proximidad de su cuerpo, las lágrimas: todo empieza a abrumarlo. "Una indescriptible agitación revolvió mis sentidos." Meilcour sucumbe.

Los libertinos franceses del siglo xviii llamaban a esto "el momento". El seductor lleva a la víctima a un punto en que ésta exhibe señales involuntarias de excitación física que pueden advertirse en varios síntomas. Una vez detectadas esas señales, el seductor debe trabajar rápidamente, aplicando presión al objetivo para que se pierda

en el momento: el pasado, el futuro, todos los escrúpulos morales desvanecidos en el aire. En cuanto tus víctimas se pierden en el momento, todo se ha consumado: su mente, su conciencia, ya no las contienen. El cuerpo cede al placer. Madame de Lursay atrae a Meilcour al momento creando un desorden generalizado de los sentidos, volviéndolo incapaz de pensar claramente. Al llevar a tus víctimas al momento, recuerda algunas *cosas.* Primero, un aspecto desordenado (el cabello revuelto, el vestido arrugado de Madame de Lursay) ejerce mayor efecto en los sentidos que una apariencia pulcra. Sugiere la recámara. Segundo, debes estar alerta a las señales de excitación física. Sonrojamiento, temblor de la voz, lágrimas, una risa inusualmente enérgica, movimientos de relajación del cuerpo (cualquier tipo de reflejo involuntario, pues el blanco imita tus gestos), un revelador *lapsus Unguae: éstos son* signos de que la víctima se desliza hacia el momento, y de que ha de aplicarse presión.
En 1934, el futbolista chino Li conoció a la joven actriz Lan Ping en Shanghai. £1 comenzó a verla con frecuencia en sus partidos, animándolo. Se encontraban en eventos públicos, y él la descubría mirándolo con sus "extraños y ávidos ojos", y volteando luego a otro lado. Una noche la halló sentada junto a él en una recepción. La pierna de ella rozó la de Li. Platicaron, y ella lo invitó al cine. Una vez ahí, ella apoyó la cabeza en su hombro; murmuró algo a su oído, sobre la película. Luego pasearon por las calles, y ella le rodeó la cintura con el brazo. Lo llevó a un restaurante, donde bebieron un poco de vino. Li la llevó al hotel donde él se hospedaba, y ahí se vio arrollado por caricias y palabras dulces. Ella no le dio oportunidad de retroceder, ni tiempo para serenarse. Tres años más tarde, Lan Ping —quien pronto adoptaría el nombre de Jiang Qing — practicó un juego similar con Mao tse-Tung. Ella sería la esposa de Mao, la infausta Madame Mao, líder de la Banda de los Cuatro.
La seducción, como la guerra, suele ser un juego de distancia y aproximación. Al principio sigues a tu enemigo a cierta distancia. Tus armas primordiales son tus ojos, y una actitud misteriosa. Byron tenía su famosa mirada de soslayo, Madame Mao sus ojos ávidos. La clave es hacer que la mirada sea breve y al grano, y luego desviarla, como una estocada al hender la carne. Haz que tus ojos revelen deseo, y manten inexpresivo el resto de tu cara. (Una sonrisa echaría a perder el efecto.) Una vez caldeada la víctima, acorta rápidamente la distancia, pasando al combate cuerpo a cuerpo, en el que no das al enemigo margen para retirarse, ni tiempo para pensar o considerar la posición en que la has colocado. Para eliminar aquí el elemento de temor, sírvete de los halagos, haz que el objetivo se sienta más masculino o femenino, elogia sus encantos. Es culpa suya que hayas procedido al contacto físico y tomado la iniciativa. No hay mayor atractivo físico que hacer que el objetivo se sienta tentador. Recuerda: el corsé de Afrodita, fuente de sus indecibles poderes seductores, incluía, entre otros, el del dulce halago.
La actividad física compartida es siempre un señuelo excelente. El místico ruso Rasputin iniciaba sus seducciones con un señuelo espiritual: la promesa de una experiencia religiosa compartida. Pero luego sus ojos traspasaban a su víctima en una fiesta, e inevitablemente él la sacaba a bailar, acto que se volvía cada vez más sugestivo conforme él se acercaba a ella. Cientos de mujeres sucumbieron a esta técnica. En el caso de Flynn, la táctica era nadar o navegar. En medio de la actividad física, la mente se desconecta y el cuerpo opera de acuerdo con sus propias leyes. El cuerpo del objetivo seguirá tu ejemplo, será reflejo de tus movimientos, tan lejos como quieras llevarlo.
En el momento, todas las consideraciones morales se desvanecen, y el cuerpo vuelve a un estado de inocencia. Puedes crear parcialmente esa sensación mediante una actitud desenfadada. No te preocupes por el mundo, o lo que la gente piense de ti; no juzgues de ningún modo a tu objetivo. Parte del atractivo de Flynn era su total aceptación de una mujer. No le interesaba un tipo de cuerpo particular, la raza de una mujer, su nivel de estudios, sus convicciones políticas. Se enamoraba de su presencia femenina. La atraía a una aventura, libre de las restricciones de la sociedad y de juicios morales. Con él, ella podía cumplir una fantasía, lo que para muchas era la posibilidad de ser enérgicas o transgresoras, de experimentar peligro. Así que líbrate de tu tendencia a moralizar y juzgar. Has atraído a tus objetivos a un momentáneo mundo de placer, suave y acogedor, sin reglas ni tabúes.
*Símbolo. La balsa. Flotando al mar, dejándose llevar por la corriente. La costa desaparece pronto,* y *los dos están solos. El agua te invita a olvidar toda preocupación e inquietud, a sumergirte. Sin ancla ni dirección, desprendido del pasado, abandónate a la sensación de la deriva* y *pierde lentamente toda compostura.*

# Reverso.

Algunas personas caen presa del pánico cuando sienten que caen en el momento. Con frecuencia, usar señuelos espirituales ayudará a en-cubrir la naturaleza crecientemente física de la seducción. Así operaba la seductora lésbica Natalie Barney. En sus mejores días, a principios del siglo XX, el sexo lésbico era sumamente transgresor, y las mujeres para quienes representaba algo nuevo solían tener una sensación de vergüenza o suciedad. Barney las conducía al contacto físico, pero tan envuelto en poesía y misticismo que ellas se relajaban y se sentían purificadas por la experiencia. Hoy pocas personas sienten repugnancia por su naturaleza sexual, pero muchas están a disgusto con su cuerpo. Un método puramente físico de seducción las alterará y perturbará. En cambio,

**haz que todo parezca una unión espiritual, mística, y ellas notarán menos tus manipulaciones físicas 23.- Domina el arte de la acción audaz.**

***Ha llegado un momento especial tu víctima te desea sin duda alguna, pero no está dispuesta a admitirlo con franqueza, y mucho menos a consentirlo. Es hora de dejar de lado la caballerosidad, la amabilidad y la coquetería y desarrollar con una acción audaz. No des tiempo a la víctima de pensar en las consecuencias; genera conflicto, provoca tensión, para que la acción audaz sea una gran liberación. Exhibir vacilación o torpeza indicará que piensas en ti, no que estás abrumado por los encantos de la víctima. Jamás te contengas ni dejes al objetivo a medio camino, en la creencia de que eres correcto y considerado; es momento de ser seductor, no amable. Alguien debe pasar a la ofensiva, y ése eres tú.***

# El climax perfecto.

Mediante una campaña de engaño —la calculada apariencia de una conversión a la bondad—, el libertino Valmont tendió sitio a la virtuosa regidora de Tourvel hasta el día en que, perturbada por la confesión de que él la amaba, ella insistió en que él abandonase el cháteau donde ambos se alojaban como huéspedes. El obedeció. Sin embargo, de París le envió un alud de cartas, en las que describía su amor por ella en los términos más intensos; la regidora le suplicó detenerse, y él obedeció una vez más. Semanas después, Valmont llegó por sorpresa al cháteau. En su compañía, Tourvel se ruborizaba y ponía nerviosa, y mantenía apartada la mirada, signos todos ellos del efecto que él ejercía en ella. Volvió a pedirle que se marchara. *"¿A qué* le teme?", preguntó él. "He hecho todo lo que me ha pedido, nunca me he impuesto sobre usted." El guardó distancia y ella se relajó poco a poco. Ya no se retiraba de un recinto cuando él entraba, y podía mirarlo de frente. Cuando él ofreció acompañarla a *un* paseo, ella no se negó. Eran amigos, dijo ella. Incluso apoyó su brazo en el de él mientras caminaban, en gesto de amistad. Un día lluvioso no pudieron dar su paseo usual. Valmont la encontró en el pasillo cuando ella entraba a su habitación; por primera vez, lo invitó a pasar. La regidora parecía relajada, y Valmont se sentó cerca de ella en un sofá. El[A] habló de su amor por ella. Ella opuso la más débil de las protestas. El tomó su mano; ella la dejó ahí, y se inclinó contra el brazo de él. Le temblaba la voz. Lo miró, y él sintió que su corazón latía con fuerza: era una mirada tierna, amorosa. Tourvel comenzó a hablar —"¡Bueno!, sí, yo..."—, pero de pronto se desplomó en los brazos de Valmont, llorando. Fue un momento de debilidad, pero él se contuvo. El llanto se volvió convulsivo; ella le rogó que la ayudara, que saliera del cuarto antes de que sucediera algo terrible. Así lo hizo. A la mañana siguiente, él se enteró al despertar de una noticia asombrosa: a media noche, alegando sentirse enferma, Tourvel había abandonado de súbito el cháteau y vuelto a casa.

Valmont no la siguió a París. En cambio, dio en desvelarse, y no usaba maquillaje alguno para ocultar el aspecto paliducho que adquirió pronto. Iba a la capilla todos los días, y se arrastraba desanimado por el cháteau. Sabía que su anfitriona escribiría a la regidora, quien se enteraría de su triste estado. El le escribió a un cura en París, y le pidió transmitir un mensaje a Tburvel: estaba dispuesto a cambiar de vida para siempre. Quería una última reunión, para despedirse y devolver las cartas que ella le había escrito en los últimos meses. El padre concertó una entrevista, y así, ya avanzada una tarde en París, Valmont se vio una vez más solo con Tourvel, en una habitación de la casa de ella.

Era notorio que la regidora se hallaba en vilo; no podía mirarlo a los ojos. Intercambiaron cortesías, pero luego Valmont se puso severo: ella lo había tratado con crueldad, aparentemente había determinado hacerlo infeliz. Bien, éste era el final, se separarían para siempre, ya que eso era lo que ella quería. Tourvel se defendió: era una mujer casada, no tenía opción. Valmont suavizó su tono y se disculpó: no estaba acostumbrado a tener tan fuertes sentimientos, dijo, y no podía controlarse. Aun así, jamás volvería a molestarla. Depositó entonces sobre la mesa las

cartas que había ido a devolver.

Tourvel se acercó: la vista de sus cartas, y el recuerdo de la agitación que representaban, la afectaron poderosamente. Había pensado que la decisión de él de renunciar a su libertino modo de vida era voluntaria, dijo ella, con un toque de amargura en la voz, como si resintiera que se le abandonara. No, no era voluntaria, replicó él; se debía a que ella lo había desdeñado. Entonces, él se acercó de pronto y la tomó en sus brazos. Ella no se resistió. "Mujer adorable.", exclamó él. "¡No tiene usted idea del amor que inspira! ¡Jamás sabrá cuánto he apreciado más que la vida mis sentimientos! [...] ¡Ojalá goce usted de toda la felicidad que me ha quitado!" La dejó soltarse, y se volvió para partir.

Tourvel explotó de repente. "¡Tendrá que escucharme! ¡Insisto!", dijo, y lo tomó del brazo. Él volteó y se abrazaron. Esta vez Valmont no esperó más: la cargó y la llevó hasta una otomana, abrumándola con besos y

dulces palabras de la felicidad que ahora sentía. Ante ese súbito torrente de caricias, todas las resistencias de Tourvel cedieron. "Desde este momento soy suya", dijo, "y no oirá negativas ni lamentos de mis labios." Cumplió su palabra, y las sospechas de Valmont resultaron ciertas: los placeres que obtuvo de ella fueron mucho mayores que los que había recibido de cualquier otra mujer a la que hubiera seducido.

*Interpretación.* Valmont —uno de los protagonistas de *Las amistades peligrosas,* novela del siglo xviii, de Choderlos de Lacios— puede advertir varias cosas en la regidora de Tourvel a primera vista. Ella es tímida y nerviosa. Es casi indudable que su esposo la trata con respeto, quizá demasiado. Bajo su interés en Dios, la religión y la virtud hay una mujer apasionada, vulnerable al señuelo de un romance y a la halagadora atención de un pretendiente ardoroso. Nadie, ni siquiera su marido, le ha transmitido esa sensación, porque a todos les han intimidado su aspecto gazmoño.

Valmont comienza entonces su seducción siendo indirecto. Sabe que a Tourvel le fascina en *secreto su* mala fama. Actuando como si contemplara cambiar de vida, él logra que ella quiera reformarlo, aspiración que es inconscientemente un deseo de amarlo. Una vez que ella se ha abierto a su influencia, así sea en forma leve, él ataca su vanidad: la regidora nunca se ha sentido deseada como mujer, y en cierto plano no puede sino disfrutar del amor que él le profesa. Por supuesto que ella forcejea y se resiste, pero eso no es sino señal de que sus emociones están comprometidas. (La indiferencia es el más efectivo elemento disuasor de la seducción.) Tomándose su tiempo, sin dar pasos intrépidos aun teniendo la oportunidad de hacerlo, Valmont infunde en ella una falsa sensación de seguridad, y demuestra su valía siendo paciente. En la que él finge como última visita, percibe que ella está lista: débil, confundida, más temerosa de perder la sensación adictiva de ser deseada que de sufrir las consecuencias del adulterio. El la emociona deliberadamente, le presenta sus cartas con un gesto dramático, crea cierta tensión practicando un juego de estira y afloja; y cuando ella lo toma del brazo, él sabe que es momento de atacar. Se mueve entonces rápidamente, sin dar tiempo a la regidora de pensar y dudar. Pero este acto parece producto del amor, no del deseo. Luego de tanta resistencia y tensión, qué placer rendirse al fin. El climax llega como una gran liberación. Jamás subestimes el papel de la vanidad en el amor y la seducción. Si pareces impaciente, que estás que no te aguantas de sexo, indicarás que todo se reduce a la libido, y esto tiene poco que ver con los encantos del objetivo. Por eso debes aplazar el climax. Un cortejo prolongado alimentará la vanidad del objetivo, y hará que el efecto de tu acto audaz sea mucho más poderoso y perdurable. Pero si esperas demasiado —mostrando deseo, pero resultando después demasiado tímido para actuar—, suscitarás una clase diferente de inseguridad: "Te parecí deseable, pero no actúas conforme a tus deseos; tal vez no estés tan interesado". Dudas como ésta son una afrenta para la vanidad de tu objetivo ("Si no estás interesado, quizá no soy tan interesante"), y resultan fatales en las etapas avanzadas de la seducción: torpeza y malos entendidos brotarán por todas partes. Una vez que en los gestos de tus víctimas adviertas que están dispuestas y abiertas, debes pasar a la ofensiva, hacerlas sentir que sus encantos te han trastornado y empujado al acto audaz. Ellas alcanzarán entonces el placer supremo: la rendición física, y un halago psicológico a su vanidad.

*Cuanta mayor timidez exhibe ante nosotras un amante, más a orgullo nos tomamos acosarlo; cuanto mayor respeto tenga a nuestra resistencia, más respeto exigiremos de él. Digamos por voluntad propia a los hombres: "¡Ah, por piedad, no nos crean tan virtuosas! Nos obligan a serlo en excesó.* —Ninon de l'Enclos.

## Claves para la seducción.

Concibe la seducción como un mundo al que entras, un mundo separado y distinto al real. Las reglas son diferentes ahí; lo que da resultado en la vida diaria podría tener el efecto opuesto en la seducción. El mundo real brinda un impulso democratizador, igualador, en el que todo tiene que parecer al menos relativamente igual. Un desequilibrio expreso de poder, un franco deseo de poder, provocarán envidia y resentimiento; aprendemos a ser buenos y corteses, cuando menos en la superficie. Aun quienes tienen poder tratan generalmente de actuar con humildad y modestia; no quieren ofender. En la seducción, por otro lado, puedes prescindir de todo eso, deleitarte en tu lado oscuro, infligir un poco de dolor; en cierto sentido, ser más tú mismo. Tu naturalidad a este respecto resultará de suyo seductora. El problema es que tras años de vivir en el mundo real, perdemos la capacidad de ser nosotros mismos. Nos volvemos tímidos, humildes, excesivamente corteses. Tu tarea es recuperar algunas de tus cualidades infantiles, erradicar toda esa falsa humildad. Y la cualidad más importante por recobrar es la audacia. Nadie nace tímido; la timidez es una protección que desarrollamos. Si nunca nos arriesgamos, sí nunca probamos, jamás tendremos que sufrir las consecuencias del fracaso o el éxito. Si somos buenos y discretos, nadie resultará ofendido; de hecho, pareceremos santos y agradables. Pero la verdad es que las personas tímidas suelen estar ensimismadas, obsesionadas con la forma

en que la gente las ve, y no ser en absoluto santas. Además, la humildad puede tener usos sociales, pero es mortífera en la seducción. A veces debes ser capaz de pasar por santo y humilde; esta máscara te será útil. Pero en la seducción, quítatela. La audacia es vigorizante, erótica y absolutamente necesaria para llevar la seducción hasta su conclusión. Bien hecho, esto indicará a tus objetivos que te han forzado a perder tu natural compostura, y los autorizará a hacerlo también. La gente anhela tener la oportunidad de ejercer los lados reprimidos de su personalidad. En la última etapa de la seducción, la audacia elimina toda duda o torpeza. Al bailar, no es posible que las dos personas lleven. Una toma a la otra, la conduce. La seducción no es igualitaria; no es una convergencia armónica. Contenerse al final por temor a ofender, o por pensar que lo correcto es compartir el poder, llevará al desastre. Este no es espacio para la política, sino para el placer. Ya sea que lo ejecute la mujer o el hombre, se requiere un acto audaz. Si te preocupa tanto la otra persona, consuélate con la idea de que el placer de quien se rinde suele ser mayor que el del agresor.

De joven, el actor Errol Flynn era incontrolablemente audaz. Esto lo metió a menudo en problemas; era demasiado agresivo con las mujeres deseables. Luego, viajando por el Extremo Oriente, se interesó en la práctica asiática del sexo tántrico, de acuerdo con la que el hombre debe adiestrarse para no eyacular, preservando su potencia y agudizando entre tanto el placer de ambos. Más tarde, Flynn aplicó también este principio a sus seducciones, y aprendió a restringir su osadía natural y a retrasar lo más posible el fin de la seducción. Así, aunque la audacia puede obrar maravillas, la audacia incontrolable no es seductora, sino alarmante; tienes que ser capaz de activarla y desactivarla a voluntad, saber cuándo usarla. Como en el tantrismo, puedes crear más placer si aplazas lo inevitable.

En la década de 1720, el duque de Richelieu se encaprichó por cierta duquesa. Ella era excepcionalmente bella, y todos la deseaban, pero era demasiado virtuosa para aceptar un amante, aunque podía ser muy coqueta. Richelieu esperó el momento indicado. Se hizo su amigo, encantándola con el ingenio que lo había convertido en el favorito de las damas. Una noche, justo un grupo de ellas, entre quienes se contaba la duquesa, decidió gastarle una broma, y obligarlo a salir desnudo de su habitación en el palacio de Versalles. La broma operó a la perfección: todas las damas lo vieron como Dios lo trajo al mundo, y rieron casi a sus anchas cuando lo miraron salir huyendo. Richelieu habría podido esconderse en muchos sitios; el lugar que eligió fue la recámara de la duquesa. Minutos después la vio entrar y desvestirse; y una vez apagadas las velas, se deslizó a la cama con ella. La duquesa protestó, intentó gritar. El le tapó la boca a besos, y ella cedió final y felizmente. Richelieu decidió ejecutar en ese momento su acto audaz por varías razones. Primero, había terminado por gustarle a la duquesa, e incluso ella abrigaba un secreto deseo por él. Ella jamás lo intentaría ni admitiría, pero él estaba seguro de que existía. Segundo, la duquesa lo había visto desnudo, y no pudo menos que quedar impresionada. Tercero, ella sentía una pizca de piedad por su reciente apuro, y por la broma que se le había jugado. Richelieu, consumado seductor, no habría encontrado mejor momento. El acto audaz debe llegar como una grata sorpresa, aunque no del todo inesperada. Aprende a interpretar las señales de que el objetivo está enamorado de ti. Su actitud contigo habrá cambiado —será más flexible, reflejará más palabras y gestos tuyos—, pero aún habrá en él un dejo de nerviosismo e incertidumbre. En su interior se ha entregado a ti, pero no espera un acto audaz. Este es el momento de atacar. Si esperas demasiado, al punto de que él desee y espere conscientemente que actúes, la sorpresa perderá interés. Debes crear cierto grado de tensión y ambivalencia, para que el acto represente una magnífica liberación. La rendición de tu objetivo liberará tensión como una tormenta de verano largamente esperada. No planees tu acto osado; esto no puede calcularse. Espera el momento oportuno, como hizo Richelieu. Está atento a las circunstancias favorables. Esto te dará margen para improvisar y dejarte llevar por el momento, lo que intensificará la impresión que quieres dar de haber sido súbitamente desbordado por el deseo. Si en algún momento percibes que la víctima espera el acto audaz, da marcha atrás,

atráela a una falsa sensación de seguridad, y luego ataca.

En el siglo XV, relata el escritor Bandello, una joven viuda veneciana sintió un repentino deseo por un noble apuesto. Hizo que su padre lo invitara a su palacio para hablar de negocios, pero durante la entrevista el padre tuvo que retirarse, y ella ofreció mostrar el lugar al joven. El sintió curiosidad por la recámara de la viuda, que ella describió como el sitio más espléndido del palacio, pero por el que pasó sin permitirle entrar. Él le rogó que le enseñara la habitación, y ella cumplió su deseo. El noble quedó embelesado: terciopelos, raros *objetos,* cuadros sugestivos, delicadas velas blancas. Un perfume cautivador llenaba el cuarto. La viuda apagó todas las velas menos una, y condujo al hombre a la cama, que había sido caldeada con un calentador. El sucumbió rápidamente a sus caricias. Sigue el ejemplo de la viuda: tu acto audaz debe poseer una cualidad teatral. Eso lo volverá memorable, y hará que tu agresividad parezca placentera, parte del drama. La teatralidad puede proceder del escenario: un lugar exótico o sensual. También puede provenir de tus acciones. La viuda despertó la curiosidad de su víctima creando suspenso en torno a su recámara. Un elemento de temor —alguien podría encontrarlos, por ejemplo— agudizará la tensión. Recuerda: creas un momento que debe distinguirse de la monotonía de la vida diaria.

Mantener emocionados a tus objetivos los debilitará, y acentuará al mismo tiempo el drama del momento. La mejor manera de mantener un tono emotivo es contagiar a tus blancos de tus emociones. Cuando Valmont quería que la regidora se calmara, enojara o enterneciera, él mostraba esa emoción primero, y ella la reflejaba. La gente es muy susceptible a los estados anímicos de quienes la rodean; esto es particularmente agudo en las etapas avanzadas de la seducción, cuando la resistencia es mínima y el objetivo ha caído bajo tu hechizo. Al momento del acto audaz, aprende a contagiar a tu objetivo de las emociones que requieras, en oposición a sugerir ese ánimo con palabras. Debes tener acceso a su inconsciente, lo que se consigue mejor contagiando emociones, eludiendo la capacidad consciente de resistencia. Se podría esperar que sean los hombres quienes ejecuten el acto audaz, pero la historia está repleta de mujeres osadas. Son dos las principales formas de la audacia femenina. En la primera, y más tradicional, la coqueta despierta el deseo masculino, está completamente al mando, y a última hora, tras hacer hervir a su víctima, retrocede y permite que ésta realice el acto audaz. La mujer prepara todo, y después indica con los ojos, con sus gestos, que está lista para él. Las cortesanas han usado este método a todo lo largo de la historia; así fue como Cleopatra obró con Marco Antonio, como Josefina sedujo a Napoleón, como La Bella Otero amasó una fortuna durante La Belle Epoque. De este modo, el hombre mantiene sus ilusiones masculinas, aunque la mujer es en realidad quien toma la iniciativa.
La segunda forma de audacia femenina no se molesta con tales ilusiones: la mujer sencillamente asume el mando, inicia el primer beso, se abalanza sobre su víctima. Así operaban Marguerite de Valois, Lou-Andreas Salomé y Madame Mao, y muchos hombres no lo consideran castrante en absoluto, sino muy excitante. Todo depende de las inseguridades y proclividades de la víctima. Este tipo de audacia femenina tiene su atractivo, porque es más raro que el primero, pero en realidad toda audacia es extraña. Un acto intrépido siempre destacará en comparación con el trato usual concedido por el tibio marido, el amante tímido, el pretendiente vacilante. Mejor para ti. Si todos fuéramos osados, la osadía perdería pronto todo su encanto. *Símbolo. La tormenta de verano. Se suceden los días calurosos, sin fin a la vista. La tierra está agostada y seca. Aparece entonces en el aire una quietud, densa y opresiva: la calma previa a la tormenta. De pronto hay ráfagas de viento, y rayos, intensos y alarmantes. Sin dar tiempo a reaccionar ni refugiarse, llega la lluvia, y trae consigo una sensación de liberación. Al fin.*

## Reverso.

Si dos personas se unen por consentimiento mutuo, eso no es seducción. Aquí no hay reverso. 24.- Cuídate de las secuelas.

*El peligro se cuenta entre las repercusiones de una seducción satisfactoria. Una vez llegadas a un extremo, las emociones suelen oscilar en la dirección opuesta, hacia la lasitud, la desconfianza y la desilusión. Cuídate de una larga, interminable despedida; insegura, la víctima se aferrará, y los dos sufrirán. Si vas a romper, haz él sacrificio rápida y repentinamente. De ser necesario, rompe deliberadamente el encanto que has creado. Si vas a permanecer en una relación, guárdate del decaimiento del empuje, la reptante familiaridad que estropeará la fantasía. Si el juego debe continuar, se impone una segunda seducción. Jamás permitas que la otra persona deje de valorarte: sírvete de la ausencia, crea aflicción y conflicto, manten en ascuas al la seducida.*

# Desencanto.

La seducción es una especie de hechizo, un encanto. Cuando seduces, no eres el de costumbre; tu presencia se intensifica, desempeñas más de un papel, ocultas por estrategia tus tics e inseguridades. Deliberada-mente has creado misterio y suspenso para que la víctima experimente un drama real. Bajo tu hechizo, la seducida llega a sentirse transportada lejos del mundo del trabajo y la responsabilidad.
Mantendrás esto en marcha mientras quieras o puedas, incrementando la tensión, despertando emociones, hasta que llegue el momento de completar la seducción. Después, es casi inevitable que aparezca el desencanto. A la liberación de tensión le sigue un descenso —de excitación, de energía— que incluso podría materializarse como una suerte de repugnancia de tu víctima hacia ti, aunque lo que sucede sea en realidad un hecho emocional natural. Es como si el efecto de una droga pasara, permitiendo al objetivo verte como eres, y desilusionarse con los defectos que inevitablemente hay ahí. Por tu parte, es probable que tú también hayas tendido a idealizar un tanto a tus objetivos; y una vez satisfecho tu deseo, podrías considerarlos débiles. (Después de todo, se entregaron a ti.) Asimismo, podrías sentirte decepcionado. Aun en las mejores circunstancias, en este momento haces frente a la realidad, no a la fantasía, y las llamas se extinguirán poco a poco, a menos que emprendas una segunda seducción. Tal vez creas que, si la víctima será sacrificada, nada de esto importa. Pero a veces tu empeño en romper la relación reparará inadvertidadmente el encanto para la otra persona, lo que provocará que se aferré a ti con tenacidad. No, en cualquier dirección —sacrificio, o integración de ambos en una pareja— debes tomar en cuenta el desencanto. También hay un arte para la postducción.
Domina las siguientes tácticas para evitar secuelas indeseadas.
*Combate la inercia.* La sensación de que te esfuerzas menos suele bastar para desencantar a tus víctimas. Al reflexionar en lo que hiciste durante la seducción, te considerarán manipulador: querías algo entonces, y trabajaste en eso, pero ahora lo das por descontado. Después de concluida la primera seducción, entonces, indica que en realidad no ha terminado; que deseas seguir demostrando de lo que eres capaz, centrando tu atención en tus víctimas, atrayéndolas. A menudo esto es suficiente para mantenerlas encantadas. Combate la tendencia a permitir que las cosas se asienten en la comodidad y la rutina. Agita la situación, aun si esto significa volver a infligir dolor y retraerte. Jamás te fíes de tus encantos físicos; aun la belleza pierde su atractivo si se le exhibe en forma repetida. Sólo la estrategia y el esfuerzo vencerán a la inercia. *Manten el misterio.* La familiaridad es la muerte de la seducción. Si el objetivo sabe todo sobre ti, la relación obtiene cierto nivel de confort pero pierde los elementos de la fantasía y la ansiedad. Sin ansiedad y un dejo de temor, la tensión erótica desaparece. Recuerda: la realidad no es seductora. Conserva algunos rincones oscuros en tu carácter, frustra expectativas, usa las ausencias para destruir el pegajoso y posesivo impulso que permite a la familiaridad filtrarse. Manten algo de misterio o se te tendrá por seguro. Sólo podrás culparte a ti mismo de las consecuencias.
Monten *la ligereza.* La seducción es un juego, no cuestión de vida o muerte. En la fase "post" se tiende a tomar las cosas más en serio y en forma más personal, y a emitir quejas de la conducta que desagrada. Combate esto lo más posible, porque creará justo el efecto que no deseas. No controlarás a la otra persona fastidiándola y quejándote; esto la pondrá a la defensiva, y exacerbará el problema. Tendrás más control si mantienes el espíritu apropiado. Tu picardía, las pequeñas bromas que empleas para complacerlas y deleitarlas, tu tolerancia a sus faltas volverán a tus víctimas complacientes y fáciles de manejar. Nunca intentes hacerlas cambiar; en vez de ello, indúcelas a seguir tu ejemplo.
*Evita el lento desgaste.* A menudo, una persona se desencanta pero no tiene el valor de romper. En cambio, se retrae. Al igual que una ausencia, este retraimiento psicológico puede reencender inadvertidamente el deseo de la otra persona, e iniciar un frustrante ciclo de persecución y repliegue. Todo se viene abajo, lentamente. Una vez que te desencantes y sepas que todo acabó, termina rápidamente, sin disculparte. Esto sólo ofendería a la otra persona. Una separación rápida suele ser más fácil de superar; es como si tuvieras problemas para ser fiel, en lugar de sentir que el seducido ha dejado de ser deseable. Una vez verdaderamente desencantado, no hay vuelta atrás, así que no te aferres a una falsa piedad. Es más compasivo romper limpiamente. Si esto te parece inapropiado o demasiado desagradable, desencanta deliberadamente a la víctima con una conducta antiseductora.

# Ejemplos de sacrificio e integración.

1.- En la década de 1770, el apuesto caballero de Belleroche empezó una aventura con una mujer mayor, la marquesa de Merteuil. Él la visitaba con frecuencia, pero pronto ella empezó a reñirlo. Embelesado por su ánimo impredecible, él se esmeraba en complacerla, colmándola de atenciones y ternezas. Al fin las riñas terminaron, y

al paso del tiempo De Belleroche se sintió seguro de que la marquesa lo amaba, hasta que un día llegó a visitarla y se encontró con que no estaba en casa. Su lacayo lo recibió en la puerta, y dijo que llevaría al caballero a una casa secreta de la marquesa, a las afueras de París. Ahí lo aguardaba ella, con un renovado ánimo de coquetería; actuaba como si fuera su primera cita. El caballero jamás la había visto tan ardiente. Se sintió más enamorado que nunca, pero días después volvieron a pelear. La marquesa pareció fría después, y él la vio coquetear con otro hombre en una fiesta. Sintió unos celos terribles; pero, como la vez anterior, su solución fue ser más atento y amoroso. Esa, creía, era la manera de apaciguar a una mujer difícil.
La marquesa debió pasar entonces unas semanas en su casa de campo, para resolver algunos asuntos. Invitó a De Belleroche a acompañarla durante una larga estancia, y él aceptó con gusto, recordando la nueva vida que una estancia anterior ahí había concedido a su romance. Ella lo sorprendió una vez más: su afecto y deseo de complacerlo habían rejuvenecido. Esta vez, él no tuvo que irse a la mañana siguiente. Pasaron los días, y ella se negaba a recibir invitados. El mundo no los importunaría. Y en esta ocasión tampoco hubo frialdad ni peleas, sólo buen ánimo y amor. Pero entonces De Belleroche empezó a cansarse un poco de la marquesa. Pensaba en París, y en los bailes que se perdía; una semana después interrumpió su estancia, con el pretexto de unos asuntos, y volvió a toda prisa a la ciudad. Por algún motivo la marquesa había dejado de parecerle encantadora.
*Interpretación.* La marquesa de Merteuil, personaje de *Las amistades peligrosas,* novela de Choderlos de Lacios, es una seductora experimentada que nunca permite que sus aventuras se prolonguen demasiado. De Belleroche es joven y guapo, pero eso es todo. Cuando su interés en él mengua, ella decide llevarlo a la casa secreta, para tratar de inyectar algo de novedad al romance. Esto da resultado un tiempo, pero no basta. El caballero debe ser desechado. Ella prueba la frialdad, el enojo (con la esperanza de provocar una pelea), aun una muestra de interés en otro hombre. Pero todo esto no hace sino intensificar el apego de De Belleroche. Ella no puede dejarlo sin más; él podría incubar deseos de venganza, o empeñarse en recuperarla. La solución: la marquesa rompe deliberadamente el encanto, abrumándolo con atenciones. Tras abandonar la pauta de alternar calidez y frialdad, actúa como si estuviera perdidamente enamorada. Solo con ella día tras día, sin margen para fantasear, el deja de considerarla encantadora y pone fin al romance. Esta era la meta de la marquesa desde el principio. Si romper con la víctima es demasiado complicado o difícil (o no tienes valor para hacerlo), inclínate por la opción óptima que le sigue: rompe deliberadamente el encanto que la ata a ti. El distanciamiento o enojo sólo agudizará la inseguridad de la otra persona, lo que producirá un horror de aferramiento. En cambio, trata de sofocarla con amor y atención: aferrate y sé posesivo tú mismo, fantasea con cada acto y rasgo de carácter del amante, crea la sensación de que este monótono afecto durará para siempre. No más misterio, no más coquetería, no más retraimiento: sólo amor interminable. Pocos pueden soportar esta amenaza. Unas semanas de esto y se marcharán.
2.- El rey Carlos II de Inglaterra era un libertino fervoroso. Tenía un séquito de amantes: siempre había una querida favorita de la aristocracia, e incontables mujeres menos importantes. Adoraba la variedad. Una noche de 1668, pasó una velada en el teatro, donde concibió un súbito deseo por la joven actriz Nell Gwyn. Ella era bonita e inocente (tenía apenas dieciocho años entonces), con un brillo infantil en las mejillas, pero los parlamentos que recitaba en el escenario eran picantes e insolentes. Sumamente excitado, el rey decidió que debía hacerla suya. Después de la función, la llevó a una noche de borrachera y diversión, y luego la condujo al lecho real.
Nell era hija de un pescadero, y había empezado vendiendo naranjas en el teatro. Llegó a la condición de actriz acostándose con autores y otros hombres de teatro. Eso no le daba vergüenza. (Cuando un sirviente suyo peleó con alguien que aseguró que trabajaba para una ramera, Nell lo separó diciendo: "Soy puta. Busca un mejor motivo para pelearte".) El humor y frescura de Nell divertían al rey enormemente, pero ella era de baja cuna, y actriz, y él difícilmente podía convertirla en su favorita. Tras varias noches con la "hermosa e ingeniosa Nell", él volvió con su amante principal, Louise Kerouaile, francesa de buena cuna. Kerouaile era una seductora astuta. Se hacía la difícil, y dejó en claro que no entregaría su virginidad al rey hasta que él le prometiera un título. Este era el tipo de cacería que agradaba a Carlos, y la hizo duquesa de Portsmouth. Pero pronto su codicia y caprichos empezaron a crisparle los nervios. Para distraerse, volvió con Nell. Cada vez que la visitaba, se le recibía magníficamente, con comida, bebida y el maravilloso buen humor de Nell. ¿El rey estaba aburrido o melancólico? Ella lo ponía a beber o jugar, o lo llevaba al campo, donde le enseñaba a pescar. Siempre tenía una grata sorpresa bajo la manga. Lo que más le gustaba a él era su ingenio, el modo en que se burlaba de la pretensiosa Kerouaile. La duquesa acostumbraba vestir de luto cada vez que moría un noble de otro país, como si hubiera sido familiar suyo. Nell aparecía entonces en el palacio también vestida de negro, y decía, compungida, que estaba de luto por el "Cham de Tartaria" o el "Bug de Oroniiko", importantes parientes suyos. En su propia cara, llamaba a la duquesa "Squintabeíla" y "Sauce llorón", a causa de su tontería y aires melancólicos. Pronto el rey pasaba más tiempo con Nell que con la duquesa. Cuando Kerouaile cayó en desgracia, Nell ya era en esencia la favorita del rey, y lo siguió siendo hasta la muerte de éste, en 1685.
Interpretación. Nell Gwyn era ambiciosa. Quería poder y fama, pero en el siglo XVII la única forma en que una mujer podía obtener esas cosas era por medio de un hombre, ¿y quién mejor que el rey? Sin embargo,

relacionarse con Carlos era un juego peligroso. Un hombre como él, que se aburría fácilmente y necesitaba variedad, la usaría un rato, y después se buscaría otra. La estrategia de Nell fue simple: dejaba que el rey tuviera sus demás mujeres, y nunca se quejaba. Cada vez que él se presentaba ella se cercioraba de entretenerlo y divertirlo. Nell llenaba de placer sus sentidos, actuando como si su condición de monarca no tuviera nada que ver con su amor por él. La variedad de mujeres podía exasperarlo, y fatigar a un rey de suyo ocupado. Ellas le exigían muchas cosas. Si una mujer era capaz de ofrecer igual variedad (y Nell, como actriz, sabía ejercer diferentes papeles), tenía una gran ventaja. Nell jamás pedía dinero, así que Carlos la colmaba de riquezas. Nunca pidió ser la favorita: ¿cómo podía serlo? Era plebeya, pero él la elevó a tal posición.

Muchos de tus objetivos serán como reyes y reinas, en particular las que se aburren fácilmente. Una vez terminada la seducción, no sólo tendrán problemas para idealizarte, sino que podrían optar incluso por otro hombre o mujer, cuya novedad les parezca excitante y poética. Como necesitan otra persona que los distraiga, suelen satisfacer esa necesidad mediante la variedad. No le hagas el juego a esta aburrida realeza quejándote, compadeciéndote de ti mismo o exigiendo privilegios. Esto no haría sino aumentar su desencanto natural una vez terminada la seducción. En cambio, haz que vea que no eres lo que imaginó. Vuelve un delicioso juego el hecho de desempeñar nuevos papeles, sorprender a la otra persona, ser una fuente interminable de entretenimiento. Es casi imposible resistirse a alguien que proporciona placer sin condiciones. Cuando ella esté contigo, manten un espíritu ligero y travieso. Exagera las partes de tu carácter que le parecen deleitosas, pero nunca le hagas sentir que te conoce bien. Al final, tú controlarás la dinámica, y un altivo rey o reina se convertirá en tu vil esclavo. 3.- Cuando el gran compositor de jazz Duke Ellington llegaba a una ciudad, su banda y él eran siempre una gran atracción, en especial para las damas de la zona. Ellas iban a oír su música, por supuesto; pero una vez ahí, "el Duque" en persona las hipnotizaba. En el escenario, Ellington estaba relajado y elegante, y parecía pasarla de maravilla. Tenía bonita cara, y sus seductores ojos eran tristemente célebres. (Dormía muy poco, y siempre tenía bolsas bajo los ojos.) Después de la función, era inevitable que alguna mujer lo invitara a su mesa, otra se colara a su camerino y otra más lo interceptara a la salida. Duke se. esmeraba en mostrarse accesible, y cuando besaba la mano de una mujer, sus ojos se encontraban un momento con los de ella. A veces ella mostraba interés en él, y la mirada de Ellington contestaba que estaba más que dispuesto. A veces los ojos de él eran los primeros en hablar; pocas mujeres podían resistir esa mirada, aun las más felizmente casadas.

Mientras la música de esa noche seguía resonando en sus oídos, la mujer aparecía en el hotel de Ellington. El vestía un traje elegante —le encantaba la buena ropa—, y el cuarto estaba lleno de flores; había un piano en un rincón. £1 tocaba un poco de música. Su ejecución, y su garbosa, despreocupada actitud, eran para la mujer teatro puro, una agradable continuación de la función que acababa de presenciar. Y cuando todo terminaba y Ellington debía marcharse de la ciudad, él le daba un regalo especial. Aparentaba que lo único que lo alejaba de ella era su gira. Semanas más tarde, esa mujer podía oír en la radio una nueva canción de Ellington, cuya letra sugería que ella la había inspirado. Si alguna vez él volvía a pasar por el lugar, ella encontraba la manera de estar ahí, y Ellington solía renovar el romance, así fuera sólo por una noche. En la década de 1940, dos chicas de Alabama fueron a Chicago para asistir a una fiesta de quince años. Amenizarían la cena Ellington y su banda. El era el músico favorito de esas muchachas, y tras su actuación, le pidieron su autógrafo. El se mostró tan encantador que una de ellas se vio preguntándole en qué hotel se hospedaba. El se lo dijo, con una enorme sonrisa. Las jóvenes cambiaron de hotel, y horas después llamaron a Ellington y lo invitaron a su habitación a tomar una copa. El aceptó. Ellas llevaban puestos hermosos negligés que acababan de comprar. Cuando Ellington llegó, se desenvolvió con toda naturalidad, como si la calurosa bienvenida que ellas le dieron fuera algo completamente usual. Los tres terminaron en la recámara, y entonces una de las jóvenes tuvo una idea: su madre adoraba a Ellington. Tenía que llamarle en ese momento y pasarle a Ellington el teléfono. En absoluto molesto por esa sugerencia, Ellington accedió. Durante varios minutos habló por teléfono con la madre, prodigándole cumplidos por su encantadora hija y diciéndole que no se preocupara: él cuidaría de ella. La hija volvió al teléfono y dijo: "Estamos bien, porque estamos con Mister Ellington, y él es todo un caballero". Tan pronto como colgó, los tres reanudaron la travesura que habían comenzado. A las dos chicas, ésa les pareció después una inocente pero inolvidable noche de placer.

A veces varias de esas numerosas queridas se presentaban en un mismo concierto. Ellington iba y besaba a cada una cuatro veces (hábito ideado por él justo para este dilema). Y cada cual suponía ser la única con la que esos besos realmente importaban. *Interpretación.* Duke Ellington tenía dos pasiones: la música y las mujeres. Ambas se interrelacionaban. Sus interminables aventuras eran una inspiración constante para su música, pero también las manejaba como si fueran teatro puro, una obra de arte en sí mismas. Cuando llegaba el momento de la separación, la resolvía siempre con un toque teatral. Un hábil comentario y un obsequio daban la impresión de que, para él, el romance difícilmente había terminado. La letra de canciones referidas a la noche pasada en común preservaba la atmósfera estética mucho después de que él se había ido de la ciudad. No es de sorprender que esas mujeres no cesaran de buscarlo. No era una aventura sexual, un encuentro de oropel de una sola noche, sino un momento relevante en la vida de una mujer. Y la desenfadada actitud de Ellington hacía imposible

sentirse culpable: pensar en la madre o el esposo no estropeaba la ilusión. Ellington jamás se ponía a la defensiva ni se disculpaba por su apetito de mujeres; era su naturaleza, nunca culpa de la mujer que había sido infiel. Y si él no podía evitar sus deseos, ¿cómo podía ella hacerlo responsable de lo ocurrido? Era imposible tener un problema con ese hombre, o quejarse de su conducta.
Ellington era un libertino estético, un tipo cuya obsesión por las mujeres sólo podía satisfacerse mediante la variedad interminable. Los escarceos de un hombre normal lo meterán finalmente en problemas, pero es raro que el libertino estético suscite *emociones* negativas. Tras seducir a una mujer, no hay integración ni sacrificio. El las mantiene en suspenso y a la espera. El encanto no se rompe al día siguiente, porque el libertino estético convierte la separación en una experiencia agradable, y aun elegante. El hechizo que Ellington ejercía sobre una mujer nunca desaparecía.
La lección es simple: haz que los momentos posteriores a la seducción y la separación tengan el mismo tono que antes: alto, estético, GRATO. Si no te muestras culpable por tu temeraria conducta, es difícil que la otra persona se enoje o resienta. La seducción es un. JUEGO alegre, en que inviertes toda tu energía en el momento. La separación también debería ser alegre y elegante; es el trabajo, un viaje, alguna terrible responsabilidad lo que te aleja. Crea una experiencia memorable y sigue adelante; lo más probable es que tu víctima recuerde la maravillosa seducción, no la separación. No habrás hecho enemigos, y tendrás un harén de amantes de por vida, a los que siempre podrás volver cuando lo desees. 4.- En 1899, la baronesa Frieda von Richthofen, de veinte años de edad, se casó con el inglés Ernest Weekley, profesor de la University *Of* Nottingham, y pronto se asentó en el papel de esposa de profesor. Weekley la trataba bien, pero ella se aburría con su tranquila vida y la tibieza con que él hacía el amor. En viajes a casa hacia Alemania, ella tuvo algunas aventuras, pero tampoco era eso lo que quería, así que volvía a ser fiel y a cuidar de sus tres hijos. Un día de 1912, un antiguo estudiante de Weekley, David Her-bert Lawrence, visitó la casa de la pareja. Empeñoso escritor, Lawrence deseaba conocer el consejo profesional de su maestro. El no había llegado aún, así que Frieda lo recibió. Ella no había conocido nunca a un joven tan intenso. Lawrence habló de la pobreza de su juventud, de su incapacidad para entender a las mujeres. Y escuchó con atención las quejas de ella. Su esposo la regañaba incluso por el mal té que le hacía; por alguna razón, pese a que ella era baronesa, eso la estimulaba. Lawrence hizo visitas posteriores, pero para ver a Frieda, ya no a Weekley. Un día le confesó que se había enamorado profundamente de ella. La baronesa admitió sentir lo mismo, y propuso buscar un lugar de encuentro. Pero Lawrence tenía otra propuesta: "Abandona mañana a tu marido; déjalo por mí". "¿Y los niños?", preguntó Frieda. "Si los niños son más importantes que nuestro amor", respondió él, "quédate con ellos. Pero si no quieres huir conmigo en unos días, nunca más me volverás a ver."
Para Frieda, la decisión fue terrible. Su esposo no le preocupaba en absoluto, pero sus hijos eran su razón de existir. Aun así, días después sucumbió a la propuesta de Lawrence. ¿Cómo podía resistirse a un hombre que estaba dispuesto a pedir tanto, a arriesgar tanto? Si ella se negaba, lo extrañaría para siempre, porque un hombre así sólo aparece una vez en la vida.
La pareja dejó Inglaterra y se dirigió a Alemania. Frieda mencionaba a veces cuánto extrañaba a sus hijos, pero Lawrence no le tenía paciencia: "Estás en libertad de volver con ellos cuando quieras", decía; "pero si te quedas, no mires atrás." La llevó a una difícil excursión a los Alpes. Como baronesa, ella no había experimentado nunca tantas penurias, pero Lawrence se mostró firme: si dos personas se aman, ¿qué importan las comodidades?
En 1914 Frieda y Lawrence se casaron, pero en los años siguientes se repitió la misma pauta. El la reprendía por su pereza, la añoranza de sus hijos, lo mal que atendía la casa. La llevaba a viajes por el mundo, con muy poco dinero, sin permitir jamás que ella se acomodara, aunque era su mayor deseo. Peleaban sin cesar. Una vez en Nuevo México, frente a amigos, él le gritó: "¡Quítate el cigarro de la boca! ¡Y sume la panza!". "¡Más vale que no hables así, o yo también te diré tus cosas!", replicó ella, igualmente a gritos. (Había aprendido a darle una probadita de su propio chocolate.) Ambos salieron. Los amigos miraban, preocupados de que el incidente derivara en violencia. Ellos se perdieron de vista, sólo para reaparecer momentos después, tomados del brazo, riendo y acariciándose. Eso era lo más desconcertante de los Lawrence: pese a sus muchos años de casados, a menudo se comportaban como obsesivos recién casados. Interpretación. Cuando Lawrence conoció a Frieda, intuyó de inmedíato cuál era su debilidad: se sentía atrapada, en una relación sofocante y una vida mimada. Su esposo, como tantos otros, era amable, pero nunca le prestaba suficiente atención. Ella ansiaba drama y aventura, pero era demasiado perezosa para conseguirlos por sí misma. Drama y aventura era justo lo que Lawrence brindaba. Con él, en vez de sentirse atrapada, estaba en libertad de irse en cualquier momento. En lugar de ignorarla, él la criticaba sin cesar; al menos le prestaba atención, nunca la tenía por segura. En vez de comodidad y aburrimiento, él le brindaba aventura y romance. Las peleas que él provocaba con frecuencia ritual también garantizaban un drama incesante, y el margen necesario para una reconciliación apasionada. El le inspiraba un poco de temor, que la descontrolaba, nunca estaba del todo cierta de él. En consecuencia, la relación jamás se estancaba. Se renovaba constantemente.
Si lo que buscas es integración, la seducción no debe detenerse nunca. De lo contrario, se filtrará el aburrimiento. Y la mejor manera de mantener en marcha el proceso suele ser la intermitente inyección de drama. Esto puede

ser doloroso: abrir viejas heridas, provocar celos, causar *cierto* distanciamiento. (No confundas esta conducta con fastidiar a la gente o criticarla de modo continuo; este dolor es estratégico, ideado para romper pautas rígidas.) Pero, por otra parte, también puede ser agradable: piensa en volver a demostrar tu valía, prestar atención a hermosos detalles, crear nuevas tentaciones. De hecho, deberías mezclar ambos aspectos, porque demasiado dolor o placer no resultará seductor. No repites la primera seducción, porque el objetivo ya se ha rendido. Simplemente aportas pequeñas sacudidas, pequeñas llamadas de alerta que indican dos cosas: que no has dejado de experimentar, y que él no puede darte por descontado. La pequeña sacudida agitará el antiguo veneno, removerá las brasas, te devolverá temporalmente al comienzo, cuando tu relación tenía una frescura y tensión más gratas. Recuerda: comodidad y seguridad son la muerte de la seducción. Un viaje compartido y con algunas penalidades hará más por crear un lazo firme que costosos regalos y lujos. Los jóvenes tienen razón al no preocuparse por la comodidad en cuestiones de amor; y cuando tú recuperas esa sensación, vuelve a encenderse en ti una chispa de juventud.

5. En 1652, la famosa cortesana francesa Ninon de l'Enclos conoció y se enamoró del marqués de Villarceaux. Ninon era libertina; filosofía y placer tenían para ella más importancia que el amor. Pero el marqués le inspiró nuevas sensaciones: era tan arrojado, tan impetuoso, que por una vez en su vida ella se permitió perder un poco de control. El marqués era posesivo, rasgo que normalmente ella aborrecía. Pero en él parecía natural, casi encantador: simplemente no podía evitarlo. Así, Ninon aceptó sus condiciones: no habría otros hombres en su vida. Por su parte, ella le dijo que no aceptaría dinero ni regalos de él. Eso era amor y nada más. Ella rentó una casa frente a la de él en París, y se veían a diario. Un tarde el marqués estalló de repente, y la acusó de tener otro amante. Sus sospechas eran infundadas, sus acusaciones absurdas, y ella se lo dijo. Pero eso no lo satisfizo, y se retiró furioso. Al día siguiente Ninon recibió la noticia de que había caído enfermo. Se preocupó mucho. Como recurso desesperado, signo de su amor y sumisión, decidió cortarse su hermoso cabello, por el que era famosa, y enviárselo. El gesto surtió efecto, el marqués se recuperó y reanudaron su romance, aún más apasionadamente. Amigos y antiguos amantes se quejaban de la súbita transformación de Ninon en ferviente esposa, pero a ella no le importaba: era feliz.

Entonces Ninon sugirió que vivieran juntos. El marqués, hombre casado, no podía llevarla a su château, pero un amigo ofreció el suyo en el campo como refugio para los amantes. Las semanas se hicieron meses, y la breve estancia de ambos se convirtió en una prolongada luna de miel. Sin embargo, poco a poco Ninon tuvo la sensación de que algo marchaba mal: el marqués ya actuaba casi como *esposo.* Aunque era tan apasionado como antes, parecía demasiado seguro de sí mismo, como si tuviera derechos y privilegios que ningún otro hombre podía esperar. La posesividad que le había encantado a ella alguna vez comenzó a parecer opresiva. Él tampoco estimulaba su mente. Ella podía conseguir otros hombres, igualmente apuestos, para satisfacer su físico sin tantos celos.

Una vez surgida esta constatación, Ninon no perdió tiempo. Dijo al marqués que volvía a París, y que lo suyo había terminado para siempre. El suplicó, y defendió su caso con mucha emoción: ¿cómo podía ella ser tan cruel? Aunque conmovida, Ninon se mostró firme. Las explicaciones sólo empeorarían las cosas. Volvió a París y reanudó su vida de cortesana. Su abrupta partida aparentemente sacudió al marqués, pero se diría que no demasiado, porque meses después ella se enteró de que él ya se había enamorado de otra.

*Interpretación.* Una mujer suele pasar meses ponderando los sutiles cambios en la conducta de su amante. Puede quejarse o enojarse, e incluso culparse a sí misma. Bajo el peso de sus quejas, el hombre puede cambiar por un tiempo, pero a ello le seguirán una dinámica desagradable e interminables malos entendidos. ¿Qué caso tiene todo esto? Una vez que te desencantas, en realidad ya es demasiado tarde. Ninon habría podido tratar de entender qué la había desencantado: una apostura que ahora le aburría, la falta de estimulación mental, la sensación de ser tenida por segura. ¿Pero para qué perder tiempo deduciéndolo? El encanto se había roto, así que ella siguió adelante. No se molestó en dar explicaciones, en preocuparse por los sentimientos de Villarceaux, en hacerlo todo suave y fácil para él. Simplemente se marchó. Quien parece tan considerado del otro, que trata de remediar las cosas o presentar excusas, en realidad sólo es tímido. Ser amable en estos asuntos es más bien cruel. El marqués podía culpar de todo a la crueldad de su querida, a su naturaleza veleidosa. Intactos su propia vanidad y orgullo, podía pasar fácilmente a otra aventura, y dejar a Ninon atrás.

La larga y perdurable muerte de una relación no sólo causará a tu pareja innecesario dolor, sino que también tendrá consecuencias a largo plazo para ti, pues te volverá mucho más voluble en el futuro y te agobiará de culpas. Jamás te sientas culpable, aun si fuiste el seductor y el desencantado. No es culpa tuya. Nada puede durar para siempre. Diste placer a tus víctimas, y las sacaste de su rutina. Si rompes limpia y rápidamente, a la larga te lo agradecerán. Entre más te disculpes, más ofenderás su orgullo, produciendo sentimientos negativos que reverberarán durante años. Ahórrales las explicaciones insinceras que sólo complican las cosas. La víctima debe ser sacrificada, no torturada.

6.- Luego de quince años bajo el régimen de Napoleón Bonaparte, los franceses estaban exhaustos. Demasiadas guerras, demasiado drama. Cuando Napoleón fue derrotado en 1814, y recluido en la isla de Elba, los franceses estaban más que dispuestos a la paz y la quietud. Los borbones —la familia real depuesta por la revolución de 1789— volvieron al poder. El rey sería Luis XVIII: gordo, aburrido y pomposo, pero al menos habría paz.
Sin embargo, en febrero de 1815 llegó a Francia la noticia de que Napoleón se había fugado dramáticamente de Elba, gracias a siete pequeñas naves y un millar de hombres. Podría haberse dirigido a América, vuelto a empezar, pero era tan imprudente que desembarcó en Carmes. ¿Qué pensaba? ¿Un millar de hombres contra todos los ejércitos de Francia? Marchó a Grenoble con su variopinto ejército. Al menos había que admirar su valor, su insaciable amor a la gloria y a Francia.
A los campesinos franceses les encantó ver a su antiguo emperador. Este hombre, después de todo, había repartido gran cantidad de tierras en su beneficio, que el nuevo rey intentaba quitarles. Se emocionaron al ver sus famosos estandartes con águilas, el renacimiento de símbolos de la revolución. Dejaron sus campos y se unieron a su marcha. Fuera de Grenoble, la primera compañía enviada por el rey a detener a Napoleón lo alcanzó. Él desmontó y se encaminó hacia ella. "¡Soldados del Quinto Cuerpo del ejército!", exclamó. "¿No me conocen? Si hay uno entre ustedes que quiera matar a este emperador, que venga y lo haga. Aquí estoy!" Abrió su capa gris, invitando a apuntar. Hubo un momento de silencio, y después, desde todas partes, resonaron gritos de *Vive l'Empereur!.* De un solo golpe, el ejército de Napoleón había duplicado su tamaño.
La marcha continuó. Más soldados, recordando la gloria que Napoleón les había dado, cambiaron de bando. La ciudad de Lyon cayó sin una sola batalla. Generales con ejércitos más grandes eran despachados a detenerlo, pero la vista de Napoleón a la cabeza de sus tropas era para ellos una experiencia abrumadoramente emotiva, y cambiaban de filiación. £1 rey Luis huyó de Francia, abdicando entre tanto. El 20 de marzo, Napoleón regresó a París y volvió al palacio que había dejado apenas trece meses atrás, y sin haber disparado un solo tiro.
Campesinos y soldados habían abrazado a Napoleón, pero los parisinos fueron menos entusiastas, en particular quienes habían servido en su gobierno. Temían las tormentas que él podía desatar. Napoleón gobernó el país durante cien días, hasta que los aliados y sus enemigos de dentro lo derrotaron. Esta vez fue trasladado a la remota isla de Santa Elena, donde moriría. *Interpretación.* Napoleón siempre pensó en Francia, y en su ejército, como un objetivo por cortejar y seducir. Como escribió sobre él el general De Segur: "En momentos de sublime poder, ya no manda como un hombre, sino seduce como una mujer". En el caso de la fuga de Elba, él planeó un gesto osado y sorpresivo que cautivara a una nación aburrida. Inició su retorno a Francia entre las personas más receptivas a él: los campesinos, que lo habían venerado. Revivió los símbolos —los colores revolucionarios, los estandartes con águilas— que encenderían antiguos sentimientos. Se puso a la cabeza de su ejército, retando a sus antiguos soldados a dispararle. La marcha sobre París que le devolvió el poder fue teatro puro, calculado para su efecto emocional a cada paso. ¡Qué contraste entre esa antigua armadura y el rey idiota que gobernaba entonces!

La segunda seducción de Francia por Napoleón no fue una seducción clásica, que siguiera los pasos usuales, sino una reseducción. Se basó en antiguas emociones y revivió un antiguo amor. Una vez que has seducido a una persona (o a una nación), se da casi siempre un adormecimiento, un ligero descenso, que a veces conduce a una separación; sin embargo, es asombrosamente fácil volver a seducir al mismo objetivo. Los antiguos sentimientos nunca desaparecen, yacen dormidos, y en un instante puedes tomar por sorpresa a tu objetivo. Es un raro placer poder revivir el pasado, y la juventud: sentir las emociones de antaño. Como Napoleón, añade un toque dramático a tu reseducción: revive las antiguas imágenes, los símbolos, las expresiones que despertarán recuerdos. Como los franceses, tus objetivos tenderán a olvidar el horror de la separación y sólo recordarán las cosas buenas. Esta segunda seducción debe ser osada y rápida, sin dar tiempo a tus objetivos de reflexionar o hacerse preguntas. Como Napoleón, explota el contraste con su amante en turno, haciendo que su conducta parezca tímida y pesada en comparación.
No todos se mostrarán receptivos a una nueva *seducción, y* algunos momentos serán inapropiados. Cuando Napoleón regresó de Elba, los parisinos eran demasiado sofisticados para él, y podían adivinar sus intenciones. A diferencia de los campesinos del sur, ellos ya lo cono' cían a la perfección; y su retorno ocurrió tan pronto, que ellos ya estaban hartos de él. Si quieres volver a seducir a alguien, elige a quien no te conozca muy bien, tenga buenos recuerdos de ti, sea poco desconfiada por naturaleza y esté insatisfecha con las circunstancias presentes. Asimismo, quizá sea conveniente que dejes pasar un poco de tiempo. El tiempo restaurará tu lustre y desaparecerá tus faltas. Nunca veas una separación o sacrificio como definitivos. Con un poco de drama y planeación, una víctima puede recuperarse en un abrir y cerrar de ojos. *Símbolo. Brasas, los restos de la hoguera a la mañana siguiente. Abandonadas a sí mismas, las brasas se extinguirán poco a poco. No des al fuego oportunidad ni elementos. Para apagarlo, ahógalo, sofócalo, no le des con qué nutrirse. Para darle nueva vida, anímalo, aliméntalo, hasta que las llamas se renueven. Sólo tu constante atención y vigilancia lo mantendrán ardiendo.*

Apéndice uno.

# Ambiente seductor y Momento seductor.

**En la seducción, tus víctimas deben llegar a sentir poco apoco un cambio interno. Bajo tu influencia, deponen sus defensas, y se sienten en libertad de actuar de otro modo, de ser distintas. Ciertos lugares, ambientes y experiencias te serán de mucha ayuda en tu afán de cambiar y transformar a la seducida.. Los espacios con una cualidad teatral acentuada —opulencia, superficies relucientes, espíritu lúdico—generan una sensación optimista, infantil, que dificulta a la víctima pensar con claridad. Crear una noción alterada del tiempo tiene un efecto similar; momentos vertiginosos, memorables y destacados, un ánimo de fiesta y juego. Haz que tus víctimas sientan que estar contigo les brinda una experiencia diferente a la de estar en el mundo real.**

## Tiempo y espacio de festival.

Hace siglos, la vida en la mayoría de las culturas estaba repleta de trabajo y rutina. Pero en ciertos momentos del año, esa vida se interrumpía con fiestas. Durante estas festividades —saturnales en la antigua Roma, festivales de mayo en Europa, los grandiosos potlatches de los indios chinook—, el trabajo en los campos y el mercado se suspendía. Toda la tribu o ciudad se congregaba en un espacio sagrado, reservado para el festival. Temporalmente aliviada de deberes y responsabilidades, se concedía a la gente permiso para desbocarse; ella se ponía máscaras o disfraces, que le daban otra identidad, a veces de poderosas figuras que recreaban los grandes mitos de su cultura. El festival era una liberación tremenda de las cargas de la vida diaria. Alteraba la noción del tiempo de la gente, pues le ofrecía momentos en que salía de sí misma. El tiempo parecía detenerse. Algo semejante a esta experiencia puede hallarse aún en los grandes carnavales que sobreviven en el mundo. El festival representaba una pausa en la vida diaria de una persona, una experiencia radicalmente distinta a la rutina. En un plano más íntimo, así es como tú debes imaginar tus seducciones. Conforme este proceso avanza, tus objetivos experimentan una diferencia radical respecto de la vida diaria:
libertad del trabajo y la responsabilidad. Sumergidos en el placer y el juego, pueden actuar de otra manera, volverse otros, como si llevaran una máscara. El tiempo que pasas a su lado está dedicados a ellos, y a nadie más. En vez de la usual rotación de trabajo y descanso, les concedes momentos grandiosos y dramáticos, diferentes. Los llevas a lugares distintos a los que ven en la vida cotí-diana: lugares teatrales, destacados. El espacio físico influye con fuerza en el ánimo de la gente: un lugar consagrado al placer y el juego insinúa ideas en ese sentido. Cuando tus víctimas vuelven a sus deberes y a la realidad, sienten un contraste inmenso, y empezarán a anhelar ese otro lugar al que las atrajiste. Lo que en esencia creas es tiempo y espacio de festival, momentos en que la realidad se detiene y la fantasía toma el mando. Nuestra cultura ya no proporciona experiencias de este tipo, y las personas las añoran. Por eso casi toda la gente espera ser seducida, y por eso caerá en tus brazos si haces bien todo esto.

Los siguientes son componentes clave para reproducir el tiempo y espacio de festival:

*Crea efectos teatrales.* El teatro produce una sensación de un mundo distinto, mágico. El maquillaje de los actores, la falsa pero tentadora escenografía, el vestuario levemente irreal: estos realzados recursos visuales, junto con la trama de la obra, engendran ilusión. Para producir este efecto en la vida real, debes modelar tu ropa, maquillaje y actitud para que posean un filo lúdico, artificial: una sensación de que te has arreglado para el deleite de tu público. Este era el efecto de diosa de Marlene Dietrich, o el fascinante efecto de un dandy como Beau Brummel. Tus encuentros con tus objetivos también deben tener una sensación de drama, obtenida a través de los escenarios que eliges, y de tus acciones. El objetivo no debe saber qué ocurrirá después. Provoca suspenso mediante giros y vuelcos que conduzcan al final feliz: ofreces una función. Cada vez que se reúne contigo, tu objetivo recupera esa vaga sensación de estar en una obra de teatro. Ambos experimentan el estremecimiento de usar máscaras, de ejecutar un papel diferente al que la vida les ha asignado.

*Usa el lenguaje visual del placer.* Ciertos tipos de estímulos visuales indican que no estás en el mundo real. Evita imágenes con profundidad, que induzcan a pensar, o a sentir culpa; trabaja en cambio en espacios que sean

toda superficie, llenos de objetos destellantes, espejos, pozas, un continuo juego de luz. La sobrecarga sensorial de estos espacios crea una sensación embriagadora, optimista. Entre más artificial sea esto, mejor. Enseña a tus objetivos un mundo juguetón, lleno de vistas y sonidos que exciten al bebé o niña que llevan dentro. El lujo —la sensación de que se ha gastado, y aun derrochado, dinero— intensifica la noción de que el mundo real del deber y la moral se ha desvanecido. Llamémosle el efecto burdel. *Frecuenta espacios llenos o cerrados.* El apiñamiento de personas eleva la temperatura psicológica a niveles de baño de vapor. Festivales y carnavales dependen de la sensación contagiosa que crea la multitud. Lleva a veces a tu objetivo a tales espacios, para disminuir su defensividad normal. De igual forma, toda ocasión que reúne a la gente en un espacio reducido durante un periodo prolongado es extremadamente propicia para la *seducción. A lo* largo de muchos años, Sigmund Freud tuvo un pequeño y ceñido grupo de discípulos que asistían a sus conferencias privadas, y que se involucraron en un increíble número de aventuras amorosas. Lleva a la seducida a un espacio abarrotado como de festival, o pesca objetivos en un mundo cerrado. *Inventa efectos místicos.* Los efectos espirituales o místicos distraen de la realidad la mente de las personas, haciéndolas sentir elevadas y eufóricas. De ahí hay sólo un pequeño paso al placer físico. Usa la utilería que tengas a la mano: libros de astrología, imágenes angélicas, música con resonancias místicas de una cultura remota. Franz Mesmer, el gran charlatán austríaco del siglo XVIII, llenaba sus salones con música de arpa, perfume de exótico incienso y una voz femenina que cantaba en una sala distante. En las paredes ponía vitrales y espejos. Sus víctimas se sentían relajadas, exaltadas; y cuando se sentaban en la sala donde él usaba imanes para sus poderes curativos, sentían una especie de cosquilleo espiritual pasar de un cuerpo a otro. Cualquier cosa vagamente mística ayuda a tapar el mundo real, y es fácil pasar de lo espiritual a lo sexual.

*Distorsiona* la *noción del tiempo: rapidez y juventud.* El tiempo de festival posee una suerte de velocidad y frenesí que hace que la gente se sienta más viva. La seducción debe hacer que el corazón lata más rápido, para que la seducida pierda noción del paso del tiempo. Llévala a lugares de actividad y movimiento constantes. Embárcate con ella en una especie de viaje, para distraer su mente con nuevos paisajes. La juventud puede ajarse y desaparecer, pero la seducción brinda la sensación de ser joven, sin que importe la edad de los involucrados. Y la juventud es sobre todo energía. El ritmo de la seducción debe acelerarse en cierto momento, para crear en la mente un efecto de torbellino. No es de sorprender que Casanova haya hecho en bailes gran parte de sus seducciones, o que el vals haya sido el instrumento predilecto de más de un libertino en el siglo XIX. Crea *momentos.* La vida diaria es una carga en la que las mismas acciones se repiten sin cesar. Al festival, por el contrario, se le recuerda como un momento en que todo se transformó: en que un poco de eternidad y mito entró a nuestra vida. Tu seducción debe alcanzar esas cimas, momentos en que sucede algo dramático y el tiempo se experimenta de otra forma. Brinda a tus objetivos esos momentos, ya sea escenificando la seducción en un lugar —un carnaval, un teatro— en el que ocurren naturalmente o creándolos tú mismo, con acciones dramáticas que despierten emociones fuertes. Esos momentos deben ser de puro ocio y placer; ninguna idea de trabajo o moral debe inmiscuirse. Madame de Pompadour, la amante del rey Luis XV, tenía que volver a seducir a su amante, fácil de aburrir, cada tantos meses; sumamente creativa, ideaba fiestas, bailes, juegos, un poco de teatro en Versalles. La seducida se regocija en eventos como éstos, percibiendo el esfuerzo que has hecho para distraerlo y encantarlo.

## Scenas de tiempo y espacio seductores.

1.- Alrededor del año 1710, un joven cuyo padre era un próspero comerciante de vinos en Osaka, Japón, se descubrió ensoñando con creciente frecuencia. Trabajaba día y noche para su padre, y la carga de la vida familiar y de todos sus deberes era opresiva. Como cualquier otro joven, sabía de los distritos de placer de la ciudad, los barrios en que las leyes del shogunato, normalmente estrictas, podían violarse. Ahí era donde podía encontrarse el *ukiyo,* el "mundo flotante" de los placeres transitorios, un lugar en que gobernaban actores y cortesanas. Eso era con lo que el joven ensoñaba. A la espera del momento oportuno, una noche logró escabullirse sin ser visto. Se encaminó directamente a los barrios de placer.

Era aquél un conjunto de edificios —restaurantes, clubes exclusivos, casas de té— que se distinguían del resto de la ciudad por su magnificencia y colorido. En cuanto el joven entró, supo que estaba en un mundo diferente. Actores vagaban por las calles con kimonos elaboradamente teñidos. Sus modales y actitudes hacían pensar que aún estuvieran en el escenario. Las calles bullían de energía; el ritmo era veloz. Brillantes faroles destacaban contra la noche, lo mismo que los policromos carteles del cercano teatro kabuki. Las mujeres tenían un aire muy particular. Lo miraban con descaro, actuando con la libertad de un hombre. El joven miró de reojo a un *onnagata,*

uno de los hombres que interpretaban papeles femeninos en el teatro, un varón más bello que la mayoría de las mujeres que él había visto, y al que los transeúntes trataban como si fuera de la realeza.
El muchacho vio que otros jóvenes como él entraban a una casa de té, así que los siguió. Ahí, la más alta clase de las cortesanas, las grandes *tayus,* ejercían su oficio. Minutos después de haberse sentado, el joven oyó ruido y bullicio, y por las escaleras descendieron algunas tayus, seguidas de músicos y bufones. Las mujeres llevaban las cejas depiladas, remplazadas por una gruesa línea negra de pintura. Su cabello estaba recogido en un pliegue perfecto, y el muchacho nunca había visto kimonos tan bellos. Las *tayus* parecían flotar sobre el piso, con pasos de diferentes clases (sugestivos, reptantes, cautelosos, etcétera), dependiendo de a quién se aproximaran y qué quisieran comunicarle. Ignoraban al joven; él no tenía idea de cómo invitarlas a acercarse, pero advirtió que algunos de los mayores bromeaban con ellas de una forma que era un lenguaje en sí mismo. El vino comenzó a fluir, se tocó

música, y por fin llegaron unas cortesanas de nivel inferior. Para entonces, al joven se le había soltado la lengua. Estas cortesanas eran mucho más amigables, y él empezó a perder la noción del tiempo. Más tarde logró llegar tambaleante a casa, y sólo a la mañana siguiente se dio cuenta de cuánto dinero había gastado. Si su padre llegara a saberlo...
Pero semanas después regresó. Al igual que cientos de hijos como él en Japón cuyas historias llenaron la literatura del periodo, iba en camino de dilapidar la riqueza de su padre en el "mundo flotante".
La seducción es otro mundo en que *inicias* a tus víctimas. Como el *ukiyo,* depende de una estricta separación del mundo de todos los días. Cuando tus víctimas están en tu presencia, el mundo exterior —con su moral, sus códigos, sus responsabilidades— desaparece. Todo está permitido, en particular todo lo normalmente reprimido. La conversación es ligera y sugestiva. Prendas y lugares tienen un toque de teatralidad. Hay autorización para actuar en forma diferente, para ser otro, sin pesadez ni juicios. Tú creas para los demás una especie de concentrado "mundo flotante" psicológico, que produce adicción. Cuando ellas te dejan y regresan a su rutina, están doblemente conscientes de lo que les falta. En cuanto anhelan la atmósfera que has creado, la seducción es completa. Como en el mundo flotante, hay que gastar dinero. La generosidad y el lujo van de la mano de un espacio seductor. 2.- Todo comenzó a principios de la década de 1960: la gente iba al estudio de Andy Warhol en Nueva York, se empapaba de su atmósfera y se quedaba un rato. Luego, en 1963 el artista se mudó a un nuevo espacio en Manhattan, y un miembro de su séquito cubrió con papel aluminio algunas paredes y columnas y pintó de plateado una pared de ladrillos y otras cosas. Un sofá rojo acolchonado al centro, algunas barras de caramelo de *plástico* de metro y medio, un tocadiscos que relucía con pequeños espejos y globos plateados de helio que flotaban en el aire completaban el escenario. A este espacio en forma de L se le llamó entonces The Factory, y una atmósfera empezó a desarrollarse. Cada vez llegaba más gente: por qué no dejar la puerta abierta, razonó Andy, y a ver qué pasa. Durante el día, mientras él trabajaba en sus cuadros y películas, se reunía gente: actores, prostitutas, traficantes de drogas, otros artistas. Y el elevador no dejaba de rechinar toda la noche mientras la gente bonita comenzaba a convertir ese sitio en su hogar. Ahí podía encontrarse a Montgomery Clift preparándose una copa; más allá, una joven y hermosa socialité platicaba con una *drag queen* y un curador de museo. No paraban de llegar montones de personas, todas ellas jóvenes y glamorosamente vestidas. Era como uno de esos programas de televisión para niños, dijo una vez Andy a un amigo, en que no dejan de llegar invitados a la fiesta inagotable y siempre hay una nueva diversión. Y eso parecía aquello, en efecto, sin que nada serio sucediera, sólo un montón de conversaciones y coqueteos, y flashes que estallaban e interminables poses, como si todos estuvieran en una película. El curador de museo se ponía a reír como adolescente y la socialité iba y venía por todos lados como ramera. A medianoche, no cabía un alfiler. Apenas si era posible moverse. Llegaba la banda, comenzaba el espectáculo de las luces y todo tomaba de pronto una nueva dirección, cada vez más desenfrenada. La multitud se dispersaba en algún momento, y en la tarde todo empezaba de nuevo, cuando el séquito volvía a juntarse poco a poco. Difícilmente alguien iba a The Factory sólo una vez.
Es opresivo tener que actuar siempre de la misma manera, desempeñando el mismo papel aburrido que el trabajo o el deber te impone. La gente ansia un lugar o momento en que pueda ponerse una máscara, actuar de otro modo, ser otra. Por eso ensalzamos a los actores: tienen una libertad y desenfado con su propio ego que nos encantaría poseer. Todo espacio que brinde la oportunidad de ejecutar un papel distinto, de ser actor, es sumamente atractivo. Puede ser un espacio creado por ti, como The Factory. O un lugar al que llevas a tu objetivo. En esos sitios, sencillamente no puedes estar a la defensiva; la atmósfera de travesura, la sensación de que todo está permitido (salvo la seriedad), disipa cualquier reactividad. Estar en un lugar así se vuelve una droga. Para recrear ese efecto, recuerda la metáfora de Warhol sobre el programa de televisión para niños. Haz que todo sea ligero y divertido, lleno de distracciones, ruido, color y un poco de caos. Sin cargas, responsabilidades ni juicios. Un lugar donde perderte.

3.- En 1746, una joven de diecisiete años llamada Cristina llegó a la ciudad de Venecia, Italia, en compañía de su tío, un cura, en busca de esposo. Cristina era de un pequeño poblado, pero tenía una sustancial dote que ofrecer.

Pero los venecianos dispuestos a casarse con ella no le complacieron. Así que tras dos semanas de búsqueda su tío y ella se dispusieron a regresar a su pueblo. Estaban sentados en una góndola, a punto de salir de la ciudad, cuando Cristina vio que un joven elegantemente vestido caminaba en su dirección. "¡Qué hombre tan guapo!", dijo a su tío. "Ojalá estuviera en esta barca con nosotros." El caballero no pudo haber oído esto, pero se acercó, dio unas monedas al gondolero y se sentó junto a Cristina, para gran deleite de la joven. Él se presentó como Jacques Casanova. Cuando el cura elogió sus amistosos modales, Casanova replicó: "Quizá no habría sido tan amigable, reverendo padre, si no me hubiera atraído la belleza de su sobrina." Cristina le contó por qué habían ido a Venecia y por qué se marchaban. Casanova rio, y la censuró: un hombre no podía decidir casarse con una mujer viéndola apenas unos días. Debía saber más sobre su carácter; esto tardaría al menos seis meses. El mismo estaba en busca de esposa, y le explicó por qué le habían decepcionado las jóvenes que había conocido, como a ella los hombres. Casanova parecía no tener destino alguno: simplemente los acompañaba, entreteniendo a Cristina en el camino con su ingeniosa conversación. Cuando la góndola llegó a las orillas de Venecia, Casanova alquiló un carruaje que los llevara a la cercana ciudad de Treviso, y los invitó a sumársele. De ahí podrían tomar una calesa a su pueblo. El tío aceptó, y de camino al carruaje Casanova ofreció el brazo a Cristina. ¡Qué diría la querida de él si los viera!, exclamó ella. "No tengo querida", contestó él, "y jamás volveré a tenerla, porque nunca encontraré una dama tan linda como usted; no, no en Venecia." Esas palabras se le subieron a la muchacha a la cabeza, llenándola de toda suerte de extrañas ideas, y comenzó a hablar y actuar de una manera nueva en ella, casi descarada. ¡Qué lástima que ella no pudiera quedarse en Venecia los seis meses que el necesitaba para conocer a una mujer!, le dijo a Casanova. Sin vacilar, él le ofreció pagar sus gastos en Venecia durante ese periodo, mientras la cortejaba. En el trayecto en el carruaje, ella dio vueltas en su mente a tal ofrecimiento, y una vez en Treviso se reunió con su tío y le rogó que regresara al pueblo solo, y volviera por ella en unos días. Se había enamorado de Casanova; quería conocerlo mejor; él era todo un caballero, en quien se podía confiar. El tío convino en hacer lo que ella deseaba.

Al día siguiente, Casanova no se separó un momento de su lado. No hubo el menor indicio de discordancia en su naturaleza. Pasaron el día vagando por la ciudad, haciendo compras y conversando. El la llevó al teatro en la noche, y más tarde al casino, proporcionándole un dominó y una máscara. Le dio dinero para que jugara, y ganó. Cuando el tío regresó a Treviso, ella casi se había olvidado de sus planes de matrimonio: sólo podía pensar en los seis meses que pasaría con Casanova. Pero volvió a su pueblo con su tío, y esperó a que Casanova la visitara. El se presentó semanas después, llevando consigo a un apuesto joven llamado Charles. A solas con Cristina, Casanova le explicó la situación: Charles era el mejor partido de Venecia, un hombre que sería mucho mejor esposo que él. Cristina admitió ante Casanova que ella también había tenido sus dudas. El era demasiado excitante, le había hecho pensar en otras cosas aparte del matrimonio, cosas de las que se avergonzaba. *Quizá* esto era lo mejor. Le dio las gracias por tomarse la molestia de buscarle marido. Los días siguientes, Charles la cortejó, y se casaron semanas después. Sin embargo, la fantasía y atractivo de Casanova permanecieron para siempre en la mente de Cristina.

Casanova no podía casarse: eso era totalmente contrario a su naturaleza. Pero también lo era imponerse a una joven. Era mejor dejarla con una perfecta imagen de fantasía que arruinar su vida. Además, él gozaba el cortejo y el flirteo más que ninguna otra cosa.

Casanova brindaba a una joven la fantasía suprema. Mientras estaba en la órbita de esa mujer, le dedicaba cada momento. Nunca mencionaba el trabajo, para no permitir que detalles aburridos y mundanos interrumpieran la fantasía. Y añadía una teatralidad majestuosa. Vestía los trajes más espectaculares, llenos de joyas centellantes. La llevaba a los más maravillosos entretenimientos: carnavales, bailes de máscaras, casinos, viajes sin destino fijo. Era el gran maestro de la creación de un tiempo y un espacio seductores. Casanova es el modelo a seguir. Estando en tu presencia, tus blancos deben sentir un cambio. El tiempo adquiere un ritmo distinto: ellos apenas notan su paso. Reciben la sensación de que todo se detiene, así como toda actividad normal hace un alto en el festival. Los frivolos placeres que les procuras son contagiosos: uno lleva a otro y otro más, hasta que es demasiado tarde para retroceder. Apéndice dos.

Seducción suave: Cómo vender cualquier cosa a las masas.

Entre menos parezca que vendes algo —incluido tú mismo—, mejor. Si eres demasiado obvio en tus argumentos, despertarás sospechas; también, aburrirás a tu público, un pecado imperdonable. Usa en cambio un método suave, seductor y asechante. Suave: sé indirecto. Provoca noticias y hechos que los medios recojan, con lo que difundirás tu nombre en forma que parezca espontánea, no astuta o calculada. Seductor: que entretenga. Tu nombre e imagen deben cubrirse de asociaciones positivas; vendes placer y expectativa. Asechante: apunta al inconsciente, usando imágenes que perduren en la mente, poniendo tu mensaje en los medios visuales. Enmarca lo que vendes como parte de una nueva tendencia, y se volverá eso. Es casi imposible resistirse a la seducción suave.

# La venta blanda.

La seducción es la forma suprema del poder. Quienes ceden a ella lo hacen voluntaria y gustosamente. Es poco común que haya rencor de su parte; te perdonan cualquier tipo de manipulación, porque les has dado placer, cosa rara en el mundo. Pero con ese poder en tus manos, ¿por qué detenerte en la conquista de un hombre o una mujer? Una multitud, un electorado, una nación pueden caer bajo tu hechizo aplicando simplemente en un plano masivo las tácticas que tan buenos resultados dan en un individuo. La única diferencia es la meta —no sexo sino influencia, un voto, la atención de la gente—, y el grado de tensión. Cuando persigues sexo, creas deliberadamente ansiedad, un toque de dolor, giros y vuelcos. La seducción en el plano masivo es más suave y difusa. Produciendo una tentación constante, fascinas a las masas con lo que ofreces. Ellas te prestan atención porque es agradable hacerlo.

Supongamos que tu meta es venderte a ti mismo: como personalidad, iniciador de tendencias, candidato a un puesto. Hay dos maneras de proceder: la venta agresiva (el método directo) y la venta suave (el método indirecto). En el caso de la venta agresiva, expones tu caso enérgica y directamente, explicando por qué tus talentos, ideas o mensaje político son superiores a los de cualquier otro. Exaltas tus logros, citas estadísticas, mencionas la opinión de expertos e incluso llegas al grado de sugerir un poco de temor en la eventualidad de que el público ignore tu mensaje. Este método es un tanto extremoso y podría tener consecuencias indeseadas: algunas personas se sentirán ofendidas y se resistirán a tu mensaje, aun si lo que dices es cierto. Otras sentirán que las manipulas: ¿quién puede confiar en expertos y estadísticas, y por qué tú te empeñas tanto? También crisparás los nervios de la gente, y será desagradable escucharte. En un mundo en que no puedes triunfar sin vender a un gran número de personas, el método directo no te llevará muy lejos.

La venta suave, por el contrario, puede atraer a millones, porque es entretenida, dulce para los oídos y puede repetirse sin irritar a la gente. Esta técnica fue inventada por los grandes charlatanes de la Europa del siglo XVII. Para vender sus elíxires y brebajes alquímicos, primero montaban un espectáculo —payasos, música, rutinas tipo vo-devil— que no tenía nada que ver con lo que vendían. Se formaba una multitud; y mientras el público reía y se relajaba, el charlatán salía al escenario y explicaba breve y teatralmente los milagrosos efectos del elíxir. Al pulir esta técnica, los charlatanes descubrieron que en vez de vender unas cuantas docenas de *frascos* de su dudosa medicina, vendían veintenas, y aun centenas.

Desde entonces, publicistas, anunciantes, estrategas políticos y otros han llevado este método a nuevas alturas, pero los rudimentos de la venta suave siguen siendo los mismos. Primero da placer creando una atmósfera positiva en torno a tu nombre o mensaje. Induce una sensación de calidez y relajamiento. Jamás des la impresión de que vendes algo: esto parecerá manipulador y sospechoso. En cambio, deja que el valor de la diversión y los buenos sentimientos ocupen el centro del escenario, colando la venta por la puerta lateral. Y en la venta, no des la impresión de venderte a ti mismo o una idea o candidato particular: vendes un estilo de vida, un buen ánimo, una sensación de aventura, un sentido de sofisticación o una rebelión bellamente presentada.

He aquí algunos de los componentes clave de la venta suave. Aparenta ser *noticia, nunca publicidad.* La primera impresión es crítica. Si tu público te ve primero en el contexto de una pieza publicitaria, te sumarás al instante a la masa de anuncios que claman atención, y todos sabemos que los anuncios son manipulaciones astutas, una especie de engaño. Así, para tu primera aparición ante el público, produce un evento, una situación que llame la atención, que los medios informativos recojan "inadvertidamente" como noticia. La gente presta más atención a lo que se transmite como noticia: parece más real. Te distinguirás de repente de todo lo demás, así sea sólo un momento; pero ese momento tendrá más credibilidad que horas de tiempo de publicidad. La clave es orquestar todos los detalles, creando una historia con impacto dramático y movimiento, tensión y resolución. Los medios la cubrirán durante días. Oculta a toda costa tu propósito real: venderte. *Despierta emociones elementales.* Nunca promuevas tu mensaje con un argumento racional, directo. Esto exigirá esfuerzo a tu público, y no atraerá su atención. Apunta al corazón, no a la cabeza. Idea tus palabras e imágenes para despertar emociones elementales: lascivia, patriotismo, valores familiares. Es más fácil obtener y mantener la atención de la gente una vez que la has hecho pensar en su familia, sus hijos, su futuro. Esto la hace sentirse estimulada, elevada. Ahora tienes su atención, y el margen necesario para insinuar tu verdadero mensaje. Días después el público recordará tu nombre, y ésa es la mitad el juego. De igual forma, busca la manera de rodearte de imanes emocionales: héroes de guerra, niños, santos, animales pequeños, lo que sea. Haz que tu aparición lleve a la mente de los demás esas asociaciones emocionalmente positivas, lo que te dará presencia extra. Nunca permitas que esas asociaciones sean definidas o creadas para ti, y jamás las dejes al azar. *Haz que el medio sea el*

*mensaje.* Presta más atención a la forma de tu mensaje que al contenido. Las imágenes son más seductoras que las palabras, y los recursos visuales —colores tranquilizadores, un fondo apropiado, la sugestión de velocidad o movimiento— deben ser en realidad tu mensaje real. El público quizá se concentre superficialmente en el contenido o moraleja que predicas, pero absorberá los elementos visuales, los cuales calan hondo y permanecen más tiempo que las palabras o pronunciamientos sermoneadores. Tus recursos visuales deben tener un efecto hipnótico. Han de hacer sentir feliz a la gente, o triste, dependiendo de lo que quieras lograr. Y cuanto más se distraiga ella con señales visuales, más difícil le será pensar claramente o percibir tus manipulaciones.
Habla el *lenguaje del* objetivo: *sé su camarada.* A toda costa, evita parecer superior a tu público. Cualquier insinuación de petulancia, el uso de palabras o ideas complicadas, citar demasiadas estadísticas: todo esto es fatal. En cambio, aparenta ser igual a tus objetivos, y estar en términos íntimos con ellos. Los comprendes, compartes su espíritu, su lenguaje. Si la gente se muestra cínica ante las manipulaciones de publicistas y politicos, explota su cinismo para tus fines. Retrátate como uno de tantos, con todas tus imperfecciones. Muestra que compartes el escepticismo de tu público revelando los trucos del oficio. Haz que tu publicidad sea lo más sencilla y breve posible, para que tus competidores parezcan sofisticados y esnobs en comparación. Tu honestidad selectiva y debilidad estratégica harán que la gente crea en ti. Eres el amigo del público, uno íntimo. Entra a su espíritu y se relajará y te escuchará.
*Inicia una reacción en cadena: todos lo hacen.* Quienes parecen ser deseados por los demás son inmediatamente más seductores para sus objetivos. Aplica esto a la seducción suave. Actúa como si ya hubieras emocionado a gran cantidad de personas; tu conducta se volverá una profecía que se cumple sola. Da la impresión de estar en la vanguardia de una tendencia o estilo de vida, y el público se unirá a ti por temor a quedarse atrás. Difunde tu imagen, con un logo, lemas, carteles, para que aparezca en todas partes. Anuncia tu mensaje como una tendencia, y eso será. La meta es crear una especie de efecto viral, y que cada vez más personas se contagien del deseo de tener lo que ofreces. Este modo de vender es el más fácil y seductor.
Dile *a la gente lo que es.* Siempre es imprudente involucrar a un individuo o al público en una suerte de discusión. Se te resistirá. En vez de intentar cambiar las ideas de la gente, trata de cambiar su identidad, su percepción de la realidad, y a la larga tendrás mucho mayor control sobre ella. Dile lo que es, crea una imagen, una identidad que ella quiera asumir. Haz que esté insatisfecha con el orden establecido. Hacerla infeliz consigo misma te da margen para sugerir un nuevo estilo de vida, una nueva identidad. Sólo escuchándote puede saber quién es. Al mismo tiempo, debes cambiar su percepción del mundo fuera de ella, controlando lo que mira. Usa todos los medios informativos posibles para crear una especie de entorno total para sus percepciones. Tu imagen no debe verse como anuncio, sino como parte de la atmósfera.

## Algunas seducciones blandas.

1.- Andrew Jackson fue un verdadero héroe estadunidense. En 1814, en la Batalla de Nueva Orleans, encabezó a un heterogéneo grupo de soldados estadunidenses contra un ejército inglés superior, y ganó. También conquistó a los indios en Florida. Su ejército lo adoraba por la tosquedad de sus modales: comía bellotas cuando no había nada que comer, dormía en una cama dura y bebía sidra fermentada, justo como sus soldados. Tras perder, o serle arrebatada, la elección presidencial de 1824 (ganó el voto popular, pero por un margen tan estrecho que la elección quedó en manos de la cámara de representantes, la que eligió a John Quincy Adams luego de muchas negociaciones), se retiró a su granja en Tennessee, donde vivía con sencillez, cultivando la tierra, leyendo la Biblia, manteniéndose lejos de las corruptelas de Washington. Mientras que Adams había ido a Harvard, jugaba billar, bebía soda y gustaba de las galas europeas, Jackson, como muchos otros estadunidenses de la época, había crecido en una cabaña de troncos. Era un hombre sin educación, un hombre de la tierra.
Esto fue, en todo caso, lo que los estadunidenses leyeron en los periódicos en los meses posteriores a la controvertida elección de 1824. Incitada por esos artículos, la gente en tabernas y salones en todo el país empezó a hablar de que se había hecho una injusticia al héroe de guerra Andrew Jackson, que una insidiosa élite aristocrática conspiraba para apoderarse del país. Así que cuando Jackson declaró que contendería con Adams en la elección presidencial de 1828 —aunque esta vez como líder de una nueva organización, el partido demócrata—, el público se emocionó. Jackson fue la primera figura política de importancia en tener apodo, Oíd Hickory (Viejo Nogal), y pronto surgieron clubes Hickory en pueblos y ciudades de Estados Unidos. Sus reuniones parecían sesiones de renacimiento espiritual. Se discutían asuntos candentes (aranceles, la abolición de la esclavitud), y sus miembros tenían la seguridad de que Jackson estaba de su lado. Era difícil saberlo a ciencia

cierta —él era un poco indiferente a esos asuntos—, pero tal elección giró en torno a algo más que esos problemas: la restauración de la democracia y la restitución de valores estadunidenses básicos a la Casa Blanca. Pronto los clubes Hickory patrocinaban actos como parrilladas populares, siembra de nogales, bailes en torno a troncos de nogal. Organizaban pródigos festines públicos, que siempre incluían grandes cantidades de licor. En las ciudades había desfiles, y eran encuentros emotivos. A menudo tenían lugar de noche, para que los citadinos presenciaran una procesión de partidarios de Jacskon que sostenían antorchas. Otros llevaban coloridas banderas con retratos de Jackson o caricaturas de Adams y lemas que ridiculizaban sus hábitos decadentes. Y en todas partes había nogales: ramas, escobas,
bastones, hojas en sombreros. Hombres a caballo cabalgaban entre la multitud, animando a la gente a lanzar mirras a Jackson. Otros dirigían a la muchedumbre para que entonara canciones sobre Oíd Hickory. Los demócratas, por primera vez en unas elecciones, realizaron encuestas de opinión, para investigar qué pensaba de los candidatos el hombre de la calle. Estas encuestas se publicaban en los diarios, y la conclusión abrumadora era que Jackson iba a la cabeza. Sí, un nuevo movimiento se extendía en el país. Todo esto culminó cuando Jackson se presentó en Nueva Orleans para conmemorar la batalla que tan valientemente había librado ahí catorce años antes. Esto no tenía precedente: ningún candidato presidencial había hecho nunca campaña en persona, y de hecho tal aparición se habría considerado impropia. Pero Jacskon era un político de nuevo cuño, un verdadero hombre del pueblo. Además, insistió en que el propósito de esa visita era patriótico, no político. El espectáculo resultó inolvidable: Jackson entró a Nueva Orleans en un buque de vapor mientras la niebla se elevaba y disparos de cañones resonaban por todas partes; hubo grandes discursos, fiestas interminables, y una suerte de delirio colectivo se apoderó de la ciudad. Un hombre dijo que era "como un sueño. El mundo no había presenciado nunca una celebración tan gloriosa, tan espléndida; jamás la gratitud y el patriotismo se habían unido tan felizmente".

Esta vez prevaleció la voluntad del pueblo. Jackson fue elegido presidente. Y no fue una región la que le dio la victoria. Nueva Inglaterra, el sur, el oeste, comerciantes, agricultores y trabajadores se contagiaron por igual de la fiebre Jackson.

*Interpretación.* Tras la debacle de 1824, Jackson y sus partidarios decidieron hacer las cosas de otra manera en 1828. Estados Unidos era un país cada vez más diverso, en el que se desarrollaban poblaciones de inmigrantes, del oeste, trabajadores urbanos, etcétera. Para ganar, Jackson debía superar nuevas diferencias regionales y de clase. Uno de los primeros y más importantes pasos de sus partidarios fue fundar periódicos en todo el país. Aunque daba la impresión de que él se había retirado de la vida pública, esos periódicos promulgaban una imagen suya como del héroe de guerra timado, el victimado hombre del pueblo. La verdad es que Jackson era rico, al igual que sus principales patrocinadores. Poseía una de las mayores plantaciones de Tennessee, y tenía muchos esclavos. Bebía más licor fino que sidra, y dormía en una cama blanda con sábanas europeas. Y aunque quizá careciera de estudios, era sumamente astuto, forjado durante años de combate en el ejército.

La imagen del hombre de la tierra disfrazaba todo esto y, una vez establecida, pudo contrastarse con la imagen aristocrática de Adams. De esta manera, los estrategas de Jackson encubrieron su inexperiencia política e hicieron que la elección girara en torno a cuestiones de carácter y valores. En lugar de asuntos políticos, plantearon cuestiones triviales, como hábitos de consumo de bebidas alcohólicas y asistencia a la iglesia. Para mantener el entusiasmo, montaban espectáculos que parecían celebraciones espontáneas, pero que en realidad estaban cuidadosamente coreografiados. El apoyo a Jackson parecía un movimiento, como lo evidenciaban (y promovían) las encuestas públicas. El evento en Nueva Orleans —difícilmente no político, y Louisiana era un estado decisivo— cubrió a Jackson de un aura de grandeza patriótica, casi religiosa.

La sociedad se ha fracturado en unidades cada vez más pequeñas. Las comunidades están ahora menos cohesionadas; aun los individuos experimentan mayor conflicto interno. Para ganar una elección o vender cualquier cosa en grandes cantidades, tienes que disimular estas diferencias de alguna manera: debes unificar a las masas. La única forma de lograrlo es creando una imagen incluyente, que atraiga y entusiasme a la gente en un nivel básico, casi inconsciente. No hablas de la verdad, ni de la realidad: forjas un mito.

Los mitos crean identificación. Erige un mito sobre ti, y la gente común se identificará con tu carácter, tu predicamento, tus aspiraciones, así como tú te identificas con los suyos. Esta imagen debe incluir tus defectos, destacar el hecho de que no eres el mejor orador, la persona más instruida, el político más sereno. Parecer humano y terrenal oculta la naturaleza de invento de tu imagen. Para vender esta imagen debes tener la vaguedad apropiada. No que
no debas hablar de problemas y detalles —eso te volvería insustancial—, sino que tu tratamiento de los problemas debe enmarcarse en el contexto blando del carácter, los valores y la visión. Si quieres bajar los impuestos, dilo, porque eso ayudará a las familias, y tú eres una persona de familia. No sólo debes ser inspirador, sino también entretenido: esto te dará un toque popular, amigable. Esta estrategia enfurecerá a tus adversarios, quienes intentarán desenmascararte, revelar la verdad detrás del mito; pero eso los hará parecer petulantes,

demasiado serios, defensivos y esnobs. Esto se volverá entonces parte de su imagen, y contribuirá a hundirlos. 2. El Domingo de Pascua de 1929, 31 de marzo, la feligresía de Nueva York empezó a derramarse por la Quinta Avenida tras la ceremonia matutina, para el desfile anual. Las calles estaban cerradas a la circulación, como había sido costumbre durante años, y la gente llevaba puestas sus mejores galas, en particular las mujeres, quienes presumían la más reciente moda de primavera. Pero ese año los paseantes de la Quinta Avenida notaron algo más. Dos jóvenes mujeres bajaron las escaleras de la iglesia de Santo Tomás. Al pie de ellas abrieron sus bolsas, sacaron unos cigarrillos —Lucky Strike— y los encendieron. Luego recorrieron la avenida con sus acompañantes, riendo y fuman' do. Un murmullo se extendió entre la multitud. Sólo cierto tipo de mujeres hacían eso. Esas dos, sin embargo, eran elegantes y vestían a la moda. La gente las observaba con atención, y se sorprendió aún más minutos después cuando ellas llegaron a la siguiente iglesia de la avenida. Ahí, otras dos jóvenes damas —igualmente elegantes y a la moda— salieron de la iglesia, se acercaron a las dos que sostenían cigarrillos y, como inspiradas de pronto a unírseles, sacaron sus Lucky Strike y pidieron fuego. Entonces, las cuatro mujeres *siguieron* recorriendo la avenida. Sistemáticamente se les unían más, y pronto diez jóvenes portaban cigarrillos en público, como si fuera lo más natural. Aparecieron fotógrafos, quienes tomaron imágenes de ese espectáculo novedoso. En el desfile de Pascua se murmuraba usualmente sobre un sombrero de nuevo estilo o el nuevo color de primavera. Este año, todos hablaban de las atrevidas jóvenes fumadoras. Al día siguiente, en los periódicos aparecieron fotografías y artículos sobre ellas. En un despacho de United Press se leía: "Justo mientras Míss Federica Freylínghusen, elegantemente enfundada en un traje sastre gris oscuro, se abría paso entre la muchedumbre frente a St. Patrick, Miss Bertha Hunt y seis colegas suyas dieron otro golpe a favor de la libertad de las mujeres. Deambularon por la Quinta Avenida fumando. Miss Hunt emitió el siguiente comunicado desde el campo de batalla, lleno de humo: 'Espero que hayamos empezado algo, y que estas antorchas de libertad, sin favorecer a ninguna marca en particular, destruyan el tabú discriminatorio de los cigarrillos para las mujeres, y que nuestro sexo siga derribando todas las discriminaciones'". Esta *noticia,* fue *recogida por* diarios de todo el país, y pronto mujeres de otras ciudades empezaron a fumar en las calles. Una agitada controversia que duró semanas; algunos periódicos condenaban el nuevo hábito, otros salían en defensa de las mujeres. Meses después, el consumo de cigarrillos por mujeres en público se había vuelto una práctica socialmente aceptable. Pocas personas se tomaron la molestia de protestar más.

*Interpretación.* En enero de 1929, varias jóvenes de Nueva York recibieron un telegrama de una tal Miss Bertha Hunt: "En interés de la igualdad entre los sexos, [... ] otras jóvenes y yo encenderemos una antorcha de libertad más ruinando cigarrillos mientras paseamos por la Quinta Avenida el Domingo de Pascua". Las jóvenes que participaron se reunieron con antelación en la oficina donde Hunt trabajaba como secretaria. Planearon en qué iglesias aparecerían, cómo se relaciona-rían entre sí, todos los detalles. Hunt entregó paquetes de Lucky Strike. Todo funcionó a la perfección el día señalado. Esas jóvenes jamás imaginaron que todo este asunto había sido ideado por un hombre: el jefe de Hunt, Edward Bernays, asesor de relaciones públicas de la American Tobacco Company, fabricante de Lucky Strike. American Tobacco había promovido el tabaquismo entre mujeres con todo tipo de hábiles anuncios, pero el consumo era limitado porque fumar en la calle se consideraba impropio de una dama. El director de American Tobacco pidió ayuda a Bernays, y éste aplicó una técnica que se convertiría en su marca distintiva: llamar la atención pública creando un evento que los medios cubrieran como noticia. Orquesta cada detalle, pero haz que parezcan

espontáneos. Entre más gente se entere del "evento", mayor será la conducta imitativa; en este caso, más mujeres fumarían en la calle. Bernays, sobrino de Sigmund Freud y quizá el principal genio de relaciones públicas del siglo XX, comprendía una ley fundamental aplicable a toda clase de ventas. En cuanto los objetivos saben qué persigues —un voto, una venta —, se resisten. Pero disfraza tu argumento de ventas de evento noticioso y no sólo evitarás esa resistencia, sino que además crearás una tendencia social que hará la venta por ti. Para hacer esto, el evento que prepares debe distinguirse de todos los demás cubiertos por los medios, aunque no demasiado, o parecerá artificial. En cuanto al Desfile de Pascua, Bernays eligió (a través de Bertha Hunt) a mujeres que parecerían elegantes y correctas aun con un cigarrillo en la mano. Pero al romper un tabú social, y al hacerlo en grupo, esas mujeres crearon una imagen tan drástica y asombrosa que los medios no pudieron pasarla por alto. Un evento recogido como noticia tiene el *imprimatur* de la realidad.

Es importante dotar a ese evento inventado de asociaciones positivas, como hizo Bernays al crear una sensación de rebelión, de mujeres que se unían. Las asociaciones patrióticas, digamos, o sutilmente sexuales, o espirituales — cualquier cosa agradable y seductora—, cobran vida por sí solas. ¿Quién puede resistirse a ellas? Las personas se convencen de sumarse a la multitud sin siquiera darse cuenta de que ha tenido lugar una venta. La sensación de participación activa es vital para la seducción. Nadie desea sentirse fuera de un movimiento creciente.

*3.* En la campaña presidencial de 1984, el presidente estadunidense Ronald Reagan, quien contendía para la reelección, dijo: "Vuelve a amanecer en Estados Unidos". Su presidencia, afirmó, había restaurado el orgullo del país. Las recientes y exitosas olimpiadas de Los Angeles habían simbolizado la recuperación de fuerza y

confianza de la nación. ¿Quién podía desear regresar el reloj a 1980, que el antecesor de Reagan, Jimmy Cárter, había calificado como una temporada de malestar? El retador demócrata de Reagan, Walter Móndale, creía que los estadunidenses ya estaban hartos del toque suave de Reagan. Querían honestidad, y ése sería el atractivo de Móndale. Este declaró en la televisión nacional: "Digamos la verdad. Mister Reagan aumentará los impuestos, y yo también. El no se los dirá. Yo sí". Repitió este método directo en numerosas ocasiones. Para octubre, sus cifras en las encuestas habían caído a niveles históricos.

La reportera de CBS News, Lesley Stahl, cubrió la campaña, y al acercarse el día de la elección tuvo una sensación incómoda. No era tanto que Reagan se hubiera concentrado en las emociones y el ánimo más que en problemas concretos. Era más bien que los medios le daban rienda suelta; su equipo electoral y él, pensaba ella, embaucaban a la prensa. Siempre conseguían que se le fotografiara en el escenario perfecto, luciendo fuerte y presidencial. Transmitían a La prensa titulares vivaces junto con elocuentes videos de Reagan en acción. Montaban un gran espectáculo.

Stahl decidió hacer un reportaje que mostrara al público que Reagan usaba la televisión para encubrir los efectos negativos de sus medidas. El reportaje comenzaba con un montaje de imágenes que el equipo presidencial había orquestado al paso del tiempo: Reagan relajándose en su rancho en jeans; haciendo guardia en el monumento a la invasión de Normandía en Francia; lanzando un balón de fútbol americano con sus guardaespaldas del Servicio Secreto; sentado en un salón de clases de un barrio pobre... Sobre esas imágenes, Stahl preguntó: "¿Cómo usa Ronald Reagan la televisión? Con brillantez. Se le ha criticado como presidente de los ricos, pero las imágenes de la televisión dicen que no es así. A sus setenta y tres años, Mister Reagan podría tener un problema de edad. Pero las imágenes de la televisión dicen que no es así. Los estadunidenses quieren volver a sentirse orgullosos de su país, y de su presidente. Y las imágenes de la televisión dicen que pueden hacerlo. La orquestación de la cobertura televisiva absorbe a la Casa Blanca. ¿Su meta? Enfatizar la principal ventaja del presidente, que, según sus colaboradores, es su personalidad. Ellos aportan imágenes en las que él parece líder. Seguro, con su caminar de hombre Marlboro". Sobre imágenes de Reagan estrechando la mano de atletas discapacitados en sillas de ruedas y cortando el listón de un nuevo asilo de ancianos, Stahl continuó: "También buscan borrar los aspectos negativos. Mister Reagan intenta rebatir el recuerdo de un problema impopular con un telón de fondo cuidadosamente elegido, que en realidad contradice sus medidas. Véanse las olimpiadas para discapacitados o la ceremonia de inauguración de un asilo de ancianos. Ninguna señal de que haya intentado recortar el presupuesto para los inválidos o para la vivienda de subsidio federal para ancianos". Después, el reportaje exhibía la brecha entre las gratas imágenes explotadas en la pantalla y la realidad de los actos de Reagan. "Se acusa al presidente**, concluyó Stahl, "de realizar una campaña en la que destaca las imágenes y oculta los problemas. Pero no hay evidencias de que estos cargos lo perjudiquen; porque cuando la gente lo ve en televisión, la hace sentir bien: con Estados Unidos, consigo misma y con él."

Stahl dependía de la buena voluntad del equipo de Reagan para cubrir la fuente de la Casa Blanca, pero su reportaje fue sumamente negativo, así que se exponía a problemas. Pero un alto funcionario de la Casa Blanca le telefoneó esa misma noche: "Muy buen reportaje", le dijo. "¿Cómo?", preguntó ella. "Muy buen reportaje", repitió él. "¿Escuchaste lo que dije?", preguntó Stahl. "Lesley, cuando presentas cuatro minutos y medio de fabulosas imágenes de Ronald Reagan, nadie escucha lo que dices. ¿No sabes que las imágenes anulan tu mensaje porque están en conflicto con él? El público ve esas imágenes, y ellas bloquean tu mensaje. La gente ni siquiera oye lo que dices. Así, en nuestra opinión, tu reportaje fue un anuncio gratis de cuatro minutos y medio para la campaña de Ronald Reagan para la reelección."

Interpretación. La mayoría de los colaboradores de comunicaciones de Reagan tenían experiencia en mercadotecnia. Conocían la importancia de narrar una noticia con vivacidad y agudeza, y con buenos recursos visuales. Cada mañana decidían cuál sería el titular del día, y cómo podían convertirlo en una breve pieza visual, con lo que daban al presidente una oportunidad de video. Prestaban detallada atención al fondo tras el presidente en la Oficina Oval, a la forma en que la cámara lo encuadraba cuando estaba con otros líderes mundiales, y al hecho de filmarlo en movimiento, con su andar seguro. Los elementos visuales transmitían el mensaje mejor que las palabras. Como decía un funcionario de Reagan: "¿A qué le van a creer más: a los datos o a sus ojos?". Libérate de la necesidad de comunicar al modo directo normal y se te presentarán mayores oportunidades para la venta blanda. Haz tus palabras discretas, vagas, tentadoras. Y presta mucha mayor atención a tu estilo, los recursos visuales, la historia que éstos cuentan. Transmite una sensación de agilidad y avance mostrándote en movimiento. Expresa seguridad no a través de datos y cifras, sino de colores e imágenes positivas, apelando al niño en todos. Deja que los medios te cubran sin guía y estarás a su merced. Así que invierte la dinámica: ¿la prensa necesita drama y recursos visuales? Proporciónaselos. Está bien hablar de problemas o de la "verdad", mientras los incluyas en forma entretenida. Recuerda: las imágenes permanecen en la mente mucho después de que las palabras se olvidan. No prediques: eso nunca funciona. Aprende a expresar tu mensaje con recursos visuales que sugieran emociones positivas y sensaciones agradables. 4. En 1919 se pidió al agente cinematográfico de prensa Harry Rei-chenbach publicitar la película *The Virgin of Stamboul* (La virgen de

Estambul). Este era el usual churro romántico en un lugar exótico, y normalmente un publicista montaba una campaña con carteles y anuncios atractivos. Pero Harry nunca operaba a la manera usual. Había iniciado su carrera como gritón de feria, y ahí la única forma de atraer público era distinguirse de los demás. Así que Harry desenterró a ocho turcos desaliñados que encontró viviendo en Manhattan, les puso disfraces (sueltos pantalones verde mar, turbantes dorados en forma de media luna) provistos por los estudios de cine, les hizo ensayar cada parlamento y gesto y los registró en un costoso hotel. Pronto se corrió la voz a los periódicos (con un poco de ayuda de Harry) de que una delegación de turcos había llegado a Nueva York en una misión diplomática secreta. Los reporteros convergieron en el hotel. Como su aparición en Nueva York evidentemente ya no era un secreto, el jefe de la misión, el "jeque Alí Ben Mohammed"\ los invitó a su suite. A los periodistas les impresionaron los
coloridos trajes, reverencias y rituales de los turcos. El jeque explicó entonces por qué había ido a Nueva York. Una hermosa joven llamada Sari, conocida como la Virgen de Estambul, se había comprometido con el hermano del jeque. Un soldado estadunidense que iba de paso se enamoró de ella, y la raptó y llevó a Estados Unidos. La madre de la doncella murió de dolor. El jeque descubrió que ella estaba en Nueva York, y había ido para llevársela. Hipnotizados por el lenguaje colorido del jeque y la romántica historia que relató, en los siguientes días los reporteros llenaron los periódicos de noticias de la Virgen de Estambul. El jeque fue filmado en Central Park y agasajado por la crema y nata de la sociedad de Nueva York. Por fin se encontró a "Sari", y la prensa informó de la reunión entre el jeque y la histérica chica (una actriz de apariencia exótica). Poco después, *The* Virgin *of Stamboul* se estrenó en Nueva York. Su trama era muy parecida a los hechos "reales" reportados por los diarios. ¿Era coincidencia? ¿Una rápida versión cinematográfica de la historia verídica? Nadie parecía saberlo, pero el público tenía demasiada curiosidad para conceder importancia a eso, y *The* Virgin *of Stamboul* rompió récords de taquilla.
Un año después se pidió a Harry publicitar *The Forbidden Woman* (La mujer prohibida). Era una de las peores películas que él hubiera visto jamás. Los dueños de los cines no tenían interés en proyectarla. Harry se puso a trabajar. Durante dieciocho días seguidos, hizo publicar el siguiente anuncio en los principales periódicos de Nueva York: ¡MIRE EL CIELO LA NOCHE DEL 21 DE FEBRERO! SI ESTÁ VERDE, VAYA AL CAPÍTOL-, SI ESTÁ ROJO, VAYA AL RIVOLI; SI ESTÁ ROSA, VAYA AL STRAND; SI ESTÁ AZUL, VAYA AL RIALTO. ¡PORQUE EL 21 DE FEBRERO EL CIELO LE DIRÁ DÓNDE PUEDE VERSE EL MEJOR ESPECTÁCULO DE LA CIUDAD! (El Capítol, Rivoli, Strand y Rialto eran los cuatro principales cines de estrenos de Broadway.)
Mucha gente vio ese anuncio, y se preguntó cuál sería ese fabuloso espectáculo. El dueño del Capítol preguntó a Harry si sabía algo sobre eso, y Harry lo puso al tanto: todo era un ardid publicitario para una película disponible. El dueño pidió ver *The Foibidden Woman* (La mujer prohibida); durante la mayor parte de la película, Harry exaltó la campaña de publicidad, distrayendo al hombre de la aburrición en la pantalla. El dueño decidió presentar la película durante una semana, y así, la noche del 21 de febrero, mientras una fuerte tormenta de nieve blanqueaba la ciudad y todos los ojos se volvían al cielo, gigantescos rayos luminosos salieron de los edificios más altos: un brillante espectáculo de color verde. Una multitud enorme se congregó en el cine Capítol. Quienes no pudieron entrar, regresaron. Con el cine lleno y una muchedumbre emocionada, la película no pareció tan mala.
Al año siguiente se solicitó a Harry publicitar la película de gángsters *Outside the Law* (Fuera de la ley). En autopistas de todo el país, hizo instalar anuncios panorámicos que decían, en letras gigantescas: SI USTED BAILA EN DOMINGO, ESTÁ FUERA DE LA LEY. En otros anuncios, la palabra "baila" se remplazó por "juega golf o "juega pool", etcétera. En una de las esquinas superiores de los anuncios había un escudo que contenía las iniciales "PD". La gente supuso que significaban "Pólice Department" (en realidad eran las iniciales de Priscilla Dean, la estrella de la película), y que la policía, respaldada por organizaciones religiosas, haría cumplir antiguas leyes conservadoras que prohibían actividades "pecaminosas" en domingo. De pronto surgió una controversia. Los dueños de cines, asociaciones de golfistas y organizaciones de baile lanzaron una contracampaña opuesta a las leyes conservadoras; pusieron sus propios anuncios panorámicos, en los que afirmaban que si se

hacían esas cosas en domingo, no se estaba FUERA DE LA LEY, y defendían el derecho de los estadunidenses a tener algo de diversión en su vida. Durante semanas las palabras "fuera de la ley" se vieron en todas partes y estuvieron en boca de todo mundo. Entre tanto se estrenó la película —un domingo— en cuatro cines de Nueva York al mismo tiempo, algo nunca antes visto. Y se proyectó durante meses en todo el país, también en domingos. Fue uno de los grandes éxitos de ese año.

*Interpretación.* Harry Reichenbach, quizá el mayor agente de prensa en la historia del cine, no olvidó nunca las lecciones que había aprendido como gritón de feria. Una feria está llena de brillantes luces, color, ruidos y el vaivén del gentío. Es un entorno con profundos efectos en la gente. Una persona lúcida podría decir que los actos de magia son falsos, los animales feroces están amaestrados, los arriesgados acróbatas están relativamente a

salvo. Pero la gente quiere entretenerse; ésa es una de sus grandes necesidades. Rodeada de color y animación, suspende por un tiempo su incredulidad e imagina que la magia y el peligro son reales. Le fascina lo que parece ser falso y real al mismo tiempo. Los ardides publicitarios de Harry recreaban meramente la feria a gran escala. El atraía a la gente con el señuelo de coloridos disfraces, una magnífica historia, un espectáculo irresistible. Mantenía su atención con misterio, controversia, lo que hiciera falta. Al contagiarse de una especie de fiebre, como se hacía en la feria, la gente acudía, sin pensar en las películas que él publicitaba. Los límites entre ficción y realidad, noticia y entretenimiento son aún más borrosos hoy que en la época de Harry Reichenbach. ¡Qué oportunidades ofrece eso a la seducción blanda! Los medios desesperan por eventos con valor de entretenimiento, con drama inherente. Alimenta esa necesidad. El público tiene debilidad por lo que parece tanto realista como levemente fantástico; por sucesos reales con un filo cinematográfico. Apunta a esa debilidad. Monta actos, como lo hacía Bernays, que los medios puedan recoger como noticia. Pero en este caso no iniciarás una tendencia social, sino que perseguirás algo a un plazo más corto: llamar la atención de la gente, crear una agitación momentánea, atraerla a tu tienda. Vuelve verosímiles y algo realistas tus espectáculos y ardides publicitarios, pero haz que sus colores sean un poco más brillantes de lo usual, los personajes más desbordantes, el drama más intenso. Brinda un filo de sexo y peligro. Crea una confluencia de realidad y ficción: la esencia de toda seducción. Sin embargo, no basta con llamar la atención del público: debes mantenerla lo suficiente para atraparlo. Esto puede hacerse despertando controversia, la forma en que Harry gustaba de provocar debates sobre usos y costumbres. Mientras los medios discuten sobre el efecto que tienes en los valores de la gente, difundirán tu nombre en todas partes, e inadvertidamente te concederán el estímulo que te volverá atractivo para el público.

